Curzio Malaparte

BAILE EN EL KREMLIN

y otras historias

Moscú, 1930: La Revolución se ha aburguesado y los capitostes comunistas se divierten… antes de que se produzca el baño de sangre.

Tras viajar a la capital soviética, Malaparte frecuenta las veladas elegantes de la Nomenklatura: se cruza con Bulgákov, y con un Maiakovski desesperado; también con la hermana de Trotski o con la estrella del Bolshói, y por supuesto con Stalin, cuya sombra planea sobre las cabezas de todos.

La nobleza marxista de la Unión Soviética —una sociedad de advenedizos y nuevos ricos— disfruta fastuosamente antes de la caída. Y tras los esbozos tomados del natural se esconde la aguda intuición del cronista político y del comentador de la Historia que es Malaparte, que capta enseguida lo grotesco y adivina el horror por venir.

Así arranca el primer texto que compone este volumen, inédito en lengua española, al que le siguen catorce relatos, *novellas* y crónicas que nos ofrecen la mirada más incisiva e irónica de este narrador y nos desvelan su imaginación fecunda.

Curzio Malaparte

Baile en el Kremlin y otras historias

ePub r1.0
Titivillus 05.09.2024

Título original: *Il ballo al Cremlino*
Curzio Malaparte, 1971
Traducción: Juan Manuel Salmerón

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Baile en el Kremlin

La sociedad de Moscú,
espejo esperpéntico de la sociedad europea, aunque dominado por el miedo

En esta novela, que es un fiel retrato de la nobleza marxista de la Unión Soviética, de la *haute société* comunista de Moscú, todo es real: las personas, los hechos, las cosas, los lugares. Los personajes no son hijos de la fantasía del autor, sino que están retratados del natural y tienen su propio nombre, su propio rostro, sus propias palabras, sus propios gestos. Stalin, que todas las noches, desde el palco del Gran Teatro de la Ópera, ve bailar a la famosa bailarina Bubnova y parece que se la dispute a Karaján (el mismo Karaján al que luego mandó ejecutar); las célebres *beauties* de la nobleza marxista, las B., las G., las L., con sus amores, sus intrigas, sus escándalos, sus rostros ávidos e inquietos, que aspiran las efímeras rosas de la gloria, la riqueza y el poder; el extraordinario Florinski, jefe de protocolo del Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores, que se pasea en coche por Moscú; la señora Kámenev, hermana de Trotski, llena de miedo y resignación; todas las *merveilleuses*, los *lions*, los *parvenus*, los efebos son personas vivas, seres humanos reales, no inventados. Pero lo que hace que esta novela no sea una «crónica de la corte» a la usanza francesa del siglo XVIII, ni un libro de memorias a lo Saint-Simon, ni un libro de *moralités* a lo Montaigne, sino una novela en sentido proustiano (no por el estilo, sino por ese profundo *désintéressement* propio de las novelas y de los personajes de Marcel Proust), es que los hechos y las personas, los episodios de esta «crónica de la corte», están todos unidos por una fatalidad que los aboca a un fin único, a un desenlace novelesco. El protagonista, el héroe de esta novela, no es un individuo, un hombre o una mujer, sino un cuerpo social:

aquella aristocracia comunista que sustituyó a la aristocracia rusa del Antiguo Régimen y que se parecía en muchos sentidos a la nobleza revolucionaria surgida de la Revolución francesa y que con el Directorio se agrupó en torno a Barras. Del mismo modo, tampoco el protagonista de las novelas de Proust es un individuo, un hombre o una mujer, ni el barón de Charlus, Swann, Madame de Guermantes, Odette ni Langeron, sino la sociedad, el mundo de París, aquella nobleza francesa, parisina, o sea, toda una sociedad, un cuerpo social. Ahora bien, el autor de esta novela no quiere parecer un moralista. Ese *plan de désintéressement* del que habla Albert Thibaudet a propósito de Proust, plan al que Proust ha trasladado su análisis psicológico, incluía también la moral. Al autor le importa declarar que se desinteresa total y absolutamente del destino de sus personajes. Y que si le interesa su moral, acertada o no, es sólo hasta cierto punto. Lo que de verdad le importa es, más que el análisis psicológico, la política y el fermento, el drama social que esos personajes, desde Stalin hasta la joven Marika, protagonizan. Lo que más llama la atención en una sociedad marxista, es decir, en una sociedad no sólo marxistamente organizada, como la Alemania de Hitler (para la que el autor acuñó la definición de «comunismo feudal»), sino con una moral marxista, es el fatalismo. Lo curioso es que el materialismo histórico lleve al fatalismo. Y, en efecto, el marxismo lleva al individuo no al sentimiento colectivo, sino al fatalismo más absoluto, a la claudicación más completa, a la fatalidad. Y esto, nótese bien, es síntoma de una sociedad decadente. Si esta novela tiene una moral, es ésa: que la sociedad marxista de la Unión Soviética está ya en decadencia. Y no sólo la nobleza trotskista de 1929, también la nobleza y la sociedad marxistas en su conjunto. Una señal clara y terrible de esta decadencia es ese fatalismo que constituye la razón de ser íntima de todo ruso, y que, con apariencia de actividad, de fe fanática, etcétera, no es sino muestra del desinterés de la sociedad marxista por su destino. Otra señal de ese fatalismo es ésta: que los rusos sufren por el prójimo. La persuasión de sufrir por el prójimo es una forma de fatalismo. Sólo quien sufre por sí mismo forma parte del impulso histórico, es sujeto y no únicamente objeto de la historia. El destino de todas las noblezas revolucionarias es acabar en el paredón. Y este destino es más cierto en una sociedad

marxista, en la que la persona, la vida humana, no tiene valor. En estos últimos años una nueva nobleza marxista, que ocupa el lugar de la nobleza trotskista, exterminada en 1936, ha venido formándose en torno a Stalin; también acabará en el paredón si no consigue imponer su moral, su corrupción, sus ambiciones, a todo el pueblo ruso, si no logra corromper a todo el pueblo ruso. De la Unión Soviética no nos llegan noticias ciertas, pero lo que sí es seguro es que en los países europeos ocupados por los rusos, en Polonia, Hungría, Rumanía, Alemania, Austria, los aliados más corruptos, los más inclinados a aceptar *pots de vin*, transacciones, sobornos, dinero, son los soviéticos. Lo que es decir mucho, si tenemos en cuenta lo corruptos que son los ingleses y americanos en Europa. Y no se diga que esta corrupción soviética se debe al ambiente no comunista, al ambiente burgués al que estos soviéticos han sido trasplantados de repente. Muy débiles deben de ser estos rojos para corromperse con tal facilidad. Y muy débil debe de ser también la moral comunista. La verdad es que estos rojos dan idea de la formidable decadencia de la sociedad marxista en su conjunto: dirigentes, burocracia, proletariado.

Así pues, lo propio de esta novela es haber mostrado el inicio de esta decadencia, haberla retratado del natural: en la nobleza comunista. En la decadencia de la sociedad marxista europea pueden verse las causas de la decadencia de Europa, y no en la de la burguesía, que ya es cosa del pasado. En Europa se había establecido una moral marxista, uno de cuyos aspectos más terribles era el hitlerismo. La decadencia europea consiste en la decadencia de la moral marxista. Y esta decadencia ha contagiado también a la Unión Soviética. El historiador de la decadencia de la burguesía europea es Marcel Proust. El autor de esta novela se parece a Proust no en lo literario, sino en el *plan* de desinterés al que traslada su análisis y su representación artística. Desde este plano de desinterés lleva a cabo la historia y la representación de la decadencia de la sociedad marxista. No es ocioso observar que nunca hasta ahora se había intentado retratar a la nobleza marxista, ni por parte de los escritores soviéticos, ni de los europeos y americanos. Para los escritores soviéticos sólo existe un protagonista: el proletariado. Parecen ignorar incluso la existencia de una nobleza marxista, de una *haute société* comunista. Al hablar de una aristocracia

comunista en la Unión Soviética, se refieren a la *élite* obrera formada por los *udarniki*, los *stajánovets* (los obreros especializados de las *brigades de choc*), los héroes de la revolución y la guerra. Los escritores europeos y americanos, incluidos aquellos que han vivido en la Unión Soviética y poseen una experiencia directa del comunismo ruso, se han cuidado mucho de hablar de la aristocracia marxista, se diría que por delicadeza o por cierta misteriosa prudencia. Parece que no les interesa. Y es verdad que, comparada con la *haute société* de París, Londres, Nueva York, Berlín, Roma, Viena o Madrid, la soviética es poca cosa: una *noblesse de la roture*. Y a lo sumo hablan de Stalin, siempre con un respeto profundo, como no podía ser menos. Parece que sólo les importa la vida del pueblo soviético, el orden comunista, las estadísticas de la producción industrial y agraria, las escuelas y demás. Leyéndolos tiene uno la impresión de que la Unión Soviética es una gran sociedad de trabajadores democrática e igualitaria.

Los escritores soviéticos están justificados. En Rusia, un Proust (como también un Montaigne, un Saint-Simon) es inadmisible, inimaginable. La nobleza marxista no tolera que se hable de ella, de sus cosas. Exige silencio sobre sí misma. Impone los temas a los escritores soviéticos, y dichos temas obligatorios son la vida de las masas proletarias, la lucha por la construcción del socialismo, el elogio del Estado, el más ciego y absoluto conformismo. Un día, hablando con Lunacharski, el autor le preguntó si en Rusia tenían a un Proust. «Sí», le contestó Lunacharski, «cada escritor soviético es un Proust proletario». El autor sonrió educadamente y no replicó que un Proust proletario es un sinsentido, que el escritor francés es el producto de cierta tradición europea, occidental, francesa, que va de Montaigne a Saint-Simon, a Valéry, a Bergson; que Proust es, como dice Thibaudet, «*un Dangeau devenu Saint-Simon*»; que en la literatura rusa falta algo parecido a lo que frieron los orígenes de Proust, falta un Cyrus, una Clélie, faltan las novelas mundanas del siglo XVII. Esto lo dice el autor para defenderse del reproche que sin duda se le hará de haber elegido por tema no el proletariado, sino la alta sociedad soviética, las *gens du monde* de Moscú, la corte marxista de Moscú, con sus escándalos, sus cortesanos, sus favoritas, sus aprovechados, sus fiestas galantes, sus bailes, sus escándalos, sus *lettres de cachet*, sus conjuras palaciegas.

¡Qué magnífico tema, pintar la nobleza marxista, la aristocracia comunista de la Unión Soviética! ¡Y qué enseñanzas, qué valores morales, psicológicos y sociales, pueden sacarse de esa pintura! Porque si la Europa de mañana está en la Rusia de mañana, no es menos cierto que la Europa de hoy está en la Rusia de hoy. La decadencia de Europa es consecuencia de la decadencia de la Rusia comunista, y en primer lugar de la corrupción de la nobleza marxista de la Unión Soviética. El tema es peligroso. Y el autor está convencido de que si la actual nobleza marxista llegara a dominar Europa, él y todos sus lectores acabarían en el paredón. No por delincuentes, ni por enemigos del pueblo y la libertad. El autor recuerda que, durante la tiranía de Mussolini y de Hitler, sufrió mucho en las cárceles fascistas, aunque no por ello se las dé de mártir de la libertad, profesión hoy utilísima y de asegurado provecho, sino porque el autor de esta novela y sus lectores son hombres libres. Si la nobleza marxista llegara a dominar Europa exterminaría no solamente a los enemigos del comunismo y el proletariado, sino a todos los hombres libres. La idea de que esa nobleza marxista corrupta, cruel, codiciosa e inmoral exterminaría a todos los hombres libres de Europa y del mundo es una idea que debemos meditar seriamente. A los hombres libres de nuestros días les queda poco tiempo para reír.

El Príncipe Negro

Cuando la orquesta dejó de tocar *Ich küsse ihre Hand* (los valses vieneses eran obligados en la embajada inglesa, igual que lo eran las canciones de Cole Porter y de Noël Coward en la alemana), Madame Lunacharskaya, la mujer del comisario del pueblo para la Instrucción Pública, Anatoli Lunacharski, se detuvo en medio del salón.

—¿Dónde estará Alexéi Karaján? —preguntó mirando a un lado y a otro. Pero, poniéndome la mano izquierda en el hombro y atusándose con la derecha el cabello de las sienes, que era negro y un poco rizado, añadió—: ¿No cree que la Semiónova empieza a parecerse mucho a la Kschessinska?

La Kschessinska había sido la última gran bailarina de la época zarista y, según se decía, la amante de Nicolás II.

—¿Por qué lo dice?

—Porque esta noche también se retrasa. Es que es muy chic eso de hacerse esperar.

—No me había dado cuenta de que se retrasaba —comenté.

—¿Es que ya no la ama? —me preguntó Madame Lunacharskaya con ojos risueños.

—Sabe bien que la amo a usted.

—También dicen eso aquí, en Moscú —repuso Madame Lunacharskaya—, pero es que ésta es una ciudad de cotillas.

La orquesta empezó a tocar *Wiener Blut* y Madame Lunacharskaya se apoyó lánguidamente en mi brazo.

—¿Cuándo regresa a París? —me preguntó mirando a la puerta y abandonándose en mis brazos.

—Seguramente me quedaré en Moscú unas semanas más —contesté—, me gustaría ver la primavera rusa en todo su esplendor.

—La primavera de Moscú no es como la de París —repuso ella

—. Estuve en París en octubre, comprando unos trajes para la comedia en la que llevo actuando todo el invierno. Este vestido, por ejemplo, es de Schiaparelli, espero que no se escandalice usted también.

El reglamento prohíbe a las actrices soviéticas vestir en sociedad trajes del guardarropa teatral. Pero la Semiónova, la Lunacharskaya, las actrices más famosas del cine y el teatro soviéticos, se saltaban el reglamento y se presentaban en público luciendo los atuendos del teatro, sin reparar en que con eso desafiaban más a la pobreza del pueblo que a los reglamentos oficiales.

Era un vestido de Schiaparelli, en efecto, más bien pesado y barroco, con esos pliegues que Madame Schiaparelli copiaba de algunos dibujos de Miguel Ángel, de algunas estatuas de Canova; de ese estilo barroco romano de Domenichino en que los colores parecen sombras de árboles de Poussin y sombras azul turquesa de Corot. Madame Lunacharskaya era morena, pálida, de rasgos más bien bastos, como vistos a través de una lente de aumento. Tenía unos ojos negros cargados de sensualidad, de malicia, de sueño, unos ojos de carne que en nada se parecían a los ojos de cristal claro de las mujeres del pueblo. Eran unos ojos de carne en que las imágenes, más que reflejarse, parecían tatuarse. Las cejas negras, que ella no sólo no se depilaba sino que acentuaba casi con un toque de lápiz, arrojaban una sombra borrosa sobre aquellos ojos de carne, ojos nocturnos en que la sensualidad perezosa y dulce brillaba como una *veilleuse* en un dormitorio. Tenía la boca grande, carnosa, de labios gruesos, por los que una sonrisa irónica y a veces desdeñosa iba y venía como un rayo de luz por debajo de una puerta cerrada. Y algo cerrado había en ella, en su actitud, sus gestos, sus miradas, sus palabras. Todo lo que da la tradición, la educación, el estilo de la nobleza —a saber, discreción, sencillez, decoro natural, una actitud, un modo de hablar, de sonreír incluso, condescendiente, una frialdad que en realidad es orgullo moderado por las buenas maneras y por un respeto hacia sí mismo que se refleja en el trato con el prójimo—, todo lo que, en fin, es innato en la aristocracia genuina, en una clase recién llegada al poder, a los honores, a los privilegios, es, como cualquiera sabe, artificial. Y en la nobleza comunista, cuyo estilo no es innato sino artificial, igual que en una sociedad de burgueses, *parvenus*, la discreción, el

decoro, la sencillez y el orgullo bien entendido se convierten en desconfianza. Lo que caracteriza a una nobleza comunista no es el mal gusto, la vulgaridad, las *bad manners* ni la complacencia en la riqueza, el lujo o el poder, sino la desconfianza y, diré más, la intransigencia ideológica. En Moscú, todos elogiaban la vida y las costumbres sencillas de Stalin, su estilo austero, sus modales señoriales pero sencillos; pero es que Stalin no pertenecía a la nobleza comunista. Stalin era el Bonaparte posterior al 18 de brumario, era el amo, el dictador, y la nobleza comunista le era contraria como le fuera contraria a Bonaparte la clase de los *parvenus* del Directorio. Sólo que en estos aristócratas rusos, en esta nobleza comunista, el desprecio no era social, sino ideológico. Porque desde el punto de vista social, lo que inspiraba realmente todos los actos mundanos de aquella sociedad poderosísima y ya corrupta —que hasta ayer había vivido en la miseria, la desconfianza, la clandestinidad y la emigración, y que de pronto había pasado a dormir en las camas de las grandes damas de la nobleza zarista, a sentarse en las butacas doradas de los altos funcionarios de la Rusia zarista, a desempeñar las mismas funciones que habían desempeñado los nobles zaristas— era el esnobismo. Aquellos nobles rojos imitaban las maneras occidentales, las mujeres las de París y los hombres las de Londres y, en menor medida, las de Berlín y Nueva York.

Las mujeres más elegantes eran las actrices, y los hombres más elegantes, los oficiales de caballería de la Proletarskaya Diviziya, de guarnición en Moscú, y algunos diplomáticos del Narkomindel, el Comisariado para Asuntos Exteriores. Aquella noche, la gran sala de baile de la embajada de Inglaterra estaba repleta de invitados rusos. Lo que había atraído al baile que daba Sir Edmond Ovey a todo el mundo dorado de Moscú, ruso y no ruso, era el rumor que había corrido de pronto por los círculos mundanos de la capital de la Unión Soviética de que la primera bailarina del Gran Teatro de la Ópera, la Semiónova, había rechazado a Karaján y que éste había intentado suicidarse. Todos estaban pendientes de la puerta y esperaban algún acontecimiento extraordinario: la Semiónova había prometido asistir al baile y su retraso empezaba a causar gran expectación entre los invitados, especialmente en Edmond Ovey, el anfitrión.

Todos estaban ya acostumbrados a los retrasos de la bailarina, a quien las rivales acusaban de darse aires de dama del Antiguo Régimen o, como decía Madame Lunacharskaya, de princesa de sangre; pero aquella noche tardaba más de lo habitual, y la ausencia de Karaján no hacía sino confirmar los rumores que se habían difundido esa misma tarde por Moscú.

—Está usted hecha toda una parisina —dije sonriendo.

Madame Lunacharskaya clavó en mí sus ojos de carne y sonrió con ironía.

—Pues figúrese —dijo al cabo de un instante de silencio— que me acusan de contrarrevolucionaria porque visto con decencia. —Y entornando los ojos, añadió—: Háblame de París.

Le hablé de París. De sus tonos grisáceos y azules, de sus tonos rosas otoñales, de las hojas doradas de los *marronniers* que bordean el Sena, de la niebla que se eleva del río al caer la tarde, del crujir de las hojas bajo los pies, de los jardines de las Tullerías.

—Háblame de la Place Vendôme —dijo Madame Lunacharskaya.

Le hablé de la Place Vendôme, del silencio de la Place Vendôme, de su color de piedra gris, el mismo gris azulado de la piedra de Florencia, llamada *pietra serena*, del silencio armonioso de la Place Vendôme, en que nada evoca la naturaleza, los árboles, la hierba, las flores, las aguas, donde todo es humano, de una humanidad puramente mental, que parece un verso de Racine, un pensamiento de Descartes.

—Imagínese lo que sería representar a Racine en la Place Vendôme, lo que sería ver a Pirro proclamando su amor allí, y a Andrómaca hecha un ovillo en un rincón. Imagínese lo que sería oír un verso de Racine que colmara el silencio de la plaza como el viento colma una vela, un verso de Racine que fuera como el viento del río que entra en la plaza por la Rue de Castiglione: « *en marchant du plaisir de la voir*
S'enivrer
». Imagínese la Place Vendôme una noche de luna, el silencio, la serenidad sublime, matemática de la plaza, como el silencio que sucede a la última nota de una sinfonía de Vivaldi, de Lully, de Rameau.

—Háblame de Giraudoux —dijo Madame Lunacharskaya.

Le hablé de Jean Giraudoux, de su voz viril y un poco cansada,

del fulgor velado de sus ojos, de su sonrisa bondadosa; le hablé de su perro, *Puck*, de la *camaraderie* que unía a aquellos dos seres nacidos para entenderse; le hablé de los paseos que daba Jean Giraudoux sin sombrero ni abrigo las tardes claras y frías de invierno, esas tardes de cristal en que también París se vuelve de cristal, y las casas, los monumentos, las estatuas, las columnas, los árboles, se vuelven de porcelana, de una porcelana levemente coloreada, como la de Sèvres; esas tardes en que todo se transforma en frágil, precioso, brillante, y en que Giraudoux caminaba despacio por los *quais* del Sena, entre la Rue des Saints-Pères y el Pont Neuf, mientras hablaba de París, del olor de París, del silencio de París, de la niebla de París. Le hablé de Giraudoux, al que vi por última vez alejándose despacio por el Pont Neuf, desapareciendo en la niebla, en el silencio de París.

—Me gustaría mucho llevar a escena y actuar en una comedia de Giraudoux aquí en Moscú —dijo ella—. Pero está prohibido. ¿Usted cree que Giraudoux es un escritor contrarrevolucionario, un escritor burgués? —Me eché a reír discretamente y Madame Lunacharskaya se corrigió y dijo—: ¿Un escritor barroco?

Le hablé entonces del Giraudoux barroco, del Giraudoux educado en la escuela del Bemini joven, en una Francia que él veía preciosa, frágil, extraña, como veía a los hombres y a las mujeres, como veía la gracia francesa.

—Aquí, en Moscú —me dijo Madame Lunacharskaya poniéndome una mano en el hombro—, sólo gusta lo que les gusta a los obreros. ¿Cree usted que Giraudoux podría educar a los obreros?

—Desde luego —contesté, riendo—. Los obreros de París, los obreros de la Renault, los mecánicos, los fundidores, los torneros, van a ver a Giraudoux porque lo entienden mejor que las damas esnobs de la burguesía que visten en Paquin y en Schiaparelli, porque para entender a Giraudoux hay que tener la sensibilidad de ciertos intelectuales franceses y también la de los obreros acostumbrados a manejar motores, a montar motores, a la precisión de los tornos eléctricos, de los engranajes, exactos como es exacto el engranaje de las imágenes, de los pensamientos, de la lógica de una página de Descartes o Pascal, lógica de la que nace la belleza francesa, esa belleza particular que sólo pertenece a los franceses, hecha de precisión, claridad, nitidez, y que encontramos en

Baudelaire, Verlaine, Valéry, Ravel, Léger, Segonzac, en los pintores, los escritores, los filósofos, en los mejores obreros, en los artesanos. Escritores como Giraudoux son quienes pueden educar a los obreros mejor que los mismos escritores revolucionarios, mejor que Ilyá Ehrenburg… Eso sí —añadí—, para entender a Giraudoux hay que ser un hombre refinado, inteligente, sensible, como los obreros franceses. Los obreros rusos…

—Oh, los obreros rusos… —me interrumpió ella, pero se calló.

La orquesta había empezado a interpretar *El Danubio azul* y Madame Lunacharskaya se puso en pie y me dijo:

—Volvamos dentro. —Al llegar a la puerta de la sala miró a un lado y a otro y añadió—: Aún no ha venido.

Supe que se refería a la Semiónova y le pregunté en voz baja si creía que era cierto lo que se rumoreaba en Moscú.

—Me alegraría de que lo fuera —me contestó, y como se volvió hacia mí y me puso la mano en el hombro, la saqué a bailar el vals.

Pero entonces vi al rubio y rosado Florinski, jefe de protocolo del Comisariado para Asuntos Exteriores, sortear a las parejas que bailaban y correr hacia la Semiónova, que entraba en aquel momento, sola, se detenía en el umbral y buscaba con la mirada a Lady Ovey.

—*Oh, dorogaya, ma chère, enfin!* —exclamó Florinski, besándole la mano.

Madame Lunacharskaya, que lo oyó, se volvió y, al ver a la Semiónova, se apartó de mí, rechazándome casi con un empujoncito en el hombro, se excusó y se fue hacia Tairov, el famoso director del teatro Kamerny, que estaba hablando junto a una ventana con un grupo de jóvenes actores.

Yo me quedé solo en medio de la sala y observé lo que me rodeaba.

Madame Egorova, esposa del mariscal Egorov, estaba sentada en una butaca en un extremo de la sala, hablando en voz alta y riendo con unos jóvenes oficiales de la Proletarskaya Diviziya, mientras con el rabillo del ojo miraba a la Semiónova, que, del brazo de Sir Edmond Ovey, embajador de su majestad británica, se acercaba al bufé.

La Semiónova, primera bailarina del Gran Teatro de la Ópera de Moscú, era una mujer más bien corta de estatura, de ojos claros y

fríos, de cabello rubio y brillante, que llevaba peinado hacia atrás y recogido en un moño. Tenía unos huesos pequeños y finos, muy frágiles, cubiertos por una came tierna y blanca. Los hombros desnudos y carnosos parecían, a la luz blanca de las lámparas, de nieve. Lucía un vestido muy escotado, que descubría la amplia curva de la espalda y ceñía estrechamente las caderas, más bien anchas. Me pareció que se trataba de un vestido de Lelong, de raso blanco, con el borde inferior adornado con una cenefa azul, de manera que parecía una túnica bizantina. Llevaba un *collier* de perlas rosas e iba tocada con un *kokoshnik* al estilo de las antiguas boyardas, que daba a su cara rolliza, pálida, de grandes ojos claros y fríos, la misma expresión de algunas cabezas femeninas de los antiguos iconos del cementerio Ragoisky y de los Viejos Creyentes. Del brazo de Sir Edmond Ovey, caminaba sosteniéndose con la mano izquierda el vuelo de la falda, que apenas le ocultaba los pies, unos pies pequeños por los que todo Moscú deliraba, y que calzaba con zapatillas de raso blanco, obra primorosa, hecha en París, del zapatero de la Pavlova.

Todos los ojos se habían vuelto hacia la Semiónova, que sonreía a diestro y siniestro sin mirar a nadie, como si sonriera a fantasmas. Emanaba de ella una gracia inefable, que no era la de las bailarinas de Degas, sino la gracia un tanto equívoca de algunos arlequines de Magnasco o Picasso, de algunos *pierrots* de la pintura cubista, llenos de una humillación indeleble y una esperanza orgullosa. Pero sus gestos eran duros y, aunque a primera vista parecieran instintivos, observados más de cerca resultaban no sólo pensados, sino premeditados con soberbio desdén. Su expresión era pérfida e insolente, de exaltación fría y calculada. Bastaba con verla volver la cabeza, una cabeza algo aplanada en la nuca (la giraba con movimientos bruscos, como hacen los lagartos), para darse cuenta de lo artificiales que eran sus gestos más sencillos y aparentemente más naturales, sus caprichos de bailarina, sus cambios de humor, sus ataques de nervios, sus fríos arranques de cólera, que le habían dado fama de artista veleidosa y tiránica. A veces, por la más leve vacilación del director de orquesta, por la equivocación de un compañero de trabajo, por el imperceptible desafinado de un violín, por el crujido de una butaca al fondo del teatro, por la tos de un espectador, la Semiónova interrumpía el baile, se detenía en mitad

de una pirueta y se quedaba quieta en el centro del escenario, fría como una estatua de mármol, ante un público mudo de espanto.

El numerosísimo público proletario que llenaba todas las noches la sala del Gran Teatro de la Ópera le perdonaba todos los caprichos, desaires y tiranías: permanecía mudo, conteniendo la respiración, temeroso de crispar los nervios de su ídolo, hasta que un aplauso cálido, apasionado e interminable rompía el hielo de aquella estatua de mármol, que se inclinaba con un movimiento de la cabeza leve y desdeñoso, esbozando una sonrisa de triunfo despectivo.

—*Elle est le seul être au monde qui oserait danser sur un volcan* —decía el embajador de Francia, Monsieur Herbette, que había sido muchos años director de *Le Temps* de París y seguía fiel a los *bons mots* que se estilaban en tiempos de Fallieres en las redacciones de los periódicos parisinos y pervivían en el Quai d'Orsay
desde la época del duque de Gramont.

—*Vous oubliez Karajan* —contestaba el embajador de Inglaterra, Sir Edmond Ovey.

Durante el largo invierno de 1929, la relación entre la Semiónova y Karaján había sido la comidilla de todas las mesas de bridge de las embajadas extranjeras en Moscú y de todos los corrillos que se formaban en la inmensa sala del palacio Spiridónovka, donde solía dar sus banquetes oficiales y sus bailes el comisario del pueblo para Asuntos Exteriores, Litvínov, el gordo, pálido y sonriente Litvínov. En aquella nobleza comunista, los hombres apoyaban a la Semiónova y las mujeres a Karaján. El mundo diplomático extranjero también se dividía en dos bandos, y las mujeres estaban con la Semiónova y los hombres con Karaján. Ésta era quizá la señal más clara no sé si de la novedad de la sociedad rusa comunista, o de la cultura de los buenos modales de la vieja sociedad occidental. Pues el que los hombres defiendan a los hombres es un rasgo oriental, y el que los hombres defiendan a las mujeres, un rasgo occidental.

Karaján era el hombre más apuesto de la Unión Soviética y quizá, según afirmaba Frau von Dirksen, esposa del embajador alemán, el hombre más apuesto de Europa. Los tiempos cambian, las antiguas aristocracias decaen, la civilización liberal europea deja

paso a la civilización marxista, pero los cánones de la belleza masculina no siguen el mudar de los tiempos, de la moda, de los regímenes políticos, de las ideologías morales y sociales. Un hombre, o una mujer, que parecieran bellos en la época de Luis XV no dejarían de gustar con el Directorio. Lord Byron o el conde d'Orsay seguirían encantando con su belleza, con el esplendor y la gracia de sus maneras, a una sociedad más tosca, o más corrupta, que la suya. Por lo mismo, un hombre como Karaján también habría hecho palidecer a las mujeres de la corte de Nicolás II. Lo que quizá hubiera entorpecido algo su éxito entre el elemento femenino de una aristocracia de sangre era la oscuridad de su cuna, aunque tampoco faltan ejemplos de hombres de cuna oscura pero gallardísimos que conquistaron las más altas privanzas y obtuvieron los más anhelados éxitos mundanos en virtud de su belleza.

Lo que me asombraba al principio, recién llegado a Moscú y cuando aún no me había percatado de la corrupción de la aristocracia comunista, era el hecho de que también en esta ciudad, capital de la Unión Soviética, la belleza contaba en el éxito de un hombre. Yo llegaba convencido de que el poder lo ocupaba una clase salida del pueblo, dura, intransigente, puritana, con ese puritanismo marxista que tanto se parece al calvinista, en la que sólo contaban los méritos revolucionarios y la fidelidad a la teoría marxista. Y cuando empecé a oía hablar de Karaján, y a darme cuenta de que los elogios y la admiración por sus prendas morales, por su contribución a la Revolución proletaria (Karaján era, con Borodin, el héroe de la Revolución comunista china y de la sovietización de Turquestán), iban acompañados de la admiración y aun del *engouement* por su belleza física, casi me escandalicé, porque me parecía algo indigno de una sociedad proletaria dar importancia a tales cosas.

No era éste, sin embargo, el único síntoma de la corrupción generalizada en la aristocracia comunista. Porque en una sociedad revolucionaria, la corrupción de las costumbres es señal de la corrupción de las ideas, del espíritu revolucionario. ¿Cómo puede conciliarse el privilegio de la belleza hecha mérito, prenda moral, con la austeridad marxista? Lenin llevaba apenas cinco años muerto, pero en aquel breve lapso de tiempo los elementos de

corrupción ya presentes en la sociedad comunista se habían desarrollado, habían adoptado las formas habituales de la corrupción revolucionaria. Me hallaba en la situación en que se hallaría quien, habiendo marchado de París en tiempos de las virtudes y los rigores republicanos, volviera, pasados los años del Terror, con el Directorio. ¿Es ésta, se preguntaría, la sociedad puritana revolucionaria que dejé hace tan sólo unos años? ¿Son éstos los Brutos a quienes conocí hace unos años, inflamados por la llama purificadora de la fe revolucionaria? Y desde la Porte Maillot recorrería los Campos Elíseos un templado día primaveral oyendo, como oyó Chateaubriand a su regreso a París, los cánticos, la música, las señales del júbilo universal, síntomas graves de la corrupción de la aristocracia revolucionaria.

Con todo, no podía evitar sentir por Karaján sincera simpatía. Yo era joven —hacía unos meses que había cumplido los treinta—, y el juvenil entusiasmo que me había llevado a Moscú para conocer de cerca a los héroes de la Revolución de Octubre, para mezclarme con la masa obrera, con el pueblo ruso, con el proletariado comunista de la Unión Soviética, me impulsaba naturalmente y *tout entier*, como diría Fedra, hacia aquellos hombres que, a mis ojos, encarnaban el genio y la voluntad revolucionarios. ¿Quién puede hoy reprocharme haber sentido por Karaján algo parecido a una pasión? Julien Sorel amaba a Napoleón. En Moscú, mi Napoleón era Karaján. Cada cual se contenta con el primer Napoleón que encuentra. Añado que en mi pasión por Karaján, el héroe de la Revolución comunista china, entraba un poco la venganza de mi generación, que, a su vuelta de la guerra de 1918, había tenido que conformarse con héroes mezquinos, con tristes héroes burgueses, como

D’Annunzio,

Mussolini, Barres, Gide, Paul Valéry, Paul Claudel. Lo que yo veía en Karaján era al héroe antiburgués, al hijo de las estepas de Asia, al héroe de la revolución, que había derrocado a los zares, arrastrado por el fango a una antigua aristocracia corrupta e incapaz, llevado al poder a las masas proletarias. La mía era una visión romántica. ¿Con qué derecho vamos a prohibir a los jóvenes que tengan una visión romántica de los hombres y la vida? Si había elegido como héroe a Karaján, en vez de a Trotski, a Kámenev, a

Bujarin, la razón es ésta: era el más guapo y el menos intelectual. Siempre hay algo femenino en la admiración de un joven por un héroe, pero es algo puro: nada dista más del vicio que la pasión de un Sorel o de un Fabrizio del Dongo por Napoleón.

Karaján era un hombre alto, atlético, con una cabeza orgullosamente plantada entre los hombros anchos. Su rostro era un tanto prominente, como lo es el de todas las razas caucásicas, armenias, georgianas, osetias, circasianas, que se cruzan y chocan, sin mezclarse nunca, en esa encrucijada del mundo que es el Cáucaso. *Karaján*, en esa lengua de las estepas orientales, significa «Príncipe Negro». Famoso por el papel que había desempeñado en la Revolución comunista china y nombrado luego vicecomisario del pueblo para Asuntos Exteriores y embajador en Ankara, Karaján, el bellísimo y misterioso Karaján (éstos eran los epítetos que más se le aplicaban), era un hombre de mediana edad, alto, delgado, con esa delgadez atlética que Pushkin llamaba «cosaca». Tenía el rostro pálido, los ojos de un color incierto, a veces grises, otras muy oscuros, que brillaban de un modo singular tras las lentes de las gafas. Al contrario de lo que suele ocurrir con quienes llevan gafas, las lentes aumentaban la magia de su mirada, que era velada pero aguda como la de los ojos de cristal de las antiguas estatuas griegas. Gastaba una perilla negra que lo asemejaba a uno de esos caballeros españoles que velan el pálido cadáver del conde de Orgaz en el cuadro del Greco de Toledo. Vestía con sobriedad, al estilo inglés, y sentía esa predilección típicamente moderna por los grises y los negros que predominan en las sastrerías de Savile Row. Sus trajes, corbatas, zapatos, camisas, guantes venían de Londres por el correo diplomático de la embajada soviética en St. James Court. Sir Edmond Ovey decía con razón que la moda masculina sigue las ideas políticas dominantes, y que en tiempos liberales hay una moda y en tiempos conservadores otra —William Pitt no vestía como William Fox, desde luego, ni Gladstone como Robert Peel—, y lo asombraba que Karaján vistiera a la moda inglesa sin darse cuenta de que así vestía también las ideas políticas inglesas. Jugaba muy bien al tenis y todos los días acudía a los *courts* del palacio Spiridónovka o a los de la embajada de Inglaterra, con un impecable traje de franela blanca y un par de ese tipo de zapatillas de tenis blancas con suela de goma roja que estaban de moda

aquellos años y se llamaban *japanese shoes*. Jugaba de manera suelta, *souple*, con calma, sonriendo.

Todas las damas del mundo diplomático, todas las actrices, todas las *beauties* de la alta sociedad comunista, las esposas de los comisarios del pueblo, de los altos funcionarios, de los generales soviéticos, se apiñaban en torno a las redes de los *courts* para verlo jugar. Karaján tenía algo de fiera cuando corría por la pista de arena roja, cuando alargaba o doblaba el brazo, cuando descargaba un raquetazo. Solamente jugaba con pelotas de tenis que le mandaban de Londres. Decía, sonriendo, como para excusarse, que las pelotas de tenis soviéticas eran poco elásticas:

—En Rusia nada de lo que toca tierra rebota.

Probablemente quería decir que no se levantaba.

Luego se volvía hacia Lady Ovey y con su insolencia sonriente, con su desenfado de hombre superior, y con un perfecto acento de Oxford, añadía:

—Marx no previó la superioridad de las pelotas de tenis inglesas sobre las soviéticas. Marx vivía en el Soho, en el East End. En el East End de Londres no se juega al tenis, *it?*
isn't

A mí, la verdad, aquellos *bons mots*, aquellos comentarios insolentes, me disgustaban. Habría preferido que aquel hombre sintiera un profundo desprecio por Europa. Yo había ido a Moscú convencido de que era la anti-Europa, o por lo menos la otra Europa, y ahora me daba cuenta con dolor de que toda aquella nobleza soviética profesaba a Europa (« *quelle Europe*
n'importe
», como decía el embajador de Francia, Herbette) una admiración sin reservas. En Moscú, como en cualquier otra ciudad de provincias de cualquier parte del mundo, no se hablaba más que de París, Londres, Nueva York, Berlín, Viena, de los teatros, los cines, los restaurantes, los *night clubs* parisinos, londinenses… Madame Schiaparelli, Lelong, Paquin, Maggy Rouff, Molyneux eran más famosos en Moscú que Giraudoux, Paul Valéry o Claudel. En Moscú se hablaba mucho más de Madame Schiaparelli que de Stalin, aunque no fuera menos peligroso hablar de la primera que del segundo. Pero lo que más me molestaba en Karaján no era su

esnobismo, su admiración, su *engouement* por Europa, por la vida elegante europea, sino su independencia de espíritu, una independencia de espíritu cínica, insolente, demasiado ostentosa y artificial, o al menos así me lo parecía. En aquella independencia de espíritu yo veía algo más profundo, más amargo, que una mera insolencia. Y eso me fastidiaba.

Unos pasos detrás de Karaján, y observando todos sus gestos, todos sus movimientos, todos sus raquetazos, estaba el *trainer* de tenis del palacio Spiridónovka, el famoso Julianov, uno de los personajes más fabulosos del Moscú soviético de entonces: era un hombre apuesto, alto, rubio, de ojos azules, al que todas las damas rusas de Moscú y las mujeres de los diplomáticos extranjeros hacían la corte abiertamente, para obtener el favor de alguna lección de tenis. Karaján no prestaba el menor caso a aquella muchedumbre de admiradoras chillonas y tampoco parecía reparar en la Semiónova las pocas veces que la famosa primera bailarina del Gran Teatro de la Ópera hacía una breve aparición en la embajada de Inglaterra o en el palacio Spiridónovka, aunque se decía que estaba locamente enamorado de ella. Tampoco yo le quitaba ojo cuando jugaba con Sir William Strang, el consejero de la embajada de Inglaterra, o con algún secretario de embajada. Lo miraba y veía extenderse a su espaldas, como si Karaján estuviera pintado en un lienzo, ese paisaje de Novocherkask que Pushkin describe en *El viaje a Arzrum*, ese paisaje donde, poco a poco, Europa se convierte en Asia, donde los bosques dejan paso poco a poco a las hierbas altas, a las estepas, a los cerros áridos y ventosos, y las águilas se posan en los montones de tierra que marcan la vía principal como si hicieran guardia a las puertas de Asia. Lo miraba y sentía que también yo iba tendido en un carruaje inglés como el joven Pushkin en el carruaje inglés de pieles suaves y brillantes de su amigo camino de Arzrum, Armenia, para seguir la guerra contra los turcos. Y veía que en Karaján Europa se convertía poco a poco en Asia, que los bosques dejaban paso poco a poco a las estepas y a los cerros áridos y ventosos, y que el horizonte amarillo se abría bajo el inmenso cielo pálido asiático. Como todo el mundo, sentía una curiosidad insaciable por aquel hombre, y me preguntaba si lo que determinaba su carácter era una ambición sin límites o un desprecio soberano y sarcástico por el género humano, o al menos por el

género humano soviético, y si con ese desprecio no ocultaba en realidad una pasión enfermiza, una envidia dolorosa de la vida libre e individualista de Occidente. ¿O acaso lo que determinaba su carácter era más bien ese típico narcisismo eslavo que tienen todos los personajes de la literatura rusa, sobre todo de Dostoievski, todos los héroes rusos, los más humildes, los más desheredados, los más innobles, los más corruptos?

Me impresionaba, como impresionaba a todos, la fuerza que emanaba de aquel hombre enigmático, que tenía fama de persona crudelísima y al que los mismos altos dignatarios soviéticos, amigos suyos, tenían por personaje secreto y misterioso.

—Es el diablo —aseguraba Madame Budionnaya, esposa del mariscal Budionni, aunque no lo decía en el sentido que Sologub, el autor de *El demonio mezquino*, da a esa palabra, y tampoco en el que le da el Aliosha de *Los hermanos Karamázov*, sino en el sentido byroniano de Pushkin, o en el popular de ciertos cuentos petersburgueses de Gógol. A mí me asombraba que una sociedad comunista pudiera producir un hombre tan raro, tan enigmático, tan mágico, diría, tan contrario al ideal de hombre que el marxismo postula. Karaján era un personaje romántico. Y a mí, digo, me asombraba encontrar, en una sociedad comunista que desde lejos, desde París, me había parecido una forma de clasicismo, de racionalismo, como se supone que es el marxismo, un personaje romántico, digno de Lord Byron y Pushkin.

Para juzgar a una persona hay que observar atentamente sus retratos. En éstos, las personas se destapan, se muestran sin reservas. Yo llevaba mucho tiempo buscando uno de Karaján que no fuera la típica fotografía de prensa ni de publicaciones oficiales. Una noche que me hallaba en el camerino de la Semiónova del Gran Teatro de la Ópera, en un intermedio de *Krasny Mak*, «La amapola roja», el gran ballet sobre la Revolución comunista china, en que cientos de bailarines vestidos de rojo, las amapolas, invaden el escenario y luchan contra un ejército de bailarines vestidos de amarillo, las flores de loto, le pedí que me enseñara un retrato de Karaján.

Ella me miró, asombrada.

—¿Para qué?

—Quiero ver cómo se muestra con usted —le contesté.

—Él nunca se muestra como es —repuso ella en tono triste, mirándose al espejo.

—¿Ni siquiera con usted?

—¿Y me lo pregunta? Conmigo menos que con nadie. —Abrió el cajón del tocador, sacó una gran fotografía con marco de plata, me la arrojó a las rodillas y dijo—: Fíjese bien porque a lo mejor no lo reconoce.

Era un retrato de Karaján vestido con *tolstovskaya*, que es esa camisola de mujik con botones en el costado, hombros y cuello a la que dio nombre Lev Tolstói. Con esta prenda, Karaján tenía un aspecto casi desaliñado: en el cuello ancho de la camisola de tela, el suyo se veía delgado, como el de Baudelaire en su famoso traje de guillotinado. Estaba sentado a la orilla de un lago y el paisaje lacustre, pálido y opaco, con un cielo gris y brillante, como de porcelana, que se difuminaba en una escala de grises superpuestos como capas de piel (el cielo ruso tiene el color, la forma, la porosidad de la piel humana) confería al rostro, a la mirada, a la actitud de Karaján una tristeza un poco romántica, que contrastaba con la impresión que causaban su alta estatura, sus caderas estrechas, su cintura fina, sus hombros anchos y su cabeza digna, que movía con gallardía, con altivez y casi con cuidado, como si sobre los hombros llevara la cabeza de otra persona, de un ser querido o, como decía Patek, el embajador polaco, «como si sobre los hombros llevara a un niño». En aquel paisaje parecía perdido en una soledad inmensa, o, mejor dicho, era él quien transmitía al paisaje esa sensación de soledad. Era el primer hombre «solo» que veía en la Rusia de los soviets, donde la soledad se considera un lujo, una forma de corrupción burguesa, un aspecto intelectual de la desafección al marxismo.

No me veo capaz de hacer el retrato de un hombre y una sociedad, de describir las pasiones que dominan a esos hombres y esa sociedad, manteniéndome al margen de ellos. A mi juicio, una de las características de Stendhal es que no pertenece, siente que no pertenece a la misma sociedad que los tipos humanos que describe. Por eso quizá él sí habría podido retratar aquella sociedad soviética refinada y corrupta que, después de liderar la Revolución proletaria y fundar el comunismo, se había instalado con toda comodidad en el poder, como hiciera la sociedad del Termidor. Él se habría

sentido inmediata y profundamente ajeno a ella, no como jacobino, sino como bonapartista.

La soledad de aquel Karaján y el sentimiento de soledad que confería al paisaje me impresionaron de manera extraña: yo esperaba encontrar en Rusia al hombre comunista puro, un hombre fundido casi físicamente con las masas proletarias, un tipo nuevo de intelectual, que no fuera, como es el intelectual europeo, indiferente a la vida profunda, animal, de las masas, sino que se compenetrara con ella y estuviera tan alejado de la soledad del intelectual europeo como el intelectual de Occidente se halla alejado de la vida de las masas, de la vida de la especie, diría. Pero resulta que allí tenía a un tipo de hombre que yo ya conocía, que ya había encontrado en Pushkin, en Gógol, en Dostoievski sobre todo, el hombre solitario que se complace en su soledad como si fuera un vicio irresistible, que se entrega en cuerpo y alma a ese peculiar narcisismo eslavo que consiste en revolcarse en las propias miserias, en los propios pecados, y que es el aspecto más característico de la decadencia de la antigua sociedad rusa con que había arramblado la Revolución comunista.

—Guapo, ¿verdad? —me preguntó la Semiónova mirándome desde el espejo.

Estaba arreglándose el cabello y tenía los brazos levantados, y de pronto, reflejado en el espejo debajo de una axila, vi al mismísimo Karaján emerger del fondo como parece emerger un reflejo del fondo de un estanque. Estremecido, me volví rápidamente. Se trataba de un retrato de aquel hombre que había colgado entre el armario y la pared. Tenía una mirada dura, hostil. Iba vestido con una chaquetilla de cuero como las que llevaban los comunistas en la revolución y la guerra civil, a los que por eso llamaban así, «chaquetas de cuero». Tocado con un gorro alto de pelo de oveja persa, llevaba al cinto una pistolera con un máuser y, a la izquierda, un puñal curvado del Cáucaso, de mango plateado. Tras él se veía un paisaje de altas chimeneas humeantes, de grúas, puentes de acero, turbinas de acero, que se recortaban duramente contra un horizonte de niebla negra. Era el barrio de las fábricas Putilov, en Leningrado. Era uno de esos retratos de propaganda oficiales en que los líderes de la Revolución de Octubre gustaban de aparecer sobre un fondo romántico de chimeneas humeantes, de

grúas, de ruedas dentadas, como si quisieran subrayar que pertenecían a la Revolución proletaria, que eran los adalides de la Revolución comunista.

Sonreí y la Semiónova me lanzó desde el espejo una mirada penetrante.

—Guapo, sí —contesté—. Y más que guapo. Temo por él.

—Muy amable —repuso ella, sonriendo con ironía.

Era un Karaján muy distinto del Karaján del retrato que Madame Bubnova, directora de Torgzin, la tienda para extranjeros exclusiva donde se podía pagar con divisa valiosa, me había enseñado un día. El retrato de Madame Bubnova era obra de un pintor chino que lo había pintado en los días en que Karaján y Borodin enardecían a China. Todo lo secretamente oriental que hay en un ruso, el leve toque, el misterioso acento que se advierte en un gesto y, si no en los ojos rasgados, en cierta luz que ilumina los ojos grandes y lentos, se veía en el retrato de Karaján con evidencia insospechada. El pincel del desconocido pintor chino de Cantón había plasmado a Karaján en traje manchú, con casaca de seda y cuello de piel de lobo, y parecía más atlético, más feroz que en el retrato del camerino de la Semiónova.

En esos retratos se veía claramente que la sociedad revolucionaria que había conquistado el poder con violencia en octubre de 1917 era una sociedad híbrida, formada más por aventureros que por marxistas puros, como a ellos les gustaba llamarse. En aquellos años, la aristocracia comunista era muy distinta de la que apareció años después, tras las grandes purgas y el éxito de la primera *Piatiletka*[1]. Era una sociedad compuesta por elementos del Antiguo Régimen, diplomáticos, intelectuales, oficiales que se habían convertido enseguida al comunismo, y de aventureros provenientes de las más remotas provincias asiáticas del Imperio ruso. Obreros había pocos y casi nunca participaban en la vida social de la nobleza soviética. No se los veía en los bailes, ni en las comidas, ni en las *parties*, ni en los *courts* de tenis, ni en los montes de Nikolaev, la estación deportiva invernal de Moscú, ni a orillas del Moscova, donde solía ir la alta sociedad comunista, con esposas y amantes, a remar en bote por las orillas verdes bajo el cielo rosado y verdoso de Moscú. Yo había llegado a Moscú entusiasmado, y ahora muchos de los protagonistas de la

Revolución de Octubre me parecían muy distintos a los héroes que había imaginado. Eran gentes corruptas, mezquinas, ambiciosas, aventureros esteparios, exoficiales zaristas arrogantes, intelectuales avinagrados y orgullosos que luchaban entre sí por la conquista del poder supremo. Yo no estaba en Moscú para divertirme, pero ahora, ¿qué podía hacer si no? Aquella sociedad de *parvenus* corruptos y ambiciosos quería disfrutar del poder. Que bailase, pues, y se divirtiera. Pero cuando pensaba en Karaján, me embargaba una profunda tristeza. Temía por él. ¿Algo más? Sí, también le guardaba rencor porque me parecía otro *parvenu* corrupto y ambicioso. Le guardaba rencor como si me hubiera traicionado.

El vals que la orquesta tocaba en aquel momento no era de Strauss, sino uno de esos valses vieneses secos, enjutos, huesudos, que anunciaban el fin de Dollfuss, y a Schuschnigg y el *Anschluss*. Todo el tejido adiposo de la tradición vienesa de los Habsburgo, todo el *pathos* romántico de Viena se había consumido dejando al descubierto los huesos del vals, blancos y descarnados. Sir William Strang, consejero de la embajada inglesa, salió en aquel momento del bufé y dio el brazo a la Semiónova. Junto a Sir William, que era altísimo, la bailarina parecía pequeña y fragilísima.

—Hoy he sabido —dijo Madame Bubnova, que estaba de pie en un rincón del bufé, junto a la puerta que daba a la terraza, en medio de un grupo de actores y actrices de los teatros Stanislavski y Meyerhold— que la dirección del Covent Garden ha invitado a Londres a la Semiónova.

—Stalin nunca le permitirá salir de Moscú —replicó la mariscala Budionnaya.

—¡La Semiónova en Londres! ¡Ja, ja, ja! —exclamó Madame Bubnova, dándose un cachete en la mejilla. Era morena de pelo, velluda, de complexión atlética, frente huesuda y prominente, brazos rollizos, voz potente, algo grave, aunque no ronca, sino pastosa y vibrante, como la de un contralto viejo y desafinado. Su marido, Bubnov, gran intrigante, ansiaba la muerte de Anatoli Lunacharski, comisario del pueblo para la Instrucción Pública y las Bellas Artes: de hecho, cuando Lunacharski murió de tuberculosis (de esa extraña tuberculosis rusa que no mata al enfermo, sino que lo acompaña fielmente toda la vida hasta que lo lleva, octogenario, a la tumba), fue él quien ocupó su cargo.

—¿Y por qué no? —terció Madame Egorova, esposa del general Egorov, jefe del Estado Mayor del ejército ruso. Madame Egorova era bellísima, menuda, morena, entrada en carnes, lo cual le sentaba tan bien como a una perla un estuche de terciopelo, y, como las perlas, tenía unas languideces húmedas, una delicadeza cruel, una frialdad llena de matices grises, una impasibilidad distraída—. ¿Por qué no? La Semiónova no es mejor ni peor que otras.

—Es verdad, las hay peores —convino Madame Bubnova.

—A mí me parece encantadora —dijo Madame Budionnaya con inocencia.

Madame Bubnova se echó a reír y Madame Egorova la miró de soslayo con desprecio. La Egorova profesaba el más profundo desdén por las *beauties* de la sociedad soviética, sobre todo por Madame Lunacharskaya, que siempre estaba en el candelero. Y sólo se mostraba indulgente, quizá para dar más sentido, más dureza a su desprecio por las demás, con la Semiónova y con Madame Budionnaya.

—Conquistará Londres como ha conquistado Moscú —afirmó Madame Egorova, siguiendo con los ojos a la Semiónova y a Sir William Strang, que se deslizaban por el suelo al lento compás del vals.

—Querida mía —terció Madame Bubnova—, por mí puede tener los éxitos que quiera, no me importa, no le tengo envidia: yo no soy bailarina.

—Yo tampoco —dijo la mariscala Budionnaya con inocencia—, y sin embargo muchas veces la envidio: es tan bella, tan airosa, ¡y baila tan bien! Es una… una…

—Una mariposa —dijo Madame Bubnova riendo.

—Eso mismo, una mariposa —dijo Madame Budionnaya, ruborizándose un poco.

Madame Budionnaya era una mujercita morena, de formas opulentas, de una vulgaridad agradable. Florinski, cuando hablaba de ella, reía malignamente, estirando la mano para mostrar lo baja que era y abriendo los brazos para mostrar lo gorda y redonda que era. «Al mariscal Budionni le gustan las yeguas», decía, y reía encogiendo la cabeza pequeña y pelirroja entre los hombros, como hacen las tortugas: «¡Ji, ji, ji!». Pero no había nada ridículo en

aquella mujer. Era menuda, insignificante y no había perdido su sencillez: en una vertiginosa carrera en que había pasado de suboficial de los cosacos del zar a mariscal de la caballería roja, el mariscal Budionni no había logrado que su mujer ascendiera un solo peldaño en el escalafón del orgullo, de la presunción, de la vulgaridad. Seguía siendo una mujer sencilla, quizá algo sorprendida de la fortuna del marido, algo escéptica, y sinceramente entusiasmada con las joyas de mal gusto que le adornaban orejas, cuello y dedos.

—Sí, una mariposa —repitió Madame Budionnaya, ruborizándose un poco y sonriendo.

—En Londres no tendría éxito —dijo la Bubnova con su voz grave y sonora—. Allí la Pavlova sigue siendo inmortal. ¿Ha estado usted en Londres? —añadió, dirigiéndose a mí—. Recuerdo haber visto los objetos de la Pavlova en el Museo de Londres, en
St. James's
Street. La Semiónova no podrá competir con el fantasma de la Pavlova.

—Yo también vi las zapatillas de la Pavlova —dije—, que la divina bailarina calzaba en su danza del cisne. Todo el Museo de Londres gira poco a poco en torno a esas zapatillas de raso blanco. Pero la Pavlova brillaba a la sombra de un trono: llevaba a Londres, al trono de St. James, el esplendor hiperbóreo del trono de los zares de la blanca San Petersburgo. El brillo de su leyenda es enorme, glacial, purísimo, pero no podría competir con el brillo rojo, de rubí sanguíneo, que la Semiónova llevaría a Londres. La Pavlova era la bailarina de los reyes. La Semiónova, la bailarina del proletariado, proletaria.

—¡Ja, ja! —rió Madame Lunacharskaya acercándose con su séquito de jóvenes oficiales y actores de Tairov—. ¡Que no lo oiga la Semiónova, si no quiere que le saque los ojos! La divina Semiónova una bailarina proletaria, ¡ja, ja, ja!

—Perdón —dije—, no quería…

—No se excuse —intervino Madame Egorova—, la palabra «proletario» aún no tiene en Rusia un sentido ofensivo. Pero no a todas nos gusta que nos llamen proletarias.

—Se equivoca —dijo Madame Lunacharskaya—, a mí me encanta. ¡Ja, ja, ja!

—¡Ja, ja, ja! —se echó a reír la Bubnova.

—¡Ja, ja, ja! —la imitaron los jóvenes actores y oficiales.

—¿Y por qué no debería gustarnos? —preguntó Madame Budionnaya con aire ingenuo—. ¡Por suerte, todas somos proletarias! ¿Qué tiene de gracioso?

—¡Ja, ja, ja! —exclamó la Bubnova—. ¡Y dice que qué tiene de gracioso! Pero querida…

—¿A usted le parece gracioso, señor Malaparte? —me preguntó de sopetón la Egorova.

—Muy gracioso, sí —respondí—. También las mujeres europeas que tienen la suerte de poseer un anillo de brillantes se avergüenzan de su origen proletario. Aquí, a Dios gracias, ninguna de ustedes se avergüenza de su origen. Es una muestra de buen gusto que me place.

—¡Miren qué precioso collar de perlas! —exclamó Madame Bubnova—. Es la primera vez que me lo pongo. Y les juro que no lo compré en Torgzin.

—Viene de París —apuntó Madame Lunacharskaya—. Es un collar de Cartier.

—¿Y usted la llama bailarina proletaria? —dijo Madame Bubnova, riendo y dándose unos cachetes en la cara, como solía hacer cuando algo la sorprendía.

—¿Me invita a un whisky? —me preguntó Madame Egorova tomándome del brazo.

Nos alejamos del grupo de las *beauties* y nos dirigimos al bufé evitando cuidadosamente la sala de baile. Me fijé en que aquella noche no estaban Litvínov, Lunacharski ni el mariscal Tujachevski. A una mesa del bar se habían sentado el embajador de Italia, Cerruti, el de Polonia, Patek, y Steyer, funcionario del Comisariado para Asuntos Exteriores. El embajador de Letonia, Madame Egorova y yo nos sentamos a una mesa y el barman nos sirvió dos whiskies Antiquary.

—¿No lo sabe? —nos dijo el embajador letón, levantándose de la mesa y acercándose a la barra—. Han arrestado a Kámenev.

Madame Egorova escuchó la noticia impasible. Estaba un poco pálida y observé que dejaba despacio el vaso en la mesa.

—¿Qué tiene de raro? —pregunté.

—No tiene nada de raro —contestó el embajador, un tanto

sorprendido—, pero es muy importante. ¿Sabe quién era Kámenev?

—Uno de los más antiguos compañeros de Lenin —contesté—, ¿y bien?

—¡Pero es terrible! —exclamó el embajador de Letonia.

—Todas estas damas y caballeros —aseguré mirando a un lado y otro— acabarán en la cárcel.

—¿Y le parece bien?

—Son un hatajo de traidores, de arribistas, de *parvenus*, de aprovechados de la revolución. Peor para ellos.

—¡Pero Kámenev era uno de los líderes revolucionarios! —exclamó el embajador.

—¿Ah, sí? Pues chúpese ésa. —Y me eché a reír.

El embajador letón se quedó mirándome un instante, luego se volvió hacia Madame Egorova e, inclinándose, dijo:

—*C'est à vous que je donnais cette nouvelle*.

—Pues yo pienso como Malaparte —repuso ella, y se volvió fríamente hacia la sala de baile.

En aquel momento, Sir Edmond Ovey se acercaba a Sir William Strang y le susurraba algo al oído. Inmediatamente, Sir William Strang se separó de la Semiónova, se inclinó y le dijo algo, como excusándose, tras lo cual le ofreció el brazo y juntos se encaminaron al bar esquivando a las parejas que bailaban. Al mismo tiempo aparecieron en todas las puertas que daban a la sala hombres y mujeres con cara de estupor y hasta de miedo. El embajador Cerruti, el embajador Patek, Steyer, Tairov, el embajador letón, el de Francia, Herbette, el alemán, barón Von Dirksen, y demás miembros del cuerpo diplomático se habían levantado de sus mesas y butacas y acudían, se asomaban también a la puerta de la terraza, a la puerta del bar, a la puerta del *fumoir*. Se formaban corros que enseguida se disolvían, grupos que se apartaban y cuchicheaban. Al final todo el mundo se volvió hacia Florinski, jefe de protocolo del Comisariado para Asuntos Exteriores, que, en medio de la sala, pálido, sonreía mirando a la Semiónova, una Semiónova sola que, apoyada en la barra y llevándose a ratos un vaso a los labios, tenía la vista fija en la puerta que comunicaba la sala con el vestíbulo.

Como movidas por un instinto, también Madame Lunacharskaya, Madame Bubnova, Madame Budionnaya, todas las *beauties* del mundo soviético, habían ido juntándose, seguidas del

enjambre de jóvenes oficiales y actores. La sala se había quedado vacía, la orquesta seguía tocando como en sordina, y una brisa tibia, que olía a hojas y hierba, se colaba por las ventanas abiertas. La primavera de Moscú irrumpía en la sala con su ímpetu suave, con su olor dulce a mujer embarazada. Por entre los árboles del parque, húmedos y cargados de sonidos indistintos, de aromas vagos, se veían las cúpulas de las iglesias, las torres del Kremlin iluminadas por focos, las banderas rojas que ondeaban sobre la torre del Palacio de las Armas. El firmamento era inmenso, rosado y verde, y la luna lo inundaba con su claridad de plata. Kámenev, el camarada de Lenin, el triunviro al que Lenin había ascendido al poder junto con Zinóviev y Bujarin, había sido arrestado. Empezaba la gran purga. Por el pacífico Kámenev de barba grisácea, de ojos miopes, de gafas radiantes, empezaba el terror. Después de Trotski, Kámenev. La orquesta interpretaba suavemente un vals vienés. Las joyas resplandecían en la garganta y los dedos de las *beauties* soviéticas.

De repente la puerta se abrió y apareció Karaján. Estaba más pálido que de costumbre. Se detuvo un momento, con la cabeza erguida; luego se dirigió despacio al bar, se acercó a la Semiónova, que seguía de pie apoyada en la barra, se inclinó, le besó la mano, la atrajo hacia sí y empezaron a bailar. Eran los únicos en la inmensa sala. Madame Egorova me tocó el brazo y me susurró, sonriendo:

—*Qu'ils sont beaux*.

—*Vous ne trouvez pas qu'il ressemble*… —me dijo Florinski acercándoseme y sonriendo también.

Otras parejas se unieron al baile. Madame Lunacharskaya, en brazos de un joven oficial de la Proletarskaya Diviziya, reía con aire indolente, erguido el bello rostro, dilatadas las narices. Sir Edmond Ovey se inclinó ante Madame Egorova y la sacó a bailar. Steyer se me acercó y me ofreció un cigarrillo.

—Me apetece respirar un poco de aire fresco. ¿Puedo acompañarlo al hotel?

—Hace una noche preciosa —dije.

Y nos encaminamos a la puerta. Steyer estaba palidísimo y tenía la cara sudada.

La vergüenza de la muerte

Allí estaban, sentados uno junto a otro, ante la inmensa multitud que llenaba el teatro Bolshói. Unos tenían los brazos cruzados, otros las manos en las rodillas, otros sostenían un folleto. Todos con la mirada perdida, absorta. Miré a Lunacharski. Estaba pálido y con las mejillas levemente coloradas. Le sudaba la frente, que de cuando en cuando se enjugaba con un pañuelo. Kalinin parecía dormido; a través de las lentes de las gafas se le veían los ojos entornados. El presidente de la Unión Soviética parecía esculpido en madera vieja, polvorienta. Lucía una barba poblada y blanca.

Observé los pies, el calzado de aquellos hombres. Me pareció natural mirarles los zapatos. En los cuadros de los pintores italianos del siglo XV, los embajadores, los nobles, arrodillados ante el Papa, el rey, el emperador o el señor de tumo, parece que estén mirándoles los zapatos. Los observan con aire irónico, porque el pintor es irónico. Da la impresión de que miran cómo están hechos, cómo están cosidos, si es buen cuero, si la cuerda es resistente, si las suelas son gruesas y las tachuelas de buena calidad. ¡Qué buenos zapateros son los cortesanos! En algunas pinturas florentinas sólo se ve la punta de la zapatilla papal, que asoma por debajo de la gran campana del manto blanco, y todos los cortesanos miran esa punta de zapatilla con una fijeza y atención extraordinarias, como si la suerte del mundo dependiera de ella.

Eran zapatos bastos, de fabricación soviética, cortados y cosidos sin estilo. Unos llevaban botas rusas, otros zapatos de paseo, otros zapatos alemanes. Ante Kalinin se alzaba el trípode de la radio, que parecía un aparato de dentista. Él mismo tenía la cabeza algo ladeada y reclinada como un paciente en la clínica de un dentista. Se me ocurrió que aquel escenario debía de haberlo montado un director de cine. La luz blanca de los focos caía a pico sobre

aquellos rostros de yeso y cejas, nariz, mejillas y labios proyectaban sombras negras, profundas, como las de los rostros de los muertos en las fotografías americanas. Era un cuadro expresionista. Parecían caras de gánsteres asesinados, de muertos puestos en posición sedente en una morgue vista por un pintor flamenco, por un Bosco. De pronto vi con horror que entre aquellas cabezas aparecían rostros de muertos, de cadáveres, como ese rostro de cadáver verde que se ve detrás del hombro izquierdo de Cristo en el cuadro del Bosco del Museo Real de Ámsterdam. Porque detrás del hombro izquierdo de Kalinin vi un rostro verde, cadavérico: el de Lunacharski. Y el de Kalinin también parecía el de un muerto. Y entonces vi el rostro de Stalin. Había entrado sin hacer ruido, a la espalda de los asistentes, casi a escondidas, y se había sentado detrás de la última fila: desde allí asomaba su semblante pálido, su bigotazo, sus cejas pobladas, sus labios gruesos y prominentes. ¿Y dónde estaba la cara de Trotski? Si en aquel momento hubiera aparecido, entre dos hombros, la cara de Trotski, como en el cuadro del Bosco, ¡qué terror y maravilla no habría causado a todo el mundo!

El día anterior había visto desfilar por las calles de Moscú el cortejo fúnebre de un alto funcionario de los sindicatos soviéticos, cuyo nombre no recuerdo. Tras el féretro caminaba un grupo de compañeros funcionarios, a pie, sombrero en mano. De pronto, el féretro desapareció tras un tranvía parado en medio de la calle y por un instante tuve la impresión de que estaban enterrando a un tranvía. La expresión de los presentes era de una indiferencia fría, orgullosa. Parecía que acompañaran un ataúd vacío. Lo llevaban al crematorio. Y unos días antes, yendo en tranvía, vi desfilar, justo debajo de mí, un entierro proletario. Era un entierro ortodoxo: el ataúd estaba abierto y dentro iba tendido un anciano de larga barba blanca. Con los ojos abiertos, miraba el cielo. El tranvía se detuvo y, cuando el ataúd pasó delante de mí, el muerto me miró. Era una mirada irónica, maliciosa, la misma que debía de tener Axel Munthe en su lecho de muerte. Llevaba las manos cruzadas sobre el pecho, a la usanza rusa, con los dedos entrelazados. Calzaba botas. Iba vestido de negro, pero no como los obreros, porteros, campesinos, sino como los empleados de Gógol, y seguro que el traje había salido del armario de algún viejo empleado, muerto muchos años

atrás. De haber estirado la mano, habría podido tocarle la cara. En aquella cara había paz, una paz irónica, de tolstoiano, esa paz que en vano buscaba yo en la cara de los vivos aquel año en Moscú. No es que crea que la paz del rostro de los muertos o de los vivos sea señal de justicia, de libertad. La paz, la serenidad de la cara de los muertos, es la última hipocresía burguesa. La paz de aquel rostro era irónica, señal de una vida vivida con responsabilidad, la paz que resplandece en la cara de quien ha vivido una existencia propia. De quien ha pecado por sí mismo. De quien ha practicado una virtud placentera, por su cuenta, o ha pecado conscientemente, por su cuenta también. La vida es cruel, hipócrita, injusta, fea y vil, dicen las caras rebosantes de paz. Y sólo en las personas asesinadas se halla la expresión del siglo. Horace Walpole, cuando iba a París, nunca dejaba de visitar la morgue de los asesinados, los suicidas, de asistir a las ejecuciones capitales. En aquellos rostros, en aquellas muecas atroces, buscaba el retrato de su tiempo, la expresión de los hombres de su época. En todos hay sorpresa. *On ne pas à cela s'attendait*. La misma expresión estupefacta y asustada de los animales muertos. De algunos peces. Un estupor atónito, secreto. Un mundo redondo en un ojo redondo, rodeado de rojo.

Cuando le pedí a Litvínov si sería tan amable de permitirme visitar la morgue de Moscú, me miró desconcertado.

—¿La morgue de Moscú? No creo que exista.

Había pulsado un botón y al funcionario que acudió le preguntó si en Moscú había morgue.

—¿Morgue?

Litvínov tardó cinco minutos en explicar al funcionario lo que era, y al final, después de varias llamadas de teléfono, todos convinieron en que en Moscú no existía tal cosa. A los muertos los enviaban a la universidad, donde los conservaban en el *frigidaire* para las clases de anatomía. Fui a la universidad y un médico joven me mostró los cadáveres alineados en los frigoríficos. El frío les había endurecido los dedos de los pies, que sobresalían retorcidos hacia arriba como las patas de un cangrejo. Les sellaba los ojos una fina capa de hielo. La piel se veía azulada, con manchas moradas. Le pregunté al médico si por la noche les castañeteaban los dientes de frío.

—No, nada de eso —contestó—, aquí los muertos saben comportarse.

Le pregunté quiénes eran aquellos muertos, si conocía sus nombres, su condición social, sus oficios, sus domicilios, su estado civil. Me respondió que aquellos muertos los enviaban de las prisiones, de los hospitales, muchos eran obreros víctimas de accidentes laborales. A los ahogados, o los cadáveres en mal estado, los enterraba directamente la administración. Los muertos que mandaban a la universidad no tenían nombre.

—Además —añadió—, ¿qué me importa cómo se llamen?

—No importará, pero sería más humano que tuvieran un nombre, que no fueran anónimos: que fueran cadáveres de personas, no carroña.

—Para usted los cadáveres son muy importantes, ¿verdad? —repuso él, sonriendo.

—Los cadáveres son muy importantes para todos los cristianos: para un cristiano, un hombre muerto es mucho más importante que uno vivo.

—¿No dijo Cristo: «Dejad que los muertos entierren a los muertos»?

—Sí, eso dijo.

—A Cristo le horrorizaban los muertos —dijo el médico—, los consideraba inmundicia, carroña, cosas que tirar a la basura.

—Cristo enseña la piedad por los muertos.

—¡Ah, no! —exclamó el médico, casi gritando—. No vengan ustedes a Rusia con sus historias. Ustedes se han hecho la imagen de Cristo que les conviene, un Cristo dulce, un mariquita mimado por su mamaíta y su papaíto. Cristo predica la piedad por los hombres vivos, no por los muertos. ¿Dijo o no dijo que hay que dejar que los muertos entierren a los muertos?

—Sí, lo dijo, pero…

—¿Lo dijo o no? Y si lo dijo, ¿sabe qué quería decir? Quería decir que los vivos no deben interesarse por los muertos, por esos pedazos de carne podrida. Dejad a los muertos, no os preocupéis por ellos, tiradlos a la basura. Que se caven la fosa ellos mismos, si quieren que los entierren. Que se entierren unos a otros. ¿No es un bonito espectáculo que los muertos entierren a los muertos?

—Maravilloso.

—Imagínese la escena pintada por Brueghel, por el Bosco, por un pintor flamenco menor. He estado en Holanda, en Leiden, en Ámsterdam. He visto *La lección de anatomía* en La Haya y *El cisne enfurecido* en Ámsterdam. Imagínese a esos muertos, pequeños, deformes, jorobados, escrofulosos, tuertos, con la cara cubierta de llagas, pústulas, costras de lepra, cogiendo a otros muertos por las piernas, por los brazos, por el cuello, por el pelo, arrastrándolos brutalmente, echándolos a las fosas profundas que, entretanto, otros muertos han cavado con picos y palas. La piedad por los muertos es cosa de muertos. El cristiano vivo no siente, o no debería sentir, si fuera un cristiano verdadero, un seguidor de Cristo, más que asco y desprecio por la carroña que los hombres dejan tras de sí, en la tierra, cuando suben al cielo o se hunden en el infierno.

Yo miraba al médico pensando que, en efecto, debía de ser un espectáculo soberbio ver a los muertos enterrar a los muertos, y en lo alto, en un monte, a Cristo en el instante de subir al cielo, con el pie izquierdo rozando aún la tierra y el derecho ya en el aire. He nacido en una tierra, la Toscana, donde los vivos sienten horror por los cadáveres. Y desde niño siempre me he dicho, cada vez que veo algo muerto, que Cristo odia sin duda lo muerto, lo que la muerte representa, tanto el vicio como los cadáveres, y que el pecado es una cosa muerta, mientras que la virtud está viva, es una cosa viva. Siempre me he dicho que la piedad por los cadáveres ofende a Cristo, que los aborrece, porque él representa el triunfo de la vida, de la vida eterna. Miraba al médico y sonreía.

—¿Y qué hacen luego con los muertos?

—Los quemamos.

Después fui a visitar una fábrica de cola. En el patio se alzaba una montaña de animales muertos, gatos, perros, caballos, pieles podridas de buey, de caballo, una montaña de carne podrida que desprendía un hedor nauseabundo. Es propia de la civilización moderna su capacidad para transformar las cosas muertas en materia de uso común, en cremas, jabones, cola, perfumes, en materia química inodora, incolora e insípida. Me preguntaba cuándo había empezado aquella industria de lo muerto y me sorprendía el hecho de que naciera coincidiendo con el nacimiento de la fotografía. La fotografía había inundado el mundo de imágenes terribles. Hasta entonces, las imágenes que el hombre

tenía del mundo y de la vida eran concebidas por la imaginación de los pintores y los dibujantes, eran productos del arte. Lo que el hombre veía del mundo y de sí mismo lo recreaba e interpretaba el genio, la fantasía de los artistas: las esculturas, las pinturas eran las imágenes del mundo y de sí mismo que el arte ofrecía a los ojos del hombre. Ninguna imagen de pintor, por fea, por repugnante que sea —los pobres de Magnasco, los personajes grotescos de Brueghel, del Bosco, las viejas y los monstruos de Goya, los cadáveres de Goya—, era tan repugnante como las imágenes de los hombres, los monstruos y los muertos plasmados en la placa fotográfica. El arte no sorprende a la naturaleza: la transfigura, la ayuda a taparse la cara. El arte es una máscara que cubre el rostro de la naturaleza. Pero la fotografía sorprende a la naturaleza cuando más al descubierto está, cuando es más evidente, más visible, más manifiesta, más fantasmal y, añadiría, cuando está más muerta. Un retrato hecho por un pintor es el retrato de un hombre vivo; el que capta la máquina fotográfica es el retrato de un hombre muerto o, mejor dicho, el retrato, la instantánea, de lo que en el hombre es más caduco, más mortal, más macabro, de lo que en el hombre recuerda y prefigura su futuro cadáver. Las facciones se imprimen con mayor dureza, los ojos aparecen exorbitados, con un brillo fijo, blanco, y una mirada sorprendida, aterrorizada. Los dientes, si el fotografiado sonríe, se ven desiguales, estropeados, y los espacios interdentales y las encías se ven de pronto negras, de manera que parece que los dientes, los dientes más puros, bellos y blancos, estén cariados. Las narices son cavernas oscuras y peludas. Las orejas sobresalen, la nariz sobresale, los labios sobresalen, como hechos de una pasta dura. La sonrisa misma parece un rictus de miedo, de asco. Es terrible lo que la fotografía nos ha revelado del hombre. Y lo que la fotografía, la reproducción mecánica de la cara, de la voz, de los gestos humanos, ha influido en la sensibilidad, en el gusto de las generaciones modernas, es increíble: y muchos lo ignoran, de puro común y corriente que es el espectáculo del hombre reproducido mecánicamente. Lo macabro y lo ridículo van de la mano en las fotografías, y poco a poco lo ridículo domina sobre cualquier otro elemento, como se ve con claridad en las viejas fotos, en las viejas películas. Lo que no ocurriría en un cuadro que reprodujera, gracias al pincel del pintor, esas mismas escenas, esos

mismos rostros, fijados en el instante eterno del arte. Y lo cadavérico que se muestra el rostro de un hombre reproducido en una placa fotográfica, sobre todo si es instantánea, sin preparación de sombras artificiales ni iluminación suave de *atelier*, es el rasgo más fuerte del rostro humano. La sensibilidad moderna se ha acostumbrado a ver al hombre a través de la fotografía y a percibir, por tanto, su lado mortal, muerto, cadavérico. «*Tout se tient*», dicen justamente los franceses. El gran desprecio moderno por el hombre vivo, por la vida humana, no se debe sólo a la filosofía, a ciertas ideologías políticas y sociales, sino también a esta sensibilidad engendrada por la reproducción mecánica del hombre, de la naturaleza, de la vida en todas sus formas. El hombre moderno se ha acostumbrado a considerar al ser humano por lo que en él hay ya muerto, por lo que en él anuncia el cadáver. Y no es disparatado afirmar que de la fotografía a Dachau, a los campos de concentración, a los fusilamientos en masa, únicamente hay un paso y no largo. Hoy vemos el mundo y a los hombres en blanco y negro, y si cerramos los ojos y pensamos en una imagen cualquiera, un tren en marcha, una persona, un caballo, un árbol, un cadáver, la vemos en blanco y negro, con todo lo macabro, lo demoniaco que tiene el blanco y negro.

Miraba a los miembros del Soviet Supremo alineados en el escenario del teatro Bolshói y me horrorizaba. Pensaba que estaban muertos, que acabarían arrojados a la basura, como ceniza sacada de un horno. Pensaba en los cadáveres de la universidad, en el montón de animales muertos, de pieles podridas, que había visto en el patio de la fábrica de cola, en el suburbio de Dorogomilovo. Miraba a Kalinin y pensaba: «¿Qué será de él?». Miraba a Lunacharski y pensaba: «¿Dónde arrojarán sus cenizas frías?». Miraba a Stalin, sentado detrás de los demás, con la cara adelantada, y pensaba: «¿Dónde reposará su sueño eterno?». La multitud, a mis espaldas, respiraba fuerte, su aliento me calentaba la espalda y la nuca, a ratos se oía un murmullo que recorría el teatro y yo pensaba: «¿Qué será de toda esta gente? ¿En qué fosa, en qué urna, en qué horno acabará?». Porque la utilización del hombre, de los restos, de los residuos humanos, es una conquista del mundo moderno y ya nunca podrá separarse el espectáculo del hombre de la idea del uso químico de sus restos, del cadáver, la

córnea, el cabello y las uñas, de la grasa, el calcio de los huesos, el azúcar y el almidón de su carne. Es la primera vez en la historia de la humanidad, de la civilización humana, que el cadáver del hombre se utiliza científica, químicamente, que de la grasa, el pus, los huesos, el cabello se extraen pastillas, ungüentos medicinales, fármacos. La muerte da asco. Ya no da miedo ni esperanza. Da asco, repele. Nos horroriza el cadáver. Nos avergüenza, como si fuera un excremento que el hombre deja tras de sí. Nos avergüenza el cadáver, como si la vida de un hombre no dejara más huella en la tierra que ese montón de excrementos. El pudor, el puritanismo particular, característico del mundo moderno, enrojece a la vista de un cadáver. No sabe qué hacer con él. Ya no tiene ni el valor de honrarlo, de enterrarlo dignamente. El mundo moderno se avergüenza de la muerte, de tener que morir, de ser mortal. La muerte es una negación demasiado dura, perentoria, descarada, definitiva, de todas las teorías sobre la felicidad de los hombres, sobre su ingenio, es una negación demasiado rotunda de la inmortalidad del alma. El hombre moderno, las revoluciones, los gobiernos marxistas, ocultan la muerte. El marxismo se avergüenza de la muerte. El cadáver de un hombre no es más que el residuo de una combustión, un poco de ceniza, un resto de excremento. A la basura. Si Dios no existe, ¿por qué existe la muerte? Ese pudor, esa vergüenza de la muerte, ¿dónde tiene su origen? En el mundo alemán. En el espíritu alemán se da un hondo desprecio por el cadáver. Un hombre muerto, para un alemán, no es más que carroña, carne putrefacta, de la que hay que deshacerse, que hay que enterrar cuanto antes, que hay que ocultar de la vista de los hombres. O quizá no sea desprecio sino indiferencia, una profunda indiferencia por el hombre muerto, por el cadáver. En la pintura alemana apenas existe diferencia entre un hombre vivo y un cadáver. Siempre me he preguntado por qué Lucas Cranach pintaba Venus y Evas decrépitas, viejas feas y arrugadas, de tripa colgante, pechos caídos, rostro repleto de arrugas, ojos legañosos; por qué pintaba Venus que parecían cadáveres de Venus, cadáveres aún calientes. Me preguntaba por qué Matthias Grünewald pintaba hombres y Cristos llenos de gusanos. Y Durero hombres esqueléticos, disecados, momificados por el aliento seco de la tumba. Por qué en toda la pintura alemana medieval, así como en la

holandesa, en la flamenca, por qué en toda la pintura europea, incluida la italiana y la francesa, de inspiración gótica, se parecían tanto el hombre vivo y el hombre muerto, y por qué había, no amor a lo macabro, sino desprecio del muerto y la muerte. No miedo a la muerte. No amor a la muerte, como en los etruscos, como en los españoles. No piedad de los muertos, como en los antiguos griegos (Antígona). No ese amor a la muerte que en los españoles, los sicilianos, los napolitanos, los calabreses, tiene algo sensual, con todos los sentimientos de la sensualidad, empezando por los celos. Sino puro desprecio e indiferencia por la muerte, por el hombre muerto. No es amor a lo macabro, sino desprecio e indiferencia hacia el cadáver. Comer alegremente en presencia del cadáver, dormir junto al campo de batalla. Más tarde, en la guerra alemana contra Rusia, en 1941, cada vez que veía a soldados alemanes dormir, o comer, o beber, o charlar cerca de un cadáver horrendo, putrefacto, me pasmaba esa indiferencia, ese desprecio. Indiferencia y desprecio que, en el espíritu moderno, se han trocado en vergüenza de la muerte: como si la muerte fuera una prueba de la caducidad de las cosas humanas, del hombre, de su filosofía, su política, su moral, como si fuese una negación del orgullo del hombre y desvelara la mentira de todas sus promesas de felicidad, de futuro. Como si la muerte del hombre pusiera un límite a la vida de sus obras, y, en una sociedad marxista, la muerte fuera una negación y, al mismo tiempo, un peligro, una amenaza, una contradicción; y, más importante aún, un mal, un pecado, una culpa. En la sociedad marxista, la muerte como sentimiento de culpa: no de un pecado, sino de la propia caducidad y por tanto de la propia insuficiencia, de la incapacidad de crear un mundo nuevo, eterno, sin Dios. La vergüenza de la muerte, en una sociedad marxista, como sentimiento de desprecio del hombre vivo. La muerte, en una sociedad marxista, como un hecho individual, no colectivo, como un retorno del sentimiento individual. La muerte mata por individuos, no por categorías, por masas. Y la vergüenza de la muerte, tan propia del mundo moderno, y del mundo marxista en especial, como una revelación y una prueba de la pobreza del hombre (capitalismo) y de la insignificancia del hombre (comunismo). No miedo a la muerte, como el de los países anglosajones, americanos, sino vergüenza de saberse tan pobres, tan

abyectos, tan desnudos, de ver lo corto y fácil que es el paso de la riqueza americana a la pobreza abyecta de la muerte. De ahí los *funeral parlors* y las empresas que, tras llamarlas por teléfono, vienen enseguida a recoger los cadáveres de las casas para llevarlos a los *funeral parlors*, lavarlos, embellecerlos, devolverles el color con cosméticos (el trocito de madera entre los labios para que finjan una sonrisa que muestre los dientes blancos), y cuando el cadáver está bien vestido, adecentado y sonriente, la ceremonia de las visitas, el bar, la música de fondo del tocadiscos, en un rincón del cuarto, a unos pasos del cadáver que sonríe tendido en un lecho de raso y flores. Un cadáver rico también en la muerte, rico y feliz también muerto. América, patria de los muertos ricos y felices, la meca de los cadáveres. ¡Ah, esos capitalistas ávidos e insaciables! Y en los países comunistas, vergüenza de la muerte por tener que admitir que al final de la avenida Karl Marx, de la avenida Lenin, de la avenida Stalin, igual que al final de la avenida Roosevelt, de la avenida Wilson, de la avenida Marshall, está la muerte, el muro macizo, de cemento macizo, el muro sin puerta ni ventanas, de la muerte. Vergüenza por haber de reconocer que el comunismo no puede cambiar el destino último del hombre, que es la muerte; que el comunismo nada puede contra la suprema miseria, la suprema desnudez, la suprema soledad, la suprema abyección de la muerte.

Esta impotencia del comunismo ante la muerte, esta vergüenza de la muerte, la sentía yo profundamente en Moscú. Hasta entonces apenas había visto cortejos fúnebres por la calle. Las iglesias estaban cenadas, aparte de la de San Nicolás, en la Nikolskaya. Y funerales no se veían. En la prensa soviética, en *Pravda*, en *Izvestia*, casi nunca se leían noticias fúnebres, ni de muertos ni de entierros. Sólo, de tarde en tarde, la noticia del fallecimiento de algún alto funcionario, o alto revolucionario, aunque redactada de manera anodina, y sin que figurara jamás el verbo *umer*, «murió». En la literatura oficial comunista nunca aparece la palabra «muerte», no hay una sola página que trate de ella. Lenin calla. Stalin calla. El mismo Trotski calla. Y Bujarin, el filósofo de la Revolución de Octubre, sólo habla de la muerte de pasada, como de algo sin importancia «política» o «social». Yo había ido a un país extraño, donde la muerte no existía.

Los primeros días me había sentido liberado de esa obsesión por

la muerte que persigue a los europeos. Luego, poco a poco, tras el miedo a la policía, cosa antigua en Rusia, y no sólo en la Rusia comunista, empecé a percibir la clásica indiferencia rusa por la muerte. Y la vergüenza marxista ante la muerte. La costumbre de enterrar a los muertos a escondidas, con vergüenza. También la sociedad comunista producía su escoria, los cadáveres.

La muerte moderna está desinfectada, lustrada, niquelada, es *a streamlined death*. Es un elemento de la máquina vida. Un cigüeñal, un pistón, una bujía, una válvula. Un elemento de la dinamo vida, una pieza de recambio. Un hombre es una pieza de recambio. Pero la presencia de la muerte, el sentimiento de la muerte, es el más desagradable que puede existir en una sociedad comunista. En una sociedad comunista perfecta, nada debería recordar la muerte. Ésta es una invención del capitalismo, una invención de la filosofía burguesa. Una sociedad comunista debe librarse de la esclavitud de la muerte. La muerte es la herencia de siglos de oscurantismo burgués, de tradición, de filosofía, de falsa cultura capitalista. En el teatro, el cine, el circo soviético no hay alusiones a la muerte. La glorificación de la vida: eso es el arte soviético. Yo era un europeo, un hijo de la cultura occidental. Pero no me sentía vinculado a la idea que el mundo occidental, el mundo burgués, se forjaba del comunismo soviético. La idea del comunismo «anticristo» me hacía reír. Para la burguesía todo lo que no entra en el marco de sus intereses, de sus ideas, de su cultura, es anticristo. El comunismo devuelve al cristianismo su profundo, programático y fundamental desprecio no de la muerte, sino del cadáver, del hombre muerto. El comunismo sustituye el miedo a la muerte propio del mundo occidental por la vergüenza de la muerte. Pero no es solamente un elemento comunista, es un elemento del mundo moderno. También los americanos, que en muchos sentidos son los más próximos a la mentalidad comunista, se avergüenzan de la muerte. La idea de que Cristo nos liberó de la muerte se refiere sólo a la muerte del alma, al pecado. Cristo no puede hacer nada para realizar el mito del hombre, la liberación de la muerte física: la inmortalidad. Cristo acentúa en el mundo el honor de la muerte física, que en algunos aspectos los antiguos no conocían. Cristo introduce en el mundo clásico el horror de la muerte. El comunismo va más allá: introduce en el mundo cristiano la vergüenza de la muerte. En eso el

comunismo es un aspecto de la vida moderna.

De pronto Kalinin, presidente de la Unión Soviética, se puso en pie y fue recibido con un fragoroso aplauso. Se acercó con lentitud al micrófono, cerró los ojos, volvió la cara a un lado y a otro y empezó a hablar. Hablaba con voz apagada, que el altavoz amplificaba conservando su tono débil, sordo, casi insonoro. Pensé en el cadáver de Kalinin, me pregunté qué harían con él.

Días antes había vuelto a visitar la momia de Lenin. Era la décima vez que iba. Ante el mausoleo de madera, en la Plaza Roja, había una larga cola de campesinos, obreros, mujeres, viejos, muchos venidos de las más remotas provincias del Imperio soviético. Era una muchedumbre silenciosa, pobre, vestida míseramente, calzada con botas rotas. Las mujeres llevaban pañolón en la cabeza, anudado a la barbilla, los hombres gorra con visera de cuero negro brillante, algunos, oriundos de las provincias asiáticas del alto Volga, un gorro de piel de oveja o de cordero gris. Otros llevaban casquetes tártaros, bordados de verde y rojo. Los ancianos gastaban barbas largas rojizas y entrecanas, y cabellos también largos a la antigua usanza rusa. Los jóvenes, en cambio, iban muy afeitados y con la cabeza rapada, y los arcos superciliares, en aquellos rostros de mandíbulas cuadradas, de pómulos anchos, de frente dura y prominente, sobresalían como cornisas de hueso. Quien se imagine a los rusos como los pintan Tolstói, Dostoievski o Gógol, mujiks de rostro noble, de ojos grandes, claros, rebosantes de bondad, mansedumbre e inteligencia, rostros de largas barbas morenas o rojizas, y vea hoy a los mujiks soviéticos, de rostro rasurado, se llevará sin duda una gran sorpresa y una gran desilusión. Ahora se ve lo que escondían las barbas rusas. Una cara de mandíbulas fuertes, huesos duros, pómulos anchos, una cara brutal, vulgar, de carnicero. La cabeza rapada deja al descubierto un cráneo nudoso, no redondo, sino ovalado, con senos y prominencias. La expresión de esas caras es de una vulgaridad y brutalidad desconcertantes. Van abriéndose paso cada vez más entre las antiguas caras de los funcionarios, los intelectuales, los oficiales rusos, caras nobles, tristes, pálidas, caras que poco a poco van desapareciendo entre la multitud de rostros nuevos. Y en primera fila empiezan a aparecer esas caras soviéticas, casi alemanas, pero alemanas como las de las películas expresionistas de

Lambrecht, Sternberg, Fritz Lang, Murnau, Lasar Segall, Grosz. Una nueva raza está surgiendo en Rusia: la raza marxista. Junto a los mujiks rasurados, hace su aparición una nueva raza, joven, que hoy tiene dieciocho, veinte años, que tendrá treinta cuando los alemanes invadan Rusia. Es la raza moderna, hija de la decadencia del capitalismo, hija de la nueva sociedad marxista, que ya ha invadido Europa, Inglaterra, América.

Por fin entramos en la cripta de Lenin. Bajamos una escalera angosta, dividida en dos tramos cortos, y llegamos a una puerta pequeña flanqueada por dos milicianos rojos armados de un fusil con la bayoneta calada. Me empujaron hacia la puerta y en ella fui detenido por los dos guardias, que cruzaron los fusiles en el vano. Desde donde estaba podía observar a placer la cripta, la momia de Lenin tendida en su ataúd, a los mujiks que desfilaban ante la momia. La cripta es pequeña, de madera, y está decorada sencillamente, con banderas rojas. El ataúd en que yace Lenin es de cristal. Yace de espaldas, con la mano derecha extendida junto al costado y la izquierda sobre el vientre. Viste de negro. Tiene la cara palidísima, avivada por un toque de maquillaje rojo en las mejillas y sembrada de pecas rosadas. La barba es bermeja. En las fotografías, la barba se le ve negra, como el bigote, las cejas, el poco pelo de las sienes. En realidad, Lenin es pelirrojo, y tiene la cara blanca, llena de pecas, la cara delicada, casi tímida, de los pelirrojos. Lenin sonríe. Es una sonrisa irónica, de quien se las sabe todas. No hay retórica grandilocuente en su cara. En *Le bonhomme Lénine* conté su vida, tracé un retrato de Lenin. No puede entenderse el sentido oculto de la Revolución rusa si no se ha visto a Lenin, vivo o muerto. Reposa en el sueño de la muerte, mísera momia. En Moscú todo el mundo sabe que el embalsamamiento de Lenin se hizo deprisa y mal. La enfermedad que padecía había corrompido la sangre, el cadáver se descompuso rápidamente y se le embalsamó tarde. Así, cuando apenas llevaba unos meses en su ataúd de cristal, se vio que la momia se pudría, se desmenuzaba. Se deshacía al tacto y en algunos puntos estaba blanda, húmeda, estropeada.

Una Pascua bolchevique

En aquel tiempo, Moscú seguía siendo la Ciudad Santa de Rusia, el antiguo y noble Confín de Asia, la Tercera Roma, capital de un imperio «continental» de campesinos, soldados, funcionarios, estudiantes, judíos, cosacos, tártaros, dominado por un pequeño ejército de obreros comunistas, pálidos y taciturnos. En el Kremlin, en el antiguo trono de los zares ortodoxos, se sentaba un hombre de baja estatura, brazos cortos y ojos negrísimos y brillantes. Su nombre era: Stalin.

El trono de Stalin estaba circundado por la nueva nobleza marxista, un ávido, feroz y disoluto clan de *boyari* comunistas, de *parvenus* y aprovechados de la revolución, de bailarinas, actrices, *merveilleuses* proletarias, que había sustituido a la aristocracia del Antiguo Régimen y que, después de terribles y misteriosos procesos, no tardaría en sucumbir al plomo de los pelotones de ejecución en el patio de la Lubianka.

En la Plaza Roja, al pie de la muralla del Kremlin, en el mausoleo de madera que Shchúsev diseñara, la momia de Lenin, pequeña y contraída como la de un niño, se pudría lentamente. Todos los años venían de Berlín unos expertos alemanes y vaciaban, rascaban, desinfectaban el caparazón de aquel precioso crustáceo, aquella momia sagrada cuyo blanco rostro de porcelana cuajado de pecas rojas cubría un sudor verduzco semejante al moho. «El cráneo de Lenin tiene la misma forma que el de Balfour», escribía por entonces H. G. Wells. En el ataúd de cristal (donde lo habían metido para protegerlo de las ratas, que ya le habían roído una oreja y los dedos de un pie), Lenin dormía sonriente bajo la luz fría y potente de los focos, con la mano izquierda descansando con delicadeza sobre el vientre y la palma de la derecha posada a un costado. Dormía con los ojos entornados y una sonrisa irónica en unos labios

reavivados con maquillaje, entre las banderas rojas de la Internacional Comunista y de la Comuna de París de 1871. Día y noche, el pueblo ruso desfilaba llorando ante el ataúd de cristal.

En aquellos años, Moscú seguía siendo la antigua ciudad ortodoxa de las mil iglesias. Sus mil cúpulas, cubiertas de azulejos verdes, amarillos, rojos, azules, seguían acogiendo, bajo su húmeda sombra verdosa, las viejas casas de madera que se habían salvado del incendio de 1812. Los nuevos y gigantescos edificios de cemento, acero y cristal, orgullo de la arquitectura soviética, aún no habían sustituido a las casas de los antiguos boyardos y los ricos mercaderes moscovitas. En el Arbat, en torno a la Sobachya Ploshchad, la plaza de los Perros, todavía seguían en pie las casas imaginarias de los personajes de *Guerra y paz*, de los condes Bezújov, de los príncipes Bolkonski, de los príncipes Kuraguin, de María Dimitrievna. En el número 52 de la calle Povarskaya, hoy calle Voronskaya, se alzaba aún la casa de los príncipes Dolgoruki, que Tolstói describe como la de los condes Rostov. Pero ya cuadrillas de obreros habían empezado a demoler, con la furia sorda y obstinada de los picos, las cúpulas de las iglesias y las paredes de los vetustos conventos. Pocos días antes se había dado inicio solemnemente a las labores del primer Plan Quinquenal y el olor del carbón y el hierro de la *Piatiletka* se mezclaba ya, en el aire verde, con el tibio olor de la primavera.

Yo solía callejear por Moscú en busca de las casas imaginarias de Andréi Bolkonski, de Pierre Bezújov, de María Dimitrievna (María Dimitrievna vivía en la calle de las Cuadras Viejas, cerca de la Podnovinkaya) o iba a visitar al pálido espectro de Skriabin en el número 11 del Nikolo Peskovski Pereulok, o a conversar con la melancólica sombra de Gógol, en el número 7 del bulevar Prechistenski, hoy Gogolevski, o a dejar mi tarjeta de visita al espectro gentil de la princesa Gagarin, en su bello palacio diseñado por Rovet, en el bulevar Novinski. A veces iba al Museo Tolstói, en la calle Kropotkina, y me pasaba horas sentado en la séptima sala, una pequeña estancia llamada «habitación de Astapovo» porque es la reproducción exacta del cuarto de la estación de Astapovo en que Tolstói, que había escapado de su casa de Yasnaia Poliana al sentir la proximidad de la muerte, pasó largas horas de agonía esperando, como dijo Gorki, el último tren. Me gustaba esperar largas horas en

aquel cuartito en que había muerto Tolstói, en aquella pequeña estación sin jefe ni vías, a la espera de un último tren cuyo horario exacto ni el guarda del museo sabía. Y algunas noches iba a sentarme en el borde de la fuente que hay en medio de la plaza de los Perros, enfrente del número 12, donde Pushkin vivió mucho tiempo tras su exilio en Besarabia. Miraba su ventana cerrada y veía su fantasma pálido alzar las cortinas con una mano descarnada y transparente.

En aquel tiempo flotaban en las calles moscovitas blancas nubes de polvo, y resonaba el estruendo de los picos, el chirriar de las cadenas de hierro de las grúas, el jadear ronco de las máquinas. Yo caminaba por entre aquellas nubes de polvo repitiéndome una palabra rusa que oía en boca de todos. Decía para mí «*naplevayu*», que significa «escupo», palabra rusa que expresa una antiquísima y noble tradición nacional. «*Naplevayu*», decía para mí, y sonreía. «*Naplevayu*», decía todo el mundo a mi alrededor, sonriendo con tristeza.

En el aspecto de la ciudad y sus habitantes se apreciaba aquel esfuerzo grandioso y heroico por modernizarse que desde entonces ha cambiado tan profundamente el espíritu de Rusia. Todo el pueblo ruso volvía lentamente la cara hacia Occidente, una cara pálida, consumida, sudorosa. Tendidas de una punta a otra de las calles, había enormes pancartas rojas en las que se leía, en grandes caracteres blancos: VIVA LENIN. VIVA EL COMUNISMO. VIVA LA *PIATILETKA*. En los rostros de la gente, hechos de una materia blanda y grisácea, como carne de pulpo, aún se notaba la marca de los terribles sufrimientos de los años pasados, los «años desnudos», como los llama Borís Pilniak, los años de la guerra civil, el hambre, las epidemias, las matanzas, y se veía asomar en los ojos el miedo a los terribles sufrimientos que la *Piatiletka* prometía al pueblo ruso para que el comunismo triunfara. En las pancartas rojas que colgaban sobre la Petrovka, la Tverskaya, la Bolshaya Dimitrovka, el Arbat, leía VIVA LENIN. VIVA EL COMUNISMO. VIVA LA *PIATILETKA*, y me decía: «*Naplevayu*». Todo el mundo decía «*Naplevayu*» y sonreía con tristeza, escupiendo al suelo.

La idea de que el pueblo ruso pudiera sufrir por mí repugnaba a mi conciencia. Decía «*naplevayu*» y escupía al suelo porque ofendía mi dignidad de hombre, de ciudadano, de europeo, pensar que el

pueblo ruso podía sufrir por mí, que aceptaba el hambre, el miedo, la esclavitud, la muerte por mí, por mi libertad, por mi futuro, por mi salvación. Jamás he soportado la idea de que alguien sufra por mí. Esa idea siempre me ha humillado. Soy cristiano porque acepto que Cristo sufra por mí, pero nadie más que Él. Sólo a Cristo se lo permito. Lo que me repugna del cristianismo es el deber del cristiano de aceptar que otros sufran por él. Por aquel entonces en Moscú empezó a pesarme mi condición de cristiano. No podía soportar la idea de que el pueblo ruso, los niños rusos, los hombres y mujeres de toda Rusia sufrieran por mí. Aquel enorme orgullo del pueblo ruso me humillaba profundamente, como un privilegio inaceptable. Por primera vez en mi vida me pareció normal y verdadera la creencia, absurda para la conciencia cristiana, de que el sufrimiento es noble, puro, útil, únicamente cuando es gratuito, cuando no sirve de nada, a nadie, ni siquiera al que sufre: sólo cuando es un fin en sí mismo, cuando es de todo punto inútil. A veces, en momentos en que no podía sustraerme a la necesidad de sufrir la Revolución rusa como un hecho de mi conciencia, como una experiencia personal, me asaltaba la duda de si el comunismo no encerraría parte de la verdad cristiana. Pero entonces sentía la repugnancia que siempre me invade al pensar que en todo ser humano que sufre por el prójimo se esconde Cristo. Y un extraño interrogante se abría paso en mi mente: «¿Cómo se llama Cristo en la Rusia soviética? ¿Dónde se esconde Cristo en la Unión Soviética? ¿Cómo se llama el Cristo ruso, el Cristo comunista?». Me repetía «*naplevayu*» y escupía al suelo. De todas las cuestiones que se plantean a la conciencia cristiana en la Rusia soviética, la más frecuente, la más difícil, es la de descubrir bajo qué aspecto, bajo qué nombre se esconde Cristo. Es la cuestión que, poco tiempo atrás, había planteado el patriarca Tichon en su testamento espiritual, y el metropolitano de Nizhi Nóvgorod, Serguéi, en su famoso mensaje a los fieles de la Iglesia ortodoxa. El nombre del Cristo ruso, del Cristo comunista, es: *naplevayu*.

Pasaba gran parte de mi tiempo en la biblioteca del Instituto Lenin, que aún no estaba abierta al público pero que, por cortesía de Lunacharski, comisario del pueblo para la Instrucción Pública, se me permitía visitar. Mi joven secretaria, Marika S., una muchacha georgiana, de Tiflis, que Madame Kámenev, la hermana de Trotski y

directora del Intourist, me había recomendado, me hacía mucho más leve y fácil la tarea, porque me traducía los escritos inéditos y las cartas de Lenin, consultaba los documentos oficiales sobre la Revolución de Octubre y sobre el papel que Trotski y Lenin habían desempeñado en aquellos acontecimientos, y me ayudaba a reunir el precioso material que luego utilicé para escribir *Técnica del golpe de Estado* y *Le bonhomme Lénine*. Entonces ignoraba que, en Italia, aquellos dos libros habrían de acarrearme una condena a muchos meses de reclusión en la cárcel de Regina Coeli y a cinco años de confinamiento en la isla de Lipari; aunque, de haberlo sabido, tampoco habría dejado de escribirlos, desde luego, pues lo propio del ser humano es pagar por lo que hace y por lo que piensa, por todo el bien y todo el mal que hace, aunque su sufrimiento no sirva de nada, ni a nadie, ni siquiera a sí mismo. Nadie se libra de esta ley: que el sufrimiento no sirve de nada, es del todo inútil, y que precisamente por eso es necesario sufrir.

—De nada sirve ser cristiano. Pero hay que serlo —le decía a veces al escritor Mijaíl Afanásievich Bulgákov, el célebre autor del drama *Los días de los Turbin*, que me acompañaba a menudo en mi deambular por la ciudad.

—*Pas la peine* —contestaba Bulgákov.

—Pero el ser humano tiene que sufrir —le decía—, el cristianismo es sufrimiento.

—No se es cristiano sólo porque se sufre —contestaba él—, se es cristiano porque se renuncia a sufrir inútilmente. Hay que sufrir por algo. Por el prójimo, sobre todo.

—¿Crees, pues, que los comunistas son cristianos? ¿Que basta con sufrir por el prójimo para serlo?

—Sí, claro que también son cristianos. También son cristianos los malditos —contestaba Bulgákov.

—Se es cristiano porque se acepta sufrir inútilmente —replicaba yo—. ¿Acaso no llamaron los hombres a Cristo, no lo hicieron descender a la tierra? ¡Pues que sufran! Pero que sufran inútilmente, si de verdad quieren ser cristianos.

—*Pas la peine* —repetía Bulgákov, pasándose la mano por la cara pálida e hinchada.

Ésta es la cuestión: saber si los hombres invocaron a Cristo, si lo llamaron a la tierra, o si Cristo vino sin que los hombres lo

llamaran. Ésta es la cuestión del comunismo: saber si los hombres lo han invocado, si lo han querido de verdad, o no. ¡Cuánto mejor, más lleno de sentido, sería que los hombres no lo hubieran querido, que el comunismo hubiera venido a la tierra contra la voluntad humana! Sería un sufrimiento no deseado, una prueba temida, pero no invocada. Necesaria, pero no querida. Una fatalidad.

—*Pas la peine* —decía Bulgákov.

Justo por aquellos días se representaba en el teatro Stanislavski la obra teatral de Bulgákov *Los días de los Turbin*, basada en su famosa novela *La guardia blanca*, que Piscator había llevado hacía poco a escena en Berlín con inmenso éxito. El último acto se desarrolla en Kiev, en casa de los Turbin, donde los hermanos Turbin y sus amigos, todos oficiales fieles al zar, se reúnen por última vez antes de ir al encuentro de la muerte. En la última escena, cuando, acompañando a la tropas bolcheviques que entran en la ciudad, aumentando más y más de volumen, se oye el canto de *La internacional*, los hermanos Turbin y sus amigos entonan el himno imperial *Dios salve al zar*. Todas las tardes, cuando los hermanos Turbin y sus amigos se ponían a cantar *Dios salve al zar*, un prolongado estremecimiento recorría al público y aquí y allí, en la sala a oscuras, apenas sofocados, se oían sollozos. Cuando bajaba el telón y se encendían las luces, el público proletario que se apiñaba en el patio de butacas se volvía rápidamente a observar a los espectadores. Muchos tenían los ojos enrojecidos, la cara surcada de lágrimas. Del patio de butacas se alzaban gritos de burla y amenaza: «¡Ajá!, conque llorando, ¿eh? ¿Lloras por tu zar? ¡Ja, ja, ja!», y una risa malvada recorría la sala.

—¿En qué personaje de tu drama se esconde Cristo? —le preguntaba a Bulgákov—. ¿Qué personaje se llama Cristo?

—Cristo no tiene nombre en mi drama —respondía él con un temblor de espanto en la voz—. Cristo es un personaje inútil en Rusia, ahora. En Rusia de nada sirve ser cristiano. Ya no necesitamos a Cristo.

—Tú tienes miedo de decirme su nombre, tienes miedo de Cristo.

—Sí, tengo miedo de Cristo —admitía Bulgákov en voz baja, mirándome con expresión asustada.

—Todos tenéis miedo de Cristo —le decía apretándole el brazo

—. ¿Por qué lo teméis?

Apreciaba a Bulgákov. Lo apreciaba desde el día en que lo vi llorar en silencio, sentado en un banco de la plaza de la Revolución, viendo desfilar a la gente de Moscú, aquella pobre gente flaca, pálida, sucia, de cara sudorosa. Cara de pulpo, blanda y húmeda. Por encima de los tejados se alzaba, en el cielo de plata antigua, una luna pálida, mortecina, que parecía la cara de un ahogado que emerge de unas aguas claras y profundas. La gente que pasaba ante Bulgákov tenía el mismo rostro grisáceo e informe, los mismos ojos apagados y acuosos de los monjes, de los eremitas, de los mendigos que rodean a la Virgen en los iconos. El cielo resplandecía como el estuche de plata de un icono, y el resplandor lunar era igual que el pálido resplandor del rostro de la Virgen al salir de las aguas claras y profundas de un cielo de primavera en un antiguo icono.

—Cristo nos odia —decía Bulgákov en voz baja, mirándome con expresión asustada.

Eran los días de la Pascua rusa. Pero las campanas callaban. En lo alto de los campanarios de las mil iglesias de Moscú, pendían mudas, con las hinchadas lenguas colgando, como cabezas de vaca puestas a secar al sol. En el cielo blanco, estriado de verde y azul, que ya empezaba a agrietarse como una lámina de hielo con el primer soplo templado primaveral, se abría poco a poco el gran ojo verde de la primavera. Yo caminaba junto a Bulgákov y sentía que alguien me miraba, sentía fija en mí la mirada de aquel gran ojo verde que se abría poco a poco en el cielo; sentía la mirada de la primavera que me soplaba en la nuca, tibia como el aliento de una vaca.

El cielo de Moscú no era como el cielo de las antiguas pinturas de Simon Ushakov que hay en la iglesia de la Virgen de Georgia, la Gruzinskaya Bogomater, poblado de niños ángeles, rugosos y decrépitos, de Cristos de cara enjuta y leñosa, como esos Cristos españoles con pelo y barba de verdad, con dientes de verdad, con uñas de verdad incrustadas en los dedos de madera, con ojos de cristal que brillan como ojos humanos. No era como el cielo verde de los iconos populares antiguos, cuajado de ángeles rojos y amarillos que revolotean en torno a un sol amarillo orlado de pestañas como un ojo humano. Era como un cielo primaveral de Chagall, cuando el soplo tibio de la primavera empieza a disolver la

fría y vítrea atmósfera invernal que envuelve las casas, los árboles, los animales. Sobre el Moscova, sobre el monte de los Adioses, sobre el monte de los Gorriones, el cielo era un paisaje de nubes blancas y hierba verde, poblado de vacas azules, de asnos violinistas, de caballos en el horizonte con un gran ojo oblicuo, y el aliento cálido de la vaca-primavera empezaba a liberar de sus prisiones de cristal a las casas, los árboles, las colinas, los animales, engastados en el aire frío y luminoso como peces atrapados en el hielo.

Sobre las cúpulas de la catedral de San Basilio, un Cristo desnudo, difundiendo ese pálido resplandor de los cangrejos en el agua clara de los arroyos primaverales, ascendía lentamente al cielo agitando las pálidas pinzas como hace el cangrejo en celo. Era el Cristo de la Pascua rusa, dulce y tierno, de caparazón delicado, que en el retrato del metropolitano Alejo de la iglesia de San Nicolás el Taumaturgo, en Chamovniki, sube poco a poco por el agua verde del cielo sobre las torres del Kremlin. Era el Cristo-cangrejo, rodeado de peces verdes con rostro humano, de los antiguos iconos de la iglesia de Preobrazhenie Gospodnie, de la Transfiguración de Cristo, en el monasterio de Novodevichi. Un olor a agua, a hierba y a pez, que es el olor de la primavera rusa, flotaba en las plazas y calles de la Krasnaya Presnya, de Chamovniki, de Dorogomilovo, de Zamoskvorechye.

Los árboles estaban ya cuajados de hojas jóvenes, de un verde tierno, que susurraban tímidamente, riendo y charlando bajo el viento tibio que soplaba del río. Surcaban el aire dulces sonidos agudos y frágiles, y risas de mujer, prolongados ayes, un zumbido de abejas, un suspiro estridente de violines, un frufrú de pies descalzos en la hierba, un llamarse y un responderse con ese tono perezoso y cantarín que tiene el pueblo de Moscú, y un repentino y violento sonido de acordeón irrumpía de vez en cuando con un resplandor de labios rojos, como una raja de sandía en un paisaje de Braque o Picasso, dentro del cortejo fúnebre de una joven judía que yacía, sonriente, entre los brazos del novio dentro de un ataúd pintado de negro. En los tejados, asomados a los balcones, sentados en las repisas de las ventanas con las piernas colgando en el vacío, parejas de amantes de pelo rojo reían comiendo pipas y escupiendo las cáscaras al aire color pulpa de sandía. Al final de una calle

estallaba el alboroto de una fiesta nupcial y pasaban al galope carrozas tiradas por caballos blancos, verdes, amarillos, rojos, con furioso estrépito de campanillas. Bandadas de palomas sobrevolaban con fortísimo fragor de alas las cúpulas de la catedral de San Basilio, de la iglesia del Salvador, de las torres de Sukharev, de los muros almenados del Kremlin.

Por los altavoces colgados de los postes de la luz que había ante la puerta de las iglesias, la voz potente de Demian Bedni, jefe de la Liga de los Ateos, de los *bezbozhniki*, los «sin Dios», y autor de *El evangelio según san Damián*, que cuenta la historia de cierto Cristo nacido en un prostíbulo del vientre de una joven prostituta llamada María, gritaba: «¡Camaradas! ¡Cristo es un contrarrevolucionario, un enemigo del proletariado, un saboteador, un sucio trotskista vendido al capitalismo internacional! ¡Ja, ja, ja!». De la pared cercana a la capilla de la Virgen de Iversk, en la entrada de la Plaza Roja, bajo el rótulo de LA RELIGIÓN ES EL OPIO DEL PUEBLO, colgaba ahorcado un muñeco con una corona de espinas que se parecía a Cristo, y que llevaba un cartel en el pecho que rezaba: espía y traidor del pueblo. Por el altavoz colgado de una columna del Gran Teatro, en la plaza Sverdlov, la voz potente de Demian Bedni gritaba: «¡Cristo no ha resucitado! ¡Cristo no ha resucitado! ¡Cuando subía al cielo lo abatió la gloriosa aviación roja! ¡Ja, ja, ja!». Su ronca carcajada resonaba contra la muralla de la Kitai Górod, la ciudad tártara. En los tranvías, grupos de jóvenes obreros señalaban al cielo riendo destempladamente y exclamaban: «¡Por allí, por allí, mirad cómo vuela!». La gente levantaba la vista, observaba el cielo y muchos decían: «*Naplevayu*».

En las tiendas del Univermag, en inmensas bandejas, cúpulas de caviar fresco rodeadas de bloques de hielo despedían un olor a resina y limo, el olor de los grandes ríos rusos. El caviar fresco es gris y rosado, parece una crema de mantequilla y sangre, un montón de bolitas viscosas y sanguinolentas. Las jóvenes dependientas de los almacenes Univermag hundían sus largas cucharas de madera en el caviar y un olor dulce a sangre se difundía por el espacio. «¡Camaradas!», gritaba la voz de Demian Bedni por el altavoz colgado de la fachada del palacio del Sóviet de Moscú, en la plaza Sovetskaya. «¡Camaradas! Esta mañana, en un callejón de la plaza Bolotnaya, en Zamoskvorechye, se ha hallado el

cadáver de una niña de seis años, violada y estrangulada. El asesino, que ha declarado ser Cristo, ha sido detenido cuando intentaba escapar al cielo. ¡Ja, ja, ja!». Yo pensaba en el caviar fresco, en aquella crema de mantequilla y sangre, en aquel montón de bolitas viscosas y sanguinolentas, en el mandil blanco de las dependientas de los Univermag, que se parecía a los mandiles de las *nurses* de los niños. Grupos de muchachas pasaban diciendo: «*Christos voskres*. Cristo ha resucitado», y reían mirándome con aire desvergonzado. También Demian Bedni reía: «¡Ja, ja, ja!», y su risa potente y ronca saltaba de altavoz en altavoz, de calle en calle, de plaza en plaza, por toda la ciudad.

Las mujeres, en las aceras de la Tverskaya y de la Petrovka, parecían vestidas con esa «túnica suave, finísima como piel de cebolla» que viste Ulises en el canto homérico cuando abandona las ensangrentadas arenas de Ilio. Y desprendían un olor a cebolla, dulce y fuerte. Sus brazos y piernas desnudos emitían un rumor leve, como el de la piel de cebolla. Yo caminaba junto a Bulgákov y notaba el ojo de la primavera fijo en mí, notaba el tibio aliento de la vaca-primavera en la nuca, y de vez en cuando me volvía.

—¿Por qué te vuelves? —me preguntaba Bulgákov—. ¿Acaso quieres ver si viene alguien llorando detrás de ti?

El cielo resplandecía verde como un prado. La hierba crecía por momentos en el curvo prado del cielo y el tierno resplandor de la hierba se reflejaba en las paredes, en los cristales de las ventanas, en el pavimento de las calles, en la cara de la gente. Moscú iba poniéndose poco a poco de ese bello verde del cobre antiguo, de la madera enmohecida, que es el color de la primavera rusa, el color de los iconos de las criptas de los viejos monasterios, de los samovares de plata de los cuartos en penumbra, de los cascos de los caballos en los prados de las orillas del Moscova, de los estanques de los suburbios de la Krasnaya Presnya, ese bello verde que es el color del sonido de las campanas de la Pascua rusa. Pero las campanas callaban. Cruzaban el aire miradas claras y brillantes, y risas de mujer, y un rumor de piel de cebolla, y ese lamento prolongado semejante al flexible silbido de un junco al viento, que es la voz secreta de la primavera rusa. «*Naplevayu*», murmuraba yo, escupiendo al suelo.

—¿Por qué te vuelves? —me preguntaba Bulgákov.

Yo me volvía de cuando en cuando y miraba los ojos rojos de la gente, ojos rojos en caras de pulpo fláccidas y húmedas.

El sillón del príncipe Lvov

Una mañana de domingo fuimos Bulgákov y yo al rastrillo del bulevar Smolenski. Todos los domingos por la mañana se congregaban en las aceras del bulevar Smolenski los supervivientes de la antigua nobleza moscovita, los gentiles y miserables espectros de la aristocracia zarista, para ofrecer a los diplomáticos extranjeros, a los nuevos ricos de la revolución, a los *nepmen*, a los aprovechados del comunismo (los había allí también, como los hay aquí), a la nueva nobleza marxista, a las mujeres, las hijas, las amantes de los nuevos *boyari* rojos, sus pobres tesoros: la última pitillera, el último anillo, el último icono, y medallones de plata, peines sin púas, chales de seda deshilachados y descoloridos, guantes usados, puñales cosacos, zapatos viejos, cadenas y pulseras de oro, objetos de porcelana rusos y alemanes, antiguas cimitarras tártaras, libros franceses con encuadernación blasonada, viejos y aparatosos sombreros de mujer, de la época de Anna Karénina, llenos de plumas, ridículos y anticuados.

Sentados en taburetes de tela, en la alameda del centro del bulevar, o de pie a lo largo de las aceras, bajo los árboles verdes, aquellos tristes fantasmas de la nobleza del Antiguo Régimen se pasaban las horas hablando de su pobre vida cotidiana, de bodas, lutos, divorcios, noviazgos, suicidios, intrigas, escándalos, chismes, como si estuvieran sentados en un salón, en un palacio neoclásico de la Ciudad Blanca, Bely Górod, diseñada por Bovet, en la edad fabulosa de su juventud, de su gloria, de su felicidad. Hablaban en el francés de Madame du Deffand corregido por el leve acento moscovita de la condesa de Ségur, de soltera Rostopchina, haciéndose reverencias sin parar unos a otros, volviéndose hacia unos y hacia otros, con graciosos movimientos de la cabeza y las manos, como en un ballet de muñecas en el escenario de un teatro

de la corte, e interrumpiéndose a ratos para dirigirse a los transeúntes con voz aguda y plañidera, en francés: «*Regardez cette breloque, monsieur. Un souvenir de Moscou, monsieur. Un joli souvenir de la Russie, monsieur*».

En la calle del Arbat vimos a un anciano caballero de corta estatura, a la vez macizo y endeble, de pobladas patillas canas, que andaba encorvado llevando en equilibrio en la cabeza un enorme sillón dorado. Era un sillón Luis Felipe, tapizado de damasco rojo, sobre cuyo asiento había un viejo sombrero inglés, negro, del estilo llamado Eduardo VII, de alas estrechas y vueltas, con esa forma barroca con que el estilo eduardiano continuaba, en sombreros y literatura, el estilo de Bath. Aquel hombre de la butaca en la cabeza parecía una de esas viejas de los *Caprichos* de Goya que llevan una silla sobre la cabeza. Bulgákov se le acercó y lo saludó cordialmente, aunque con respeto. «*Bonjour, bonjour*», contestó el viejo, con voz aguda y maliciosa. Era el príncipe Lvov, el último presidente de la Duma de 1917. La cara le brillaba de sudor y se lo veía rendido de cansancio. Dejó el sillón en la acera, se sentó en él con un suspiro y se enjugó la frente con un pañuelo sucio. Dijo que iba al bulevar Smolenski con la esperanza de vender por fin aquel sillón.

—Los sillones dorados vuelven a estar de moda.

Tenía cinco más en casa: un tesoro, añadió, que le permitiría tirar un par de años más.

—Luego ya veremos. —Y reía con los ojos cerrados y sacudiendo los hombros, muy inclinado hacia delante, como si le hubiera dado un ataque de tos. De pronto abrió los ojos, se volvió hacia mí y me preguntó si había conocido al último embajador de Italia en la corte de San Petersburgo. Me hablaba sonriendo y llamándome *jeune homme*, y mientras así hablaba, observaba asombrado mis zapatos, mi traje, mi sombrero—. ¿Visten todos como usted en Europa? Extraña manera de vestir. Sus sastres deben de haber perdido la cabeza. En mis tiempos… —Contó los botones de mi chaqueta y se sorprendió al ver que sólo eran tres. Contó los de la suya y exclamó —: ¡Cuatro! ¡Ésta es la regla fundamental, *jeune homme*! Ni siquiera la Revolución comunista ha conseguido arrancar el cuarto botón de mi chaqueta.

Cabeceando con desprecio, observó mis zapatos de suela gruesa

y tacón bajo, atados con cordones finos de cuero, y anunció triunfal que no cambiaría su calzado por el mío ni por todo el oro del mundo. Él llevaba unos botines negros, abotonados al lado, descosidos y destaconados.

—¿Conoce al coronel Marsengo? —me preguntó.

El coronel Marsengo había sido, poco antes de la revolución, agregado militar italiano en San Petersburgo. El príncipe Lvov se mostró muy sorprendido de que no lo conociera. Cantaba muy bien, dijo, acompañándose con la guitarra como un verdadero gitano.

—*C'était un homme délicieux, un homme tout à fait charmant*.

La gente que pasaba echaba una ojeada distraída a aquel anciano sentado en una butaca Luis Felipe en medio de la acera del Arbat, que es una de las calles más transitadas de Moscú. Una dama anciana, con una blusa verde vieja y gastada y una falda blanca larga de ribete desflecado, que llevaba un sombrero de paja florentino a lo María Antonieta, sin cinta y con los bordes medio rotos, que parecía el sombrero de un jardinero, se detuvo en la acera de enfrente y lo llamó por su nombre, familiarmente, agitando un brazo enguantado de negro hasta el codo.

—*Bonjour, bonjour!* —gritó el príncipe Lvov poniéndose en pie con ímpetu juvenil y, descubriéndose, hizo una profunda reverencia —. ¡Pobre mujer! *Elle est un peu toquée*. Se obstina en creer que el zar sigue vivo. —Y se echó a reír mostrando unos dientes largos y amarillentos—. ¿No la conocen? Es una princesa Gagarin. Vende tabaco en la puerta del hotel Metropole.

Suspiró, se sentó de nuevo en la butaca, cruzó las piernas y me preguntó si era verdad que el embajador de Italia en Moscú, Cerruti, era un hombre muy inteligente. Le contesté que Cerruti era sin duda uno de nuestros mejores embajadores.

—Me alegro —dijo—. Los embajadores extranjeros, en mis tiempos… —Pero se interrumpió, miró a ambos lados y, negando con la cabeza, dijo que sentía no poder conocerlo en persona y que para los ciudadanos soviéticos era muy peligroso acercarse a los diplomáticos extranjeros—: Así es, *jeune homme* —añadió bajando la voz—, Rusia es el país del miedo. Todos tenemos miedo. —Miró atrás con aire inquieto, se quitó el sombrero, lo observó atentamente girándolo entre las manos, se lo puso de nuevo y me preguntó qué hora era. Eran las diez—. Bonito reloj —dijo

cogiéndome el brazo y observando mi reloj de pulsera. Lo tocaba con el dedo, daba golpecitos con la uña en el cristal, sacando los labios y conteniendo la respiración como hacen los niños cuando quieren algo. Bajo las cejas fruncidas, los ojos le brillaban, como empañados de lágrimas.

Tuve la tentación de preguntarle si quería cambiarme la butaca por el reloj, seguro de que le haría un gran favor.

—Quiere… —dije, pero me mordí el labio por no ofenderlo con aquella propuesta estúpida. Y volví la cara para no mirarlo, para no ver en mi imaginación al viejo príncipe Lvov, el último presidente de la Duma, sentado en una butaca dorada en la gran sala de la Duma, levantando la mano blanca, floja, decrépita, para atusarse las pobladas patillas canas, mientras Lenin, desde el balcón del palacio de la bailarina Kschessinska, incitaba al pueblo a colgar a cuantos ocupaban las butacas doradas de la Duma, del Senado, del almirantazgo, del Palacio de Invierno, a colgar a cuantos ocupaban butacas doradas en Europa, en el mundo.

De pronto el príncipe Lvov se echó a reír y se reclinó en la butaca.

—¡Qué idea ridícula la suya, ridícula! —exclamó con la voz ahogada por la risa—. ¿De veras me imagina con ese reloj en la muñeca? ¡Ja, ja, ja! ¡Ustedes han perdido el juicio en Europa! ¿Cómo puede pensar una cosa semejante aquí, en la Rusia soviética? ¡Un reloj de pulsera! —Luego enmudeció, miró a ambos lados con aire temeroso, observó primero a un transeúnte, un muchacho que cruzaba la calle a la carrera, luego un tranvía (el número 4 con destino a Dorogomilovo) que circulaba con estrépito por las vías al otro lado de la calle, y por último a un obrero que venía a paso ligero en nuestra dirección—. ¡Las diez! —dijo, como pensando de pronto en algo que lo angustiaba—. ¡Las diez!

Se levantó de un salto y trató de alzar la butaca. Me ofrecí a ayudarlo y, sin esperar respuesta, cogí la butaca y me la puse en la cabeza.

—Con cuidado, *jeune homme*, con cuidado —dijo el príncipe Lvov mirándome de una manera extraña.

Y echó a andar con la cabeza gacha hacia el bulevar Smolenski.

Bulgákov y yo nos quedamos un poco rezagados y, mientras caminábamos, observaba a aquel anciano encorvado, de pobladas

patillas canas, con el sombrero hacia la nuca, que andaba con las manos en la espalda, renqueando como un cojo. De vez en cuando se volvía y me decía en francés, negando con la cabeza como enfadado:

—*Doucement, jeune homme, doucement.*

Aquel viejo renqueante me irritaba. Me daba rabia (era un sentimiento ruin e injusto, del que en el fondo me avergonzaba) la complicidad sutil y maligna que oscuramente sentía con él y su butaca. En Rusia, volvía la edad de las butacas doradas. En el paisaje de la Revolución proletaria, las butacas doradas eran de nuevo necesarias, un elemento no sólo decorativo, sino también moral, tan necesario para la dignidad del paisaje comunista como lo había sido para la dignidad del paisaje del Antiguo Régimen. Había pasado el tiempo en que las butacas doradas inspiraban desprecio, odio, furia al pueblo soviético: volvía la época del respeto, de la admiración, del orgullo nacional por las butacas doradas. Las fábricas, las máquinas, los altos hornos, las laminadoras, las centrales eléctricas de la *Piatiletka*, del Plan Quinquenal, empezaban a perder dignidad al lado de las nuevas butacas doradas. El príncipe Lvov me daba rabia porque en aquella butaca estilo Luis Felipe yo veía una invitación engañosa, una tentación maligna, una insidia desleal. De pronto me imaginaba que toda la Rusia soviética era el espectro de una inmensa butaca dorada, de una gigantesca butaca estilo Luis Felipe solitaria allá en el horizonte, en el mísero paisaje de ruedas dentadas y chimeneas humeantes de la Revolución proletaria.

En aquel momento el príncipe Lvov se detuvo y se volvió riendo. Reía dando patadas en el suelo, moviendo la cabeza y bufando como un gato.

—¿Por qué me mira así? —dijo de pronto, dejando de reír.

Le contesté que estaba pensando a quién se parecía, que me recordaba al viejo príncipe Adam Czartoryski, al que había conocido en Varsovia hacía muchos años.

—¿A ese vejestorio…? Curioso —repuso el príncipe Lvov en voz baja, como si le pareciera algo singular y triste—, muy curioso. Es la primera vez que me lo dicen. —Y me miraba con un odio melancólico, negando con la cabeza.

—Todos nos parecemos a alguien —terció Bulgákov como para

consolarlo.

—No en Rusia —replicó el príncipe volviéndose con rabia hacia Bulgákov—, ¡no en Rusia! —Y siguió caminando hacia el bulevar Smolenski, repitiendo a ratos—: ¡Precisamente al vejestorio ese…! ¡Qué ocurrencia! —De pronto prorrumpió en carcajadas y dijo, dando palmadas y saltando con sus piernas cortas—: *Un vieux chameau! Voilà! Voilà!* ¡En eso se convierte uno en Europa, y no sólo aquí! ¡No sólo aquí! ¡No sólo en Rusia! —Y clavándome unos ojos inflamados en alegría maligna—: *Tous des vieux chameaux, en Russie, des vieux chameaux comme en Europe, comme partout!* ¿Qué cree que acabarán siendo la Semiónova, la Egorova, la Budionnaya, la Bubnova, la Lunacharskaya, todas las bellezas de la Rusia soviética? *Des vieux chameaux comme la princesse D., des vieux chameaux elles aussi, comme tout le monde!* ¡Ja, ja, ja! *Et Staline? Un vieux chameau comme moi, lui aussi, un vieux chameau comme tout le monde*, ¡ja, ja, ja! —Reía dando patadas en el suelo, moviendo la cabeza y bufando como un gato—. ¿Por qué me mira así? —preguntó de pronto, dejando de reír.

Le contesté que estaba pensando a quién se parecía, que me recordaba al príncipe Adam Czartoryski.

—*A ce vieux drôle?* Curioso —dijo el príncipe Lvov, como si le pareciera algo singular y triste—, muy curioso… Es la primera vez que me lo dicen. —Y me miraba con un odio melancólico, negando con la cabeza.

—*On ressemble toujours à quelqu'un* —terció Bulgákov como para consolarlo.

—*Pas chez nous, en Russie* —dijo el príncipe Lvov, volviéndose con rabia hacia Bulgákov—, *pas chez nous*. —Y reanudó su camino repitiendo a ratos—: *Ce pauvre Adam! Quelle idée!*

La Verónica de Moscú

Cuando llegamos al bulevar Smolenski, tuve la impresión de que entraba en el salón parisino de la princesa María Dimitrievna, donde por entonces se daba cita lo mejor y lo peor de la colonia zarista. En la alameda del centro del bulevar se reunían los domingos lo que sobrevivía en Moscú de la nobleza del Antiguo Régimen. Sentadas en taburetes de tela, ante sus miserables tesoros expuestos a sus pies, sobre viejas toallas extendidas en el suelo, sin piedad, sin pudor, con un orgullo pueril e insolente, viejas damas con vestidos descosidos y desteñidos, con blusas blancas, verdes o amarillas de mangas abullonadas, con cuellos altos de encaje sostenidos por varillas de ballena, con sombreros melancólicos llenos de plumas y flores artificiales, hablaban en francés con acento, con gestos, con sonrisas de recíproco desprecio, de rencor afectuoso. Vestían faldas largas y anchísimas, llevaban al cuello boas despeluchadas, en la cara tupidos velos mal remendados tras los cuales, como tras un cristal empañado, se veían los labios abrirse y cerrarse, los ojos moverse inquietos y recelosos.

En sus labios, en aquella calle, bajo aquellos árboles verdes, bajo aquel cielo de Moscú alto y blanco, constelado de pecas como la piel de una mujer rubia, en aquel escenario de antiguos monasterios y enormes edificios de cemento y cristal, el francés sonaba remoto y extranjero, tenía el mismo sonido de lengua muerta que percibe el oído de un lector moderno en el francés de los personajes de *Guerra y paz*. De pronto uno entendía, con una especie de oscuro temor, que Marx no habría podido escribir *Das Kapital* en aquella lengua cansada y preciosa, llena de errores gramaticales y palabras anticuadas. Toda la malicia, el recelo, el rencor, la desconfianza, la envidia, la crueldad senil que expresaba aquella lengua en aquellos labios daba a aquel francés un eco de vetustez preciosa y

conmovedora, una dignidad de lenguaje inhumano, incorpóreo, desinteresado, de una abstracción y una transparencia maravillosas, repleto de ese carácter grecoalejandrino cansado y dulce que suena en los labios de Andrea Chénier, en los versos de *La jeune captive* o en los labios de Chateaubriand, ese Proust de un «*côté Guermantes*» cuya gracia melancólica conservaba, como un último recuerdo, el sublime sabor de la muerte.

De pie bajo los árboles, con sendas cajas de cartón colgadas del cuello y oscilando sobre el vientre, donde habían dispuesto cuidadosamente toda clase de objetos, pipas, tabaqueras de marfil, cuchillas de afeitar, anillos, corbatas de seda desteñidas, había hombres ya entrados en años que, a juzgar por sus gestos, por el modo orgulloso de mover la cabeza y los hombros, debían de ser antiguos oficiales o altos funcionarios del régimen zarista. Aquellos hombres, vestidos con uniformes sin charreteras, con caftanes cosacos de mangas anchas, con chaquetas de tela blanca, se dirigían a las ancianas damas con reverencias afectadas, hablándoles con cortesía refinada, llamándolas por sus nombres con una familiaridad obsequiosa, con un respeto dulcificado por el sentimiento de la miseria y el sufrimiento comunes. Un viento leve, tibio y transparente, en el que las casas, los árboles, la gente se reflejaban como en un límpido riachuelo, soplaba por el medio del bulevar, arrastrando en su corriente imágenes y sonidos, el temblor de las hojas verdes, las voces humanas, el chirrido como de golondrinas de las ruedas de los tranvías, el trinar de los pájaros en las copas de los árboles.

A la entrada del bulevar, el príncipe Lvov hizo una profunda reverencia, se quitó el sombrero con un amplio ademán y, mirando aquí y allá como si buscara a la anfitriona, dijo: «*Bonjour, bonjour*». Las ancianas damas le contestaban, sonriendo y ladeando la cabeza, con un gracioso movimiento de la mano.

—*Vous voilà, enfin, cher prince* —decían con voz chillona.

Y los hombres le devolvían el saludo inclinándose también y diciendo:

—*Bonjour, bonjour*.

También yo me incliné, sosteniendo con ambas manos la butaca sobre mi cabeza, en equilibrio, sonreí y dije en italiano (no por prudencia, para que no me entendieran, sino porque aquellas

palabras me venían a los labios en mi idioma):

—¡Idos al diablo, idos todos al diablo!

Me avergonzaba de aquellas palabras, pero no podía evitar pronunciarlas. Me avergonzaba más de su sonido que de su significado, pues me parecían llenas de compasión y respeto. Somos responsables del significado de nuestras palabras, no de cómo suenan. En aquel momento no encontraba otras que expresaran mejor mi piedad y mi simpatía.

—¡Idos todos al diablo! —repetí, y me detuve en medio de la calle, llevando la butaca sobre mi cabeza con los brazos levantados.

De pronto, en la esquina de la acera, bajo un gran árbol verde, vi a una mujer aún joven, aún guapa, vestida con un viejo uniforme de la Cruz Roja que, allí de pie, inmóvil y severa, con los brazos extendidos como una Verónica enseñaba unas bragas de seda blanca, con cenefas y cintas amarillentas. La vi a ella sola y enrojecí. No veía más que a aquella Verónica piadosa y horrenda, no podía apartar la mirada de aquellas bragas de seda que parecían colgadas de aquellas manos oscuras y huesudas como de dos ganchos de hierro.

—¡Vete al diablo, vete al diablo tú también! —exclamé en italiano, temblando de vergüenza e indignación porque, para una mujer, me parecía el colmo de la deshonra prostituir sus bragas. Me parecía el colmo de la abyección (no de la suya, sino de la de todos nosotros, de la mía, de la de Bulgákov, de la del príncipe Lvov, de la de toda Rusia, de la de toda Europa) obligar a una mujer como aquélla, aún joven, aún guapa, a prostituir sus bragas en la vía pública. «*Naplevayu*», murmuré, volví la espalda a la Verónica y deposité la butaca en el suelo.

—Gracias, muy amable —me dijo el príncipe Lvov sentándose en la butaca dorada. Se había quitado el sombrero y estaba enjugando la cinta de cuero del interior con la palma de la mano. De pronto levantó la cara, me miró con ira y me preguntó—: ¿Por qué sonríe? ¿Le parezco ridículo? ¿Cree acaso que una butaca, en la Rusia soviética, es un objeto inútil y ridículo? Lenin murió en una.

—Tiene razón, Lenin murió en una butaca —convine, echándome a reír.

—¿Ha estado en Gorki? —me preguntó el príncipe, más calmado —. ¿Ha visto la butaca en que murió Lenin?

—Sí, estuve ahí y vi la butaca.

—¿Recuerda cómo es? —quiso saber con visible excitación—. Es una vieja butaca de cámara como las que había en todas las casas burguesas de Rusia. Tapizada de tela gastada y descosida, con el respaldo y los brazos grasientos. Desde luego, no es como ésta. Lenin murió muy pronto. Murió en una butaca burguesa, como un personaje de Zola. Si hubiera esperado unos años para morir, habría muerto como un personaje de Balzac, en una butaca estilo Luis Felipe.

—Me gusta más que muriera en una vieja butaca burguesa, gastada y descosida.

—No todos pueden morir en una butaca dorada —dijo enjugándose la frente con su pañuelo sucio—. ¡Eh!, ¡eh!, *jeune homme!* Le digo que las butacas Luis Felipe vuelven a estar de moda. Dentro de poco, todos los héroes de la revolución querrán sentarse en una como ésta. ¡Siempre es la misma historia!

Su mano se veía terriblemente envejecida. Más envejecida que la frente, que la boca, que la nariz, que las mejillas, unas mejillas pálidas y chupadas cubiertas por una telaraña de venas y arrugas violáceas. Su mano menuda, decrépita, oscura y peluda, se movía por la cara como una araña grande por una telaraña.

Me irritaba que no hablase más que de su butaca. Le di la espalda, para ocultar la rabia que me provocaban sus palabras y aquel aire de triunfo malvado, y entonces vi delante de mí, de pie en el bordillo, a la mujer inmóvil en la actitud de la Verónica.

Ella me miró y sonrió. Yo enrojecí y aparté la vista para no mirar las bragas.

—Cincuenta rublos, Monsieur —dijo la Verónica en francés, bajando la voz.

—¡Cincuenta rublos son demasiado! —exclamé.

—No son caras —dijo ella dando un paso al frente—. No son nuevas, pero están en buen estado. Es una ocasión. Por ese precio, no encontrará bragas como éstas en toda Moscú. Mírelas de cerca, Monsieur.

—Soy extranjero, lamento ser un extranjero en Moscú.

—No son caras, Monsieur —repitió ella dando otro paso—, cincuenta rublos no son nada para usted, al cambio. Para un extranjero no son caras. Mírelas de cerca, Monsieur. —Y me las

acercó a la cara.

Olían a tela vieja y a polvo. Retrocedí un poco y dije sonriendo:

—Moscú es una noble ciudad. Todo es noble en Moscú. Lástima que yo sea extranjero en esta maravillosa ciudad.

—Toque el tejido, Monsieur. Es seda auténtica. No son caras, cincuenta rublos.

Me dolía y humillaba que no supiera hablar más que de sus bragas. Yo quería cambiar de conversación, inducirla, sin que se diera cuenta, a hablar de otra cosa, pero no sabía cómo, no lograba desviar su atención de aquellas bragas, yo mismo estaba fascinado por ellas y no acertaba a pensar en otra cosa. Enrojecía de vergüenza y humillación al pensar que aquella mujer se veía obligada, en parte por culpa mía, quizá sólo por culpa mía, a prostituir sus bragas en la vía pública. Tenía la cara ajada, ojeras, pero aún era bella, aún era joven, no pasaría de los treinta y dos, treinta y cuatro años. Aquella belleza, tanto más preciosa por marchita, me ofendía como si fuera una falta de pudor por su parte, una falta de delicadeza.

—Cómpremelas, Monsieur —me dijo la Verónica humildemente, sonriendo.

—No, no se las compro. —Y dándole la espalda me dirigí a la butaca dorada en que estaba sentado el príncipe Lvov. No tenía que avanzar más que tres pasos, para tocarla con las rodillas, pero las piernas me pesaban, me costaba un enorme esfuerzo levantar el pie, doblar la rodilla; era como si llevara unos pantalones de piedra fríos y pesados—. No se las compro ni por treinta rublos —dije, volviéndome de golpe.

—Treinta rublos —dijo la mujer—, se las dejo en treinta.

Bajó de la acera, se me acercó con las manos tendidas, sonriendo, me puso en las manos sus pobres bragas. Sentí que palidecía, que me ponía blanco como un muerto. Allí, de pie, sujetando aquellas bragas, ante aquella mujer que me miraba y sonreía, yo temblaba.

—Váyase, déjeme —mascullé en francés. Temblaba de vergüenza. Era como si la mujer estuviera desnuda, allí, delante de mí, desnuda de pies a cabeza. No podía darle ni cincuenta ni treinta rublos, no podía darle ni una copeca. No tenía derecho a darle ni una copeca. No tenía derecho a dar dinero a una mujer que se

desnudaba allí, en plena calle—. Tome sus bragas —repetí entre dientes— y váyase, ¿entiende? ¡Váyase! —grité con la voz temblándome de vergüenza.

—Usted perdone, Monsieur —dijo ella sonriendo y cogiendo las bragas.

Allí seguía, delante de mí, sonriendo humildemente, pero ya no estaba desnuda. Ahora la veía de nuevo con su uniforme de la Cruz Roja: en el pecho, a la altura del corazón, llevaba un imperdible, un simple imperdible de hierro. Saqué un billete de cien rublos y se los ofrecí diciéndole:

—¿Me da ese imperdible que lleva en el pecho? ¿Me lo da por cien rublos?

—No, Monsieur —contestó ella—, este imperdible no vale ni una copeca. No se lo daría ni por mil rublos. Lo siento.

Sonreía, con una sonrisa dulce y humilde.

Entonces me volví y me alejé sin despedirme, sin despedirme siquiera del príncipe Lvov. Caminaba despacio y las piernas me temblaban.

Bulgákov me alcanzó en la esquina del bulevar Smolenski con la calle del Arbat.

—No vale la pena enfadarse por tan poco —dijo Bulgákov—, estas cosas no son cuestión de orgullo.

—No era orgullo, era pudor.

—Da lo mismo, no merece la pena sentir pudor por tan poco.

—Estaba desnuda.

—Sí, estaba desnuda —dijo Bulgákov—, pero lo sabía.

—No, no lo sabía. Va vestida sólo con ese imperdible. Sin ese imperdible se sentiría desnuda.

—Cuando uno tiene hambre, siempre se siente vestido —dijo Bulgákov—. El hambre es el manto de los pobres. Nadie se siente desnudo si tiene hambre.

Un banquete de escritores

Esa misma noche acudí al banquete que daba en mi honor el Sindicato de Escritores Comunistas de Moscú. Mientras cenábamos, los comensales me interrogaban con aire de jueces. Estaba sentado ante mi plato y mi vaso como si fuera un acusado, y los jueces me preguntaban desde el otro lado de la mesa:

—¿Qué hacen los escritores en su maldita Europa?

—Se comen el oro de Midas, chapotean en la riqueza capitalista —contestaba yo.

—¡Ja, ja, ja! —reían todos a carcajadas.

—Perdone, *dorogoi* Malaparte, pero ¿es verdad que en Europa los escritores están corrompidos hasta la médula?

—Es verdad, están podridos y apestan, los malditos hijos de nobles prostitutas —contestaba yo.

—¡Ja, ja, ja! —reían a carcajadas en torno a la mesa, mirándome con ojos encendidos.

Demian Bedni, el líder de la Liga de los Ateos, de los *bezbozhniki*, Demian Bedni, el enemigo de Dios, el autor de *El evangelio según san Damián*, me preguntaba desde el otro lado de la mesa, sujetándose con las manos la barriga grande y fofa:

—¿Cómo viven los poetas en Europa? ¿Verdad que viven encerrados en las cárceles capitalistas?

—¿Qué poetas? —contestaba yo.

—¡Los poetas de verdad! —exclamaba él—. Los poetas proletarios, los que cantan a los pobres, a los miserables, a los marginados.

—En Europa los poetas no cantan a los pobres, a los miserables, a los marginados —contestaba yo—. Cantan lo que todos los poetas han cantado siempre desde Homero: las nubes, las flores, los ojos de las mujeres, los ruiseñores, la belleza fatal de Helena y las armas

resplandecientes de Aquiles.

—¡Ah, malditos! —gritaba Demian Bedni.

—¡Malditos, malditos! —gritaban todos.

—Sí —decía yo—, malditos, malditos sean los poetas burgueses que cantan a Alejandro y a César y a Augusto, que cantan a Lesbia y a Laura, las columnas dóricas y los capiteles corintios, a las Venus y a los Amores, las joyas, los perfumes, los vinos de Francia y España, los cadáveres pintados de oro y de púrpura de los reyes y las reinas, las tiernas flores de los árboles y el rostro radiante de Dios.

Todos reían descompuestamente, dándose palmadas en el hombro unos a otros. Y yo miraba allá al fondo, en la otra punta de la mesa, el rostro pálido y triste del poeta Maiakovski.

—¿Qué cantan los poetas en Rusia? —pregunté.

Todos callaron, y un joven alto y delgado se puso de pie. Tenía el pelo negrísimo y encrespado, la frente alta y blanca, y una boca ancha de labios finos y rojos.

—Nosotros cantamos el olor de la viruta de hierro, el olor del sudor humano en los talleres soviéticos llenos de hombres ebrios de cansancio, cantamos las manos callosas, las barbas sin afeitar, los ojos llameantes de los hombres desnudos ante las bocas de los altos hornos. Cantamos el Plan Quinquenal, los tractores, los arados mecánicos, los martillos, los yunques, las mazas, el genio de Stalin y las banderas rojas que ondean sobre las chimeneas de las fábricas.

—¡Ja, ja, ja! —reí descompuestamente—. ¿Y qué más? ¿Qué más cantan los poetas en Rusia?

—Cantamos la cara resplandeciente de Lenin —dijo Maiakovski, levantándose— y los hombres de fuego que William Blake veía surgir de las olas del Atlántico.

—¡Ja, ja, ja! —reí tendiendo el brazo hacia Maiakovski—. ¿Qué cantabas en tu viaje a América? ¡Cantabas los rascacielos de Nueva York, los cerdos de Chicago, los remolcadores del Hudson, los negros de Harlem! ¡Ja, ja, ja!

—Cantaba los rascacielos que Lenin dibujaba con mano temblorosa en grandes folios poco antes de morir —dijo Maiakovski.

—¡Te equivocas! —exclamé—. ¡Lenin dibujaba inmensas torres Eiffel!

—¡No, no! —gritaron todos—. ¡Lenin dibujaba rascacielos!

—¿Entonces también Lenin cantaba la gloria de América? —dije riendo—. ¿Es eso lo que cantan los poetas en Rusia? ¿La gloria de América?

—¡No! —exclamó Demian Bedni poniéndose en pie—. ¡En la Rusia soviética los poetas cantan a los obreros, las ruedas dentadas, las correas de transmisión, los pistones, el hierro colado, el acero templado, la ciudad sin Dios, a los hombres sin Dios, la maldición de Dios!

Yo me retorcía de la risa y exclamaba:

—¡Ah, malditos sean los poetas, todos los poetas, burgueses y proletarios! ¡Homero y Virgilio, Dante y Petrarca, Shakespeare y Racine, Bloch y Serguéi Yesenin, y tú también, Demian Bedni, y tú, Maiakovski…! —Y me volví hacia un joven poeta que tenía sentado enfrente—: Y tú también…, ¿cómo te llamas?

—Iván Korovin —contestó el joven, mirándome.

—¡Maldito seas tú también, Iván Korovin! —exclamé yo riendo —. ¡Malditos sean todos los poetas, malditos sean los poetas burgueses que no cantan el Plan Quinquenal, a los hombres desnudos delante de las bocas de los altos hornos, las banderas rojas ondeando sobre las chimeneas de las fábricas, y malditos sean los poetas proletarios, malditos seáis vosotros, poetas de la Rusia de Lenin, que no cantáis las nubes, las flores, los ruiseñores, las joyas, la belleza fatal de Helena y la lanza de Aquiles, los automóviles de lujo y los labios bermellón de Barbara Hutton! ¡Malditos sean los poetas!

Todos reían mirándome con ojos encendidos, y Demian Bedni levantaba el vaso diciendo:

—¡A la salud de la podrida Europa, de la prostituta Europa!

—¡A la salud de la podrida Europa! —decía yo, levantando también el vaso.

Todos reían, y Maiakovski me miraba desde la otra punta de la mesa con sus ojos tristes.

Cuando nos fuimos amanecía. Maiakovski y yo caminamos en silencio. El cielo estaba blanco y formaba como pliegues sobre las cúpulas de la catedral de San Basilio, parecía un cielo de papel de seda. En las torres del Kremlin, las banderas rojas palidecían bajo el mortecino resplandor de los focos, que la claridad rosada y tierna del alba apagaba poco a poco. Los árboles estaban verdes, las hojas

cubiertas de rocío brillaban reflejando el cielo blanco, los pájaros cantaban en el follaje virgen de la primavera, y yo le decía a Maiakovski:

—Escucha, los poetas cantan en las ramas de los árboles.

—William Blake veía ángeles sentados en las ramas de los árboles —decía Maiakovski.

—Calla, en Rusia está prohibido hablar de los ángeles.

—¿En Europa también está prohibido hablar de los ángeles? —me preguntaba él.

—Sí, también en Europa —contestaba yo.

Caminábamos por la Kitai Górod, la ciudad tártara, nuestros pasos resonaban tristemente en la calle desierta. Cuando llegamos a Nikolskaya y pasamos por delante de la iglesia de San Nicolás, patrón de la Santa Rusia, dije:

—San Nicolás era de Bari, en Apulia, era un santo italiano.

—Los santos no tienen patria —dijo Maiakovski.

—La patria de los santos es el proletariado. ¿No es verdad que la patria de los santos es el proletariado?

—Sí, su patria es la esclavitud, la miseria, el hambre, la inmundicia, los sufrimientos del proletariado. —Y Maiakovski se echó a reír y escupió al suelo.

—El otro día —dije— entré en la iglesia de la Nikolskaya. Mira lo que me dio el pope. —Y le enseñé una medallita con la efigie de san Nicolás—. Se echó a llorar cuando le dije que yo era italiano. Le prometí que iría a Bari y encendería por él un cirio en la tumba del santo patrón de Rusia.

—¿Y lo harás? —me preguntó Maiakovski con una sonrisa irónica.

—Sí, lo haré. Se lo prometí.

—Pues por mí no enciendas ningún cirio en la tumba de tu san Nicolás —dijo Maiakovski—, no creo que los santos puedan ayudarnos. Nadie puede ayudar a nadie. Rezar por los demás, sufrir por los demás, morir por el prójimo, todo eso es inútil, no sirve para nada. —Se detuvo y me miró con los ojos brillantes—: ¿Crees que no estoy cansado de sufrir por los demás? ¿Por el prójimo, por la humanidad? ¿Crees que la humanidad ganaría algo si yo muriera por ella? ¿Crees que me gustaría morir por la humanidad? ¿Y a ti? ¿Te gustaría morir por los demás? —exclamó, cogiéndome del

brazo.

—No, no me gustaría morir por los demás —contesté.

—Entonces, ¿te gustaría morir por ti, por ti mismo?

—No, no me gustaría morir por mí, ni siquiera por mí. Aceptaría morir por nada, eso sí. Por nada. Pero por los demás, o por mí, no. De ninguna de las maneras. No me gustaría morir por alguien, por algo.

—¡Ja, ja! ¿Así que tampoco a ti te gustaría morir por algo o por alguien? —dijo Maiakovski cogiéndome con fuerza del brazo.

—En Europa tampoco se plantean si es justo morir por los demás.

—*Tas d'ignobles chrétiens!* —exclamó él.

—Nosotros también estamos hartos de ser un montón de innobles cristianos. También estamos cansados de sufrir por los demás, de morir por los demás, por la humanidad, la patria, la revolución, el proletariado, la democracia, la libertad, de sufrir y morir por un montón de causas nobles y sagradas.

—Vosotros también, ¿eh? —exclamó Maiakovski—. ¿Y por qué no intentáis morir por nada? Tenéis miedo de morir por nada, ésa es la verdad, tenéis miedo, *tas chrétiens! d'ignobles*

Me miraba fijamente con los ojos brillantes. Entonces se dio la vuelta y siguió caminando en silencio, algo encorvado, balanceando los brazos. Llegamos a la Plaza Roja, justo delante del mausoleo de Lenin. Al fondo de la plaza, las cúpulas de la catedral de San Basilio se elevaban lentamente en la niebla verde que flotaba sobre el Moscova. En la puerta de Iversk nos encontramos con los primeros grupos de obreros que iban al trabajo, otros corrían para alcanzar los tranvías que cruzaban chirriando la plaza de la Revolución. La mañana rosada hacía brillar las tejas de los tejados, los ladrillos amarillos, verdes, rojos y azules de las cúpulas de las iglesias, la muralla que rodea la ciudad tártara, las altas torres del Kremlin, el tirador de latón del Savoy.

En la puerta del hotel, Maiakovski me tendió la mano y dijo en voz baja, sonriendo:

—Malditos sean todos.

—Malditos sean todos —repetí.

Lo seguí largo rato con la mirada mientras se alejaba a paso

lento, alto, elegante, algo encorvado, balanceando los brazos, y mascullé:

—Maldito seas tú también.

Lo veía alejarse por la calle Puscecnaya y me mordía el labio para no llamarlo, para no gritarle que se parara, que no se fuera. Me daban ganas de correr tras él, ponerle la mano en el hombro y decirle en voz baja, con afecto:

—Maldito seas tú también, Maiakovski.

Días después, Marika abrió la puerta y me dijo que Maiakovski se había matado en su habitación, al amanecer, de un disparo en la boca.

—Estaba cansado de sufrir por los demás —dije.

—No —repuso Marika—, se ha suicidado porque no se sentía digno de sufrir por la Revolución comunista.

—Marika, no digas tonterías.

—Maiakovski *n'était qu'un sale bourgeois*.

—No digas tonterías, Marika.

—*You pig* —dijo ella—, Maiakovski no tenía derecho a matarse.

—Tienes razón, Marika, en Rusia está prohibido matarse por nada.

—La palabra «nada» no existe en la Rusia de Lenin.

—A lo mejor se ha matado —aventuré— precisamente porque en Rusia no existe la palabra «nada».

—*You pig. You dirty pig* —dijo Marika.

A primera hora de la tarde tomamos el tranvía número 9 y fuimos a la casa de Maiakovski, situada en una travesía del Sucharevski Pereulok. Cuando subíamos la escalera, el portero nos llamó y nos dijo que no podíamos entrar en el apartamento de Maiakovski sin un permiso especial. Esa misma tarde fui a ver a Lunacharski, comisario del pueblo para la Instrucción Pública y las Bellas Artes, y le pedí que me consiguiera el permiso para visitar el cuarto en que Maiakovski se había suicidado.

—Lo siento —me dijo—, pero no puedo.

—¿Acaso está prohibido en Rusia visitar el cuarto donde ha muerto un poeta?

Lunacharski me miró de una manera rara, atusándose la perilla caprina. Era un hombre de entre cincuenta y sesenta años, enteramente cubierto de pelo negro y tupido, que empezaba a

ralear: en el dorso de las manos tenía ya algunas manchas blancas, y el pelo de la frente, fijo y rizado como lana, dejaba ver rodales de tiña. Tenía una tez pálida que aún lo parecía más en torno a los pómulos rojos. Hablaba revolviéndose en la butaca, reclinándose a ratos en ella con un movimiento repentino que hacía temblar la barriga que el chaleco ceñía. Los altos funcionarios soviéticos sienten una pasión morbosa por los chalecos. La pasión por los chalecos es quizá más fuerte que la pasión por las carteras de piel. Justo aquellos días se representaba en Moscú, con inmenso éxito, una comedia titulada justamente *Portfolio*, que ridiculizaba la pasión de los altos funcionarios por las carteras de piel. En la Unión Soviética el chaleco y la cartera de piel son los símbolos del poder. En el periódico satírico *Krokodil* los emblemas de la burocracia soviética son el chaleco y la cartera de piel. De los bolsillos del chaleco de Lunacharski sobresalían cinco o seis lápices, dos plumas estilográficas, un peine, un cepillo de dientes, un cuaderno y un paquete de cigarrillos de la marca Erzegovina Flor, el tabaco preferido de los *upper ten thousand* de Moscú. Lunacharski llevaba el cuello de la camisa abierto, por el que asomaba una garganta blanca, de piel ajada, cubierta de pelos recios, oscuros y retorcidos. Sus ojos eran negros y profundos. Me miraba fijamente y, cosa curiosa, el brillo opaco de sus ojos se reflejaba en el cristal de las gafas.

Sentía una gran estima por Lunacharski. Era el único en toda Rusia que no llamaba burgueses y contrarrevolucionarios a los escritores y artistas. Durante la Revolución de Octubre de 1917 había salvado gran parte de los tesoros artísticos rusos apostando piquetes de guardias no sólo en las puertas de los museos, sino también en las de los palacios donde se guardaban colecciones de arte privadas. Aunque era de carácter débil y le horrorizaba comprometerse, exponerse a las críticas de los jacobinos comunistas, en su condición de comisario del pueblo para la Instrucción Pública y las Bellas Artes nunca negaba su protección a los artistas soviéticos. Las malas lenguas decían que sólo protegía a los artistas que quería su esposa, la bellísima Lunacharskaya, actriz del teatro y el cine de Estado, una de las mujeres más elegantes de Moscú y la *cuisse légère* más famosa de la Unión Soviética. Quizá no fuera más que una ingenua habladuría, como sin duda era una

habladuría inocente el apodo de *Sov-cocu* con que figuraba en el *blue book* de Moscú, «*a red-covered blue book*», como decía el embajador inglés, Sir Edmond Ovey. Pero Lunacharski temía demasiado la injuria para preocuparse por las habladurías, temía demasiado la puñalada para preocuparse por los alfilerazos. Y en eso mostraba poseer lo que un advenedizo raramente posee: un sentido muy agudo de lo que distingue a una aristocracia de advenedizos, como es la nobleza marxista de Moscú, en la que nadie se juega nada, aparte de la cabeza, de una verdadera aristocracia de sangre, en la que nadie se juega nada, aparte de la cabeza. (El jefe de protocolo del Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores, el rubio y rosado Florinski, expresaba esta misma idea de un modo muy parecido al del siglo XVIII francés, diciendo que, en una nobleza auténtica, *il y a parfois des morts, mais jamais des cadavres*).

En cierto sentido, el suicidio de Maiakovski era para él una puñalada en la espalda. Últimamente, sobre todo desde su viaje a Estados Unidos, Maiakovski había sido objeto de duras críticas por parte de los jóvenes escritores comunistas, que habían llegado no sólo a acusarlo de corrupción burguesa y esteticismo capitalista, sino a denunciar en público su obra poética como un acto de «sabotaje» contrarrevolucionario. El único que lo había defendido era Lunacharski, y no, desde luego, porque la *smart set* comunista de Moscú considerara a Maiakovski uno de los amantes de Madame Lunacharskaya, que mostraba su espíritu rebelde hasta en las cuestiones galantes, pues no se fijaba más que en hombres caídos en desgracia y casi siempre guapos e inteligentes. ¡La belleza y la inteligencia son cualidades contrarrevolucionarias en una sociedad marxista!

Con su defensa de la obra poética de Maiakovski, el comisario del pueblo Lunacharski se hacía de algún modo garante de la postura del poeta hacia el comunismo y el Estado soviético. En la Unión Soviética, el suicidio es un típico gesto contrarrevolucionario, un acto de «sabotaje» contra la moral soviética que, si no tiene serias consecuencias políticas para quien lo realiza, sí pone de manifiesto la complicidad de sus familiares, de sus amigos, y si el suicida es un poeta, un escritor, incluso de los críticos favorables a su obra literaria, por ser, no un gesto espontáneo, solitario, sino el producto del ambiente en que el suicida vivía, el fruto de un árbol

del que el suicida es sólo una rama.

El suicidio de Maiakovski seguía demasiado de cerca al clamoroso suicidio del poeta Serguéi Yesenin (que después de casarse con Isadora Duncan, de «fugarse» de Moscú, de entregarse a todo tipo de extravagancias durante su larga estancia en Europa y América, «había subido un buen día al rascacielos más alto de Nueva York, al balcón más alto de Occidente», como dijo el mismo Lunacharski, «y se había arrojado de cabeza al vacío, para ir a estrellarse contra el suelo de las calles de Moscú») y obedecía demasiado claramente al mismo motivo, a saber, el desencanto de la vida, para no poner al pobre Lunacharski en una situación muy delicada. Éste no era responsable del suicidio de Maiakovski, desde luego, pero sí era, en cierto sentido, culpable de haber dado protección oficial a un hombre que llevaba tiempo meditando y preparando un acto de «sabotaje» contrarrevolucionario tan grave.

Lunacharski me miraba fijamente y, cosa curiosa, el brillo opaco de sus ojos miopes se reflejaba en el cristal de las gafas.

—En la habitación de Maiakovski no encontrará ya nada —dijo —, ni siquiera una mancha de sangre. Se ha matado esta mañana, hace unas horas, pero sus papeles, su ropa, sus objetos personales, están ya en manos de la policía.

—¿De la policía?

—En el cuarto en el que Maiakovski ha muerto se ha cometido un crimen —afirmó Lunacharski.

—¿Dice que en el cuarto en el que ha muerto Maiakovski se ha cometido un crimen?

—En Rusia, nadie tiene derecho a eludir la labor común, los sacrificios comunes, a dejar su puesto en la lucha, en el esfuerzo, en el sufrimiento, a traicionar la causa revolucionaria. Maiakovski ha traicionado la revolución.

—Maiakovski estaba cansado de sufrir por los demás.

—Estaba cansado de que lo obligaran a sufrir por los demás — repuso Lunacharski—. Lo que hace al hombre aborrecer el sufrimiento es que lo obliguen a sufrir.

—También en Europa estamos cansados de sufrir por los demás.

—¿También en Europa los obligan a sufrir? —me preguntó, inclinándose sobre la mesa y mirándome por encima de las gafas.

—No, obligarnos no, y por eso sufrimos sin rebelarnos. Pero

estamos cansados de sufrir por los demás.

—Espero que no me hable ahora de Dios —dijo Lunacharski en voz baja.

—Maiakovski creía en Dios —señalé.

—¿Por qué me habla de Dios? —replicó el comisario pasándose la mano por la cara.

—Se ha matado porque creía en Dios. Desde luego, no es un buen motivo para matarse, pero en la Rusia soviética, en un país sin Dios, ¿qué mejor prueba puede dar un creyente de su fe en Dios?

—Habla usted —repuso Lunacharski riendo— como alguien que jamás se suicidaría para probar su fe en Dios, ni siquiera en Rusia. Pero ¿está seguro de que cree en Dios? ¡Los extranjeros sólo se dan cuenta de que creen en Dios cuando pisan suelo soviético!

—Eso que dice es muy grave para la Rusia soviética.

—Puede. En cualquier caso, yo no sé si Maiakovski creía en Dios, ni me interesa saberlo. Lo que está claro es que ya no creía en el comunismo. De América vino profundamente cambiado. Confieso que siempre me negué de dar crédito a lo que se rumoreaba acerca de su crisis de conciencia, de sus ideas burguesas, de sus ridículas nostalgias individualistas. Se decía que en América se había convertido. ¿A qué, me pregunto, puede un hombre inteligente convertirse en América? Nunca me tomé en serio su presunta crisis de conciencia. Hice mal. Hice mal en apiadarme de él. Su gesto nada tiene que ver con su fe en Dios. No es un acto de fe cristiana, es un típico ejemplo de pesimismo burgués. Es un gesto burgués, ni más ni menos.

—En la Rusia soviética, el suicidio tiene la fuerza explosiva de un milagro.

—No es ningún milagro. Entiendo lo que quiere decir. No, el suicidio, aquí, no es un milagro, no es una prueba de la existencia de Dios. En la Unión Soviética no hay milagros. Dios no pinta nada aquí, ni tiene nada que ver con lo que sucede en la Rusia soviética.

—Todo lo que sucede en la Rusia soviética es obra de Dios —dije—. La miseria, el hambre, las lágrimas, la sangre, lo que el pueblo ruso sufre por el triunfo del comunismo, es consecuencia no de las dificultades materiales que hay que superar para crear un Estado comunista, sino de las dificultades morales que Dios pone a la creación de una sociedad fundada en la negación divina. Deben

ustedes reconocer que a Dios no le importa ni el capitalismo ni el comunismo. Lo único que le preocupa es afirmar su presencia en las cosas humanas, entre los hombres, en el corazón de los hombres. Dios no retrocede ni siquiera ante un crimen, ante el peor de los crímenes, si ese crimen es necesario para demostrar su presencia. No siempre Dios combate el mal con el bien: muchas veces combate el mal con el mal, el crimen con el crimen. A veces incluso combate el bien con el mal, si ese bien no se hace en su nombre. Dios no teme mancharse las manos de sangre. Todo lo que sirve a sus fines, incluso el hombre más humilde, el hecho más común, el objeto más vil, incluso un hombre que se pega un tiro en la boca, incluso una lata de sardinas, sabe Dios convertirlo en un Cristo, en un instrumento de redención, en un testimonio de su presencia.

—Entonces, ¿el único responsable de la muerte de Maiakovski es Dios? ¿La sangre de Maiakovski recae pues sobre Dios? —dijo Lunacharski con voz aguda—. ¿Es eso lo que quiere decir?

—No, no es eso lo que quiero decir.

—Dios lo ha matado, eso quiere usted decir.

—No diga eso, es inútil afirmar que Dios es un asesino —repuse en voz baja.

—Sí —murmuró Lunacharski pasándose la mano por la cara—, Dios es un asesino.

Se reclinó en la butaca, cruzó las manos sobre el chaleco de terciopelo verde con grandes botones de madreperla, cerró los ojos tras las gruesas lentes y calló. Parecía dormido. Un moscardón revoloteaba zumbando por la estancia y a ratos se golpeaba contra los cristales de la ventana. En aquella actitud, Lunacharski me hacía pensar en el hombre viejo, cansado, enfermo (estaba gravemente enfermo de los pulmones), en el hombre humillado que tantas veces había visto sentado aparte en las recepciones de las embajadas extranjeras o en las veladas de gala que el Comisariado del Pueblo para Asuntos Exteriores organizaba en las salas del palacio Spiridónovka. La alta nobleza comunista de Moscú no gusta de mostrarse en los lugares públicos. En el bar del Metropole, en el cabaré Scala, en los *fumoirs* del Gran Teatro de la Ópera, de los teatros de Meyerhold, de Tairov, de Stanislavski, se ve poca aristocracia soviética: teme aparecer en público con el turbio esplendor de su poder, su riqueza, su lujo, a la vez vulgar y

sophisticated. Solamente en las comidas del cuerpo diplomático extranjero, o del Narkomindel, en los *courts* de tenis del palacio Spiridónovka o de la embajada de Inglaterra, en los campos de esquí de Nikolskoe, en la pista de patinaje de la embajada británica, o en el club de piragüistas del Nikolaevski Most o de Kolomenski, se ve reunida a la alta nobleza comunista.

Lunacharski solía asistir a los banquetes y bailes con Madame Lunacharskaya, a la que lo unía una pasión conyugal enfermiza: era víctima de un pudor resentido, de unos celos tristes, pero a la vez sentía esa complacencia íntima en la humillación pública propia de los rusos. En los bailes del cuerpo diplomático no era raro ver a Lunacharski sentado en un rincón, con los ojos entornados y las manos cruzadas sobre el chaleco de piqué blanco, casi escuchando, como sumido en un sueño inquieto y receloso, la voz ronca y dulce de Madame Lunacharskaya, su risa sonora, el frufrú de sus vestidos de seda. (Los vestidos eran modelos originales de Schiaparelli, comprados en París a costa del Estado, que ella, como todas las actrices soviéticas, sólo podía ponerse para salir al escenario, pero que cogía del vestuario del teatro de Meyerhold y lucía en banquetes y bailes, con gran escándalo de los innumerables Catones pequeñoburgueses del Partido Comunista). Por las suaves inflexiones y acentos de aquella voz, seguía él, con los ojos cerrados, volviendo cansinamente la cara, los gestos, los movimientos provocativos de los bellos miembros, la expresión de los ojos, de la boca, de las manos de Madame Lunacharskaya, que reía en medio de su corte de jóvenes diplomáticos extranjeros, actores, oficiales de caballería y funcionarios del Partido. Algunos miraban de vez en cuando con ironía al *Sov-cocu* y reían. El consejero de la embajada de Inglaterra, Sir William Strang, que sentía una piedad desdeñosa por la aristocracia soviética, no ocultaba su simpatía por Lunacharski. «Sólo un ciego», decía, «puede reírse de Lunacharski. Entre toda la alta nobleza comunista de Moscú, es el único que tiene el presentimiento de la muerte».

—Dios es un asesino —repitió Lunacharski. Las manos, cubiertas de vello negro y cruzadas sobre el chaleco de terciopelo verde con grandes botones de madreperla, le temblaban ligeramente.

De pronto la puerta se abrió y entraron dos jóvenes a quienes ya había visto en el banquete del Sindicato de Escritores de Moscú.

Uno de ellos era el secretario de Demian Bedni, el jefe de la Liga de los Ateos. Se decía que era un fanático peligroso y tenía un equívoco ascendiente entre los jóvenes escritores de vanguardia. El otro era un poeta *bezbozhnik*, un poeta «sin Dios», de mirada fría y torva. Lunacharski se despabiló, abrió los ojos, los fijó con expresión pasmada en los recién llegados, y de repente, con la cara inflamada, se levantó, retiró la butaca con gesto rabioso y, volviéndose hacia mí, y como reanudando una conversación que la irrupción de los dos intrusos hubiera interrumpido, me dijo con voz burlona:

—¿Por qué no repite ante mis amigos lo que estaba diciendo de Maiakovski? No tengo ningún motivo personal para estimar a Cristo más que a Maiakovski, pero me parece ridículo comparar a Maiakovski con Cristo. ¡Ja, ja, ja! —Y, dirigiéndose a los recién llegados, añadió—: ¡Claro que, para Malaparte, Cristo no es más que una lata de sardinas! ¡Ja, ja, ja! ¡Una lata de sardinas!

El tono, los gestos, la cara de Lunacharski habían cambiado de pronto: estaba pálido y le temblaban los labios.

—¿Una caja de sardinas? ¡Ja, ja, ja! —exclamaron los recién llegados, dándose palmadas en las rodillas.

—¿Y por qué precisamente una caja de sardinas? —gritó el comisario—. ¿Por qué no un par de zapatos viejos, o un casco viejo? ¿No se ha fijado en lo mucho que se parece un casco viejo a Cristo?

—¡Ja, ja, ja! ¡Un casco viejo! —exclamaban los recién llegados, mirándome con profundo desprecio.

—Incluso al hombre más vil —afirmé—, incluso el objeto más inútil, puede Dios convertirlo en un Cristo.

—¿También un perro sarnoso? —preguntó el poeta «sin Dios».

—También un perro sarnoso —contesté.

—Maiakovski era un perro sarnoso, ¿por eso lo compara usted con Cristo? —preguntó Lunacharski riendo, sujetándose la barriga ceñida por el chaleco de terciopelo verde.

—He venido a pedirle permiso para visitar la habitación en la que ha muerto Maiakovski —dije encarándome con Lunacharski.

—¡Maiakovski era un traidor! —exclamaron los recién llegados —. ¡Un maldito saboteador de la revolución! —Y me miraban con ira y desprecio.

—Maiakovski era un poeta —declaré.

—¡Era un traidor! —gritó Lunacharski—. Y me sorprende que usted…

—Era un gran poeta —afirmé.

—¡¿Un gran poeta?! —exclamó Lunacharski en tono de gran asombro—. ¿Un gran poeta? —Y prorrumpió en una risa convulsa que parecía un ataque de tos. Estaba palidísimo y los ojos le echaban chispas.

—¡¿Un gran poeta?! —exclamaron los recién llegados, retorciéndose de risa.

—¿Por qué no repite delante de mis amigos lo que ha dicho de Maiakovski? —gritó Lunacharski apoyándose con ambas manos en la mesa y mirándome lleno de rabia y miedo—. ¿Acaso no me ha dicho que lo mató Dios? ¿Que Dios es un asesino?

—¿Dios es un asesino? —exclamaron riendo los recién llegados.

Yo callaba y miraba a Lunacharski.

—Le daré el permiso —dijo éste de pronto, con voz ronca—. ¿Acaso creía que no se lo daría? Lo encontrará usted en su hotel. Esta misma noche. ¿Cuándo quiere visitar el cuarto de Maiakovski?

—Mañana —contesté.

—¿A qué hora?

—Al alba.

—¿Al alba? —preguntó Lunacharski profundamente sorprendido.

A la mañana siguiente, al alba, fui con Marika a visitar el lugar donde Maiakovski se había suicidado. Marika estaba enfadada conmigo: «*Toujours des idées ridicules*», me decía en el tranvía, camino de la Sukharevskaya Bashnya. La casa en que Maiakovski había vivido desde su vuelta de América hasta el día de su muerte estaba en uno de esos enormes edificios de aspecto mísero y tétrico que surgieron en Moscú y San Petersburgo en la segunda mitad del siglo pasado, y en los que vivía una multitud de gente humilde, la mayoría funcionarios y obreros. La gélida luz de las noches de junio, esa luz espectral de las «noches blancas» de Moscú, daba paso poco a poco a la claridad delicada y rosada diurna. Mostré el permiso al portero y éste nos acompañó en silencio por la escalera. Llegamos al tercer piso, el portero sacó una llave y abrió una puerta. Entramos a un pasillo.

—Gracias, no necesito más —le dije al portero.

Al otro lado de las puertas que daban al largo pasillo, sumido en una penumbra pálida y sucia, se oía a gente moverse, hablar en voz baja. Eran los inquilinos de aquel vasto apartamento, en cada una de cuyas habitaciones vivía una familia. El cuarto de Maiakovski era el último de la derecha, al final del pasillo. Abrí la puerta y entré.

Era una habitación pequeña y luminosa, con las paredes empapeladas de papel de Francia verde claro, gastado aquí y allá y remendado con páginas de periódico. Entre la puerta y la ventana había una librería arrimada a la pared. En la pared de enfrente, una cama, con una manta de algodón amarilla, descolorida y desflecada. En las paredes, clavadas con puntas de acero, se veían unos pósteres de Nueva York y de Chicago, una imagen de los rascacielos de Manhattan vistos desde el mar, retratos de Pushkin y Baudelaire y fotografías de jóvenes actrices del Sovkino. Ante la ventana había una mesa, y sobre ésta, un tintero de bronce y un montón de papeles apilados bajo un pesado cenicero de bronce. Sólo había una silla en todo el cuarto. Marika se sentó en la cama y encendió un cigarrillo. Yo me senté ante la ventana, acodado en la mesa, y miré el cielo.

Era el alba, la hora en que Maiakovski se había suicidado. La rosada claridad diurna entraba en la blanca noche de verano como un río en el mar. Las leves olas de la mañana se sucedían suavemente hasta las remotas orillas del cielo, corriendo por los tejados con un temblor de alga largo y verde. Justo allí, sentado en aquella silla, ante aquella ventana, se había suicidado Maiakovski. Era el alba. Había agachado la cabeza y apoyado la mejilla en la mesa. De la herida del fondo de la boca no habían salido más que unas gotas de sangre. En los canalones piaban los pájaros. Los chillidos cortantes de las golondrinas estriaban el cielo pálido. Sonreía con los labios ensangrentados. Allá lejos, en la otra punta de la ciudad, recortadas contra el cielo oriental (el cielo tenía cara de niño, pálido y rosado), se alzaban de la bruma del río las rojas torres del Kremlin. En el aire transparente, tan cerca que parecía al alcance de la mano, flotaba la cúpula de una iglesia revestida de azulejos verdes y azules, que brillaban con los primeros rayos del sol. De pronto, en medio del patio, vi un gran árbol.

Parecía un roble, pero no podía serlo. Tenía las hojas de un

verde oscuro, brillante, y entre el tupido follaje temblaban hojas nuevas, pequeñas, transparentes y plateadas, como las valvas de ciertos moluscos. «Un laurel», me dije. No, los laureles no crecen en el norte de Rusia. Además, Maiakovski no se habría suicidado delante de un laurel, viendo por la ventana un árbol de laurel. Conforme la delicada luz del día entraba en la clara noche, conforme las leves ondas de la mañana penetraban profundamente en las blancas valvas del cielo, un resplandor verde y dorado, parecido al tenue resplandor del ámbar, se difundía por el cielo altísimo y remoto, por el que bogaban sin rumbo, aquí y allá, unas nubes blancas. Los tejados y las cúpulas de las iglesias se cubrían de una pátina dorada, el río lejano centelleaba con un profundo color miel. También las hojas del gran árbol del patio se doraban en el tibio triunfo matinal, y poco a poco esa tenue claridad de ámbar penetraba en el verde denso y profundo del follaje, que palidecía como si una luna plateada naciera en el cielo.

«No es un roble», me dije, «no es un laurel. Quizá un olivo». Y esto me conmovía y asustaba como si fuera un milagro, algo maravilloso, porque sabía que los olivos no crecen bajo aquellos cielos crueles, y negando con la cabeza me decía: «No, no es un olivo». Pero miraba el gran árbol, solitario en el triste patio, y me parecía que se transformaba en un gran olivo de tupida copa, y pensaba en Maiakovski, en su gesto lento, en el peso frío de la pistola en su mano tibia, y quería rezar, quería rezar por él, mirar el cielo y rezar. Pero las palabras que me venían a los labios no eran de oración, sino las del coro sofocleo del *Edipo en Colono* que Maiakovski me había declamado una noche, a orillas del río, ante el monte de los Adioses: «Pero lo que las regiones del Asia nunca han tenido es este árbol sagrado, que creció espontáneamente, que los hombres no osan tocar y es el terror de las lanzas enemigas», y paseando la mirada por el cuarto veía las fotografías de las jóvenes actrices del Sovkino clavadas en la pared, los retratos de Pushkin y Baudelaire, los rascacielos de Manhattan, los libros de las estanterías, a Marika sentada en la cama, y el color del alba que poco a poco llenaba la estancia con su tibieza melosa. Apretaba los labios y oía en el pasillo las voces y los pasos de los inquilinos, apretaba los labios para no llamar a gritos a Maiakovski, para no decirle que se parara, que volviera, reprimía las ganas de salir

corriendo tras él, de cogerle la mano, de decirle en voz baja, afectuosamente: «Maldito, maldito seas tú también».

En aquel momento oí que la puerta se abría, que alguien entraba en el cuarto. Me esforzaba por no volverme, oía los pasos ir y venir por el cuarto, el golpe sordo de un objeto pesado que dejaban en el suelo, que alguien se quitaba la chaqueta, la arrojaba en la cama. Y de pronto vi una mano grande, cubierta de vello rubio, que se acercaba a la mesa y dejaba caer encima una bolsa de piel amarilla. Me volví. Era un hombre alto, fuerte, en mangas de camisa. En la cama, junto a Marika, había una mujer sentada, pálida, despeinada, con la cara sudorosa.

El hombre me miró; enseñándome un papel, dijo:

—Lo siento, camarada. Tienes que irte. Mis papeles están en regla. Esta habitación ahora es mía.

—Sí, es tuya —dije.

—Pues vete —me espetó—. ¿A qué esperas?

—Vámonos, Marika —dije.

—*Toujours des idées ridicules* —dijo Marika cuando bajábamos la escalera.

Yo no repliqué. Murmuraba, en voz baja, afectuosamente: «Maldito seas tú también, Maiakovski».

Se elevaba de la ciudad un soplo profundo, como de vaca enferma. Un soplo cálido, cargado, que olía a hierba y hojas húmedas. Era el sueño de la inmensa ciudad proletaria, el sueño obrero. Un obrero que duerme despide un olor especial, que no es el de la suciedad, ni el del hacinamiento, ni el de la miseria. Es el olor de los sueños. Los sueños tienen su olor, como la vigilia. Un hombre que duerme no sueña lo mismo que un hombre despierto. Los sueños de los obreros no son como los de los burgueses. Los obreros no sueñan con máquinas, no sueñan con el pan, con la vida lujosa. Éste es el «sueño» en su sentido pequeñoburgués. Los verdaderos desheredados del lujo, de la vida fácil, son los pequeñoburgueses. El hombre pobre, que trabaja, que sufre, que lucha, no sueña con películas americanas ni con una vida lujosa. Sueña con la hierba, el campo, los prados, con cosas sencillas, humanas. No sueña con máquinas. Sueña con una pobreza distinta, con una pobreza en la que él participe, pero como amo, no como esclavo. Sueña con un mundo pobre, no con un mundo rico. Pobre, pero donde reine la

justicia. La libertad no le interesa al obrero. No es una exigencia para él. No tiene sentido: tiene sentido la justicia. El obrero quiere el poder, no la libertad. Sueña con el poder, con la justicia, con una pobreza sencilla, infantil, familiar, una pobreza que sea su patrimonio, que él pueda convertir en cultura propia, en modo de vida. El obrero occidental sueña con riquezas. Su revolución es personal. El obrero ruso no da a sus sueños carácter personal. Es un sueño colectivo, de masas. Todos los obreros sueñan con lo mismo, en idéntico momento. Los obreros de un koljós sueñan con la vida de un koljós, pero trasladada a un plano superior. El sueño del obrero es más consciente que su vigilia. Se parece al sueño del soldado. El soldado sueña con la guerra. Tiene, cuando sueña, más sentido de la responsabilidad que cuando está despierto. Yo me solidarizaba con el sueño de la inmensa ciudad proletaria. El alba brotaba como pelusa de cardo sobre el muro del horizonte y la ciudad despertaba poco a poco. Que su vigilia fuera cruel, violenta, una lucha terrible, ¿qué me importaba? Yo buscaba una sinceridad, una coherencia, en la vida del pueblo, en la vida despierta. La angustia del obrero es su horror a la traición. Nosotros, los occidentales, no nos damos cuenta de la relación inconsciente que mantiene el obrero, las masas, con los jefes revolucionarios. En una revolución, la angustia que oprime a las masas es la obsesión por la traición. Las masas revolucionarias se parecen a los soldados, que siempre temen la traición de los jefes. Lo primero que grita un soldado cuando el enemigo los derrota es: «¡Traición!». No se sienten vencidos por el adversario, sino traicionados por los jefes. Esta relación de sospecha es unilateral. Los jefes nunca temen que las masas los traicionen. Pero las masas sí. El pueblo tiene un instinto seguro, agudo, sensibilísimo: siente la traición en cuanto ocurre. El pueblo ruso sentía la traición de su clase dirigente. La corrupción de aquella clase revolucionaria era evidente. Cuando la mujer de Lunacharski pasaba en coche y se apeaba en la puerta del teatro Bolshói, cubierta de costosas pieles y joyas, el pueblo sentía, veía la traición en aquel centelleo de joyas, de piedras preciosas. Toda aquella podredumbre, aquella clase corrupta, aquel hatajo de prostitutas de lujo, de pederastas, actores, actrices, vividores, especuladores, *nepmen*, kúlaks, mercaderes del mercado negro, funcionarios soviéticos vestidos en Londres y París, que imitaban el

estilo de Nueva York y Berlín (estaban poniéndose de moda los cigarros puros, los mismos que se ven en los gruesos labios de los capitalistas de Hamburgo, de Wall Street, en los dibujos de Grosz), la sentía yo condenada. Sabía que la Europa democrática, intelectual, burguesa, lloraría lágrimas de cocodrilo por la suerte de aquella clase corrupta: reía para mis adentros pensando en aquella ejecución, en una Madame Lunacharskaya despojada de sus joyas y pieles y enviada a actuar a alguna región de Asia.

Reía para mí pensando en el exilio de Trotski. ¿Por qué había de llorar? ¿Qué se esperaba Trotski si hubiera perdido la guerra? A mis ojos, lo odioso de Trotski no era que hubiera matado a miles y miles de burgueses, de contrarrevolucionarios, de oficiales zaristas, y que los hubiera matado con malos sentimientos (con buenos sentimientos no se hace una buena revolución). Lo que le reprochaba era haberse puesto al frente de una facción política que era, curiosamente, la clase dirigente soviética corrupta de los años 1929-1930.

Detrás de su lucha se escondían los pederastas, las prostitutas, los burgueses enriquecidos, los oficiales, todos los aprovechados de la Revolución de Octubre. Ése era el pecado de Trotski: haber liderado no una facción de proletarios, sino una facción, y la más corrupta, de explotadores revolucionarios del proletariado. Sí, es cierto que Kámenev era un hombre inofensivo, pero no se puede ser inofensivo cuando se es uno de los jefes de una revolución. Kámenev, como Trotski, querría impedir el surgimiento de la nueva clase proletaria, una clase puritana, y mantener en el poder a aquella clase corrupta, amante del lujo y los placeres. En esto consiste el trotskismo: en la extraña, dolorosa, paradójica coincidencia con la corrupta clase dirigente. Algunos años más tarde, doce años más tarde, cuando, una mañana de junio fresca, cálida, perfumada, entramos en Rusia metralleta en mano, sentí que la Rusia soviética sólo perdería la guerra si, al frente de los ejércitos germánicos, marchara un Trotski a caballo, seguido de una comitiva de popes enarbolando banderas sagradas, con iconos sagrados y crucifijos, popes verdaderos o falsos, no importa. Porque el pueblo esperaba algo que no fuera como los comunistas, un regreso solemne, espectacular, de la vieja Rusia, pero de una vieja Rusia encarnada en hombres nuevos, en marxistas, comunistas, revolucionarios, y no en aquella especie de

comunismo que era exteriormente el fascismo. Stalin ganó la guerra contra Hitler el día en que Jacques Mornard mató a Trotski con un golpe de piolet en la cabeza. Aquel día Hitler perdió la guerra. La ganó Mornard, no el mariscal Zhúkov. Si, en junio de 1941, en uno de esos cálidos días de Ucrania, Trotski hubiera entrado en Rusia, al frente de un ejército de popes vestidos con paramentos sagrados y entonando antiguas letanías, de soldados y oficiales, todo el pueblo ucraniano se habría unido a él. Porque Trotski era la contrarrevolución, y sólo una contrarrevolución puede derrocar a la Rusia comunista, o podía derrocarla. Toda la clase dirigente de Moscú habría hecho causa común con Trotski. Porque, en un régimen comunista, la burocracia es y será siempre trotskista. Habríamos visto un gran vuelco: el pueblo habría seguido a Trotski. Y, con una etiqueta comunista, Rusia se habría convertido en una Rusia fascista, liderada por una especie de Mussolini judío, grandilocuente, polémico, militarista, enfático, orgulloso, vividor, siempre rodeado de una pequeña corte de joyas y alamares. Porque el trotskismo es el fascismo, cosa que se debe sobre todo al hecho de que el comunismo no puede nacer en un país donde, como en Europa, existen ciudades antiguas, no puede radicarse en una ciudad. El fin supremo del comunismo es tanto una sociedad sin Estado como una nación sin ciudades. Donde hay ciudades, el comunismo decae rápidamente. Convirtamos París, Londres, Roma, en la capital del comunismo, y el comunismo degenerará rápidamente en fascismo, en trotskismo.

En esto pensaba mientras caminaba junto a Steyer. Y nada me importaban sus preocupaciones de aquel momento, nada me importaba que a Kámenev lo exiliaran. Nada me importaba que algún día exiliaran a todos aquellos corruptos o los enterraran en una fosa común. Lo que me importaba era ver surgir con fuerza una nueva clase revolucionaria, y me sorprendía la ceguera de los trotskistas, que creían poder *entraver* el ascenso de aquella nueva clase puritana, dura, inflexible, monstruosa.

De pronto una exclamación de afectuoso estupor salió de mis labios. Ante mí se extendía una ciudad completamente blanca, que la luna bañaba con un fulgor blanco. Hasta donde alcanzaba la vista se desplegaba un mar níveo de formas vagas: eran las casas, los edificios, las torres, los campanarios, las cúpulas de la inmensa

ciudad, que parecía cubierta de nieve. Así veía Helsinki desde el hotel Torni ciertas noches de verano, que la luz del cielo, una luz metálica, de color aluminio, iluminaba como si fuera de día. Todo se veía blanco, las casas, los árboles, el mar, los bosques que ciñen Helsinki, hasta el horizonte. Pasaba largas horas en lo alto del hotel, solo, en el cuartito acristalado, con los ojos humedecidos, con el corazón encogido en la desierta tristeza de las noches del norte, con el corazón embargado de aquella sublime, luminosa, fría tristeza de las noches estivales del norte. Nunca me he sentido tan solo como en aquellas noches de verano en Finlandia, en Lapónia, en los bosques a orillas del lago Inari: la compañía del hombre no hace sino acentuar nuestra soledad, y sólo los árboles, los animales, el dulce susurro de las hojas, el tibio aliento, la cálida presencia del animal, perro, reno, zorro, lobo, nos dan esperanzas, nos caldean el corazón. Y, sin embargo, jamás me había sentido tan triste y al mismo tiempo tan feliz, de una manera tan elevada, pura, desierta, como aquellas noches de verano en el norte, donde el aire es más puro que en Grecia, que en la Toscana; donde el cielo es más alto que en África y en Asia; donde la luz es clara, transparente, radiante y pura como en ningún otro lugar del mundo. La Acrópolis de Europa está allí, en aquel extremo norte. Pero también aquella noche, contemplando Moscú desde lo alto del monte de los Adioses, me sentía triste, solo, y la presencia de Marika a mi lado me resultaba extraña, casi hostil.

Hasta muchos años después, durante la guerra, en Finlandia, no supo Neri lo que era un bosque. No supo lo que era un hombre. Hasta ese día no lo había sabido. Tenía la idea del hombre propia de los hombres cultos, civilizados; la de un ser superior al animal, superior a la naturaleza, capaz de dominar la naturaleza con el pensamiento y la inteligencia. No sabía que el hombre es una fiera. Lo había visto matar, con ferocidad, pero nunca había sentido la fuerza del hombre latir a poca distancia, aunque no lo viera. Había pasado un tiempo solo en el bosque de Raikkola, al norte del lago Ládoga, en el terrible invierno de 1941 a 1942. Era febrero, hacía un frío espantoso, el bosque se había vuelto frágil, el tronco más robusto parecía desmenuzarse entre los dedos, hasta las piedras se veían quebradizas. El aire era de cristal, de una limpidez, de una transparencia extraordinarias. Y los rayos del sol que lucían sobre la

nieve, sobre el negro bosque cubierto de blanco, hendían la atmósfera como cuchillas de cristal. Los helechos, altos como un hombre, se quebraban en cuanto los tocaba con la rodilla, como si fueran de cristal. El suelo estaba lleno de viejos árboles caídos que se habían podrido y congelado. Neri se movía por el bosque consciente de su superioridad sobre aquella naturaleza muerta. Pero poco a poco, en aquellos meses pasados en el corazón del inmenso bosque de Raikkola, descubrió que era un ser débil, inseguro, que no podía seguir fiándose de su inteligencia. Vivía sobre todo en el *korsu* de los perros, había establecido con ellos una especie de hermandad, una asociación sentimental. Sentía que el instinto, la fuerza, la sensibilidad animal se despertaba y afinaba en él. Había empezado a tantear el espesor de la capa de civilización que lo cubría, y lo sorprendía ver lo delgada que era. El paso de esta idea sencillísima —que el hombre civilizado, el hombre europeo, está más cerca de la animalidad de lo que parece bajo la capa de su cultura— a la idea, no menos sencilla, de que la salvación de la civilización humana consiste en el regreso a la naturaleza, era ciertamente fácil, aunque infundado. La salvación de la civilización sólo le parecía posible si se creaba una nueva humanidad, si la capa de cultura se volvía más espesa, o bien si el hombre se despojaba por completo de la capa de cultura que siglos de civilización habían acumulado sobre él. La idea del hombre desnudo, del hombre civilizado reducido a su desnudez esencial, le parecía cada vez más correcta. El hombre nuevo debía estar a medio camino entre la cultura y la naturaleza. Y creía que el hombre comunista era quizá el más capaz de desnudarse, de liberarse de la cultura recibida, sin regresar por eso a la naturaleza, sin convertirse en una bestia. (Descripción del bosque, del invisible centinela ruso). El problema era que la nueva cultura soviética le parecía cada vez más un nuevo revestimiento, que no dejaría al hombre desnudo. Sería fácil despreciar al hombre tal como se había formado en tantos siglos de civilización, pero despreciar al hombre equivalía a renunciar a ser hombre, pues sólo puede despreciarse al hombre desde un punto de vista situado o dentro de la naturaleza, o fuera de ella. ¿Y puede el hombre situarse fuera de la naturaleza? ¿Estaba o no estaba el hombre capitalista fuera de la naturaleza? Le parecía que el hombre capitalista, tradicional, estaba fuera. ¿Y si no estuviera fuera de la

naturaleza, sino contra ella? ¿Estaba el hombre griego fuera de la naturaleza o contra ella? ¿Podía volverse de Atenas a Roma? ¿Había puesto el cristianismo al hombre contra la naturaleza, no fuera, sino contra ella? ¿Había hecho el cristianismo que el hombre se sometiera a la naturaleza, quisiera vencerla, y al mismo tiempo la repugnara, repugnara su condición de hombre? La repugnancia del cuerpo, ¿qué era sino eso? ¿Existía en el hombre comunista la repugnancia cristiana del cuerpo? Y aquella sociedad soviética de 1929, ¿acaso no era una forma renacentista del comunismo? ¿El trotskismo como renacimiento? ¿No tendría que agotarse el comunismo en una lucha perpetua contra la conciencia renacentista, el paganismo? ¿Un retorno al cristianismo?

La noche era tibia, el cielo, rosado como la mejilla de una muchacha. Nada se parece más a la piel de una joven que el cielo de Moscú. Los primeros calores de junio empezaban a dorar levemente las hojas tiernas de los abedules, cuyos troncos blancos y rosados se reflejaban en el aire, iluminaban la hierba, en el jardín Aleksándrov y en la plaza Sverdlov. El aire acariciaba la cara como si una joven nos pasara la mejilla por la nuestra, nos acariciara la cara con el terciopelo fino y tibio de su piel sonrosada. Nada hay en el mundo como la piel rosada del cielo de Moscú, ni siquiera el aire de las mañanas de junio en

St. James's

Park, o en el Bois de Boulogne, o en las Tullerías, o en los jardines del Palatino. Bajo aquella luz rosada, las fachadas de las casas eran de una materia delicada y sensible. El atardecer era templado y en el atardecer templado, zureando suavemente, volaban las palomas sobre los tejados de las casas y alrededor de las cúpulas centelleantes de azulejos verdes, azules, amarillos de la catedral de San Basilio. En el aire flotaba ese olor de Moscú que no es el olor a miel tostada de Atenas, de Esmirna, de Venecia, ni a cuero viejo, que es el olor de París (un olor beige y turquesa, el de París, ese olor que Chaplin captó tan bien en su *Una mujer de París*), ni a tabaco y lana de oveja ahumada que es el olor de Londres, ni a salmón y humo de abedul, que es el olor de Estocolmo. El olor de Moscú no es humano. Es el de la naturaleza, de los grandes bosques de abetos y abedules, de los grandes ríos limosos, de las inmensas praderas, de las lagunas, pero convertido en recuerdo, y no en

recuerdo nuestro, sino de Lev Tolstói, de Pushkin, de Gógol, de Dostoievski, recuerdo y sueño, cosa vista en sueños o recordada a través de la bruma lenta que se alza por la noche de los frescos cementerios de la memoria.

Habíamos salido del Metropole e ido a la Scala a escuchar las canciones cosacas de Anna Cholodna y a beber el vodka sutil y seco, y el vino recio de Crimea, parecido al vino de Colliure, que Dufy contempla largo rato antes de pintar. La Scala estaba llena de gente, el ambiente cargado de humo era irrespirable. Anna Cholodna cantaba con su voz ronca, sentada en un taburete en el centro del pequeño escenario. Cantaba canciones cosacas, y yo, que había bebido, le dije al secretario de la delegación danesa:

—Yo soy cosaco. Mi padre era cosaco.

—Mi padre era tártaro —dijo Olaf Gudelson.

—Yo amo mucho a los rusos —afirmé.

—*Moi aussi* —dijo Olaf.

—No, no más que yo. Yo soy cosaco. Florencia está llena de cosacos. Hay noches en que se ven cosacos galopando en torno a la cúpula de Brunelleschi.

—Pizzas a la napolitana —dijo Olaf.

Anna cantaba, y un gordo burgués armenio de cara grasienta nos miraba riendo. Estaba sentado en un rincón y nos miraba riendo. Una cicatriz blanca le cruzaba la cara. Reía, y Olaf se levantó, se le acercó y le dijo que su padre era tártaro.

—Naturalmente —repuso el armenio.

—Y mi amigo es cosaco —dijo Olaf.

—Naturalmente —repitió el armenio y se levantó.

Entonces Patricia, la hija o nieta del embajador Bullit, se echó a reír histéricamente y todos se volvieron, y Anna Cholodna dejó de cantar.

De allí fuimos al Caveau Caucasien y escuchamos canciones de Tiflis y el Kazbek, y a mí no me quedaban ánimos para decir que mi padre era cosaco, sentía que nadie me creería, y cuando me llevaron a mi hotel, el Savoy, y me dejaron en la puerta, me apeé del coche, entré, salí y fui a sentarme en un banco.

Se acercaba el alba, la primavera empezaba a acortar las noches, y una claridad blanca iba difundiéndose por el este, detrás de las torres del Kremlin. Yo caminaba junto a Steyer y miraba aquel trozo

de cielo blanco allá arriba y las primeras aves que surcaban el aire borroso del alba: eran aves silenciosas, como temerosas de hacer ruido, que volaban como rayos de un tejado a otro, se agrupaban, se dispersaban. Veía que el cielo, igual que ocurre al alba, se levantaba poco a poco del tejado de las casas, como un inmenso folio de papel pegado a los tejados, y subía, se alejaba, se hundía, como sucede en algunas películas cuando la cámara se eleva y se ven los tejados que se hunden, y las orillas del cielo que se alejan, y un río de luz, de espacio, de tiempo, de sonidos, que fluye, que se ensancha poco a poco entre los tejados y el objetivo de la cámara. Entre casa y casa, como si la punta de un cuchillo que penetrara entre una y otra las separase, se abría un espacio luminoso, la ciudad empezaba a despertar, y al despertar cobraba forma, conciencia de sí, de su forma, y aquí nacía una chimenea, allá un árbol, una cúpula, una torre, hasta que, poco a poco, bajo el cielo blanco, altísimo, remoto, se formó un inmenso pueblo de tejados, ventanas, torres, cúpulas, y oí, casi de pronto, gorjear a los pájaros y discurrir mansamente el río entre unas orillas verdes de árboles y negras de carbón.

Estábamos ante la iglesia del Salvador, en la colina, y Moscú se veía humeante, inmensa, bajo el cielo blanco. El Kremlin se extendía ante nosotros, algo más abajo, y el estruendo de un tranvía que subía trabajosamente hacia donde estábamos por la ancha calle turbaba un poco la serenidad e inmovilidad del paisaje, era como si una sierra metálica serrase las torres, las cúpulas que, una tras otra, rodaban en la bruma azulada que subía del río, atravesada por los primeros rayos del sol naciente. Visto desde aquella altura, el Moscova parece mucho más ancho de lo que es, y el Kremlin, sus murallas almenadas de ladrillo rojo, las torres que se elevan sobre sus puertas, las cúpulas de sus iglesias, verdes, amarillas, rojas, azules, no se ve reflejado en el río, como si el Moscova fuera una lámina de metal opaco, de zinc. Eso confiere al paisaje un carácter duro, de antigua estampa alemana, en que los castillos, los pueblos, las ciudades, los montes, nunca se reflejan en los ríos, como si, para el grabador, entre los hombres, entre las cosas de los hombres, y la naturaleza, hubiera un odio antiguo, una imposibilidad de convivir, como si los seres humanos y el río, las torres y las aguas, estuvieran hechos de materias distintas.

Los montes que se alzan al otro lado del río, el de los Gorriones,

el de los Adioses, se disolvían poco a poco en la resaca nocturna, y el muro negro que cerraba el horizonte por el sur, y por el norte se desmoronaba lentamente, pasaba del negro al rosa —el negro de Manet, el rosa de Manet—, hasta que un suave temblor verde penetró en aquel rosa y aquel negro, y los bosques de acacias y abedules aparecieron, se dilataron en el cielo. Se veían los primeros tranvías pasar junto al Moscova, allá, en la orilla opuesta, en el barrio de Dorogomilovo, y resonaba el remoto estruendo de los primeros camiones que cruzaban los puentes, arrancando chispas verdes y rosas a la piedra gris de los márgenes del río, a los ladrillos rojos de los edificios, al asfalto reluciente de las calles. Un coche pasó a nuestro lado, oímos una risa aguda y vi fugazmente a Madame Lunacharskaya y a varios oficiales.

—¿Conocía a Kámenev? —me preguntó Steyer.

Steyer no me gustaba. Quizá fuera culpa mía. París, Roma, Londres, Berlín se hallaban llenos de Steyer. Yo estaba cansado de conocer a personas como él. Y lo que más me disgustaba e irritaba de él, aunque no tuviera la culpa, era encontrármelo en Moscú, también en Moscú. Menos por la pasión del protagonista, una novela debe ser un espejo, dice Stendhal en el prólogo de *Lucien Leuwen*. ¿Cómo podría yo quitar de ese espejo la pasión de los personajes? Steyer, o al menos el ejemplar moscovita de Steyer, sólo me interesaba por sus pasiones, oscuras, secretas, misteriosas, complejas, mucho más que las pasiones que agitaban a la infinidad de Steyer que había conocido en Europa. Era un hombre singular: bajo, flaco, de ojos ardientes, de palabra dura y amarga. Antiguo oficial de caballería, su tipo había estado de moda en tiempos de Tolstói. Ahora se había convertido al comunismo o, mejor dicho, a la Revolución de Octubre, muy oportunamente, y había hecho carrera en el Ministerio de Asuntos Exteriores, donde desempeñaba no un cargo alto, pero sí muy importante. Nadie lo quería y él lo sabía.

Lo que más llamaba la atención de la sociedad moscovita era el esfuerzo evidente por conciliar una nueva tradición de elegancia y buenas maneras occidentales con la aparición de una nueva sociedad proletaria. La alta burguesía que se había instalado en el poder, los salones y el gobierno con la caída de Carlos X de Francia se acomodaba en un estuche que ya existía. Lo que se había

cambiado era la joya, no el estuche. La burguesía de Luis Felipe se beneficiaba de una tradición de buenas maneras heredada de la nobleza auténtica de la Francia de la Restauración. Leuwen se beneficiaba de la gran lección viviente que era el marqués de la Mole. La nueva aristocracia burguesa estaba en armonía con la nueva clase pequeñoburguesa, pilar del reinado de Luis Felipe. Pero la nueva aristocracia comunista no estaba en armonía con la clase proletaria, que era la que llevaba las riendas desde la Revolución de Octubre. En los salones de las embajadas, en las reuniones culturales, en el *foyer* del Gran Teatro de la Ópera, se percibía un malestar indefinible. Los modales de aquellos *parvenus* rojos no eran ni tan refinados ni, a la vez, tan salvajes como los de los antiguos señores. Carecían de ese punto de locura de los antiguos nobles, de los que encontramos testimonios tan vívidos en Tolstói, Gógol, Pushkin, Dostoievski. Los de los nuevos señores eran los modales a la vez arrogantes y afectados de todos los *parvenus* de Berlín, París o Viena. El elemento judío era, por lo demás, muy frecuente, lo que daba a la nueva aristocracia roja el carácter de aquella sociedad burguesa que subió al poder en Polonia, Austria, Alemania en 1918. Había personajes que recordaban poderosamente a los de Proust: no vistos sobre el telón de fondo del «*côté Guermantes*», ni de aquel París de principios de nuestro siglo, con ese desfile de personajes extraordinarios ante el muro en que están pegados, como colosales *afiches* de Cappiello o Steilen, el París de las cartas de Montesquieu a Proust, las de Antoine Bibesco a Proust y a Montesquieu, las de Jacques-Émile Blanche, las poesías de Montesquieu, los dibujos de Jacques-Émile Blanche, las cartas a Miss Barnes de Rémy de Gourmont y la música en sordina de Reynaldo Hahn. La cola que mantenía unido aquel mundo proustiano era, como en Proust, el esnobismo judío. La ambición mundana de Madame Lunacharskaya no sólo era la sed de honores y placeres de una *parvenue* burguesa, sino también la ambición rencorosa propia de la *parvenue* judía. A mí Lunacharski me resultaba simpático y siempre que me lo encontraba le estrechaba gustosamente la mano y me placía conversar con él sobre París, Roma, Florencia y el arte de los antiguos, de aquella crucifixión de Fra Angelico que a él le gustaba de manera particular en Florencia. Por supuesto, en Lunacharski, además del esteticismo obligado del

marxismo oficial, además de la predilección oficial por el arte moderno (afirmaba que Picasso había contribuido a destruir el mundo burgués como una *grève* general: «Es la *grève* general permanente del mundo moderno»), había una buena dosis de esnobismo judío, una buena dosis de rencor largamente reprimido que por fin desahogaba. También en su simpatía por mí, yo advertía ese rencor: una especie de reproche triste, de acusación callada, como si yo tuviera la culpa de mi educación, de mi condición de occidental y de lo que la civilización occidental añadía a mi espíritu, a mi inteligencia naturales. Me hablaba de París con nostalgia, pero con secreto rencor. Los grandes aristócratas de la Revolución de Octubre aún hablaban de París con cierto pudor, un pudor que ya no existe en Ehrenburg. Sus recuerdos parisinos eran los recuerdos de un exiliado: los cafés expresos que tomaban en las pequeñas cafeterías de la Porte
d'Orléans
mientras esperaban a Lenin, que venía de la Rue Rosa Bonheur acompañado de Krúpskaya, caminando despacio por la transitada acera, mirando a ambos lados antes de cruzar la calle. Sus recuerdos eran los de un París pequeñoburgués, pobre, triste, que no podía más que intuir la gran vida parisina de aquel principio de siglo, aquel «*côté Guermantes*». Y todo el esfuerzo reconstructor de aquella sociedad marxista noble consistía en recrear en Moscú un París imaginario, una aristocracia imaginaria, la de Proust, junto a la sociedad proletaria que Lenin había construido. Pero lo que faltaba a aquella sociedad es el elemento homogeneizador de las aristocracias, esto es, el idioma, que en las aristocracias modernas es el francés o el inglés. Pocos sabían hablar francés o inglés, casi todos hablaban alemán, que pronunciaban con un acento judío acentuado y entreverándolo de palabras yidis, y el idioma que usaba aquella sociedad era una mezcla de ruso, alemán, francés con acento eslavo e inglés comercial, que empleaban las delegaciones comerciales de la Unión Soviética. Esta falta de una lengua unificadora impedía la fusión de los distintos elementos de la sociedad y, por tanto, la de los modales en un plano de buenas maneras, de *good manners*. El carácter internacional de una sociedad viene dado por la elección de un lenguaje común. Y el chapurrear las lenguas, la mala pronunciación, el acento marcado

dan a esa sociedad un aspecto o provinciano o de sociedad al margen del mundo elegante, moderno, occidental. Siempre he aborrecido las sociedades de *parvenus*. Siempre me han repugnado el mal gusto, el falso resplandor de las joyas a la luz vespertina. Y venir de París con la idea de ver de cerca una sociedad proletaria y encontrarme con una sociedad de *parvenus*, una aristocracia comunista que repetía en Moscú las elegancias de la Place Péreire, del *arrondissement* dieciocho, con la mirada puesta más en Auteuil y en el diecisiete…

Los cazadores de moscas

Don Fortunato está al frente de una floreciente industria, que suministra moscas a los pescadores de todo el mundo. Pese a la competencia desleal de los fabricantes de moscas artificiales, sobre todo canadienses, americanos y suecos, la industria de don Fortunato sigue siendo próspera: da trabajo a una numerosa plantilla de cazadores de moscas, especializados en la captura de estos útiles insectos. Todo su arte consiste en atraparlas sin aplastarlas. Hay que tener destreza, delicadeza, presteza de ánimo y de espíritu, cualidades que se adquieren con una experiencia de generaciones y que se transmiten de padres a hijos. Y es que la industria de las moscas, una de las más prósperas de la ciudad, cuenta con tradiciones antiquísimas y nobilísimas. La riqueza de don Fortunato no sólo es fruto de sus esfuerzos, sino también de los de una larga serie de generaciones.

En la tienda del callejón de Santa María hay un continuo trasiego de «cazadores»: niños, jóvenes, viejos, bellas muchachas de seno pujante, ancianas gordas anchas de caderas pero prontas de mano, todos con su bolsita de papel llena de moscas, atrapadas con ademán rápido y experto, lealmente. Don Fortunato no transige en punto a métodos de caza: «Las moscas hay que atraparlas con la mano, nada de papel matamoscas». Rechaza de manera inexorable las que, por el olor, delatan la muerte pegajosa del papel matamoscas. «A los peces», dice, «no les gusta el olor del papel matamoscas». Don Fortunato atiende a los cazadores ayudado por su hija Concetta, que verifica el contenido de las bolsitas de papel, lo pesa concienzudamente, mientras él, armado de una gran lupa, observa la mercancía, la estudia, la discute. «Éstas tienen las alas rotas. Pero ¿qué les hacéis a las moscas? Apretáis demasiado. Mirad… ¿Veis estas alas? ¿Y estas patitas? ¿Creéis que los peces no se dan cuenta de que son moscas de mala calidad?». Mientras, Concetta va vaciando el contenido de las bolsas en un gran frasco de cristal. La escena es animadísima. Don Fortunato intenta timar

con el peso, finge despreciar la mercancía para pagar menos por ella, se enfada, increpa a los cazadores, grita que va a cerrar el negocio, que está cansado de trabajar como un negro para mantener a un hatajo de gandules que no tienen otra cosa que hacer en todo el día que cazar moscas y encima pretenden que les paguen por ello. Y los cazadores no se atreven a replicar, porque, como dice uno de éstos, «las moscas son el pan nuestro de cada día». Don Fortunato se queja de que ya no es como antes, cuando no había pez en el mundo que no pescaran con una mosca de la casa, dice que el negocio va mal, que las ganancias disminuyen día a día, impreca y maldice la competencia desleal de los fabricantes de moscas artificiales.

Los cazadores de moscas son gente paupérrima: se pasan todo el santo día de callejón en callejón, alrededor de los montones de basura, de los charcos de orina que dejan los caballos de los cocheros en la calzada, merodeando en los cuarteles, los hospitales, las cárceles, atrapando moscas con suma destreza, con el gesto rápido, ágil, fulminante, de la mano ahuecada de manera que forme una especie de jaula volante. Su vida es humilde y pobre, pero la viven con dignidad, con orgullo. Su noble oficio tiene una tradición antiquísima, está ligado a la historia de la ciudad, historia gloriosa, hecha de miseria, de sufrimiento, de dolor. Es el oficio típico de una civilización europea en decadencia, que deja paso a la nueva civilización moderna, de tipo americano, mecánica, racional, científica, fundada en la exaltación de la higiene, que ve en las moscas el símbolo de una época condenada al ocaso, de una civilización romántica, individualista, de una economía esclavista, rudimentaria, que claudica ante la nueva civilización del motor, el cristal, el aluminio, las vitaminas, la higiene, etcétera. Los cazadores de moscas saben que su pan cotidiano, su mismo porvenir, depende de las moscas, y odian todo lo que, en la civilización moderna, representa una superación de lo que ellos llaman la «economía de las moscas».

Don Fortunato está triste, irritado, pesimista, inquieto. Antes de la guerra, su industria abastecía a los pescadores de todo el mundo. Su clientela era vastísima y estaba repartida por el mundo entero, era un verdadero ejército de aficionados a la pesca. Y don Fortunato, que tenía por clientes a lores ingleses, millonarios

americanos, ricos escoceses, grandes capitalistas escandinavos, alemanes, sudamericanos, se preciaba de suministrar a sus queridos clientes las moscas más hermosas del mundo.

El primer golpe grave infligido a la industria de don Fortunato vino, nada más acabar la guerra, de Estados Unidos, país que, obsesionado con el ideal de la higiene científica, desterró las pobres moscas de don Fortunato y las sustituyó por las moscas artificiales, que la industria local empezó a fabricar en cantidades ingentes. La producción americana de moscas artificiales, que según las más recientes estadísticas rondaba los cinco millones de ejemplares diarios, había desbancado a la producción de moscas naturales de don Fortunato de los mercados americanos, escandinavos y sudamericanos. Seguían fieles a las moscas de don Fortunato Francia, España, Inglaterra, incluidas Escocia e Irlanda, y todos los países de la cuenca mediterránea, así como la Colonia del Cabo y Australia.

El segundo golpe grave vino también de América, bajo la especie del DDT, un preparado químico concebido expresamente para matar moscas. El odio de la civilización moderna, científica, higiénica por las moscas había tomado dimensiones de verdadera cruzada. Y don Fortunato sospechaba que, detrás de la enorme difusión del DDT, estaban los intereses de la poderosa industria americana de moscas artificiales. Entretanto, los mercados se reducían cada vez más, pero él luchaba con ahínco y perseverancia por mantener alto el nombre de su casa y defender la antigua tradición de las moscas naturales. Se sentía casi el heroico defensor de una civilización antiquísima, de aquella civilización grecorromana, mediterránea, cuyo símbolo era la mosca.

Las moscas y su hija Concetta, su única hija (la madre había muerto de parto, al dar a luz a Concetta, hacía ya dieciocho años), eran sus amores, el orgullo de su vida, sus más profundos afectos. Concetta es una muchacha preciosa, despierta, animosa, infatigable, que adora a su padre, pero siente un secreto desprecio por su industria, una sutil repugnancia por las moscas, y sueña con lo que sueñan hoy todas las jóvenes de la nueva generación: con un mundo limpio, ordenado, nítido de cristales y níqueles, científicamente esterilizado. Es una muchacha moderna, su ideal es el de todas las jóvenes de la nueva burguesía de todos los países del mundo: quiere

que la fortuna acumulada por su padre con el negocio de las moscas reniegue de su origen, se purgue, se ennoblezca. Es una aspiración burguesa, pero racional, moderna, sin ese inútil romanticismo cuyo símbolo, incluso en materia de amores, es la mosca. Su padre sueña con que forme un matrimonio burgués con el hijo de un socio que fabrica las cajas de hojalata en que, embaladas de forma adecuada, don Fortunato envía sus moscas a todos los rincones del mundo. Pero Concetta desprecia a Raffaele, el joven que su padre quiere darle por marido: Concetta lo llama «el rey de los ataúdes» porque las cajas son los ataúdes de las moscas. Raffaele es un joven tímido, no muy inteligente, consentido, y tiene un bonito coche, que es la única prenda que Concetta aprecia en él. Raffaele es paciente, sabe que ella no lo ama pero confía en que el tiempo acabe premiando su constancia. No se ofende cuando Concetta le dice que antes que casarse con él, se casaría con Gennarino, el empleado de su padre, un joven soso, amable, humilde, que lleva las cuentas de las moscas y se pasa todo el día inclinado sobre los gruesos registros, donde asienta con minuciosidad el peso, la calidad, el valor comercial de todas y cada una de las moscas. Tiene en la mesa, siempre al alcance de la mano, una alcancía, en la que mete las moscas que caza de paso, con rápido gesto, entre cifra y cifra. Es él quien lleva las cuentas de los cazadores y quien, los sábados, les paga el sueldo acordado, esto es, cinco liras por cada cien moscas de primera categoría. Cinco céntimos por mosca. «¡Estáis buscándome la ruina!», exclama don Fortunato, que recuerda los tiempos en que una mosca se pagaba a medio céntimo. Tiempos dorados. Pero los tiempos han cambiado, y aunque los precios hayan subido vertiginosamente, ni los cazadores más hábiles superan nunca las cincuenta liras diarias: cincuenta liras por mil moscas. ¿Y cómo van a vivir con cincuenta liras al día? Los cazadores amenazan con declararse en huelga si don Fortunato no escucha sus reivindicaciones: piden media lira por mosca, quinientas liras por cada mil moscas. Él grita, se mesa los cabellos, amenaza con despedirlos a todos, con cerrar el negocio, dice que no quiere que lo exploten esos gandules y avariciosos. Pero los cazadores amenazan con recurrir a su sindicato, y uno de ellos corre a llamar al representante del Sindicato de Cazadores de Moscas, que acude con aire de suficiencia, dispuesto a defender los derechos de los

trabajadores.

—¡Media lira por mosca! —exclama don Fortunato—. ¡Queréis mi ruina, queréis mi bancarrota! Y si quiebro yo, ¿de qué viviréis? ¡Os arruinaréis también! ¿Aún no habéis entendido que dependemos todos de las moscas, y que si no trabajáis en esto os moriréis de hambre? Me moriré de hambre yo también, ¿y qué habréis ganado?

—Antes que vendérselas al precio que nos paga, nos las comeremos. No moriremos de hambre —le dice uno de los cazadores.

La furia de don Fortunato llega al colmo cuando uno de los cazadores, Salvatore, un joven delicado, pálido, tímido, secretamente enamorado de Concetta, entra en la tienda con su bolsa de moscas. Don Fortunato, en su agitación, se la arrebata de las manos, la abre y una nube de moscas invade la estancia. Salvatore no es un cazador como los demás, es un cazador humanitario, de gran corazón, incapaz de hacer daño a una mosca, y las atrapa sin matarlas, las atrapa vivas y quiere que don Fortunato se las compre así. Pero éste monta en cólera, arremete contra Salvatore:

—¡¿Cuántas veces te he dicho que no las quiero vivas?! Las quiero muertas y bien muertas.

Las moscas llenan la tienda, vuelan zumbando de aquí para allá, se posan en la cara sudada de don Fortunato y los cazadores, se enredan en los cabellos de Concetta, y todos se afanan por cazarlas, cuando suena el teléfono. Es el socio de don Fortunato, el fabricante de cajas de hojalata, padre de Raffaele, que tiene que comunicarle una noticia «terrible». Al poco se presenta el socio, don Gaspare, con el hijo, Raffaele. Don Gaspare agita un periódico, se lo tiende a don Fortunato.

—Lee.

Don Fortunato lee y palidece. Con grandes titulares se anuncia la llegada de un riquísimo empresario del norte, el rey del DDT, propietario de una gran industria que produce una sustancia química con enorme poder exterminador de moscas y demás insectos. El periódico añade que el magnate del norte, el «enemigo de las moscas», viene a firmar un acuerdo con la administración de la ciudad para acabar con estos insectos, flagelo de la ciudad. Ante

la noticia, los cazadores de moscas y su representante sindical también palidecen. Don Fortunato los increpa, dice que es su ruina, que el DDT les quitará el pan, destruirá una industria próspera, orgullo de la ciudad, que no tendrá más remedio que despedirlos a todos, empezando por Salvatore, el de las moscas vivas. Los cazadores renuncian a sus exigencias, se ofrecen a ayudar a don Fortunato, a hacer frente común contra el peligro, a trabajar a mitad de precio si es necesario. El pobre Salvatore apela a Concetta, le ruega que medie para que su padre no lo despida. Hay tal desesperación en los ojos de Salvatore, que ella se conmueve. Quiere reírse de él, pero el dolor del joven, y la muda pasión que ve en sus ojos, la emocionan. Le promete que lo ayudará, y Salvatore se va, con los ojos humedecidos. El periódico anuncia también que esa noche, en el teatro municipal, se celebra una velada en honor del señor Brambilla, el magnate del norte, y don Fortunato decide aceptar el desafío. Irá con su hija Concetta. Y don Gaspare debe acompañarlos. Don Fortunato se vuelve hacia Concetta y le ordena que vaya a vestirse.

Don Fortunato con Concetta y don Gaspare con Raffaele acuden al teatro en el cochazo negro de don Fortunato. Concetta está espléndida con su vestido de seda y todos la contemplan admirados. Ocupan un palco proscenio, enfrente del palco en el que el alcalde de la ciudad recibirá al empresario Brambilla. El espectáculo acaba de empezar, cuando hace su entrada en el palco el rey del DDT, el enemigo de las moscas. Es un hombre grueso, orondo, de aspecto afable, seguro de sí mismo, que se mueve con arrogancia cordial. Todos se inclinan ante él, el público lo mira con gran respeto, pues la burguesía de la ciudad espera que su iniciativa traiga un rápido progreso civil, una rápida modernización a la ciudad. El señor Brambilla habla con marcado acento milanés. Va vestido con elegancia ostentosa: la pechera se ve demasiado blanca, las solapas de seda negra de la chaqueta de noche se ven demasiado negras, en el ojal de la chaqueta lleva una flor blanca enorme, símbolo de humanitarismo y de pacífico progreso. También don Fortunato, don Gaspare, Concetta y Raffaele miran desde su palco al enemigo de las moscas. Antes de que el señor Brambilla entrara en el teatro, un empleado municipal había espolvoreado el aire con DDT. Ni siquiera la estrella de la revista, la reina del espectáculo, pierde de

vista al señor Brambilla, le sonríe, le arroja una flor. El público aplaude. De pronto, un coro de *girls* sale al escenario, armadas con sendos pulverizadores de DDT. Don Fortunato contempla el baile del DDT transpirando sudores fríos. Termina el baile, las *girls* dan unos pasos al frente y todas juntas, al compás de una música, empiezan a pulverizar DDT por la sala, entre los aplausos del público que, de pie, tributa una ovación al señor Brambilla, al progreso, al saneamiento de la ciudad, a la modernidad. Don Fortunato se vuelve hacia Gennarino, que ha estado todo el tiempo sentado en un rincón del palco, y le susurra algo al oído con encarecimiento. Gennarino abandona a toda prisa el palco, baja la escalera, sale a la calle, corre por la ciudad a más no poder, se interna en un dédalo de callejuelas, entra en la planta baja donde vive el pobre Salvatore, le grita:

—¡Moscas! ¡Don Fortunato quiere una bolsa de moscas vivas!

A Salvatore se le ilumina la cara, le tiende una bolsa a Gennarino, que se va. En el teatro, la ovación ha terminado y la función prosigue. Gennarino llega sofocado al palco, le entrega a don Fortunato la bolsa. Don Fortunato la abre, libera las moscas y éstas vuelan por la sala. El público se agita, sigue con los ojos la nube de moscas zumbantes, unos se echan a reír, los demás los imitan, todo el público se vuelve riendo hacia el palco de don Fortunato, alguien aplaude, al final todos aplauden también a don Fortunato, que se pone en pie y recibe con expresión radiante la ovación del público. El señor Brambilla se ha levantado y se apoya en la baranda del palco en actitud desafiante. El espectáculo termina, todo el mundo desaloja la sala y en la escalinata los dos rivales se encuentran. El señor Brambilla se acerca a don Fortunato y le tiende la mano caballerosamente:

—¡Enhorabuena! Las moscas de esta ciudad son duras, pero perecerán.

—Son las moscas más valientes del mundo —responde don Fortunato con orgullo.

Los dos rivales se alejan. Don Fortunato no cabe en sí de gozo.

Pero Concetta está triste, irritada. Odia las moscas y al mismo tiempo desprecia a quien las explota para vivir. Es joven y generosa y tiene esa exigencia de libertad y justicia propia de su generación: se avergüenza de vivir a costa de las moscas, de deber su bienestar

a esos pacíficos, inocentes insectos, y sueña con un mundo desinfectado, esterilizado, un mundo sin moscas. El incidente del teatro la enoja. Piensa que su padre ha hecho el ridículo, que su efímero triunfo no basta para alejar la catástrofe inminente. Y piensa sonriendo en el joven elegante, desenvuelto, moderno, que acompañaba al señor Brambilla y que de pronto, mientras los dos rivales intercambiaban saludos agridulces, le sonrió y la miró fijamente.

Al día siguiente, toda la prensa habla del señor Brambilla y condena el gesto «retrógrado, reaccionario» de don Fortunato, el rey de las moscas, que en vano intentó aguar una velada organizada en honor de Brambilla y de su compromiso de extinguir en pocos días todas las moscas de la ciudad, para hacer de ésta la metrópolis más esterilizada e higiénica del Mediterráneo. A cambio no pide nada. El señor Brambilla es un hombre humanitario, un filántropo, un partidario del progreso, quiere contribuir al progreso civil no sólo de la ciudad, sino de la humanidad toda; quiere poner su inmensa riqueza, fruto de las victoriosas batallas que ha librado contra las moscas en el norte de Italia, Suiza, Holanda, Bélgica, y su poderosa organización, a disposición de las áreas más deprimidas, que carecen de los medios necesarios para combatir el flagelo de las moscas, heredado de largos siglos de ignorancia, de miseria, de suciedad y de esclavitud política. La mosca es el símbolo de la miseria, la falta de higiene, la falta de libertad. La prensa de la ciudad elogia en él al filántropo, al progresista, al benefactor desinteresado, y don Fortunato, leyéndola, se sume en un estado de negra melancolía. Renuncia a la lucha, y los cazadores, don Gaspare, Gennarino, en vano tratan de animarlo a resistir. Concetta se distrae, se riza el pelo, se perfuma, se mira en el espejo. Baja a la tienda, ve a su padre desanimado, abatido, se ríe de Raffaele. Entonces llega Salvatore y suplica a Concetta que ayude a su padre a superar aquellos momentos de desaliento. Salvatore está de parte de las moscas, las defiende. Desea la emancipación de las moscas. Es marxista, aplica ingenuamente su marxismo a la lucha por la liberación de estos insectos, por el derecho de las moscas a vivir, contra los explotadores de moscas y sobre todo contra quienes, como el señor Brambilla, exponente del egoísmo burgués, quiere acabar con ellas aun sabiendo que eso regenerará los barrios ricos,

sí, pero llevará a la ruina a toda una clase de honrados trabajadores. Para Salvatore, las moscas son el símbolo de la gente pobre. Ellas también tienen derecho a la vida, son pobres desheredadas a las que hay que proteger y defender. Concetta, sin embargo, proclama su odio por ese mundo de miseria y explotación, por las moscas, para ella símbolo de la miseria y la degradación social. Y don Fortunato, que ve en la rebelión de la hija una especie de traición, no puede resistir al dolor y se da por vencido.

Pero Salvatore tiene una idea. Piensa que hay que montar un criadero de moscas para protegerlas del DDT. La prensa anuncia que el señor Brambilla emprenderá en breve y a lo grande su campaña de exterminio de las moscas. Una escuadrilla de aviones dejará caer una lluvia de DDT que matará no sólo las moscas adultas, sino también sus larvas. Si don Fortunato se decidiera a montar un criadero de moscas, quizá podrían resistir la ofensiva del DDT. Salvatore explica a Concetta lo que sería un mundo sin moscas: desaparecería la alegría más pura de la tierra y el cielo, a saber, los pájaros. Ha leído que en las zonas que los aviones americanos han rociado copiosamente con DDT, como Cerdeña, Panamá, Suez, Dakar, los pájaros han desaparecido por falta de alimento.

—¿Qué sería de tu jardín, Concetta, sin los pajarillos que ahora trinan en las ramas de magnolios y cipreses? También las flores desaparecerían, pues morirían todos los insectos que limpian las flores, que las libran de parásitos, que las fecundan transportando el polen de unas a otras.

Concetta se emociona.

—Sí, tenemos que convencer a mi padre de que te haga caso, Salvatore, y realice tu proyecto de cría de moscas.

Concetta ama a Salvatore, quizá sin saberlo, quién sabe desde cuándo lo ama, pero es ahora, escuchando las palabras de Salvatore, cuando se da cuenta de lo que siente. Él es pobre, con lo que saca de las moscas se paga los estudios; es un buen muchacho; su familia es pobre pero honrada; el padre murió en la guerra, la madre vende fruta y verdura en la esquina del callejón de Santa María, y por la noche le lleva a su hijo un cucurucho de moscas vivas. Don Fortunato nunca permitirá que Concetta se case con Salvatore, pero ¿quién sabe si algún día, cuando vea que Salvatore lo ha salvado

con su idea, dará su consentimiento? Salvatore viste míseramente, lleva el pelo largo, el cuello de la camisa limpio, pero desgastado, los zapatos rotos, pero tiene un corazón de oro. «Tú eres la mosca más bonita de mi vida», le dice a Concetta.

Don Fortunato acoge con renovada esperanza la idea de Salvatore y se propone ponerla en ejecución de inmediato. Todo el barrio se moviliza. El pueblo llano sabe que exterminar las moscas significaría el hambre para muchas familias y sale valientemente en defensa de las moscas contra la amenaza del DDT. De todas las callejas, de todas las casas humildes, llegan niños, mujeres, hombres con papeles manchados, paja, donde las moscas han depositado miles de huevos. Es la estación de la puesta. Esos papeles de toda clase y aspecto son colocados en el suelo, las paredes, las vigas, el sótano, el desván de la tienda de don Fortunato. En todos los cuartos, en todos los pasillos, se enciende una pequeña estufa y se mantiene la temperatura idónea para la incubación de los huevos de mosca. Ahora don Fortunato puede afrontar con tranquilidad la amenaza del DDT. Bien protegidos contra el DDT, los huevos eclosionarán algún día y la ciudad estará salvada.

Una tragedia italiana

I

En la estación de trenes de Pisa, un muchacho abrió lentamente la puerta corrediza de un compartimento, dejó en el portaequipajes una pequeña maleta de cuero oscuro y tomó asiento en un rincón, del lado del pasillo. No tendría más de quince o dieciséis años. Era alto y delgado, vestía de franela gris, tenía el pelo rubio y lacio, la frente pálida, cubierta de pecas claras, la boca pequeña, de labios finos y sonrosados. Llevaba el cuello de la camisa abierto y el suyo se le veía blanco y grácil. Los ojos, de un azul claro, daban al rostro una expresión ingenua y tímida, que la firmeza y rectitud de la nariz estrecha y larga corregía. Nada más sentarse, sacó del bolsillo un par de guantes de piel de cerdo, se los puso despacio, echó un vistazo a sus compañeros de viaje y se sumió en la lectura de un libro.

Unos minutos después el tren se puso en marcha. El muchacho levantó la vista de las páginas del libro y observó discretamente, como si pensara en otra cosa, al hombre y a la mujer que iban sentados al fondo del compartimento. El hombre, que frisaría en los cincuenta, era menudo y gordo, de brazos cortos y cara afable. A primera vista, parecía un acomodado burgués de alguna provincia del sur de Italia que llevara muchos años afincado en Roma. Vestía con ciertos pujos de elegancia: su traje era de uno de esos tejidos alemanes que en Italia se llaman ingleses. La chaqueta, ceñida en los hombros y el pecho, tenía unas solapas anchas que revelaban la mano de algún gran sastre romano. El chaleco era entallado y de puntas exageradamente largas. Calzaba unos zapatos negros con el empeine adornado de agujeritos, de esos que los zapateros llaman «Derby». Los calcetines también eran negros, de seda brillante. Un hombre rico, pensaba el muchacho observándolo. Los ojillos, oscuros y hundidos, estaban rodeados de una telaraña de finas

arrugas, y sus facciones, aunque se veían fofas e hinchadas, no carecían de dignidad e inspiraban simpatía. Se lo veía cohibido, y no paraba de moverse, como si no encontrara una postura cómoda. Cruzaba las piernas, apoyaba el codo en el brazo del asiento, volvía los ojos hacia la ventana como si quisiera ver a través del cristal empañado, se pasaba la mano por la mejilla, se abanicaba con un periódico. El ambiente estaba húmedo y caliente, y el muchacho corrió la puerta del compartimento sin hacer ruido. El hombre dejó el periódico, miró al muchacho, le dio las gracias con una leve inclinación, se volvió hacia la mujer y sonrió.

La mujer era unos años menor que él, de poco más de cuarenta. Morena de pelo y blanquísima de piel, tenía un rostro agradable, aún joven, pese a las arrugas finas y profundas que le agrandaban los ojos negros y húmedos. Tenía las piernas cortas y gruesas, de gemelos redondeados, y llevaba unas medias de seda transparente. Los pies, muy pequeños y carnosos, acentuaban lo corto y curvo de las piernas, que la falda, más bien corta, o quizá acortada por la postura, descubría hasta las rodillas. Recostada, más que sentada, de espaldas a la ventana, miraba al muchacho con esa atención que en las mujeres de cierta edad no se sabe si delata sentimientos maternos o una curiosidad no menos noble y pura, pero difícil de definir. Llevaba un vestido de lana azul que contrastaba vivamente con el terciopelo rojo del asiento. Era holgado de caderas y de pecho, pero ceñido de hombros, lo que revelaba un conflicto inconsciente entre un deseo de elegancia y un íntimo recato. Había, en efecto, algo indefinido en su manera de vestir, pero lo que daba gracia y dignidad a esta indefinición del gusto era la sencillez y castidad de su peinado: se había recogido el pelo en la nuca con un moño. Aquel cabello abundante, que coronaba la frente, gustó al muchacho por su gracia digna y honesta. Tenía las manos pequeñas y regordetas, y con las uñas pintadas de un rojo claro. Las cejas, negras y pobladas, dibujaban un arco sutil que acompañaba la forma del pelo en la frente. Chocaba al muchacho el vivo contraste de aquel peinado anticuado y provinciano con la elegancia moderna del vestido. No debía de gastar polvos ni cremas para la cara, pues la piel se veía de una blancura y una suavidad naturales, y se había pintado los labios muy discretamente. Era un rostro bello, de esa belleza lánguida y un poco triste que forma parte del carácter de las

italianas. Debía de pertenecer a una clase más alta que la del marido, y haber nacido en alguna ciudad del centro de Italia, donde las costumbres son gentiles y existe una finura natural que compensa la vulgaridad de la burguesía. Sí, se había criado en provincias y la gran ciudad aún no la había pervertido y degradado. Era una mujer de gustos sencillos, hecha a una vida fácil y cómoda, sin peligros, sin grandes alegrías ni grandes penas. Su presencia mitigaba mucho la ordinariez que, pese a la cara y las maneras cordiales, traslucía el aspecto del marido.

El tren estaba entrando en la estación de Livorno y el muchacho, como si quisiera sustraerse al estrépito, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos, respirando suavemente. Sólo entonces se dio cuenta la mujer, con una mezcla de placer y ternura, de que el muchacho tenía los párpados clarísimos y las pestañas largas y negras. «Un niño, no es más que un niño», pensó. Los párpados del muchacho eran tan claros que parecían transparentes, y casi se adivinaba, bajo la fina capa de piel, el azul límpido del ojo, la ingenuidad de la mirada infantil. A ratos, sintiéndose observado, el muchacho abría los ojos, pero enseguida los cerraba, igual que hacen de hecho los niños cuando están a punto de dormirse, que abren y cierran los ojos como queriendo medir la distancia que los separa de los objetos y las personas, antes de dormirse y alejarse de ellos. Y ya estaba durmiéndose, mecido por el runrún monótono del tren, que había salido de Livorno y discurría por la costa hacia Castiglioncello, entre bosques de pinos y encinas, cuando la voz del hombre lo sacó de aquel dulce sopor.

—Estaremos en Roma antes de medianoche —decía el hombre. Era una voz cálida, algo ronca, de acento abrucés. La mujer le preguntaba («Debe de ser de Umbría», se dijo el muchacho) si había avisado a Roberto.

—Sí, lo llamé por teléfono y le pedí que viniera a recogernos a la estación. Aunque sé que no me lo permitirás —prosiguió el hombre —, no te oculto que comería algo con mucho gusto.

—Ya sabes que no te sienta bien —contestó la mujer.

—No digo algo pesado, pero un caldito, un par de huevos…

—Sabes que no puedes comer en el tren. Ya cenaremos en casa. Tendremos la cena lista.

El muchacho oía al hombre suspirar, removerse en el asiento.

—¿Ni siquiera un traguito de coñac? —gruñía con voz quejumbrosa.

—Bueno, pero sólo uno —contestó la mujer.

Un olor a coñac se difundió por el aire cargado del compartimento. El muchacho abrió los ojos y vio a la mujer verter un poco de coñac de un botellín en un vasito de aluminio.

El hombre tomó el vaso e hizo ademán de llevárselo a la boca, pero entonces se volvió hacia el muchacho y le dijo:

—¿Gusta usted?

—No, gracias —contestó el muchacho.

—El coñac italiano es hoy mejor que el francés —afirmó el hombre sosteniendo el vasito entre el pulgar y el índice a la altura de los ojos—. Infinitamente mejor.

Y explicó que los italianos habían tardado en darse cuenta de que los productos extranjeros no eran tan buenos como los nacionales.

—No sabría decirle —contestó el muchacho—. No entiendo de coñac.

—No me refiero sólo a los licores —dijo el hombre con fuerza, dando un sorbo de coñac—, sino a los productos extranjeros en general. Los tejidos, por ejemplo. ¿Ve este traje? Pues…

La conversación prosiguió unos minutos sobre el tema de la autarquía, los beneficios que ésta aportaría a la economía y la moral de la nación, los daños incalculables que causaría a las naciones extranjeras la disciplina autárquica del pueblo italiano…

—Y mire lo que le digo —concluyó el hombre—: Europa, y no sólo Europa, sino la misma América con todos sus rascacielos, tendrán que arrodillarse ante Italia. Italia no le tiene miedo ni al Banco de Francia, ni a la Home Fleet, ni a Roosevelt. ¡Faltaría más! Italia no teme a nadie. Somos un pueblo de héroes, como quien dice. —Y empezó a tararear—: «Salve, oh, pueblo de héroes».

—No es eso —dijo el muchacho con repentina vehemencia—. No es cuestión de heroísmo. Usted y yo, por ejemplo, no somos héroes. Y, sin embargo…

—Ah, claro, yo no soy un héroe, no pretendo serlo. Aunque… —Y el hombre se echó a reír ruidosamente, reclinando la cabeza. De pronto se interrumpió y, volviéndose hacia el muchacho como si se reprochara algo, añadió—: Me perdonará usted que no me haya

presentado. Me llamo Manara, Vincenzo Manara.

—Mucho gusto —dijo el muchacho con una leve sonrisa.

—¿No es verdad, Luisa? —prosiguió Manara—. Tú puedes decirlo, eres un buen testigo de mi coherencia y mi fe. Siempre he dicho que Mussolini acabará triunfando y nunca como ahora he estado más seguro de la victoria final. ¿Digo bien?

—Dice usted muy bien —contestó el muchacho sonriendo.

—Mussolini —continuó el otro— sabe lo que hace. Es un genio. Un verdadero genio. Eso sí, tenemos que obedecerlo, todos los italianos, quiero decir todos los italianos dignos de este nombre, tenemos que colaborar con él incluso en las cosas pequeñas. Sobre todo en las cosas pequeñas. Yo, por ejemplo, cuando nuestro querido Duce ordenó que consumiéramos sólo productos nacionales, ¿sabe lo que contesté? Contesté: ¡a sus órdenes! Y he descartado todo lo que es extranjero, jabón de afeitar, tabaco, corbatas… A mi mujer también le digo siempre…

El muchacho lo observaba con curiosidad. Tanto entusiasmo en un hombre de aspecto tan pacífico lo sorprendía y divertía. De pronto Manara pasó a hablar de la guerra civil española y le contó que hacía unos días, visitando en Nápoles a unos parientes, se habían acercado al puerto a recibir a los legionarios que volvían a la patria. Y entró en mil detalles, describió la llegada del vapor, el aullido de las sirenas, la música, el entusiasmo de la gente.

—Era de lo más conmovedor. Hasta yo mismo estaba emocionado.

—¡Yo lloré como una niña! —exclamó la señora Manara, cuyos ojos se humedecían con el recuerdo de aquellas lágrimas.

—Cuando todo un pueblo se entusiasma así, como me entusiasmé yo, es señal de que está destinado a grandes cosas.

—Si yo no fuera tan joven —dijo el muchacho, que parecía no hacer caso del énfasis ridículo de Manara—, también me iría voluntario a la guerra de España. Cuando estalló la guerra de Etiopía, yo era un niño. Y esta vez… no me han dejado, con el pretexto de que soy muy joven. No me importaría morir. ¡Oh, daría con gusto la vida, con tal de ir a España!

—¡Qué bien lo entiendo! —exclamó Manara.

—Perdone mi curiosidad —dijo la señora Manara mirando con fijeza al muchacho—. ¿Cuántos años tiene?

—Dieciséis.

—La edad que tendría Giulio —dijo la mujer con voz triste, volviéndose hacia el marido.

—Ya tendrá ocasión —continuó Manara, como si no la hubiera oído—, ya tendrá ocasión de cumplir con su deber, no se preocupe. Europa está profundamente enferma. Estamos en vísperas de otra guerra. ¡La guerra! Si yo fuera más joven y no estuviera casado, también iría. Siempre he cumplido con mi deber, como buen italiano. En la Gran Guerra luché en Col di Lana, en el Piave, en Gorizia. Artillería de campo. ¿Y quiere saber —añadió en un tono de pronto grave— qué es lo que me daba más miedo en las trincheras?

—Dígame —contestó cortésmente el muchacho.

—¿No lo adivina?

—Imagino que tendría usted miedo de morir —respondió el muchacho tras un instante de vacilación.

—¡Exacto! —exclamó Manara—. ¡Tenía miedo de morir! Un miedo tremendo. Pero eso no me impidió ganarme una medalla al valor. —Y mostró una cintita de seda que llevaba atada a un ojal de la chaqueta junto con la insignia del Partido Nacional Fascista.

—Me alegro por usted —dijo el muchacho—. Mi padre también fue condecorado con dos medallas de plata al valor militar. Era capitán de artillería. Digo era, porque murió.

—¿En la guerra?

—No, hace diez años —contestó el muchacho en voz baja.

—Lo siento de veras —dijo Manara con cara de congoja—. Perdone, ¿su padre se llamaba…?

—Tolomei.

—¡¿Tolomei?! —exclamó el hombre, visiblemente sorprendido —. Hace tiempo hice tratos con un conde Tolomei, el senador Filippo Tolomei, que tiene un palacio en Roma. ¿No será pariente de usted?

—Es mi tío —contestó el muchacho ruborizándose un poco.

Manara cruzó con su mujer una mirada entre sorprendida y halagada.

—Si no me equivoco, Luisa, tú conoces a la condesa Tolomei.

—No —respondió la mujer—, pero he oído hablar mucho de ella a una amiga común, la baronesa de Santacroce.

—¿Conoce al barón de Santacroce? —preguntó Manara—. Es muy amigo nuestro. Una persona buena de verdad, todo un caballero, como los de antes, para que me entienda.

—No —contestó el muchacho—, es la primera vez que oigo ese nombre.

—Pues pertenece a la alta aristocracia —insistió Manara—. Sin duda lo habrá visto en casa de su tío.

—No, no me suena.

—Ah, todo un señor. Por él precisamente traté a su tío. Era por un asunto bastante complicado, importante, pero complicado. Había metidos abogados, corredores de comercio, banqueros, intermediarios y demás. Su tío, el conde Tolomei, quería vender una finca que tenía cerca de Grosseto. Buena finca. Recuerdo que le aconsejé que no vendiera. No sé cómo acabó la cosa, yo ya no me ocupo de tierras. Yo trato en solares de la capital, en barrios como Parioli, Monte Mario… Usted conocerá bien Roma, imagino.

—Bastante —respondió el muchacho—. Todos los años paso una temporada en casa de mi tío.

—Celebro de veras haberlo conocido —declaró Manara—. Su tío, el conde Filippo, es un hombre de grandísima valía que ha hecho un gran bien a Italia y a Roma. Si no recuerdo mal, fue también concejal del ayuntamiento con el príncipe Colonna.

—Sí, me parece que sí.

—Un gran benefactor. Tengo entendido que Nathan, cuando era alcalde de Roma… Aunque usted no se acordará de eso. Son cosas de antes. Pero yo sí las recuerdo, querido conde, porque podría ser su padre.

—Sí, eso es verdad —terció con voz dulce la señora Manara, que llevaba un rato observando al muchacho de manera extraña.

Aquel «querido conde» hizo sonreír al muchacho.

—Algo sé de los méritos de mi tío en el campo de la administración pública. Nunca habla del tema, pero lo sé por mi madre. Es un hombre muy cerrado, muy severo. Ahora no se ocupa más que de sus tierras y sus estudios sobre el origen de la aparcería en la Toscana.

—Veo que está usted al corriente: leí hace tiempo que pronunció un discurso en el Senado sobre el tema. Claro, los Tolomei son toscanos, si no me equivoco.

—De Pisa.

—Eso es, de Pisa. ¡Ah, los Tolomei! Bonito nombre. Un nombre antiguo. Y una gran fortuna en tierras, por lo que tengo entendido. Cuando llegue el momento, se verá usted administrando una gran hacienda. La tierra da muchas satisfacciones hoy día, sobre todo desde el punto de vista de la colaboración con el Estado. ¿Qué es un terrateniente, hoy día? Un funcionario del Estado, ni más ni menos. ¿No le parece?

—Seguramente… —dijo el muchacho en tono vago.

—Antes de Mussolini, ¿qué era un terrateniente? Un egoísta que sólo se preocupaba por su provecho. Hoy un propietario administra sus tierras en interés de la nación. —Y prosiguió afirmando que, por suerte, los nuevos tiempos habían introducido muchos cambios en la concepción y práctica de la propiedad agrícola—. Hoy, un propietario no lo es sólo en el sentido tradicional de la palabra. Es algo más y mejor. Es un consignatario. El verdadero dueño es el Estado.

—Así debería ser —convino el muchacho—, pero no lo es.

—Si no dueño nominal, es dueño de hecho. Y dentro de unos años… ¿Qué diría usted si dentro de unos años el Estado confiscara las tierras?

—Me parece… —contestó el muchacho. Pero se contuvo y miró a Manara.

—¿Y si el Estado confiscara las tierras? —repitió el hombre abriendo los brazos—. Legalmente, se entiende, legalmente. Por ahora se limita a confiscarlas a los malos propietarios, a los egoístas, a los ineptos, a quienes se empeñan en preferir su interés al interés superior de la nación, y hace muy bien. Pero ¿y si por ley se expropiase, con la debida compensación, a todos los legítimos propietarios? Digo a todos, sin distinción. ¿Qué tendría de malo? Hay que saber estar a la altura de los tiempos. Hay que liberar la tierra del anacronismo de los propietarios privados. Se acabaron esas ideas anticuadas, que huelen a antifascismo a la legua. La tierra debe ser del Estado, o sea, del pueblo. Nada de propietarios privados. ¿Usted qué opina?

El muchacho vaciló un instante, como si se resistiera a responder.

—Me parece que la cuestión —dijo luego tranquilamente—,

suponiendo que sea de orden general, no puede plantearse en esos términos. Por lo que mi experiencia me permite juzgar, creo más bien que, en muchos casos, la propiedad agrícola es lo que se dice un Estado dentro del Estado.

Manara lo miró entre sorprendido e intrigado.

—Es curioso —repuso—, es curioso lo que me dice. Yo estaba convencido de que el Estado fascista ejercía su autoridad en todos los sectores de la vida nacional, pero de manera particular en el de la propiedad agrícola.

—¡Oh, no! —exclamó el muchacho—. Precisamente en el sector de la propiedad agrícola es menos visible el Estado. Quiero decir que, en muchos casos, aunque dejen que intervenga en la administración de las tierras, los propietarios las gobiernan a su modo, como les da la gana. Como si la tierra fuera un Estado dentro del Estado, como digo. Creo que ésa es la cuestión: la diferencia entre administración y gobierno.

—Quizá sólo sea una cuestión de palabras —observó Manara en tono más bien prudente.

—No es sólo una cuestión de palabras —continuó el muchacho —. Es un problema serio, al menos a mi modo de ver. Aunque puedo equivocarme. Acertada o no, la opinión de un chico de mi edad no tiene importancia, ¿no le parece?

—¡Al contrario! —exclamó Manara—. Sus ideas me parecen muy interesantes. Usted plantea la cuestión desde un punto de vista totalmente nuevo. Es más, le diré que no sospechaba siquiera que pudiera plantearse así. Conque, si no me equivoco, usted dice que la propiedad de la tierra, en Italia, no es sólo una institución anticuada, económica y socialmente inmoral, sino que choca con los intereses económicos del Estado.

—No exactamente —replicó el muchacho—. La cuestión es puramente moral y no sabría decir, por mi poca experiencia, si algún día llegará a ser una cuestión política. Lo que sé es que hay propietarios de tierras que, aunque acatan la autoridad del Estado en el plano económico, la niegan y combaten en el plano moral.

—No entiendo —dijo Manara algo amoscado, poniéndose serio —, confieso que no entiendo.

—Quizá no me haya explicado bien.

—Eso será en algún caso particular, de apenas importancia.

—Muchas veces —observó el muchacho en tono irónico—, las cuestiones de orden general se fundan en un conjunto de casos particulares, de apenas importancia, como dice usted.

—Me parece… —Manara se interrumpió y se quedó mirando al muchacho.

—La tierra, una hacienda, un campo…, no sé si me entiende…, no son como un banco, una fábrica, un taller… —El muchacho calló, no encontraba las palabras. (No, no son como una fábrica, quería decir, en la que los hombres viven y trabajan como elementos de un mundo que está fuera de la naturaleza, un mundo arbitrario, convencional. El hombre, la máquina, la organización científica del trabajo. Una fábrica se puede «gobernar» como si fuera un Estado, porque en ella los hombres son piezas de recambio de una máquina. En ella puede olvidarse la naturaleza, la misma naturaleza humana puede forzarse. Pero una hacienda, un campo es otra cosa. Hay árboles, montes, nubes, ríos, animales, los hombres que trabajan la tierra son hombres, son elementos de la naturaleza. Una hacienda es como una maqueta de la naturaleza, un mundo regido por leyes naturales; por convenciones, si se quiere, pero que tienen siempre por fundamento la naturaleza y sus leyes)—. Una hacienda —prosiguió— no puede «gobernarse» como si fuera un Estado, menos aún como un Estado perfecto. Una fábrica sí, puede ser un Estado perfecto, en la medida en que lo permitan las leyes económicas. Pero una hacienda, no. La naturaleza y sus leyes se oponen. Si yo pudiera —añadió levantando la cara—, prohibiría a los propietarios que gobernaran sus tierras como si fueran un Estado, un Estado perfecto, quiero decir, fuera de la historia.

Mientras el muchacho había hablado, la sorpresa y la inquietud se habían alternado en el semblante de Manara, quien de pronto, en un arranque de impaciencia, dijo en tono autoritario:

—Yo, sin embargo, creo que la cuestión es mucho más simple. La tierra debe pertenecer al Estado.

—El Estado no tiene el valor de hacer ciertas cosas —replicó el muchacho, repentinamente triste y abatido—, y los jóvenes no entienden la cuestión. Aunque ¿qué podrían hacer ellos? Dígame, ¿qué podrían hacer?

—No creo que ésa sea la cuestión —observó Manara levemente turbado—. Además, ¿qué tienen que ver los jóvenes?

—Perdone, ¿es usted terrateniente?

Al oír esta pregunta, la mujer, que hasta ese momento había seguido la conversación con gran interés, se volvió hacia el marido y dijo en tono de reproche:

—¡Vincenzo!…

Pero calló y siguió mirando al muchacho con extraña atención. Ya se había preguntado varias veces si no habría cierta hipocresía en las palabras y la actitud del chico. Sin embargo, aquella manera de evitar responder y luego entrar de lleno en la cuestión, aquel modo unas veces vago y otras preciso de debatir, y aquella actitud de indiferencia a las cuestiones mismas, si al principio le habían parecido una táctica hábil para no revelar lo que pensaba, poco a poco la habían convencido de lo contrario. Escuchando las respuestas del muchacho, observando su actitud, podría pensarse que las dictaba la hipocresía propia de su edad. Quien haya tratado a adolescentes sabrá que nunca revelan sus pensamientos y sentimientos a personas extrañas, a menos que sean parientes: no se fían. Y en aquellos que son reservados, no sólo por edad sino también por naturaleza, la hipocresía adopta formas extrañas, y los sentimientos, incluso los más nobles, a veces no son más que máscaras. En aquel muchacho, sin embargo, la señora Manara veía algo más profundo y secreto que la reserva y la desconfianza. Al principio había creído que la conversación de Vincenzo lo aburría. Pero luego se había dado cuenta de que el muchacho no sólo mostraba interés en lo que su marido decía, sino que empezaba a debatir con gran vehemencia, como si fueran temas que lo tocaran en lo íntimo. Si al inicio contestaba a regañadientes, como si temiera revelar sus pensamientos a un extraño, luego había pasado a discutir con apasionamiento e impaciencia, apenas disimulados por sus modales comedidos. Incluso había habido momentos en que había argumentado con acritud, con violencia, como si el tema no solamente no fuera nuevo para él, sino que lo afectara personalmente. Cuando se veía contradicho, mostraba tanta sorpresa como aflicción. Curioso muchacho, pensaba la mujer. Un corazón sincero, un ánimo todavía puro. Hablaba de temas abstrusos, de asuntos que incluso a ella le resultaban oscuros, pese a que estaba acostumbrada desde hacía años a las controversias y polémicas del marido, y lo hacía con una seriedad que la sorprendía

y asustaba a la vez. No sabía con qué fundamento hablaba aquel chico, pero el hecho de que su marido —a quien profesaba una admiración y un cariño casi maternales— escuchara sus opiniones con tanto interés demostraba que tales opiniones eran dignas de atención. Tenía una inteligencia superior a la de su edad, sin duda, pensaba. Eso sí, le enojaba que su marido se empeñara en hablar de cosas tan complicadas y tediosas, y no le dejara meter baza a ella, que estaba deseando preguntarle al muchacho por su familia, su madre, sus estudios…

—Vincenzo, me parece… —dijo de pronto.

—Me esperaba esa pregunta —le contestó Manara al muchacho, sin hacer caso de su mujer—, sí, me la esperaba hace rato. Sí, soy terrateniente. Un pequeño terrateniente, ahora. Hasta hace unos años poseía una buena finca en los Abrazos, cerca de Chieti, pero me libré de ella a tiempo. La poca tierra que me queda, cuatro o cinco hectáreas de broza y piedras, la tengo más por amor y nostalgia que por interés.

El muchacho oía aquellas palabras preguntándose si eran sinceras o si formaban parte de esa jerga de falso entusiasmo y desinterés con que ciertos burgueses maquillan la confesión de su fracaso. «Si me fiara de la primera impresión», se decía, «diría que este hombre es sincero. Un buen hombre, un hombre honrado, sí, honrado sin duda». Desde el primer momento le había resultado simpático por su jovialidad y expresividad enfática, impresión que el trato sucesivo no había hecho sino reforzar. Pero lo que más gracia le hacía y más le agradaba era la ingenuidad de sus ideas, sentimientos y manera de expresarse, o de lo que él creía que eran sus ideas, sentimientos y manera de expresarse, y quizá no eran sino los de la clase social a la que parecía pertenecer. Un hombre que especulaba con solares edificables, un provinciano que había vendido sus tierras para invertir en negocios más rentables, una persona lista, en fin, pues daba la impresión de que le iba bien. Pero lo que él quería saber era qué parte personal, propia, ponía Manara en sus opiniones y sentimientos, y qué parte tomaba prestada de su clase social. Prefería que Manara hablara por sí mismo (con lo que le habría resultado aún más simpático), que su manera ingenua de pensar, sentir y expresarse nada tuviera que ver con la manera de pensar, sentir y expresarse de toda una clase social. Pues de una

cosa no cabía duda: de su ingenuidad, una ingenuidad que no se debía tanto a ignorancia de las cosas o al desinterés por cuestiones morales, sociales y políticas, como a un sincero entusiasmo por asuntos cuya complejidad lo intrigaba y desconcertaba. La parte personal que Manara ponía en sus opiniones (aunque de eso el muchacho sólo se daba cuenta de un modo vago) era justo ese entusiasmo, esa pasión. Sí, un hombre simpático, un buen hombre, pensaba el muchacho: un hombre que no mataría una mosca. Y, sin querer, se echó a reír.

—¿De qué se ríe? —preguntó Manara en tono de viva sorpresa —. ¿Acaso no me cree?

—Le creo completamente —se apresuró a contestar el muchacho, no sin cierta ironía—, ni yo mismo sé de qué me río. Quizá porque me doy cuenta de que, en realidad, estas cuestiones no me interesan. No, no tienen para mí ningún interés.

—¡Pero…! —exclamó Manara.

—Tiene razón —intervino la mujer, volviéndose hacia su marido —, tiene razón. ¿Por qué habrían de interesarle esas cosas a su edad?

—Pero… —insistió Manara— estoy seguro de que le interesan mucho más de lo que parece.

—No niego —admitió el muchacho con donaire— que estos asuntos tengan su importancia, que sean vitales. Pero no entiendo por qué los jóvenes tendríamos que interesarnos por problemas que no podemos solucionar. Y no es por culpa nuestra. Es que realmente no podemos hacer nada.

Manara permaneció unos instantes en silencio. En su cara honesta y afable se pintaba un estupor inquieto y receloso. Entonces, ¿cuáles son los problemas que os interesan a los jóvenes?, tenía ganas de preguntarle. Pero se dijo que quizá era una pregunta indiscreta y se contuvo.

—Siempre pasa lo mismo —dijo al cabo—. Cuando se habla con un joven, llega un momento en que dejamos de entendernos. Hay un muro entre nosotros y ellos, entre nosotros y los jóvenes de hoy. Siempre sospecha uno que le ocultan algo, que están como al acecho.

—Sí —admitió el muchacho sonriendo—, puede ser. Los jóvenes de hoy son gente peligrosa.

—Yo no tengo hijos —continuó Manara—, pero si tuviera uno, estoy seguro de que no lo entendería.

—Yo lo entendería perfectamente —dijo su mujer—. Una madre siempre entiende a un hijo, ¿no le parece? —añadió dirigiéndose al muchacho.

—Sí, quizá…

—Y estoy segura —prosiguió la mujer, animada, feliz de poder por fin intervenir en la conversación para sacar un tema que le interesaba mucho y sobre el que podía hablar— de que su madre no sólo lo entiende, sino que comparte todas sus ideas. ¿A que sí?

—Mi madre —contestó el muchacho con una tristeza extraña, llena de remordimiento y rencor— es un ángel. Creo de verdad que es un ser perfecto. Pero no sé si podría entenderme, ni aunque me atreviera a contarle lo que pienso y siento.

Esta respuesta turbó profundamente a la mujer.

—Además —prosiguió el muchacho—, es probable que no haya nada que entender. Los adolescentes no tienen nada que ocultar. En el fondo, somos mucho más simples e ingenuos de lo que se cree. Y también más inteligentes, mucho más. Las madres siempre creen que sus hijos ocultan quién sabe qué secretos. Cuando su hijo sufre, creen que está enfermo. ¡Lo curan con medicinas! —Hablaba con una especie de rabia sorda, con una emoción mal reprimida. Casi parecía que se avergonzase de no tener nada que ocultar, ningún secreto, ningún cargo de conciencia. Su voz temblaba con una exaltación extraña y la mujer pensó que estaba a punto de llorar. Pero, con grande y dolorosa sorpresa de ella, se echó a reír—. Después de todo —continuó—, ¿qué quieren de nosotros? ¿Acaso pueden obligarnos a ser felices? ¿A ser felices como quieren ellos? Pero para ser feliz hay que tener algo que remuerda la conciencia. Las personas de la edad de ustedes sí que tienen muchas cosas que Reprocharse. Pero ¿nosotros? Quizá también nosotros, algún día…

—¿Cree de verdad que tenemos muchas cosas que reprocharnos? —preguntó Manara con una risa nerviosa.

—Si las personas de su edad, de la edad de mi padre —contestó el muchacho— no tuvieran nada que reprocharse, ¿cree que estaríamos orgullosos de ellos? ¿Cree que yo sentiría la muerte de mi padre?

Las palabras del muchacho conmocionaron hondamente el

ánimo de la mujer. Adivinaba en ellas una pena secreta. No, no era un muchacho feliz… Todo su insaciado instinto maternal despertaba con aquellas palabras y aquellos pensamientos. Le embargaba el pecho una piedad, un amor dulcísimos. Tenía deseos de sentarse junto a él, de estrecharlo contra su seno, convencida de que le revelaría, como a una madre, lo que lo hacía sufrir. Pero no se atrevía. Quizá fuera pudor, quizá un espanto vago. ¿Por qué sufría? ¿Por qué?, se preguntaba. Notó que se sofocaba, el corazón empezó a latirle tan fuerte que tuvo que llevarse la mano al pecho. Y para disimular su emoción, casi para desahogar aquel sentimiento que le hacía un nudo en la garganta, se volvió hacia el marido y le dijo, con un cariño de madre que era, además de un sentimiento, una costumbre conyugal:

—¿Estás cansado? ¿No te sientes bien? Pareces cansado. —Abrió el bolso, sacó una botella de colonia, un poco de algodón en rama y le humedeció la frente, las sienes—. ¿Quieres otro trago de coñac?

—¿Por qué no? —dijo Manara—. Sí, estoy un poco cansado. Debería haber comido algo. —Tomó ávidamente el vasito y lo apuró de un trago—. ¡Ésta sí que es buena! —exclamó de pronto, volviéndose hacia el muchacho—. Así que ustedes sólo nos quieren porque tenemos muchas cosas que reprocharnos. A ver, ¿qué tendríamos que reprocharnos, según ustedes? Su padre, por ejemplo, ¿qué tenía que reprocharse?

—Oh, nada —contestó el muchacho—. Y no era feliz.

—¡Pues yo sí soy un hombre feliz! —dijo Manara abriendo los brazos, y se quedó así, con los brazos abiertos, mirando al muchacho con expresión triunfal.

—¿Por qué no descansas un poco, Vincenzo? —le preguntó la mujer tras un instante de extraño silencio—. ¿Quieres descalzarte? —Y le desataba los cordones, le colocaba un cojín en la cabeza, con los gestos solícitos de una madre que acomoda al hijo en la cama.

—¿Dónde estamos? Tendríamos que estar llegando a Roma —dijo Manara apoyándose en los codos para incorporarse y mirando por la ventanilla.

—Ya hace rato que pasamos Grosseto —contestó el muchacho en voz baja y tranquila.

Manara parecía decepcionado, casi humillado. Siempre pasa lo mismo con estos dichosos jóvenes. Nos hacen hablar, dejan que les

contemos todo, y luego, cuando les toca a ellos dar su opinión, decir si llevamos o no razón, nos salen con que la cosa no les interesa. ¡Si al menos nos dijeran que no piensan lo mismo! Pero vaya usted a saber lo que piensan los jóvenes de hoy. Con los de veinte, veinticinco años, aún se entiende uno, porque, más o menos, tienen nuestras mismas ideas. Pero en el caso de los muchachos de quince, de dieciséis años, es imposible saber lo que tienen en la cabeza, lo que piensan. A lo mejor no piensan nada, o piensan demasiado. No se fían de nadie, y este muchacho, este Tolomei, es igualito que los demás. Quizá un poco más inteligente. ¡Qué cabeza, para su edad! Sí, si yo tuviera un hijo, ¡qué alegría sería!

—Espero que venga a vernos a Roma. Vivimos… —Y dijo el nombre de una calle elegante de los barrios altos de Parioli—. Nos haría mucha ilusión, ¿verdad, Luisa?

—Iré, seguro —contestó el muchacho con una sonrisa cortés.

—Pues en eso quedamos —concluyó Manara tumbándose en el asiento y volviendo la cara hacia el respaldo.

La mujer se levantó, giró la palomilla de la luz, el compartimento quedó sumido en una penumbra azulada y al poco la respiración ronca del hombre dormido se confundió con el traqueteo del tren, que atravesaba la campiña bañada por la luna.

El muchacho había cerrado los ojos y empezaba a adormecerse cuando notó que le tocaban ligeramente el hombro. Abrió un poco los ojos y vio el rostro pálido y sonriente de la mujer.

—¿Está cómodo ahí? —le preguntaba la señora Manara, señalando a su marido, cuyos pies casi tocaban al muchacho—. ¿No quiere sentarse aquí, a mi lado?

Su voz sonaba alterada, floja, como si le costara hablar. El muchacho se levantó sin decir nada y se sentó en el asiento de enfrente, junto a la mujer.

—Si quiere dormir, échese también. No me molesta.

—Estoy bien así, gracias —contestó el muchacho.

Pero la mujer ya lo atraía hacia sí con suavidad y le apoyaba la cabeza en su hombro.

—¿De verdad no quiere dormir? ¿No está cansado?

El seno de la mujer emanaba un leve perfume a lavanda. El muchacho sentía latir aquel seno bajo la mejilla. Quería cerrar los ojos, dormirse, pero aquel fragor en el oído se lo impedía. No se

atrevía a retirar la cabeza de aquel hombro cálido, tenía la impresión de que heriría a la mujer, la humillaría.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó ella en voz baja.

—Paolo.

—Oh, Paolo.

Permanecieron así unos minutos, en silencio. El muchacho se sentía cada vez más violento. Tenía ganas de levantarse, de salir al pasillo. De repente notó la mano de la mujer que buscaba su frente y la acariciaba tímidamente. Sentía aquella mano leve posada en su frente como algo vivo, asustado y tembloroso.

—Paolo.

El muchacho no contestaba, parecía dormido.

—Paolo.

La mano seguía acariciándolo, era una caricia nerviosa y pura.

—Mi Giulio tendría hoy tu edad. Era un niño precioso. Murió con apenas tres años.

El muchacho callaba, mirando fijamente al frente.

—Si supieras, Paolo —prosiguió la mujer—, lo feliz que sería si fuera tu madre. Sería muy feliz si tuviera un hijo como tú. —La voz le temblaba, era una voz maternal, triste y abatida—. Dime, ¿quieres a tu madre?

—Sí, mucho —murmuró el muchacho.

—¿Cómo es tu madre? ¿Es guapa? ¿Es buena contigo? ¿Te quiere?

Paolo no contestó y volvió la cara del otro lado, poco a poco. Esto sorprendió dolorosamente a la mujer. ¿Por qué no contestaba? Quizá el chico no quería hablarle de su madre. Podía ser su hijo. Mi hijo. Giulio. Giulio también tendría dieciséis años. Estaría cansado, ahora dormiría con la cabeza apoyada en su hombro, en cuanto llegaran a casa se metería en la cama. Pobre muchacho, está cansado. Buenas noches, mamá. Buenas noches, Giulio. ¿No me das un beso, Giulio? ¿Otro? Mañana he quedado con Lorenzo en su casa. Sí, querido. Pero no me despiertes muy tarde. Esta noche estás muy cansado, Giulio, necesitas descansar. A las nueve, ¿vale, mamá? Mejor a las diez. Digamos a las nueve y media, ¿conforme? Sí, ahora dame otro beso y buenas noches, Giulio. Buenas noches, mamá. En su dormitorio todo está en orden, la bata en la butaca, en la mesita el vaso y la botella de agua mineral. De puntillas, dejando

la puerta entornada, eso es. Nunca se sabe, podría sentirse mal, necesitar algo. Duerme, parece un niño de diez años, tan rubio, tan pálido. Giulio sería moreno, como yo, como su padre. También Vincenzo duerme. Está cansado. Y duerme como un niño. Un niño grande, también. Pobres chiquillos. Sentía una gran ternura por aquellos dos chiquillos suyos. Paolo… ¡Qué pálido está! Duerme. Paolo había cerrado los ojos. Quizá era verdad que su madre no lo entendía. Debía de ser bella. El rumor del tren, aquel rumor continuo, le producía una extraña turbación. Le parecía que hacía más secreta la penumbra del compartimento, más mórbida la tibieza del aire, más dulce el peso vivo que sentía en el hombro. El tren corría con un estrépito remoto en medio de la claridad rosada de luna. Eran los últimos días de septiembre, una feliz noche de otoño. Aquel leve peso en el seno, la cara del muchacho tan cerca de la suya, aquella frente blanca, aquel cabello tan suave, tan liso. Sí, duerme, querido. Despacio, muy despacio, la mujer le pasó el brazo por los hombros, lo estrechó contra el pecho, le posó los labios en la frente.

Al leve contacto de los labios, Paolo despabiló, se desprendió suavemente del brazo de la mujer, se levantó, salió al pasillo. Acababan de pasar Civitavecchia, ya se veían a lo lejos las primeras luces de Roma. El tren bordeaba la costa, el mar brillaba como plata bajo la luna. Los compartimentos vecinos estaban vacíos. En el extremo del vagón, en uno de segunda clase, dormían dos hombres tumbados en los asientos. Paolo se asomó a una ventanilla, un intenso olor a alga venía del mar.

La mujer se había quedado en el asiento, se sentía sola, perdida, tenía la impresión de haber herido a alguien. Sentía un extraño remordimiento, un estupor doloroso. Se levantó, salió al pasillo. Paolo estaba allí, asomado a la ventanilla, el viento le agitaba el flequillo. La mujer le puso las manos en los hombros, respiraba levemente junto a su nuca. Así permanecieron largo rato, en silencio. Roma estaba ya cerca, un nubarrón con reflejos amarillos gravitaba sobre la ciudad. De pronto la mujer se separó del muchacho, se alejó de puntillas. Paolo oyó una puerta que se abría y se cerraba, al final del pasillo.

Cuando, unos minutos después, la señora Manara volvió, el muchacho seguía asomado a la ventanilla.

—Casi hemos llegado —le dijo al pasar por su lado, camino del compartimento.

Paolo se volvió, la siguió con la mirada: la vio entrar en el compartimento, oyó un grito ahogado, luego un fortísimo chillido, y la vio salir de nuevo tapándose la cara con las manos. Él corrió hacia ella, la abrazó. Manara estaba tendido en el asiento, con la cabeza torcida. Tenía la boca abierta, como si riera. Un hilo de sangre le caía por la cara.

II

Desde las primeras preguntas del comisario, Paolo se había dado cuenta con sorpresa de que ya había olvidado muchos detalles («los más importantes», decía el comisario) de la escena que se había ofrecido a sus ojos al entrar en el compartimento.

Se representaba la imagen del hombre tirado en el asiento, con la boca abierta y la cara ensangrentada, igual que si la viera en una foto desenfocada, en que el terciopelo rojo de los cojines fuera amarillo y el charco de sangre del suelo una mancha blanca, como de leche. Ni siquiera recordaba si el cadáver estaba de costado o de espaldas. La señora Manara había declarado que su «pobre Vincenzo» estaba tendido de costado, con la mejilla contra el respaldo.

—Puede ser —contestaba Paolo—, no lo recuerdo bien.

—Pues es un detalle de vital importancia —insistía el comisario, un joven delgado, de perfil duro y mirada de hastío, que volvía sobre este o aquel detalle con una insistencia que el muchacho no se explicaba.

Parecía que el crimen mismo, como hecho moral, no tuviera para el comisario sino una importancia secundaria. En su mente no había cabida más que para el cadáver de Vincenzo Manara, hijo de Alessandro y de Teresa Follante, nacido en Aquila degli Abruzzi el 9 de julio de 1889. Y al final del largo y minucioso interrogatorio, en la mente del comisario otra imagen había empezado a fundirse con la de Manara: la del asesino desconocido. Una figura al principio borrosa que paulatinamente se separaba del cadáver y cobraba forma humana. No, Paolo no sospechaba de nadie. ¿De quién iba a sospechar? No, desde luego, del ferroviario que lo había ayudado a separar a la pobre mujer del cuerpo de su marido, ni de los dos viajeros a quienes, al pasar por el pasillo, había visto durmiendo en

un compartimento de segunda clase al final del vagón, dos comerciantes que habían subido en Grosseto y no se habían enterado de nada —ni siquiera se habían despertado con los gritos de la señora Manara—, y que ahora hablaban tranquilamente con unos agentes en la sala de al lado. Pero daba la impresión de que el comisario sí empezara ya a ver clara y precisa aquella forma humana que se separaba del cadáver, su estatura, el color de la ropa y del pelo, las facciones; que la viera deslizarse por el pasillo, pasar por detrás del muchacho asomado a la ventana, entrar en el compartimento, dispararle un pistoletazo en la sien al hombre dormido, abrir la puerta y saltar del tren cuando éste entraba en Roma y reducía velocidad al llegar al cruce de Portonaccio. La indiferencia del comisario por el crimen mismo, su preocupación única por el cadáver y el asesino, como si la naturaleza del atroz asesinato se agotara en estas dos personas, aumentaban el estupor y el malestar que sus preguntas ociosas e insistentes habían suscitado en el muchacho desde el principio.

Ya era tarde, hacía rato que habían dado las dos. Sentada en una butaca de respaldo y brazos mugrientos, la señora Manara sollozaba. Estaba aturdida, mordía el pañuelo, se llevaba la mano a la frente, rompía a llorar con ahogo. Durante el interrogatorio al que el comisario la había sometido con una especie de piedad cortés, repitiendo las preguntas dos o tres veces, pidiéndole perdón por tener que reavivar un dolor perfectamente comprensible, la pobre mujer había contestado sí o no moviendo la cabeza o con frases breves dichas entre sollozos, mordiendo el pañuelo, contrayendo la cara como si quisiera gritar y se reprimiera, y dirigiendo a un lado y a otro una mirada apagada que parecía buscar a alguien que la ayudase a entender y responder. Aunque en su aturdimiento había menos incomprensión que estupor. «Muerto… Muerto… Muerto…», murmuraba en las breves pausas del interrogatorio. La única idea a la que su trastornada mente podía aferrarse, el único hecho que le parecía absolutamente cierto, era la idea, el hecho de que su Vincenzo estaba muerto. Lo que la horrorizaba no era el crimen, sino la muerte. En su semblante, la desolación se mezclaba con el espanto y la repugnancia. Su conciencia no se rebelaba contra el crimen o el asesino, sino contra la intrusión repentina, cruel, injusta de la muerte en su vida. Era

una rebelión de su cuerpo y de su alma contra el hábito católico y femenino de la aceptación de una justicia incomprensible e inevitable. Horrible justicia misteriosa, a la que ella se veía obligada a someterse, a resignarse, más por costumbre que por deber de conciencia. «Muerto… Muerto… Muerto…».

Paolo cerró los ojos, se esforzó por recordar al pobre Manara tendido en el asiento: al principio lo vio como un objeto inanimado, brillante, pulido, en un estuche de terciopelo rojo. Luego, poco a poco, ese objeto metálico se mueve, se transforma, se hace de carne y hueso, se convierte en un ser vivo que ríe, habla con una voz grave, un poco ronca, abre los brazos: «El coñac italiano… Quizá sólo sea una cuestión de palabras… ¿Qué tendríamos que reprocharnos?… Pues yo sí soy un hombre feliz…». Un hombre feliz, un buen hombre. Sostiene el vasito de aluminio entre el índice y el pulgar, mira sonriendo a su mujer: «Si no me equivoco, Luisa, tú conoces a la condesa Tolomei…». Alguien se le acerca empuñando una pistola, le dispara en la sien. Pero Manara sigue ahí, vivo, delante de él. Le parecía que la imagen de Manara no guardaba relación alguna con aquel cadáver tendido en el compartimento de un vagón custodiado por los carabineros en una vía muerta. Ni siquiera el crimen del que el pobre hombre había sido víctima tenía relación con aquel cadáver. Era como si el asesinato fuera un hecho en sí mismo, un hecho abstracto, puramente moral, no un hecho físico, y no guardara relación ni con el asesino ni con la víctima. Lo que ocupaba el pensamiento del muchacho era la idea del crimen, del crimen en sí mismo. Desde que había acudido al oír los gritos de la señora Manara, el muchacho vivía en angustia constante no por el crimen, sino por lo que inevitablemente seguiría al crimen, por las consecuencias de aquel hecho atroz. Tenía la impresión de respirar un aire puro, excitante y vivo como el aire de alta montaña. Sus pensamientos, sus sentimientos eran límpidos, precisos. Era como si de un momento a otro fuera a ocurrir algo excepcional, decisivo. Estaba seguro de que aquel crimen originaría una serie de hechos extraordinarios cuya concatenación lógica desconocía por el momento, pero cuyo carácter excepcional y definitivo, cuyo significado, cuya enorme importancia moral presentía. Aquel crimen cambiaría sin duda el curso y el sentido de su vida, de la

vida de todos. Y veía con decepción y rabia que nadie, ni el comisario, ni los dos comerciantes, ni los agentes que de rato en rato se asomaban a la puerta, ni la misma señora Manara, se daba cuenta de que eran testigos de un acontecimiento que cambiaría sus vidas. Aquel crimen había roto un equilibrio que parecía seguro, una armonía que parecía perfecta, no sólo en la conciencia y en la vida de ellos, sino en la existencia de todos, en la moral de todos.

—Un crimen atroz —dijo Paolo de pronto.

—Sí, sin duda —contestó distraídamente el comisario—, aunque no más que tantos otros.

Una expresión de viva sorpresa cruzó el semblante del muchacho.

—Es un crimen bastante vulgar —prosiguió el comisario—. Lo más probable es que el móvil sea el robo, aunque la cartera de la víctima haya aparecido intacta. O bien —añadió en voz baja, echando una ojeada a la señora Manara— se trate de una venganza…

—No creo que sea un robo —lo interrumpió Paolo—. Al acercarme al cuerpo, recuerdo que el chaleco estaba desabotonado y la cartera se le veía con claridad en el bolsillo interior. Bastaba con alargar la mano. Si el asesino no ha robado a la víctima no creo que fuera porque no tuviera tiempo, sino porque no era su intención.

—Puede ser, ¿por qué no? —repuso fríamente el comisario.

—¿Robo? ¿Venganza? —continuó el muchacho—. No, no creo que se trate de un crimen cualquiera, uno de esos típicos crímenes que pasan sin pena ni gloria, por decirlo así.

En ese momento, la señora Manara, que estaba encogida, con los codos en las rodillas y la cara entre las manos, alzó la vista y clavó en el muchacho una mirada asustada y sombría. Parecía haber envejecido diez años. Por la frente le caían mechones de pelo sudado, tenía las mejillas pálidas e hinchadas, mojadas de lágrimas, los ojos hundidos, unas ojeras oscuras, cargadas de llanto. Respiraba entrecortada y afanosamente, con los labios entreabiertos. Su aspecto era de abandono total, de resignación atónita. Más que presa de la angustia, parecía humillada. Una media se le había soltado de la liga, le había resbalado por la pierna y ahora colgaba sobre el zapato formando pliegues lacios. Volvía a ser una

provinciana, una burguesita de provincias. Eso puede hacer un dolor cruel, una desgracia repentina, en un ánimo no del todo aclimatado a las ficciones de una sociedad que no es la suya, un ánimo no del todo corrompido y envanecido por la ilusión de la riqueza y la felicidad. Miraba al muchacho como esperando que le dijera palabras de consuelo, que saliera en defensa de su pobre Vincenzo y de ella misma.

—Pues yo creo que es eso —prosiguió el comisario—: un crimen cualquiera, uno de esos que pasan sin pena ni gloria, como usted dice, un homicidio común y corriente, cometido por un criminal sin imaginación ni inteligencia y, más importante aún, sin valor. ¿Sabe por qué no le ha quitado la cartera? No porque no quisiera, ni porque no tuviera tiempo (en este mundo hay tiempo para todo), sino porque ha tenido miedo. Un mido sospechoso, unos pasos en el pasillo, y ha escapado. Un crimen vil y estúpido, y, lo que es más grave, inútil.

—¡¿Inútil?! —exclamó el muchacho con voz ronca, palideciendo ligeramente.

La mujer advirtió aquella repentina palidez y pensó: «Pobre muchacho. También ha sido un duro golpe para él». Una oleada de ternura que le inundó el pecho y rompió a llorar de nuevo, llevándose el pañuelo a la boca.

—¿Inútil? —repitió Paolo echando chispas por los ojos—. ¿Es que hay crímenes útiles?

—No quería decir eso —contestó el comisario con una sonrisa indulgente—. Me refiero a que, además de los crímenes cometidos por un móvil preciso, los hay que se cometen sin motivo, sin necesidad alguna, sin la excusa de la locura o la furia asesina, crímenes estúpidos y gratuitos para los que ni siquiera podemos plantearnos la clásica pregunta del *cui prodest*.

El muchacho permaneció un instante en silencio.

—Hay crímenes que no benefician a nadie en particular —dijo al cabo—, pero pueden beneficiar a todos en general.

—Me parece que no tiene usted una idea muy clara de lo que es un crimen —señaló el comisario sonriendo—. Es estudiante, ¿verdad?

—Sí, estoy terminando el bachillerato.

—Y, cuando lo acabe, imagino que se matriculará en la

universidad.

—No lo sé; supongo que sí.

—Yo también fui a la universidad y me licencié en derecho. Pero como corren malos tiempos para los abogados, hice oposiciones para comisario de policía. Es una profesión como cualquier otra. ¿De qué sirve tener una carrera hoy día? Cuando vaya usted a la universidad, le enseñarán que el crimen es una plaga social, peor que la tisis, peor que el cáncer. Por suerte no existe la sociedad perfecta. Si existiera, un solo delito, un delito cualquiera, bastaría para minar sus cimientos, para sacudirla de arriba abajo. Pero los hombres ya están acostumbrados a la idea del crimen. Los crímenes más horribles han dejado de turbar la vida social, la conciencia moral de las naciones. Para la sociedad, un crimen ya no tiene la importancia de antes.

—¿Dice usted que no existe la sociedad perfecta? —protestó el muchacho—. Sin embargo, vivimos tiempos de gran progreso moral. ¿Y no es la sociedad moderna lo más perfecto que puede crearse en materia de organización humana?

—Sin duda. De hecho, en los últimos diez años, desde que el régimen fascista ha intensificado su lucha contra el crimen, los delitos en general, y los homicidios en particular, han disminuido notablemente. Las estadísticas hablan claro.

—¿Y no puede ser que el crimen tenga más fuerza, sea más virulento, cuanto más perfecta sea la sociedad?

—No, no exactamente, aunque tampoco va usted descaminado. Hoy día, el crimen ha dejado de afectar a la moral individual: ahora afecta al Estado, a la sociedad en su conjunto. Por eso los delitos, cualesquiera que sean, incluso un simple robo, ya no son delitos contra la moral en abstracto ni contra la conciencia moral del individuo, sino contra la moral del Estado, que se supone que representa la moral individual y social. Cuanto más fuerte sea un Estado, cuanto más absoluta sea la forma del Estado, menos sensible es la conciencia individual y pública a la idea del crimen. En los Estados modernos, el individuo se entrega por completo al Estado: abdica incluso de su conciencia. El Estado sustituye al individuo incluso en la conciencia. Es un gran progreso, el verdadero gran progreso de la edad moderna.

—¿Y ocurre eso en Italia? —preguntó Paolo.

—Por supuesto que ocurre en Italia. Diré más: hoy, en Italia, gracias a la renovación de la vida nacional, a la nueva moral pública, han desaparecido las condiciones morales e históricas que favorecían la idea del delito. Todos los delitos caen, por decirlo así, en el vacío, ya no despiertan el morboso interés de antes. El crimen es ahora un hecho sin importancia que no afecta ni a la moral privada ni a la pública: sólo afecta a la moral del Estado. Pero éste sabe defenderse. Para eso estamos nosotros, ¿no? Antes, la defensora de la moral del Estado era la moral privada y pública, hoy los defensores somos nosotros.

—Señor comisario —terció de pronto la señora Manara, en un tono muy tranquilo—, mi marido nunca hizo mal a nadie, tenía un buen corazón. ¿Por qué lo han matado? ¡Oh!, ¿por qué lo han matado? —repitió, y rompió a llorar silenciosamente.

—Tranquilícese, señora, tranquilícese —respondió el comisario —. Verá como el culpable recibe el castigo que se merece. Lo atraparemos y recibirá su castigo, ya lo verá. Su marido será vengado.

—¡Oh, vengado! —exclamó la mujer entre sollozos, alzando una cara en que se mezclaban el estupor y la piedad—. ¡Vengado! ¿Cree que mi pobre Vincenzo quiere ser vengado? Era un buen cristiano, creía en Dios. Seguro que ya ha perdonado al asesino. Ya se encargará Dios de castigar al desgraciado. Vivirá atormentado por los remordimientos, tendrá su castigo, el castigo divino. —La mujer se llevó ambas manos a la cara y siguió llorando en silencio.

El muchacho había escuchado aquellas palabras con los ojos bajos, fijos en una esquina de la alfombra, en los zapatos del comisario, que asomaban por debajo de la mesa. La extraña palidez amarillenta de la frente resaltaba las dos manchas rojas de fiebre y cansancio que le habían salido en las mejillas. Dios se encargará de castigarlo. Atormentado por los remordimientos. La ley, la policía, la justicia, Dios. La cárcel, el infierno. Brigadas de policías daban caza al asesino, inspeccionaban las vías del tren entre Civitavecchia y Roma, rondaban por hoteles, pensiones, habitaciones de alquiler, casas, tras la pista de los viajeros del tren Genova-Pisa-Roma de las 23.45 horas. Agentes de la policía científica fotografiaban el cadáver, tomaban huellas sospechosas, analizaban los datos obtenidos por los primeros investigadores. Pero ¿y si el asesino no

temía ni a la policía, ni a la justicia, ni a Dios, ni la cárcel, ni el infierno? Atormentado por los remordimientos. ¿Y si tuviera la conciencia tranquila, completamente tranquila? ¿Y si su corazón friera tan sereno que no sintiera remordimientos? Además, ¿qué tiene que ver la policía con la verdad de un crimen, con la conciencia de un hombre? ¿Qué derecho tiene la policía a…? Sólo Dios puede… Estamos para defender la moral del Estado. La única moral que importa en un país civilizado. En la sala no se oían más ruidos que los silenciosos sollozos de la mujer, el rumor que hacía el comisario ordenando los papeles de la mesa y el sordo tictac de un reloj de péndulo. El muchacho levantó la vista. Eran casi las tres. En la pared de enfrente, a espaldas del comisario, colgaban dos grandes retratos del rey y de Mussolini, cuyos marcos eran cuatro fasces de madera dorada con las segures pintadas de plata. Encima de la puerta que daba a la sala de guardia, fijado a la pared, había un retrato de Pío XII dando la bendición, con una sonrisa bondadosa y el semblante serio y triste. Los ojos, que se le veían a través del borroso brillo de los lentes, también sonreían con bondad.

—Dígame —preguntó de pronto Paolo—, ¿creen los criminales en Dios?

—No todos, claro. Pero he conocido a muchos que sí creían y eran muy religiosos. Cuando trabajaba en la policía de Palermo, el capellán de prisiones, buen sacerdote y persona muy inteligente, me decía que entre un crimen y Dios hay siempre un nexo misterioso.

—No lo entiendo —murmuró el muchacho.

—Yo tampoco lo entiendo muy bien. Pero creo que se refería a que, en el escenario del crimen, además de las huellas dactilares del asesino, siempre se encuentran las huellas dactilares de Dios, digamos.

—¿Las huellas dactilares de Dios?

—No hay que tomarlo al pie de la letra —señaló el comisario—. Creo que se refiere a que Dios siempre se halla presente para cargar con parte de la culpa.

—Sí, es posible…

Paolo se volvió lentamente hacia la señora Manara, que lo miraba con ojos sombríos y febriles. La angustia, el estupor, la piedad daban a aquella mirada fija la lucidez de la mirada de un ciego. Desde la sala contigua llegaban voces cansadas, risas quedas.

Cada cierto tiempo alguien entreabría la puerta, echaba un vistazo al comisario, al muchacho, a la mujer sentada, casi acurrucada en la butaca, y desaparecía de nuevo, cerrando la puerta sin hacer ruido. Un tren silbaba a lo lejos. Paolo pensaba en el hombre muerto y sentía una piedad sincera. Pobre hombre, ¿qué culpa tenía? No, no tenía culpa alguna de lo que había ocurrido, ni de lo que sin duda ocurriría. Porque estaba claro que algo extraordinario sucedería: aquel crimen era el primero de una serie de acontecimientos que cambiarían la vida de todos. Al día siguiente, al cabo de unas pocas horas, la prensa informaría del atroz asesinato y la vida social y moral de la nación quedaría alterada, perturbada por aquel hecho trágico.

—Estará usted cansado —dijo el comisario con cortesía—. Siento tener que retenerlos tanto tiempo, pero es una formalidad que debo cumplir. Hasta que la jefatura me autorice a dejarlos marchar. ¿Quiere leer algo? —añadió ofreciéndole un periódico.

—No, gracias —contestó el muchacho. En efecto, estaba cansado, pero no tenía sueño. Se sentía fresco y despierto de mente, percibía nítidamente hasta el ruido más leve, las voces de los viajeros y ferroviarios que había bajo el techo de la estación, el silbido de una locomotora a lo lejos, hacia Portonaccio, el zumbido de un motor eléctrico, un rumor de papeles de la sala contigua, un lejano repique de campanas.

—¡Quiero verlo! —exclamó de pronto la señora Manara poniéndose en pie—. ¿Dónde está? ¿Adónde lo han llevado? ¡Oh, Vincenzo! ¡Vincenzo! —Su voz ronca y desolada contrastaba de manera singular con la dulzura del rostro.

—Lo verá mañana, dentro de unas horas —respondió el comisario, acercándose a ella y obligándola a sentarse de nuevo con amable determinación—, ahora es imposible; mañana, en cuanto terminemos con las formalidades legales. Entiéndalo, no es culpa nuestra, debemos cumplir con nuestro deber. Mañana lo tendrá usted en su casa, dentro de unas horas. —Hablaba en voz baja. Quizá también estaba algo conmovido. Cuando iba a sentarse a la mesa sonó el teléfono, que descolgó con un «¡Ajá!» de alivio—. No, señor, ninguna novedad… Sí, ya me he encargado… Eso es, Tolomei… Sobrino del senador… Sí, sobrino… No, no hemos informado al senador… No ha querido, dice que se lo explicará él

mismo. Quizá sea mejor así… Claro, claro, ya se entiende… Desde luego, con todo el respeto… Muy bien, señor.

Colgó, se disculpó de nuevo ante la señora Manara y el muchacho. No era culpa suya, eran formalidades, les pedía mil perdones por haberlos retenido hasta aquella hora, mandaría que los llevaran a casa. ¿Tenía la señora coche?

Ah, mucho mejor. ¿Y usted?

—No se moleste, tomaré un taxi —contestó el muchacho.

—Yo lo llevo —propuso la señora Manara—, el conde Tolomei vive cerca de mi casa.

—Gracias —dijo Paolo y, dirigiéndose al comisario, añadió—: Querría pedirle un favor.

—No se preocupe —dijo el comisario—. Le aseguro que su nombre no aparecerá en la prensa, por consideración a su tío, a su familia. Ahora sólo pasamos a la prensa un breve comunicado. El Duce no desea que se hable de crímenes. Y hace bien —agregó, cuando salían a la explanada de la estación, enfrente del Instituto Massimo—. Cuanto menos se hable de ello, mejor.

—No, no era… —replicó Paolo visiblemente turbado, pero se interrumpió, vaciló—. ¿Dice que la prensa tiene prohibido informar de crímenes?

—¡Sólo nos faltaría eso! —exclamó el comisario riendo.

Paolo se despidió deprisa del comisario y subió al coche de la señora Manara, quien, aovillada en un rincón, lloraba en silencio.

Aún era de noche, pero los árboles de Villa Borghese se recortaban ya, como bultos negros e informes, contra el cielo pálido. Una claridad lechosa se difundía poco a poco por el firmamento azul. El coche rodaba con un susurro leve por el asfalto cubierto de escarcha. Los faros hacían más densa la oscuridad, pero al fondo de la avenida, donde se veía un retazo de cielo, la oscuridad dejaba paso a una bruma plateada, que tenía algo marino y anunciaba el alba. La residencia de los Manara estaba en lo alto de una colina, pasado el barrio de Parioli, y dominaba el valle del Tíber y la ribera de Acqua Acetosa. Era un edificio de estilo moderno, rodeado de un amplio parque donde se veían algunos helechos, vestigio del bosque tupido que no muchos años atrás ocupaba aquella agreste zona de la ciudad. Los sirvientes esperaban levantados y con una expresión consternada que el sueño volvía

estúpida. Todos acudieron al encuentro del ama, quien, nada más pisar el vestíbulo, repleto de mármoles, cristales y cromados relucientes, prorrumpió en un llanto incontenible. Conmovidos por aquellas lágrimas, los sirvientes se detuvieron en seco, como si no se atrevieran a acercarse más, y allí se quedaron plantados, mirando a Paolo con sorpresa y curiosidad. Apoyada en el hombro del muchacho y deteniéndose a llorar a cada paso, la señora Manara se dirigió a la escalera. Miraba a ambos lados como si no reconociera el lugar, aquel lugar del que había salido unos días antes siendo una mujer feliz y al que ahora regresaba con olor de muerte en la ropa, con olor de sangre en el pelo. Paolo observaba con una mezcla de curiosidad e indiferencia aquella escena que, por el esplendor del recinto, la actitud tiesa de la servidumbre, el llanto noble de Luisa y los sollozos de una vieja criada que se había quedado como una estatua al pie de la escalera, tenía algo de convencional y a la vez de extraordinario.

Días antes, aquella casa, aquellos brillos, aquel lujo de mal gusto se correspondían con los gestos, las maneras, el tono de los amos. Pero ahora Luisa parecía abrumada por la profusión de lámparas, mármoles, espejos y aceros relucientes. Su ser verdadero, su ser sencillo de buena burguesa provinciana, se revelaba al fin en toda su crudeza. Ahora no era más que una pobre mujer con un vestido de lana azul arrugado que hasta hacía unas horas había sido elegante. Una media le colgaba por la pantorrilla. Estaba despeinada y por la frente y la nuca le caían mechones sueltos, empapados de sudor y lágrimas. Bajo los focos, Paolo reparó en una gran mancha oscura en la falda, a la altura de la cadera, y que podía ser de sangre. Hizo una seña a la anciana criada, que acudió, miró la mancha y dio un grito. Aquel grito hizo reaccionar a los demás sirvientes. Rápidamente rodearon al ama, que, sollozando aún más, se dejó caer en sus brazos, y todos juntos la tomaron en peso y la subieron al primer piso, donde se oyeron puertas que se abrían y se cerraban, sollozos ahogados y pasos presurosos que iban y venían por los suelos de mármol.

Paolo se había quedado solo en el luminoso vestíbulo (los ruidos cesaron pronto y ahora reinaba un profundo silencio) y ya se dirigía a la puerta, dispuesto a marcharse, cuando creyó oír unos pasos quedos. Desde lo alto de la escalera, un sirviente le indicaba por

señas que subiera.

—La señora le ruega que espere —le dijo el hombre en voz baja cuando subió, y abriendo una puerta del rellano lo hizo entrar en una salita iluminada por una gran lámpara y se retiró en silencio. La salita comunicaba con una gran estancia oscura, al fondo de la cual se veían unas ventanas por las que se filtraba la claridad del alba. Paolo esperó unos minutos en la salita, luego entró en la otra sala y giró la llave de la luz. En medio de la estancia había una mesa grande, puesta para dos personas. El mantel de lino blanco, los vasos de cristal reluciente, los platos de cerámica, los cubiertos de plata daban una impresión de riqueza ostentosa. Pero luego, observando mejor, Paolo se dio cuenta de que en aquel lujo, señal del enriquecimiento fácil de los dueños, había una especie de sencillez secreta, algo (en el momento no sabría decir qué) que revelaba unos gustos simples, unos sentimientos antiguos y familiares. Algunos objetos decorativos (un jarrón de barro de Deruta, una garrafa de vidrio verde oscuro, como las que usaban antaño los campesinos umbros, un frutero de cerámica con melocotones, manzanas y cerezas también de cerámica, toscamente pintadas) contrastaban con la riqueza de los muebles, todos de maderas nobles y algunos revestidos de piel de pez, de escamas menudas de reflejos metálicos, verdes, azules, amarillos, y daban al ambiente un toque casero, como si la persona que los había puesto allí hubiera conservado, pese al paso de los años y al cambio de fortuna, la modestia original, el amor por las cosas sencillas de la provincia. Encima de la mesa, sobre una gran bandeja, en platitos de cristal, había entrantes variados: ensalada de gambas, mayonesa de pescado, alas y muslos de pollo, fiambre de ternera, jamón y, en un plato de porcelana ribeteado de oro, una lata de sardinas abierta, con la tapa de hojalata enrollada en el abridor. Pero, más que la lata de sardinas, sorprendió gratamente a Paolo una hermosa hogaza de pan moreno de costra cobriza cubierta de mil cascarillas de salvado doradas y brillantes. Era una hogaza de pan casero, como las que se ven en las mesas de los campesinos abruceses. El muchacho creyó haber descubierto el secreto de aquel hogar, de aquella familia, de aquellos dos buenos provincianos ricos, demasiado ricos, que en realidad seguían siendo fieles a los gustos sencillos de la provincia lejana. Aquel pan le recordó al pobre

Manara tendido en el asiento, en la penumbra del compartimento, y a Luisa, que lloraba sola en su lecho, en aquella casa que de pronto se había vuelto extraña y fría. Sin darse cuenta, había apoyado la mano en la mesa y notó que el mantel era de un lino basto, pero suave, de ese lino antiguo que pasa de madres a hijas en las casas de provincias. Aquellas copas de cristal, aquellos cubiertos de plata, aquellos platos de cerámica bohemia, al contacto con aquel tosco mantel parecían perder su brillo ostentoso, su valor excesivo, y volverse también objetos viejos, copas, cubiertos, platos heredados de generación en generación. Le entraron ganas de tocar el pan, de palpar la dura costra. Partió un trozo y se lo llevó a la boca. Tenía el estómago cerrado, pero el sabor a la vez áspero y delicado, y el rudo contacto del pan con el paladar, le hicieron sentir la comida apetecible. Se acercó a la ventana y apoyó la frente contra el cristal. El movimiento de las mandíbulas al masticar se comunicaba a la frente y las sienes y de éstas al cristal, que temblaba. Por la ventana se veía, sumida en una penumbra azul, una masa de helechos y pinos que poco a poco descendía hacia el río. Aquí y allá, entre la fronda, blanqueaban las paredes de las villas vecinas, aún sumidas en la bruma del día naciente. Del valle del Tíber se alzaba una niebla grisácea y sobre los árboles y prados se difundía una luz verdosa. En aquella claridad el río se veía opaco y los halos luminosos de las farolas que aún quedaban encendidas a lo largo de la orilla iban apagándose poco a poco, a medida que el cielo se teñía de la blancura rosada del alba.

De pronto el muchacho oyó un ruido a sus espaldas, como un crujido, y se volvió. La señora Manara lo miraba inmóvil desde el umbral. Llevaba una larga bata de seda celeste que la cubría por entero, pero que dejaba a la vista el nacimiento de los hombros. La tersura de la seda contrastaba delicadamente con la palidez del rostro. Los ojos tenían un brillo triste y febril. Se había peinado y recogido el cabello en la nuca, y la frente se le veía ahora blanca y despejada. Las cejas negras se perdían de manera imperceptible en las sienes anchas y desnudas, que una fina arruga, como una grieta, surcaba hasta más abajo de la oreja. Paolo notó que se había dado un toque de carmín y se sintió violento. Aquella boca roja pero ya ajada, en aquel rostro pálido y severo, causaba una impresión ambigua, de coquetería triste y vergonzante, que contrastaba con la

mirada humilde y la incipiente flaccidez del cuello y los hombros, unos hombros aún orgullosos que ella se cubría a ratos, con gesto maquinal, cuando se cerraba el escote de la bata. Las lámparas iluminaban crudamente la piel lisa y suave del pecho y la garganta. Cuando franqueó el umbral, la bata se abrió y descubrió hasta más arriba de la rodilla, como un relámpago, una media de seda clara.

—Perdona que te haya dejado solo —dijo acercándose a la mesa, y añadió, con ademán vago—: Y perdona también el desorden de la casa.

Aquel tuteo familiar, en aquella frase convencional, lo sorprendió con desagrado. En las palabras, en el tono, en los gestos de aquella mujer había algo ambiguo que Paolo percibía de una forma oscura y que lo turbaba.

—¿Nos sentamos a la mesa? —propuso la señora Manara.

Sólo entonces reparó Paolo en el anciano sirviente que había detrás de ella. Tenía el hombre los ojos rojos, sin duda de haber llorado y de sueño, y las manos, calzadas con guantes blancos, le temblaban ligeramente. A una seña del ama se acercó a la mesa y empezó a servir la cena. El muchacho tuvo la sensación de que el criado lo miraba con expresión de reproche cariñoso.

—Si usted dispensa… —se excusó Paolo.

—No, no —se apresuró a replicar la señora Manara, como adivinando lo que iba a decir—, creo que una taza de caldo te sentará bien. Estás cansado y a tu edad, cuando se está cansado, hay que comer.

Lo dijo sonriendo, con una voz nueva, casi juvenil. Con sorda irritación, Paolo notó que en aquella voz, en aquellas palabras, había más cortesía convencional propia de ama de casa que cariño de madre. Se esforzó por pensar en el muerto, por traer a la memoria los detalles atroces de la escena del crimen, para que la ligereza y mundanidad de Luisa, el fulgor de las luces y la rica mesa no pudieran mitigar ni en él ni en los de su entorno el horror del trágico suceso. «¿Será posible», se preguntaba, «que esta mujer haya olvidado ya lo ocurrido? ¿Que no parezca afectada por el crimen? Aunque también puede ser que el asesinato de su marido la haya trastornado hasta tal punto… Y ahora está interpretando una comedia sin darse cuenta. Ésta quizá sea la primera señal del enorme poder destructivo que tiene un crimen en el ánimo humano,

en la vida social, en la conciencia moral de los individuos, de toda la sociedad». Esta idea le procuró cierta paz. Estaba tan sumido en sus reflexiones que no reaccionó hasta que Luisa posó una mano en su brazo.

—Te has portado como un hijo conmigo —estaba diciendo la mujer, con los ojos humedecidos. Era una mano menuda, rolliza, sonrosada, que contrastaba con la blancura de la muñeca y el antebrazo, que la ancha manga de la bata descubría hasta el codo.

—Cualquiera habría hecho lo mismo —contestó él sin mucha convicción.

—¡Oh, no! —exclamó la mujer, negando con la cabeza y sonriendo entristecida—. ¡Nada de eso! Sólo un joven noble y generoso, de noble familia como tú, podía comportarse como te has comportado, como un caballero. Escribiré a tu madre para decírselo. Quiero darle las gracias por lo que has hecho por mí.

—Mi madre se sentirá muy halagada —respondió él con un dejo irónico.

—Imagino que algún día la conoceré, ¿verdad? Me la presentarás, me visitaréis. Ah, bien sé que no pertenezco a su mundo, que soy una simple burguesa, pero tu madre es toda una señora y no se avergonzará de venir a esta casa, de consolar con su presencia a una pobre mujer que sufre. —Tenía los ojos hinchados de llorar, pero sonreía con una expresión extraña, a la vez tímida y frívola, que la rejuvenecía. En su rostro se apreciaban las señales de un conflicto íntimo: el conflicto entre su deseo de mostrarse cortés y el dolor que sus palabras le causaban—. Háblame de tu madre. ¿Cómo es?

—Si la conociera, estoy seguro de que no le gustaría.

—¿Que no me gustaría? —repuso Luisa, muy sorprendida—. ¿Y por qué no?

—No lo sé —contestó Paolo bajando los ojos—. Quizá porque están muy lejos una de otra, porque son muy distintas. Además, mi madre no concibe el dolor. Lo odia. No cree ni en el dolor ni en el mal. Vive en un mundo feliz, en un mundo perfecto que se inventa y que para ella es la única realidad que existe. —Y tras un instante de vacilación, añadió, en tono triste—: Usted no sabe lo que es mi madre. Una egoísta, eso es.

—¿Muy distintas? —murmuró Luisa sin apartar la vista del

plato. Y, en un arranque de amor propio, alzó la cara y dijo—: ¿Quieres decir que tu madre es una gran señora y yo…?

—No —la interrumpió Paolo—, no es eso. Mi madre es una mujer de gustos sencillos, una señora de verdad. En eso sí se entenderían. Es que vive fuera de la realidad, en un mundo imaginario, donde no existe el mal, ni el dolor, donde sólo existe el bien, donde todo es perfecto, donde solamente caben los propósitos elevados, los ideales nobles, donde todo es armonía, una armonía sublime e idiota. —Se interrumpió, se echó a reír, tomó el vaso lleno de vino y lo apuró de un trago—. Estoy seguro de que, cuando se entere del crimen y de que me he visto envuelto en él, lo pasará fatal. Caerá enferma, estará indispuesta quince días. El crimen alterará profundamente su vida. ¡Su hijo mezclado en un asunto tan horrible! Estoy seguro de que se lo tomará como una gran desgracia. —El muchacho había pronunciado las últimas palabras en un tono sarcástico que no escapó a Luisa.

—¡Pues entonces —exclamó ésta— hay que evitar que tu madre se entere de lo ocurrido! No debe enterarse, no, no debe. Yo misma llamaré a tu tía mañana y le pediré que no se lo diga.

—Es mejor que mi madre lo sepa todo. Sí, debe saberlo. Le escribiré, se lo contaré todo. Estoy seguro de que le hará bien. Sufrirá un trastorno, se volverá medio loca, pero le sentará bien, le demostrará que…

—No, no —dijo Luisa apretándole el brazo con fuerza—. Tu madre es una santa, ¿a que sí? Dime que es un ángel, que es una santa. Dime que la quieres, que te quiere, que es feliz por tener un hijo como tú.

—Por favor, no hablemos de mi madre —pidió el muchacho zafándose.

Luisa lo miró con estupor doloroso. A sus ojos asomaron unas lágrimas que resbalaron lentamente por sus palidísimas mejillas.

—No quería disgustarte —dijo tras un largo silencio—. ¿Acaso he dicho algo que no debía? —añadió con humildad.

—No, no es eso —murmuró él bajando la vista—, no es eso, es que no quiero…

—Si yo tuviera un hijo —lo interrumpió ella con una tristeza infinita—, si mi hijo estuviera vivo… —Hizo una pausa y prosiguió, en tono resuelto—: Estoy segura de que tu madre me comprendería,

se compadecería de mí. Tú también me compadeces y me quieres, ¿verdad? —Mientras decía esto, intentó tímidamente acariciarle la frente.

Pero Paolo retiró de repente la cabeza y dijo:

—Es tarde. Con su permiso, debo irme… No quisiera…

—¿Irte? —exclamó Luisa—. ¡Nada de eso! Esta noche duermes aquí, he mandado preparar una buena cama, es una habitación muy bonita. Y mañana te vas tranquilamente a casa de tu tío. Se ha hecho muy tarde.

—Es que me esperan, sabían que llegaba esta noche y estarán preocupados.

—Pensarán que has cogido otro tren y llegas mañana. Los telefonearé a primera hora y se lo explicaré todo. Seguro que a tu tío le parece bien que duermas aquí.

—Sí, quizá tenga razón —admitió Paolo—. La verdad es que estoy cansado y deseando meterme en la cama.

—¡Oh, gracias! —murmuró la mujer, emocionada—. No sabes cuánto te lo agradezco…

El muchacho levantó los ojos y la observó con curiosidad: tenía una expresión triste y feliz, una gran vena azul y palpitante le cruzaba la garganta, los ojos cargados de llanto ardían con un fulgor negro.

—Tú también debes de estar cansado, pobre Giuseppe —le dijo la señora Manara al sirviente—. Vete a la cama. Ya no te necesito. Gracias, Giuseppe.

El viejo la miraba emocionado, con los labios temblorosos y los ojos llenos de lágrimas.

—Si me necesita para algo, si desea que me quede levantado…

—No, no, vete a la cama, Giuseppe —repitió ella.

El sirviente se retiró y la mujer y el muchacho se quedaron solos. Ya casi era de día. Una claridad blanca envolvía los árboles del parque, una niebla leve empañaba las ventanas.

—Si tuviera un hijo —dijo ella tras un largo silencio, mirándolo con ojos brillantes y febriles—, ahora me sería de muchísimo consuelo, me daría mucha fuerza. Me sentiría menos sola. Y soportaría con más ánimo esta horrible desgracia. ¡Oh, Dios mío! —exclamó de pronto, poniéndose en pie y precipitándose hacia la puerta—. ¡Oh, Dios mío, mi pobre Vincenzo, mi pobre Vincenzo!

El muchacho la alcanzó en el umbral, la sostuvo entre sus brazos. Así dieron unos pasos por el cuarto contiguo, ella con la cabeza apoyada en el hombro de él y sollozando. Pero de pronto Luisa se detuvo, como si le faltaran las fuerzas. Paolo la sentó cuidadosamente en un sofá, frente al que había una mesita con una botella de coñac y unos vasos. Paolo sirvió un poco en un vaso y se lo ofreció.

—Beba, le sentará bien.

Temblando, la mujer apuró el coñac de un trago. Los ojos le echaban chispas, respiraba con sofoco y tenía los labios emblanquecidos.

Así, casi abrazados, permanecieron en silencio unos minutos. Poco a poco la respiración de Luisa se calmó, algo parecido a una sonrisa afloró de nuevo a sus labios y sus ojos humedecidos brillaron con una luz más serena.

—Ven —dijo entonces—, te enseñaré tu habitación. Es tarde y tienes que dormir.

Le tomó la mano y lo condujo por un largo pasillo a un cuartito blanco, con muebles de madera clara. Una estantería ocupaba una de las paredes hasta la puerta del baño. Las cortinas eran verdes y la claridad de la mañana proyectaba sobre las paredes un reflejo ondulante de hierba y hojas.

—Ésta hubiera sido la habitación de Giulio, de mi hijo —explicó Luisa pasando la mano por la manta verde claro, por la almohada blanca—. Ahora acuéstate. Mandaré que te despierten.

—No muy tarde —pidió Paolo.

—Estás cansado y necesitas reposar. ¿Te parece bien a las once?

—Sí, me parece bien. No sé cómo darle las gracias, es usted muy amable.

—¡Oh, Paolo! —exclamó ella acariciándole el pelo—. Soy yo quien te da las gracias. Has sido un encanto. Buenas noches. —Lo miró un momento sonriendo, echó un vistazo al cuarto, a la botella de agua mineral de la mesita, a la butaca que había junto a la cama… Abrió la puerta del baño, se asomó, fue a la ventana, se aseguró de que los postigos estuvieran bien cenados, pasó una última vez la mano por la almohada. Ya en la puerta, se volvió sonriendo y dijo—: Buenas noches, Paolo. —Y salió lentamente.

Una vez solo, Paolo deshizo la maleta, colocó en el tocador los

peines, las tijeras, las botellas de agua de colonia y de Pond's Extract. Se desvistió despacio, se puso el pijama, se acercó a la ventana, corrió las cortinas y miró el parque. La gravilla del paseo brillaba y parecía un río que discurriera entre las sombras de los helechos y los pinos, que empezaban a teñirse de azul y plata. Sobre el río rayaban las primeras luces del alba. El sol aún no había asomado por el horizonte y las copas de los árboles, las fachadas y los muros de las villas, las orillas del Tíber pobladas de juncos y retamas, parecían hechos de una materia brillante y maleable, mezcla de tierra y aire. Por la carretera que bordeaba el río se veían pasar grupos de obreros en bicicleta, algún camión cargado con material de construcción, y el ruido de los motores, el rechinar de las ruedas, se oían atenuados, pero claramente. De un horno de ladrillos en la orilla de enfrente se elevaba un humo azul turquesa. En torno a una hoguera de zarzas había unos obreros que debían de estar preparando café; otros salían de una cabaña con el torso desnudo y una toalla al hombro y echaban a correr por la hierba, algunos se lavaban en el río, agachados en la orilla.

«Aún no saben nada», pensó Paolo.

De pronto creyó oír un grito ahogado, un golpe sordo, seguidos de un gemido, una especie de queja. Entreabrió la puerta. El pasillo estaba sumido en una luz fría. Permaneció a la escucha. Los gemidos venían de un cuarto cercano. Se acercó a aquella puerta, aguzó el oído, giró lentamente el pomo, entró. En el suelo, junto a un reclinatorio, entre la cama y la pared, yacía Luisa, medio desvanecida. La levantó con cuidado, la tendió en la cama. La mujer abrió los ojos, lo miró con ojos apagados.

—¡Oh, Paolo, Paolo, hijo mío! —exclamó rodeándole el cuello con los brazos y atrayéndolo hacia sí.

Lloraba convulsivamente, Paolo notaba las lágrimas mojándole la cara. El seno de la mujer le palpitaba en la mejilla.

—No, eso no, no desespere usted —dijo tratando de liberarse del abrazo.

—¡No me dejes, no me dejes! —exclamó ella sollozando—. ¡Quédate conmigo, tengo miedo, quédate conmigo! Aquí, a mi lado.

—¿De qué tiene miedo? No, no me voy, no tenga miedo —le susurró Paolo al oído, acariciándole el pelo revuelto.

A lo lejos se oía un ruido vibrante, un silbido quejumbroso.

—El tren —murmuró ella, conteniendo los sollozos.

En la habitación apenas se oían aquellos sollozos ahogados, aquella respiración sofocada, el lejano silbido del tren.

—¿Por qué no me llamas Luisa? —dijo la mujer, con un hilo de voz—. ¿Por qué no me tuteas, Paolo? Podría ser tu madre.

Él no contestó. La mujer lo oprimía fuertemente contra su pecho, le acariciaba el pelo con mano temblorosa, lo besaba en la frente.

—Paolo, ya no tengo a nadie en el mundo. Estoy sola. ¿Qué me importaría nada ni nadie, si tuviera un hijo como tú? Y mi pobre Vincenzo —dijo, rompió a llorar de nuevo y empezó a besar con frenesí el cabello, la frente, la oreja del muchacho— también se alegraría y sufriría menos si supiera que me deja con un hijo, con un muchacho como tú. Pero estoy sola, te irás, me quedaré sola. ¿Por qué quieres irte? No te vayas, Paolo, escribiré a tu madre, le rogaré que te deje conmigo. Estudiarás en Roma, te tendré aquí, en mi casa, conmigo. Dime, Paolo, ¿quieres?

—No puedo, sabes que no puedo, Luisa.

—¿Por qué no? ¡Oh, sí! Verás como tu madre… Serás muy feliz. Tú también quieres vivir conmigo, ¿a que sí? ¡Oh, Paolo, dime que me quieres!

—Sí —murmuró el muchacho—, sí, te quiero, Luisa.

Había empezado a desvestirla. Bajo la bata, la mujer llevaba una falda corta de seda blanca que le llegaba a la rodilla. Para sacarle los brazos de las mangas de la bata, Paolo tuvo que ponerle la mano en la espalda y levantarla primero de un lado y luego del otro. La mujer se dejaba hacer, con la cara vuelta y los ojos medio cerrados. Lloraba en silencio y sonreía con dicha.

—Sí, sí —decía el muchacho—, sí, Luisa, sé buena, tienes que descansar, estás cansada, mañana hablaremos de todo, ahora duerme.

Y, mientras, con manos inexpertas, le quitaba la falda, muy despacio, con cariño y paciencia. Quiso soltar las ligas, ya había empezado a quitarle las largas medias, cuya seda susurraba entre sus dedos, pero se detuvo: vio unos muslos blancos y mórbidos. Luisa lo miraba con los ojos entornados, sonriendo. Estaba casi desnuda, la camisa apenas le llegaba a la rodilla. Los senos palpitaban bajo la seda, rosados y opulentos.

—Dime que no te irás, quédate conmigo, no me dejes, Paolo —dijo la mujer abrazándolo.

—Duerme, Luisa, ahora tienes que dormir.

—Llámame mamá —murmuró ella cerrando los ojos.

—Sí, mamá —repuso él casi sin voz. Y soltándose delicadamente de los brazos de ella, salió de puntillas.

III

Paolo despertó hacia las dos de la tarde. No se oía nada ni en el pasillo ni en las habitaciones. La casa parecía abandonada. Aquel silencio le trajo a la memoria al hombre tendido inmóvil en el asiento. Por un momento tuvo la impresión de hallarse encerrado en el compartimento de un tren parado en mitad de la nada. Se levantó de la cama, abrió la ventana. Era un día sereno, la luz caía clara y firme sobre los árboles y un sol dorado iluminaba los tejados y las terrazas de las villas. Entró en el cuarto de baño, se miró en el espejo, vio una cara tersa y sonriente. Había dormido profunda y plácidamente, se sentía descansado y se notaba la boca fresca y suave. Algo extraordinario había ocurrido en su interior, sin duda. Como si su conciencia se hubiera liberado de una carga. Se dio un baño tibio que acabó de disipar ese leve entumecimiento que deja en los miembros cansados el haber dormido mucho y bien. Normalmente, a aquella hora, Giovanna estaba en el club de golf de Acquasanta. La telefonearía y se lo contaría todo, nunca le había ocultado nada a su hermana, tampoco tenía nada que ocultarle. Al pensar en la voz turbada de Giovanna, sonrió. ¿Qué te ha pasado? ¿A qué viene tanto misterio? ¿Dónde has pasado la noche? ¿En la cárcel? ¿No te habrán metido en la cárcel? ¿No? ¿Entonces dónde? ¿En casa del muerto? ¿De la mujer del muerto? ¿Qué? Sí, lo entiendo, pero ¿por qué no viniste anoche? ¿Cómo se llama esa mujer? ¿Manara? ¿Cómo dices? ¿Luisa Manara? ¿Y quién es? Se echó a reír, imaginándose la cara pálida de su hermana, aquella cara fina, fría, severa, la misma cara que su madre.

A aquella hora, Giovanna caminaba, *club* en mano, por los *links* de Acquasanta, cubiertos de manchas amarillas, recorridos por surcos rojizos. Caminaba con su paso largo y resuelto por el escenario triste y solemne de la campiña romana, de los montes

Albani, que se veían azules en un cielo rojo, de la tumba de Cecilia Metella, de blancas nubes que se elevaban perezosamente del mar, de las murallas rojas de la Porta San Sebastiano, sin imaginarse que su hermano se había visto implicado en aquel crimen atroz. Paolo estaba seguro de que la noticia le causaría una honda impresión. Ella huye de todo cuanto puede turbarla, no quiere saber nada de tristezas ni molestias. El dolor la repugna. La sangre, la enfermedad la horrorizan. Es una egoísta, eso es. Ella también. No quiere a nadie, ni a mamá. Bueno, quizá a mí sí me quiere. A su modo. Y reflexionó sobre esto. La casa estaba en silencio. No se oía un solo ruido, ni siquiera de pasos. Me quiere, desde luego: pero no como se imagina mamá, no como cree tía Dorothy. Me querrá mientras la necesite, mientras necesite su protección. Cuando deje de necesitarla… Es una egoísta, pero sabe sufrir, sufrir por los demás, aunque lo disimule. Es orgullosa, no quiere que sepa lo que piensa, lo que siente. Cuando se lo cuente, seguro que me entiende. No tendrá miedo, estará de acuerdo conmigo, no como los demás. Como mamá. Pasó un camión por la carretera del río, los cristales de las ventanas tintinearon levemente. Poco a poco, los pinos y cipreses de la Vía Apia, los arcos de los acueductos, los prados verdes y amarillos de Acquasanta, dejaron paso en su imaginación al suave e inteligente paisaje toscano: olivos de tornasoles plateados, viñedos púrpuras, campos verdes y dorados, sauces encendidos, negros cipreses que se elevaban como fechas en lo alto de los montes, contra un cielo azul y gris, casas campesinas a la sombra de nogales y robles que blanqueaban junto a dorados almiares, y allá a lo lejos, apenas visible en la reposada luz del otoño, la raya azul del mar.

Mamá, desde luego, aún no sabe lo del crimen: no lee la prensa. (Aunque, según ha dicho el comisario, en los diarios no saldrán más que unas líneas. Los que sí lo sabrán ya son los de la Torralta, este tipo de noticias vuelan). Mamá no se lo espera, desde luego. ¡Y precisamente esta mañana, con el hermoso día que hace! A esta hora estará dando una vuelta por los caseríos, en su vieja calesa verde. No, es muy tarde. Son las dos. Entonces estará en el porche, recostada en su butaca, con un libro en el regazo. Una novela inglesa, sin duda. Del pelma de Galsworthy. Tiene los ojos cenados, duerme. Es la única hora en que uno puede estar seguro de que

duerme. Por la noche nunca se sabe si está dormida o despierta. Se despertará a las tres, como siempre, exactamente a las tres. Fresca como una rosa, con todos sus cabellos, todas sus arruguillas, todos los pliegues de la ropa en perfecto orden. Don Romano está allí, de pie, tras el respaldo de la butaca, puntual. Como un mayordomo, un chambelán, un maestro de ceremonias. Don Romano lo es todo en la Torralta: el confesor de la condesa Alberta Tolomei, el preceptor de Paolo y Giovanna, el director de conciencia de todos los campesinos, los guardas, y también el párroco de la Torralta. Un buen cura, por supuesto, un buen hombre, y no tan tosco como parece. Persona de mucho juicio. Todos los días, a las tres, don Romano sube lentamente la escalinata de la villa, una villa de tiempos del gran ducado de la Toscana, rodeada de pinos, cipreses y robles, llega al porche, sumido en una penumbra amarilla y verde, se acerca de puntillas a la butaca donde la condesa, con los ojos semicerrados y el índice de la mano derecha metido entre las páginas de un libro, duerme, y se detiene a una respetuosa distancia. Todos los días, a las tres, la condesa despierta, mira a ambos lados, sabedora de que don Romano está ahí, detrás de ella, y le pregunta en voz baja:

—¿Alguna novedad?

—No, ninguna.

¿Qué novedades puede haber en un Estado perfecto?

Pues la finca de la Torralta es un verdadero Estado, aunque pequeño, situado en una de las regiones más civilizadas de la Toscana, que es ciertamente la región más civilizada de Italia: Torralta es la mayor, si no la más rica finca de la provincia de Pisa y una de las mayores de toda la Toscana, más extensa que la de los Serristori, que la de los Gherardesca, si exceptuamos algunas fincas de la marisma de Grosseto y de la región de Volterra. Una finca de casi tres mil hectáreas que por el norte y el oeste linda con la provincia de Pisa, por el sur con la de Livorno y por el este con la de Siena, un verdadero Estado a caballo entre tres regiones, en medio de tres tradiciones administrativas. Un territorio que es llanura, donde aún afloran las aguas marismeñas entre los terrones negros y compactos; monte, en que el trigo deja paso a la vid y al olivo, y al norte, en la frontera con Volterra, bosque y matorral, poblados de negros jabalíes. Dotado de una buena red de carreteras

y canales de riego y drenaje, muchos de los cuales datan de tiempos del conde Gian Ludovico, el abuelo de Paolo, este diminuto Estado no tiene más de quinientos habitantes, de los que ciento cincuenta, si no más, no pasan de los quince años, y todos, hombres, mujeres, viejos y jóvenes, están —así lo creía la condesa Tolomei— muy contentos y orgullosos de pertenecer a un Estado libre y ordenado, el más libre y ordenado que se recuerda en la Toscana y, quizá, en toda Italia. Desde el día en que enviudó (el conde Carlo, padre de Paolo, murió en un accidente de automóvil en la carretera de Pisa a Luca), la condesa Alberta Tolomei había tomado las riendas del Estado aplicando una política que no solamente perseguía la gloria y la prosperidad de sus tierras, sino también la felicidad de sus súbditos. Creía con firmeza en que la felicidad, propia y ajena (la ajena como consecuencia natural, legítima, de la propia), era el resultado infalible de una buena administración y una buena práctica de vida. Era una concepción perfectamente católica y, por eso mismo, perfectamente italiana, y casi un eco, un reflejo, un legado del gran ducado de la Toscana, que había ido adaptándose unas veces a las ideas liberales y otras a las conservadoras; concepción que sería erróneo calificar de anticuada, pues nada hay anticuado en Italia, y que, antes bien, su buena dosis de simpatía por las ideas nuevas convertía en moderna.

La condesa Tolomei presumía de abrir las puertas de su Estado a todas las ideas nuevas que surgían en materia de administración y cultivo de tierras: organización sindical, progreso mecánico, innovaciones recomendadas por la Cátedra Ambulante de Agricultura y el Consorcio Agrario de Pisa. Al principio, cuando era objeto de la aversión sorda de algunos campesinos y la hostilidad abierta de los administradores, que veían amenazada la posibilidad de seguir explotando a los colonos y robando a los amos, había cometido muchos errores en la administración de sus tierras, y ahora, quince años después, aún se los reprochaba, como si, por inexperta, más que perjudicar los intereses de sus campesinos, hubiera amenazado su felicidad. No decía «los he perjudicado», sino «los he hecho infelices». Temía tanto ser causa involuntaria de la infelicidad ajena que, en pocos años, se había convertido en la más severa tirana de sí misma. No se tomaba vacaciones ni se permitía placeres. Había alquilado el palacio de Florencia y se había

trasladado definitivamente a la Torralta, donde antes de la muerte del marido sólo pasaba unas semanas en septiembre. Se había «retirado del mundo», como decía el párroco, o, como decía ella, se había «sacrificado por la felicidad del prójimo». Ni ella misma sabía con certeza en qué consistía esta felicidad. Pero de una cosa no tenía duda: sus campesinos eran felices. Y los campesinos mismos, aunque no les faltaban motivos para sentirse infelices, se veían obligados a creerse felices, sin darse cuenta de que ésa era una forma de servilismo. La creencia oficial era que no había en toda la Toscana finca mejor administrada ni campesinos más felices.

La tierra, en verdad, no rendía mucho: era pobre, había estado muchos años descuidada, debido en parte a la negligencia del conde Carlo y en parte a la avaricia de los administradores. La tierra que no estaba esquilmada era agreste y hostil. Con todo, tras la muerte del conde, había vuelto cierta prosperidad. El cielo parecía auspiciar los esfuerzos de la condesa. Las estaciones se mostraban clementes. El vino y el aceite nunca habían sido tan abundantes. La cosecha de trigo había superado cualquier expectativa. Eran unos granos secos, sin polvo, limpios y dorados. También en la «batalla del trigo», la campaña lanzada por Benito Mussolini para conseguir la autosuficiencia de este cereal, había premiado la fortuna a la condesa Alberta. Las variedades Castelfidardo, Littoria y San Martino habían producido con abundancia milagrosa. Cuando la condesa volvió de Roma con una medalla de oro impuesta por el Duce en premio a su contribución a la cosecha nacional del año, los campesinos la habían recibido triunfalmente. Desde su calesa les sonreía como Elisa Baciocchi a sus súbditos en su *phaeton* cuando volvía de Bagni di Lucca. La condesa siempre tenía cierto aire orgulloso de triunfadora, tanto si recibía en los salones de la villa como si recorría en calesa las veredas de caserío en caserío. Cuando, alta, delgada, tiesa, con la frente bien alta y sin mover el cuello, bajaba la escalinata de la villa, parecía que no pasara de los treinta años. (Había cumplido hacía poco cuarenta, pero el tiempo también la respetaba). Sin embargo, el buen observador advertía en ella algo anticuado, ese vestigio de tiempos del gran ducado que ha quedado en el estilo, las maneras y las costumbres de la nobleza toscana. Por parte de madre era una especie de nieta de Bettino Ricasoli, el «barón de hierro», del que se decía que había tenido una

aventura galante con la abuela de la condesa. El liberalismo le venía por tradición familiar. Eso sí, en materia de administración y organización agraria, era fiel al régimen y aplicaba con celo todas las disposiciones del ministro y el gobernador, y sus recomendaciones en materia sindical y corporativa. Formalmente, la hacienda de la Torralta era ejemplar. El mismo gobernador de Pisa la ponía siempre como modelo de administración sabia y aplicación leal de las leyes y reglamentos del Estado corporativo. «Hacienda modélica», declaraban los dirigentes sindicales. Pero la condesa Tolomei decía: «Mi Estado feliz». Y se parecía a Elisa Baciocchi cuando hablaba de su ducado de Luca.

Podría decirse que don Romano era el ministro del Interior de aquel «Estado feliz» y velaba por la buena conciencia de sus súbditos. Según él, también en este delicado ramo de la administración pública estaba todo en regla. A juzgar por las apariencias, la dicha más perfecta reinaba en la Torralta: desde el más humilde campesino hasta la condesa misma, todos vivían felices en aquel Estado perfecto. Pero, como dijo aquél, «siempre hay algo podrido en Dinamarca», y ese algo no pasaba inadvertido al jefe de la milicia fascista que impartía instrucción militar a los jóvenes de la Torralta. Era este oficial un hombre honrado, un fascista serio y convencido, con cierta tendencia natural (poco frecuente en la Toscana) a ver las cosas desde un punto de vista moral. «La Torralta», decía, «no acaba de ser fascista». Pero, como carecía del don de sacar las debidas conclusiones de los hechos que observaba, no sabía decir por qué no lo era. Había observado, por ejemplo, que los hijos de los campesinos y los de la misma condesa, Paolo y Giovanna, no parecían felices en aquel mundo donde todos lo parecían. Y la conclusión que el honrado oficial, que era maestro de escuela en un pueblecito de Pisa (y creía, como creen los maestros de escuela, que todos los males de la infancia son hijos del aburrimiento), sacaba de sus observaciones era que aquellos niños se aburrían mortalmente, sin sospechar que aquello era una crítica severa e históricamente justa de los métodos de gobierno de la condesa Tolomei.

El problema de los ciento cincuenta niños de la Torralta era, en realidad, la perfección misma de aquel gobierno. La felicidad de la infancia se debe en gran parte al sentimiento de que el mundo no es

perfecto, de que todo está no por rehacer (ese sentimiento es propio de la adolescencia, no de la infancia), sino por acabar, por completar, siendo el mundo, para los niños, una creación inacabada, que necesita retoques y ultimación. Los niños participan en la creación del mundo, colaboran con Dios. Es la única edad en que los seres humanos colaboran con Dios en la creación del mundo. Mundo que, para los niños, está lleno de cosas misteriosas, imprevistas, de aventura, y en el que siempre hay algo que descubrir. Un mundo donde todo estuviera claro, ordenado, acabado, perfecto, sería para los niños un mundo infeliz. Un infierno. En la Torralta hasta sus juegos se hallaban regulados desde arriba. Jugaban y se divertían más por obedecer las leyes supremas que por ganas, por instinto. Eran felices solamente por mimetismo inconsciente con el ambiente. También Paolo, cuando jugaba con otros niños, los notaba llenos de temores. Como si temiesen divertirse de verdad. Ni siquiera se atrevían a manifestar esas envidias, esas rivalidades que son parte de la libertad y la inocencia de la infancia. Jugaban como si cumplieran un deber social. En sus caritas aún puras se pintaba, más que el aburrimiento, un sentimiento melancólico de la naturaleza y el hombre. El contraste entre aquellos libres horizontes de la campiña pisana y aquellos cielos abiertos, y los límites estrechos de su mundo moral, su imaginación, su fantasía; entre sus juegos ordenados, metódicos, y los juegos de los animales, de los caballos que galopaban libérrimos por los prados, de los perros que correteaban y ladraban alegremente por el patio, les producía una tristeza que casi temían reconocer. Todo era para ellos motivo de íntimo cohibimiento. Tenían prohibido correr, alborotar, jugar a juegos que pudieran ser peligrosos, a esos juegos precisamente que más excitan y encantan el espíritu infantil, como explorar bosques misteriosos, librar guerras entre indios y vaqueros, naufragar en islas desiertas. Los deprimía la impresión cada vez más fuerte de que no quedaba nada por explorar, por descubrir, por inventar, en aquel mundo ya perfecto. Los setos eran setos, no fronteras entre el mundo cotidiano y un reino misterioso. Los almiares eran almiares, no fortalezas enemigas que había que expugnar.

Tres veces por semana, acompañado por el administrador o por algún sirviente, en ocasiones por el mismo don Romano, Paolo iba

en coche a Pisa para asistir a las clases particulares que impartían algunos profesores del instituto. El tiempo que le dejaban libre los estudios lo aprovechaba para juntarse con los niños y jugar a sus juegos tristes. Poco a poco se había creado un extraño vínculo entre él y sus compañeros, una especie de oscura simpatía, casi de complicidad. Paolo siempre inventaba juegos nuevos, cuyo fin inconsciente era transgredir alguna prohibición. Eran juegos inocentes: guerras, asedios, persecuciones, aventuras a lo Robinson Crusoe. Pero manifestaban en ellos una rebeldía latente que no pasaba inadvertida al ojo atento de don Romano. Los niños habían declarado una guerra secreta al principio de autoridad que la condesa Alberta encarnaba. Con eso pagaba también la condesa, una década después de la muerte de su marido, la severidad con que éste, fiel a sus principios liberales, había prohibido a su gente toda participación en las luchas políticas que desde 1919 a 1924, año de su muerte, habían ensangrentado el suelo de Italia. La misma política había seguido la condesa Alberta. Los campesinos, que, a excepción de una exigua minoría de «populares», eran «rojos», se abstuvieron, por miedo a que los despidieran, de tomar parte en la lucha, que en fincas vecinas había acusado momentos de extrema violencia. Y el administrador, los guardas, que se proclamaban fascistas, se habían cuidado de ejercer como tales en las tierras de los Tolomei. Por eso la Torralta se había librado de los conflictos políticos en que, en la Toscana y en toda Italia, se habían enfrentado tantos ideales, ambiciones e intereses. El conde Cario había defendido su política con argumentos propiamente liberales: afirmando que daba plena libertad a todo el mundo para actuar como les dictara la conciencia, pero que en su casa no toleraría facciones ni actos violentos. En realidad, esta política liberal, que imponía a los campesinos con la amenaza de despedirlos o denunciarlos a los carabineros, era a su vez una forma de violencia que ejercía sobre la conciencia de su gente y, peor aún, significaba dejar fuera de la historia de Italia, de una manera artificial y arbitraria, a aquellas quinientas almas. Y esto siempre produce, a los individuos tanto como a las sociedades y los Estados, males irreparables que todos conocemos. Esta voluntad antihistórica de mantenerse al margen de la brega había tenido, entre muchas otras consecuencias graves, la gravísima de que las nuevas generaciones,

las nacidas de 1922 en adelante, se desquitaran ahora arremetiendo contra la autoridad legítimamente constituida, es decir, contra la autoridad de la condesa Tolomei. Se resarcían a destiempo de lo que no habían podido hacer sus padres contra el Estado liberal, y repetían en la Torralta la misma revolución que el conde había desterrado arbitraria y artificialmente quince años atrás. Era un proceso histórico necesario que se reproducía a destiempo y sin las condiciones que lo habían provocado. El instinto rebelde que alentaba en el ánimo de los niños era, a escala reducida, el mismo instinto rebelde que entre 1919 y 1922 había enfrentado a los jóvenes al Estado liberal, pero, como se producía con retraso y sin razón legítima, es decir, como era antihistórico, se resolvía ahora en un grave malestar moral.

La única que no se percataba de lo que ocurría en el ánimo de los niños ni a su alrededor era la condesa Alberta. En vano se lo daba a entender con discreción don Romano; ella se empeñaba en creer que nada turbaba su felicidad ni la de sus súbditos. «La condesa es una antifascista sin saberlo», dijo un día el oficial fascista a don Romano. Aquella observación franca e inteligente preocupó hondamente al párroco, que aquella misma noche habló con la condesa.

—Tonterías —repuso ésta—. Eso es que me tienen envidia.

—¿De verdad cree —insistió el párroco— que los niños son felices como los demás?

—Por supuesto —contestó la condesa—. Pregúnteselo a ellos y verá.

Al día siguiente, don Romano preguntó astutamente a los niños, que respondieron que sí, que eran felices, que querían mucho a su benefactora y que le daban las gracias.

«Pues igual tiene razón la condesa», se dijo don Romano. Y así habría quedado la cosa si unos días después no hubiera ocurrido algo que conmocionó a la feliz Torralta.

Una mañana, un cazador furtivo mató de un escopetazo, por pura maldad sin duda, al viejo *Tom*, el perro favorito del conde Carlo, un pobre animal desdentado incapaz de morder, que apenas tenía fuerzas para arrastrarse por el monte tras la pista de zorras y liebres, en recuerdo de los viejos tiempos. Un guarda, que oyó el disparo, acudió y encontró al perro muerto, y aún tuvo tiempo de

ver a un hombre armado que huía entre los matorrales. Lo siguió largo rato, pero el otro era más ligero y pudo escapar. La muerte del pobre *Tom* produjo una honda impresión en todo el mundo, especialmente en los niños. Era como si hubiera estallado una guerra en aquel reino feliz y pacífico. La condesa se encerró en su gabinete con don Romano y a la media hora éste salió pálido y con cara de profunda consternación.

Más que la muerte del pobre *Tom*, lo que dolía a la condesa era el hecho de que el crimen atroz se hubiera cometido en sus tierras. Era un crimen en toda regla y temía las consecuencias del suceso en el ánimo de niños y campesinos. A muchos campesinos, sin embargo, la muerte del perro y la aflicción de la condesa les daban más risa que pena.

—Usted no conoce a nuestros campesinos —le dijo don Romano a la condesa—. Si la ven a usted triste y preocupada, son capaces de matar un peno todos los días sólo por reírse de usted.

—¿Que no conozco yo a mis campesinos? —exclamó la condesa Alberta, no menos indignada que sorprendida—. Son incapaces no ya de hacer mal, sino incluso de concebirlo.

—Así será, pero tengo mis dudas. Yo los confieso, no usted, y oigo cada cosa…

Aquellas palabras fueron una revelación dolorosa para la condesa. ¿Qué tenían que confesar a don Romano aquellas almas puras y sencillas? Pecadillos de poco monta, sin duda, no delitos ni crímenes.

—Usted los calumnia —le espetó severamente la condesa Alberta.

—Yo los absuelvo —contestó el párroco.

Después de aquella conversación, la condesa mandó llamar al guarda y le ordenó que no se hablara más de *Tom* ni de las circunstancias de su muerte. Que dijera que en la Torralta no había cazadores furtivos, que el perro lo había matado él sin querer, que se le había disparado la escopeta, que el pobre can había sido víctima de un accidente de caza.

—Admito que pueda ocurrir una desgracia —concluyó la condesa—, pero jamás toleraré que se diga, ni siquiera que se piense, que en mis tierras, en mi casa, se puede matar un perro por maldad. Si yo tolerara que en las almas benditas de estos

campesinos penetrase la idea del crimen, la simple sospecha de un delito…

La simple sospecha de un delito bastaría para la romper la paz, amenazar la felicidad que reinaba en la Torralta.

La versión oficial de la muerte del pobre *Tom* era que éste había muerto por un desgraciado accidente del que nadie tenía la culpa. Cuando los campesinos le preguntaban, el guarda contestaba que lo del cazador furtivo era una pérfida mentira y que la verdad era mucho más sencilla: yendo él por el monte, se había caído, la escopeta se le había disparado y el disparo había alcanzado al pobre *Tom* en la cabeza; pero lo decía guiñando el ojo y los campesinos reían por lo bajo. Enterraron al animal de noche, en el campo, para que los niños no se enteraran. Aquel enterramiento secreto fue para la gente menuda, sobre todo para Paolo, una enorme injusticia. *Tom* había sido durante muchos años el único amigo de Paolo, el único compañero de sus paseos, de sus juegos, de su soledad. Había envejecido junto a Paolo, como quien dice; lo había criado él, muchacho serio, triste, de mirar ansioso y desamparado. La muerte de su fiel compañero le afectó tanto que don Romano empezó a preocuparse. Pero, un día, los carabineros prendieron al cazador furtivo que había matado al perro. Era un pobre campesino de un pueblo distante unos kilómetros de la Torralta, aparcero de una finca vecina en la que reinaba lo que la condesa llamaba «el desorden moral». La finca estaba mal administrada, pero la miseria de los campesinos se debía más a la pésima calidad de las tierras, pantanosas y pedregosas, que a la mala administración del propietario, un viejo conde pisano que carecía de medios para hacer mejoras y se conformaba con explotar como podía su única propiedad, pagar los impuestos y malvivir. Cuando el cazador se disponía a confesar, llegó al cuartel el guarda, mandado por la condesa, y refirió al sargento la versión oficial del «crimen», negó que hubieran visto al detenido merodeando por los bosques de la Torralta, se acusó de la muerte accidental del perro, y tanto dijo, juró y perjuró en nombre de la condesa, que el sargento soltó al detenido. La condesa quedó satisfecha. Que no se hablara nunca más de cazadores furtivos ni de la muerte violenta de *Tom*. Pero su tranquilidad duró poco.

Una tarde, cuando volvía de visitar el caserío del Molino, don

Romano le salió al encuentro y por señas le dio a entender que tenía malas noticias. Resultaba que los chiquillos, más de cincuenta, entre ellos muchas niñas, capitaneados por Paolo, habían encontrado la tumba de *Tom*, lo habían desenterrado y ahora lo llevaban, metido en una tosca caja de madera, a enterrarlo al pie de un gran roble del bosque detrás de la villa. Aquel cortejo fúnebre, añadió don Romano, tenía toda la apariencia de una rebelión. La condesa escuchó atentamente, se puso roja, se puso blanca, dijo: «Tonterías», y se fue a ver a los niños, que en ese momento asomaban por detrás del caserío y se dirigían al bosque. La aparición de la condesa, lejos de intimidar a los muchachos, los enardeció aún más. El cortejo infantil avanzaba en silencio y Paolo iba el primero, con los ojos enrojecidos, la cabeza gacha. Cuando se presentó su madre, levantó la vista y se quedó mirándola. Los demás hicieron lo mismo.

—¿Adónde vais? —preguntó ella en tono imperioso. Nadie contestó—. Te estoy hablando, Paolo. ¿Qué estáis haciendo? ¿Quién os ha dado permiso? ¿Qué es todo esto?

Paolo no contestó, el cortejo siguió avanzando en silencio, se oía sollozar a alguna que otra niña, a alguien que decía:

—No tengáis miedo, no nos hará nada, no tengáis miedo.

Cuando llegaron al bosque, los muchachos se detuvieron al pie del roble, donde unos compañeros habían cavado un hoyo profundo y esperaban al cortejo fúnebre sentados en la hierba. Metieron la caja en el hoyo, la cubrieron de tierra, la procesión se dispersó y los muchachos volvieron a sus casas en silencio. Paolo subió enseguida a su habitación y se acostó. Pasó la noche con fiebre. El médico aseguró que no era grave y que unos días de reposo en cama bastarían. Pero la fiebre persistió, con altibajos, más de un mes. Cuando pudo levantarse, estaba pálido y flaco, tenía los ojos más grandes y con un brillo extraño. Era como si, durante la enfermedad, algo extraordinario se hubiera operado en su interior, en el fondo de su conciencia. Su madre empezó a notar en su hijo un ánimo secreto, doloroso. A veces casi le parecía odio. Se lo confesó a don Romano y aquélla fue la primera vez desde la muerte del conde, hacía tantos años, que el párroco vio lágrimas en aquellos ojos impasibles.

—Se lo advertí —dijo la condesa a don Romano—. Teníamos que evitar que la simple sospecha del mal… Desde la muerte de

Tom, todos hemos cambiado un poco. No sólo los muchachos.

Y esta vez fue el párroco quien dijo:

—Tonterías.

Pero en su fuero interno ya había empezado a ver peligrar la felicidad, la seguridad de aquel Estado que había vivido tantos años ordenado y feliz, aunque no supiera explicar qué la amenazaba. «Cosas de críos», se dijo, encogiéndose de hombros. Sí, seguramente el espíritu rebelde que advertía en los jóvenes era un mal pasajero, propio de la edad. Todos somos así a esa edad. Pero no estaba muy convencido.

Después de la enfermedad, Paolo fue a pasar unas semanas en Roma con Giovanna, a casa de su tía Dorothy. Volvió a la Torralta a principios de mayo, aún pálido y flaco. Su madre lo recibió con su sonrisa de siempre, pero no pudo dedicarle mucho tiempo. Aquellos días estaban en plena «batalla del trigo» y la cosecha no se anunciaba de las mejores. Las espigas se erguían orgullosas, lo que no era buen presagio. La variedad que más prometía era la llamada Castelfidardo, de grano compacto y dorado cuyo peso doblaba la espiga, de gran rendimiento. Paolo se pasaba los días en el porche o el bosque, al pie del gran roble, junto a la tumba de *Tom*. Los hijos de los campesinos lo miraban ahora con cierto recelo. Tenían la impresión de que despreciaba sus pobres y tristes juegos y en aquel desprecio veían una especie de traición. Era una falsa impresión, pues al cabo de un tiempo —había empezado la trilla— volvió a juntarse con sus amigos. Sin embargo, no era el de antes. Tenía ya catorce años y empezaba a concebir un sentimiento agudo, doloroso, intolerable, la sospecha de que la aparente felicidad de aquel mundo perfecto, perfectamente ordenado, descansaba en una hipocresía aceptada. La menor cosa podía subvertir aquel orden, destruir aquella felicidad, revolucionar aquel mundo.

Una mañana, hacia mediodía, unas mujeres se presentaron en la quinta y pidieron hablar con el ama. La condesa volvía en aquel momento de dar una vuelta por la propiedad y al verlas experimentó cierto temor.

—¿Qué ocurre? ¿Qué queréis? —les preguntó en tono irritado.

Le explicaron que todos los chicos y las chicas habían desaparecido. No quedaba un solo muchacho en toda la Torralta. Hasta los mozos del caserío del Molino, del Vivaio, de la Alberaccia,

habían desaparecido.

—No querréis decir que se los han comido los lobos —repuso con severidad la condesa frunciendo el ceño y esbozando un gesto de impaciencia.

—No —contestó una de las mujeres—, se han escapado.

Y empezaron a llorar, a vocear, a acusar a la condesa:

—¡Su hijo tiene la culpa!

La condesa entró en la villa, llamó a don Romano, al administrador, telefoneó al sargento de carabineros. Un centenar de chiquillos no pueden desaparecer así como así, en algún sitio estarían. Los buscaremos, los encontraremos. Pero en vano los buscaron afanosamente hasta el atardecer. A las diez de la noche, con la luna, volvieron. Venían felices. Cantaban, parecían ebrios. Habían pasado el día en el bosque, a unos kilómetros de allí. Había sido una jornada maravillosa, nunca habían sido tan felices. En cierto momento habían oído un fuerte ruido, resoplidos, crujir de ramas.

—¡Un jabalí! —había gritado un muchacho.

Una niña rompió a llorar, todas se apiñaron al pie de un árbol, con las más pequeñas en medio. Cuando vieron que los muchachos se preparaban valientemente para el combate, también ellas se animaron y se armaron de palos y piedras. Los muchachos se internaron en la espesura dispuestos a luchar contra la fiera. El bosque era tupido, sombrío, el sol se filtraba entre las hojas y hacía agujeros de luz dorada en la hierba o chorreaba como miel por el tronco de robles y encinas. Se oía resoplar a la fiera, correr de aquí para allá quebrando ramas, levantando a su paso tierra y piedras que rodaban con estrépito por los barrancos. Al final huyó y los muchachos se sintieron muy ufanos de aquella victoria contra el jabalí. Se habían llevado grandes rebanadas de pan, fruta, queso, y se sentaron a comer en la hierba, comentaron la aventura, la hazaña de aquella lucha, bebieron las aguas fresquísimas con sabor a hojas de un riachuelo, encendieron hogueras, y al anochecer, cuando asomó la luna, volvieron cantando, con las mejillas encendidas, como si el agua del riachuelo se hubiera trocado en vino al contacto con sus labios.

Al oír las amenazas con que los campesinos recibían a los alegres muchachos, la condesa salió a la terraza y ordenó a don

Romano:

—Dígales que no toquen a los niños. Ya me encargaré yo de castigarlos.

Paolo entraba ya en la villa cuando vio al párroco bajar la escalinata. Don Romano se acercó a un campesino que se llevaba a su hijo del brazo pegándole con furia y le dijo:

—Suéltalo, ya se encarga la condesa de darle su merecido.

El hombre se quedó mirando al cura y replicó en tono amenazante:

—Dígale a la condesa que en mi casa mando yo y con mi hijo hago lo que me da la gana. Que se ocupe del suyo.

Paolo oyó la contestación del campesino, vio que don Romano humillaba la cabeza y experimentó un júbilo secreto.

Se acostó. Se veía la luna por entre las ramas de los árboles que tenía frente a la ventana, se oían llantos infantiles en las casas de los campesinos, voces ásperas de mujeres, coléricas de hombres. Tendido en la cama, con los ojos muy abiertos, Paolo estaba seguro de que de un momento a otro ocurriría algo extraordinario, decisivo. Se durmió con el corazón colmado de un ansia feliz. Soñó que escapaban por negros bosques, que luchaban con fieras peludas, soñó con incendios, con rebeliones, con el viejo *Tom*, que, en su fosa, alzaba las orejas al oír el alboroto y las voces de los niños.

Pero a la mañana siguiente todo había vuelto a la normalidad. Los campesinos tenía un aire sumiso, a los niños se los veía compungidos, avergonzados, y lo saludaban con una mirada servil que lo hacía ruborizarse.

Poco a poco volvió a la Torralta el viejo orden: la antigua felicidad, la antigua hipocresía. Paolo empezó a cobrar un odio sordo a los campesinos, a los niños, a don Romano, a su madre. Al poco tiempo, incluso recordar a *Tom* lo avergonzaba. Se propuso olvidar a su pobre amigo, no tardó en conseguirlo. Acabaron las vacaciones, comenzó la escuela, Paolo reanudó sus clases, sus estudios. Todo inútil, todo pura hipocresía. «¿Y si fueran realmente felices?», se preguntó un día que vio a unos campesinos levantarse y saludar respetuosamente a la condesa, que pasaba en su calesa. Sí, una felicidad hipócrita. Yo también seré un hipócrita. No hay más remedio. La hipocresía es la verdadera salvación del alma, se dijo con rabia, la verdadera salvación eterna. Había empezado a

desconfiar de todos, incluso de don Romano. Sólo se fiaba de su hermana.

—¿De qué te quejas? —le preguntaba Giovanna.

Tenía razón. ¿De qué se quejaba? No había nada que hacer, todo era inútil. Las inquietudes de Giovanna eran muy distintas y aquella hipocresía la hacía sufrir poco. Era mujer y empezaba a conformarse con la dicha del momento. Estaba más próxima a su madre, la acompañaba en sus visitas a los caseríos, se pasaba muchas horas en el porche, leyendo, bordando. Todos los años vivía unos meses en Roma, en casa de su tía Dorothy, quien había concebido por ella un cariño particular que era mitad compasión por la joven y mitad desdén por la cuñada. A finales de septiembre, Paolo iba a Roma, se quedaba un par de semanas y se volvía a la Torralta con su hermana. Y así iba pasando el tiempo, Paolo cada vez se encerraba más en sí mismo, se apartaba más y más de todo, incluso de la imagen que se había hecho de sí mismo.

Ver a su madre rodeada de aquella corte de administradores, guardas y campesinos le inspiraba un desprecio creciente. Aquellos campesinos sumisos, sonrientes, felices, le producían una sensación de profunda humillación. Veía con compasión rabiosa cómo la felicidad iba conquistando a aquellas almas. Vivían como en un país fuera de la historia, en un *air-conditioned State*, casi como en una de aquellas «reducciones» que los jesuitas fundaron en Paraguay. También los mozos se sometían a la ley común: eran ya viejos que no conservaban de su edad más que la sonrisa. Paolo se aplicó a estudiar muy seriamente, todas las mañanas iba en coche a Pisa y cuando acababan las clases volvía por el mismo medio a la Torralta. Era un muchacho inteligente y el estudio (cosa rara, si bien no infrecuente en los muchachos que viven solos y reciben clases particulares) empezaba a desarrollar en él una curiosa tendencia a transformar las cuestiones de orden intelectual en cuestiones de orden moral. Puede decirse que en Italia, y mucho más en la Toscana, un muchacho que sacrifica el desarrollo libre de la inteligencia por formarse una conciencia moral, es un monstruo. En los muchachos normales, la inteligencia se desarrolla a costa del sentido moral. En el caso de Paolo, su inteligencia, en muchos aspectos fuera de lo común, no le impedía ver dónde estaba el mal, qué era el mal. Y, como les ocurre a todos los que poseen una

conciencia moral muy desarrollada, su amor al bien no era tan fuerte como su horror al mal. Por el bien sentía un leve desprecio, no creía en su fuerza, en su poder sobre la naturaleza, sobre la vida humana. Lo horrorizaba el mal y quizá exageraba su poder sobre los hombres, su importancia en la vida de los hombres. En realidad, su postura mental y moral no era muy distinta de la de su madre. También a la condesa Tolomei le horrorizaba el mal, también ella sobrevaloraba el poder del mal en la vida humana: pero no sabía defenderse de él más que ignorándolo o, mejor dicho, fingiendo ignorarlo. «No quiero que se hable de cosas malas», decía. Esa sobrevaloración del mal, sin embargo, no la llevaba, como en el caso de Paolo, a despreciar secretamente el bien, la fuerza activa del bien, sino a formarse de él una noción falsa. Para la condesa, el bien, como la felicidad, podía imponerse desde fuera, mediante coerción moral, si era preciso: era un producto del orden, de la sabia administración, de la aceptación forzosa de ciertos principios. Para ella, un hombre feliz ya era un hombre virtuoso.

«No se trataba más que del pobre *Tom*», pensaba Paolo, «no se trataba más que de la muerte de un perro». El recuerdo del animal lo había asaltado de pronto aquella mañana en el baño, por primera vez después de mucho tiempo. Pero bastaba la noticia de aquel crimen —se decía—, cometido a trescientos kilómetros de la Torralta, en el mismo tren que él había tomado la tarde anterior para ir a Roma, bastaba la noticia de que un hombre había sido asesinado en su mismo compartimento, para que los cimientos de aquel mundo perfecto, de aquel Estado feliz, de aquella perfecta felicidad, se estremecieran. La noticia de aquel crimen atroz causaría en el ánimo de todos, de su madre, de los campesinos, de los niños, el mismo trastorno que una revolución en un Estado bien ordenado. «Una verdadera revolución», pensaba Paolo. Y de pronto —estaba anudándose la corbata ante el espejo— tuvo la esperanza, y al mismo tiempo el miedo, de que las inevitables consecuencias de aquel crimen hubieran empezado ya a obrar su efecto en la moral, en el espíritu, en la vida de todos. Salió al pasillo, bajó a la carrera la escalinata, llegó al vestíbulo desierto. Creyó oír pasos tras una puerta, la aporreó. No contestaron. Apareció una criada en lo alto de la escalera, caminando sin hacer ruido. Le preguntó a quién buscaba, le dijo que estaba sola en la casa, que todos se habían ido

a recoger el cadáver del pobre amo. La criada rompió a llorar en silencio. Paolo miró a ambos lados, vio un teléfono en una mesa. «Tengo que decírselo a Giovanna, tengo que verla enseguida», pensó, y con enérgico ademán descolgó el aparato.

IV

Había enfilado uno de los trechos sinuosos de Via dei Burrò que, cual *coulisse* de teatro, rodea el edificio rococó que se alza como un decorado ante la iglesia de San Ignacio, cuando vio el pequeño automóvil de Giovanna aparcado en la esquina y redujo el paso. Aquel impulso de ver a su hermana desaparecía de pronto. Estuvo a punto de dar media vuelta, pero, casi sin querer, dio los últimos pasos y salió a la recogida plaza, dominada por la fachada barroca del templo. Giovanna lo esperaba sentada en la escalera de la iglesia, con las manos en torno a las rodillas e inclinada hacia delante. De rato en rato se quitaba el cigarrillo de la boca y miraba a ambos lados volviendo despacio la cabeza. Cuando divisó a su hermano sonrió y lo saludó con un ademán desganado.

—Llegas tarde, como siempre —le dijo mirándolo con hastío y frialdad.

—Es verdad, perdona —contestó Paolo—. No encontraba taxi y he tenido que caminar un buen rato. ¿Cómo estás, Giovanna? Te veo bien, me alegro mucho de…

—Si llegas a tardar cinco minutos más, no me encuentras —lo interrumpió ella en tono de reproche paciente, mirándolo con una especie de curiosidad distraída.

—No ha sido culpa mía, Giovanna…

—Nunca es culpa tuya. Siempre tienes una excusa. Igual que anoche… ¿Por qué no llamaste nada más llegar? Te esperamos hasta las dos. Menos mal que el tío no está en Roma. ¿Se puede saber dónde has pasado la noche?

—Ya te lo he contado, Giovanna. En casa de esa mujer, de la señora Manara. Vive al pasar Parioli.

—Podías haber telefoneado. Tampoco estabas tan lejos de casa. Debiste venir. Y ahora, ¿qué vas a hacer?

—¿Qué quieres que haga? Pues nada. No sé nada de… ¿Qué puedo saber?

—No lo digo sólo por la tía… A la tía le trae sin cuidado. Esta mañana la han llamado de la comisaría para excusarse por haberte retenido anoche hasta tan tarde, ¿y sabes lo que ha contestado? Se ha reído. Ha dicho que le parecía muy divertido. Ya sabes cómo es. Incapaz de tomarse nada en serio. Lo digo por mamá…

El muchacho había bajado la cabeza, parecía reflexionar. Estaba algo pálido, respiraba con los labios entreabiertos, con semblante frío e inexpresivo.

—No tengo la culpa de que asesinaran a un hombre en mi compartimento. Mamá debe entender que a veces… Nunca se sabe lo que puede ocurrir en la vida de un… Así, en el momento menos pensado… No puede pretender que todo suceda como ella quiere.

—No es culpa tuya, claro —convino Giovanna tras un instante de silencio, como si pensara en otra cosa—. Pero debiste… debiste venir a casa, Paolo.

—No podía, Giovanna. No podía dejar sola a esa pobre desgraciada…

—Debiste venir enseguida —repitió su hermana en voz baja.

—Es una pobre mujer, Giovanna, me daba pena… —Paolo había alzado los ojos, vacilaba—. No lo entiendes. Un asesinato es algo terrible… Aún llevo una mancha aquí, en la manga, mira.

—No puedes ir por ahí con manchas… ¿Una mancha, dices? ¿De qué?

—De sangre —murmuró Paolo.

—¡Qué asco! —exclamó Giovanna volviendo la cara. Se quedaron un rato en silencio, sin mirarse—. ¿Serás capaz —continuó ella, con un tono extraño— de presentarte así en casa de la tía?

—¿Qué culpa tengo yo? ¿Quién iba a pensar al subir al tren en Pisa que…?

—¿Que qué?

—Que iba a presenciar algo semejante. ¿Quién podía imaginarlo?

—¿Estaba durmiendo cuando lo mataron? —preguntó ella sin volver la cara.

—Sí, estaba durmiendo —contestó Paolo con voz grave—. O eso

parece.

—¿Crees que sufrió?

La plaza estaba desierta. En la esquina de Via dei Burro, apoyada contra la pared, había una bicicleta cuyos radios centelleaban al sol y, acurrucado en una puerta contigua al pequeño restaurante de la esquina de Via del Conclave, un gato. Los escalones de la iglesia estaban ya en sombra, una sombra que poco a poco avanzaba por el adoquinado de la plaza, tibia y ondulante. Paolo no le veía la cara a su hermana, sólo entreveía la oreja, pequeña y blanca, entre el cabello rubio y algo rizado.

—Es terrible —dijo Paolo—. Un crimen es como una bomba, todo lo sacude… No sabes las consecuencias que puede tener en la vida de un…, de todos.

—¡Qué raro eres, Paolo! —exclamó ella volviendo hacia él una cara cargada de dolorosa ironía—. Casi me das risa. Sólo porque te has visto… Cosas así ocurren a diario y nadie hace caso. ¿Qué consecuencias quieres que tenga en tu vida ese estúpido suceso? — Le había cogido la mano y lo atraía hacia sí suavemente, para que se sentara en el escalón, a su lado.

—Giovanna, tú no sabes… —dijo él en tono de desesperación.

—Yo sólo sé una cosa, Paolo: que mamá hace bien en no querer que vengas a Roma, que salgas de la Torralta. Ahora nos obligará a regresar. Ya sabes lo que me cuesta siempre que me deje venir a casa de la tía. Y voy a pagarlo yo, ya lo verás. Conque gracias, Paolo, gracias de todo corazón. —Giovanna había hablado rápidamente, con voz irritada, clavando en su hermano una mirada dura y opaca, como si no quisiera que él notase el cariño con que le acariciaba el hombro y el brazo.

—Eres injusta, Giovanna —dijo Paolo, sorprendido y decepcionado por los reproches y el enojo de ella—. Sólo piensas en ti. ¿Qué importan esas tonterías comparadas con las graves consecuencias que este terrible hecho tendrá en nuestra vida? Ya verás. ¿Crees que todo acabará como dices tú, como una simple molestia? ¿Crees que mamá podrá seguir mandando en nosotros, en nuestra vida, como hasta ahora? No, Giovanna: todo ha cambiado. También la vida de mamá dará un vuelco. La vida de todos. De todos, ¿entiendes?

—Para mamá todo esto no será más que una excusa, una simple

excusa. A ella le trae sin cuidado lo que pueda pasar en un tren. Un tren no es su casa. Si un muchacho roba una pera en la Torralta, o un campesino maltrata a su mujer, le da un síncope. Pero lo que pase fuera no le importa nada, aunque se hunda el mundo. Y hace bien.

—Pronto se dará cuenta de lo que significa un crimen —dijo Paolo en tono sombrío—. Con todo lo que ocurrirá…

—No ocurrirá nada —repuso Giovanna, sin dejar de acariciarle la mano, pero volviéndose hacia el otro lado, hacia la calle que comunica la plaza con el Panteón.

Por esa calle venía una mujer de las llamadas «señoras» en Roma, sin duda esposa de algún funcionario ministerial: baja, gorda, de pelo moreno, rizado y grasiento, de pies rollizos enfundados en zapatos de charol de tacón altísimo, de mejillas maquilladas que parecían las de una máscara que no cubriera bien la carota anchísima, redonda, a la que una papada colgante, formada de pliegues superpuestos, daba una expresión de soberbia estúpida, de presunción ridícula, caminaba a pasitos sin mirar dónde pisaba, de manera que los tacones altos, que apoyaba como manteniéndose en equilibrio sobre este o aquel adoquín, volvían su andar incierto y tambaleante. Su cuerpo rechoncho se estremecía con cada paso y la gran pechuga rebotaba entre las varillas del corsé. Llevaba de la mano, casi a rastras, a un niño vestido con el uniforme fascista, que parecía seguir a la madre a disgusto, como avergonzado de que llevaran de la mano, tan poco dignamente, a todo un soldadito de la revolución. Era un mocito delgado, despierto, de ojos inteligentes, de expresión irónica, sin ese aire obtuso que tienen los hijos de cierta burguesía funcionarial romana, burguesía que no sólo constituye por sí misma una clase social, la más numerosa y, en algunos aspectos, la más importante de Roma, sino una raza aparte, por ser una mezcla de todos los inmigrantes que afluyen del sur de Italia a la capital en busca de empleos seguros y cómodos. La mujer miraba a Giovanna con manifiesto desprecio, sacando mucho los labios carnosos con aquella expresión de orgullo necio, y cada vez que el mocito trataba de soltarse de su mano autoritaria, rolliza y adornada con bisutería, exclamaba: «¡Andando!», sin volver la cabeza ni apartar los ojos de Giovanna. La aparición de aquella mujer contrarió e irritó a Paolo. Sintió que

enrojecía. Lo exasperaba aquella mezcla de solemnidad y ridiculez que había en la mirada, la actitud, el empaque de la mujer, aquel deseo ostensible de que se viera que dominaba al niño. Al pasar junto a Paolo, el pequeño estiró la mano y le rozó la rodilla, sonriéndole con simpatía.

—¡Andando! —gritó la madre con voz ronca, y siguió calle adelante arrastrando al niño y trastabillando.

—Hay que contárselo a mamá —dijo Paolo levantándose de pronto, presa de una agitación repentina.

—Ya lo ha hecho la tía, no te preocupes —ironizó Giovanna.

Fueron al coche. Tomaron Via del Conclave y salieron a Via del Corso.

—¿Crees que iba a dejar pasar la ocasión de darle un disgusto a mamá? La ha telefoneado esta mañana en cuanto se ha enterado de lo ocurrido.

—¿Y mamá? ¿Qué ha dicho?

Avanzaban despacio por Via del Corso, que a aquella hora estaba llena de coches y transeúntes perezosos.

—¿Mamá? Ha dicho simplemente: «¿Ah, sí? ¿De veras?» y ha cambiado de tema. Como si la cosa no fuera con ella. A la media hora ha llamado don Romano. Quería saber si volvíamos enseguida a la Torralta. La tía le ha dicho que no había prisa, y se reía. Lleva todo el día riéndose. No deja de repetir: por fin un crimen en la familia.

—Le deseo que nunca vea un crimen en la familia —dijo Paolo en tono duro.

—Paolo, no me digas que esta estúpida historia puede tomarse en serio. Y te aviso —añadió Giovanna con chanza— de que la tía dirá que eres un héroe. Así que mejor que te lo tomes también a risa. Si no, ya te digo que no cuentes conmigo.

—No necesito tu ayuda —repuso Paolo fríamente.

Giovanna se volvió a mirarlo. Estaban parados en Piazza Colonna, justo delante del Palazzo Chigi. El guardia municipal había detenido el tráfico, y por el tramo de calle que había quedado libre vieron bajar de Via del Tritone, rápido y silencioso, un coche negro y largo que entró por el portal de Palazzo Chigi.

—¡Oh, mira, Galeazzo! —exclamó Giovanna.

—¿Dónde? ¿Dónde? —preguntó su hermano con súbito interés.

—¿No lo has visto? Iba en ese coche.

—Me gustaría ser como él —dijo Paolo, mirando con atención las ventanas de Palazzo Chigi.

—¿Por qué? —preguntó ella, sorprendida.

—No lo sé. Pero me gustaría.

—De un tiempo a esta parte se ha hecho muy amigo de la tía. A lo mejor lo conoces esta noche. La tía da una cena y lo ha invitado. Está llamando a todo el mundo y anunciando que estarás tú. ¡Qué loca! Les dice que anoche mataste a un hombre en un tren.

—¿De veras?

—Sí, en broma, claro —repuso Giovanna—. Dice que eres el héroe de la familia, que en todas las familias debe haber uno.

—Pero nuestra familia es una familia honrada.

Habían llegado al Hotel de los Embajadores. En el bar no había nadie. El barman, un hombre gordo y serio, estaba acodado en la barra mirando unos pececillos en una pecera de cristal, cuyo fondo se veía cubierto de conchas y piedras entre una maraña de algas verdes y rojas.

—Buenos días, Cario —dijo Giovanna dejándose caer en una butaca—. ¿No me ha llamado nadie? —Y como el barman le contestara que no, le dijo a Paolo, enojada—: Me has fastidiado el día. Le había dicho a Marita que me esperase en el club de golf, que volvería hacia las tres. Y ya son casi las cuatro. Aunque podía haber llamado para decirme adónde iban. ¿Me pones un zumo de limón, Cario? ¿Quieres tomar algo, Paolo?

—No, gracias.

El barman sirvió el zumo, fue a un extremo de la barra, giró el botón de una radio y un instante después se oyó una voz que cantaba suspirando: *In my solitude…*

Giovanna estaba indolentemente sentada en la butaca sobre sus largas piernas, que tenía cruzadas. Empezó a canturrear mientras filmaba un cigarrillo con gestos nerviosos y el ceño fruncido. Cuando ladeaba la cabeza, se le marcaban los músculos y tendones del cuello esbelto, de piel tersa. Su silueta blanca se recortaba con nitidez contra la piel oscura de la butaca.

—Te estás poniendo muy guapa, ¿sabes? —le dijo Paolo.

—¿No tienes otra cosa que decirme? —replicó ella, y empezó a alisarse el pelo con la mano larga y fina en la que sostenía el

cigarrillo. Dejó aquella mano quieta un momento en la nuca, en una actitud frívola que, sin embargo, traslucía un desasosiego sordo.

—Cuidado, no te quemes el pelo —le dijo Paolo, cogiéndosela. Y empezó a acariciarle con delicadeza amorosa los rizos claros, de tornasoles rojizos como las hojas heladas.

—Di, ¿no tienes otra cosa que decirme? —repitió Giovanna. Se quedó mirándolo con expresión a la vez tierna e inquieta, casi angustiada. Era como si se sintiera oprimida por un pensamiento oscuro, por un sentimiento desagradable. El pecho, de senos menudos y redondos, ceñido por la chaqueta, le palpitaba.

—No sé qué quieres que te diga —contestó Paolo después de un largo silencio. Se había puesto pálido, hablaba con pausa, casi sin abrir los labios secos y blancos, como si le dolieran.

Giovanna reparó en su palidez, desvió la mirada, y con una voz que de pronto sonó ligera y distraída, pidió al barman:

—Carlo, hazme el favor de llamar al club de golf y pregunta si saben dónde está Marita.

—Muy bien, señorita —dijo Carlo, que se dirigió a su garita, detrás de la barra.

—¡Qué lata esta noche en casa de la tía! —exclamó Giovanna—. En mal momento llegas. Sólo faltabas tú para que la fiesta sea perfecta.

—¿Qué fiesta? —preguntó Paolo.

—La cena de esta noche. La tía quiere leerles a sus viejos amigos los primeros capítulos de sus memorias. *Vanity Fair* ya le ha comprado el manuscrito para publicarlo por entregas: *The End of a Chapter, by the Countess Dorothy Tolomei*. La tía está *aux anges*. ¡Menuda tabarra da con sus dichosas memorias! Ha hecho venir a Ezra Pound desde Rapallo. Axel Munthe está enfermo, pero verás como la tía se las apaña para sacarlo de la cama. Entre todos han tenido que recordarle los hechos importantes de su vida, porque, cómo no, ella los había olvidado. ¡Los hechos importantes! No sé qué puede haber importante en su vida. Pequeños escándalos, chismes, naderías, simples *potins*.

—La tía fue una gran belleza —comentó Paolo con una sonrisa irónica.

—Sí, ¿y qué? También el tío fue un gran galán. Como son guapos, se creen unos héroes. Grandes aventuras, grandes

escándalos, grandes locuras, amores fatales… Pero cuando se ponen a escribir sus memorias, no saben qué contar. Los chismes de siempre sobre Luisa Casati, Elsie Torlonia, Dorothy Fasso,
D'Annunzio,
la Duse…

—Por lo menos eran felices —la interrumpió Paolo.

—Felices…, felices… Durante cincuenta años creyeron que vivían una existencia llena de trágicas pasiones, de aventuras maravillosas, de espléndidas heroicidades. El chisme más necio era para ellos una tragedia. Estaban convencidos de que tenían una alta misión que cumplir, que representaban un papel sublime en la vida política, social, artística. La tía se cree que ha protagonizado grandes hechos, acontecimientos heroicos. ¡Una vida inimitable! ¡Isaotta Guttadauro! La tía, por lo menos, tiene una excusa: es americana, se tomaba todo muy a pecho, todo lo hacía de buena fe. ¡Pero los otros!

—Los héroes de entonces no es que fueran mala gente, es que eran tontos.
D'Annunzio
se burló de ellos durante medio siglo y ni se dieron cuenta. Han tardado cincuenta años en darse cuenta de que «su»
D'Annunzio
no era más que un pobre palurdo abrucés.

—¡Mejor así! —exclamó Giovanna riendo—. Si hubieran sabido que el verdadero
D'Annunzio
era otro, que el verdadero
D'Annunzio
era un gran hombre de verdad, un auténtico héroe…

—Un héroe…, un héroe… —la interrumpió su hermano con voz irritada.

Giovanna hablaba en tono fatuo, enfático, con una risa estridente, de hastío y amargura. De rato en rato miraba a la puerta como esperando y a la vez temiendo que entrara alguien y la librase de algún peligro, de alguna situación dolorosa. Su semblante, sus gestos, su mirada, que a veces se volvía sombría, casi amenazante, traslucían por momentos una angustia sorda.

—¿Así que piensas —preguntó Paolo— que la tía no ha vivido

nada importante, serio, grave? Aunque, en realidad —añadió en tono aburrido—, ¿qué me importa a mí la tía, qué me importan sus amigos, las hazañas de esa gente? Todos son unos héroes. ¡Qué gente más grande! ¡Y pensar que eran felices! —concluyó riendo.

Giovanna callaba, sin dejar de mirar la puerta. Era ya tarde, eran casi las cinco.

… with memories
of days gone by…

«Marita podía haber llamado, por lo menos. Habrán ido todos a casa de Dora. Quizá sea mejor así. No puedo dejarlo solo».

El bar iba llenándose de gente. La mayoría clientes del hotel, más algún que otro americano, francés. En el rincón del *grill room* se sentaron un grupo de ancianas damas con la duquesa de ***. A ratos se asomaba alguien a la puerta, saludaba, se iba. Paolo tenía los ojos cerrados, había puesto las palmas en los brazos de la butaca y de cuando en cuando movía los dedos, de pronto, como si quisiera agarrarse a algo. Giovanna había estado varias veces tentada de cogerlo del brazo, sacudirlo, pero se había contenido. Aquella palidez extraña de su hermano, aquel rostro inmóvil, frío, perlado de sudor, aquel movimiento repentino de los dedos, la asustaban.

—¡Vámonos, Paolo, vámonos! —dijo Giovanna, exclamando en voz baja, si así puede decirse, y se inclinó hasta casi rozarle el pelo con los labios. Quería irse, salir de allí, antes de que llegara Marita. Pero sentía también una oscura aprensión a quedarse sola con su hermano.

Paolo abrió los ojos y la miró sonriendo.

—¿Quieres que vayamos a casa? —le preguntó Giovanna, pasándole la mano por la frente con ademán tímido—. Estás cansado y necesitas descansar. Seguro que esta noche no… ni siquiera te has acostado.

—Te aseguro que no estoy cansado. Y he dormido perfectamente, no necesito descansar. ¿Crees que me había quedado dormido? He cerrado los ojos por…

En aquel momento se les acercó un muchacho alto, moreno, con la cara tostada por el sol, y dijo con un aire de sorpresa alegre:

—Pero Giovanna, ¿qué haces aquí? ¡Están todos esperándote para el ensayo! ¡Ah, Paolo!, ¿tú también aquí? ¿Cuándo has llegado? ¿Anoche? —añadió dándole una palmada en la espalda.

—¡Jean Louis, hola! —saludó Paolo—. Creía que estabas en Inglaterra. Me habían dicho que volvías a Oxford.

—Mi educación ya es perfecta, ahora sólo me falta aprender un poco de *bad manners*. Y para eso Roma es la ciudad ideal. Pero ¿qué hacéis aquí?

—Esperamos a Marita —dijo Giovanna.

—Marita lleva ya media hora en el bar del Excelsior con toda la *troupe* de Cesarino. ¿No tenías que ensayar tu papel?

—Sí —contestó Giovanna—, pero también pueden empezar sin mí. Hoy no tengo ganas de cantar.

Giovanna había aceptado interpretar a la chica que canta *Mad about the Boy* en *Words and Music* de Noël Coward, en una representación con fines benéficos.

—Todo el mundo te envidia el papel —observó Jean Louis—. Has de imitar a una de esas chicas de Jermyn Street, o algo parecido. Total, hay que apoyarse en una farola y cantar una canción triste y aburrida enfrente de un cine de barrio, de noche. No, mejor sería un cine de Bloomsbury. —Y, apoyando la espalda en la barra, empezó a canturrear:

Mad about the boy
It's pretty funny but I'm mad about the boy.
He has a gay appeal
That makes me feel
There's maybe something sad about the boy.

»—*Have a drink*, Paolo —dijo interrumpiéndose y ofreciéndole un vaso de whisky.

—No, gracias —contestó Paolo—, sabes que no bebo.

—En tu familia sois todos virtuosos, me olvido siempre —dijo Jean Louis riendo—. Pues sí, Giovanna, estoy seguro de que tendrás un exitazo. Es verdad que Cesarino no es Cochran. Vi *Words and Music* en el Adelphi, dirigida por Cochran, con Joyce Barbour, Ivy St. Helier, Romney Brent y las

Mr Cochran's
Young Ladies. Un espectáculo delicioso… Y tú, Paolo, ¿por qué no interpretas a Moya Nugent en la escena de la *younger generation*? Ah, claro, olvidaba que Moya Nugent es una mujer. Aunque tampoco importa.

—Cesarino le ha dado el papel de Moya Nugent a Bettina —terció Giovanna.

—Es un papel estúpido —replicó Paolo.

—¿Por qué? No digo que sea un papel inteligentísimo, pero sí muy divertido. Se trata de representar a la juventud actual, *the younger generation*.

—Un papel estúpido —repitió Paolo.

—Pero la canción es muy bonita. —Y Jean Louis se arrancó a cantar, golpeando con los nudillos en la barra—: *The younger generation*… Es la generación joven que llama a la puerta…

—¿A qué puerta? —preguntó Paolo con una sonrisa mordaz.

—A las del bar del Excelsior, por supuesto —contestó Jean Louis tomando a Giovanna del brazo y llevándosela a la calle.

En el bar del Excelsior, la *troupe* de Cesarino los recibió con gritos de alegría. Marita, Dolly, Sisy, Peggy, Stefanella, Bettina, Carla, Anna, Giulianella rodearon a Giovanna y se la llevaron a un sofá que había en un extremo del bar. Paolo se sentó a la barra, entre Jean Louis y Manolo y, con los ojos bajos, escuchó distraídamente lo que el primero, en tono vehemente y riendo mucho, le contaba al segundo. Tenía las mejillas coloradas. «Tiene algo de fiebre», pensó Giovanna, que lo observaba desde lejos.

—¡Pero Giovanna! —decía Marita—. Llevamos esperándote más de una hora para empezar a ensayar. Cesarino está hecho una furia. Quiere quitarte el papel y dárselo a Giulianella.

—Yo no sé cantar —se excusó Giulianella—. Bastante es que acepte salir de figurante en la escena de las *débutantes*.

—¿Y yo? ¿Acaso soy yo una Adelina Patti? Pues Cesarino me hace que cante de principio a fin: en el papel de la First Mama en *Hour*
Children's
, de Lady Mullenty en *Mad Dogs and Englishmen*, de la Old Lady en *A Boarding House at Ilfracombe*, y el de la madre en *The*

Younger Generación… Me da todos los papeles de señorona, no sé por qué.

—Porque estás gorda —dijo Peggy.

—¿Dónde está Cesarino? —preguntó Giovanna.

—Arriba, con Flaminia, Daria y Marina. Están ensayando la escena de *Children of the Ritz*.

—Hoy no puedo ensayar: ha venido Paolo, le he prometido a mi tía que lo llevaría a… Hoy no puedo.

—¿Paolo? ¿Ha venido? ¿Y dónde está? ¿Dónde? —preguntó vivamente Marita.

—Allí, con Manolo —señaló Bettina.

—¡Paolo, Paolo! —exclamó Marita—. ¡Ven aquí, Paolo! Me he enterado de una cosa tremenda sobre ti. ¿Sabes lo que le ha dicho tu tía a Dora? Que anoche mataste a un hombre en un tren.

—¿Y por qué no? —observó Jean Louis—. ¿Qué tiene de malo matar a un hombre?

—Yo que tú habría matado también a la mujer —dijo Marita—. ¡Oh, es una historia estupenda! Tu tía se la ha contado ya a media Roma.

—Sí, sí —intervino Stefanella—, también ha llamado a mi madre. Yo no me lo creo, claro. Debe de ser una broma de tu tía.

—¿Y por qué no te lo crees? —preguntó Manolo.

—Porque es demasiado bonito para ser verdad. Incluso hay una mujer de por medio.

—Es un crimen pasional, ¿verdad, Paolo? —exclamó Marita—. Tu tía dice que la mujer del pobre desgraciado es tu cómplice. Sí, confiésalo: es un crimen pasional.

—¡No, apuesto a que no fue él! ¡No fue él! —protestó Peggy—. Quiere que nos lo creamos, quiere hacerse el interesante, pero no fue él. Apuesto a que no fue él.

—No —contestó Paolo—, no se trata de un crimen pasional. El amor no tiene nada que ver. —Hablaba despacio, con voz clara, pero Giovanna advirtió que los labios le temblaban y que sus mejillas se cubrían de un rubor sombrío.

—¡Lo contenta que estará tu tía —dijo Jean Louis—, con lo que le gustan las historias tremebundas! Apuesto a que lo has matado para darle gusto.

—A mí las historias de crímenes me encantan —dijo Giulianella

—. Son las más divertidas. ¿A que sí, Giovanna?

Giovanna callaba. Estaba palidísima y miraba con fijeza a su hermano.

—Nunca he visto a un hombre asesinado. Estoy segura de que me daría espanto.

—Eres tonta, Sisy —dijo Dolly—. ¿No has visto alguna vez un gato muerto? Pues un hombre es lo mismo, sólo que más grande.

Las chicas se echaron a reír y Paolo sonrió también.

—Tienes que haber pasado un miedo horrible —dijo Marita—. En el tren, de noche, con un muerto en el compartimento…

—¿Miedo? ¿Por qué miedo? —replicó Paolo con voz ronca—. No se trata de miedo… Es otra cosa… Un crimen… Cualquier crimen es como un cartucho de dinamita… Puede hacer saltar el mundo por los aires.

En ese momento, Giovanna, presa de una extraña agitación, se levantó bruscamente, fue hacia su hermano, lo tomó por el brazo y dijo con una voz chillona:

—¡Ven, Paolo, vámonos!

—Pero ¿qué pasa, Giovanna? —preguntó Marita—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada. ¿Qué quieres que me pase? Pero es tarde y tenemos que irnos. Le he prometido a la tía que… Hoy no puedo, ensayaré mañana. ¿Se lo dices a Cesarino?

—Tampoco es tan tarde, la tía puede esperar —le dijo Paolo a su hermana, con cariño. De pronto estaba tranquilo, aunque aún le quedaba un poco de aquel rubor sombrío—. Espera al menos que beba algo, tengo sed.

Había cogido un vaso de la barra. Lo llenó de agua de seltz y se lo llevó a los labios. Sus gestos eran pausados, comedidos, y Giovanna vio, con una mezcla de sorpresa y temor, que en los labios le retozaba una sonrisa infantil, de niño que está a punto de llorar. Cada dos por tres se asomaba alguien a la puerta del bar y decía, dando palmadas:

—¡Sisy, Dolly, Manolo! Andando, que os toca.

Por todas partes se oían risas nerviosas, las chicas salían corriendo y soltando gritos de alegría. El bar iba vaciándose.

—Tampoco es tan importante un crimen —dijo Bettina—. Se cometen todos los días y a nadie le importa ni nadie lo nota.

—No, eso no es así —replicó Paolo—. Un crimen es como un contagio. Nos infecta a todos, incluso a aquellos que creen tener la conciencia tranquila.

—¿Un contagio? —preguntó Bettina, extrañada.

—Sí, un contagio —repitió él con voz resuelta—. Sólo pensar que se puede matar a un ser humano…, que un ser humano ha sido asesinado… Nadie, nadie puede dejar de turbarse, de conmoverse…

—¿A mí qué me importa que maten a un pobre desgraciado? —dijo Marita riendo—. A mí no me incumbe. Lo siento por el muerto, pero nada más. Aparte del susto, ¿qué te importa que un desconocido haya matado a un hombre en tu compartimento? Mejor cuéntanos cómo fue. Debe de ser una historia interesantísima.

—Tú no entiendes nada —dijo Paolo con brusquedad.

—No veo por qué todos tenemos que sentirnos personalmente responsables —observó Bettina.

—Si soy inocente, ¿cómo voy a sentirme responsable? —añadió Bettina—. Claro, si fuera culpable, tendría remordimientos.

—Remordimientos… —murmuró Paolo, y se quedó pensativo, como si aquella palabra le hubiera hecho concebir una idea inesperada—. Los remordimientos no tienen nada que ver. Son un sentimiento que nace de la conciencia de culpa. Pero si la conciencia…

—No entiendo qué quieres decir —lo interrumpió Bettina.

—Quiero decir que los remordimientos… No sé si me explico… Es muy difícil… Creo que en ciertos casos… Un asesino no tiene por qué sentir remordimientos…

—¡Qué cosas dices, Paolo! —exclamó Marita echándose a reír—. Un asesino sin remordimientos es un monstruo…

—¿Un monstruo? —replicó él—. ¿Por qué? Es posible que un homicidio no sea siempre un crimen, sino algo distinto, más atroz, más horrible, quizá, pero no un crimen. O un crimen tan atroz que anule en el asesino todos los sentimientos, incluidos los remordimientos —prosiguió como hablando para sí.

—Sea como sea —concluyó Bettina—, creo que la gente como Dios manda no tiene por qué interesarse por los crímenes. Para eso está la policía. ¿No te parece, Giovanna?

—No, la policía no tiene nada que ver —rebatió Paolo, airado—. No es asunto suyo.

V

En el salón del hotel se oía, más alto que los acordes de *Say Goodbye*
Let's
, un coro de voces juveniles y risas.

—Los ensayos están acabando —dijo Marita—. Tengo que ir a disculparme con Cesarino. Estará enfadado. ¿Quieres que le diga que no te encontrabas bien?

—Sí, búscame una excusa —respondió Giovanna dirigiéndose a la salida—. Además, tampoco es una excusa: no me siento bien.

—Pero ¿vendrás mañana?

—Sí, seguro, Marita.

—Pues hasta mañana a las tres —dijo Bettina.

Se despidieron en el vestíbulo del hotel. Paolo parecía enojado y frustrado.

—¿Quieres que vayamos a casa? —le preguntó Giovanna subiendo al coche.

—Demos una vuelta —contestó él—, necesito que me dé el aire, ahí dentro se ahoga uno.

El coche avanzaba en silencio a la sombra verde de los plátanos. El sol manchaba de rojo opaco las fachadas de los edificios. El cielo, altísimo, se veía de un azul intenso, entreverado de rosa. Desde Piazza Barberini subieron por Quattro Fontane y salieron a Via Nazionale. Ríos de gente afluían de las calles adyacentes y engrosaban la corriente que bajaba hacia Piazza Venezia o subía hacia la Esedra. Era la típica muchedumbre de funcionarios que a esa hora sale de los ministerios y se dirige hacia Via Nazionale, donde se entretiene hasta después del ocaso, a la luz polvorienta de escaparates y farolas. El aspecto de aquellas personas sorprendió a Paolo, como si las viera y observara por primera vez. Caminaban

despacio, por indolencia más que por cansancio, y parecían libres de pensamientos graves, de preocupaciones. Se le antojaron seres extrañísimos, sin inquietudes morales ni intelectuales pero también, y eso era lo más llamativo, sin esos caracteres animales que tanta importancia tienen en la naturaleza humana, incapaces, por impotencia o desinterés, de plantearse, y no digamos de resolver, otras cuestiones que no fueran las convencionales de su clase social. Pensaba Paolo, sin darse plena cuenta de la perspicacia de su pensamiento, que si a aquella gente se le ofreciera la oportunidad de gozar de una felicidad que no friera la burguesa, la rechazaría con desdén, como una ofensa a su dignidad de seres humanos y ciudadanos. Y se preguntó (era una duda que ya se había planteado en Pisa, donde había tratado casualmente a esa pequeña burguesía de funcionarios, comerciantes, estudiantes) si el ideal del pequeñoburgués no sería un ideal heroico, aunque sin formas ni expresiones vistosas; no un ideal cristiano, como cree la mayoría, un ideal de vida modesta, de paz familiar, de pocos pero seguros ingresos, sino un ideal heroico de verdad, pero sin pasiones (pues en la pequeña burguesía ni el egoísmo llega al rango de pasión). En aquellas gentes que andaban cansinamente por las aceras de Via Nazionale, veía Paolo, por mil señas, la fuerza de un ideal heroico que iba más allá de la «disciplina» y del «sentido del deber». El mismo sentido común, que muchos consideran de modo equivocado una de las virtudes de la pequeña burguesía, le parecía a él una forma de prudencia convertida en factor moral, factor, pues, de desequilibrio y desorden, y el que mejor justifica el heroísmo pequeñoburgués. Es una clase que no vive de renuncias, pensaba Paolo, sino de heroicas ambiciones. Observó, con desagradable y casi irritante sorpresa, que la cara de aquella gente, aunque grasienta y brillante, no tenía nada animal, instintivo. Eran rostros humanos. Ni la persona más necia o malintencionada podía confundirlos con bestias u objetos. Pero precisamente por esta expresión humana parecían seres humanos estúpidos. Se los veía orgullosos de su felicidad, satisfechos de su vida tranquila, no porque tuvieran sentimientos abyectos, apetitos vulgares, sino porque se sabían moralmente superiores a las demás clases sociales, porque estaban convencidos de que su moral era heroica e invulnerable. «¡Ellos también!», se dijo Paolo.

Llegaron al Coliseo. Grupos de obreros esperaban en torno a las bocas de los pozos profundos que habían excavado para construir el metro. Eran los trabajadores del turno de noche. Llevaban bajo el brazo un envoltorio con la cena, algunos ya se habían calzado las botas de goma. Se miraban con cara inexpresiva, tiznada de grasa y hollín. En el interior de la zona vallada, que se prolongaba por Via dei Trionfi, se oían voces, risas, el resoplar sordo de las bombas, el fragor del agua al salir por los desagües. Blancas nubes barrocas se aborregaban sobre el Coliseo y el Celio, sangrando por las heridas que las saetas del sol del crepúsculo inferían en sus mamas henchidas, enormes. Pandillas de jóvenes obreros pasaban en bicicleta camino de los barrios populares de Testaccio y San Paolo, hablándose a voces, alegremente, sin hacer ningún caso de las filas de coches lujosos que a esa hora vuelven de Castel Fusano y por la Vía Apia antigua. Los vehículos venían repletos de jóvenes de ambos sexos, ellos riendo y enseñando unos dientes blancos y feroces, ellas tocadas con grandes pañuelos de seda de colores anudados a la barbilla, con labios rojos y carnosos, mejillas rellenas, ojos vivos que echaban chispas. No se pintaba en sus caras otro sentimiento que la alegría fácil de vivir, una sensualidad frívola y atolondrada, ese optimismo sin escrúpulos que es parte de cierta felicidad para los jóvenes de nuestro tiempo. Se veía que, para ellos, las excursiones, las visitas a las tumbas de la Vía Apia, los paseos por el campo, por la playa y los pinares de Castel Fusano eran juegos inocentes. Esta falta de sensualidad verdadera, esta libertad casta, chocaba a Paolo, que se preguntaba si era fruto de la educación o una conquista moral, un hecho físico o un hecho de conciencia (¿o podía ser una renuncia?, pero ¿en qué sentido?).

Paolo era casto. Todo lo que acompaña al desarrollo sexual de los jóvenes era en él, como en la mayoría de los jóvenes de hoy, completamente independiente del sexo mismo. Su sensualidad era sana y por eso muy activa, pero sus inquietudes no tenían nada de sexual. Su libertad moral, como la de la juventud actual, nacía precisamente de su absoluta independencia del sexo, algo que hasta hace pocos años era más bien raro y se consideraba una virtud, una forma de equilibrio superior o, si se quiere usar otro lenguaje, una forma de piedad religiosa. La libertad y la castidad de aquellos jóvenes no tenían para Paolo ningún misterio, y por eso sabía

(conviene dejarlo claro) que no les faltaban ocasiones de satisfacer su curiosidad sexual, gracias al trato entre sexos. No lo sabía por experiencia propia. Hay que insistir, aunque sea con una expresión de otros tiempos, bastante ridícula si nos referimos a un joven de hoy y de la edad de Paolo, en que él seguía siendo «puro». Pero por lo que su instinto y la observación directa de sus compañeros de juegos de la Torralta le daban a entender, sabía que aquella «castidad» no tenía un significado físico, sino de indiferencia, de distanciamiento moral en la satisfacción del deseo sexual. La castidad, en ese sentido, no era cinismo. Aunque, de pronto, se preguntó desasosegado si ese desinterés, esa indiferencia moral en las relaciones sexuales, en una palabra, esa castidad, no revelaban en realidad una mente sin inquietudes, aspiraciones ni intereses intelectuales, un espíritu reducido a mero egoísmo, una insensibilidad absoluta hacia las cuestiones morales. «¿Qué les importa a ellos?», pensó. «Nada de lo que pase puede afectarlos. En nada se implican, con nada se comprometen. ¡Qué suerte! Son felices, se saben felices, viven… Tienen mucho miedo a morir…». Se echó a reír. «¡A su edad, tan jóvenes, y tienen miedo a morir!».

Giovanna, que de rato en rato miraba a su hermano, lo notó presa de una excitación extraña. Se había puesto colorado y le brillaban los ojos.

—¿Qué te pasa, Paolo? —E hizo ademán de tocarle la frente para ver si la tenía caliente.

—No, no es fiebre —dijo Paolo apartando la cara—. Es que estoy alegre…

Y riendo se volvió a mirar a los jóvenes obreros que pedaleaban despacio, con las manos apoyadas levemente en la parte superior de los enroscados manillares, en actitud de descanso, sin molestarse en mirar a las chicas sonrientes de los automóviles lujosos. «Quizá el pueblo», pensó Paolo, «sea casto de una manera muy distinta. No sólo en su vida sexual… sino en todos los aspectos de su vida…, en su conciencia… El pueblo aún tiene conciencia de lo que lo implica, de lo que lo compromete».

Pasaba en aquel momento un lujoso y solemne automóvil americano en el que iba sentado, solo, un anciano prelado, alto dignatario del Vaticano sin duda, que venía de la residencia papal de Castel Gandolfo. Los ciclistas volvieron la cabeza, observaron el

coche un momento y luego intercambiaron largas miradas.

—Bajemos un poco —dijo Giovanna cuando llegaron al obelisco de Axum—, quiero estirar las piernas.

Se dirigieron a pie a las termas de Caracalla, que destacaban rojas en medio de los árboles verdes, como pedazos de carne cruda. Gran parte de la explanada de hierba tras el obelisco la ocupaban unas obras. Había un grupo de obreros sentados en la hierba, con la espalda apoyada contra la valla; otros se quitaban el chaleco de trabajo, se desataban los zapatos, se anudaban al cuello un gran pañuelo de colores, a modo de corbata; otros, con el torso desnudo, se lavaban la cara y el pecho en un cubo de agua; otros, montados en sus bicis, metían prisa a los compañeros, con voces y gestos alegres y espontáneos.

La mayoría eran obreros del norte de Italia, lombardos, vénetos, piamonteses: altos, enjutos, musculosos, de cara cubierta de fino vello rubio, de ojos claros y fríos. Se movían libremente, eran sin duda hombres libres, pero por sus gestos y sonrisas se notaba que era una libertad íntima, una libertad entre temerosa y púdica, que constituía probablemente la clave de su felicidad y que cuidaban con celo como si se tratara de una posesión frágil, delicadísima, siempre expuesta a alguna amenaza, a algún oscuro peligro. Aquél era el secreto de su libertad (Paolo intuía que era un auténtico secreto), y comprenderlo de repente le hizo sentir simpatía, casi complicidad. Algunos llevaban un periódico en el bolsillo de la chaqueta y pensó en las pocas líneas de la noticia del suceso: «Aún no se conoce el móvil del crimen, pero hay motivos para creer que el asesino no obró con la intención de robar, sino por venganza». Este lenguaje necio y trillado lo deprimía e irritaba. Había repasado la prensa en busca de noticias sobre el crimen y había observado que los periódicos dedicaban mucho espacio y grandes titulares a acontecimientos internacionales importantes, a la vez que abundaban en crónicas de sucesos menores, robos de bicicletas, accidentes de tráfico, incendios y desgracias por el estilo ocurridos en toda Italia. Pero faltaba información sobre esos hechos de mediana importancia que son los que mejor permiten juzgar la vida de un pueblo. Era como si la realidad diaria de Italia fluctuase entre la grandeza heroica y la mezquindad provinciana, como si sólo se compusiera de gestas gloriosas y sucesos nimios, y excluyera los

hechos que más revelan el sentido común, la concepción mediocre, burguesa, sabia y prudente de la vida y del destino de los individuos, las familias, las ciudades, el Estado y el pueblo. Si faltaban esos hechos, se preguntó Paolo, ¿no faltaban también las ideas y los sentimientos que nacen de esos hechos, o de los que éstos nacen? ¿No eran los italianos, según eso, o héroes o pobres diablos? Y, por tanto, también aquel crimen, también el asesinato del pobre Manara era un suceso trivial, tan trivial como que se quemara un almiar en Grosseto, robaran una bicicleta en Velletri, muriera un albañil en Saronno, se escapara un caballo en Via Milano. Pero no, no podía ser… Aquel horrible crimen no podía reducirse a simple comidilla de crónica de sucesos… No puede anularse la fuerza espantosa de un crimen. La hipocresía, la prudencia, la discreción de la policía, de la prensa, de las autoridades, no puede mitigar el formidable golpe que supone para todos, individuos, sociedad, Estado, un crimen. Sí, la noticia del asesinato debía de estar ya obrando en el ánimo de aquellos obreros, royéndolo como un cáncer… Pero entonces, ¿por qué eran serenas sus miradas, y sus palabras no revelaban ninguna inquietud, ningún horror, ningún miedo? «¿Por qué yo mismo…?». Y se dio cuenta con tristeza de que también él estaba tranquilo, también él gozaba de la indolente quietud del momento, de la delicada melancolía del atardecer otoñal. Y, como si se sintiera oscuramente amenazado por aquella benignidad del ambiente, se acercó a la hermana y le pasó el brazo por los hombros.

Por los paseos que suben a la colina de San Saba y a la Viña Antoniniana, rodeando con lentas curvas las rojas ruinas de las termas de Caracalla, bajaban parejas de enamorados, mujeres del pueblo que hablaban sin perder de vista a sus hijos, grupos de soldados por parejas, cogidos de la mano y balanceando los brazos. Criadas solitarias, sentadas en la hierba o en troncos de columnas de mármol, o apoyadas plácidamente contra los altos cipreses de la antigua Villa Pepoli, miraban a los lados con grandes ojos serenos. Una compañía de jóvenes fascistas, con anchos pantalones bombachos, fez negro con borla colgante sobre el hombro cual trenza de cabellos, bajaba a la carrera de Santa Balbina, levantando una nubecilla de polvo rojizo: el tintineo de los rifles y las cartucheras se desvaneció entre los numerosos árboles verdes, ya

teñidos de sombras azuladas.

En el estadio contiguo a las termas de Caracalla, jóvenes en pantalón corto y camiseta azul corrían entre las blancas rayas de cal trazadas en la pista de tierra roja. El entrenador, en medio de la explanada (la hierba era de un verde intenso, con grandes visos celestes), anunciaba por el megáfono los tiempos de las pruebas. Cada vez que pasaban a su lado, del otro lado de la valla metálica del estadio, Paolo observaba que en los rostros, aunque contraídos por el esfuerzo, había una expresión de placer, casi extática: corrían con los ojos vueltos hacia el cielo, la cabeza levemente ladeada. Al pasar, se oía el leve rumor de las zapatillas de esparto sobre la tierra batida, el leve soplido que salía de sus labios entreabiertos. Junto a la pista, sentadas o tumbadas, con una brizna de hierba en la boca, había algunas chicas en uniforme atlético, oprimido el seno por la camiseta ceñida. Unas llevaban la camiseta blanca, otras verde, amarilla, azul, y en el pecho se veían estampadas grandes letras, una G, una T, una B, y una serie de cifras: seguramente eran los números que distinguían los distintos equipos de las ciudades de Italia o los barrios de Roma. Una de aquellas muchachas, que llevaba una camiseta amarilla con una enorme U de un negro brillante, al ver que Giovanna se encendía un cigarrillo, se volvió hacia ella con confianza y le hizo un gesto como diciendo: «¿Me das uno?». Pero sus compañeras la reprendieron y le dijeron a Giovanna que no le hiciera caso, que era una pánfila.

—Cuando tiene sed quiere beber, cuando tiene hambre quiere comer, cuando tiene sueño quiere dormir: una pánfila —añadió una que llevaba una enorme M en el pecho.

Todas se echaron a reír y empezaron a arrojar guijarros y terrones a la pobre pánfila, una jovencita de acento véneto que, después de protegerse con los brazos, se puso a dar volteretas en la hierba y a soltar patadas al aire con sus piernas gordas y cortas, de pantorrillas musculosas, profiriendo gritos agudos como si pidiera ayuda.

—¡Pánfila! ¡Pánfila! —exclamaban las otras riendo.

El entrenador anunció entonces por el altavoz que las pruebas habían acabado por ese día. Algunos chicos corrieron a los vestuarios y otros fueron a reunirse con las chicas. Con el rostro encendido, jadeantes. Se sentaron en la hierba, algunos apoyando

las manos a la espalda y extendiendo las piernas, en una postura que parecía de esfuerzo y era de abandono; otros se quitaron las zapatillas y empezaron a masajearse los pies con una extraña y amorosa delicadeza. Entre los atletas y las chicas se cruzaban palabras atrevidas, miradas fogosas, sonrisas insinuantes, pero todo con una familiaridad alegre y viril. Los labios rojos, el seno que respiraba con elástico ritmo, los gestos de los atletas que abrían las piernas y se acariciaban los pies tenían algo tímido, gran pureza viril. Giovanna se había tendido en la hierba junto a la valla metálica y algunos de los jóvenes la miraban a ratos con unos ojos que de pronto eran distintos, pero también Giovanna tenía una expresión de pureza amable, de castidad distraída. Ella contemplaba a ratos a su hermano y hacía una mueca de tristeza.

Paolo estaba sentado junto ella, con la cabeza gacha, jugando con unas piedrecillas. Parecía absorto, ausente. Tenía una expresión sombría. Aquella felicidad que lo rodeaba, aquella dulce fatiga del ocaso, aquella luz rosada que iba extinguiéndose en los cipreses y los pinos de Villa Pepoli, la risa y las palabras de los jóvenes atletas, los gritos alegres de las chicas, le provocaban amargura y soledad. El abandono del cuerpo y del espíritu que sucede a un esfuerzo muscular prolongado daba a aquellos rostros una expresión de felicidad fácil y distraída. Parecían libres de todo temor, incluso de ese temor a uno mismo que muchas veces acompaña al sentimiento de felicidad.

—Vámonos, Giovanna —dijo de pronto Paolo.

Subieron al coche, bajaron despacio hacia la Pirámide de Caio Cestio, se adentraron en el barrio de Testaccio. En las aceras, sentados a las mesas de las tabernas, corros de hombres y mujeres bebían y hablaban en voz muy alta, casi a gritos. Los hombres estaban colorados y sudaban, y tenían la cara hinchada, el pelo rizado y brillante, los labios morados y prominentes. Las mujeres estaban gordas, eran de piel grasienta, cabeza enorme, cuello grueso y fláccido. Algunas daban de mamar a sus bebés apoyando el seno desnudo, blanquísimo, en la mesa, junto a los vasos de vino blanco. Enjambres de niños y perros correteaban de acera en acera, chillando y ladrando. Por las ventanas abiertas salían a raudales voces y canciones de gramófonos. En la esquina de la calle, un altavoz informaba de la primera victoria de la Juventus en la liga de

fútbol. Para entonces había anochecido y la luz de las primeras farolas se proyectaba sobre las fachadas con un resplandor triste. La sombra que el ala del sombrero, la frente prominente, los rizos del cogote proyectaba sobre los rostros, ponía una nota grave en el júbilo de la compañía, del vino, de la cena inminente. La típica soberbia del pueblo llano de Roma se revelaba como lo que es en realidad: la insolente presunción de que nada amenaza su felicidad, sus bajos y seguros placeres.

Volvieron por la Via del Mare, tomaron Via del Corso, salieron a Piazza del Popolo y pronto se hallaron entre los árboles de Villa Borghese. Pero a medida que se acercaban a casa, en el ánimo de ambos jóvenes se abría paso una extraña inquietud. Paolo, con la cabeza gacha, callaba. Giovanna volvía hacia su hermano una cara pálida en que la piedad cariñosa había cedido ante un sentimiento secreto, distinto quizá, pero más fuerte que el miedo.

—¿Dónde vive esa señora Manara? —preguntó ella cuando llegaban a villa Tolomei. Ya había una fila de coches aparcados en la acera. Todas las ventanas del primer piso estaban iluminadas; también la del dormitorio de la tía—. ¿Se puede saber dónde vive? —insistió Giovanna en tono irritado.

Paolo se estremeció, alzó la cara para mirar a la hermana, pero no contestó.

—Tendrías que ir por la maleta —añadió ésta.

—No importa, ya iré. O mando a Carlo.

—Más vale que vayas ahora mismo.

—No, no insistas.

—No puedes ser así, Paolo. Esa mujer se ha portado muy bien contigo y tendrías que ir y darle las gracias.

—Que no —dijo Paolo—, te digo que no voy. —Y, tras un instante de vacilación, añadió en voz baja—: A esta hora ya estará allí. Fueron por él esta mañana. Lo habrán llevado a su casa. —Había cogido a su hermana por el brazo y se lo apretaba con fuerza.

Giovanna se inclinó hacia él y casi lo abrazó. Paolo notó la mano viva y temblorosa de ella metiéndose por su pelo. Permanecieron así, uno contra otro, en silencio, hasta que de pronto Giovanna se apartó y dijo:

—Eres un cobarde. Todo te da miedo. ¡Miedo de un muerto! —Y empujándolo para que saliera del coche, añadió, gritando—: ¡Sal,

cobarde, sal y sé un héroe!

VI

Paolo atravesó el vestíbulo, y al llegar al salón y volverse, vio que su hermana había desaparecido. Se detuvo en el umbral sin saber si entrar o si subir con Giovanna, pero entonces rompió el silencio una voz aguda que lo decidió a entrar. El salón estaba desierto y a oscuras. De la habitación de su tía llegaba un rumor confuso de voces. El más sutil placer de la condesa Tolomei era sentirse cansada: el cansancio constituía su único descanso. Para ella era una delicia tumbarse vestida en la cama y recibir a sus amigos, a su pequeña corte, en su bonito dormitorio. Muchos de los banquetes y bailes que daba los dirigía desde la cama, donde pasaba horas enteras tumbada, con la blanca cabeza apoyada en un montón de almohadones y las manos muertas sobre la sábana de seda rosa, en una inmovilidad estudiada y teatral. «La típica comedia», pensó Paolo. En el espejo del mueble que ocupaba todo un rincón del salón, justo enfrente del dormitorio de su tía, Paolo vio de pronto el perfil faunesco de Ezra Pound, su rostro bronceado, su perilla alborotada y bermeja, su mentón delicado, sus labios irónicos y cordiales: estaba sentado con las manos en torno de las rodillas muy inclinado, casi curvado, mirando el rostro pálido y opaco de la condesa Tolomei. La presencia allí de Ezra Pound le dio una sensación de tranquilidad, casi de seguridad. Paolo se sintió de pronto sereno, a salvo. De los viejos amigos de su tía Dorothy, Pound era el único ante el que no sentía aquel extraño cohibimiento que a veces desahogaba de repente con un impulso profundo, casi de rebelión.

En el espejo, el dormitorio se veía oblicuamente, y las personas que en él había reunidas se reflejaban de perfil, de espaldas, en escorzo. El lecho dominaba el centro de la luna, ocupando casi toda su amplitud, y parecía enorme y como empinado por la inclinación

del cristal, de manera que el cuerpo de la tía, tendido sobre la colcha de raso veneciano de delicado matiz azulado, y envuelto en una vaporosa bata rosa, se veía delgado y larguísimo, como el de un Cristo muerto. Los pies, calzados con sandalias doradas, se antojaban enormes. La barbilla, ancha y huesuda, tapaba la cabeza menuda y lejana, que se veía como desde abajo. La boca era invisible: de la cara sólo se apreciaba el puente de la nariz, las cuencas de los ojos y la frente, que, como su tía llevaba el pelo cano peinado hacia atrás, dejando ver las sienes surcadas de venas, parecía muy amplia. Al fondo, en el espejo, se entreveía la mesita de noche, donde había un gran jarrón con flores. Aquí y allí, sobre los muebles, había otros jarrones con flores, de suerte que la estancia parecía una capilla ardiente en que parientes y amigos velasen un cadáver. Las voces, las risas, el crujir de las butacas y el chirrido de los muelles de los sofás se oían atenuados y remotos, pero nítidos y distintos en cada una de sus articulaciones (los ruidos también tienen sus articulaciones, como los huesos de un esqueleto). Pero lo que sorprendió a Paolo fue que aquellos ruidos quedos y lejanos parecían venir de otra parte de la casa y no guardar relación con las imágenes reflejadas en el espejo, imágenes que se movían despacio, como en medio de un profundo silencio, igual que si representaran una pantomima, una escena de película muda.

Sentado junto al cabezal de la cama había un anciano delgado, tieso, como si llevara un corsé de hierro, de perilla rubia entrecana que le afilaba de manera curiosa la cara, y de tez colorada con manchas moradas en las mejillas. Pero lo que más llamaba la atención en aquel anciano inmóvil eran sus gafas de sol, negras, desproporcionadamente grandes, que daban al rostro ese aspecto lúgubre de las máscaras que usan los químicos en los laboratorios. Era Axel Munthe, tal vez el más antiguo de los amigos de Dorothy. Paolo quedó espantado al verlo. El anciano tenía las manos en las rodillas, dos manos rígidas, frías y muertas. Lo único vivo que había en ellas era una gruesa vena verde y palpitante, que parecía una grieta del espejo, algo concreto, pero mágico e irreal. Las voces lejanísimas eran interrumpidas por extraños silencios: se trataba de una conversación entrecortada, plagada de palabras francesas e inglesas, que una carcajada, una palabra dicha en voz más alta,

cortaba de pronto. Las palabras de Giovanna le zumbaron entonces en los oídos y tuvo un momento de confusión, casi de aturdimiento. Se apoyó en un mueble y cerró los ojos. Pero enseguida los abrió. El cuarto, que le daba vueltas, se detuvo de golpe y en el espejo vio a su tía incorporarse despacio apoyándose en los codos y alzar la cabeza, la cual se reveló así en toda la crudeza de su noble perfil agudo, de su nariz recta y fina, de sus labios finos. Al incorporarse, aquel cuerpo flaco y larguísimo se veía agigantado por la inclinación del espejo. La anciana miraba al muchacho con unos ojos que fueron abriéndose poco a poco hasta casi salirse de las órbitas, mientras las caras de las personas reunidas en torno a la cama se volvían lentamente hacia él.

—¡Oh, Paolo, *darling*! —exclamó la tía Dorothy con voz chillona, casi saliéndose del marco dorado del espejo.

El muchacho cruzó el salón, entró en el dormitorio, se inclinó para besar a su tía en las mejillas, mientras todos los demás hablaban y reían, y alguien le daba una palmada en la espalda, y la anciana, que ahora estaba sentada, sujetándole la mano entre las suyas, le hablaba con su voz aguda, pero dulce, con sus frases entrecortadas, que el acento extranjero hacía sonar algo frías y falsas.

—¡Oh, Paolo, *darling*! ¿Dónde has estado? Te creía huido, en la cárcel, estaba a punto de ir a la policía, de llamar a tu madre, *Paul disparu, yes, ma chère, disparu, oh goodness!* Pero ¿dónde estabas? ¡Llevo todo el día buscándote! ¿Y Giovanna? ¿Has visto a Giovanna? ¡Tengo tantas cosas que decirte! Pero ¿y Giovanna? ¿Dónde está? —Y apretaba entre las suyas la mano inerte y fría del sobrino.

—Venía conmigo, debe de haber subido un momento a su habitación.

—¡Oh, miradlo! —continuaba la condesa sin hacer caso de las palabras del sobrino—. ¡Miradlo! Es mi favorito, al que más quiero, por el que más sufro, *and look at him, please!* ¡Ah, sí, lo sé, sé que has estado en la cárcel! ¡Sí, en la cárcel! ¡Oh, querido, qué valiente eres! Hasta en la cárcel, por haber defendido a una pobre mujer de un bruto, de un asesino… *Oh darling!*

—Sí, es todo un héroe, todo un héroe —terció la marquesa Nora B***, que se hallaba sentada en una butaca al pie de la cama, de

espaldas al espejo. Nora B*** se había afincado en Roma hacía treinta años, cuando aún se llamaba Nora Fitzgerald—. Aunque dinos, Paolo, ¿puede saberse cuál ha sido tu heroicidad? —Y añadió, apretando los labios, con voz desdeñosa—: Tu tía nunca dice la verdad.

—Ah, Nora, *my dear, tu es toujours méfiante, on dirait que… Ah nuts!* —exclamó la condesa Tolomei, adoptando un aire de hastío lánguido—. La verdad es que no te entiendo. Hace treinta años que nos conocemos y aún no te entiendo. ¿Es que no te alegras de ver a Paolo sano y salvo, después de tan terrible aventura?

—No exageres, Dorothy, que siempre exageras —contestó Nora removiéndose en la butaca.

—No exagero, querida. Paolo ha arriesgado su vida por salvar a una mujer, ¿entiendes?, por salvar a una pobre mujer.

—¿Y tan importante es eso? —dijo Nora afectando asombro.

—Es un héroe, toda Roma lo sabe… *Il ny a que sa mère… Oh great glory! a que sa mère et toi, ma chère*
Il n'y
… —Y revolvió los ojos con expresión conmiserativa.

—No acabo de entender —intervino Ezra Pound con voz tímida, mirando a Paolo con una especie de estupor contenido—. ¿Quién es el héroe?

—Está usted siempre en las nubes —lo interrumpió Nora en tono despectivo—. ¿Quién es el héroe? Si no lo sabe usted, que es poeta, ¿quién puede saberlo?

—¡Pues claro que lo sabe, lo sabe toda Roma! —exclamó Dorothy—. *Et toi, Nora, my sweetheart, pourquoi?* Sabes que siempre soñé con tener un hijo como Paolo, un hijo que se pareciera a mí, que fuera como yo…

—*For heaven's sake!* —exclamó Nora levantando los brazos con impaciencia.

—Sí, que fuera como yo… ¿De qué te extrañas? Si tuviera un hijo, ¿por qué no había de ser como Paolo? ¿Acaso crees que no lo comprendería mejor que Alberta? Su madre no lo comprende, no lo aprecia, te digo que no le importa… Ha matado a un hombre, ¿oyes? Ha defendido el honor de una mujer, ¡es un héroe!

Se oyeron unas risas sofocadas. La anciana mudó repentinamente de expresión y prorrumpió en una alegre carcajada.

—*Oh mon cher!* —le dijo a Axel Munthe—. Soy una sentimental incorregible, ¿verdad?

—Usted es una zorra vieja —dijo éste sin volver la cabeza ni mover las manos, con voz fría y terminante.

El lenguaje enfático de ella y la brusca respuesta de Axel Munthe no parecieron sorprender a ninguno de los presentes, ni siquiera a Nora. Aquel lenguaje y aquellas maneras eran moneda corriente en casa de los Tolomei, considerada, por muchas razones, la más excéntrica de Roma, y que era uno de esos chalets con ínfulas palaciegas que, a imitación de los viejos y severos palacios romanos, se construyeron hace treinta años en medio de los edificios de cemento y cristal de los nuevos barrios de Villa Glori, y donde, entre viejos muebles, antiguos cuadros, terciopelos venecianos y brocados florentinos, se reunía el *gratin*, la *fleur de pois*, todos los *chromium plated* y los *streamlined* de Roma. La condesa Tolomei era norteamericana, y esta circunstancia, unida a la falta absoluta de tacto y al respeto escrupuloso de las convenciones (Dorothy afirmaba que su *livre de chevet* era *Pride and Umprejudice* de Jane Austen, y contenta con su juego de palabras, añadía: *I am a modern of the old school*), le había permitido salvarse del olvido al que el rápido advenimiento de las nuevas generaciones había relegado a la vieja élite femenina de la sociedad romana.

Victoriana en su primera juventud, todo lo victoriana que puede ser una jovencita de buena familia criada en Boston hacia 1890, la época en que Ward McAllister confeccionaba la lista de los famosos Cuatrocientos, Dorothy se había vuelto rápidamente, durante los primeros años de su matrimonio con el conde Filippo Tolomei, más eduardiana que el rey Eduardo, si bien al modo de las jóvenes norteamericanas casadas en Italia: mezclando el estilo del presidente Taft con el de Humberto I, y el gusto de Washington Square con el de la Roma de Gabriele
d'Annunzio
y del conde de Turín. Durante veinte años, hasta la primera guerra mundial, la condesa Tolomei había vivido la existencia «heroica» de cualquier joven dama de la época, en bailes, en fiestas, en galanterías, en cotilleos, en esas fantasías tontas e infantiles que la jerga
d'annunziana

de aquellos años llamaba «locuras». Poco a poco, la retórica del heroísmo había acabado corrompiendo en ella esa particular ingenuidad que Jane Austen y Walter Pater otorgaron graciosamente a las jovencitas de la época victoriana. Pero, para suerte suya, Dorothy nunca había sido bella: inestimable ventaja en una sociedad como la italiana, y romana, en que la belleza constituye en sí misma un *handicap* moral, un elemento que se presta no sólo, como en otras partes, a la malicia y la envidia, sino también a toda clase de peligrosos equívocos. En Italia, la belleza femenina nunca ha sido por sí sola un factor de superioridad, ni siquiera en épocas en que el llamado culto a la belleza tenía un carácter social y era casi una religión de Estado. Los italianos, sean de donde sean y con independencia de la clase a la que pertenezcan, tienen en común una especie de instintiva aversión a la belleza femenina. Es una aversión hecha no de celos, sino de rencor y desconfianza. Es como si la belleza femenina contuviera un germen disolvente, un principio de perdición, y acarrease desgracia tanto al que la posee como al que la contempla; es como uno de esos seres u objetos sobre los que pesa una oscura maldición. Parece inspirar a los italianos deseos de venganza, como si para librarse de su fascinación tuvieran que humillarla, como si sólo el odio pudiera exorcizar su abyecta influencia.

Pero lo que más había ayudado a Dorothy en aquella sociedad, donde había sido una extraña muchos años, era su mente perezosa y no poco ingenua, que tendía a juzgar a las personas sin raseros morales y con el único criterio del respeto a las convenciones sociales y del *sense of humour*. Pronto había adoptado también la costumbre de no dar importancia más que a la moral del día, que era un falso esteticismo, un culto enfático del heroísmo, según el cual los hechos sólo existían en virtud de la atmósfera que los acompañaba. Nada tenía importancia si no podían aplicársele epítetos como «bello», «grande», «bueno»: un bello crimen, un gran escándalo, una buena aventura. A estos epítetos se reducía el sentido de lo heroico, porque en aquellas generaciones sólo eran heroicas las maneras y las poses. Con el paso de los años (no se daba cuenta Dorothy de que las sociedades envejecen mucho antes que las generaciones), de las pasiones falsas y los heroísmos postizos de su juventud no le había quedado más que un

sentimiento de frustración y a la vez de nostalgia, o, mejor dicho, una especie de resentimiento contra aquella época que había pasado tan inútilmente. La mujer había nacido en ella tardíamente, cuando pasaba de los cincuenta —hasta entonces había sido una niña perezosa y mimada—, y con la mujer había desarrollado una mente ambiciosa, llena de pretensiones maliciosas. Hacia 1920, al término de la primera guerra mundial, en aquellos años de incertidumbre y confusión, Dorothy había sido la primera de las *douairières* romanas que se convirtió a los gustos y al estilo, si no a la moral, de las nuevas generaciones; que se puso, como ella decía, *in tune with our times*. Y como hasta entonces había debido contentarse con ser una de tantas *also ran*, muy inferior a sus rivales y amigas más afortunadas por nacimiento, belleza e ingenio, ahora se vengaba con complacencia cruel de las viejas y ajadas glorias que no habían sabido «envejecer siendo modernas», seguían fieles a los gustos y al estilo del tiempo en que fueron bellas y famosas y sentían un mal disimulado desprecio por las nuevas generaciones.

Aunque el título de «primera dama de Roma» correspondía por tácito acuerdo (con cierta reserva por parte de algunos, la verdad sea dicha) a Isabella Colonna, nadie disputaba a Dorothy el privilegio de ser, por decirlo así, la garante de las aspiraciones y la nueva moral de los jóvenes, en aquella sociedad decadente. Este triunfo no estaba exento, sin embargo, de cierta amargura secreta: ahora que por fin conseguía ser la reina de Roma (aunque no como lo habría sido veinte años antes), Roma se convertía, como ella decía, en una república social. Gracias a treinta años de astuta política mundana, de esnobismo, de prudencia, de sabias maniobras, encarnaba por fin una moral aún no prohibida pero tampoco aceptada, y que se desentendía de la vida y sus problemas. Aquella situación de privilegio de la que gozaba ante las nuevas generaciones la debía a haber entendido, instintiva y oportunamente, la moral particular de la juventud, los motivos profundos de la indiferencia de los jóvenes por las cuestiones tradicionales de la vida, su desinterés, su retórica gratuita. No era sólo que los jóvenes vivieran al día, sino que para ellos el tiempo no tenía importancia moral, que no había ni que apresurarse a gozar, ni que fiarse de las ilusiones juveniles. Era una moral, un conjunto de principios y sentimientos ajenos al sentido del tiempo y la vida,

y por tanto antisociales. Esto quizá había ayudado a Dorothy a superar el pensamiento consolador, propio de la vejez, de que su ocaso era también el ocaso de la sociedad, de su mundo, de que con ella moriría asimismo la sociedad. Dorothy pensaba ahora que la que envejecía era la sociedad, no ella. Las que envejecían eran todas sus rivales y amigas de antaño, que habían creado e impuesto unos gustos, un estilo, una retórica, durante treinta años, y seguían viviendo de los vestigios de aquella retórica, de aquel estilo, de aquellos gustos, en la soledad orgullosa e histriónica de sus palacios.

La casa de Dorothy era la más exclusiva y al mismo tiempo la más acogedora de Roma, el natural objeto de las ambiciones esnobistas de todo el *gratin* romano. Era, como dijo un día Elsa Maxwell, la casa «más joven» de Roma. No solamente porque Dorothy gustaba de rodearse de jóvenes y pasar por cómplice y madrina de éstos, sino por la atmósfera indefinible de indiferencia, de crueldad risueña, de valentía inconsciente que en ella se respiraba. Los jóvenes, sobre todo las chicas, querían mucho a Dorothy, aunque era un afecto matizado de desconfianza: en la protección que les daba sentían unas veces la carga de una complicidad vigilante e interesada, casi de una moral de Estado, y otras una indiferencia íntima, una visión de la vida displicente, fruto de un resentimiento antiguo, de una nostalgia sin objeto, de una frustración sin sentido. Aunque siempre parecía dominada por pensamientos y sentimientos encontrados, por estados de ánimo opuestos, por caprichos y fantasías de todo tipo, Dorothy tenía, en realidad, un carácter serio y firme. De la tristeza a la que se entregaba a escondidas, de sus cavilaciones ensimismadas, salía haciendo un esfuerzo violento, soltando una carcajada, una palabra inoportuna, un grito, haciendo un gesto teatral, adoptando una actitud cómica. Su cinismo, su insolencia, su fatuidad eran puramente externos, el aspecto artificial de su carácter. Por dentro, Dorothy era triste, pesimista, despreciativa, rencorosa. De la juventud o, mejor dicho, de la edad en que había sido joven, le había quedado la retórica: las languideces repentinas, las poses histriónicas, el culto del heroísmo, el gusto por cierta poesía decadente, por una sensualidad suntuosa, puramente verbal. Su voz, sus gestos, sus actos reflejos seguían imitando los de la Duse, los de

la Di Rudini, los de Franca Florio, los de Luisa Casati, los de Vittoria Sermoneta; la diferencia con sus rivales de entonces era que Dorothy despreciaba sus mismos gestos, su misma retórica. En el solo hecho de escoger y mezclar a sus amigos se veía de manera clara que, además de respetar rigurosamente las convenciones sociales, tenía el convencimiento de que todo le estaba permitido, de que nada de lo que ocurría fuera de su casa tenía importancia, de que las cosas se volvían legítimas, justas, morales, por lo mismo que ocurrían en su casa, en su mundo. Eso se debía a la instintiva creencia de que su casa, el mundo donde reinaba, estaba envuelto en un aura de misterio, de magia. Se esforzaba por interpretar cuanto venía de fuera como un mensaje, un aviso, una revelación.

Su casa estaba abierta a lo mejor y lo peor de Roma: al jugador de *football*, al actor de cine, a los diplomáticos extranjeros, al duque de Alba, al pintor mundano, a Mister Knickerbocker cuando volvía de la India, a Serge Lifar cuando pasaba por Roma, a Barbara Hutton, a los *barflies* del Excelsior, del Quirinale y del Grand Hôtel. Habría abierto las puertas de su casa hasta al criminal perseguido por la policía, si creyera que le revelaría el misterio del que se creía rodeada. Lo que ocurría fuera de su casa y de su mundo le interesaba no tanto por lo insólito como por lo incomprensible e impenetrable. Y como su imaginación no la ayudaba (era una imaginación nostálgica, evocativa, volcada en el recuerdo), creía que ese misterio era proporcional al grado de claridad y precisión de sus recuerdos, de la retórica de la edad en la que había sido joven. Y no se daba cuenta de que ese misterio, esa zona inexplorada de la naturaleza y la historia, no estaba fuera de su casa y su mundo, sino en su persona, en su mismo mundo moral. Esta ignorancia, esta incomprensión de un misterio que ella no sabía que guardaba dentro de sí, la llevaba a renegar de todas las claras imágenes de su juventud, de todos los motivos concretos de su felicidad de antaño. A un único sentimiento seguía fiel: a su antiguo y sincero amor por Roma, un amor que con el tiempo se había hecho más límpido y profundo, a diferencia de otros afectos que habían ido desvaneciéndose.

«*I adore Rome*», decía con su voz chillona (que había sido preciosa, rica en modulaciones secretas y ambiguas), reclinando la cabeza y moviéndola suavemente. Tenía el cabello blanquísimo y

largo, aunque desde hacía cincuenta años lo llevaba recogido en la nuca, como en los retratos que le hicieran Boldini, Sargent, Laszlo. «*I adore Rome*». Y en su voz chillona sonaba el eco emocionado de quien quiere justificarse.

—*Shut up!* —le dijo a Axel Munthe—. Usted es un viejo cínico, no puede entender a los jóvenes. Paolo ha actuado con nobleza, por instinto caballeresco. En nuestros tiempos, ¿quién se habría atrevido? —Y rió con acento falso e insolente—. En nuestros tiempos no había más que lechuguinos, hombres fatales, héroes de pacotilla. Ninguno habría tenido valor… Sea sincero, confiéselo, ¿habría tenido usted el valor de matar a un hombre para defender…?

—¡No se cree usted una sola palabra de lo que dice, *a damned word*! —la interrumpió Axel Munthe, rabioso.

—A ver, Paolo, *darling*, cuenta cómo fue, qué ocurrió.

—No se cree una sola palabra de lo que dice. Paolo no ha matado a nadie, son imaginaciones suyas —repitió Axel Munthe mirando a Dorothy con expresión de desprecio.

—¿Qué le importa si es verdad o no? —terció Nora enarcando una ceja con profundo desdén—. Para ella ha sido una broma, *nothing but a joke*.

—¡Ah!, ¿no me creen? A ver, Paolo, cuéntanos, dinos la verdad, quiero saberlo, tengo derecho a saberlo.

VII

—Tía, no sabía que las historias de crímenes te interesaran tanto —repuso el muchacho con una especie de sarcasmo hipócrita—. Si te dijera la verdad, ¿crees que te haría gracia? Además, hay tan poca verdad en un verdadero crimen…

—¿En serio que no vas a darme ese gusto? —insistió Dorothy con impaciencia.

—No sea ridícula, no entiendo por qué siempre quiere ponerse en ridículo. —Y Axel Munthe volvió levemente la cara impasible hacia la condesa Tolomei—. ¿Cree que Paolo le diría la verdad sólo por darle gusto?

—Oh, Paolo, *darling!* Supongo que no tienes ninguna verdad que ocultarme. ¿O es que temes que la historia me impresione demasiado? He oído muchas cosas en mi vida. Has de contármelo todo, Paolo, quiero saberlo todo, debe de ser una historia interesantísima.

—Sí, creo que es una historia bastante interesante —afirmó Paolo—. Tú misma te darás cuenta.

—¿Ha visto alguna vez un cadáver? —preguntó Axel Munthe volviéndose bruscamente hacia Dorothy.

—¡Qué horror! —exclamó ésta—. Por suerte, no sé ni cómo es un cadáver. Ah, sí, una vez vi uno, hace muchos años, ahora que me acuerdo… —Y contó que hacía muchos años un oficial de caballería, un tal Paterno, mató a una dama de corte, la condesa Trígona—. No te imaginas, querida —concluyó dirigiéndose a Nora —, cómo quedó la pobre. Era una de mis mejores amigas, me afectó muchísimo. ¡Qué escándalo! Fue un escándalo enorme, ¿te acuerdas?

—Me acuerdo perfectamente —respondió Nora—. No puedo decir que fuéramos grandes amigas, en realidad no me gustaba,

pero todo el mundo la quería. No merecía acabar como acabó.

—¡Fue repugnante! La mató con un cuchillo. Estaba desnuda, no le quedó ni una gota de sangre. Debió de costarle mucho matarla como la mató, a cuchilladas.

—Matar a un hombre no es difícil —observó Ezra Pound con voz tranquila, sonriendo levemente—, y menos aún a una mujer. La técnica del crimen ya no tiene secretos, es un arte al alcance de cualquiera.

—Sí —convino Paolo—, debe de ser facilísimo. Cosa de nada. Fue un momento, nadie se dio cuenta. Cuando lo pienso, me parece imposible que pueda ser tan fácil.

—¡Yo me habría muerto de miedo! —exclamó Dorothy soltando una carcajada—. Imagínense… ¡Un muchacho, solo, en un compartimento a oscuras, frente a un asesino! Otro en su lugar habría perdido la cabeza, habría huido, se habría arrojado del tren. ¿Verdad, Paolo, que fuiste un héroe? ¿Verdad que arrestaste tú al asesino? ¿Cómo era? ¿Qué cara tenía?

—No lo sé… No recuerdo… —contestó el muchacho—. Pero no hay nada heroico en lo que hice. Preferiría ser un asesino, el más mísero de los criminales, un delincuente cualquiera, antes que un héroe. —Paolo había hablado rápidamente, con voz airada: miró a los presentes casi sorprendido de sus propias palabras.

—¡Oh, Paolo, *darling*! —exclamó su tía—. ¿Qué tiene de malo ser un héroe?

—No tiene nada de malo —contestó el muchacho—, pero no soy un héroe.

—Paolo tiene razón —dijo Axel Munthe—. Los muchachos de hoy hablan un lenguaje mucho más llano y sobrio que el nuestro. La palabra «héroe» no posee para ellos el mismo significado que para nosotros. Es una palabra que, en boca nuestra, les hace reír, cuando no los irrita. Hay que reconocer que nuestra generación ha sido una generación ridícula. ¿Quién de nosotros no se creyó un héroe? ¿Quién de nosotros no está convencido de haber vivido una existencia heroica? —añadió riendo en tono agudo—. ¿No cree que puede cometerse un crimen sin ser un héroe?

—Es usted un viejo cínico —declaró la anciana Dorothy en tono de asco.

—Lo siento mucho por ti, querida tía —dijo Paolo de repente,

sentándose en la cama y acariciando las manos de la anciana con gesto irónicamente afectuoso—. Pero que sepas que ni siquiera sospecharon de mí, ni siquiera me creyeron digno de tanto honor. ¡Un muchacho de buena familia, sobrino de un senador, sobrino de la condesa Dorothy! ¿Te parece posible? Un muchacho de bien no puede ser un héroe.

—¿Sospechar de ti? *For heaven's sake!* —gritó la condesa, apoyándose en los codos para incorporarse y mirándolo con aire espantado—. ¿Y por qué habían de sospechar de ti?

—Porque es un muchacho con conciencia moral —dijo Axel Munthe.

—*What the heck about morality?* —replicó Dorothy—. ¿Qué tiene que ver la moral con esto?

—Nada, si usted lo dice —contestó Axel Munthe—. Todo es cuestión de entenderse. ¿Se acuerda del pobre Sartorio? Era un espíritu selecto, un hombre de gusto. Cuando hace unos años el tal Mesones, un ciego, mató a su amante, una tal Bice Simonetti, y toda Roma se interesaba por el suceso, Sartorio me dijo que aquel crimen era bello como una columna dórica. ¡Ja, ja, ja! —añadió riendo con voz aguda—. Éramos todos unos bufones, unos grandes payasos.

—¿Y qué tiene que ver la moral con sus payasadas? —repitió Dorothy apretando los labios con ostensible desprecio.

—No tiene nada que ver, es verdad —contestó Axel Munthe—. Recordarán sin duda un crimen que en su momento apasionó a toda Italia. Un ingeniero, un tal Arvedi, apareció degollado en un tren de la línea de Ancona. Nunca se supo la verdad de aquel crimen. Arrestaron a unos pobres diablos, los juzgaron, incluso los condenaron. Pero fue un juicio basado en simples indicios, seguramente aquellos pobres eran inocentes. Pues bien, cuando leí en la prensa la noticia de aquel oscuro crimen, mi primera idea fue que el asesino tan sólo había querido hacer un gesto.

—¿Un gesto? —preguntó Paolo profundamente sorprendido.

—Sí, un gesto. ¿Por qué iba a matar a aquel pobre hombre, sino para hacer un gesto?

—Lo que este asesino hizo anoche delante de mis ojos no fue un gesto. Fue algo más —repuso Paolo en voz baja, con una expresión dura y la cara pálida.

—¡Tienes razón, es horrible, es un crimen monstruoso! —

exclamó la anciana con el rostro iluminado de alegría, como si hubiera hecho un descubrimiento maravilloso—. Tu asesino era un bruto.

—Si Napoleón estuviera vivo, yo sospecharía de él —dijo Axel Munthe.

—Algo parecido leí en una novela, no recuerdo ya cuál —terció Nora—. *Un jeune homme exalté* dispara a una mujer figurándose que imita a Napoleón.

—Ahora me entero de que Napoleón disparó a una mujer —dijo Dorothy.

—En efecto, el Julien Sorel de Stendhal quiere ser una especie de Napoleón —comentó Ezra Pound.

—También Raskólnikov cree que imita a Napoleón cuando mata a la vieja usurera. Dostoievski lo dice claramente —observó Munthe.

—No entiendo —dijo Paolo— cómo puede matarse a un hombre con la idea de imitar a Napoleón o simplemente de realizar un acto heroico. Si yo, anoche, hubiera matado a ese hombre, lo habría hecho con un móvil preciso, por un motivo determinado.

—Es lo mismo —dijo Axel Munthe—. También habrías hecho un gesto, como Sorel y como Raskólnikov.

—¿Un gesto? ¿Quiere decir que no habría sido más que un gesto, un acto desinteresado?

—Eso mismo —contestó Axel Munthe.

El muchacho bajó los ojos y permaneció un instante en silencio, con el ceño fruncido, como si pensara.

—¿También yo habría sido un héroe? —dijo al cabo.

—Un héroe como los demás, un pobre héroe.

—¿Una ridícula copia de Napoleón?

—No exactamente de Napoleón, sino de…

—Pues se equivoca —lo interrumpió Paolo fríamente—. Habría sido como un anarquista que pone una bomba para volar una ciudad, como un obrero que realiza un acto de sabotaje. Habría salvado…

—*What?* —exclamó Dorothy apoyándose en los codos para incorporarse y mirando a su sobrino con asombro e indignación.

—Un crimen nunca salva a nadie, ni siquiera a quien lo comete —observó Ezra Pound sonriendo dulcemente—. Hoy día, un crimen

que tuviera la pretensión de salvar el mundo haría reír.

—Pero así es —dijo Paolo, exaltado—. Ustedes no entienden que puede haber una razón profunda, que puede cometerse un…

—No eres más que un muchacho —lo interrumpió su tía en un tono autoritario que no admitía réplica—. Has cumplido con tu deber, has hecho frente a un peligro, has arriesgado la vida, ¿y ahora quieres renegar de tu gesto? —Pero entonces, como olvidando de pronto a su sobrino, se volvió hacia la puerta, se apoyó en los codos y se incorporó para ver mejor en el espejo lo que ocurría en la estancia contigua, donde se oía rumor de voces y pasos, y exclamó con una voz completamente cambiada, que de nuevo sonaba mundana y juvenil—: *Oh dear me!* ¡Lucio!

VIII

Como al conjuro de aquella voz chillona y falsa, la imagen de unos jóvenes surgió del fondo del espejo y sus voces extrañamente moduladas ahogaron unos instantes los agudos chillidos de Dorothy. Diseminados por la estancia, sentados unos en los brazos de los sillones, apoyados otros en los muebles, con un desparpajo gracioso, hablaban y reían todos a la vez, en voz muy alta, en tono amable y vago que contrastaba con su voz potente, sus gestos enérgicos, y observaban a Paolo con una curiosidad discreta, con una especie de reserva cordial. En aquellos breves instantes, un curioso cambio se había operado en la anciana. De pronto parecía ansiosa por adoptar el nuevo papel que la presencia de aquellos jóvenes la obligaba a desempeñar, como una actriz que va a salir al escenario y busca la actitud, la primera frase. Sentada en la cama, envuelta la bella frente en la aureola de cabello blanco, observaba con expresión atenta y ceñuda a los criados que se movían lentos y cautos por el comedor, entre el centelleo de los cristales y la relumbrante blancura de los manteles, y reía, movía la cabeza de un lado a otro, con una gracia estudiada, sin perderse una sola palabra de la conversación que se trababa en torno a la cama. Hasta que el nombre de Vittoria Sermoneta, pronunciado, incauta o malintencionadamente, por Nora, le sugirió la primera frase del nuevo papel, le dio, por decirlo así, el empujón para salir a escena: los ojos se le iluminaron, esbozó una sonrisa de triunfo malicioso y, reclinando la cabeza y abriendo los brazos, exclamó:

—*Ah non, ma chère!* ¡Éste no es momento para hablarme de Vittoria ni de sus *bavardages*!

Vittoria era seguramente la rival por quien Dorothy más envidia y animadversión sentía. La soberbia y vanidad de aquella mujer, su manía presuntuosa de creerse la única protagonista de la vida

propia y ajena, de referir a su persona todos los acontecimientos de los últimos cincuenta años (desde la primera Coppa Gordon Bennett hasta la visita de Guillermo II a los soberanos de Italia, pasando por la muerte de Eduardo y el ascenso al poder de Mussolini), de comparar su historia personal con la de Europa y la de Roma, le inspiraban una rabia feroz. El libro de Vittoria, aquellas *Memorias* de las que tanto se hablaba en los salones romanos, tenía el imperdonable defecto de referir como propios hechos y recuerdos que eran de ella, que podía considerar legítimamente personales. Al leer aquel libro uno tenía la impresión de que cuanto había ocurrido en aquel medio siglo le había ocurrido a ella, a Vittoria; que si Roma, en lugar de un pueblo, era la capital del mundo, era mérito suyo, de su inteligencia, su abolengo y su tremenda belleza. Y como Dorothy no podía admitir que, en una ciudad como Roma, dos mujeres de la misma o parecida edad tengan muchas cosas en común, amigos, aventuras, amores, odios, penas, alegrías, dichas y desdichas, y que fechas, nombres, lugares y hechos sean los mismos para toda una generación (el mismo Papa, el mismo rey, los mismos bailes, los mismos amantes, los mismos escándalos y hasta los mismos pecados y absoluciones), todo era acusar a Vittoria de que la imitaba («En toda su vida no ha hecho más que copiarme»). Pero lo que menos le perdonaba, aparte de ser unos años más joven, eran los cumplidos, las alusiones cariñosas, las protestas de amistad que le prodigaba en el libro, y en los que Dorothy veía un refinamiento de maldad, un pretexto, un artificio para resaltar más sus virtudes, sus éxitos y la gloria de su «ombligo», como ella decía, ombligo que Vittoria había convertido, como hacen todas las mujeres que escriben sus memorias, en el centro del mundo.

—*Des bavardages?* —protestaba Nora removiéndose con impaciencia en su butaca.

—*Oui, ma chère, des bavardages, rien que des bavardages!* —exclamaba Dorothy riendo con desdén triunfal.

Poco a poco, los jóvenes, y el mismo Paolo, le habían tomado gusto al juego, no nuevo para ellos, pero que aquella noche adquiría un carácter de desafío, de duelo, de torneo de perfidias y chismorreos, en que por fin cobraba forma y conciencia el pesar de una vida gastada en heroísmos tontos e inútiles. Aunque escuchaban con un interés no carente de desprecio, los jóvenes

seguían hablando entre sí. Una conversación amena y continua fluía sobre los bordes de los vasos e iba de aquí para allá con sonido de frescas voces juveniles. Y Paolo, que hacía rato observaba a Axel Munthe, sentado impasible con expresión de goce maligno en la cara chupada, reparó de pronto en que Giovanna estaba allí, en la habitación, ayudando a Delia y a Blanchette a echar cubitos de hielo en los vasos y verter vermut y ginebra en los *shakers* de acero cromado. Llevaba un vestido de organza azul celeste, con un amplio cuello doblado sobre los hombros, y cuya falda, de finos plisados rígidos, la hacía más delgada, casi huesuda, y ése era, pensó, su verdadero aspecto, su aspecto secreto. El rostro, sobre aquel amplio cuello doblado, se veía pálido y nervioso, los labios destacaban con extraña crudeza en aquella palidez delicada que contrastaba con el brillo rojizo del pelo, apagado, más que reavivado, por la blancura de la frente. La joven se movía por la habitación sin mirar a su hermano, como si no notara su presencia. Pero él la seguía con la mirada, no se perdía un gesto, un movimiento, un parpadeo de su hermana. Hasta que ésta, en cierto momento, se acercó al cabezal de su tía, se detuvo, permaneció un instante con los ojos bajos, como dudando, y al fin, levantando la vista, posó la mirada en Paolo y le sonrió con dulzura.

—Ayúdame, querida —pidió entonces la anciana, y se incorporó con los codos, se sentó en la cama, se miró en el espejo que Lola le sostenía ante la cara, empezó a arreglarse el pelo dándose leves toquecitos, se empolvó ligerísimamente las mejillas y les aplicó un poco de colorete. Pero cuando se disponía a dejar el lecho, doblando con esfuerzo airoso el cuerpo largo, a la vez sinuoso y rígido, encogió las piernas, retiró los pies, que tenía juntos y ya casi tocando la alfombra, y dijo—: Mejor será que siga en la cama. Estoy cansada, tremendamente cansada. —Y señalando la puerta a los invitados con gestos y voz de autoridad cortés, añadió—: ¡Fuera, fuera! *À table la jeneusse!*

Y escrutaba, con expresión severa, en la brillante niebla del espejo, los objetos de cristal y plata, las libreas de los sirvientes alineados tras los respaldos de las sillas, el Acteón de cerámica sueca, blanca y rosa que adornaba el centro de la mesa, las flores colocadas entre los vasos, rosas rojas para los hombres, blancas para las mujeres. (Y para ella, en la cabecera de la mesa, un ramo de

rosas blancas con algún que otro capullo rojo).

Muchas veces el sitio de Dorothy quedaba vacío hasta casi el final de la comida. Una de las manías de la condesa Tolomei era querer presidir la mesa desde la cama, a través del complaciente espejo, sin levantarse más que a ratos para hacer una breve aparición, según le interesara la conversación o le dictara su pueril antojo. Alta, enfundada en su fina bata color rosa, con el cabello blanco recogido en lo alto de la cabeza y cerniéndose sobre la frente y el arco de las cejas como un capitel de mármol sobre una columna acanalada, parecía un espectro benévolo, un ser a la vez fúnebre y primaveral. El espectro, como decía Ezra Pound, de una joven de dieciocho años muerta a los sesenta. En aquellas apariciones repentinas, la condesa solía sentarse en su sitio y terciaba de vez en cuando en las conversaciones con una sonrisa, una palabra, una frase. Este modo singular de dirigir las comidas, incluso ciertos *dîners priés* a los que era invitada alguna alteza real de paso por Roma o algún principalísimo miembro del gobierno, todo el mundo lo aceptaba ya no como una excentricidad de Dorothy, sino casi como un rito, una ceremonia a la que sólo ella seguía fiel por respeto a una tradición olvidada.

Los invitados se dirigieron al comedor, y cuando Paolo se disponía a escabullirse para encerrarse en su dormitorio, lo detuvo en el umbral la voz aguda, que casi parecía un grito, de su tía. El muchacho se volvió y se encontró con los ojos de la anciana, que lo vigilaban desde el fondo del espejo.

—¿Adonde vas, *darling*? ¿No vas bien vestido? No importa, *darling*, esta noche debes acompañarnos. Anda, Blanchette, póntelo al lado y que no se te escape… ¡Eso es, Blanchette!

Paolo tomó asiento a la mesa entre Blanchette y Delia, casi enfrente de Axel Munthe, que estaba sentado rígidamente, con la frente alta, con una sonrisilla maliciosa en sus labios pálidos, con aquellas gafas negras tras las que parecía impenetrablemente oculto.

La mesa era larga y tan estrecha que los comensales, sentados frente a frente, corrían el riesgo de darse un coscorrón si se inclinaban mucho. Al contrario de lo que ocurre en circunstancias parecidas, el sitio vacío de Dorothy confería a la rica mesa una nota alegre, pues no estaba vacío más que en apariencia. Su voz, que se

oía aguda y vibrante por toda la casa, evocaba su persona sentada a la cabecera de la mesa con una fuerza extraordinaria, sus brazos largos, sus hombros blancos, su cabello níveo, su rostro chupado, triste y malicioso, sus labios risueños y charlatanes, que por momentos tenían una expresión amarga y estúpida. Cada vez que la voz de Dorothy resonaba por la casa, como procedente de una lejanía próxima, de una cercanía remota, todo el mundo volvía la cara hacia su sitio en la mesa y respondía a la aérea voz sin apartar los ojos de aquella silla vacía, del plato inmaculado, de los vasos cristalinos. Nora era la que mejor fingía que la anfitriona estaba sentada con ellos cuando le hablaba (torciendo el gesto, guiñando los ojos, volviendo la cara y repitiendo, como esperando que le contestara: « *pas, ma chère? N'est-ce* »), aunque, más que para imponer la presencia de Dorothy, lo hacía para imponer la suya a la condesa y hacerla rabiar. Nadie, y menos que nadie Nora, se volvía nunca hacia la puerta ni hacia el espejo, donde, en medio de una neblina plateada, se veían de través, borrosos y lejanísimos, el dormitorio, la cama y, tendida en ésta, aquella figura humana rosada y espectral que a veces levantaba lentamente los brazos, o se incorporaba apoyándose en los codos y adelantaba una cara chupada y blanca, informe y plana como una máscara sin ojos ni boca.

Sin duda, los ojos de Dorothy tendrían un destello triunfal al ver a Nora sentada a su mesa aquella noche: Nora era la única de sus viejas amigas a la que la condesa había invitado para que asistiera a la lectura de los primeros capítulos de sus *Memorias*. Y la había invitado sólo para que presenciara la venganza que, en aquellas páginas, se tomaba contra Vittoria, de quien Nora era confidente e incluso cómplice. De sus viejos amigos, sólo Axel Munthe y Ezra Pound estaban presentes: Dorothy había obedecido a un extraño sentimiento al excluir de la comedia de su venganza a sus viejos amigos, a los testigos de su juventud, de su belleza, de sus cincuenta años de triunfos y locuras. Y se daba el gusto, un gusto enfermizo, hasta cierto punto, de invitar solamente a sus amigos jóvenes y más íntimos. Era una especie de ceremonia de confirmación de su vida lo que la anciana había organizado aquella noche. Observaría la cara de los invitados con la esperanza de que el espectáculo de su

existencia gloriosa y heroica inspirara al joven auditorio la misma admiración, envidia y nostalgia que inspira en el público de un teatro la gloria de una vieja actriz. De hecho, puede decirse que Dorothy ofrecía aquella noche su actuación de honor y la afrontaba como una vieja actriz afronta la opinión de un público joven y nuevo el día de su última representación: con una secreta voluntad de desafío, con un ánimo rebelde y con una severidad tan cruel consigo misma como indulgencia cruel hay en el público.

La vaga creencia que la había llevado a hacerse amiga y protectora de los jóvenes, en una sociedad cansada y, por eso mismo, brutal y obtusa; la vaga y antigua creencia de que la rodeaba una aureola de misterio, misterio al que la palabra «juventud» confería como un tono, un aspecto, una imagen vana y engañosa, pero llena de secretos, de sentimientos sofocados, reprimidos, la había convencido de que aquella primera lectura de sus memorias era una especie de enfrentamiento, de reto, de ordalía. Todos sus gestos, todas sus palabras, traslucían una extraña excitación. La misma presencia de Paolo, lo singular, lo equívoco, lo callado del crimen del que el muchacho había sido testigo involuntario, la actitud de su sobrino, que parecía guardar no sólo un secreto, sino un peligro, le habían provocado una agitación febril, un temor vago y, al mismo tiempo, una determinación fría y audaz. Era como si se sintiera delante de un peligro y reaccionase ante una amenaza vaga, pero inminente. Todo esto agudizaba su sensación de que aquella velada era importante, de que se trataba de un día decisivo en su vida. Tenía la impresión de hallarse de pronto ante el secreto, ante el misterio en que se creía envuelta. En aquel estado de ánimo, todo se le volvía materia de juego, de su juego de siempre, materia teatral, elementos de aquella puesta en escena, de aquel triunfo que ya saboreaba por anticipado. Algo, sin embargo, la inquietaba: el miedo instintivo a sucumbir a un peligro. Haber elegido un auditorio de jóvenes, haber descartado deliberadamente a todos sus viejos amigos, su deseo de poner a prueba su vida, compararla con la de las nuevas generaciones, o, mejor dicho, con la idea que los jóvenes se hacían de la vida, se le antojaba ahora, en el último momento, una aventura llena de riesgos. Era posible que aquellos jóvenes no la entendieran, que su existencia heroica les pareciera ridícula, vana, vacía. Esta sospecha,

este sordo temor, la reconcomía por dentro y hacía aflorar los antiguos sentimientos de rencor, de pesar, la triste certidumbre de haber desperdiciado la vida, de no haber realizado la que siempre había sido su aspiración, el amor, la felicidad. Probablemente su generación había dado demasiada importancia a cosas vanas, a tonterías, a ideales que habían acabado revelándose no ya falsos, sino ridículos. Y si se preguntaba qué pensarían las nuevas generaciones…, aquellas jóvenes sin ilusiones, hastiadas, incapaces de un solo gesto que no fuera medido, calculado fríamente; aquella generación sin interés por la gloria, por el amor, por el dinero; aquellos jóvenes extraños, peligrosos, porque nunca se sabe lo que piensan, lo que sienten. ¿Qué piensan, qué sienten, si no sienten amor, si no piensan en el dinero?, se decía la condesa. Y observaba en el espejo la mesa blanca, cubierta de cristales que relucían bajo el chorro de luz azulada de los candelabros, y escuchaba los ruidos, el tintineo de los cubiertos, las voces, las palabras. La cara sonriente de Delia, tan joven y fresca; Blanchette, con su piel, su carne, su cabello a lo Gainsborough, sus huesos menudos, vacíos como los huesos de las aves. Delia, su boca inocente, sus ojos y sus manos viciosas. Giovanna…, sí, también Giovanna, como todas las demás. Sin intereses ni escrúpulos, en un mundo inmoral. Sin embargo, creerán en cosas, tendrán sus pasiones secretas, sus secretos intereses, sus aspiraciones, sus locuras, sus heroísmos.

—Tienen miedo, les digo que tienen miedo —decía Nora dirigiéndose a Munthe.

—Sí, quizá sí —respondía éste—. Tienen las antenas más sensibles, perciben cosas que nosotros no podemos percibir, un oscuro peligro.

—¿Se refiere a que temen la guerra?

—No, no temen la guerra en absoluto. Serían capaces de dejarse matar por nada, con fría indiferencia. Pero hay algo que gravita sobre nuestras cabezas que ellos notan, que temen, aunque con la imaginación lo deseen.

—¿De qué tienen miedo? —exclamó Dorothy desde su cama, alzando su rostro pálido en el espejo—. *Je veux savoir! Je veux savoir!*

—¡De nada! —contestó Nora—. Además, ¿a ti qué te importa?

—*Ah la coquine!* —gritó la condesa soltando una carcajada

estridente.

—Se trata sin duda de un sentimiento noble —dijo Ezra Pound clavando la mirada tímida en el rostro impasible de Munthe—. Ese miedo demuestra que los jóvenes son conscientes de su responsabilidad.

—Sí, desde luego… Sentido de la responsabilidad creo que tienen más de lo que creemos —dijo Munthe.

—El sentido de la responsabilidad de los jóvenes es un peligro. Una vez, en un pueblo cerca de Rapallo, conocí a un pobre cura rural que estaba asustado y angustiado por lo grave que era aquella juventud montaraz. Decía que tenían un sentido de la responsabilidad demasiado desarrollado para ser buenos cristianos. Y tenía razón. El sentimiento de la responsabilidad anula la fe. Aunque eso era en 1926. Desde entonces el mundo ha cambiado.

—Está hablando usted de la prehistoria —dijo Axel Munthe.

—Los jóvenes de hoy son muy distintos de los que fuimos nosotros hace cuarenta años —observó Nora.

—Son mejores —declaró Ezra Pound.

—Ni mejores ni peores, distintos.

—Una noche, en París, en casa de Édouard Bourdet… —dijo Ezra Pound.

—¿El de *Sexe faible*? —preguntó Nora.

—Sí, el mismo. Estaban Maurois, Giraudoux, Mauriac. Éste tenía un tumor en la garganta y hablaba con una voz ronca que parecía de ultratumba. Dijo: *Si Jésus-Christ pas ressuscité, je du catholicisme*
n'avait
m'enfouterais
. Es exactamente eso. Para los jóvenes, Jesús no ha resucitado.

—Quiere decir que no saben que ha resucitado —intervino Munthe—. El catolicismo como moral, como ideal de vida, como conquista, les da igual. ¡Ja, ja!… *je fouterais du catholicisme!*
m'en

—¡Le prohíbo que hable así! —exclamó de pronto Dorothy, apareciendo en el umbral. La larga bata color rosa le llegaba a los pies y la llevaba ligeramente escotada, como un vestido de noche. Entró en el comedor y fue a sentarse en su sitio, y enseguida hundió las manos en el ramo de rosas que tenía delante—. ¿Por qué quieren

corromper a la juventud? ¿De veras desean que los jóvenes nos desprecien? ¿No les basta con que les parezcamos ridículos?

—No, no basta —dijo Axel Munthe.

—¿Acaso quieren que renieguen también de Jesucristo? —preguntó la anciana condesa con acento dramático, y con ademán brusco esparció las rosas, que le cayeron en el plato, en el regazo—. Oh, son capaces de hacerlo. Jesús no es un dios de su generación. Mirad a Paolo: ¿quién diría que anoche cometió un crimen?

—Pero Paolo no ha cometido ningún crimen —protestó Nora—. ¿Por qué te empeñas en que sea un criminal?

—Sí, sí, hizo algo peor que matar a un hombre. Podía haber impedido el crimen, haber detenido la mano homicida. No lo hizo. ¿Por qué? Porque la cosa no iba con él. Dejó que lo hiciera. No le importaba. No tenía ningún interés en impedirlo. ¿Y creen que le ha afectado? Ni soñarlo. Ahí está, tranquilo, frío, como si nada hubiera ocurrido.

—Es pronto para decir que no ha ocurrido nada —terció Paolo.

—Hoy —dijo Axel Munthe—, los actos, los gestos, no cuentan. Son hechos exteriores, mecánicos. Cuenta el ánimo, lo que ocurre dentro de nosotros. Respecto a la acción, los jóvenes nunca son *conscientious objectors*. Un joven de hoy jamás se sentirá comprometido con aquello que le obligan a hacer, ni con aquello que hace él mismo por voluntad propia. Eso no afecta a su conciencia.

—No es verdad en absoluto —dijo Paolo.

—La conciencia de un joven permanece ajena al acto que ejecuta —repitió Munthe.

—Para ustedes —dijo Paolo—, los gestos, los actos no existen ni importan más que en la medida en que sirven a su ridícula retórica del heroísmo. Para ustedes, se puede robar, matar, lo que sea, con tal que lo justifique su moral. Ahora bien, lo que cuenta es ni más ni menos lo que no necesita que su moral justifique.

—En realidad —dijo Munthe—, a nosotros no nos importa nada. Nuestros ideales están muertos —añadió riendo para sí, sordamente.

—No les importa nada de nada. No piensan más que en sí mismos. Son ustedes unos egoístas, eso es lo que son.

—Oh, Paolo, *darling*, tienes toda la razón —convino Dorothy—, somos unos egoístas, unos pobres egoístas, no creemos en nada, no

sabemos ver el tesoro de ideales que lleváis dentro.

—¡Es usted insoportable! —dijo Munthe con una ira fría.

El muchacho se quedó mirando a Munthe y rompió a reír.

—Si les dijera que yo maté al pobre Manara, ¿qué les importaría? Nada, no les importaría nada. Seguirían hablando con tranquilidad de ideales, de moral.

—¿Quién es ese Manara? —preguntó la anciana sinceramente extrañada—. Es la primera vez que oigo ese nombre. *A nobody, surely, a nobody*. ¿Quién es?

—Es un nombre cualquiera —contestó Paolo—, *a nobody*. Si llevara el nombre de alguno de los amigos de ustedes, Colonna, Barberini, Ruspoli, si friera uno como ustedes, entonces sí, entonces su muerte les afectaría. Armarían un escándalo. Pero la muerte de un *nobody*, ¿qué les importa?

—Tú aún no eres un hombre civilizado. ¿Cuántos años tienes? —le preguntó Munthe.

—Dieciséis —contestó Paolo.

—A los dieciséis, un hombre es aún un salvaje. La juventud no es una raza civilizada. Hasta los cincuenta no nos civilizamos.

—Por fin dice alguien algo sensato —observó Nora.

—*A damned foolish!* —exclamó Dorothy.

—Todo lo que piensan y hacen los jóvenes —prosiguió Munthe — pertenece a una época anterior al cristianismo. Los jóvenes son todos *ante Christum nati*. Su moral es precristiana.

—¿Un joven es aún un pagano, quiere usted decir? —objetó Ezra Pound.

—¡No, claro que no! Quiero decir que ellos creen que las acciones de los hombres no tienen importancia en sí mismas. Es un error. Cristo acabó con esta moral primitiva.

—¡Es usted un cínico! —exclamó la condesa—. ¡No respeta ni a Jesucristo! ¡Lo que dice es horrible!

—¿Y es verdad? —preguntó Paolo—. ¿Lo que hacen los hombres no tiene importancia en sí mismo?

—Ninguna —contestó Axel Munthe.

—Las guerras, las revoluciones, el arte, la ciencia, los crímenes, ¿no tienen ninguna importancia?

—Ninguna.

—¿No pueden tener ninguna influencia en la moral, en la

historia, en la vida?

—Ninguna.

—Creo que Nietzsche ya dijo algo parecido —observó Nora con aire importante.

—No, Nietzsche nunca dijo nada parecido —replicó Munthe—, ni usted ha leído una sola página de Nietzsche. Lo que digo es que, a efectos de moral humana, todo da lo mismo.

—Sólo los milagros —intervino Ezra Pound— tienen cierta importancia en los asuntos humanos. Pero ¿puede un crimen ser un milagro?

—¿Un milagro? —preguntó Paolo.

—Personalmente detesto los milagros —opinó Munthe.

—Cualquiera puede hacer un milagro, si cree en ellos —afirmó Nora.

—Espero que tú no puedas hacer ninguno, porque los tuyos serían horribles —dijo la condesa en tono de profundo desprecio.

—Tampoco los milagros pueden cambiar el mundo —aseguró Axel Munthe.

—Basta con mucho menos que un milagro —dijo Paolo.

—Eso sólo puede ocurrir en los países católicos —observó Ezra Pound.

—Sin duda, sólo en los países católicos —dijo Munthe—. La moral católica no es una moral privada, sino pública.

—¿Y cuál es la moral privada en un país católico? —preguntó Paolo, que escuchaba a Munthe con muchísima atención.

—La de cada cual —dijo Munthe.

Pero entonces ocurrió algo que desvió la conversación. Giovanna, que hasta ese momento no había dicho nada y se había limitado a escuchar sonriendo lo que Lucio y Delia se decían en voz baja, desde hacía unos instantes daba muestras de una extraña impaciencia y estaba palidísima.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Blanchette, distrayéndose un momento de la conversación que los jóvenes, educadamente indiferentes a las palabras de Munthe y los otros, mantenían por su cuenta.

—Nada —dijo Giovanna.

Pero de pronto rompió a reír, a sacudidas, con una risa nerviosa cada vez más convulsa. Todos se volvieron a mirarla y quedaron

sorprendidos de la palidez cenicienta de su rostro. Aquella risa espasmódica, en aquel rostro palidísimo, térreo, parecía, como dijo después Nora, la de un payaso macabro. Todos callaron y se miraron desconcertados, hasta que Axel Munthe, que había permanecido rígido e inmóvil, se quitó las gafas, cerró un momento los ojos, los abrió por completo, unos ojos blancos y ausentes, casi muertos, miró a ambos lados y se echó a reír también, aunque con una risa tan extraña que Dorothy quedó espantada. La risa de Munthe contagió a otros, aunque no se sabía de qué reían. Pero Dorothy tenía la impresión de que se reían de Munthe. Y Giovanna, como si la risa de los demás la hubiera calmado, dejó de reír, se enjugó los ojos, miró fijamente a su hermano y exclamó:

—¿Te das cuenta, Paolo? ¡La tía cree de verdad que mataste a un hombre, que eres un asesino!

Viva la muerte

I

En la curva de Capalle vi asomar de pronto entre los árboles los tejados de Prato. Salía de la cárcel después de dos años de encierro en Regina Coeli y Lipari y volvía a mi ciudad, de la que llevaba muchos años ausente. No diré que me avergonzaba ni que temía mostrarme ante mis paisanos, pero sí sentía una especie de pudor, no vergüenza ni temor, que me impedía presentarme con la frente alta. No eran tiempos ni para avergonzarse ni para jactarse de haber estado en la cárcel. Y aunque la prudencia no es una de las virtudes que heredé de mi padre, ni de las que me enseñaron en el colegio Cicognini, me parecía oportuno regresar a pie, casi a escondidas, sin avisar a nadie, ni siquiera a mi hermano. Me había subido a un autobús en Florencia, me había apeado en Campi, desde donde venía caminando. Era a principios de junio, la atmósfera estaba templada, el trigo ondulaba suavemente al viento que a primeras horas de la tarde se levanta desde Signa y Poggio a Caiano, procedente del mar. El aire olía a dulce y yo aspiraba con delicia ese aroma del aire pratense, gratísimo a mi corazón. De rato en rato me detenía y me volvía a contemplar la cúpula de la catedral de Florencia, que parecía flotar en el horizonte. Había pasado unos días en la ciudad y había sido muy triste. Por el recibimiento que me habían dispensado los pocos amigos que yo tenía entre los hombres de letras florentinos había comprendido lo poco humana que es la amistad literaria. Estos literatos eran en su mayoría contrarios a la política de Roma, no por convicción, ni por amor a la libertad, porque nada hay más servil en Italia que la literatura, sino por estrechez de mente y ánimo, por espíritu mezquino y, en parte, por no entender los acontecimientos. Aunque ninguno dudaba en bajar la cabeza ante los poderosos, en deshacerse en genuflexiones que nadie pedía ni exigía, en vender su pluma al

mejor postor, todos mostraban —de boquilla, eso sí, cuando se reunían en cafés y otros locales para hablar mal de todo y de todos — una hostilidad necia y rencorosa contra los hombres y las cosas de Roma, con una actitud que no era de mártires ni de perseguidos, sino de olvidados. Y si al principio me habían recibido con los brazos abiertos, luego, al percatarse por mis respuestas de que no guardaba rencor a nadie; que, más que sufrir, había aceptado, honrada y diría que libremente, mi desgracia, empezaron a despreciarme y casi a alegrarse de mi adversidad, de los sufrimientos por los que había pasado, cuya huella se veía en mi rostro pálido y demacrado. Sus caras y palabras traslucían un placer malvado y me daba cuenta de que pensaban con regodeo, mirándome: «¡Se lo tiene merecido!». ¡Así contemplan los espíritus estrechos y mezquinos el espectáculo de la desgracia ajena! Incapaces de un acto de valor y orgullo, se sentían ofendidos por mi ecuanimidad, sabiendo que dicha ecuanimidad era en sí misma un acto de valor moral y orgullo justo y humano, una lección que sin querer les daba. Querían verme o abatido y humillado, o lleno de rencor, odio, rebeldía, porque en tal caso estaban dispuestos a valerse de mis desahogos y confidencias para perjudicarme, para denunciarme: nada se parece tanto a la delación como las ganas de excitar el resentimiento ajeno. Incluso hubo uno, uno de tantos, siciliano de nacimiento y quizá el único que de verdad se oponía a la política de Roma, que, después de contar yo que mi madre me había acompañado en mi triste viaje desde la prisión de Regina Coeli a la isla de Lipari, donde me desterraron cinco años, se echó a reír y dijo:

—Éstos son los héroes de hoy, señoritos que van a la cárcel acompañados de sus mamás. ¡Se las dan de héroes y no se separan de las faldas maternas!

Esta salida me llenó de dolor y estupor. Aquel sujeto debía de ser un temerario o haber calado mi estado de ánimo, porque todo el mundo sabía que yo era de genio vivo y pendenciero y tendía a tomarme la justicia por mi mano. Sentí que la sangre me hervía, apreté los puños y ya iba a abalanzarme sobre el miserable cuando vi en sus ojos un brillo extraño, una luz turbia, un sentimiento de humillación, de vergüenza, de cobardía. Comprendí que era un pobre hombre, uno de tantos, uno de esos seres moralmente débiles,

conscientes de su impotencia, incapaces de coraje, de heroísmo, de lucha, que cuando encuentran a alguien que encarna su ideal de valor y capacidad de sufrimiento se sienten aún más humillados, le cobran una envidia rabiosa. Eso eran aquellas palabras cuyo sentido secreto penetré en aquel instante: una reacción dictada por su complejo de inferioridad. Me embargó una compasión inmensa por aquel pobre, un sentimiento que hasta entonces no había experimentado por nadie. Me levanté, le puse la mano en el hombro —él seguía riendo y mirándome con aquellos ojos humillados y torvos— y le dije:

—Te agradezco que sufras por mí. Eres la única persona sincera que hay aquí. Te lo agradezco.

Y, despidiéndome de los demás con un ademán, salí del café. Supe luego que mi actitud causó gran sorpresa entre aquellos hombres de letras y dio pie a los más desfavorables comentarios. Todos me juzgaron un hombre acabado, y fueron diciendo, con complacencia malévola, que yo había salido de la cárcel en un estado de gran abatimiento moral, que había «doblado la cerviz» y casi había pedido perdón a uno que me había ofendido mentando a mi madre.

Aquel incidente y otros ocurridos aquellos días me convencieron de que nada podía esperar de la amistad de los escritores italianos, precisamente quienes más tendrían que haberse solidarizado conmigo, y de que no me quedaba más remedio que retirarme un tiempo a mi ciudad natal, donde todo el mundo me apreciaba con independencia de los vaivenes de mi suerte. Antes había pensado establecerme otra vez en Roma, donde viví unos diez años, y después irme a Londres y a París, ciudades cuyas posibilidades me atraían y en las que algunos de mis libros habían tenido muy buena acogida. Pero los pocos días que, recién vuelto de Lipari, pasé en la capital me persuadieron pronto de que nada podía esperar de una ciudad en que la amistad, la estima, la consideración y hasta la misma posibilidad de subsistir dependen del favor de los poderosos y la fortuna política. Tenía la impresión de hallarme en una ciudad extranjera, entre gente extraña, y los más indiferentes, los más fríos, eran justo aquellos a quienes yo más había ayudado y favorecido en mis tiempos de privanza política. Decidí marchar a Florencia, donde esperaba poder instalarme tranquilamente y retomar mis labores

literarias, que llevaban dos años interrumpidas, pero antes de dejar Roma sentí deseos de volver a ver la cárcel de Regina Coeli. Allí me dirigí, y al pasar por delante de la prisión, siguiendo el malecón de la Farnesina, se me encogió el corazón. Subí por Via Garibaldi, crucé el barrio del Trastevere en dirección al Gianicolo, reconociendo el olor a fritanga, las voces infantiles, las canciones de los gramófonos, los gritos de las mujeres que se asomaban a las ventanas de las tristes casas, el ladrido de los perros, las voces roncas de los bebedores, todos los ruidos que durante dos meses me hicieron compañía en mi pobre celda. Desde lo alto del Gianicolo, mirando con atención, descubrí el patio, la ventana de la última planta, justo encima del taller donde trabajaban los presos comunes. La vista, la hora (era el ocaso y el sol daba en los muros amarillos de la cárcel), los diversos sentimientos que me agitaban, me emocionaron tanto que, acodado en la terraza del Gianicolo, al pie del monumento a Garibaldi, me sorprendí pensando que aquellos dos meses de cárcel, aquellos cinco años de destierro en Lipari, algún día me parecerían un tiempo feliz, comparado con los desengaños y las humillaciones que me esperaban en la vía aún incierta de mi retorno a la libertad.

Estaba seguro de que, en Prato, los viejos amigos de mi infancia me acogerían como antaño, con sinceridad, con amor. Tenía pensado vivir en casa de mi nodriza, con Eugenia y Merziade, un matrimonio de honrados trabajadores que me habían criado como a un hijo y a quienes quería como si fueran mis segundos padres. En el seno de aquella familia podría trabajar, olvidar, recobrarme moral y físicamente. Eso sí, por algunas voces que me habían llegado en los pocos días pasados en Florencia, y de las que, para no delatar mi intención de establecerme en Prato, preferí desentenderme, deduje que convenía volver sin llamar la atención. En efecto: cuando llegué al puente del Bisenzio, en los aledaños de Castello di Campi, y vi de nuevo, después de tantos años, el río de mi infancia, el más querido de los ríos, tuve la sospecha de que algo ocurría en Prato y resolví preguntar a algún vecino de Campi. Vi a un grupo de jóvenes que hablaban en voz baja, cosa rarísima en Campi, y les pregunté si había novedades en Prato. Eran unos mozos de aire gallardo, altos, de rostro plano y huesudo, envueltos en grandes capas negras, con el sombrero calado hasta los ojos.

Callaron y se quedaron mirándome.

—¿Qué novedades va a haber? —me dijo uno, al fin.

—No lo sé. Hace años que no vengo por aquí. Oí decir que pasaron cosas.

—¿Y por qué no preguntó en Florencia? —quiso saber otro—. ¿Por qué nos pregunta a nosotros?

—¿Por qué no iba a preguntaros? No pretendía ser indiscreto. Yo soy de Prato y sé que los de Campi siempre se han llevado bien con los pratenses.

—Si es usted de Prato —terció el otro, más tranquilo—, ya es otra cosa. Cuando se habla de Prato, hay que saber cómo se habla y con quién. Las novedades son las de siempre. Hay que ver cómo se entierra a la gente…

—¿Cómo le gustaría a usted que lo enterraran? —me preguntó otro en tono insolente y, según me pareció, un poco burlón. Pero luego me di cuenta de que hablaba en serio.

—¿A mí? —contesté, algo amoscado—. Si tuvieran que enterrarme en Campi, metido en una caja fuerte, para que no me robaran. Pero en Prato me gustaría que me enterraran como siempre se ha enterrado a los pratenses.

—Pues entonces vaya usted y verá que las cosas han cambiado incluso para los muertos.

Echaron a caminar puente adelante, volviéndose a ratos para mirarme con aire amenazante.

Es verdad que los habitantes de Campi tienen fama de poco sociables, y son, por envidias, disputas de tierras y lazos de parentesco, enemigos y rivales acérrimos de los pratenses, pero aquel recibimiento, aquellas palabras oscuras, me extrañaron mucho e hicieron entender que algo grave ocurría en mi ciudad. Proseguí, pues, mi camino con el propósito de ser prudente, tener bien abiertos los ojos y los oídos y enterarme de lo que pudiera. Así había llegado a Capalle, un pueblo a poco más de un kilómetro de Campi, y allí vi asomar de pronto entre los árboles los tejados, los campanarios y las chimeneas de mi ciudad.

El corazón me dio un vuelco. Me sentí más seguro. El aire de mi tierra, aquella campiña conocida y querida, el perfil de los montes, el murmullo del río que discurre cerca del camino, el color de las hojas, la hierba, el trigo, el olor mismo de la tierra, me dieron un

sentimiento de fuerza, confianza y esperanza. Entré en un bar, pedí un bocadillo de jamón, bebí un buen vaso de vino y, comiendo el bocadillo, fui a sentarme en el pretil del puente de Capalle y contemplé gozosamente aquella primera vista de mi tierra y mi ciudad. En el puente unos chiquillos jugaban al tejo y me miraban de reojo, con curiosidad.

—¿Queda aún mucho para Prato? —le pregunté a uno.

—Seis kilómetros —me contestó el mozalbete.

Dejaron de jugar y se acercaron.

—¿Va usted a Prato? —quiso saber él.

—Sí.

—¿Se le ha muerto alguien?

—No, gracias a Dios no se me ha muerto nadie.

—¡Ajá! —exclamó el pequeño, y noté que me miraban con más curiosidad.

—¿Por qué? ¿Te parece que voy de luto?

—No —dijo el niño—, lo decía por decir.

Y siguieron jugando, aunque no sin mirarme a ratos, como si me espiaran.

Quise preguntarles, pero entonces vi que el del bar, el que me había vendido el bocadillo, estaba en la puerta y me observaba con expresión desconfiada e inquisidora. Me entraron ganas de preguntarle por qué me miraba así, pero recordé mi situación y pensé que era mejor no discutir. Crucé, pues, el puente y seguí mi camino.

Cuanto más me acercaba a mi ciudad, más seguro y confiado me sentía, más fuerte y alegre. Me hallaba entre mi gente, por fin estaba en mi hogar. Aquellos montes, la Retaia, el Spazzavento, el Monteferrato, aquel río, aquellos trigales maduros, aquellas casas de campo, aquellos tejados lejanos, los conocía, me conocían. Los quería como si fueran seres vivos, me encontraba entre ellos como entre amigos con quienes había perdido el contacto, pero a los que no había olvidado.

Cuando me disponía a marcharme, el del bar salió a la puerta y miró con expresión extraña, no sé si de lástima o fastidio.

—Entre usted, buen hombre —me dijo—. Un vaso de vino le sentará bien.

Le di las gracias, le dije que no me apetecía tomar nada, pero el

otro insistió, vino por mí y con un aire entre impaciente y temeroso me cogió del brazo y me arrastró al bar. Me ofreció un taburete, pasó a la barra y empezó a cortar rodajas de salchichón, de un salchichón rojo con muchos granos de pimienta negra que en Prato llamamos salchichón de Vernio.

—No crea que los chavales se asustan —me explicó—. Pobrecillos como usted se ven muchos y ya están acostumbrados. Pero yo quiero ayudarle, para que vea usted que los de Capalle somos buena gente.

—No entiendo —contesté. Y era verdad que no entendía.

—Hace bien en ser prudente —prosiguió el del bar—. En estos tiempos nunca sabe uno con quién habla. El otro día, sin ir más lejos, un pobrecillo como usted habló de más y lo prendieron, lo esposaron, le dieron una paliza de padre y muy señor mío y derecho al cementerio… ¡Daba pena verlo! Pero es lo que hay…

—¿Derecho al cementerio? Querrá decir a la cárcel —lo interrumpí, extrañado.

—¡Ojalá fuera a la cárcel! —exclamó el tabernero—. Lo que le digo: al cementerio.

—¿Quiere decir que lo mataron?

—No fue necesario, porque ya estaba muerto —contestó el hombre, para mi asombro—. Llevaba muerto al menos tres meses, según me dijeron.

Me quedé mirándolo y empecé a entender. Di un bocado al salchichón y mientras masticaba intenté poner orden en mis ideas.

—Lo mismo que usted… —dijo el hombre.

—Si me apresan, espero que no me lleven al cementerio.

—¿Hace mucho tiempo que ha escapado?

—No he escapado, he cumplido mi pena y estoy libre, si se puede ser libre después de haber estado…

—¡Ah, entiendo! —repuso el otro, que en realidad empezaba a confundirse—. Entonces, ¿adónde cree que lo llevarían si lo apresaran?

—Para empezar, no hay razón para que me apresen.

—Razón hay, otra cosa es que no sea buena.

—No he hecho nada malo. He cumplido mi pena y ahora estoy libre, como cualquier buen ciudadano.

—¿Es que cree que los demás no son buenos ciudadanos? Pero

los apresan igualmente y los llevan al cementerio.

—Eso habría que verlo —dije—. Porque para llevar a un hombre al cementerio, primero hay que matarlo. Y yo no estoy dispuesto a que me maten.

—¡Ya veo, ya! —exclamó el del bar abriendo mucho los ojos.

—¿Y dice que se ven muchos como yo por aquí?

—No muchos, pero bastantes. No pasa día sin que escape alguno. Deambulan por el campo, se esconden en cuevas, por la noche llaman a las casas de los campesinos y piden comida. Los cazan como a animales. El otro día, por ejemplo, vino un pobrecillo como usted. Llevaba muerto desde el año pasado por estas fechas. El Livio del Bigagli, el fabricante de paños, ¿sabe quién le digo?

—Creo que sí. ¿El Bigagli de Porta Fiorentina?

—El mismo. Había escapado con ayuda de unos amigos. Los guardias lo seguían, iban por él. Registraron pajares, cobertizos, sótanos. Venían de Florencia, de Pistoia, hasta de Pisa. Y carabineros, milicianos, soldados. Parecía que iban a cazar jabalíes. Al final lo encontraron. Llevaba tres días sin comer. Estaba hecho un eccehomo. Lo medio mataron a golpes en la cabeza, luego lo ataron como si fuera una morcilla, lo llevaron a Prato, y ahora, está también…

—¿Está también…? —pregunté, masticando.

—Enterrado con una piedra al cuello, para que no vuelva a escaparse.

—¿Con una piedra al cuello?

—Sí, como los gatos en el río. Eso hacen con los muertos que escapan. ¡Nunca se había visto tratar así a un muerto! Ni que les tuvieran miedo. Ya ve, de nosotros, los vivos, ni caso. La ley sólo se ocupa de los muertos. Quieren dormir tranquilos. Los guardias y los carabineros no piensan más que en capturar a esos pobrecillos. Y los robos, los asesinatos, los abusos, los delitos de todo tipo están a la orden del día. Y las cárceles…

—Las cárceles estarán vacías —dije.

—¡Qué va! Vacías de delincuentes, sí, pero llenas de gente honrada, y no porque haya robado, que gente honrada que roba hay poca, como las alcachofas este año, sino por haber ayudado a un muerto a escapar. Yo le aconsejo… —concluyó tras un momento de vacilación, aguzando el oído.

—Si la cosa está tan mal como dice, mejor será que vuelva por donde he venido.

—¿Y por dónde ha venido? Pero se esconda donde se esconda, tarde o temprano lo encontrarán. Ayuda sólo encontrará aquí, en Prato. Si va a Pistoia, Florencia, Pisa, Arezzo, a cualquier parte de la Toscana o Italia, está usted perdido. ¿Quién ha de salvarlo? En la Toscana, ni en el resto de Italia, como quien dice, no quieren muertos. Los prefieren bajo tierra, no sueltos por las calles…

—Pero yo…

—Diga usted, conmigo puede hablar tranquilo. Eso dicen todos, «pero yo…», como diciendo que no son muertos. De mí puede fiarse.

—Pero yo no he escapado del cementerio. He salido de prisión, simplemente.

—¡Eso es otra cosa! —exclamó el otro abriendo los brazos—. ¡Entonces puede estar tranquilo! ¿Cómo no me lo ha dicho antes?

—¿Es que tengo pinta de muerto? —pregunté riendo.

—Hoy día no es fácil distinguir entre vivos y muertos. No por el olor, desde luego, porque los muertos de hoy no huelen.

—Algo hemos avanzado —comenté—; en mis tiempos, quiero decir antes de que me metieran en la cárcel, los muertos sí olían.

—Hoy los que huelen son los vivos. Y en eso también hemos avanzado.

Y se ruborizó y entornó los ojos, unos ojos pequeños, de párpados gruesos, con expresión jocosa, como si fuera a decir alguna barbaridad; sin embargo, entonces entró corriendo un chiquillo de unos ocho o diez años con una cuerda atada a la pata de un sapo y gritó:

—¡Padre!

Pero al verme —yo había acabado de comer y estaba apurando el vaso de buen vino—, se quedó boquiabierto, se puso colorado y enmudeció.

—Habla, habla —le dije—. ¿Acaso me tienes miedo?

El zagal me miraba con expresión extraña, a la vez de pena y respeto.

—¡Padre! —dijo en voz baja, como si temiera despertar a un muerto—. ¡Los guardias! Vienen para acá, han llegado ya al puente. —Seguía mirándome fijamente, como diciendo: «Corra, buen

hombre, escape si no quiere que lo pillen».

—Yo no temo a los guardias —dije—. ¿Y tú?

—Yo sí —dijo el pequeño—. Pero cuando sea grande…

—¿Ve usted con qué ideas crecen hoy los críos? —dijo su padre, riendo.

Se oyó una voz de acento no toscano que dijo:

—¿Se puede?

—Adelante, adelante —repuso el del bar, lanzándome una mirada—. Están ustedes en su casa.

—Pues sentémonos —dijo uno de los guardias.

Eran tres, y el que había hablado primero parecía el jefe. Se sentaron mirándome de soslayo, observándome atentamente. Llevaban los zapatos sucios de polvo y los pantalones arremangados, y la chaqueta, aunque era de buen corte, se veía rozada. Por el calor, o porque aquellos guardias me recordaron horas, días, años malos, de tristeza y soledad, o porque tenía muy presentes las palabras del hombre del bar, debí de palidecer. Noté que las sienes me sudaban. Llevaba el pelo limpio y bien cortado, pero el viento, y yo mismo, de tanto pasarme la mano por él, como hace quien camina largo rato al sol, me había despeinado. Llevaba desabotonado el cuello de la camisa y la corbata torcida. O sea, que debía de parecer una de esas figuras de fotografía hecha con magnesio que salen con ojos desorbitados, pelo revuelto, cara blanca, peor aún, desencajada, labios entreabiertos y sacados como si fueran a soltar un grito, que da la impresión de que estén asomados a la reja de una cárcel. Notaba clavada en mí la mirada de los tres guardias y sentí un escalofrío. Pero me repuse y les dije cortésmente, aunque no sin cierta ironía (ellos se sobresaltaron):

—Buen día tenemos, ¿no?

—Eso parece —contestó el que parecía el jefe, mirándome.

—Por lo menos de buen tiempo, y eso ya es algo.

—Si el tiempo es bueno, nunca se pierde —terció otro.

—Eso quería decir. Me han leído el pensamiento.

—¡Vaya, vaya, lo que sabe el amigo! —dijo el jefe volviéndose hacia los otros dos—. Apuesto a que sabe más que nosotros.

—Me parece difícil —repliqué—. Sobre todo porque llevo tiempo sin venir por aquí y seguro que han cambiado muchas cosas.

—Me hace usted el favor de enseñarme sus papeles —pidió el

oficial—. ¿Lleva documentos?

—¿Cómo no voy a llevarlos? ¿Quién viaja hoy día sin papeles en regla?

Eché mano de mi cartera y se la tendí al oficial, que empezó a sacar y examinar los papeles que yo llevaba bien ordenados, mientras decía:

—Pues no son pocos los que van por ahí sin papeles. Todos los días pescamos a alguno, por todas partes. Pero parece que está usted vivo y no es uno de esos sinvergüenzas que merodean por las casas y asustan a la gente. Y veo que no sólo está usted vivo, sino que es persona honrada. —Y mirándome atentamente añadió—: Parece que este año no va el trigo tan mal como se temía.

—Ha sido por las lluvias de abril —intervino el del bar—, que han remediado un poco la sequía.

—Si no hubiera llovido —continuó el oficial—, apañados estaríamos. —Y añadió con intención, mirándome—: Suerte que ha llovido a tiempo.

Me daba cuenta de que el guardia divagaba porque quería ponerme a prueba y averiguar quién era yo, de dónde venía, adónde iba. De hecho, me miraba como si mi cara le pareciera sospechosa. Advertí que se fijaba mucho en mi ropa y daba la impresión de sorprenderle que del bolsillo de mi chaqueta asomara un pañuelo.

—Comprendo que se extrañe —le dije cortésmente—. Está usted preguntándose si mi traje tiene bolsillos o no. Como ve, tiene muchos, en los pantalones y la chaqueta. Al contrario del traje de los muertos, que no llevan, o los llevan cosidos deprisa y corriendo, medio embastados.

—No me preguntaba eso —dijo el oficial bastante cohibido, mientras el del bar y los dos milicianos se echaban a reír—, no me preguntaba eso. Se ve a las claras que es usted una persona honrada y, sobre todo, que está usted vivo.

Y se deshizo en excusas. Me preguntó de dónde era, qué hacía allí, adónde iba. Cuando le expliqué que venía de Roma e iba a Prato, se puso solemne y esbozó una sonrisa entre cordial y servil:

—¿Conque viene de Roma? Por negocios, sin duda.

—¿Qué negocios va a tener en Prato un caballero de Roma? —terció riendo uno de los milicianos en tono burlón, como riéndose de la ocurrencia del oficial.

—No, claro, no quería decir negocios comerciales. Digo negocios… políticos, de política de alto nivel…

—La política podría tener algo que ver con mi viaje a Prato, sí —contesté con aire misterioso—. Pero desearía…

—Nosotros no hablamos de política —dijo el oficial, en tono educado pero cauto—. Aunque permítame una curiosidad: ¿saben en Roma que lo que ocurre en Prato, altercados, rumores, nada tiene que ver con la política? Es cosa de gamberros, ajustes de cuentas, peleas de golfos. Prato siempre fue una ciudad revoltosa. Yo he servido por todo el país, hasta a Cerdeña me destinaron, pero nunca he visto gente más revoltosa que los pratenses. Y los sucesos de estos días también los han provocado unos rebeldes, gente que no acaba de acostumbrarse a los nuevos tiempos. ¿Llevo o no llevo razón?

—No sé a qué sucesos se refiere —repuse—. Es la primera vez desde…

—Ah, ¿es la primera vez que viene a Prato?

—Como si lo fuera —contesté—, y no sé lo que ocurre, ni lo de esos muertos que se escapan y a quienes apresan, de los que tanto se habla.

—Sí, hablarse se habla, demasiado, y muchas veces el que habla sabe menos que el que escucha.

—Puede —dije—, pero yo no hago caso de lo que dice la gente, y también creo que se exagera mucho. Precisamente me decía aquí el señor del bar que es más el ruido que las nueces…

—Y en Roma… ¿también hablan? —preguntó el oficial con un aire obsequioso y desconfiado.

—En Roma tienen cosas más importantes en que pensar y no se ocupan de lo que les sucede a los pratenses.

—Está claro —repuso el oficial—. Si lo que aquí pasara fuera algo político, ya se ocuparían, pero se sabe que son conflictos locales, sin mayor importancia. Que nos dejen a nosotros y verán como ponemos orden en menos que canta un gallo. Conflictos locales, peleas entre vecinos. ¡Ah, dichosos pratenses! ¡Hasta usan a los muertos para sacar los trapos sucios!

Empezaba a hacérseme evidente que el oficial, como todas las autoridades de provincias, temía la cólera de Roma. Esta gente vivía siempre con el temor de que Roma los acusara de no saber

mantener el orden, de no ser capaces de cumplir con su deber, y todo el que venía de la capital era sospechoso de ser un *missus dominicus*, un enviado para tantear el terreno, hacer averiguaciones, ver, oír y dar parte. Indudablemente, aquel hombre me creía uno de esos comisionados y procuraba no delatarse, saber quién era yo, qué hacía allí, qué cometido me llevaba a Prato. Se veía que estaba deseando pedirme los papeles, examinar mis documentos, pero se contenía por miedo a meter la pata, a descubrir que yo era algún gran personaje de incógnito. Y como tampoco a mí me interesaba enseñárselos, para que no se viera que acababa de salir de la cárcel y ser tratado en consecuencia por aquellos probos guardias, procuraba cambiar de tema para irme cuanto antes sin despertar sospechas. Quería también, antes de marcharme, noticias más precisas sobre los acontecimientos extraordinarios que tenían revolucionada mi ciudad, pero en vano intentaba sonsacar al oficial, que no soltaba prenda, más temeroso de comprometerse que yo. Al final, cansado de tanto rodeo, le pregunté:

—¿Puede usted decirme si es verdad lo que se dice en Roma?

—Antes debería saber lo que se dice en Roma —respondió el hombre con un aire entre asustado y prudente.

—Se dice —contesté, tanteando— que lo de los muertos es una cuestión política que las autoridades quieren ocultar o, por lo menos, disimular, y que es cosa grave.

—Se equivocan —replicó el oficial, y por su respuesta me di cuenta de que yo había puesto el dedo en la llaga—, se equivocan. ¿Qué tiene que ver la política con los muertos? Ésta es una cuestión puramente local que los pratenses sacan a relucir cada dos por tres para desahogar sus pasiones violentas. La política no pinta nada. Porque, dígame: ¿cómo podría ser algo político si en cuestión de política todos los pratenses piensan lo mismo? La política de Roma es una política de vida, una política para vivos; el conflicto de los pratenses es una política de muerte, una política para muertos. Y sobre la revolución, en Prato están todos de acuerdo, obreros y patronos, gente de ciudad y gente de campo, hombres y mujeres. Todos están con Mussolini, y le diré más: ciudades como Prato hay pocas en Italia. Es una ciudad de gente trabajadora, que no piensa más que en trabajar, producir, ganar dinero, aunque se gane poco,

por los malos tiempos que corren. Gente con ingenio, dura, perseverante, capaz de trabajar doce o trece horas al día, con horas extras, turnos de noche, etcétera. Pero, ya sabrá usted: si vivos son muy disciplinados, muertos son imposibles de controlar. ¿Quién puede dominarlos? Como dicen ellos: vivos, podemos vivir como quieran otros; muertos, queremos vivir como queramos nosotros. Porque sepa usted que ése es el asunto: que los pratenses quieren que los entienen a su modo. Y ya puede usted decir en Roma que del modo de enterrar a los pratenses nos ocupamos nosotros, y que la política nada tiene que ver.

—Si es así —dije—, no hay más que hablar. Seguro que en Roma se convencerán de que es un conflicto local.

—Usted lo ha dicho —repitió el oficial—, un conflicto local.

—No veo por qué había de ser de otro modo —concluí, pero entendía menos que nunca, y eso de que los pratenses quisieran que los enterraran a su modo me dejaba pasmado, pues no sabía que hubiera un modo pratense de enterrar. Hasta donde yo alcanzaba, en punto a enterramientos, Prato era como el resto de Italia, y no sabía qué podía haber cambiado. Me esforcé por recordar los cementerios, los funerales, las costumbres locales en luto, tumbas, viudedad, herencia. Y no hallaba que difiriesen de las costumbres y tradiciones del resto de Italia. Recordaba los cementerios claros y soleados en las laderas de los montes, las tumbas entre olivos, pinos y cipreses, las parras que trepan por los muros, los racimos de los viñedos contiguos que cuelgan por dentro, hermosos racimos de oro que se posan sobre las lápidas de los nichos y tapan los nombres, los epitafios, las crucecitas negras grabadas en el mármol blanco; los gorriones que saltan sobre las tumbas floreadas y el himno constante, elevado, guerrero, de las cigarras; los caminitos flanqueados por los muros cubiertos de musgo que cercan los campos, o por setos de espino polvorientos, setos de saúco de grandes flores estrelladas como flores de cicuta, setos de cañas de hojas alargadas que el viento agita como cabello. El sol baña los montes, la tierra rojiza reverbera, un continuo temblor plateado recorre los olivos y se apaga en el verdinegro de los cipresales y pinares, en el amarillo sonoro de los retamales. Cementerio del Soccorso, cementerio de llanura entre las filas de cañas de las viñas y los montones de trigo. De niño yo corría por esos campos y me

asomaba al muro del cementerio para ver a los campesinos en torno de la fosa abierta, y se oía un rumor de voces quedo y claro. Cementerio de Santa Lucia, el viejo cementerio de la iglesia, que caía a pico sobre el río que allí brota entre montes y expande su lecho por el pedregal del llano inmenso, blanco, donde los caballos de los areneros relinchan al aire verde y al viento, aéreo río perenne que erosiona las cruces de piedra serena; el viejo cementerio del monte, que mira al sol que poco a poco se eleva por la ladera pelada de la Petraia. Cementerio de Filettole, entre cuyas tumbas crecen olivos que dan sombra a las lápidas incrustadas de caracolillos y hojitas secas. Cementerio de Figline, de Schignano, de Montemurlo, cementerio de la Chiesa Nouva, donde duermen mis hermanos. Cementerio de la Misericordia, en el que sonríe el pobre Bino Binazzi, y mi ama de cría, Eugenia, cerca de los altos muros de Prato, que rojean al sol cansado del ocaso. Me venían a la memoria, junto con el aspecto de los lugares, los antiguos gestos de piedad y dolor de los pratenses, pueblo rabioso y testarudo y enconado ante la vida, tranquilo y sereno ante la muerte. Sale de las casas míseras el ataúd entre conversaciones quedas y siguen al muerto las mujeres, los niños, los ancianos, los tejedores dejan los telares y se asoman a la puerta, parpadeando, el cortejo fúnebre avanza entre ventanas y puertas que se abren en silencio. Se oye ajetreo, ruido de gente que se afana discretamente en las cocinas, las tiendas, los dormitorios de camas sin hacer, el ruido de la vida pratense cotidiana, que no da tregua. Los pratenses permanecen serenos ante la muerte, no tienen ese miedo a la muerte que tienen otros pueblos, puede decirse que la reciben como algo que dan por hecho de antemano. Pueblo modesto, pobre, que mira los gramos, los céntimos, los segundos, con una parsimonia tan lejana de la avaricia como la generosidad del despilfarro. Pueblo de obreros, atareados siempre con balas de tejido, telares, tinas de tinte, máquinas de cardar. Al muerto se le ha escapado la canilla, el telar se ha parado un momento, se ha oído el ruido seco que hace la canilla al saltar de su vaina de acero reluciente. Y otro se agacha, ata de nuevo el hilo, la canilla sigue golpeando la cabeza con un ritmo preciso, no ha habido apenas pausa y ya el telar continúa tejiendo la tela hecha de materia vil, de desechos, de trapos, de hilo sucio, de los que está hecha la pobre y dura riqueza de los pratenses. Me acudían a la

memoria todos los pratenses a quienes había visto ir al cementerio, morir en la guerra. Gino Risaliti, el más querido, sereno y sonriente, con el pecho abierto en el herboso nevero del Peskoi. Y me preguntaba qué cosa terrible les había ocurrido a los pratenses para que no quisieran seguir muriendo como antes, ser enterrados como antes. Siempre se habían reflejado en la muerte no como en un espejo, sino como en un muro blanco y liso. Siempre habían mirado al país de los muertos como a un país lleno de olivos, viñas, cipreses, retamas: la muerte jamás los había hecho temblar. ¿Qué ocurría ahora, para que se rebelaran contra las viejas costumbres? ¿Qué traición era aquélla? ¿Puede cambiar la naturaleza de un pueblo en tan poco tiempo? ¿Qué les quedaría a los pratenses si perdían su antigua confianza en la muerte, su fe en el más allá, su serena convicción de que nada, ni siquiera la muerte, puede interrumpir la serie blanca y negra de los días y las noches, romper el hilo de la canilla, separar para siempre la mitad blanca de la vida de su mitad negra? ¿Qué nos quedaría si perdíamos el firme valor, la serena frialdad ante la muerte, la convicción de que morir, para nosotros, los pratenses, no es sino como mudarse a otro sitio, cambiar de cuarto, de casa, de taller, de campo? ¿Tan acabados estaban, pues, mis compañeros, mis amigos, mis pálidos paisanos, que incluso se rebelaban contra la muerte? O era que…

—Será que los jóvenes ya no piensan como los viejos —dije—. Hombres y mujeres, ricos y pobres, patronos y obreros, capataces y campesinos, todos están de acuerdo, todos piensan lo mismo; pero los viejos y los jóvenes, no.

—No lo había pensado —repuso el oficial—, puede que sea eso.

—Siento tener que dejarles, pero es hora de irme. Quisiera llegar a Prato antes de que oscurezca.

—¿Quiere que lo acompañemos? —preguntó el oficial—. Total, a algún sitio tenemos que ir.

—Gracias, no se molesten. Conozco el camino.

Y salí, seguido del dueño del bar, que en la puerta me tendió la mano y me miró con lástima y simpatía.

—Que le vaya bien —me dijo.

—Eso espero.

Bajé por el puente, torcí a la derecha y tomé el camino de Prato.

II

A unos cien pasos del puente de Capalle, a la izquierda, se alza un ciprés negro, enorme, y algo más adelante el camino sigue por la misma orilla del Bisenzio, que en aquel punto discurre encajado entre sus altos márgenes, poblados de cañaverales. De cuando en cuando me volvía a ver si me seguían los guardias, y dos o tres veces me pareció que algo se movía en la fronda; pero era el viento, y al final me trajo sin cuidado. Me senté en la orilla y miré la llanura pratense que se dilataba ante mí, salpicada de casas y almiares, y la cadena montañosa que, desde Calvana y Pizzodimonte, se extiende verde y aislada hasta Castello di Montemurlo y los montes de Pistoia. Las tres elevaciones boscosas del Monteferrato se adentraban en la llanura como una enorme serpiente verde que saliera de la garganta de la Bardena, entre los Faggi di Iavello y el Spazzavento. Y el verde valle del Bisenzio se explayaba entre las últimas estribaciones de la Retaia y el Spazzavento y desaparecía en el estrecho de Santa Lucia, entre montes abruptos. Y, cerrando el valle, ya en llano, se extendía la ciudad, con sus mil chimeneas humeantes, sus torres rojas, sus campanarios de piedra clara, los altos muros del palacio de Panfollia-Dagomari y del colegio Cicognini. Los tejados se veían de un color rosa oscuro entreverado de verde, del verde de la hierba que crece en ellos, y que hace que la ciudad, vista desde la cima de los montes, parezca un prado, donde el viento juega con remolinos de polvo y humo y claras corrientes de plata. Era aquel paisaje de gran delicadeza, siendo áspero y rudo: uno de los paisajes más genuinos de la Toscana, que sigue intacto, como sigue intacto el ánimo, las costumbres, el espíritu, el lenguaje de los pratenses, gente delicadísima, aunque áspera, dura, violenta. El monte se eleva imperceptiblemente de la llanura y esa elevación se nota en que los

árboles, la hierba, la tierra clarea, pues la llanura, poblada de viña, trigo, moreras, es de un verde tan húmedo y profundo que casi se ve negro, un verde que no parece de campo sino de tupido bosque, y donde destacan como manchas las casas de los campesinos, blancas, grises, rosas, todas con las paredes cubiertas de manchas de verdín. Los almiares nuevos (había acabado la siega, los rastrojos relucían como oro) parecían enormes colmenas diseminadas por el campo, y las copas de las moreras, el plateado follaje de los chopos y los olivos, los pámpanos de la vid, aún tiernos y claros, temblaban al viento seco que sopla desde los montes de Val di Bisenzio a las colinas de Poggio a Caiano y Carmignano, más oscuras porque miran al norte. Cortaban el llano las gargantas que se extienden en línea recta desde el Bisenzio al Ombrone, y que, alternando con las franjas verdes, hacían que la llanura pareciera una fachada de iglesia pratense, de rayas de piedra alberesa y de mármol verde de Poggio Ferrato. El ojo, volviéndose poco a poco hacia los montes, reconocía, entre los bosques de cipreses y pinos (verdaderos bosques, que pueblan grandes extensiones de monte), las villas en que viví y jugué de niño, villas de clara y sencilla arquitectura toscana, aunque de un carácter distinto al de las de Siena, Florencia, Luca e incluso Pistoia: de un carácter más simple, más rústico y al mismo tiempo más señorial, el carácter de un siglo que en otras partes, con el paso de los años, las generaciones y la riqueza, ha muerto ya, pero que en los alrededores de Prato sigue vivo, y tiene su tristeza, su aire de abandono, cierto tinte desvaído, señales de un mundo a caballo entre la crudeza y aspereza de la juventud y el cansancio satisfecho, ahíto de la madurez. La villa de las Sacca, en el monte del Fossombrone, la villa de los Rucellai, al pie de la Retaia a Canneto, la villa de los Da Filicaia, al fondo del vallecito que forma el monte de las Sacca al unirse a la falda del Spazzavento, en Santa Lucia. La villa de los Finelli, entre el Monteferrato y el monte del Fossino, de ventanas altas, alto tejado inclinado, paredes de delicados matices verdes y rosados. La villa del Vai, cerca del convento de Galceti, y las villas de la orilla del río Bardena y del Bagnolo, al pie de la fortaleza de Montemurlo. En aquel paisaje limpio y simple, las fábricas ponían una nota turbia y guerrera: las altas chimeneas echaban humo, los ventanales resplandecían, la hierba y los árboles que las rodeaban se veían

opacos, fuliginosos. Había cientos de chimeneas, y hasta dentro del recinto amurallado de Prato se elevaban también, descollando sobre los tejados, con torres y campanarios. Pero ni siquiera aquel humo, aquellas nubes de humo negro y vapor blanco, afeaban el paisaje, y yo pensaba en aquel extraño pueblo, trabajador y rebelde como no hay otro en la Toscana. Un pueblo tan distinto del florentino como del pistoiano: del primero tiene el carácter violento y sectario, pero mucho menos político, un sectarismo que no aplican a la política, que a los pratenses trae sin cuidado, sino a los asuntos cotidianos, a los negocios, las ganancias, el trabajo, en las peleas familiares y sociales, y del segundo la serenidad rústica, pero más pobre, más despierta, más audaz. Un pueblo singular cuya historia, no muy antigua, revela un desinterés, casi repugnancia, por los grandes hechos de la historia de la Toscana e Italia. Y la fama que tienen los pratenses de alborotadores, de rebeldes, de pendencieros, no les viene por haber participado en las luchas intestinas entre ciudades, como Florencia y Pistoia, Pistoia y Luca, Florencia y Pisa, sino por no haberse conformado nunca con los hechos de la historia de la Toscana, por haberse mantenido siempre al margen de los tronos, por no haberse ocupado más que de sus tejidos, sus telares, su comercio, por haberse limitado a seguir la historia de Florencia desde lejos, y la historia de Italia más de cerca que la de Florencia y la de la Toscana. Incluso en el habla es distinto el pratense del resto de los toscanos, y si a cuestiones de sangre nos referimos, debemos recordar que Prato fue la penúltima ciudad toscana que se fundó (la última es Livorno) y no conoció ni a los etruscos ni a los romanos. Es la única ciudad toscana que no tiene antepasados etruscos, sino longobardos. Fue fundada hacia el año 1000 con el asentamiento de campesinos del Javello en torno al castillo longobardo. Ciudad no noble, sino popular, cuyas pocas familias nobles apoyaron siempre la causa popular, la única decente y que merecía la pena. Hoy apenas queda nobleza: sobreviven los Salvi Cristiani, los Leonetti, los Banci Buonamici; de otras casas aristocráticas, los Dagomari, los Guazzalotri, no ha quedado más que el nombre. De los Inghirami subsiste cierto parentesco con Volterra.

Me despertó de pronto el chasquido de una fusta y un ruido de ruedas. Era una calesa. La guiaba un hombre de unos cincuenta años, de cara grisácea, que al pasar por donde yo estaba detuvo el

caballo y me dijo:

—¿Quiere usted subir?

A primera vista supe que era un vecino de Campi, vestido a la antigua usanza, como todos los hombres de su edad, que siguen fieles al capote negro y al sombrero calado. Tenía una boca enorme, típica de Prato, de labios gruesos, señal de violencia y no de astucia, y los ojos hundidos, con cercos negros.

—Hace calor —dijo cuando me hube sentado a su lado en el asiento—, y con este tiempo se cansa uno pronto de caminar.

Me hablaba con franqueza cordial, sonriendo, con esa campechanía desenfadada típica del habitante de Campi que anula las distancias y nos hace amigos suyos, parientes, paisanos. Era un vendedor de pollos, según me dijo, y, en efecto, en el piso del carruaje llevaba un saco lleno de algo vivo y estridente que se movía entre mis pies. Añadió que iba a Prato por negocios, aunque no negocios de pollos, y se reía.

—Y no crea usted que son pollos robados. Antes no había un pollo en todo Campi que fuera comprado, pero hoy la cosa ha cambiado y hasta los de Campi los compran. —Y se reía—. ¿Es usted de Prato? —Cuando le dije que sí y que volvía después de muchos años de ausencia, se quedó mirándome y dijo—: Verá usted muchos cambios. Los pratenses no pueden vivir tranquilos. —Me miraba con cierta curiosidad y compasión, y negaba con la cabeza, no sabía yo si por las dudas, la lástima o las sacudidas de la calesa —. Hágame usted caso —dijo de pronto—, si no tiene que ir por algo preciso, no vaya. Dé media vuelta. A Prato no van más que los que no tienen otro remedio.

—No es que tenga excelentes motivos para ir —contesté riendo —, pero tampoco los tengo para volverme. ¿No va usted también?

—¡Ah, ojalá no tuviera que ir! Voy por necesidad. Se ha muerto un sobrino mío, hijo de una hermana casada en Prato con un tal Bardazzi, que vive en Porta del Serraglio, ¿lo conoce? Y voy para convencer al muchacho de que sea bueno, de que no haga tonterías y deje que lo entierren como quieran. Le explico. Bardazzi es empleado del ayuntamiento, y si su hijo se pone tonto, lo paga él, porque lo despiden.

—¿Y por qué habría de ponerse tonto el muchacho? —pregunté prestando atención, con la esperanza de que el buen hombre me

iluminase sobre los extraordinarios acontecimientos de mi ciudad.

—¿Por qué? ¡¿Es que no sabe usted nada?! —exclamó deteniendo el carruaje y mirándome fijamente.

—Le juro que no. Como le digo, he estado fuera muchos años y es lógico que no sepa lo que ha ocurrido en ese tiempo.

—Perdone la pregunta, pero ¿quién es usted? Su cara me suena. ¿No será el hijo de la señora Eddi?

—Exacto.

—¡Ajá!

Le dije que venía de África (de hecho un hermano mío estaba en África) y que nada sabía de lo ocurrido.

—¿Y su hermano sigue…? —me preguntó el de Campi.

—Sí —contesté—, allí sigue.

—También él está pasando lo suyo, pero esperemos que lo suelten pronto.

—Esperemos.

—¿Sabe que se parecen? Veía a su hermano a menudo, cuando lo criaban los Merziade, en Porta Santa Trinitá. Quizá fuera un poco más robusto que usted, y algo más alto, si mal no recuerdo.

—Puede ser —dije. En aquellos dos años, yo había adelgazado.

Y el hombre empezó a contarme con detalle lo que ocurría en Prato. Él, naturalmente, achacaba todo al talante rebelde de los pratenses, pero para mí las causas eran bien distintas, y aquellas noticias me llenaban de una alegría y un orgullo que a duras penas podía disimular. Lo que ocurría no se debía a la falta de trabajo, la única calamidad que puede empujar a los pratenses a cometer grandes fechorías, al contrario, nunca había habido más trabajo. Algunos ganaban fortunas, y los mismos obreros, aunque los salarios no alcanzaban los altos niveles de 1920, estaban contentos, pues los compensaban del bajo salario las medidas sociales que se habían puesto de moda aquellos años. Como las ocho horas normales no eran suficientes, recurrían a turnos de noche. Y puesto que en cada familia había dos, tres y hasta cuatro miembros, entre hombres y mujeres, trabajando en las fábricas, el sueldo que cobraban los sábados resultaba más que decente. Vuelta la prosperidad, los pratenses habían renunciado a todas las aspiraciones que tantos quebraderos de cabeza dieran a las autoridades en el pasado.

—No veo qué otra cosa puede ser —concluí, pero ahora entendía menos que nunca, y lo de que los pratenses querían ser enterrados a su modo me llenó de inquietud, porque me parecía que, más allá de la muerte, no hay libertad, y que los italianos han de ser enterrados todos del mismo modo. No entendía cuál podía ser la nueva manera pratense de enterrar. Pero me parecía una novedad dolorosísima. Recordé los cementerios de Prato, los funerales, las costumbres y las tradiciones de este pueblo en punto a tumbas, luto, viudedad, y me pareció que en nada diferían de las costumbres y tradiciones de los demás italianos, uno de los pueblos que con más sencillez y serenidad reciben en sus casas a la muerte, como a un huésped querido.

A orillas del Bisenzio

Esto no es una novela, sino el relato de una novela. Lleno de personas, sentimientos, objetos, de cosas que en una novela podrían parecer inútiles, pero que en el relato de una novela son necesarios, como lo son en una habitación, en una casa, en una plaza, en una ciudad, y que no podemos quitar con la excusa de que nos molestan, nos estorban, como haríamos en una novela. Había muchas cosas inútiles y mucha gente inútil en aquella ciudad, en aquel tiempo, y todos pensaban que había que quitarlas de en medio, para que no estorbasen y para poner un poco de orden en las calles, las casas, la vida de los hombres.

Aquella ciudad era Prato, hace cincuenta o sesenta años, una pequeña ciudad a pocos kilómetros de Florencia, entre Pistoia y Florencia, en medio de un gran prado pantanoso que antes ocupaba toda la llanura y se llamaba Osmannoro. Hay que empezar diciendo lo que era la ciudad, y luego decir lo que eran los hombres, ya que el relato de una novela debe dar cuenta de todo, incluido lo inútil, porque es una especie de inventario de lo que hay en escena, antes de que salgan los actores. En una novela, todo está dispuesto con orden, todo apunta a un final preciso. En el relato de una novela, no, porque es como un almacén de ropa vieja al que acaban de llevar los fardos: la ropa aún no ha sido seleccionada ni separada por tipo de tejido y calidad: en un montón, las prendas de lana; en otro, las de algodón; en otro, las de algodón y lana; en otro, las de color; en otro, las blancas, etcétera. Cuando todo está ordenado, cuando las prendas han sido seleccionadas y separadas en montones, empieza la novela. El material está ordenado, preparado. Pero un almacén desordenado es quizá mejor, más atractivo, que uno ordenado. Ahí van los chiquillos a jugar, a descubrir el mundo. Desde ahí emprenden sus primeros viajes por el mundo, a India, China, Brasil, Chicago, Argentina, Perú, la Costa de Oro, Madagascar, Teherán, El Cairo, Constantinopla, a todos los lugares, puertos, islas, montañas, continentes, Asia, África, América,

Australia, de donde vienen a Prato los trenes cargados de fardos de ropa vieja. Prendas indias, chinas, africanas, americanas, turcas, persas, neozelandesas. Y en aquellos montones de ropa polvorienta, tan prensados que cuesta deshacerlos con las manos, los niños pratenses descubren cosas maravillosas: botones, monos pequeños resecos, fetos humanos que parecen de cartón piedra, anillos, collares, ropa interior femenina, pelucas, peines, broches, dentaduras postizas, fotografías, zapatos, cuchillos, pistolas, ídolos de madera de Papuasia, y una vez un chiquillo del Soccorso encontró una cabeza de mujer, bastante seca pero que aún no había perdido los rasgos humanos.

Era una cabeza pequeña; redonda, de pelo largo y negro. La piel de la cara, pese a que se veía reseca y que la carne de debajo se adivinaba enjuta (enjuta pero blanda, como una esponja), todavía conservaba cierta suavidad aterciopelada y era pálida, o, mejor dicho, de una blancura como de magnolia. Tenía los ojos cerrados, la boca entreabierta, no se sabía si porque sonriera o porque fuera a decir algo, sus últimas palabras, y entre los labios se entreveían unos dientes blancos que casi parecían perlas. Cuando la encontró, Baldo quiso esconderla, pero Bruno lo vio y le hizo una seña. Se alejaron hacia los pantanos, y al pasar el castillo de Federico Svevo, Baldo se sacó de la chaqueta la portentosa cabeza de mujer.

—Parece que esté viva —dijo Bruno.

Baldo intentó abrirle los párpados con una rama, para ver el color de los ojos; pero los párpados eran duros, como de vidrio, y la rama se partió.

—Prueba con este clavo —propuso Bruno.

Y Baldo lo intentó con el clavo. Sólo consiguió abrir una comisura y no pudo ver de qué color era el ojo.

—Llevémosela a don Pietro —dijo Bruno.

—A don Pietro no —replicó Baldo—, que querrá entenada.

Empezaba a anochecer y los dos muchachos regresaron a sus casas.

—¿Dónde vas a esconderla? —le preguntó Bruno a Baldo.

—Debajo de la cama —contestó éste.

No pudo pegar ojo en toda la noche. Pensaba en la cabeza escondida bajo la cama y temblaba de miedo. Dormía en el mismo cuarto con sus padres, en una camita al pie de la ventana. Por la

ventana veía los muros de Santa Trinitá, plateados por la luna. Y más allá, a la derecha, por la parte de Porta Florentina, se divisaba la cima de la Retaia, con la Casa Rossa en lo alto. Habían pasado muchos años, pero aún se acordaba de aquella noche. Cuando estaba a punto de dormirse, oía un murmullo debajo de la cama, como de alguien que hablara. La cabeza se movía, rodaba lentamente por el suelo de losas, lo llamaba por su nombre, le hablaba. Mudo y petrificado de miedo, se quedaba escuchando, hasta que el sueño lo vencía, cerraba los ojos y poco a poco se hundía en la almohada.

Cuando volvió de la guerra, en 1919, lo primero que hizo fue coger una azada e ir al huerto a desenterrar la cabeza. La había enterrado muy hondo entre las tomateras, en un rincón, junto a la tapia. Cavó, hizo un hoyo de casi un metro, pero no la encontró. Contó los años: tenía diez cuando la enterró, quince años antes, mejor dicho, catorce, en 1905. No estaba. Había desaparecido. Se había deshecho en la tierra. Después de haber visto tantos muertos, tantas caras de hombres muertos, quería ver aquella primera cabeza de mujer, aquella primera cara de muerto que viera en su vida. Si la hubiera encontrado, ¿qué habría hecho? Quizá la habría aplastado, destrozado con la azada. No lo sabía. Volvía de la guerra con el honor de los muertos. Cubrió el hoyo, dejó la azada en su sitio, se puso la chaqueta.

—Me voy a jugar a la botella —le dijo a su madre.

La mujer lo miró con sorpresa, pero no dijo nada. Hacía años, desde que comenzó la guerra, que los hombres no jugaban a aquello. La gente había cambiado en Prato. Habían surgido fábricas por todas partes, la ciudad se había llenado de obreros, todo el mundo trabajaba en las fábricas. Era una clase nueva. Jugar a la botella significaba jugar a las cartas y quien perdía pagaba la botella de vino. Ahora también había en Prato bares con cafeteras exprés, donde se tomaba el café de pie, en la barra. Las viejas cafeterías cerraban o se transformaban. También los hombres eran distintos a los que había antes de la guerra. Había venido mucha gente de otras partes de Italia, sobre todo del Véneto y del sur. La población había aumentado, se habían construido casas nuevas en lo que antes fueran huertos. Hasta se había abierto un prostíbulo en las afueras, entre Canto al Mercatale y la estación.

Cuando iba a salir, su madre le preguntó si tenía dinero y si quería más. No tenía mucho, pero suficiente para divertirse fuera de Porta Mercatale. Las fábricas, sobre todo las creadas durante la guerra, empezaban a cerrar. La crisis había llegado de repente. Acabados los encargos bélicos, las fábricas nuevas cerraban. Cientos de obreros eran puestos de patitas en la calle todos los días. Los que volvían de la guerra parecían alegrarse de la crisis y el desempleo. Pero Baldo no reprochaba a los obreros que no hubieran combatido. Les reprochaba no haber hecho nada para impedir que los patronos fabricasen las mantas y los uniformes con toda clase de porquerías, en lugar de con la lana que el gobierno repartía a los fabricantes. Por lo demás, ¿qué culpa tenían los obreros si en la guerra se necesitaban tantos trabajadores textiles como soldados? Salió por Porta al Mercatale, cruzó el puente, se detuvo un momento a contemplar el lecho del Bisenzio, tomó el camino de los Cappuccini. Al poco volvió atrás, siguió la orilla del río, llegó a los cañaverales y se sentó en el suelo, se tumbó en la hierba, entre las cañas. Había menos cañas. Antes de la guerra, los cañaverales se extendían un buen trecho, se hacían más ralos, luego más tupidos, acababan, continuaban más allá, hasta llegar casi a la iglesia de Confienti.

A aquel lugar del lecho iba de niño a ayudar a los areneros a cerner la arena, por cincuenta céntimos al día. Merziade estaba enfermo y con aquellos cincuenta céntimos debían comer todos: Merziade, Eugenia, Ofelia, Nella, Faliero. Ocurrió entre aquellas cañas. Se llamaba Prilia. Era una muchacha unos años mayor que él, de diecisiete. Le llevaba todos los días la comida a su padre, que era arenero, y vivía en Porta de Serraglio, en Bachilloni, en el camino de Coiano. En aquellos años, el sueldo de un obrero por diez horas de trabajo era de una lira y sesenta céntimos. Los tintoreros de Il Fabbricone llegaban a ganar hasta una lira y setenta céntimos. Era un buen avance respecto de la situación una década antes, cuando, por doce y a veces trece horas de trabajo, se ganaba entre una lira cincuenta y una lira setenta: trece céntimos por hora. Las mujeres ganaban siete por hora. Y el que mejor pagaba a los obreros era Il Fabbricone. En otras empresas, como Sbraci, Calamai, Forti, Villoresi, Cavaciocchi o Magnolfi, los obreros difícilmente ganaban más de diez céntimos por hora.

Prilia iba todos los días a llevarle el almuerzo a su padre, que no

quería trabajar en una fábrica y se había dedicado a todos los oficios, carretero (hasta que tuvo que dejarlo porque un día que llevaba a la fábrica de Forti, en Briglia, un cargamento de garrafas de ácido sulfúrico, se le rompió una, el ácido cayó sobre el caballo, que quedó tendido en medio del camino, entre las varas del carro, humeando, y tuvo que rematarlo a palos, delante mismo de casa de Banci, el maestro, en Coiano), enlosador, mozo de estación y por último arenero en el Bisenzio. El ácido sulfúrico, que le había salpicado también, le había agujereado la cara y llagado una pierna. Para descargar la conciencia, Forti le había dado cuarenta y cinco liras. En aquel entonces no había seguros ni prestaciones de ningún tipo para los obreros. Aquellas cuarenta y cinco liras eran regaladas. Pero no bastaron para comprarse otro caballo, y además le había tomado miedo al ácido sulfúrico. Suerte que tenía pocos hijos, cuatro en total, la mayor de los cuales era la niña, Prilia, la que a diario le llevaba la comida al río. Un poco de sopa caliente y una barra de pan cuando llovía, y cuando hacía buen tiempo, unas sardinas saladas, un arenque, sobrasada. Vino jamás, porque el vino costaba caro: cuarenta y cinco céntimos la botella. No es verdad que entonces la vida fuera barata. En proporción, era más cara que hoy. Hoy una botella de vino cuesta trescientas liras, la cuarta parte del sueldo de un obrero. Entonces costaba la tercera parte. Parecía que la vida era más barata porque los obreros comían poco, se privaban de todo. Café, sólo los domingos; vino, un vaso los sábados por la noche, o los domingos de sobremesa jugando a las cartas. Vestían prendas de lana barata o pana. Unos pantalones, una camisa o una camiseta, nada más. Casi siempre iban descalzos, menos en invierno, cuando se ponían zapatos de vaqueta, que costaban el sueldo de un día y medio e incluso de dos.

Con mal tiempo se echaban al hombro un ferreruelo, todo remendado, que duraba años y pasaba luego al primogénito. No había diversiones. Prato era una ciudad pequeña de artesanos, traperos, tejedores. En invierno se inauguraba la temporada de ópera en el Metastasio y por unos céntimos se podía escuchar el *Trovador, Otelo* o *Lucía* en el patio de butacas. Detrás de éste, había un espacio reservado al pueblo donde el público permanecía de pie. Estos sitios de pie costaban unos céntimos más que los del gallinero, pero tenían la ventaja de que se oía y veía mejor. Las

butacas las ocupaban los empleados de las fábricas y los funcionarios del Estado, el comisario de policía, el sargento de carabineros, el recaudador de impuestos, el empleado del catastro, los empleados de los bancos, el jefe de estación, en fin, la burguesía estatal, que era forastera. Los palcos estaban reservados a los socios del teatro, los burgueses de Prato: los palcos de primera y segunda categoría eran para los empresarios, los demás para los abogados, notarios, médicos. Pero los mejores sitios los ocupaban los pocos aristócratas de la ciudad, los Banci Buonamici, los Salvi Cristiani, los Leonetti, y a veces los nobles florentinos que poseían villas y fincas en la provincia de Prato, como los Rucellai, propietarios de Canneto, los Da Filicaia, propietarios de Santa Lucia, los Finelli, propietarios de la villa que hay al pie de la Sacca, en la boca del valle del Bardena, en el camino de Figline, los Banti, los Vai, los Guicciardini, que tenían villas y tierras en Usella, al norte de Vaiano, los Strozzi, con propiedades entre Capalle y Campi. Aun así, los nobles pratenses y los pocos florentinos que se dignaban acudir al Metastasio, a oír a un tenor Bonci o a un Schiavazzi en el ocaso de su carrera, no hacían buenas migas, porque los florentinos, por serlo, se consideraban superiores.

Mejores migas hacían los obreros y las pocas familias nobles que vivían en Prato, por la simple razón de que éstas se habían mantenido al margen de la industria y no tenían motivos de conflicto con la masa obrera. También es verdad que los industriales de entonces eran muy distintos de los que vinieron luego. No eran villanos enriquecidos, sino industriales de rancia tradición familiar. No eran hijos de la azada, el cepillo, la polea, la fusta o la usura, sino de las tinas de las antiguas tintorerías, de los telares manuales, de las dinastías populares de traperos, tan antiguas como la catedral de Prato, si no más. En aquel espacio libre del patio de butacas, detrás de la última fila de éstas, se estaba caliente, entre una muchedumbre obrera que olía a grasa de máquina, lana virgen, ácido sulfúrico y bicromo de tintorería. Acudían al teatro con la ropa del trabajo, con sus ferreruelos, sus zapatos de vaqueta, y aquélla era toda la diversión de que disfrutaban en invierno. En verano iban a las fiestas de San Rocco, en Sambuca, Porta Santa Trinitá, a las procesiones de agosto en Soccorso, en los Cappuccini, y a la de Jesús muerto en Galciana, a

la gran feria de septiembre en Mercatale, con carreras de trote en el gran anfiteatro de madera, barracas, tiovivos, tiro al blanco, pollos asados, buñuelos, dulces y, para remate de la fiesta, fuegos artificiales. O iban a merendar a Galceti, a comer pescado frito en Pimpero, en Santa Lucia, y cangrejitos del Rianoci, y a bañarse en la Pescaia, en el Bisenzio. Y no eran exactamente obreros, pues la industria nacía entonces, sino más bien un pueblo de artesanos que, en materia política, fluctuaban entre Mazzini, Garibaldi y el pensamiento libertario. Incluso su socialismo, que aquellos años había llegado a la Toscana de Emilia, era una mezcla de libertarismo y humanitarismo, con alguna dosis de revuelta callejera. No tenían conciencia de clase, eran individualistas, pensaban en la revolución como en una explosión de ira. Eran esclavos sin saberlo, y de la peor especie, porque creían que tenían un espíritu libre y libertario, cuando en realidad estaban sometidos a las fuerzas del orden, los curas, los patronos, hasta en la intimidad de sus hogares. Sus casas eran antiguas, míseras, sin luz, sin comodidades, de suelo de losas polvorientas, de ventanas pequeñas, a la antigua usanza toscana, de escaleras angostas, empinadas, con sogas grasientas por pasamanos. Un dormitorio, una cocina, a veces un tercer cuarto donde se comía y dormía. En la cocina, hogar de carbón, fregadero de piedra, jarra y palangana de cobre, para lavarse, con un pedazo de jabón verde, áspero, mezclado con arena fina. Techos bajos, de vigas de madera. Pocos y pobres muebles. En invierno, se congelaban. En verano, se asaban. Pero pese a la miseria, pese a las casas húmedas y tétricas, los hijos crecían sanos y robustos, y era por la tramontana, que soplaba durante meses y barría el polvo de los trapos, limpiaba el aire de las emanaciones de anilina y ácido sulfúrico de las tintorerías, mantenía el aire puro y protegía la salud de los pratenses.

Las mujeres eran más bellas que los hombres, de ese tipo del que Prilia era un ejemplo: pálida, alta, esbelta, de pecho opulento, de piernas largas bien formadas, de espaldas anchas. Los rostros no tenían suave más que el color, que era como el de la magnolia. Lo demás, los ojos, la boca, las mandíbulas, la frente, era duro, cruel, violento. El pecho abundante y los hombros anchos dan a las mujeres de Prato algo escultórico que las hace armonizar extrañamente con cierta arquitectura pratense y con ciertas figuras

femeninas que se ven pintadas, entre decoraciones solemnes y al mismo tiempo familiares, en los muros de la catedral, donde se dice que solían pasar mucho rato sentadas las mujeres los últimos meses de embarazo para que sus hijos les salieran hermosos y agraciados como aquellos ángeles y aquellas mujeres y tuvieran rasgos angélicos. Así era Prilia, que todos los días le llevaba la comida a su padre al río Bisenzio.

Un día Prilia le pidió que la ayudara a cortar unas cañas que necesitaba para el huerto. Baldo la acompañó al río y juntos se encaminaron al cañaveral, por la orilla. El sendero era estrecho, Baldo caminaba detrás. Prilia vestía una falda ligera y a él le parecía que iba desnuda. Jugando a esos juegos peligrosos a que juegan los niños, muchas veces se había escondido con Prilia u otra niña de su edad en el bosque o entre matorrales, en Galceti, en Poggio del Fossino, en las Sacca, e incitado por el sofoco o el misterio, se habían enseñado sus partes y habían jugado a meterse en ellas piedrecitas, ramas, hojas y hasta conchas de caracol. Eran juegos de críos que no dejaban de ser inocentes. A Baldo no le gustaban los juegos viciosos, como el de enseñarse las partes en grupo, sentadas las chicas en la hierba con las piernas abiertas, frente los chicos. Aunque parecía un juego nefando, todos acababan riendo, y una vez que la hija del carnicero, que se llamaba Noemi, empezó a tocarse y gemir, todos se asustaron y salieron a la carrera, dejándola allí sola. Él guardaba un recuerdo muy vivo de aquellos juegos que siempre lo turbaba. Prilia también había participado en ellos. Y asimismo estaba el día en que Noemi había empezado a tocarse y gemir, en Poggio del Fossino. Y otro día, detrás de la tapia del huerto, lo había sujetado mientras Noemi le desabotonaba los pantalones, lo abrazaba y le mordía. Él forcejeaba, y para que Prilia lo soltara, le dio un mordisco en un seno. Pero ella, en vez de soltarlo, quejándose, lo tumbó y lo sujetó con más fuerza. Y entonces Noemi, toda colorada, empezó a tocarse y allí estuvieron largo rato los tres, tendidos en la hierba, abrazados, jadeando y avergonzándose unos de otros.

—¿Te acuerdas de cuando me mordiste aquí? —le preguntó de pronto Prilia, volviéndose. Se tocaba un seno—. Me quedó la marca. —Y se desabotonó la blusa.

Estaba de pie en la orilla, el viento le revolvía el pelo, que le

caía sobre los ojos; estaba pálida y sonreía. Se cogió el seno con la mano y le mostró la marca, una manchita blanca sobre el blanco más claro de la carne. Tenía unos pechos opulentos, en forma de pera. Baldo se echó a reír.

—¿De qué te ríes? —le preguntó ella abotonándose.

—De nada. Es que las peras no me gustan.

La muchacha le dio un empujón y echó a correr; de rato en rato se volvía. Al principio reía, luego se puso seria. Llegaron al cañaveral y empezaron a cortar cañas. Prilia las escogía a ojo, luego pasaba la mano de abajo arriba para notar los nudos. Empuñaba una pequeña podadera con la mano izquierda y con la otra agarraba la caña. Daba un primer golpe fuerte en la base, a ras de tierra, donde la caña es más gruesa, y luego otros golpes más flojos hasta que la cortaba.

El cañizar bordeaba la orilla por la parte de los campos; por la parte del río, caía a pico sobre el lecho y no había cañas. El viento susurraba entre las largas y finas hojas. Al rato, cuando hubieron cortado un buen montón de cañas, se tumbaron en la hierba.

—Por hoy ya está bien —dijo ella.

Los campos se extendían ante ellos verdes y amarillos al pie de la colina de Giolica, donde había villas con largas alamedas de cipreses. En la fachada de las villas se veía la sombra de los relojes de sol que cruzaba como una cuchilla el gran cuadrante de bonitos números romanos. Baldo pensaba en su padre, en la vida mísera que llevaban. Pensaba en la vida de los campesinos. Hincar la pala en la tierra húmeda, no en la arena árida, estéril. Dentro de unos años él también trabajaría en la fábrica. Había nacido en una familia obrera, sería obrero. No, la tierra no. La tierra era esclava. La tierra, el campo, la propiedad agrícola estaban demasiado cerca del amo, el capataz, el cura. En Pascua el cura iba con sobrepelliz blanca y un monaguillo y bendecía el caserío, la granja, el granero, el establo, las bodegas, el pajar, la era. Luego bendecía la tierra, las plantas, la viña que empezaba a echar hoja, el trigo joven, los plátanos, los olmos, los chopos, los frutales, los manzanos, los perales, los ciruelos, los melocotoneros. Y los campesinos, con sus caras obtusas, necias, avaras, lo miraban.

—Dentro de poco trabajaré en la fábrica —dijo Prilia—. Mi padre ya ha hablado con Calamai.

Por entonces las mujeres no solían trabajar en las fábricas. Sólo algunas, ya no jóvenes, que habían enviudado o tenían a su marido en el hospital, la cárcel o enfermo. Las jóvenes no trabajaban en las fábricas. El cura no bendice máquinas, pensaba Baldo, no bendice tinas, ni telares mecánicos, ni máquinas de aprestar, ni cardadoras, ni secadoras, ni barriles de tinta verde, amarilla, azul, roja, negra. Los curas no tienen nada que ver con las máquinas. Es otro mundo, donde no ejercen ningún poder. El hombre que trabaja con máquinas es más libre. Es un hombre libre.

Eran ideas que le pasaban por la cabeza cuando contemplaba los campos, la tierra, los árboles, los bueyes uncidos al arado, a hombres con azadas y un manojo de mimbres colgado del cinturón que ataban la viña, a muchachas que sacaban a los cerdos de la era y los llevaban a la acequia, perros atados a un alambre que brincaban y ladraban. Aquel mundo le parecía un mundo infeliz, cerrado, servil. Un obrero era un hombre libre. Estas ideas no eran de su cosecha, las había aprendido de Ugo Paoli, que había estado en América, en San Francisco, trabajando de zapatero, y había vuelto a Coiano para casarse con la maestra. En cuanto se había apeado en la estación de Prato, lo habían detenido. Habían pasado diez años desde que otro pratense, otro americano, Gaetano Bresci, matara a pistoletazos al rey Humberto, pero la policía seguía deteniendo a todos los pratenses procedentes de América nada más pisaban la estación. Cuando salió de la cárcel, al no poder volverse enseguida a América, porque la policía le había retirado el pasaporte, ni queriendo casarse sin recuperarlo primero, había dado en deambular por Coiano, y muchas veces Baldo y sus amigos se lo encontraban en Poggio del Fossino, o por las Sacca. Ugo se sentaba en el suelo, bajo los cipreses, y hablaba de América. Primero de América, luego de los americanos. Pero no de los americanos ricos, los millonarios, sino de los americanos pobres, polacos, italianos, alemanes, irlandeses, judíos, españoles, y de los sacrificios que hacían, las luchas que libraban, las fatigas por las que tenían que pasar para ser no americanos, sino seres humanos.

El tal Ugo era un hombre alto, de espaldas anchas, cabello castaño, ojos claros, como abundan en el valle del Bisenzio, a quienes la gente llamaba «lombardos». No llevaba bigote, iba siempre bien afeitado y la gente se reía de su cara de cura.

Afirmaba que en Prato no había seres humanos, sino pobres animales. Y que un obrero era un ser superior, civilizado, no un animal; un ser que tenía conciencia de sí mismo, de la vida propia y la ajena, que conocía el bien y el mal, que llevaba consigo la libertad propia y la de los demás, y que en Prato no había obreros. Los habría, algún día, pero de momento no.

—¿Ni siquiera uno?

—No, ni siquiera uno.

—¿Y tú qué eres, Ugo?

—Yo soy un obrero —respondía él—. Me fui de aquí siendo también un pobre animal, primero me hice ser humano y luego obrero, en América.

—¿Haciendo zapatos, Ugo?

—No sólo haciendo zapatos, sino pensando en lo que hacía, en lo que era, en lo que hacíamos, en lo que éramos, en lo que hacen y son todos los hombres. Es decir, me di cuenta de que los demás existen y hay que ayudarlos.

Estas cosas y otras que Ugo decía no siempre resultaban claras para Baldo y sus compañeros. Pero la mañana que su padre, después de una larga enfermedad, se levantó de la cama para ir a la fábrica, fue para Baldo como si marchara a América, a aquel país donde, según Ugo, un animal se hace ser humano y luego obrero. Baldo entendió lo que era una fábrica. Era otro Prato. Otro mundo. Otra humanidad. Recordó lo que tantas veces le había contado su padre; cuando en Prato no había apenas fábricas y las pocas que había tenían unos cuantos obreros. La gente se dedicaba a modestos oficios, a comercios mezquinos. El pueblo estaba triste, amedrentado. Luego, en 1890, vinieron tres alemanes, Kossler, Mayer y Klinger, de Viena y Bohemia, y construyeron una gran fábrica, trajeron mil seiscientos telares mecánicos, montadores, tintoreros, tejedores, especialistas de todo tipo, y empezaron a contratar a obreros, gente que venía de todos los oficios, incluso campesinos, desocupados, marginados, delincuentes. El pueblo llamó a aquella fábrica «II Fabbricone», y después de ésta, como si la gente se hubiera animado, surgieron más por todas partes, la clase obrera empezó a crecer, se vieron nuevas caras, se oyeron nuevas voces, otras lenguas, otras formas.

Esto había ocurrido veinte años antes, cuando el padre de Baldo

tenía veinticinco. Su padre había sido uno de los primeros contratados en Il Fabbricone. Al principio había sido duro. Las máquinas, las correas, el humo, el batir incesante de los telares, las voces roncas de los «maestros» alemanes, las caras rojas entre los vapores que emanaban del subsuelo, de los tubos que corrían por las paredes. De las paredes colgaban unos carteles en que se indicaba el sueldo de cada cual: los hombres cobraban trece céntimos por hora, las mujeres, siete. Los obreros sabían lo que cobrarían el sábado. Eso era en Il Fabbricone. En otras fábricas, no había tales carteles y los obreros cobraban diez céntimos por hora, ocho, dependiendo del capricho o el humor de los patronos. Y había muchas multas. Y despidos por nada. Por protestar de una paga injusta, de una multa no merecida. Los sábados, los obreros cobraban lo que les daban, sin mirar siquiera los sobres. Y no sólo los ponían de patitas en la calle…

El ídolo

En el verano de 1943, en una ensenada de la costa calabresa, cerca de Escila y frente a la costa siciliana de Caribdis, vivían un oficial y unos veinte soldados, destacados o, mejor dicho, abandonados allí con la misión de defender la costa calabresa del esperado desembarco inglés. El oficial era un teniente napolitano bajo y delgado, de rostro singularmente pálido, de esa palidez cérea, opaca, algo húmeda, propia del pueblo napolitano. Tenía los ojos grandes y muy negros, tan grandes que la pequeña cara cérea parecía aún más pequeña y humilde, casi como de mujer o de niño, y a veces casi como de anciano. Con algo de chepa, tendía a encorvarse, a inclinarse hacia delante, a estirar la cara y el cuello como si hubiera pasado largo tiempo sentado a un escritorio, o quisiera observar de cerca algo o a alguien, o buscara un objeto que se le hubiera caído. Tenía el cuello flaco, alargado, la nuca hundida y cubierta de una pelusa negra y densa. Se movía lentamente, con indolencia, y hablaba más por gestos que con palabras, en las que era parquísimo; aunque eran gestos cautelosos, pausados, tan lentos que parecían interminables. A veces sonreía, como para disculparse. Y cuando se enfadaba con alguien, sonreía con desprecio, como si se compadeciera de algo, o perdonara algo, a sí mismo y a los demás.

No daba confianza a sus hombres, ni sus hombres a él. La mayoría de los soldados eran de Cerdeña y Campania, había algunos de Apulia y Lombardía y uno de Umbría. Lo obedecían sin rechistar, y solamente en la obediencia parecía crearse cierta simpatía entre el oficial y sus soldados, una corriente de calidez humana que se enfriaba en cuanto los soldados cumplían la orden y volvían a sus madrigueras, excavadas en el terreno pedregoso de un viñedo que dominaba la playa de Escila.

El oficial se pasaba el día tumbado en un camastro de paja debajo de una especie de baldaquino hecho con una cortina sostenida por cuatro palos, arrimado a una roca: desde allí contemplaba durante horas, sin moverse ni hablar, con las manos

cruzadas en las rodillas o bajo la nuca, el vasto paisaje marino que se extendía ante él: a la izquierda, el estrecho de Messina, de un tono verdoso que con el declinar del día se volvía más profundo, casi negro; a la derecha, el mar de Sicilia, de un azul turquesa como de seda brillante, la costa siciliana, toda verde, y la cadena montañosa que la dominaba, la Madonia, de un verde húmedo y profundo, y más allá de estos montes, muy lejana, la cumbre del Etna, Olimpo de Sicilia, y a occidente las islas de Lipari, perdidas en el horizonte, y el alto cono rojizo y humeante del Estrómboli, coronado por una nube de fuego con forma de corazón que parecía colgada como un exvoto del muro azul del cielo.

El oficial contemplaba el paisaje con los ojos muy abiertos, igual que hacen los animales, y parecía mirarlo sin amor, como si fuera un muro blanco, una pared blanca y lisa. Sólo despabilaba cuando el soldado que lo atendía, una especie de ordenanza, le llevaba la comida. Se arrojaba sobre la escudilla con voracidad agresiva, mirando a un sitio y otro como los perros, como temiendo que pudieran quitarle el mísero rancho. Y parecía que aquel cuerpo menudo y flaco no tuviera fondo: comía como si llevara años sin hacerlo, no tanto por hambre como por miedo a morir de hambre, o como si lo consumiera un fuego interior de inanición o debilidad. Esta voracidad era muy comentada entre los soldados, que temían, no sin razón, dada la situación del ejército entonces, acabar pagando por aquella hambre extraña e insaciable. Las raciones de los soldados, ya ridículamente escasas, disminuían día a día, hasta que llegó un momento en que las últimas provisiones se agotaron. Los soldados entonces, para no morir de hambre, y viendo que sus superiores no se ocupaban de ellos más que para amenazarlos con la cárcel, con la muerte, si es que se tomaban la molestia de amenazarlos, de pensar en ellos, pues no les importaba que fueran vestidos con harapos, sucios, y murieran de hambre, se dieron al hurto en granjas y caseríos, que salpicaban las faldas áridas de los montes. Tan profunda y antigua es la resignación de los italianos pobres ante la voracidad de quienes mandan, de los poderosos, que ningún soldado se atrevía a quejarse con franqueza de la avidez del oficial, al que daban los mejores víveres que robaban, y se reían con esa benevolencia de la gente pobre que lo recuerda, lo soporta y lo justifica todo.

Sólo una vez que un soldado sardo se había quejado ante él de lo abandonados que los tenían sus superiores, y le reprochó directamente no hacer nada por ayudarlos, no ir a protestar ante los jefes, no hacerse oír, no exponer sus razones, y lamentó por último la indiferencia que mostraba por las míseras condiciones en que vivían (se lo reprochó con esa actitud tímida, cerrada, casi desesperada que adoptan los sardos cuando piden justicia), el oficial, quizá sin entender muy bien el sentido del reproche que el soldado le hizo delante de todos sus hombres, contestó con tristeza grave, con voz melancólica: «¿Acaso no tengo derecho a pasar hambre como vosotros? ¿Qué culpa tengo yo de que la ración no me baste?», como admitiendo que, a su pesar, vivía a costa de sus soldados, robándoles a ellos lo que ellos robaban a otros.

Aquella confesión, que nadie esperaba ni exigía, porque a aquellos soldados que se robaban entre sí les parecía casi justo que el oficial les robase, pareció una buena excusa a aquellos hombres, acostumbrados al engaño recíproco y al abuso secular de los ricos y poderosos, y que, como no esperaban tanta franqueza, se sintieron incómodos y avergonzados, como les ocurre a los pobres cuando un poderoso les hace una confesión. Porque el pueblo está acostumbrado a intercambiar confidencias, no confesiones, y la confesión no pedida lo deja incómodo y avergonzado, como si vieran las partes pudendas de una persona.

Ante aquellas palabras del oficial, el soldado enrojeció y, tras un instante de silencio, los hombres se marcharon sin decir nada y el oficial volvió a tenderse en su lecho. Desde aquel día, los soldados, quizá para hacerse perdonar aquella confesión que habían oído sin pedirla, o para resarcirlo de algún modo de la vergüenza que le habían hecho pasar, procuraron, casi por tácito acuerdo, llevarle lo mejor de lo que robaban, huevos, gallinas, conejos, fruta, verdura, esas hermosas lechugas que crecen en los huertos de Escila, de casi un metro de altas, muy verdes, muy tiernas, con el cogollo blanco como hojas de espada, y hasta espaguetis con tomate, y pan moreno, de suerte que el oficial, cebado por todos, empezó engordar a ojos vistas, y en poco más de un mes se puso gordo, liso y blanco, con esas carnes blancas y fofas que echan quienes, después de pasar hambre mucho tiempo, se dan de pronto al buen comer y al mejor dormir. Y cuanto más engordaba el oficial, más

orgullosos parecían los soldados, sobre todo los del sur, de las mollas de su oficial, al que nutrían a porfía, con ofrendas de alimentos, como si fuera un ídolo.

Sentado en la cama de paja, con las piernas cruzadas, el oficial comía masticando, moviendo las mandíbulas sin parar, como si rumiase la comida opípara. Y sólo muy de vez en cuando decía algo, para pedir más comida o bebida, que los soldados se apresuraban a darle, con una superstición que cobraba fuerza cuanto más aumentaba el oficial de peso y volumen.

A todo esto, el fuego de la artillería inglesa emplazada en la costa siciliana y de las ametralladoras de la aviación sobre las vías del interior se intensificaba a diario: las explosiones, que empezaban con el sol, parecían hacer el mismo viaje que el astro y con él declinaban, de suerte que, al caer el día, en el violeta nocturno que se difundía por el cielo, sobre el mar, sobre los montes, se oía como una música dulce de sonidos metálicos, de notas de ametralladora que sonaban como un croar de ranas en el pantano del cielo. La luna alumbraba pálidamente el paisaje nocturno, lleno de sombras profundas que parecían incrustadas en la dura materia brillante de la que estaban hechos el cielo, el mar, el monte; las rocas de la escarpada costa relucían, la arena de la playa centelleaba extrañamente, las viñas retorcidas de las laderas y pendientes parecían, en la quietud lunar, cuerpos muertos disecados al sol, de modo que el paisaje daba una sensación de claridad nítida y fúnebre. Se atisbaba, muy a lo lejos, muy alto, en medio del mar, el cráter del Estrómboli que echaba llamas a intervalos, como si respirara fuego. Y el lamento de algún animal herido vagaba por los campos y daba a la tristeza de la hora y del lugar un sentido de necesidad dolorosa, cruel, y al mismo tiempo dulcísima. Entonces amanecía, y con el sol se hacía oír la voz de la artillería, con el sol ascendía por el cielo y la tierra temblaba.

Cuando volvían de sus correrías y pillajes, los soldados traían noticias de lo que ocurría tierra adentro. Y eran noticias tristes y maravillosas. Grupos de soldados erraban por el campo, de uniforme o paisano, desarmados, hambrientos, sucios, descalzos, andrajosos, viviendo al día en casas de campo o escondidos, para que los carabineros no los detuvieran por desertores, en las casas de los campesinos, donde ejercían ese suave dominio sobre las mujeres

que bastaba para mantenerlos vivos. Los pocos trenes que venían a Calabria llegaban sin viajeros ni mercancías, como si el sur del país fuera un territorio maldito asolado por alguna peste repugnante que era mejor evitar. Pero los trenes que partían para el norte sí iban llenos, llenos de verdaderos enjambres humanos, de habitantes de las ciudades, de mujeres, de soldados sin armas que huían de la invasión inminente. El hedor que despedían aquellos convoyes, aquellos vagones atestados, era insoportable: en las estaciones, grupos de voluntarios bajaban a los muertos, los moribundos, los enfermos, y los depositaban en los andenes, tras lo cual el tren, silbando quejumbrosamente, proseguía su cansada marcha hacia el hambre, la perdición, la muerte. Al final, también los trenes fueron dejando de pasar, hasta que el último desapareció en el horizonte y el eco de su pitido quejumbroso se extinguió poco a poco en los pliegues polvorientos del paisaje.

Aquella gente que huía a la desbandada no tenía la expresión lívida del miedo, la angustia, el dolor, sino una expresión casi de alegría: parecía que la invasión de Sicilia, el vergonzoso descalabro del ejército y la invasión inminente del resto de Italia fueran, con el pretexto de que aceleraban el fin de la guerra, circunstancias felices; que aquella gente que huía no dejara tras de sí tierras devastadas, pueblos destruidos, ciudades en ruinas, sino que fueran heraldos de un feliz acontecimiento, portadores de una buena nueva. Quizá por la costumbre típicamente italiana de separar las desgracias propias de las de la nación, no por odio a Italia sino a todo lo que es el Estado, policía, jueces, carabineros, ministros, altos funcionarios, a todo lo que es Italia para los pobres desgraciados, prisiones, tribunales, hospitales, y por la vieja y nunca olvidada tradición de injusticia, miseria, desgobierno, los italianos ven una especie de venganza alegre de sus seculares miserias en las desgracias de la nación.

Entre aquellas gentes que huían a la vez asustadas y alegres, había sujetos torvos que procuraban excitar aún más la alegría cantando, blasfemando, insultando o manteniendo diálogos chuscos que parecían sacados de una comedia plautesca, de una farsa alegre y siniestra, cuyos personajes, interpretados por aquellos histriones con un talento terrible y vergonzoso, eran el rey y la reina, Mussolini y su esposa, Humberto, representados todos con imágenes

horribles y grotescas. Pero muchos, aunque participaban en aquellas escenas repugnantes o las contemplaban con deleite, parecían también sentir vergüenza, y no pocos soldados empezaban a arrepentirse, y a mirar con desprecio a los oficiales y a la muchedumbre que huían, y en las estaciones y las plazas de los pueblos se quedaban parados como dudando si seguir el viaje al norte o volver atrás y ocupar el puesto que habían abandonado en un momento de rabia y confusión.

Los refugiados acampaban en medio del campo, a lo largo de las vías del tren y junto a la gran carretera borbónica de Calabria, unos medio desnudos, otros vestidos de soldado o de paisano. Se paraban allí menos por cansancio que por desesperación, por miedo, por no querer abandonar los sacos, los fardos, las cajas, las maletas llenas del botín de la batalla. Todos tenían aspecto de ladrones, de vagabundos, de salteadores, y las más siniestras, las más crueles, las más temibles eran las mujeres, que merodeaban por aquellos campamentos desgreñadas, con la ropa rasgada y sucias de barro y polvo, la cara quemada por el sol, y aunque algunas se ocupaban de los enfermos y heridos, la mayoría se dedicaba a robar y acechaba el botín, las miserables riquezas de los compañeros de infortunio, con ojos ávidos y feroces. Al caer la noche, aquellas bandadas de andrajosos se ponían en camino con la esperanza de eludir los bombardeos y ametrallamientos de la aviación, que durante el día se sucedían ininterrumpidamente a lo largo de los caminos, en los pueblos, en los caseríos y hasta contra personas que huían en solitario. Las columnas de refugiados iban dejando un rastro de muertos, heridos y enfermos abandonados en las cunetas. Por entre aquellas columnas pasaban los convoyes militares alemanes, ordenados y amenazantes, y los refugiados los insultaban, reían, entonaban canciones provocadoras, a las que los alemanes respondían con miradas frías.

Cuando caía la tarde, se paseaban por entre aquellas gentes unos extraños personajes que repartían folletos propagandísticos de este o aquel partido político clandestino, en que se exhortaba a los soldados, en nombre de la salvación de Italia y la paz, a deponer las armas ante los libertadores ingleses y americanos, a no seguir combatiendo en aquella guerra necia, criminal e injusta. Los ánimos estaban, más que abatidos, tan trastornados, que incluso los

carabineros que se mezclaban con aquellas turbas tomaban esos manifiestos y los leían en voz alta, y así la poca autoridad y el prestigio que le quedaba al uniforme que vestían contribuía a la eficacia de las exhortaciones enemigas. A aquellas lecturas respondía la muchedumbre con risotadas de burla, con insultos, con muestras de satisfacción por el fin de la guerra execrada. Y a la confusión reinante se sumaba el cansancio y el calor del verano, árido, inexorable, crudelísimo, que se ensañaba con la pobre gente que huía.

Hacia mediados de agosto apenas se veían refugiados y los caminos quedaron desiertos, como los pueblos, los campos, los pastos. La gente se había refugiado en el monte o el bosque, con sus bienes y su ganado, después de esconder legumbres y cereales y cántaros de vino y de aceite. Los animales vagaban por los barrancos, gimiendo. Infames especuladores con pinta de tratantes en animales se apostaban a lo largo de los caminos, a la salida de los pueblos, y ofrecían a los soldados que huían prendas viejas y harapientas, y por una chaqueta de civil, o por unos pantalones descosidos, despojaban a los soldados de sus bienes y hasta de las armas que algunos, por un resto de pudor o prudencia, llevaban consigo, y por camisas, camisetas, incluso zapatos: tan grande era el deseo de los soldados de abandonar el uniforme y vestir ropa civil. También había mujeres que ofrecían sus favores a cambio de dinero, de ropa o de comida, y algunas arboledas, puentes, rincones junto a los caminos se habían convertido en toscos burdeles, a los que los soldados acudían con expresión humillada y brutal. Y ya empezaban a aparecer aquí y allá, en los márgenes de la gran carretera borbónica de Calabria y Basilicata, pandas de esos niños abandonados que más tarde habían de llenar las crónicas de sucesos de oscuros y atroces delitos, y de toda clase de depravaciones.

Pero tampoco faltaban, en medio de aquel caos, entre aquellos rostros brutales, alegres, colorados por el sol y el vino, las caras demacradas y dolientes de hombres y mujeres a quienes el gran descalabro de la nación llenaba de dolor, de pena, de vergüenza. La sonrisa cruel, la mirada fría de los soldados alemanes daba ahora idea de lo grande e irreparable que era la ruina.

A mediados de agosto, los soldados destacados en la costa de Calabria empezaron también a inquietarse. Nadie sabía dónde

estaban los mandos supremos. Faltaban víveres, municiones, armas. Los oficiales de aquellos destacamentos abandonados a sí mismos, separados unos de otros y sin contacto entre sí, obligados a vivir de la rapiña a costa de la mísera población civil, empezaron a desesperar. Las deserciones eran cada vez más frecuentes: eran episodios miserables, sin actos de rebelión, y el ejército iba deshaciéndose en silencio, con nocturnidad y, casi diríamos, con perfecta disciplina. Soldados que hasta hacía un momento se habían mostrado obedientes, voluntariosos, disciplinados, conscientes del peligro y deseosos de plantar cara, se escabullían en silencio, desaparecían. Era el colmo de la cobardía. Éstas eran las noticias que nuestros soldados traían de sus correrías tierra adentro. Pero, cosa curiosa, que el oficial habría podido advertir de no haber tenido los sentidos ya embotados por la grasa y la somnolencia, ninguno de ellos parecía afectado por aquel caos y el mal ejemplo de aquellos desertores. Era como si se hubieran olvidado de la guerra y de los motivos que los tenían atados a aquel lugar, a aquella misión, y no se preocuparan más que de saciar el hambre de su oficial con obsequios siempre renovados. Las vituallas, sin embargo, no tardaron en agotarse. Los soldados rastreaban las casas de campo y alrededores y no encontraban nada. Volvían cansados y frustrados al campamento, y no se atrevían a presentarse ante el oficial, que desde el baldaquino los llamaba con una voz cargada de sueño y les hacía débiles señas con la mano. Por la noche, lo oían quejarse, suspirar, revolverse en la cama de paja, pero las raciones se habían reducido a nada, y por mucho que los soldados se quitaran la comida de la boca, por decirlo así, para satisfacer aquel insaciable apetito, el oficial seguía quejándose y lamentándose, con suspiros tan hondos que movían a los soldados a la más sincera e inútil piedad.

Bajo el baldaquino, en un nicho excavado en la roca en que se apoyaba un extremo de la tienda, el oficial había instalado un altarcito que parecía un puesto de vendedor de ostras napolitano. Había colocado conchas de colores en torno a unas postales del golfo de Nápoles, donde se veía un Vesubio humeante que se diría asomado al mar desde su alta repisa, un Vesubio rojo, bajo un cielo azul claro que se teñía de verde, en medio del cual, dentro de una nube blanca y rosa, se leía en caracteres modernistas verdes:

«Recuerdo de Nápoles». También tenía, enmarcados en conchas marinas, retratos de hombres y mujeres, de su madre y su padre, de sus hermanas y hermanos, y de parientes, primos, tíos, hasta el de una mujer en un lecho de muerte con un recién nacido muerto en brazos, un cuerpecito pálido, de cera, casi blanco, que parecía recortado en la blancura cadavérica de las sábanas. Tenía asimismo una carta, con su marco de conchas, escrita con letra menuda y frágil, con una tinta pálida, desleída, y prendido con un clavo en medio de la carta un medallón en cuyo interior se veía un mechón de cabello claro. Y sobre aquella especie de panoplia sentimental y fúnebre, colgaban un crucifijo, un rosario, imágenes de vírgenes y santos, como la virgen de Pompeya, san Jenaro, la virgen que se venera en Sorrento, llamada «de los pescadores», que lleva en un brazo al Niño y con la mano derecha empuña un garrote nudoso y amenazante. Cuando soplaba el viento del mar, el siroco o el lebeche, y por la tarde el maestral, que mecía las aguas, el rosario oscilaba tintineando. Aquél era el altar familiar del oficial, una especie de altar de los penates. Pues no cabía duda de que el hombre tenía familia. ¿Qué napolitano no la tiene, por solo y abandonado que esté? Para un napolitano, todo es familia: la ciudad, la calle, la casa, el barrio, los parientes próximos y lejanos, hasta los vecinos de bloque y de calle, los conocidos, el médico, los policías, los mendigos, las prostitutas del barrio, los comerciantes. Pero la familia del oficial, según comentaban entre sí unos soldados del sur, era una familia importante, por lo que les había contado un soldado de Nápoles que, destinado al destacamento unos días, había marchado al fin con la misión de entregar una carta del oficial a su madre y ya no había vuelto. Según lo que decía este soldado, que vivía en el mismo barrio que el oficial, en Piazza Olivella, la familia del oficial era una de las más importantes de Nápoles. Tenía el oficial un apellido más bien vulgar, uno de esos que gustan a los napolitanos, porque pregonan una nobleza antigua y al mismo tiempo popular, como Esposito, Cacace, Piscione, Scognamiglio, Mammalella y otros por el estilo. Pero pese a la antigua y noble vulgaridad del apellido, no parecía que el oficial tuviera, en la vida civil, un oficio o una profesión a la altura del vulgar apellido. Debía de tratarse de un oficio oscuro, modesto escribano en el gabinete de algún abogado, o empleado de poca categoría de alguna de esas

«casas de empeño» privadas que abundan en Nápoles, donde la usura y el empeño son los dos pilares de la economía del pueblo. No se sabía si su familia era rica o pobre, aunque eso era lo de menos, pues, en Nápoles, el criterio para juzgar a las familias no es la riqueza o la pobreza, sino lo que allí llaman la «importancia». Por lo que el soldado contaba, parecía que el padre del oficial era «un hombre importante», *nu*
signo'
, y eso bastaba, sin que a nadie le preocupara saber en qué o por qué era importante, si se trataba de un famoso abogado o de un sirviente, o de qué. De doña Immacolata, el soldado decía maravillas: la pintaba no sólo como una santa, cosa obligada en Nápoles cuando se habla de una dama destacada, sino como una gran señora, émula y rival de las mujeres de condición que podían competir con ella en belleza, fasto, abolengo, como la princesa de M., la princesa de G., la princesa de S., que eran las poderosas reinas del Monte di Dio o, mejor dicho, de todo el Monte Echia, que domina con su mole a la plebe de los tugurios del Pallonetto como una gran señora a las mujeres del vulgo. En boca de aquel soldado, doña Immacolata parecía la protectora de los pobres, la auxiliadora de los abandonados, la abogada de los desgraciados y perseguidos. ¡Y qué casa! ¡Un palacio! Con sirvientes de librea, carruajes, banquetes, bailes, desfiles de coches a la puerta, pasillos de gente aplaudiendo al cardenal Ascalesi, arzobispo de Nápoles, cuando iba a visitar a doña Immacolata en su coche de gala, sacando la mano blanca y ensortijada para que se la besaran los pobres de Monte di Dio.

Estas y otras noticias habían creado en torno a la frente triste y pálida del oficial una aureola de prestigio que su aire ausente, sus gestos serenos y solemnes, su reserva, aquella actitud a la vez distraída y severa, y sobre todo aquellas carnes, aquella barriga llena, aumentaban cada día, rodeándolo casi de un respeto religioso. De la poca atención que el oficial prestaba a sus hombres, del poco y fugaz interés que se tomaba por ellos, ¿quién lo culparía? ¿Qué reproche sería el de no cuidar de los hombres encomendados a su mando, cuando todo el mundo se daba cuenta fácilmente de que ésa era la ley y la costumbre del ejército en aquellos tiempos, y sabía que de nada servirían los cuidados más

escrupulosos y que el mismo oficial no sólo carecía de todo, sino que, de no ser por la atención de sus soldados, se moriría de hambre?

Decir que eran pobres era decir poco: eran miserables. «*Vaca madona!*
d'una
», exclamaban los soldados del norte, y con eso estaba todo dicho. «*Si lu sape lu re*», exclamaban los del sur, los del antiguo reino, y con esas pocas palabras, con ese antiguo dicho, decían mucho más que los del norte con su blasfemia. Expresaban no sólo la antigua y desesperada miseria de las Dos Sicilias, sino la antigua y desesperada miseria de toda Italia, los males incurables, la incapacidad para ponerles remedio, la corrupción, la esclavitud, la muerte. Los soldados iban medio desnudos; cuando no llevaban armas, parecían harapientos, y cuando las llevaban, bandidos. Sin afeitar, con el pelo largo y desgreñado, quemados por el sol, con los sarmentosos dedos de los pies asomando por las botas rotas, se pasaban la mayor parte del día tendidos al sol como lagartos, en una ociosidad triste e inmunda, y sólo recobraban cierta apariencia humana cuando se bañaban en la playa, contraviniendo las órdenes del alto mando, que les tenía prohibido incluso acercarse a la playa. Tumbados al sol en la arena brillante de la orilla, cuajada de lascas de obsidiana, o jugando a perseguirse entre las olas, sus cuerpos, sus vientres, sus cuellos relucían como si fueran de metal antiguo, igual que estatuas de bronce que el mar hubiera desenterrado. Por la noche, acostados en sus yacijas de hojarasca, parecían cadáveres durmientes. Y cuando despertaban, en medio del vasto y delicado silencio del alba, se incorporaban apoyándose en los codos con la pereza lenta y dolorosa de unos muertos a los que una voz misteriosa hubiera despertado del fúnebre sueño.

A mediados de agosto los campesinos de los alrededores huyeron al monte. El desembarco inglés parecía inminente y los habitantes de la costa, asustados por los bombardeos y por la inminencia del desembarco, abandonaban las casas y las tierras de labor y se refugiaban en las estribaciones del Aspromonte. Los soldados se quedaron así sin la poca comida que hasta ese día habían obtenido de los campesinos, comerciando con ellos o robándoles. Salieron entonces a cazar las ovejas que, en la ciega furia del éxodo, se

habían extraviado por los bosques, y en pocos días el destacamento de Escila logró reunir un pequeño rebaño de tres ovejas y una cabra, de cuya carne y leche vivieron un tiempo los soldados y el oficial. Pero cuando sólo quedó viva la cabra, de la que el oficial se había apropiado y tenía atada a un palo junto a su cama, los soldados se presentaron una mañana y le dijeron que tenían hambre; y también que necesitaban tabaco, calzado, ropa. Dijeron que querían irse a casa. Que no soportaban más aquel abandono, aquella miseria, aquellas privaciones, aquella continua amenaza de muerte que pendía sobre sus cabezas. Dijeron muchas otras cosas, mientras el oficial los miraba en silencio.

—Queda la cabra —dijo el sargento.

—¿La cabra? —dijo el oficial.

—Sí, la cabra —repuso el sargento.

—La cabra es mía —dijo el oficial.

—La cabra es nuestra, es de todos —terció un soldado.

—Podemos venderla al alto mando a cambio de calzado y ropa —propuso el sargento.

—Ropa de civil —dijo el soldado.

—¿Ropa de civil? —preguntó el oficial.

—Sí, ropa de civil para volver a casa —dijeron los soldados—, no podemos volver así, con estos harapos.

—¿A casa? —preguntó el oficial.

—Sí, a nuestra casa —contestaron los soldados.

—Tenemos órdenes de permanecer aquí —dijo el oficial pasándose la mano por la cara rellena y sudada.

—Sí —repusieron los soldados riendo—, órdenes de morir aquí. Pero nosotros queremos regresar a casa, vivos o muertos. —Y reían, mirando al oficial con expresión insolente.

—¡Silencio! —exclamó el sargento, y los soldados enmudecieron.

—Vivos o muertos —repitió el oficial con voz triste, pasándose la mano por la cara—. Bien. Mañana por la mañana iré a hablar con el alto mando.

El alto mando estaba en una villa a las afueras de Reggio Calabria. A la mañana siguiente, el oficial se levantó a duras penas de su lecho, ayudado por el sargento y por Bortolo, se abrochó el cinturón, se aseguró de que la pistola estuviera en su funda, hizo

una caricia a la cabra, diciéndole al sargento: «Usted responde de ella», y se puso en marcha seguido por Bortolo.

Los soldados los vieron alejarse por los campos desiertos y los olivares, y cuando traspusieron la colina, volvieron a tumbarse en sus lechos. El sargento se sentó en la cama del oficial junto a la cabra, con el fusil entre las rodillas. Los soldados tenían hambre y el sol calentaba. Serían las siete de la mañana. A mediodía, el oficial y Bortolo llegaron al cuartel general.

El coronel no estaba, tampoco el mayor. Un capitán le dijo al teniente que esperase.

—No puedo —dijo el oficial.

—¿Que no puedes? —dijo el capitán—. Aquí esperamos todos.

—Quiero hablar con el general —dijo el oficial.

—No está —dijo el capitán.

—Sé que está —replicó el oficial.

—Si está —dijo el capitán—, intenta molestarlo. Inténtalo. No te lo aconsejo.

El oficial entró en la estancia del coronel, la cruzó, llamó a la puerta del general.

—¡Adelante! ¡Adelante, por Dios! —exclamó una voz impaciente.

El oficial entró y vio al general.

Era un hombre de unos sesenta años, bajo, calvo, gordo, de cara amarillenta, fofa y lampiña. Tenía los ojos saltones, blancos, como de borrego. De cuando en cuando parpadeaba, aunque con esfuerzo, como si luchara contra el sueño o quisiera evitar que los ojos se le salieran de las órbitas. Hacía calor y sudaba. Chorros de sudor le resbalaban por la frente y las mejillas, que él se enjugaba con un pañuelo sucio y empapado, se secaba la garganta, el cuello, la nuca, y las gruesas mamas peludas metiendo la mano por debajo del chaleco y la camisa desabotonadas.

—¿Qué quiere?

—Soy el teniente del comando ciento veintidós de Escila.

—¿Y qué quiere?

—Necesitamos calzado, treinta y dos pares de zapatos y otros tantos pantalones, chalecos, camisas. Mis hombres parecen unos pordioseros.

—Ya. ¿Y qué más?

—¿Qué más? Nada.

—Creí que iba usted a decirme que tienen hambre.

—Sí, tenemos hambre.

—¿Con esa cara?

—Sí, con esta cara.

—Ya. ¿Y qué más? ¿Por qué me lo dice a mí? —preguntó el general en voz baja, sonriendo.

—Usted es el general, yo soy un teniente.

—¿Ah, sí? Si es usted teniente, vaya a requisar víveres a los campesinos.

—Ya lo hemos robado todo.

—Me lo esperaba —dijo el general, y añadió, enjugándose la frente—: ¡Menudo ejército!

—Deme la ropa y el calzado y doscientos paquetes de cigarrillos y le doy la cabra.

—¿Qué cabra?

—Una cabra.

El general retiró la butaca, se pegó un manotazo en el cuello como si hubiera aplastado una mosca y se quedó mirando al teniente:

—¿Una cabra?

—Sí, una cabra para…

—¿Para qué?

—Para nada.

—Ah, lo suponía.

—Hace tres meses que los soldados no ven un céntimo ni un cigarrillo. Yo llevo sin cobrar tres meses también.

—Ya. ¿Y qué más? ¿Quiere que les pague de mi bolsillo? Escríbanle a Badoglio.

—¿A Badoglio?

—Sí, a Badoglio.

—Olvide a Badoglio. Mi general es usted.

—Sí, lo sé. Soy un general y usted es un teniente. ¿Cuántas cabras tienen?

—Una.

—¿Sólo una?

—Teníamos tres ovejas…

—¡Ah, también ovejas!

—Y nos las hemos comido.

—Y la cabra quieren vendérmela.

—Sí, señor general.

—A mí.

—Sí, a usted.

—¿Y da leche?

—Sí, da leche; poca, pero da.

—Mañana por la mañana me mandará usted a dos hombres con la cabra.

—¿Para qué?

—Para comérnosla. Si no da leche, nos la comeremos, nosotros también tenemos hambre.

—Se la comerán. ¿Y a los dos hombres también? Los soldados no se comen.

—¿Qué está usted diciendo?

—Si se comieran, ya me los habría comido yo.

—Me comeré la cabra —dijo el general.

—La cabra es nuestra —replicó el teniente.

—La robaron.

—La robamos y ahora es nuestra.

—La robaron y yo se la quito.

—No, señor; la cabra es nuestra.

—Eso lo veremos. Mañana por la mañana se la entregarán a este comando. ¡Petrignani! —exclamó el general.

—A sus órdenes —dijo el capitán Petrignani asomándose a la puerta.

—Mañana enviará usted a dos carabineros a requisar la cabra del ciento veintidós de Escila.

—¿A requisar qué?

—Nuestra cabra —dijo el teniente.

—¿Qué cabra? —preguntó Petrignani.

—La cabra que estos señores del ciento veintidós robaron a los campesinos. Luego redactará usted un informe sobre lo ocurrido. ¿Estamos?

—Yo no sé nada.

—No importa. Lo sabrá luego. ¿Entendido? Y ahora váyase —ordenó el general al teniente.

—No, señor; la cabra es nuestra. Tenemos hambre. Vamos

descalzos. Medio desnudos. Vestimos con harapos, como bandidos. Mándenos ropa y víveres y le daremos la cabra.

—Ya. ¿Y qué más? Le formaré un consejo de guerra. ¿Cómo se llama? —dijo el general mirando al teniente.

—Al consejo de guerra irá usted, y pronto, mi general. Cuando los ingleses desembarquen, usted escapará. Lleva meses esperando la ocasión de largarse. E irá usted a un consejo de guerra.

—Los ingleses no desembarcarán, ya se lo impediremos. Pero usted mañana se presentará al comando en uniforme de combate y pasará el mando del ciento veintidós al sargento. ¿Sabe usted lo que es un tribunal militar?

—*'N culo a mammata* —dijo el oficial pausadamente, en voz baja, inclinando un poco la cara rellena, pálida y triste.

—¿Cómo ha dicho? —inquirió el general apoyándose en la mesa con las dos manos y levantándose con trabajo. El sudor le caía por la frente. Un estupor extraordinario se pintaba en su cara rellena y lampiña.

—*'N culo a mammata* —repitió el oficial sonriendo e inclinándose. También a él le caía el sudor por la frente. La cara redonda, fofa, que parecía una bola de manteca, estaba bañada en sudor.

—¡Petrignani! —exclamó el general—. ¿Ha oído?

—Sí, señor —dijo el capitán Petrignani dando un taconazo.

—Entregue enseguida a este oficial al teniente de carabineros. ¡Queda arrestado! ¡Tribunal militar! Y usted, repita lo que ha dicho.

—*'N culo a mammata* —dijo el oficial, inclinándose levemente y sonriendo.

—¿Ha oído, Petrignani? —dijo el general, resoplando.

—Sí, señor. Ha dicho…

—Bien. Usted será testigo. Y ahora lléveselo y avise al teniente de carabineros.

—No está. Ha ido a Catanzaro —dijo Petrignani.

—Bien. Se lo entregará cuando vuelva. ¡Y ahora largo! —ordenó el general, lívido, dejándose caer en la butaca.

—*'N culo a mammata,* mi general —dijo el teniente, inclinándose y dando un taconazo.

—¡Queda arrestado! —exclamó el general.

El capitán Petrignani y el teniente salieron. El capitán se sentó a

su mesa y se quedó mirando al oficial.

—¿Y ahora? —dijo Petrignani—. ¡Buena la has liado! Pero te envidio. Por lo menos te has dado el gustazo de decirle «*'N culo a mammata!*». He entendido perfectamente, «*'N culo a mammata*».

—No quería decirle nada malo —aseguró el teniente.

—¡Ah, claro! —exclamó Petrignani—. Un cumplido. «*'N culo a mammata!*». ¡Ja, ja, ja! ¡Qué cara ha puesto! «*'N culo a mammata!*».

—Quiere quitarme la cabra —dijo el oficial—, pero se equivoca. Si lo intenta, le agujereo la tripa, a él y a sus dos carabineros. Mis hombres no dudarán en disparar.

—¡Diablos! —dijo el capitán Petrignani—. Me parece que vas muy deprisa. ¿Serías capaz de matar a dos italianos por una cabra?

—También la cabra es italiana.

—Olvídate de la cabra —dijo Petrignani—. ¿No eres italiano tú también?

—Sí, claro, ¿y qué? Pues que venga él en vez de los carabineros, y verás si no me cargo también al general. Le ahorro la molestia de escapar. Verás cuando desembarquen los ingleses, si no huyen todos, y el general el primero.

—Conseguirás que te fusilen —dijo Petrignani, mirando a ambos lados.

—¡Qué va! No tienen ni valor para fusilar a la gente. ¿Y sabes por qué? Porque tendrían que empezar fusilándose ellos. Mussolini, Badoglio, el rey…

—Como no te calles te encierro bajo llave. ¿Quieres buscarte la ruina?

—Bueno, me voy —dijo el oficial.

—¿Te vas?

—¿Qué hago aquí? Dile al teniente de carabineros que si me quiere, que venga a buscarme.

—Menos broma —dijo Petrignani—. Tú te quedas aquí.

—Intenta impedir que me vaya —dijo el oficial encaminándose a la puerta.

—¿Estás loco? —exclamó Petrignani.

—*'N culo a mammata*.

—¿Sabes lo que te digo? ¡Que te vayas al diablo! —gritó Petrignani.

—Ni soñarlo —repuso el oficial volviéndose en la puerta—. Al diablo iréis todos vosotros. ¿Sabes lo que haréis cuando desembarquen los ingleses?

Y se reía, apoyado en el dintel. De pronto se tambaleó y cayó de rodillas, pero enseguida intentó levantarse, con gran esfuerzo, agarrándose al pomo. Estaba pálido, con la cara perlada de gruesas gotas de sudor.

—Demonios, ¿te sientes mal? —preguntó Petrignani, yendo a ayudarle.

—No me toques —murmuró el oficial y, poniéndose fatigosamente en pie, salió, seguido por Bortolo.

Todos los días, al caer la tarde, bajaban del monte las mujeres que comerciaban con los soldados. Traían fruta, queso de leche de oveja, panes, y se sentaban delante de los lechos de los soldados, sucias y sudadas. Olían a establo y carne pasada. Eran mujeres de baja estatura, macizas, de caderas anchas, cabeza grande y despeinada, tez oscura, ojos fijos, mansos como los de las bestias. Hacían su comercio con los soldados trocando fruta, queso y pan por dinero, o por pequeños objetos, medias, viejo calzado militar, peines, pañuelos, tabaco. Aunque detrás del puesto militar se extendía una amplia franja de tierra, con olivares, viñedos, vallecillos umbrosos poblados de matas de lentisco, romero, arándano y chumberas, y aunque había muchos sitios donde poder ocultar a los ojos de los compañeros y del oficial aquellos abrazos robados, los soldados habían elegido una especie de cueva que se abría en la roca, visible a ellos y al oficial, como seguro refugio para sus copulaciones con aquellas extrañas venus salvajes de aspecto feroz. Era aquella cueva un hueco poco profundo en la peña, cuya boca miraba hacia el gitanesco campamento, de manera que las parejas que iban, a veces tres o cuatro al mismo tiempo, quedaban al alcance de la vista y el oído de todos. Magnífico ejemplo de la natural impudicia, no de aquellos soldados solamente, sino de una gran parte del pueblo italiano, que no explica la vida salvaje que los soldados llevaban desde hacía meses, ni la inminencia del grave peligro de muerte, que normalmente aviva el instinto amoroso y vence el pudor, sino el gusto italiano por la promiscuidad sexual, por la vida gregaria, en que el sexo es cosa pública y puede practicarse en común y sin vergüenza. Los soldados no hacían caso

de los compañeros que fornicaban y se sentaban como si tal cosa en sus lechos, o atendían los fuegos y el guiso del mísero rancho, o se dedicaban a humildes labores del campo, cortar leña, ir por agua al pozo de un caserío vecino abandonado y saqueado, y cuando volvían los ojos a la cueva de Venus, no se ofendían por el espectáculo de aquella fornicación, sino que se lo tomaban a chanza y daban voces y ánimos. Y el vasto escenario del mar, los olivares, los viñedos, la naturaleza restaba cualquier sentido obsceno y vulgar a todo aquello, y le daba un valor ritual, de cosa obvia, amistosa y familiar.

Tampoco el oficial parecía fijarse en lo que ocurría en la cueva. Seguía tendido en su lecho bajo el centelleo de las conchas de su rústico altar, contemplando el mar, acariciando el largo pelaje de la cabra, que tenía atada a un palo junto a la cama. Parecía ya acostumbrado a aquellas escenas, a las que sin duda había asistido en las calles de Nápoles, en cuyos bajos la gente duerme apretujada en las camas en pública promiscuidad. De vez en cuando miraba distraído a las parejas que copulaban, pero parecía que no las viera, ni oyera sus voces, suspiros, gemidos, ni oliera el olor acre a sudor de mujer caliente que el viento portaba.

Algunas tardes, cuando bajaba del monte la más salvaje de las salvajes venus, a la que los soldados llamaban, no sin burla de su oficial, la Cabra (era baja, recia, de pechos grandes y duros, de caderas fuertes, de vientre prominente, de cara velluda, de cabello moreno y erizado como espinas, de frente estrecha y baja, de ojos negros, brillantes y feroces), los soldados hacían cola ante la cueva en espera de su turno. Aguardaban acuclillados en el suelo, en silencio, con los ojos fijos en aquellos bultos que se movían en la penumbra, vagos e inciertos, en aquellas desnudeces negras y sucias, y nadie hablaba, sólo algunos fumaban un pitillo de pámpanos escupiendo rabiosamente al suelo.

La Cabra no mostraba predilección por nadie, parecía gustar de todos, no se entregaba por comercio, y esa falta de sentimientos y pensamientos, ese deseo indiscriminado, eran tan profundos, antiguos, brutales; su sensualidad era tan fuerte, instintiva, taciturna, feroz, tan bestialmente estúpida, que los soldados le profesaban un respeto casi temeroso. Delante de sus desnudeces, callaban: se quedaban mirando sus muslos gruesos y firmes, su

pubis negro y profundo, el sonrosado castillo de sus mamas duras y opulentas, que dominaba el vientre hinchado y redondo, y callaban. Tendida en un lecho de hojas y ramas de olivo y retama, con las faldas levantadas sobre el vientre, los senos grandes y rosados asomando por encima del corpiño bordado como un casacón, la mujer descansaba alternativamente sobre una u otra cadera, y abría y cerraba las piernas como hace el cangrejo en celo con las pinzas, en espera de que el soldado que tenía acuclillado delante se decidiera y se arrojara sobre ella, y empezara a jadear y babear sobre su vientre abierto y caliente.

El oficial no hacía caso de aquel obsceno comercio, ni siquiera cuando estallaba alguna trifulca entre los soldados y las mujeres, algo cada vez más frecuente ahora que a los soldados empezaba a acabárseles el dinero.

Una tras otra, las mujeres dejaron de acudir al campamento. En vano escrutaban los soldados, acurrucados en sus lechos, al atardecer, el monte, los senderos que descendían al mar entre olivares antiguos. Contaban el poco dinero que les quedaba de la mísera paga, que algunos llevaban sin percibir varios meses, debido al gran desorden que reinaba en el ejército. Más que un desorden del ordenamiento, del servicio, era una rebelión abierta, aunque cobarde y pasiva, que había nacido poco a poco del oscuro sentido de aquella estúpida guerra, no sólo inútil e injusta, sino equivocada, y que había de originar grandes miserias y dolores desesperados. Nada llegaba ya a los destacamentos del frente, ni armas, ni víveres, ni ropa, ni dinero, ni órdenes. Y no sólo porque ya nada funcionaba, hecha pedazos como estaba la pesada, anticuada y herrumbrosa máquina de aquel pobre ejército (y lo estaba mucho antes de entrar en guerra), sino porque lo poco que se mandaba iba quedándose por el camino, botín de cien, de mil manos. Manos que eran tanto de soldados como de oficiales, pues todos robaban a todos, el superior al inferior, el compañero al compañero, el inferior al superior. Siempre que el pueblo italiano se harta de la esclavitud, de los abusos, de las injusticias de las que es víctima, y tiene ocasión de rebelarse, su primer instinto no es la sublevación abierta, sino el robo al amparo del caos general. Tampoco aquellos soldados iban en contra de esta tradición, antiquísima en Italia, y poco a poco nacía en ellos un espíritu de revuelta que, como ya no podían

desahogarse robando, saqueando ni maltratando a los pobres y asustados campesinos, se decantaba por la deserción, la manera más fácil y cobarde de rebelarse, tan fácil y cobarde como los robos y maltratos de los que, a su vez, eran víctimas. Lo único que disuadía de desertar a la mayoría era una especie de temor supersticioso que los ataba al oficial. Era volver los ojos a la mole gruesa y fláccida de aquella especie de ídolo que yacía en su nicho sagrado, lleno de rosarios, de conchas, y que, con su mirar humilde y ávido, parecía implorar un alimento del que nunca se saciaba, y desaparecía del ánimo de los soldados todo espíritu rebelde, y nacía una piedad extraña, una sumisión, casi un temor religioso, que los atraía hacia el teniente como la madre gorriona se siente atraída hacia el gorrioncillo hambriento en el nido.

Tras varios días sin aparecer, la Cabra volvió, sola, por el sendero que bajaba al campamento. Y siguió acudiendo todas las tardes, movida por su insaciable furor amoroso, o quizá, como alguno de los soldados sospechaba, por un odio secreto, por algo que ellos no acababan de comprender. Bajaba sucia y hecha una furia, pues en los últimos días, aquella mujer, siempre muda y cerrada, había eclosionado de pronto con gritos de amenaza, con feas blasfemias, con quejas y lamentos extraños, con voces coléricas, como un fruto maduro que revienta y suelta obscenamente su carne y su jugo. Bajaba del monte por el antiguo olivar, gritando, y su voz, ya desde lejos, sacaba a los soldados de su pesado sopor. La Cabra caminaba a zancadas, dando voces, profiriendo insultos, como un animal herido que, movido por esa sed de sangre y matanza que siempre lleva aparejada la proximidad de la muerte, saliera de su guarida dispuesto a enfrentarse a una jauría atónita y asustada. Cuando llegaba a la cueva prorrumpía en denuestos, llamando a los soldados ladrones y cobardes:

—¡Sinvergüenzas! —exclamaba—. ¡Con las mujeres sois muy valientes, pero venid aquí si os atrevéis, que os muerdo en el cuello, que os araño la cara, malditos cobardes, que sólo sabéis robar y huir, venid acá, sinvergüenzas, cobardes!

Estos y otros insultos profería en su dialecto calabrés duro y nasal, que dotaba a las palabras de un eco de oscura amenaza, más fuerte y más duro que su mismo significado. Y los soldados, cuando oían su voz a lo lejos, se estremecían y, juntándose asustados, se

acercaban instintivamente a su oficial, que, vuelto hacia el mar, con la mano perdida en el largo pelaje de la cabra, dormitaba y sudaba.

Una tarde, los soldados la vieron aparecer en lo alto de la colina, acuclillarse sobre la hierba, que el calor estival había agostado, y apoyar la espalda en el tronco de un olivo. Allí se quedó en silencio, mientras la luna asomaba por detrás del Aspromonte, lenta, húmeda, casi líquida. El viento procedente del mar agitaba su falda roja. Los soldados se quedaron mirando aquel resplandor de llama oscura que aureolaba las rodillas de la mujer inmóvil, empapada en luna. De pronto ella se levantó, bajó en silencio por el sendero del olivar, cruzó el campamento y fue a acurrucarse junto al lecho del oficial. Y allí se quedó, hasta que la luna estuvo en el cenit del cielo, justo encima de su cabeza. El oficial, sumido en su habitual contemplación soñolienta del mar, un mar duro que brillaba bajo la luna, no parecía darse cuenta de la respiración ronca y sofocada de la mujer, ni se movió cuando ella se acercó a su lecho, ni se volvió cuando, sentándose en el suelo con las rodillas contra el camastro, empezó a insultarlo en voz baja, en estos términos:

—Ladrón, cobarde, asesino.

El oficial, tendido en su lecho, le daba la espalda y miraba un mar que cada vez brillaba más, del color del acero, y donde un cielo rosado moría, mordido, en el punto en que tocaba el mar, por un horizonte negro que parecía la mandíbula de un peno. Y ya se encendía, alta en el cielo, la roja boca del Estrómboli, las blancas faldas del Etna. Una brisa fresca hacía tintinear el rosario que colgaba de un pico de la roca. En el rústico altar relucían, a la luz de la luna, las conchas, las postales platinadas, las medallitas sagradas, el crucifijo de plata. La cabra, atada al palo, balaba con voz ronca, con un lamento tímido y asustado.

Poco a poco, la mujer extendió las manos y empezó a acariciar a la cabra: le tentaba la garganta con sus dedos rollizos y sucios, sin dejar de insultar al oficial:

—¡Cobarde, ladrón! —le decía—. ¡Sinvergüenza, desgraciado, antes que acostarme contigo me dejaría matar, maldito ladrón asesino, que me degollaran, maldito cerdo asesino! ¡Si yo fuera soldado te pegaría un tiro, dale gracias a Dios de que tus soldados no te hayan matado aún, hijo de mala madre! —Y sacando un cuchillo del seno, lo acercó a la garganta de la cabra y hurgó con

ambas manos en la tibia lana del cuello—. ¡Antes me dejaría matar!

La cabra, con un suspiro ronco y prolongado, se arrodilló temblando ante la mujer, le puso el hocico en las rodillas y suavemente se dejó caer de costado. Aplacada por la sangre que le bañaba las manos, la mujer callaba, respirando en silencio. Los soldados habían observado todos los gestos de la mujer, oído todas sus palabras: estaban sentados entre los olivos, esperando. De pronto el oficial se volvió de costado, se incorporó despacio apoyándose en los codos. Los soldados vieron que abría los labios, que hablaba, pero no oyeron lo que le decía. Veían sus ojos relucir a la incierta claridad de la luna, vieron que se agachaba, que alargaba la mano hacia la cabra y que, encorvado como estaba, hablaba, moviendo los labios lentamente. Su cara ancha y fofa se veía blanca bajo el resplandor lunar. De pronto oyeron chillar a la mujer. Chillaba con una voz aguda, como si llorara. Vieron que se ponía en pie de un salto, vieron blanquear sus muslos.

—¡Antes me mataría que hacer el amor contigo! —gritaba, dándose manotazos en el pubis—. ¡Me arrancaría el coño, este sucio coño, me lo arrancaría con mis propias manos, me arrancaría todos los pelos de este maldito coño! —E iba arrancándose el negro vello lanoso y arrojándoselo al oficial a la cara, mientras éste, inclinado hacia delante, acariciaba a la cabra muerta y miraba a la mujer con sus ojos brillantes y su cara ancha y blanca—. ¡Te los tiro a la cara, toma, para ti, te los tiro a la cara, maldito, sinvergüenza, cobarde! —La luna, ya a ras del mar, iluminaba a la mujer de abajo arriba, agigantándola, hasta que una nube ocultó la luna y los soldados vieron a la mujer alejarse colina arriba, por entre las largas sombras de los olivos, gritando—: ¡Huid, huid, soldados cobardes, huid, idos a casa, huid de la guerra, volveos a vuestras casas, malditos soldados cobardes!

La voz se extinguió poco a poco entre los árboles, allá en lo alto del monte, el mar se oscureció y sobre la negra orilla se oyó la voz inquieta de las olas.

Lentamente rayó el alba. En el fondo del estrecho, más allá de Reggio, se oía un sordo fragor de artillería. La tierra temblaba, en la orilla se condensaba una neblina de calor blanca que se deslizaba entre los olivares ladera arriba. De pronto el sol asomó por el horizonte, los pájaros rompieron a cantar y los soldados, que habían

pasado la noche aparte, apretados unos contra otros, mudos y medrosos, vieron al oficial haciendo un hoyo con una azada justo al lado del lecho, al pie de su rústico altar. La azada destellaba con los primeros rayos del sol naciente, aún húmedos. De vez en cuando, el oficial dejaba la azada, echaba tierra en el hoyo, primero con las manos y luego con el utensilio, y por último apisonaba el túmulo con los pies. Cuando acabó, se sentó en el camastro con una metralleta entre las rodillas y miró a los soldados que, con aire amenazante, se acercaban.

Cuando llegaron a su lado se detuvieron y el sargento, dando un paso al frente, abrió la boca, dijo algo que el oficial no entendió, enmudeció y se pasó la mano por la cara.

—¿Qué queréis? —preguntó el oficial alzando la vista y mirando al sargento.

Éste señaló el túmulo.

—La cabra no —dijo el oficial.

—Los soldados tienen hambre —dijo el sargento.

—La cabra no —repitió el oficial.

—Tenemos hambre —dijo el sargento en voz baja. Y tras un instante de silencio, añadió—: Esta noche se han escapado tres hombres.

—Os iréis todos uno tras otro —dijo el oficial mirando a sus soldados—, sé que huiréis todos y me dejaréis solo.

—Tienen hambre —dijo el sargento.

—Es una excusa, lo que tienen es miedo. Se van porque tienen miedo.

—Queremos volver a casa —dijo un soldado sardo.

—También yo quisiera volver —repuso el oficial.

—Se han ido detrás de esa mujer —dijo el sargento.

—Si viene esta noche —dijo el oficial—, le pego un tiro.

—Sí, señor —dijo el sargento, y añadió—: Es una mujer.

—Me da igual que sea una mujer: está robándome a los soldados. Si viene, le pego un tiro.

—Como no nos envíen víveres —dijo el sargento—, se irán todos.

—Buen viaje —dijo el oficial. Y añadió en voz baja—: No importa que se vayan.

—Tienen hambre —repitió el sargento.

—Yo también —dijo el oficial—; mirad lo que he perdido en estos pocos días.

Sólo entonces repararon los soldados en que el oficial había empezado a adelgazar. Comenzaba a deshincharse. Seguía estando gordo, monstruosamente gordo, pero de la barbilla y las orejas le colgaban ya pellejos. Una profunda tristeza embargó el ánimo sencillo y bonachón de aquellos soldados. También el sargento, que era un lombardo duro, un bresciano, sintió partírsele el alma y se arrepintió de haber hablado. Pero entonces un soldado rompió aquel momento de debilidad, diciendo con su acento calabrés, duro y nasal:

—Queremos la cabra.

—¿Por qué no te vas? —replicó el oficial—. En tu tierra encontrarás las cabras que quieras. ¿Por qué no huyes tú también? ¿A qué esperas?

—Yo no huyo —dijo el soldado calabrés, con fuerza y humildad.

—Perdona —dijo el oficial en voz baja, mirándolo. Y sonrió.

También el soldado sonrió.

—No tengo ganas de perder el tiempo —dijo bruscamente el sargento—. Tienen hambre y quieren la cabra. La quieren ya, antes de que se descomponga.

—La cabra no —dijo el oficial, y tras un momento de silencio añadió—: Pedidme lo que queráis, pero la cabra no.

—La cabra es nuestra —dijo un soldado véneto.

—La cabra es de todos —terció otro soldado.

—Os la compro —dijo el oficial—, os doy cien liras.

Los soldados se echaron a reír y el sargento dijo:

—¿Para qué queremos el dinero? No podemos comérnoslo. Los billetes no están buenos ni en ensalada. Tenemos hambre. Queremos comernos la cabra.

—Os doy diez paquetes de tabaco —dijo el oficial.

Los soldados se miraron en silencio. Ese tabaco era el de ellos. Ahora sabían quién se quedaba con su ración de cigarrillos.

—De acuerdo. Dénoslos —dijo el sargento.

El oficial se volvió de costado, rebuscó con una mano debajo de la cama y fue sacando diez paquetes de tabaco.

—Cuéntalos —le dijo al sargento.

—Ya los he contado. Hay diez —dijo el sargento sujetándose los

paquetes contra el pecho.

—Pues ahora, largo —dijo el oficial.

El sargento se dirigió a la colina, seguido por los soldados. Al llegar al olivar, se detuvo y se sentó en el suelo, y los soldados hicieron lo mismo a su alrededor.

—Somos veintiuno —dijo—, salimos a cuatro cigarrillos por cabeza.

—A cuatro por cabeza y sobran dieciséis —señaló un soldado.

—Los guardaremos de reserva —dijo el sargento repartiendo los cigarrillos.

Los soldados se pusieron a fumar en silencio, cerrando los ojos.

—Esta noche nos comemos la cabra —dijo uno—, se la robaremos delante de sus narices, en cuanto oscurezca.

—La cabra no —dijo el sargento.

—¿Por qué no? —preguntaron los soldados.

—La cabra es suya, la quería. La quería como a un perro —contestó el sargento.

—Si fuera un perro, también me lo comería —aseguró un soldado.

—Para él era como uno más de la familia —explicó el sargento —, tenemos que respetar sus sentimientos, somos italianos, no bárbaros.

—A mí me importa un bledo ser italiano —dijo el calabrés—. A los italianos siempre nos toca pasar hambre.

—También nuestro teniente tiene hambre —dijo el sargento—, ¿no veis cómo se está quedando? No podemos dejar que se muera de hambre.

—No tenemos nada que darle —dijo un soldado.

—Vamos, muchachos —dijo el sargento poniéndose en pie—, busquemos algo de comer. Por la carretera siempre pasa alguien. Pediremos por favor que nos den algo. No podemos dejar que se muera de hambre.

El sargento echó a andar colina arriba, seguido por los soldados.

Sentado en su camastro, el oficial vigilaba la tumba de la cabra. Tenía la metralleta entre las rodillas y miraba el mar. Pasaron unas horas. De pronto oyó las voces de los soldados al bajar por la colina. Era el crepúsculo y el mar parecía de acero, duro y frío. Las voces de sus hombres sonaban absurdamente lejanas, tristes. Una vez, en

la pared de una celda de la cárcel de Poggioreale de Nápoles, había visto dibujado una especie de monte, en el monte una gran cruz y clavado a la cruz un perro. El perro tenía una cara casi humana, parecía un hombre con cabeza de perro. Debajo del dibujo, grabado con un clavo en la pared blanca y luego ahumado con la llama de una vela, se leía: TREINTA AÑOS POR HABERTE MATADO. *OH, 'N COPPA 'U CALVARIO*

PE' TE!

En otra celda había encontrado el mismo dibujo, con alguna variante, y también en el retrete de la enfermería: siempre la misma escena, un monte, sobre el monte una gran cruz y clavado a la cruz un perro, o un hombre con cabeza de perro. Y debajo la misma frase, escrita por distinta mano. Debajo del dibujo del retrete de la enfermería, se leía: VERDADERA IMAGEN DE NUESTRO SEÑOR. ROGAD POR NOSOTROS, POBRES DESGRACIADOS. La imagen de aquel Cristo canino, de aquella ingenua y misteriosa muerte de Cristo, le infundía una tristeza humillada. Lo sacó de esa tristeza la voz de Bortolo, que le traía una taza de caldo y un pollo cocido. El oficial se arrojó ávidamente sobre la comida, sin reparar en los soldados que, reunidos en la cocina, lo veían comer y sonreían. No dejarían que se muriera de hambre.

Esa noche hubo un fuerte bombardeo que castigó la costa, proyectiles de grueso calibre caían sobre Escila y el mar, donde levantaban como inmensos surtidores de espuma blanca. Al alba cesó el bombardeo, luego se reanudó con mayor violencia, se interrumpió, fue apagándose poco a poco. A mediodía el oficial reunió a los soldados detrás de una roca, a cuyo resguardo tenían las municiones, se sentó en una caja de balas modelo 91, se quedó mirando a sus hombres y le dijo al sargento:

—¿Cuántos quedamos?

—Quince —contestó el sargento—. Esta noche han huido los cuatro napolitanos. Se vuelven a casa. Y los dos de Apulia. Cobardes.

—Cobardes no —dijo el oficial.

—Huir no es el mejor modo de ayudar a los compañeros —repuso el sargento—, tenemos que estar unidos, ayudarnos entre nosotros.

—Podéis iros todos —dijo el oficial—. Yo me quedaré aquí,

aunque sea solo. Podría dispararos si os viera escapar, pero no lo haré. Ni siquiera os denunciaré. Nunca he denunciado a nadie y nunca lo haré. No merece la pena. Soy un santo.

—¿Qué es? —preguntó un soldado lombardo.

—Un santo —dijo el sargento—, y tú cállate.

—Sois todos buenos muchachos, pero como soldados no valéis nada —prosiguió el oficial—. Tenéis miedo de morir.

—Nosotros no hemos huido —dijo el sargento—. Seguimos aquí, con usted.

—Al final huiréis. Sois unos ladrones, no sabéis más que robar —continuó el oficial—. Tenéis hambre, vestís con harapos, vais casi descalzos. Lo entiendo. Pero no robáis solo comida. También robáis dinero, como a ese campesino…

—No fuimos nosotros —dijo un soldado.

—Destrozáis todo lo que pilláis. Estropeáis las viñas, pisoteáis el trigo, taláis los árboles frutales para hacer fuego. Y eso que sois campesinos.

—Yo en la vida civil soy carretero —dijo un soldado.

—Tú calla —dijo el sargento—, tú eres un animal.

—Y vais sucios como cerdos. Os gusta vivir en la inmundicia. Aliviáis vuestras necesidades junto a la misma tienda.

Los soldados se echaron a reír.

—Silencio, sinvergüenzas —ordenó el sargento.

—Sinvergüenza soy yo también —dijo el oficial—. Somos un hatajo de sinvergüenzas. Robamos, engañamos, estafamos. Sois buenos muchachos, pero no sois hombres. Os hacen sufrir tontamente, y vosotros sufrís; no os dan de comer, y vosotros no coméis; no os visten, y vais desnudos; no os calzan, y camináis descalzos; no os dan armas, y os lanzáis al ataque desarmados… Lo entiendo, lo entiendo… Pero como hombres no valéis nada. Por poco que os hieran, por un simple rasguño, berreáis como cerdos, lloráis, suplicáis que no os dejen morir. ¿Os acordáis de lo que hacían los griegos? Cuando los herían y caían en la nieve o el barro, estaban callados. Vosotros berreáis como cerdos.

—Sí, señor —dijo un soldado.

—Pero queréis que os llamen héroes y amenazáis a quien os dice que sois un hatajo de sinvergüenzas, ¿no es así?

—Sí, señor —contestó el soldado.

—No, señor —replicó el sargento.

—¿Cómo que no? —le preguntó el oficial en voz baja, mirándolo fijamente.

—Yo siempre he cumplido con mi deber —dijo el sargento—. Siempre fui donde me dijeron que fuera, sin rechistar. Yo no tengo la culpa de que Italia haya salido siempre derrotada.

—Es culpa tuya, es culpa de todos —continuó el oficial—. Sois un hatajo de siervos, eso sois. Os dan de patadas en el culo y vosotros decís: sí, señor. Os roban, os engañan, os dejan morir de hambre y vosotros decís: sí, señor. Yo también os he robado. No os he hecho caso, no me he preocupado por vosotros, no os he defendido, os he robado vuestro rancho, vuestro tabaco, he vendido vuestro calzado, vuestras mantas, y siempre me habéis dicho: sí, señor. Sí, señor; sí, señor; sí, señor. ¿No es verdad, sargento?

—Sí, señor —dijo el sargento ruborizándose.

—Por eso, antes de iros, tenéis que juzgarme.

—¿Cómo dice? —preguntó el sargento.

—Juzgarme. Sería demasiado cómodo que acabara así. Os he robado, soy culpable, tengo que pagar por ello. Ahora os reuniréis y me juzgaréis. Formaréis un tribunal, nombraréis al presidente y los demás serán los jueces. Y si me consideráis culpable, me condenaréis a muerte. ¿Entendido?

—No, señor —dijo un soldado.

—¿Por qué no? —preguntó el oficial.

—No podemos, no nos corresponde juzgarle.

—Os ordeno que me juzguéis —dijo el oficial—, así aprenderéis de una vez para siempre. Pongo en vuestras manos la vida de un hombre.

—De un superior —dijo el sargento.

—De un superior. ¿Y por qué no? ¿No os atrevéis a juzgar a un superior?

—Está prohibido —terció un soldado.

—¡Está prohibido! ¡Ja, ja, ja! ¡Está prohibido! ¿Es que os parece justo que siempre se condene a los inferiores? Si sois hombres, aprended a juzgar a los superiores. Me juzgaréis y si soy culpable me condenaréis. Y si me condenáis a muerte, aquí seguiré. Dejaré que me ejecutéis. Aprenderéis a defenderos de los ladrones, los poderosos, los santos, los príncipes, los superiores. Porque yo no soy

sólo un santo, soy también un príncipe. Mi familia es poderosísima. Más poderosa que Inglaterra. Una de las más nobles y poderosas de Italia.

—Sí, señor —dijo un soldado sardo.

—Mi teniente, tiene usted razón —dijo entonces otro soldado, dando un paso al frente—. Le pedimos perdón. Somos unos cobardes y unos sinvergüenzas. Ya nos hemos reunidos dos veces para juzgarlo a usted. Algunos proponían que nos lo cargáramos, que le pegáramos un tiro mientras dormía y nos fuéramos a casa. Pero casi todos dijeron que no.

—¿Tú también? —preguntó el oficial.

—¿Qué importa lo que yo dijera? Todos los aquí presentes hemos dicho que no. *Vaca madona!*

d'una

¿Quiénes somos nosotros para asesinar oficiales? Los que querían cargárselo a usted eran los que han huido esta noche, los tres sicilianos y los dos calabreses, no nosotros.

—Os lo agradezco.

—No hay de qué, no somos asesinos.

—Lo sé, sé que no sois asesinos. Sois jueces. Me juzgaréis según las reglas: formaréis un tribunal, nombraréis al presidente, me mandaréis que comparezca, yo compareceré ante vosotros y me juzgaréis. Si me condenáis, aquí me quedaré y vosotros os iréis a vuestra casa enseguida. Ahora id detrás de aquella casa en ruinas y yo acudiré cuando me llaméis. Id.

—Sí, señor —dijo un soldado lombardo—, pero ¿por qué debemos juzgarlo? Nosotros no tenemos nada contra usted. Estamos contra la guerra.

—Yo soy la guerra —declaró el oficial.

—Nosotros estamos contra los oficiales —dijo un soldado—. Estamos contra los generales.

—Yo soy general —dijo el oficial.

—Mi teniente —dijo el soldado sardo—, sé lo que quiere decir. Como oficial, se siente usted responsable y quiere ser castigado. Pero nosotros no podemos castigarlo.

—No os pido que me castiguéis —dijo el oficial—, os pido que me juzguéis. Si no juzgáis vosotros a vuestros superiores, ¿quién creéis que lo hará? ¿El Estado? ¿Las leyes? ¿La patria? ¿El rey?

Los soldados se echaron a reír.

—¡Silencio, canallas! —exclamó el sargento.

—Andando —prosiguió el oficial en tono amable—. Id y dentro de cinco minutos compareceré ante vosotros. Cuando hayáis nombrado al presidente, llamadme y acudiré.

—Vamos, muchachos —dijo el sargento alzando la voz, con un gesto brusco, como para liberarse de una pesadilla—, ¡andando, hijos míos! —Y se encaminó a la casa derruida.

Todos los soldados lo siguieron, menos Bortolo, que se quedó con el oficial. El teniente callaba y de cuando en cuando miraba a aquél.

—Usted no está bien, mi teniente —dijo de pronto Bortolo.

—Es la malaria de siempre —dijo el oficial con un escalofrío.

—Tiene que cuidarse. Pida que lo manden al hospital.

—¿Al hospital? ¿Por un ligero ataque de malaria?

—No vaya usted con ésos, no se fie de ellos.

—¿Por qué no habría de fiarme? Son buenos muchachos. Han entendido lo que deben hacer y por qué.

—Es una broma estúpida.

—¿Una broma? No, no es una broma. Es algo muy serio. Han de aprender a juzgar a sus superiores, a castigar a los responsables de sus miserias.

—Usted no es responsable de nada, usted es una buena persona. No les robó ningún tabaco, lo compró usted en intendencia, con su dinero. Me mandó a mí a comprarlo. Iré y se lo explicaré. Usted es inocente.

—Si creen que soy inocente, me condenarán a muerte —dijo el oficial sonriendo con tristeza.

—¿Lo condenarán a muerte? —preguntó Bortolo, y se echó a reír encogiendo nerviosamente los hombros.

—Ya estamos todos condenados a muerte. Si queremos salvar el pellejo, no nos queda más que huir, irnos a casa. Pero son ellos quienes deben decidir si irse o quedarse. Que por una vez en su vida sean responsables de sus actos ante su conciencia. Sinvergüenzas. Caterva de esclavos. Que aprendan lo que significa ser hombres, hombres libres.

—Nunca aprenderán. Los italianos son unos canallas.

—Todos los seres humanos son unos canallas —repuso el oficial.

Miraba el mar y por la frente le resbalaban gruesas gotas de sudor. Respiraba trabajosamente, despacio, como las personas gordas.

De pronto se oyó una voz que lo llamaba desde la colina:

—¡Mi teniente!

El oficial se levantó y, seguido por Bortolo, se encaminó a paso lento hacia la casa derruida.

Cuando los soldados llegaron a la casa derruida, se sentaron entre los escombros, en un corro. Tras un instante de silencio, de pronto se pusieron a hablar todos a la vez, en voz a cual más alta. Al final un soldado lombardo, pelirrojo, se levantó y, soltando un horrible juramento, cogió una piedra, la blandió para imponer silencio y exclamó:

—¡Granujas, brutos! ¡Sois todos unos granujas y unos brutos! Nuestro teniente es un canalla, un canalla como todos los oficiales. Nos ha robado, nos ha despojado de todo, ha vendido nuestro calzado, nuestras mantas, nuestros víveres, ha mandado a los suyos paquetes de café y azúcar que nos correspondían, nos ha robado el tabaco. El mismo lo ha dicho. Es un canalla. Ahora se lo diré a la cara. Y quiero ver cómo se defiende.

—Tenemos que nombrar a un presidente —dijo otro lombardo —, hay que hacer las cosas como es debido.

—¡Menos cuento! El presidente del tribunal soy yo —dijo el lombardo pelirrojo—. Quien esté de acuerdo que levante la mano.

Todos levantaron la mano, menos el soldado sardo.

—¿Y tú por qué no levantas la mano? —le preguntó el lombardo.

—El presidente del tribunal debe ser el sargento —propuso el soldado sardo.

Se alzaron muchas voces de aprobación.

—¡El sargento, el sargento! —exclamaron algunos.

—¡Silencio! —gritó el lombardo pelirrojo. Y añadió—: Está bien. Yo seré el fiscal. Sargento, ponte ahí, ése es tu puesto. Y ahora debemos acordar lo que le diremos. Le preguntaremos por qué no tenemos calzado, ni tabaco, ni víveres, nada, por qué vestimos con harapos. Y luego le diremos que nos deje irnos a casa, o si no, peor para él.

—Ése no es modo de hablar —dijo el sargento—. Somos jueces. No podemos amenazarlo. Aún no sabemos lo que dirá para

defenderse. A lo mejor lleva razón.

El lombardo se rió, echando atrás la cabeza y dándose palmadas en los muslos.

—¿Razón? ¿Estás loco? ¡Los canallas nunca tienen razón!

—Es posible que el teniente quiera descargar su conciencia… o la nuestra… Es posible que quiera darnos una lección…

Se oyeron voces airadas y desdeñosas, y exclamaciones hostiles.

—¡Es un canalla! —gritó el sardo.

—¡La lección se la daremos nosotros! —exclamó el lombardo pelirrojo.

—Quiere darnos una lección porque nos la merecemos —continuó el sargento cuando los demás callaron— o porque tendrá sus razones. Ahora lo veremos. Le haremos preguntas y tendrá que contestar. Pero lo que no podemos hacer es amenazarlo, insultarlo ni tratarlo de mala manera. No somos gentuza, somos gente de bien. ¿Estamos? Ya podemos llamarlo.

—Un momento —dijo el soldado véneto—. Si lo condenamos, ¿quién ejecutará la sentencia?

—Los ingleses —contestó el lombardo pelirrojo.

—No lo veo claro —terció otro soldado—. Es una trampa.

—Yo no me veo capaz —dijo un soldado abrucés—, yo soy un soldado y no me veo capaz de juzgar a un superior.

—Así lo quiere nuestro teniente —dijo el sardo—. Dice que necesita más justicia que nosotros. Sus razones tendrá.

—Quiere disculparse —afirmó el véneto.

—Hasta que se demuestre lo contrario, es una persona honrada —dijo el abrucés.

—Es un canalla, hasta que se demuestre lo contrario —replicó el sardo.

—Canallas somos todos —dijo el sargento—; ahora hay que decidir quién lo es más, él o nosotros. ¿De acuerdo? Llamadlo.

—Yo lo único que quiero es irme a casa —dijo el abrucés.

—Nos iremos a casa —dijo el sargento—, pero tenemos que decidirlo todos juntos, de común acuerdo. Debemos demostrar que somos hombres y no unos canallas. Y ahora llamadlo.

El lombardo pelirrojo se levantó, dio la vuelta a la casa, se llevó las manos a la boca y, en voz bien alta, lo llamó:

—¡Mi teniente! —Volvió y dijo—: Ya viene, todos a sus puestos.

Los soldados se sentaron en silencio, cabizbajos. Todo su furor se había esfumado. A los pocos minutos se oyeron unos pasos y el oficial, seguido por Bortolo, apareció ante el tribunal. Todos los soldados se pusieron de pie y saludaron llevándose la mano a la frente. Habían palidecido y parecían cohibidos.

—Muchachos —dijo el oficial—, ¿habéis pensado bien lo que os he pedido que hagáis? ¿Os dais cuenta de que he sido yo quien os ha pedido que me juzguéis? ¿Que si violamos el reglamento militar, la culpa es mía, no vuestra? No quiero que tengáis la menor duda al respecto. Soy yo quien os ordeno que me juzguéis.

—Y nosotros obedecemos, mi teniente —dijo el lombardo pelirrojo.

—Muy bien. Sentaos. Veo que vais armados. Los jueces deben estar desarmados. Yo no llevo armas.

Los soldados se levantaron y uno tras otro dejaron el fusil y la cartuchera apoyados contra una pared desmoronada. Luego se sentaron.

—Empecemos —dijo el oficial—. ¿Quién es el presidente?

—Yo —contestó el sargento.

—Eres el responsable de que el juicio se celebre con orden y dentro de las reglas. Te toca hacer respetar la ley.

—¿Qué ley? —dijo el sargento.

—La ley del honor. No podéis usar medios violentos. Si lo hacéis, responderéis ante vuestra conciencia.

—Sí, señor —asintió el sargento.

—Empecemos, pues —dijo el oficial.

Hubo un largo silencio. Los soldados miraban al oficial, que se sentó despacio en una piedra, se quitó la gorra y empezó a enjugarse el sudor de la frente. A lo lejos se oía el estruendo de la artillería inglesa que cañoneaba la orilla calabresa del estrecho, más allá de Reggio. Por detrás de la cresta del monte que tapaba la ciudad se elevaban densas columnas de humo negro.

—Mi teniente —dijo el sargento levantándose—, no podemos juzgarlo. Es usted nuestro oficial. Lo que usted nos ordena es que cometamos un delito. Nosotros acabaremos siendo juzgados, no usted. Si quiere que le digamos francamente lo que pensamos, nuestras quejas, es una cosa; pero eso de juzgarlo no nos gusta.

—Tienes miedo —dijo el lombardo pelirrojo volviéndose hacia

el sargento—. ¡Tienes miedo!

—¡Deja que hable! ¡Deja que hable! —se oyeron las voces de los soldados, excitadas y confusas.

—No es miedo —dijo el sargento—, es justicia.

—Tiene razón el sargento —exclamó el abrucés.

—No podemos —dijo el sargento.

—Pues bien —dijo el oficial—, me acusaré yo mismo. Os diré lo que no os atrevéis a decirme. Y luego me juzgaréis. Os he engañado, os he traicionado. Sabía que la guerra era injusta, sucia, estúpida, que no teníamos ni armas ni medios para hacerla, que nuestros jefes políticos y militares eran unos ineptos, sabía que la perderíamos, y os dije lo contrario, os engañé. Os dije que creía en Mussolini, que él nos llevaría a la victoria. Era mentira. Nunca creí en Mussolini. Incluso me metieron en la cárcel por negarme a creer en él.

—¿Y qué? Eso no es ningún crimen —terció un soldado ferrarés con su marcado acento—, todos creímos que Mussolini era un gran hombre y que nos llevaría a la victoria, como siempre. Por eso también nosotros somos culpables.

Los soldados asintieron. Uno de los sardos, el más bajo, el más pálido, se puso en pie y dijo, agitando los brazos por encima de la cabeza:

—No tiene nada de malo, yo también era fascista en mi pueblo, en Cagliari. ¡Mi teniente, no tiene nada de malo!

—¡No somos responsables! —exclamó el otro sardo.

—Sí, yo lo soy —dijo el oficial agachando la cabeza y respirando hondo. Luego levantó la cara y dijo—: ¿Vosotros no?

Todos callaban. Se oía el fragor lejano de la artillería inglesa, el zumbido de un avión sonaba en el aire como el de una abeja.

El oficial tenía la cara bañada en sudor. El sargento se sacó un trapo sucio y se le acercó.

—¿Permite, mi teniente? —Y le enjugó la cara.

El oficial lo miró y sonrió.

—También nosotros somos responsables —dijo el sargento en voz baja—, todos somos responsables, de una manera o de otra. Somos bestias, no seres humanos.

—Sois seres humanos —dijo el oficial— y yo también lo soy. Y en ocasiones me avergüenzo de serlo. ¡Cuántas veces os habré mandado a combatir, sabiendo que era una muerte segura, una

acción necia, inútil, un crimen! Pero no tuve el valor de negarme ante quien me ordenaba mandaros a morir inútilmente, a morir por…

—Por el honor de la casa de Saboya —dijo el lombardo pelirrojo.

Todos los soldados se echaron a reír, y también el oficial…

La conjura

El acontecimiento que conmocionó la pequeña ciudad de provincias en que vivía y tuvo tanta importancia en mi vida fue la muerte de Caterina Buonamici. Yo acababa de salir del convento de Santa Caterina, donde había pasado tres años, y donde entonces se encerraban por dos o tres años las jovencitas de las familias más importantes de la ciudad, a fin de prepararse espiritualmente para hacer frente a los peligros del mundo, como decían las monjas. No conocía a Caterina Buonamici más que de nombre y por haberla visto dos o tres veces en el paseo de los Cappuccini los domingos y en una obra de teatro con fines benéficos que representaron las internas del convento cuando el terremoto de Garfagnana, si no recuerdo mal. En el convento se decía que era la mujer más bella de la ciudad, y así nos lo parecía a nosotras, aunque aún no tuviéramos una idea cabal de lo que era la belleza femenina. El mismo año que dejé el convento, mi madre me presentó en sociedad, como entonces se decía, y fue en un baile que anualmente, el último día de carnaval, daba la asociación de los Misoduli, que era entonces, junto con el círculo de los Coriofili, el punto de encuentro de la nobleza, si puede llamarse así, de nuestra ciudad de provincias. Fue mi primera incursión en el mundo y quedé encantada. No porque tuviera éxito, ni porque sintiera que gusté a los cinco o seis jóvenes a los que, en casa y en el convento, nos habían acostumbrado y enseñado a considerar los más atractivos, los más ricos y los más virtuosos de la ciudad, sino porque aquel día conocí y traté a aquella Caterina Buonamici de la que tanto se hablaba, y de la que se rumoreaban cosas curiosas y extrañas, por no decir misteriosas. Vista de cerca, a la luz viva, pero delicada, de las llamas de gas (aún no había iluminación eléctrica ni en el club de los Misoduli ni en el de los Coriofili, porque se consideraba una cosa descarada y vulgar, quizá no sin razón), Caterina Buonamici no parecía al pronto la gran beldad que tanto se ponderaba. A primera vista me pareció menos joven de lo que era, por la cara cansada, la boca triste, como

caída, y una especie de rayas que se le veían en la comisura de los labios y los ojos, que parecían arrugas. Lo que me engañaba, como luego advertí, era la extrema palidez de su cara. O quizá no fuera simple palidez, sino una especie de extraña luz que irradiaba el rostro y que tenía su origen en una angustia íntima, secreta. Pues como una luz era, en efecto, aquella palidez extraordinaria. Y las arrugas de los ojos no eran sino la sombra de las pestañas, y las de la boca, la sombra que el labio superior, casi siempre entreabierto en una sonrisa o una respiración, arrojaba sobre el labio inferior y sobre la piel delicada de las mejillas, precisamente junto a las comisuras de la boca.

Tenía los ojos grandes, pero distraídos y opacos, como los de los miopes. Después de mi primer encuentro con ella, me sorprendía lo mucho que hablaban de sus ojos y los grandes elogios que discretamente les dedicaban. Luego me di cuenta de que lo bello no eran sus ojos, sino su mirada: una luz instantánea y vivísima que de pronto brotaba del fondo de aquellos ojos en apariencia vagos e inexpresivos. Eran momentos raros y muy breves. En aquellos instantes, muchas veces aunque no se diera el pretexto de una palabra oída al azar o que le hubieran dirigido con intención, de una sonrisa, de una mirada, de una presencia entrevista, sus ojos miopes lanzaban una llamarada, que llamaré terrible, una mirada intensa, luminosa, bellísima, aunque al mismo tiempo extraña y desasosegante. Esa mirada no iba dirigida a nadie, enseguida se apagaba en el fondo de sus ojos, cual reflejo de un pensamiento fugitivo. Recuerdo que la primera vez que observé aquella llama en los ojos de Caterina sentí alegría pero a la vez turbación, pues me pareció que, sin quererlo, casi le había robado un secreto celosamente guardado a aquella mujer a quien yo, por un impulso irresistible de mi ánimo, consideraba ya mi mejor amiga, y quería, no como a una hermana, sino —y de eso no fui consciente hasta mucho después— como a una cómplice.

Unía a nuestras familias una antigua y firme amistad, además de cierto parentesco que, aun no siendo muy estrecho, creaba una especie de solidaridad entre los dos linajes y los oponía al resto de las familias nobles de la ciudad. O quizá ese parentesco sirviera de pretexto para que ambas familias se aliaran, pues cualquiera sabe lo importante que es, en las pequeñas ciudades de provincias, y sobre

todo en los tiempos que corren, en que ni se honran, ni se observan las virtudes públicas ni privadas, que las familias se unan en alianzas ideales, políticas o morales, aunque no exista parentesco real ni, en muchos casos, intereses materiales comunes. La familia de Caterina Buonamici y la mía eran de rancio abolengo, que se remontaba nada menos que al siglo XVII; de hecho, eran la nobleza más antigua de mi ciudad, puesto que la auténtica y antiquísima de verdad la habían eliminado las luchas intestinas y, sobre todo, una matanza espantosa perpetrada por los españoles delante de un cardenal que era prelado de una iglesia de la ciudad y luego fue Papa. Pertenecían nuestras familias a la nobleza terrateniente y poseían fincas muy ricas que lindaban, con lo que a su, llamémosla así, alianza moral, se sumaba una comunión de intereses que hacía aún más fuerte y solemne aquella unión ideal. Como nuestras propiedades lindaban, según digo, en los meses estivales o, mejor dicho, a finales de verano (pues la costumbre era pasar casi todo el verano en la ciudad y no trasladarse al campo hasta casi principios de otoño, cuando se acercaba la vendimia), pasaba yo unas semanas cerca de Caterina y la veía a menudo, cuando salíamos a pasear y en las largas visitas que nuestras madres se intercambiaban y en las que exigían que los niños las acompañáramos.

Caterina, en realidad, no venía mucho a mi casa. Por ciertos lamentos y quejas que su madre había dejado escapar, mi madre pensaba que no quería venir, y así se había establecido entre nosotras una relación ocasional, llena de respeto cariñoso por mi parte, pues era seis años menor que ella, pero no exenta de cierto rencor melancólico. Guardo un recuerdo que ilustra muy bien nuestra clase de amistad, y muchos otros que refuerzan aún más mi sentimiento de devoción y admiración por ella. Un día, Caterina, por mediación de un mozo de la granja, me hizo llegar una nota pidiéndome que me pasara a verla porque «tenía que hablar conmigo». Cuando fui a su casa, me dijeron que había ido al viñedo y allí la encontraría. Así que eché a andar por entre las filas de cepas. Hacía buen tiempo, era mediodía, las cigarras cantaban como si fuera julio y el sol formaba manchas amarillas y densas en las piedras y la hierba, como de aceite.

Caterina estaba sentada en la orilla de una acequia y me vio acercarme sin decir nada. Siguió en silencio un rato, hasta que al

final me preguntó, con una sonrisa que me pareció forzada, si quería acompañarla a la ciudad por la tarde.

—Mi madre —dijo como para justificarse— no quiere que vaya sola. ¿Quieres venir? He pensado en ti.

Me miraba con atención, como si me estudiara. Para mí, Caterina era ya una mujer, yo atribuía a su persona, a su vida, que se me antojaba repleta de secretos, una madurez y un misterio que me dejaban tímida y cohibida en su presencia. Nada más me dijo, y por la tarde, después de comer, partimos en coche a la ciudad. Cuando llegamos, ella ordenó al cochero que esperase en las afueras, que volveríamos una hora después, y nosotras nos dirigimos a pie a la plaza de la catedral. Pero en lugar de ir derechamente, ella, so pretexto de que hacía calor, había polvo y no quería llamar la atención, me llevó por una serie de calles secundarias que rodeaban el Palazzo Pretorio y desembocaban en la plaza.

Cuando casi habíamos llegado a este último edificio, Caterina dijo: «Aquí es», y se metió con resolución en el portal de un inmueble donde vivían familias obreras. En la planta baja había una tejeduría, se oía el batir de los telares, voces de niños que gritaban, de mujeres que hablaban y, a ratos, a alguien que cantaba en voz baja, monótonamente. En la escalera (Caterina caminaba con una seguridad aparente, que me parecía que disimulaba cierta indecisión, o temor, o vergüenza) encontramos a un joven. Era, por el aspecto, un obrero, que se detuvo y nos dejó pasar, y cuando lo hacíamos dijo, en voz baja:

—No está, señorita.

Caterina se paró y vi que se ponía palidísima. Hizo ademán de continuar subiendo, pero renunció y quiso dar media vuelta.

Hasta mucho más tarde, cuando empiezan los acontecimientos que estoy narrando, no me di cuenta de que aquella fuerza que me mantenía alejada de Caterina salía de ella, y que el cohibimiento, la turbación que me infundía su presencia nada tenían que ver con mi timidez. El verdadero motivo no me lo explicaba entonces, ni ahora, ni quizá me lo explique nunca. Pero, como digo, me culpaba a mí y a mi timidez, y me sentía sola en la lucha por salvar el amor que le tenía a Caterina de aquella turbación y por curarme de las angustias de la timidez. No sé si ella intuyó lo que sentía por ella. Es posible.

Lo cierto es que muchas veces yo veía claramente que me ponía a prueba, que quería ayudarme a vencer la timidez, o eso me parecía. Y si no fuera porque temo alejarme demasiado de lo que quiero contar, referiría algunos episodios que arrojan una luz singular sobre mi relación con ella. Relación que, aparentemente, era la normal entre una jovencita de quince años, mi edad entonces, y una joven unos años mayor y ya hecha una mujer. Para mí, todo era secreto y misterioso y estaba prohibido. Para Caterina, no existía ese velo que la edad, la educación y los temores propios de una joven de su edad interponen entre ella y el mundo. Al contrario, se empeñaba, con una franqueza que a veces me disgustaba, me contrariaba, me ruborizaba, en convencerme de que todo el mal está en nosotros, y que hay que vencer ese sentido del pecado que llevamos dentro para ver el mundo con ojos puros.

Así, un día que paseábamos por la orilla del río, en un paraje que se llama la Pescaia, donde el río sale de las gargantas montañosas para adentrarse mansamente en el valle (era una tarde de otoño, hacia las cuatro), sorprendimos a una pareja de jóvenes que yacían abrazados entre las cañas. Eran dos jovencitos y parecían gozar mucho el uno del otro, a juzgar por las caricias y los besos prolongados que se daban en silencio. Yo me había parado en seco, espantada, pero Caterina me cogió del brazo y me obligó no sólo a seguir allí, sino a mirar. Ella misma miraba con mucha atención, con unos ojos extrañamente fríos y severos. Un temblor le agitaba todo el cuerpo y me lo transmitía al brazo. De pronto la oí suspirar, y con un ademán lento y reposado se pasó la mano por el pelo, por la nuca. En ese momento la pareja nos vio y uno de los jóvenes se levantó y vino hacia nosotras. Era un muchacho de unos dieciséis años, más o menos de mi edad, rubio oscuro, esbelto, aunque de caderas curiosamente anchas, y llevaba una gorra de ciclista gris, de visera sucia y deshilachada, que apenas le ocultaba el cabello. Caminaba contoneándose y sonriendo. Venía directo hacia nosotras o, mejor dicho, hacia Caterina, que se había quedado inmóvil, turbada, con la expresión fría y severa en los ojos, en la cara, en toda su persona. Cuando estuvo a unos pasos de nosotras, el joven hizo una inclinación torpe, aunque llena de gracia y gentileza, y dijo:

—Señorita, buenos días.

Y pareció que iba a darle la mano, pero cuando ya la tendía, la retiró de pronto, aunque con lentitud, se la llevó al hombro y luego la introdujo con cuidado por el cuello de la chaqueta abierta y se la puso en el pecho, en el corazón. Yo, que observé aquel gesto tímido y a la vez insolente, comprendí un hecho que hasta entonces me había pasado inadvertido y que me turbó hondamente: al deslizar la mano por el cuello de la chaqueta, ésta se abrió, dejando al descubierto una camisa o, mejor, una blusa de mujer, y en el escote de la blusa, el arranque sonrosado de un pecho. Alcé la vista y miré al joven, y me sorprendió ver que sonreía, como cohibido por la mirada gélida y severa de Caterina. Pero aún me sorprendió más, y casi me asustó, la sonrisa que de pronto retozó en los labios de Caterina: era una sonrisa de una gracia, de una ternura indescriptibles. Había en aquella sonrisa la sorpresa, el azoramiento, la alegría del encuentro, el deseo de corresponder al joven con la misma gentileza, pero también una especie de temor, reserva, orgullo, casi de altanería. Sin dejar de sonreír, y moviendo la cabeza con garbo como para sacudirse un mechón de pelo que el viento le echaba en la frente una y otra vez (aunque quizá fuera un tic nervioso, el reflejo de una duda, o conflicto íntimo), Caterina le tendió la mano, que el joven se apresuró a estrecharle.

—Buenos días, Flora —dijo Caterina, y tras una pausa añadió—: No esperaba encontrarte aquí.

Pero enseguida comprendí que mentía. Ella esperaba sin duda aquel encuentro. Estaba preparado. Y aquella pequeña comedia disimulaba mal el hecho de que, aquel día, Caterina hubiera salido a pasear conmigo sabiendo muy bien que nos encontraríamos con aquel joven, al que ella llamaba, para mi sorpresa, con nombre de mujer. De hecho, era una joven de unos veinte o veintidós años, vestida de hombre. Y aquel nombre me trajo a la memoria un caso del que se había hablado en la ciudad días antes: el de una muchacha llamada precisamente Flora a quien la madre de Caterina había ayudado encontrándole un trabajo en una tejeduría de la ciudad. Yo había oído decir luego a mi madre que la muchacha no había trabajado más que unos días, porque la habían despedido de pronto por motivos que yo desconocía, pero que mi madre sí parecía saber y me ocultaba.

Era la tal Flora, por lo que me fue dado entender, hija de un

obrero que se había quedado medio ciego a causa de un accidente laboral (creo que se rompió una de las garrafas de ácido sulfúrico que estaban descargando unos obreros de un carro y quemó a unos cuantos). Se decía que la joven era «algo ligera» y se contaban historias de amor protagonizadas por ella, como, por ejemplo, la aventura que tuvo con el hijo de un fabricante de paños (como llaman por aquí a los empresarios textiles, sobre todo si son pequeños), aventura real o ficticia que era el motivo o el pretexto de que nadie la contratara. Los empresarios temen que las obreras seduzcan a sus vástagos. Pero en el caso de esta Flora, nadie podía decir que fuera una pervertida ni una interesada. Era, al parecer (y no hago sino exponer los diversos datos que con el tiempo he podido reunir a propósito de ella, y lo que de Flora se ha dicho tras los acontecimientos que estoy relatando), era, al parecer, una muchacha candorosa, al menos en lo que respecta al amor, porque toda su malicia la empleaba en algo que poco o nada tenía que ver con el amor. Se decía que era «roja», y su familia, de hecho, así era considerada. Después de la desgracia que lo había dejado medio ciego, su padre había tenido ciertos problemas con la policía, porque al parecer habían encontrado en su casa un retrato de Gaetano Bresci, el regicida. Tildar de roja a la muchacha tenía toda la apariencia de una calumnia, pues sabido es lo fácilmente que, en esta ciudad, se acusa de rojo a todo el que, por una u otra razón, no gusta a los patronos. El caso es que yo, el día del encuentro con Caterina, sabía poco o nada de aquella Flora, aparte de que la madre de Caterina la había ayudado y luego se había arrepentido; arrepentido no porque la muchacha se hubiera portado mal, sino por lo que decían de ella las malas lenguas. Lo poco, pues, que sabía de ella, lo extraño de aquel encuentro, de aquellas prendas masculinas, de aquellas caricias en la hierba, el aspecto equívoco que la indumentaria masculina daba a sus caricias y, sobre todo, la turbación de Caterina, avivaban poderosamente mi curiosidad, al punto de que, en cierto momento, me olvidé por completo de lo que decía y hacía Caterina. Toda mi atención se centraba en la muchacha que teníamos delante, que sonreía con embarazo, arreboladas las mejillas, risueños los ojos, y con un aire de seriedad y casi de complicidad con Caterina. Me di cuenta de que ésta estaba hablándole y de que aquélla respondía, y de pronto vi que la

muchacha se llevaba la mano al seno y sacaba un papelito. Caterina experimentó un momento de indecisión, tomó el billete y en voz más bien alta, con frialdad y precipitación, dijo:

—Pues hasta mañana por la tarde.

Y se marchó sin despedirse de la muchacha y olvidándose casi de que yo iba con ella y debía marcharme también. En aquel brevísimo instante, habiéndose alejado Caterina unos pasos, olvidada de mí, me quedé sola con la muchacha, que se había metido las manos en los bolsillos y, sin dejar de sonreír, me miraba con atención. Y no sé si es que mi timidez me hacía ver las cosas como no eran, pero me pareció que la tal Flora me observaba con desprecio. ¡Ah, sí! Juraría que había un gran y profundo desprecio en aquella mirada, en aquel fulgor de sus ojos oscuros, en su sonrisa. Me miró de pies a cabeza, fijándose particularmente en mis manos, que sujetaban una caña y la navaja con que la pelaba. Me las miró un buen rato, y luego escrutó mi cara con expresión intensa y seria. En aquel momento la llamó el compañero por su nombre, y ella, soltando una carcajada, dio media vuelta y se fue contoneándose hacia el joven, que seguía tendido entre las cañas. A todo esto, Caterina me esperaba, y al reunirme con ella me volví, sin poder evitarlo, y vi que la muchacha, que se había sentado en el suelo, junto a su compañero, aunque como guardando cierta distancia, y masticaba una brizna de hierba, me observaba con una expresión extraña, no sé si de recelo, rabia o desprecio.

—¿La conoces? —me preguntó al rato Caterina, de regreso a la Pescaia. Y como le contestara que no, que sólo la conocía de nombre por haberle oído muchas veces hablar a mi madre de la tal Flora, me dijo—: Es una buena muchacha, lo que se dice de ella no son más que habladurías. Es mejor que muchas otras.

Y no volvió a hablar de lo ocurrido ni de Flora, ni siquiera para pedirme, cuando nos despedimos cerca de mi casa, que no contara a nadie y menos aún a mi madre lo de aquel encuentro, como yo suponía que haría.

Si Caterina me hubiera pedido que no dijera nada, me habría visto sin duda luchando conmigo misma para callar. Los peligros de la timidez son de sobra conocidos y huelga repetirlos. Un tímido siempre tiende a franquearse, a revelar sus secretos, como reacción, precisamente, contra su timidez. Pero el hecho de que Caterina no

aludiera siquiera a la conveniencia de no comentar con nadie aquel encuentro me convenció de que era un secreto del que nadie debía enterarse, y también de que Caterina dudaba en crear una complicidad entre nosotras, no sé si porque no se fiaba de mí, por orgullo o por ponerme a prueba. Estos pensamientos me atormentaron toda la tarde y toda la noche. Al día siguiente esperaba que Caterina me dijera algo, me pidiera que la acompañara a donde tuviera que ir, si lo que le dijo a la muchacha al despedirse, «Pues hasta mañana por la tarde», significaba que se habían dado una cita, que habían quedado para verse. Pero Caterina no dio señales de vida en todo el día, y cuando, a media tarde, fui a su villa y pregunté por ella, me dijeron que había ido a la ciudad hacía dos horas y que seguramente no volvería hasta la noche. Aquello me llenó de tristeza, de frustración y, lo reconozco, de cierta rabia. Pero resolví no desvelarle mi estado de ánimo. Y ni siquiera mencioné su ausencia de ese día cuando, al siguiente, vino por mí para que la acompañara a visitar el convento de Galceti, poco distante de su villa. Me limité a observarla. Me parecía reservada y seria en sumo grado, como si estuviera sumida en profundos pensamientos. Solamente al final, cuando nos sentamos al sol en la orilla del Fosso della Bardena y mientras contemplábamos el pinar, cuya masa oscura se recortaba contra el cielo pálido, y las montañas lejanas que se teñían de azul, Caterina me dijo, sin mirarme:

—¿Sabes que a esa muchacha han vuelto a detenerla? Anoche, en casa de su hermano.

—¿Detenerla? ¿Y por qué? —pregunté.

—No lo sé, creo que por su modo de vestir. —Y calló por un instante. Luego añadió—: Habría que hacer algo. Es una pena.

—¿Crees que podrías ayudarla?

—Sí, creo que podríamos ayudarla —contestó, mirándome con fijeza.

Aquel «podríamos» me sorprendió agradablemente, porque sentí que Caterina me ponía a la altura de aquella joven, me hacía partícipe de algún secreto.

—¿Y qué podríamos hacer?

Caterina callaba.

—No lo sé, ayudarla de algún modo. —Entonces volvió a

mirarme a los ojos y añadió—: Yo no puedo hacer nada, me conocen, sospecharían. Pero tú…

—¿Crees que yo…?

—No sé si serías capaz —dijo Caterina.

—Si pudiera ser útil…

—No lo sé, ya veremos, a lo mejor —repuso ella.

El resto del día no volvimos a hablar de aquella chica ni de cómo ayudarla. A mí me devoraba la curiosidad, pero no me atrevía a insistir por temor a enfadar a Caterina o a que me juzgara impertinente. Al contrario, me propuse no ser la primera que sacara el tema y fingir que el asunto no tenía mayor interés para mí. Y, así, cuando, a la tarde siguiente, Caterina vino a pedir a mi madre que me permitiera acompañarla un par de horas a la ciudad a visitar a una pariente, y mi madre accedió, aunque con la condición de que nos llevara Vincenzo, su cochero de confianza, partí con ella sin preguntarle nada, pero secretamente muy contenta, porque me parecía que aquel viaje prometía vivencias nuevas e interesantes.

Fuimos a la casa de esa pariente, una anciana tía, muy rica, perteneciente a la nobleza rancia, cuyo desprecio por la época presente llegaba a las nuevas generaciones, incluidas las de su familia, pero a la media hora, y con el pretexto de hacer unas compras, Caterina se levantó y nos despedimos. Al salir, mi amiga le dijo a Vincenzo que nos esperase en Piazza San Francesco, cerca de la fuente. Nosotras fuimos a pie a Porta Santa Trinitá y, rodeando la muralla, nos dirigimos al barrio de San Rocco, uno de los más pobres de la ciudad, mayoritariamente habitado por obreros de las vecinas fábricas de Campolmi, Fiorelli y otras. Yo caminaba a su lado sin preguntarle adónde íbamos y la observaba sorprendida de su expresión fría y severa, que tanto contrastaba con la ansiedad contenida que se adivinaba en sus gestos, en sus movimientos, en su manera de andar. Cuando llegamos a una fila de casas pobres Caterina, sin dudarlo, llamó a la puerta de una de ellas y entró. Nos encontramos en un pasillo en penumbra, que olía al acre aceite que los tejedores aplican a los telares. Al poco, una voz dijo: «¡Adelante!», y entramos en el cuarto del final del pasillo, donde se oía el ruido de un telar que cesó de golpe.

Era un cuarto pequeño, mal iluminado, ocupado casi enteramente por uno de esos telares manuales que los tejedores

pobres usan para trabajar las piezas que, en periodos de mayor trabajo, los grandes fabricantes reparten a los tejedores particulares. Detrás del telar había un joven de pie, mirando inmóvil a las recién llegadas. Era bajo, delgado, pálido, y de voz sosegada y amable. Al ver a Caterina sonrió y, limpiándose las manos en una madeja de lana, después de dejar la reluciente canilla de acero que sostenía, le tendió la diestra dándole los buenos días. Caterina le respondió con una sonrisa. No parecía cohibida en absoluto, sino muy contenta.

—Enrico, te presento a mi amiga —le dijo al joven.

—La conozco —contestó él, estrechándome la mano y ruborizándose un poco.

Era la primera vez que lo veía y también enrojecí. El joven notó mi sorpresa, mi azoramiento, y desempolvando una silla con una madeja de lana dijo:

—Usted es la hermana de…, ¿verdad? —dijo, pronunciando el nombre de mi hermano, que estudiaba en Florencia.

Y añadió que muchos días me veía pasar a las siete, en coche, por delante de Il Fabbricone, adonde él iba a esperar a su novia a la salida del trabajo. Yo sentía vergüenza de mí misma, del coche, del vestido y los guantes de piel que llevaba. Quise esconder los guantes en el bolsillo, me quité el sombrero (era uno de esos gorritos tiroleses que simplemente se calan con la mano), vi que Caterina hacía lo mismo. Entonces, de manera instintiva, no sé por qué, me sobrepuse a aquella violencia, sintiendo que debía de ofenderlo, y que mis gestos, mi sonrisa, mi mirada no eran naturales, sino forzados, hipócritas. Miré a Caterina. Ella sonreía, era evidente que no se avergonzaba en absoluto de su vestido, de sus guantes, de su sombrero, como si el contraste de su atuendo rico y elegante fuera algo meramente exterior, físico, no moral. Sin duda había una especie de complicidad entre Caterina y aquel joven o, mejor dicho, entre Caterina y aquella vivienda obrera, aquella Flora, aquel joven, que yo apenas intuía. Entretanto, el tejedor había salido, se oía un tintineo de vasos, y en aquellos breves instantes Caterina me miró con fijeza, pero con cariño. Parecía segura, tranquila. El joven volvió con tres vasos, que sostenía con un dedo metido en cada uno, y una botella bajo el brazo, que dejó en una mesa junto a la ventana, después de limpiarla de madejas de lana, hilos y migas de pan con un ademán amplio.

—Es el hermano de Flora —dijo Caterina en voz demasiado alta, casi forzada.

—Mi hermana regresará pronto —dijo el joven volviéndose—, tuvo que ir a la comisaría, por lo del papel. —Y sirvió el vino.

—Gracias —dijo Caterina—, sólo un traguito.

—No puedo beber —dije echándome a reír—, gracias, mi madre… —Y me interrumpí ruborizándome. Quería decir: «Mi madre no me permite beber fuera de las comidas», pero me contuve, muy avergonzada.

—Es lo único que tengo —dijo el joven—, si gustáis.

Advertí que no dijo lo que suele decir la gente del pueblo en casos similares, «Somos gente pobre, usted comprenderá» o algo por el estilo. Hablaba y se movía con una dignidad sencilla y gentil, como si realmente no hubiera diferencia entre él y nosotras, a no ser una diferencia física sin importancia, pero no de orden social ni moral. Yo observaba a Caterina admirándome de la seguridad, la sencillez, la amabilidad con que hablaba, con que se llevaba el vaso a los labios, daba un trago, dejaba el vaso en la mesa, decía:

—¡Qué bueno!

Y parecía no sólo que tenía confianza con los de la casa, sino que se sentía bien con aquella gente, como si estuviera acostumbrada a tratar con el pueblo.

—Su hermana tiene que irse de la ciudad —me dijo Caterina en cierto momento—. Han dictado orden de expulsión contra ella.

—Ah —dije, aunque sin saber qué era aquella orden.

—Esos canallas no la dejan tranquila —dijo Enrico—, van por ella. La toman por una…, la tratan como a una… Mejor así. —Hablaba con voz reposada y afable. No traslucía ni odio ni rabia.

—He venido por eso —dijo Caterina— y a traerle lo que ella sabe. Mi amiga es de confianza —añadió al ver que el muchacho me miraba.

—No me cabe duda —dijo Enrico riendo, sin dejar de mirarme fijamente. Había una especie de amenaza en aquellas palabras, que el tono tranquilo y su sonrisa disimulaban mal.

—No hay nada de malo en todo esto —dijo Caterina mirándome también, como si quisiera ocultarme la importancia del motivo que la había llevado a aquella casa y la realidad de la relación que mantenía con aquel joven.

—Mi padre aún no sabe nada —dijo Enrico—, pero ¿para qué decírselo? ¡Para lo que le importa! Pero sí tendríamos que evitar que lo supieran. Quiero decir —añadió con cierta vacilación— que no hay que fiarse.

—Que quede claro —dijo Caterina— que no quiero tener nada que ver con nadie, aparte de ella y, claro está, de Flora.

—Por supuesto, yo siempre estoy aquí, al menos de momento. —Y sonrió. Había vuelto al telar, había cogido la reluciente canilla de acero y estaba introduciendo un huso de lana gris—. Tengo que entregar esta pieza esta semana —añadió.

—¿Qué es, una manta? —preguntó Caterina.

—Paño caqui —contestó Enrico—, para el ejército. Pésima calidad. Con esta basura quieren ganar la guerra —añadió accionando la palanca con el pie y haciendo correr la canilla. El telar dio un golpe seco, la canilla se deslizó hacia atrás con un rumor metálico y un pitido leve, que parecían el ruido y el pitido remotos de un tren que atravesara el campo nocturno. Pero incluso aquello lo dijo con tono sosegado y dulce. Me gustó lo suave de sus gestos, su serenidad, aunque quizá sólo era aparente, incluso su dignidad. Y me sorprendía ver en un obrero aquellas maneras, aquella gentileza señorial, aquella timidez cortés, serena y segura.

—Peor para ellos —dijo Caterina, para mi gran sorpresa.

—Basta con que nos dejen hacer la guerra hasta el final, que no nos quiten de en medio antes —dijo el joven, aludiendo, según me pareció, a la policía y no a los ingleses.

—La policía es estúpida —dijo Caterina—, pero debemos estar atentos, lo peligroso empieza ahora.

—Es verdad, el peligro está por venir —convino Enrico cogiendo la canilla con la izquierda y parando el telar—. Cuando se den cuenta de que han perdido la guerra, se pondrán rabiosos. Ya están enseñando los dientes.

—Son estúpidos —dijo Caterina alzando la voz y con el rostro inflamado—, si entendieran algo, no perderían el tiempo con gente como Flora…

—A lo mejor no lo pierden… Yo creo que no. A lo mejor se han llamado a engaño, pero nunca se sabe, hay que estar alerta —dijo él como con despreocupación, en voz baja, con su tono afable y casi distante.

—Si yo fuera Flora, tampoco me fiaría mucho —señaló Caterina —, pero puede que no sepan nada.

—Es posible, pero también es posible que finjan que no saben nada, para tendernos una trampa.

Caterina se quedó pensativa y en silencio. Se oía el rítmico batir del telar, el rumor, el pitido leve de la canilla. Al cabo de un instante, Caterina se volvió hacia mí, sonriendo:

—No hace falta que te lo explique, seguro que has entendido lo que pasa. Es una vergüenza que ni siquiera se pueda ayudar a las pobres mujeres. ¿Es que quieren que se mueran de hambre? —Y me miraba fijamente.

—¿No sabe nada tu amiga, la señorita? —preguntó Enrico con una voz extraña, mirándome con desconfianza. Había vuelto despacio la cara y me observaba con atención.

—No, aún no —contestó Caterina.

—Naturalmente, no querrá buscarnos la mina, mandarnos a la cárcel.

—De mi amiga podemos fiarnos, respondo por ella. Además —añadió—, yo sería la primera en caer.

—Habría que ver lo que dice Flora, a lo mejor tu amiga no le gusta, no se fía de ella.

—Ya sería demasiado tarde; pero Flora está de acuerdo. Todo depende de lo que le digamos.

Yo callaba, muy intrigada por aquel diálogo y, aún más, por la gravedad con la que Caterina hablaba y a ratos me miraba. Yo no acertaba a adivinar qué era todo aquello, pero estaba convencida de que no era nada malo.

—¿Y Stefano no lo sabe?

—No, ¿cómo iba a decírselo?

—Ya se encargará Flora de hacerlo —dijo Enrico con una sonrisa irónica.

—Creo que eso no es de su incumbencia —dijo Caterina, levantando un poco la cara, como si quisiera mirar hacia arriba. Era su modo de mostrarse orgullosa.

—A Stefano le incumbe todo, incluso las tonterías —ironizó fríamente Enrico, sonriendo.

—No podrá sino alegrarse —dijo Caterina—. Mi amiga puede sernos de gran ayuda. Además, es cosa mía. Yo soy la responsable.

—¿No tiene usted miedo de la cárcel? —me preguntó el joven, de sopetón, mirándome.

—¿La cárcel? —dije—. ¿Y qué es la cárcel?

Enrico sonrió, me miró largo rato y dijo:

—Sí, eso, ¿qué es la cárcel? Yo no lo sé. Para saberlo hay que haber estado.

—En la cárcel acabaremos todos —dije.

—Seguro —dijo Enrico—. ¿Y usted no tiene miedo?

—Tengo un miedo tremendo —contesté riendo.

Mientras yo hablaba con el joven, Caterina me miraba con gran atención. Estaba un poco pálida, los ojos parecían más hundidos, más oscuros. Yo sentía vagamente que estaban sometiéndome a un examen, que aquellas palabras, aquel diálogo, tenían un fin preciso, más allá del sentido manifiesto de la conversación. El joven, no cabía duda, me sondeaba. Y Caterina, aunque no lo pareciera, le seguía el juego, lo ayudaba en aquel examen. Esta idea me turbó un poco.

—¿Acaso está usted examinándome? —le dije al joven, brusca pero gentilmente.

Enrico me miró, cerró el telar.

—¿Nunca la han suspendido?

—Sí, una vez.

—¿En qué asignatura?

—En griego oral —contesté.

—Está en tercero de bachiller —dijo Caterina.

—¿Y tiene pensado ir a la universidad? —preguntó Enrico, que volvía a hablar con la amabilidad y serenidad del principio, y ya sin el tono irónico y hostil.

—Si de mí dependiera, sí —contesté.

—A mí también me habría gustado estudiar —dijo Enrico con sencillez, en un tono casi pueril—, pero ¿cómo? Nosotros, los obreros, no podemos. No tenemos tiempo. Nadie nos cree cuando decimos que no tenemos tiempo. Muchos creen que es por falta de medios o de ganas. No es verdad, no es por eso. La cosa es mucho más simple. No tenemos tiempo.

—¿Y por qué no tenéis tiempo? ¿No podéis, al salir del trabajo? —pregunté, más para que Enrico viera que me interesaban sus problemas, que porque me interesaran realmente.

—Trabajamos todo el día, y cuando volvemos a casa, de noche, es hora de cenar. Después de cenar estamos cansados y tenemos que dormir, para levantarnos temprano. Y nosotros, los artesanos tejedores, aún lo tenemos peor. Trabajamos a destajo, y muchas veces no nos dan más que dos o tres días para entregar el trabajo. ¿Qué podemos hacer? Hemos de trabajar por las noches.

—¿Y por qué no trabaja en una fábrica, como los demás? —pregunté.

—No me quieren —contestó Enrico tras un silencio, con profunda amargura—. No tengo el carnet y, además, no me quieren. Me tienen fichado como peligroso —aclaró riendo—. O sea, que no me queda más remedio que seguir de artesano. Pero yo soy un obrero, me gustaría trabajar en una fábrica, con otros. No me gusta trabajar solo.

Empezaba a oscurecer, y el joven, después de detener el telar, había encendido una bombilla eléctrica atada en lo alto del telar. De la calle llegaba un ruido confuso de pasos, ruedas de bicicletas, timbrazos, voces de muchacha, de hombre, el estrépito de una multitud que camina deprisa. Eran los obreros de Campolmi, que salían de la fábrica. De pronto se oyó la puerta de la calle que se abría chirriando, en la otra punta del pasillo, y una voz masculina que dijo:

—¿Enrico?

Rápidamente, el joven dejó el telar y salió del cuarto. Oímos hablar en voz baja, la voz de Enrico que decía:

—No hables tan alto.

Luego otra de hombre, dura, al desconocido que reía, y a Enrico, que le decía:

—No, no.

La puerta se abrió de nuevo, chirriando, y oímos a Enrico que venía por el pasillo. Entró.

—Quería despedirme —dijo mirando a Caterina, que no pestañeaba. Nos quedamos los tres en silencio, escuchando las voces que llegaban de la calle (instantes breves, instantes de turbación), cuando la puerta se abrió y apareció Flora.

Iba vestida de mujer, con una chaquetilla a cuadritos blancos y negros entallada que le llegaba hasta la misma garganta, y una falda corta ceñida a las caderas, color turquesa, de lana virgen.

Vestía con sencillez y con esa elegancia a la vez espontánea y cuidada de las obreras.

—Buenas tardes —dijo al entrar.

Miraba a Caterina pasándose la mano por el pelo y, quizá sin darse cuenta, se revolvía el de la frente y las sienes. Sonreía y no parecía nada cohibida, aunque había un poso de tristeza en su mirada oscura y brillante. Caterina se había levantado con brusquedad, se había acercado a la muchacha y le había tomado la mano. Y me sorprendió su actitud cariñosa, entre vehemente y asustada. Se había apresurado a recibir a la muchacha como si ésta acabara de sobrevivir a algún peligro o se dispusiera a correrlo. Me parecía agitada, casi emocionada, lo que contrastaba extrañamente con la desenvoltura e ironía de la otra, quien, sin dejar de tocarse el pelo con una mano, permitía que Caterina le apretara la otra y la miraba a la cara de un modo directo, en una actitud que me pareció desafiante, como si quisiera medirse con ella, o comparar algún detalle de sus personas, el vestido, el peinado, la cara. Ahora que la veía de cerca, Flora se me antojaba mucho menos vulgar de lo que me pareció la primera vez que la vi, hacía tres días, en el cañaveral del río. Ya fuera porque iba vestida de mujer, tenía un aire más reposado, una expresión más segura, unos gestos más desenvueltos que la primera vez, o ya fuera, sencillamente, porque estábamos en otro ambiente, lo cierto es que la veía muy distinta y como ennoblecida. Advertí que estaba pálida y tenía marcadas ojeras, señal de cansancio o preocupación. La opinión malévola que la gente tenía de ella, y la severa opinión que luego se formó cuando los acontecimientos pusieron crudamente de manifiesto la extraña personalidad de la muchacha, no alteran la opinión que tengo de Flora.

Un hombre muerto no está muerto

Muchos meses llevo huyendo del odio perverso de quienes no perdonan que haya hombres libres (y en Italia, ser un hombre libre es un gran crimen que se paga con la prisión, la miseria y en ocasiones la muerte), y desde entonces vivo encerrado en casa de un joven tocólogo, en un barrio frío y tétrico de las afueras de Roma, sustraído a las afanosas pesquisas de la policía. Pero prefiero vivir encerrado en casa de un amigo que no en una celda de Regina Coeli. Ya me he acostumbrado a estas huidas, a esta existencia secreta de bandido. He estado en la cárcel seis veces, es suficiente. Sólo pensar que me toquen las manos inmundas de los polizontes, que me miren sus caras melancólicas, sus ojos de bestia triste, asustada y suplicante, ojos a los que el miedo, la miseria, la desesperación vuelve tétricos y malvados, sólo pensar eso me da fuerzas para vivir como un bandido, encerrado en un cuarto, sin salir más que muy de cuando en cuando, de noche, a respirar un poco de aire fresco. La casa de mi amigo es pequeña, de apenas tres habitaciones, una cocina, un dormitorio y un gabinete donde atiende a veces a alguna paciente especial. El gabinete es pequeño, con estanterías que llegan al techo y cubren todas las paredes. La ventana da a una alameda de árboles tristes y desmedrados. Las estanterías están llenas de libros de medicina y ginecología, y delante de los libros, en el borde de los estantes, hay alineados instrumentos de obstetricia, como fórceps, horquillas, cucharas, trépanos, cuchillas, dilatadores, pinzas de varios tipos, sierras, gomas hemostáticas y frascos de cristal llenos de un líquido transparente y amarillento. En cada uno de estos frascos hay un feto humano. Desde hace cinco meses vivo en medio de esta muchedumbre de fetos, oprimido por el horror. Vivir entre fetos huyendo del odio de los hombres que han nacido, ¡qué destino para un escritor! Cuando alzo los ojos de las páginas de un libro, mi mirada se encuentra con los ojos semiabiertos de los pequeños monstruos y el corazón me palpita. A veces, por la noche, me

despierto sobresaltado y tengo la impresión de que los monstruos, de pie unos, otros sentados en el fondo del frasco, o encogidos como si fueran a dar un salto mortal, alzan la cara y me miran. Junto al cabezal de la cama (más que una cama parece un sofá sin brazos), sobre una mesita, hay una radio pequeña, y a su lado, un gran frasco de cristal donde flota el Dios de mi extraña prisión, un horrendo y gentil Tricéfalo, un feto con tres cabezas, de sexo femenino: las cabezas son pequeñas, redondas, del color de la cera, de ojos esféricos, de bocas menudas. Yo las llamo las tres Gracias y estoy convencido de que me traerán suerte. Cuando camino por el cuarto, el pavimento vibra un poco y las tres cabezas oscilan de un modo horrible y graciosísimo, mirándome con fijeza con los párpados entornados. Los otros fetos están como más absortos, son más tristes, más ominosos.

Algunos tienen el aire absorto del *noyé pensif* de *Le bateau ivre*. Y se me ocurre coger uno de los frascos y sacudirlo, para ver que, efectivamente, el *noyé pensif parfois descend*, desciende dentro del recipiente de cristal, como en el verso de Rimbaud. Tienen la boca entreabierta, una boca ancha, semejante a la de las ranas. Las orejas son menudas, amarillas, rugosas, la nariz es socrática, la frente está surcada de arrugas antiguas, de una vejez no contaminada aún por la edad, una edad virgen, sin años. Hay unos que juegan a la comba con la larga cuerda blanca del cordón umbilical, poniendo en el ejercicio gimnástico la gracia atlética de un boxeador de Madison Square educado por Diáguilev. Otros aún siguen sentados, hechos un ovillo, en una inmovilidad atenta y desconfiada, como aguardando a salir de un momento a otro a la vida: tienen aspecto de hombres que aún no han nacido y que quizá jamás nacerán. Éstos son los que más se me parecen, los que más se nos parecen. Están ante la puerta cerrada de la vida como nosotros ante la puerta cerrada de la muerte. Hay algo en los muertos que los asemeja a los fetos. Otros parecen paracaidistas suspendidos en el aire, pillados en el momento en que el inmenso sombrero de seda blanca se abre de repente y da un estirón de las axilas y de la cara, que se contrae con una mueca de miedo, de alegría y de maravilla. Caen lentamente de un cielo altísimo, helado, invisible, que es, me digo, nuestro mismo cielo, el cielo de Italia, el mismo cielo que veo por la ventana de mi horrenda prisión, un cielo que se extiende sobre los tejados como

un cielo pálido de Degas sobre un paisaje de casas suburbiales. Caen lentamente del mismo cielo italiano y romano del que caían dando vueltas las águilas cuyo vuelo interrogaban los antiguos. El mismo cielo que el del Campidoglio, que el de la cúpula de San Pedro, que el de Trinitá dei Monti, que el de la tumba de Cecilia Metella. ¡Qué extraña clase de ángeles tiene Italia cayendo de su cielo! ¡Qué extraña clase de águilas! Otros duermen encogidos como en actitud de grande y cansado abandono. Otros ríen, abriendo mucho la boca de rana, con los ojos cerrados por unos párpados como de batracio, pesados y arrugados, con los brazos cruzados en el pecho, con las piernas abiertas. Otros parecen escuchar misteriosas voces remotas, con sus orejas pequeñas de marfil antiguo. Otros, por último, siguen con los ojos todos mis movimientos, todos mis gestos, el rasgueo cuidadoso y lento de mi pluma en la página blanca, mis paseos absortos por la estancia, mi abandono soñoliento ante la chimenea encendida. Hay uno que parece un Cupido en el acto de disparar una flecha con un arco invisible, un Cupido lleno de arrugas con cara de viejo pensativo, con la boca sin dientes de un Voltaire, en el acto de disparar una saeta dirigida al corazón de una decrépita Venus de Lucas Cranach. Hacia él vuelvo los ojos cuando me invade la melancolía y el horror de la prisión, y oigo voces de mujer que suben de la alameda, o se llaman y responden de una ventana a otra: ese feto parecido a Cupido es para mí la imagen más viva y alegre de la primavera, del amor, del gozo, de la juventud: ese pequeño monstruo deforme que los fórceps del tocólogo extrajeron a la fuerza del vientre materno, ese anciano menudo y horrendo que se gestó en el seno de una mujer joven.

Pero hay algunos que me turban, que no puedo mirar sin secreto horror. Hay dos fetos de cíclopes, uno que se parece al descrito por Birnbaum y el otro al descrito por Sangalli: me miran con el único ojo redondo y fijo en la gran órbita, un ojo amarillento y opaco, parecido a un ojo de pez. Hay horrendos diprosopos, monstruos de dos caras, como el dios Jano, con la faz anterior redonda y abierta, y la posterior más pequeña, arrugada, contraída en una mueca de viejo feo. Hay, por último, unos horribles bicéfalos, que mueven sus dos cabezas. A veces, cuando me siento ante la chimenea encendida, en el silencio gélido de las noches de invierno, y poco a poco me quedo medio dormido, veo, o creo ver, que los monstruos

se mueven en los frascos de cristal, levantan lentamente los brazos, vuelven la cara y me miran. Me miran sonriendo, y esa sonrisa me resarce no poco de una vida llena de errores, de locuras, de cárcel, de amor. A veces los oigo conversar en un lenguaje antiguo, incomprensible, remoto (las palabras flotan en el alcohol, se deshacen como burbujas de aire, se posan en el fondo del frasco de cristal igual que palabras de cera amarilla y transparente), conversar como las momias de Leopardi. Y, escuchándolos, me digo a mí mismo: «¿Acaso no es éste nuestro lenguaje íntimo, profundo, antiguo, misterioso, el lenguaje misterioso del infierno profundo de nuestra conciencia? ¿No es éste el lenguaje de Europa? ¿No es éste el lenguaje secreto de Europa? ¿No son éstos nuestros testigos, los que nos ven vivir desde el umbral de la vida, los que se adentran en la sombra de la vida nonata, los que se retraen a la cavidad primigenia como al vientre de nuestra madre común, para vernos vivir, sufrir, gozar; para vernos morir, ellos que no han nacido, que no morirán? ¿Acaso no son éstos los testigos de la inmortalidad primera de la vida, como testigos de la inmortalidad de después de la vida, de la eterna existencia de los muertos, de estos fetos de la muerte? ¿No son éstos los jueces del mundo? ¿No son éstos los testigos de la vida de los hombres, de la vida de Europa, de la vida de los italianos? ¿Nuestros jueces, los jueces de nuestra vida y de nuestra historia? Ellos, los fetos no nacidos, son nuestros jueces, no los muertos. Ellos nos juzgan, juzgan nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestras acciones: severos, justos e implacables».

Y, así, a veces, ciertas noches del pasado invierno, cuando más me oprimía la angustia de la prisión, y la desesperación de las cosas humanas, de las cosas de Europa e Italia, cuando más me ahogaban las miserias y los padecimientos de los hombres, su crueldad e ignominia, sus crímenes y su piedad, cuando más me abrumaba la angustia de nuestra humanidad de hombres nacidos, de hombres vivos, me figuraba estar delante de mis jueces y tener que defenderme, de jueces que debían juzgar no sólo mis pensamientos, mis sentimientos, mis acciones, sino los de todos los italianos, todos los europeos, toda la humanidad. En aquel tiempo me acometían a menudo males contraídos en la guerra, la guerra contra los alemanes de 1914 a 1918 y la de 1943, por causa de la humedad a

la que estuve expuesto en los pantanos del Aisne, en los barrizales de Sissone, en los largos meses de invierno en los montes de Apuania, y todo mi sistema nervioso andaba trastornado, sobre todo el nervio trigémino, que me hacía sufrir terriblemente, con dolores de cabeza, de dientes, con la vista nublada, de manera que, con la cara hinchada, con dolor de encías y casi ciego, me movía a tientas por la estancia, que los reflejos de los frascos de cristal de los fetos iluminaban con una extraña luz fría y cortante.

Como yo no podía salir de la casa para ir al dentista ni al oculista, mi amigo ginecólogo me trataba con los medios de la obstetricia y los instrumentos de su extraño oficio. Y un día que me había quitado un diente con unas pinzas de gancho, de esas que sirven para cortar el cuello de los fetos en los partos difíciles, con unas tenazas y con esos horribles instrumentos que se llaman basiotribo y craneoclasto, que se usan para quebrar el cráneo del feto dentro del vientre materno, y yo yacía dolorido en mi pobre cama, tuve, en plena noche, una singular alucinación. Me pareció que aquellos horrendos compañeros, testigos y jueces de mi cautividad, salían de sus frascos y se movían por el cuarto, subían a la mesa, a las sillas, a las cortinas de la ventana, hasta a mi cama. Se mueven de un modo muy extraño, casi con solemnidad, y poco a poco se congregan en el suelo, en el centro del cuarto, justo enfrente de mi cama, formando tres filas, como un areópago, un consejo de jueces. Sus cabezas calvas relucen horriblemente. Algunos se mueven con gravedad, respondiendo con arrogancia al saludo grave de los ancianos, que forman la primera fila, sentados en el suelo. El Tricéfalo se halla sentado en medio de un grupo de ancianos, en el centro del semicírculo de los jueces. Y se me antoja una especie de juez supremo, de gran inquisidor. A su lado se sientan los horribles diprosopos, de dos caras. Mientras ellos se colocaban formando un semicírculo en el suelo, yo, quizá para escapar del horror y el asco que me daba verlos, miré a la ventana. Y vi así la noche más maravillosa que nunca había visto.

Parecía de día, de lo clara que lucía la luna sobre los tejados y los árboles de la alameda; las hojas de los árboles eran de un color rosa y dorado, y en toda la calle se oía un rumor de hojas al viento, como el de un bosque que cantara. Recordé lo que Madame de Sévigné escribía en su castillo de los Rochers, en Bretaña: «*Je serais*

fort heureuse dans ces bois, si une feuille qui chantât: ah, la jolie chose, feuille qui chante!
j'avais
qu'une
». Me parecía que de aquellas hojas salía una voz, una canción que, más que canción, eran palabras, dichas con voz tan triste y dulce, que sentí que me ponía pálido y casi me desmayaba. Por la ventana entreabierta había entrado una hoja volando, que había venido a posarse en mi cama. Y tenía la impresión de que, al tocarla, la hoja hablaba, cantaba. El cielo acariciaba el cristal de la ventana, tan cercano que el resplandor de la luna, resplandor de plata serena y fría, iluminaba extrañamente el cuarto. Veía bosques inmensos, el mar frente a mi casa de Capri, oía el murmullo del viento en las hojas de los arándanos al soplar ladera arriba y en las matas de romero. Pero de pronto una voz me sacó de aquellas ensoñaciones. Era la voz del Diprosopo, que me decía:

—Te corresponde acusarlo. Nosotros somos jueces, no podemos acusarlo. No hemos vivido, no podemos juzgarlo. Te corresponde a ti.

Yo quería protestar, no sabía de qué juicio, de qué acusación se trataba. Pero entonces el Diprosopo, alzando la voz y señalándome con una mano menuda y arrugada, dijo:

—¿Así que tú también eres un cobarde? ¿Así que todos los italianos son unos cobardes? ¿Ni uno solo de vosotros es capaz de decirle la verdad, de escupirle los cargos a la cara? ¿Dónde está tu orgullo, tu odio?

—¿Qué orgullo? —repuse—. ¿Qué odio?

—Tu orgullo, cuando también le tenías miedo; tu odio, cuando también lo temías.

—No sé de qué hablas —dije, pero me temblaba el cuerpo como si un instinto me avisara de que pasaba algo serio, de que me amenazaba algún peligro.

Entonces el Diprosopo dio unas palmadas y, dirigiéndose a un grupo de monstruos que había aparte, dijo:

—Que entre el acusado.

Miré hacia un ángulo del cuarto, hacia el que todos se habían vuelto, y me quedé horrorizado.

Entre dos de aquellos monstruos venía caminando lentamente

un feto que, aunque no era más alto que los que lo custodiaban ni que los demás, me pareció enorme, de proporciones gigantescas. Iba desnudo, tenía una gran barriga, las piernas estevadas y cubiertas de pelos blanquecinos, el pecho muy velludo, de un vello también blanquecino, brillante, semejante a la pelusa de los cardos. La piel y la carne eran fofas, blancuzcas, casi tiernas, aunque más como piel y carne de viejo que de niño. Los largos brazos pendían a los lados y se balanceaban al compás de los pasos, unos pasos lentos, graves y, lo que me pareció espantoso, silenciosos, como si los pies estuvieran hechos de una materia blanda. Pero lo que más me horrorizó fue la cabeza: enorme, redonda, como inflada, en la que relucían intensamente, con una luz blanquecina también, lacrimosa, dos ojos grandísimos, dilatados, no sé si por miedo, por asombro o por repugnancia. La expresión era no ya de insolencia, sino de inmenso orgullo y, al mismo tiempo, de gran medrosidad, como si en ella lucharan la fuerza y el miedo y, sin prevalecer ni una ni otro, compusieran una expresión a un tiempo de cobardía y de heroísmo, como la que ilumina y ensombrece el rostro de algunos personajes del *Ecce homo* de Grosz o del mejor Masaccio. Era un rostro de carne humana. Y la grandeza y la miseria, el orgullo y la vileza, de la carne humana, del rostro humano, brillaban en él en toda su terrible crudeza. Pero lo más maravilloso de aquel rostro era que, aunque yo lo reconocía y veía que era su rostro, al mismo tiempo me parecía que era el rostro de todos nosotros. En aquella expresión se mezclaban de tal manera la fuerza y la debilidad, la ambición y la desesperación, la tristeza y el triunfo, que era realmente un rostro humano, un rostro de carne humana, y por primera vez fui consciente del horror y la fealdad del rostro humano, de la repugnancia de la carne humana, en toda la plenitud de su miserable triunfo. Me sorprendió también la sensación de seguridad, de firmeza, de perennidad que aquel rostro transmitía, frente a la sensación de fugacidad que suele transmitir el rostro humano. Era una carne que se descomponía, que temblaba por disolución incipiente, una carne de feto y de viejo, aún no formada y que ya se deshacía. Pero al mismo tiempo era un rostro firme, cuya expresión parecía grabada con caracteres indelebles, aunque fuera en una materia que se disolvía por estar ya medio podrida. La cara parecía desproporcionadamente grande para una cabeza que,

sin embargo, era también enorme, y eso se debía a que la expresión se imponía sobre la forma de la cabeza o, mejor dicho, porque la expresión del rostro era tan intensa que hacía olvidar la fragilidad fétida y fláccida de la materia de que estaba hecho. La luz blanquecina de los ojos inmensos, desorbitados, que observaban la espantosa escena y sus personajes, era una luz de corto recorrido, como si su gran potencia se extinguiese de pronto al poco de salir de la prisión de las órbitas profundas. ¡Y qué expresión acusadora, despreciativa, suplicante la de aquella mirada breve e intensa! De pronto el feto enorme me miró y, cosa extraordinaria, sonrió. Parecía reconocerme, porque aquella mirada se fijó en mí y sus labios, gruesos y lívidos, fláccidos como párpados, sonrieron. Era una sonrisa tímida y al mismo tiempo violenta, con esa violencia característica del miedo, la desesperación, el sufrimiento. Con esa violencia profundamente cristiana propia de los desesperados, que han perdido hasta la última esperanza y de pronto se aferran a una ilusión, a un sentimiento de confianza vago y fugaz. Y con aquella sonrisa la expresión cambió: de pronto pareció un rostro de mujer, un rostro hinchado que los años, o las penas, o el amor, o el placer hubieran ajado. Parecía el de una mujer que se levantara de la cama con las primeras luces del alba, un rostro deforme, blanco, en que los restos de maquillaje se mezclan con el sudor del sueño carnal y hacen más profundas las arrugas, los pliegues de la carne estragada, las heridas del placer amoroso: parecía el rostro de una mujer vieja que, ofendida, engañada, abandonada por el amante más joven, lo aborreciera con cariño, con rencor clemente, con el odio que da la carne traicionada y ofendida, y se levantara de la almohada empapada en lágrimas como del fondo de un sepulcro, como de la niebla de una noche triste y postrera. La súplica muda de aquella mirada, de aquella sonrisa, de todo el rostro en sí, en el que restos del maquillaje de la antigua gloria acentuaban las arrugas del fracaso, los pliegues del engaño, de la frustración, del miedo, aquella súplica muda era de una intensidad tan grande, que temí que de aquellos labios saliera de pronto un grito pidiendo piedad, perdón. Pero al ver que aquellos labios sonrientes seguían cerrados, mudos, me tranquilicé. Eso sí, la sensación de que aquella faz era de mujer persistió y, así, me pareció que también había algo femenino en el cuerpo de aquel feto enorme: tenía los pechos muy gordos,

como rellenos de grasa y leche, y el vientre muy caído, como si hubiera parido mucho. De hecho, y por una de esas singulares asociaciones con lecturas, con recuerdos literarios tan frecuentes en mí, me recordó a un personaje del libro *Delphine* de Madame de Staël, Madame Vernon, que no es sino el retrato femenino, por decirlo así, de Talleyrand.

Andaba despacio, contoneándose, como tantas veces lo había visto contonearse en el balcón del Palazzo Chigi y del Palazzo Venezia, o pasando revista a las tropas en los documentales. Aquel contoneo era muy femenino y, a la vez, muy morboso. Parecía, aunque estuviera desnudo, uno de esos hombres gordos y deformes vestidos de mujer que se ven por la noche en las calles de Piccadilly o en las esquinas de Jermyn Street, en Londres; esos singulares personajes que emergen de la niebla en *La Chanson du mal-aimé* de Apollinaire, ese singular Oscar Wilde que se asoma a la esquina del Quai del Sena en ciertas memorias de contemporáneos o en los recuerdos de Gide. Y, como tantas otras veces, enseguida me avergoncé de pensar aquello, de compararlo con aquellos personajes, con aquel Oscar Wilde, pero con más vergüenza y pudor que en otras ocasiones, porque era la primera vez que faltaba al respeto a aquel hombre desde que estaba muerto. Siempre había pensado en él con libertad, sintiendo una especie de complacencia en rebajarlo, en ridiculizarlo, pero cuando vivía. Ahora estaba muerto y me avergonzaba compararlo con aquellos personajes. Pues una cosa estaba clara: aunque se moviera, tuviera los ojos abiertos y respirase, estaba muerto; como estaba claro que los fetos, aunque estuvieran vivos, se movieran y hablaran, no habían nacido. Los muertos se parecen mucho a los fetos: son los fetos del más allá, los fetos de la tumba, de la muerte. Han estado vivos y ahora «nacen» a la muerte, al igual que los fetos no han nacido y tampoco han muerto, o han muerto sin haber nacido. Además, el aspecto de aquella carne fláccida, descompuesta, gelatinosa, que parecía carne de medusa, me infundía una gran desconfianza, un invencible pudor, un asco profundo. ¡Qué poco consistente es la carne humana! ¡Qué poco dura, qué poco resiste, qué poca sustancia tiene la carne del hombre! Era una carne blanca, fláccida, semejante a la de los fetos: llena de arrugas y pliegues, y la misma piel tenía

aspecto (digo aspecto, pues me horrorizaba tocar aquellos pequeños monstruos o al hombre que se acercaba a paso lento, grave, silencioso, como si pisara con pies de goma), tenía aspecto de esa epidermis de goma que recubre ciertas muñecas, de esas que flotan en las bañeras, inertes, livianas, medio descompuestas en el agua con espuma de jabón y de grasa disuelta. Era la carne humana en toda su verdadera sustancia, en su real esencia: en su más humana realidad. La misma carne de la que está hecha Venus, de la que está hecho Marte, de la que están hechas las mujeres jóvenes y los héroes jóvenes, de la que está hecha Simonetta degli Albizi y Alejandro Magno, de la que están hechos Gabrielle
d'Estrées
y Julio César. La misma carne débil, frágil, que se cansa fácilmente, de la que están hechos los hombres, todos los hombres; siempre la misma carne tibia, suave cuando se toca, blanda cuando se aprieta, lisa cuando se acaricia, que en poco tiempo, en pocas horas, en pocos instantes, si no se cuida, si se aparta de ella la mirada cansada del placer, enseguida muere, enseguida se descompone, enseguida se cubre de sudor, y en los pliegues de la rodilla, del codo, de la cintura, del cuello, se forma un velo húmedo y viscoso que anuncia que la carne, esa preciosa carne de los veinte años, o esa carne dulcísima de los treinta, está destinada a lo mismo y ha nacido para morir, y que la muerte es descomposición, sudor viscoso, aliento hediondo, y que nada es más caduco y sucio ni está más destinado a la muerte que la carne humana. ¡Qué poca gloria hay en ella! ¡Qué poco triunfo hay en la gloria de la carne humana, en el placer, en la juventud, en el amor, en nuestra fidelidad apasionada y triste a la materia de la que estamos hechos, de la que están hechos nuestros sueños, pues también nuestros sueños están hechos de la misma materia de la que está hecha nuestra carne! Me parecía una medusa marina enorme, blancuzca, gelatinosa, que hubieran sacado a la orilla y estuviera descomponiéndose, pues así se descompone un hombre como él si se lo saca a la orilla, aunque fuera un Alejandro, un César, un Luis XIV. El horror de la carne humana, su destino, se pintaban en aquel rostro descompuesto e hinchado, y una suprema melancolía borraba sus rasgos. Eso era, ahora entiendo lo que empañaba su mirada, lo que eclipsaba aquella luz blanquecina del ojo: una melancolía inmensa y

desesperada. No había en aquella cara nada brutal, sino una especie de intensa, profunda humanidad, la consecuencia del hombre, de la caducidad de la materia que lo informa. Yo observaba aquel rostro por si descubría en él algo bestial, algo de perro, de caballo o de pez de sangre caliente, delfín, atún o ballena, pero lo único que veía era una expresión de humanidad desesperada y desengañada, y al tiempo de esperanza, de esa esperanza del hombre que se sabe perdido y se resigna a su fin.

Caminaba como quien ignora que está desnudo: meneaba las caderas como si fuera enfundado en un uniforme de gala, movía las piernas como si calzara botas de piel charolada, volvía la cabeza a un lado y a otro como si llevara la frente cubierta por la visera de la alta gorra ornada con el águila de oro. Y aunque ponía los pies en el suelo con firmeza leve, el vientre, inútil, molesto y fláccido, se le bamboleaba, de suerte que había en sus andares algo triunfal, como de un Carlomagno que se dirigiera, desnudo, al altar de San Juan en Laterano para que León lo coronase, o de un César desnudo que subiera por Via Sacra a celebrar su triunfo en Campidoglio, o de un George Pitt que entrase desnudo en Westminster en presencia de todos los lores. Algo de su viejo y estúpido orgullo seguía vivo en su rostro y actitud, pero mezclado con cierta pesadumbre, cierto temor, cierto pudor, cierta pusilanimidad. Yo lo miraba y sentía que me embargaba el ánimo una especie de compasión cariñosa como nunca había sentido por él en vida, una especie de profundo respeto, un sentimiento nuevo, que me desconcertaba y admiraba a un tiempo. Pero fue su sonrisa lo que me turbó, lo que me consternó, lo que me hizo sentir que también yo estaba hecho de carne humana, y que asimismo yo me descomponía, como una medusa, en aquella orilla a la que me había sacado su mismo destino, y el destino de Alejandro, de César, de Cleopatra.

Cuando alzó la cara y, al reconocerme, sonrió, me sentí, digo, traspasado por un sentimiento nuevo de vergüenza y desconcierto. Quise bajar los ojos, escapar del fulgor de su mirada blanda y débil, pero no pude. Lo observaba en silencio, sorprendido de ver de nuevo en él aquella cara femenina, aquel rostro de mujer que tantas veces me había turbado. Lo equívoco, lo morboso, lo extraña, groseramente sensual que siempre había observado en su cara, se había trocado en un maravilloso apetito de muerte, y era eso lo que

restaba al rostro toda apariencia bestial, pues el apetito de la muerte es propio del hombre, desconocido en las bestias. Si no hubiera sonreído, si no me hubiera reconocido y, con aquella sonrisa de mujer o de niño, no me hubiera pedido ayuda y protección, pues ése era, en realidad, el sentido de su sonrisa, es muy posible que yo no me hubiese turbado tan hondamente; pero ahora que me sonreía, me sentía culpable ante él, no porque lo hubiera ofendido de algún modo, a él, que no podía defenderse, sino porque, como todo el mundo, no había tenido el valor de rebelarme contra él en el apogeo de su gloria, porque también yo, como todo el mundo, había aceptado el peso de su carne, el triunfo de su carne, el destino de su carne humana. Y para no ver aquella mirada, cerré los ojos y me protegí la frente con la mano. Pero entonces oí la voz del Diprosopo.

—Hete aquí en presencia de tus jueces —decía el monstruo bifronte—. Serás juzgado.

Y prosiguió diciendo que ellos no podían acusarlo, sino sólo juzgarlo y pronunciar sentencia, y que acusarlo era incumbencia de otros, de alguien que hubiera vivido y tuviera la necesaria experiencia de la vida. El Diprosopo lo decía como justificándose, como si se avergonzara de no poder desempeñar la parte de la acusación, e insistía con diversas y profundas consideraciones en el hecho de que podían juzgar a los vivos y los muertos, pero no tenían el derecho de acusarlos. Y dirigiéndose a mí (noté que se dirigía a mí por su tono), añadió que quizá yo, mejor dicho, sin duda yo tenía el derecho de acusarlo, por todo lo que aquel hombre u otros en su lugar me habían hecho sufrir. Entonces abrí los ojos y dije:

—¿Qué esperáis que le reproche? ¿De qué crimen esperáis que lo acuse? —Y añadí que no me sentía con derecho a acusar a aquel hombre por el daño que me había infligido personalmente, sino por el daño, por el mal infligido a todos.

—No es eso lo que esperamos de ti —dijo el Diprosopo—. De sus crímenes contra el pueblo, contra Europa, contra la humanidad, será juzgado en otro lugar y por otros jueces. Aquí debemos juzgarlo por cuestiones personales. Por lo que te ha hecho a ti, a otros como tú, no a todos en general. Tú lo acusarás, tú…

—Yo no lo acusaré —repuse— de lo que me ha hecho a mí. No

porque no lo recuerde o lo haya perdonado, sino porque, pregunto, ¿quién puede condenar a un hombre como él por una cuestión personal? Me niego a juzgar la historia por cuestiones personales, mías o de otros. Y, ya que estamos, os pregunto: ¿qué importancia tiene el mal que me hizo a mí comparado con el que hizo a todos? ¿Qué proporción existe entre mis cuestiones personales y la historia del pueblo italiano, o de Europa? ¿Os imagináis a una mujer que se presente ante Julio César, Jesucristo o Alejandro y le diga: «Mereces morir porque tal día no atendiste mi súplica, o porque llevaste a mi marido o a mi hijo a la cárcel o al patíbulo»? ¿Qué manera es ésa de hacer la historia? Me niego a hacerle imputación alguna de orden personal.

—¿Te niegas, dices? —me preguntó el Diprosopo.

—Me niego —contesté— a juzgarlo y acusarlo por lo que me hizo a mí. No me expongáis a la reprobación de los hombres de bien.

—Y, sin embargo —prosiguió el Diprosopo en medio del murmullo de desaprobación de la asamblea—, te arrestó, te condenó a cinco años de cárcel, sin juicio, te encerró, te deportó a una isla salvaje, te expulsó de la vida civil cinco años, te desterró de la sociedad.

—No es verdad.

—¿Te atreves a negarlo? Es verdad.

—No lo recuerdo —me obstiné.

—Ah, ¿no lo recuerdas? ¿No recuerdas que durante más de diez años te vigiló, siguió, persiguió las veinticuatro horas del día; que espió todos tus movimientos, todos tus pensamientos, que leyó a escondidas todos tus escritos, incluidos aquellos secretos, íntimos, que no estaban destinados a la imprenta?

—No lo recuerdo.

—¿No lo recuerdas? Di mejor que quieres salvarlo, defenderlo…

—No quiero defenderlo. No es eso. Es que me niego a golpear a un hombre herido, a un hombre que no puede defenderse. Si hubiera tenido el valor de rebelarme cuando estaba vivo y era poderoso, de rebelarme a cara descubierta, de salir a la calle, de manifestarme ante sus ventanas enarbolando una bandera, una ridícula, sucia, estúpida bandera, entonces sí tendría hoy el derecho de acusarlo. Pero fui como todos, agaché la cabeza, aplaudí, di

vivas. Fui un cobarde como todos los demás. Y no tengo derecho a escupirle ahora que está muerto.

—Tú no fuiste como los otros: intentaste rebelarte, hiciste lo que pudiste. No es culpa tuya si tampoco eres un héroe. Italia no es un país ni de héroes ni de mártires: los hay, pero precisamente porque los hay puede verse que son pocos. No es culpa tuya si no eres un héroe ni un mártir. Pero por lo menos intentaste hacer algo, a diferencia de tantos otros. Estuviste en la cárcel, en el exilio. Este hombre te insultó, te ofendió, te agravió. Acúsalo, pues. Con una acusación es suficiente.

—Este hombre no me ha hecho nada malo.

—Otro que tal —dijo el Diprosopo, entre las risas perversas que salían de las bocas de rana de la asamblea—. Así son todos estos enemigos de tiranos, estos Brutos, estos Sénecas, estos Aristogitones. Cuando se les ofrece el cuchillo y se les dice: «Golpea al tirano», pasan de lobos a corderos, tiemblan, palidecen, tienen miedo, sueltan el cuchillo de Bruto. No quieren ensuciarse las manos. Quieren tenerlas limpias. No quieren comprometerse.

Y soltando una carcajada horrible, se volvió hacia los demás monstruos. Y, al hacerlo, quedó ante mi vista su faz posterior, la cara incrustada en la nuca. Tan cruel era el rostro anterior, como triste, compasivo y bondadoso el posterior, que parecía bañado en lo que Shakespeare llama *the milk of human kindness*, la leche de la gentileza humana. Y del color de la leche era, efectivamente, aquella carita pequeña, rugosa, de ojos arrasados en lágrimas, de frente estrecha y surcada de arrugas, de boca contraída en una mueca de dolor resignado. Todos los monstruos reían, y el Tricéfalo movía sus horribles cabezas, como si fuera un péndulo, y todos se agitaban con la risa. Entonces empezaron a irse uno tras otro, hasta que sólo quedó el monstruo, de pie, ante mí, mirándome. Se esforzaba por tragar saliva sin dejar de sonreír. Se veía que hacía grandes esfuerzos por hablar y no podía. Igual que mi perro, mi pobre *Febo*, en Pisa. Me entró tal piedad recordando a mi pobre *Febo*, que también yo le sonreí, traspasado por una gran piedad por él, por aquel enorme feto, por aquel pobre hombre muerto que no podía hablar, ni gritar, ni proferir una queja, un ay. Igual que mi *Febo*. Y sentí que me embargaba una gran piedad. Como cuando había encontrado a *Febo* después de buscarlo varios días por Pisa.

Era el invierno de 1940, durante la guerra absurda y feroz con Grecia. Había ido con *Febo* a Forte dei Marmi a pasar unos días y trabajar. Por entonces no había nadie en Forte, era a principios de enero, la playa estaba desierta, el mar lamía pausadamente la playa a la misma puerta de mi casa, que es la que el escultor Hildebrand y el pintor Böcklin construyeron junto al mar, la primera que se edificó en Forte dei Marmi, hacia 1900. La rodea un parque de altos árboles plantados por las mismas manos de Hildebrand y de Böcklin, árboles altísimos y cuajados de hojas verdes como los árboles en que Böcklin pintaba sus escenas de sátiros y de monstruos divinos de la Grecia antigua. Me paseaba durante horas con *Febo* por la playa desierta, sembrada de huesos de sepia blancos y de conchas negras, y de peces muertos que los pescadores retiran de sus redes. *Febo* estaba enfermo, caminaba con fatiga, tenía no sé qué en los riñones, y la casa era fría, no había carbón y el frío hacía sufrir al animal. En consecuencia, decidí trasladarme a Pisa y me alojé en el hotel Nettuno, en una habitación cálida que daba al río Arno.

Una mañana salí dejando a *Febo* en la cama. Cuando volví, mi perro había desaparecido. Seguramente me había seguido y se había perdido por la ciudad, débil y enfermo como estaba. Empecé a buscarlo con afán. Pisa es una ciudad de piedra tersa y clara, pulida por el viento, un viento terso y claro que sopla por la inmensa llanura pisana, surcada por el Arno y el Serchio. También mi dolor, mi afán, eran tersos y claros, pulidos por el viento. Iba de oficina en oficina, sin resultado. Tres días lo busqué, hasta que alguien me aconsejó que fuera a la clínica veterinaria de la universidad, donde había un laboratorio experimental. Me dirigí a la universidad, entré, pedí hablar con un veterinario de la clínica. Me hicieron entrar en una sala de techo alto, iluminada por una luz clara y fría. Aquí y allá, metidos en unas cajas de madera que parecían estuches de violín, yacían unos diez perros, unos con el vientre abierto en canal y sujeto por dos enormes pinzas, otros con el cráneo partido y una sonda que salía de él, atados por las extremidades a aquellos extraños aparatos de tortura. Eran objeto de vivisección y sobre ellos se inclinaban los médicos, atentos y curiosos. No estaban allí para sanar, sino para morir: para ofrecer su muerte a la ciencia, a la investigación médica, a la lucha contra los males que aquejan a los

humanos. Y, de pronto, en uno de aquellos aparatos, vi a mi pobre *Febo*: yacía con el vientre abierto, sujeto por pinzas metálicas: el hígado, la masa gelatinosa y blanca del peritoneo, del vientre, quedaban a la vista. Me vio, y como no podía mover la cabeza, atada firmemente al aparato, *Febo* me miraba, me suplicaba con unos ojos desorbitadamente abiertos, y parecía que se esforzara por gritar, por gemir, por pedir ayuda. Entonces advertí que en la sala reinaba un silencio horrible. No se oía más que algún que otro suspiro que exhalaba el pecho de los pobres animales, un jadeo contenido. Pero…

El Cristo de Baden-Baden

I

Todo el mundo sabía que Inge no era virgen. Lo sabía desde la tarde en que conoció a Rudolf. Para Inge no había tenido mayor importancia: cuando pensaba en él ni siquiera recordaba su cara. Lo único que recordaba era su voz, una voz grave, musical, lejana, que parecía venir de la otra orilla del río. Pero no: Rudolf estaba tendido junto a ella, en la orilla del Oos, enfrente del hotel Runkiweiz. Le hablaba con la boca hundida en su cabello y parecía una voz lejana, como si viniera de la otra orilla. Todo el mundo sabía que Inge no era virgen, se había acostado con Rudolf, luego con Karl, después, a fines de mayo, con un soldado vecino suyo que estaba de permiso. También se había acostado con un empleado de Correos, y luego con otro soldado, uno de Hamburgo, y puede que asimismo, aunque no se sabía a ciencia cierta, con un médico del hospital militar, un joven de Stuttgart que había estado en el frente ruso y había vuelto justo antes de la toma de Stalingrado. No se sabía a ciencia cierta que se hubiera acostado con el médico, pero sí los habían visto pasear por la Lichtenthaler Allee aquella noche, la misma noche en que la familia de Rudolf había recibido la noticia oficial de que Rudolf había caído en el frente de Smolensk. Quizá Inge se había acostado con el médico del hospital militar precisamente porque recibió la noticia de la muerte de Rudolf: quería poner algo, a alguien, entre sí misma y Rudolf. No se sabía a ciencia cierta que se hubiera acostado aquella misma noche, pero todos lo suponían, y quizá también Inge lo creía, aunque no lo supiera a ciencia cierta. Luego acabó la guerra y ya nadie supo qué hizo Inge aquellos días, aquellos años terribles, de hambre, de humillación.

La habían visto paseando con muchos soldados franceses, sobre todo al principio (cuando el general De Lattre de Tassigny obligaba

a la población de Constanza a barrer las calles como castigo por no haber puesto banderas en las ventanas el día de la entrada de los franceses, de los «libertadores»). Pero ¿cuántas jóvenes de B. no se habían paseado con soldados franceses en los primeros días de la ocupación? Todos sabían que Inge no era virgen, y aquello no tenía ninguna importancia para nadie.

El único que ignoraba que Inge no era virgen era Hans. No es que a él le importase mucho, o que pudiera importar mucho a un hombre como él, pero lo cierto es que Hans no lo sabía, era el único que ignoraba que Inge no era virgen. Por otro lado, y como para compensar la ignorancia de Hans, nadie en B. sabía nada de Hans. Ni quién era, ni de dónde venía, ni a qué se dedicaba, ni si volvía de la guerra, ni si era, como se pensaba, un simple prófugo del este, de Turingia, de Leipzig, de Königsberg. Por su aspecto, se diría que era de Prusia oriental, del distrito de Königsberg. Alto, delgado, atlético, de rostro triangular, un rostro claro como el de las esculturas de…, rubio, de ese rubio pálido del Báltico, de ojos azules, casi blancos, fríos, firmes, crueles, sin curiosidad (aunque llenos de una vida inmóvil, como de animal de presa al acecho), semejantes a los de los peces (el Báltico, de nuevo el Báltico, o, más que el Báltico, los lagos helados de Masuria), Hans, a primera vista, inspiraba, más que una instintiva simpatía, un interés inquieto, una especie de curiosidad recelosa. Había llegado a B. a principios de verano (quizá de Fráncfort, quizá de Stuttgart) y el primero que habló con él fue el quiosquero de la Leopold Platz, que días antes había trasladado el puesto desde la bocacalle de la Sophien Strasse a la esquina de la plaza, donde con anterioridad se erigía el edificio que fuera pasto de las llamas en 1945, el día que los franceses habían entrado en la ciudad. El quiosquero aún no se había acostumbrado a ver la Leopold Platz desde el punto donde tenía instalado ahora el quiosco (desde el antiguo, veía la Leopold Platz entera y las entradas de la Luisen Strasse y de la Sophien Strasse), y cuando, por la ventanita de su puesto, vio a Hans cruzar lentamente la plaza, no supo si venía de la Luisen Strasse o de la Sophien Strasse. Había reparado en él cuando Hans se hallaba ya en medio de la plaza (eran las dos de la tarde y las calles, como todos los días a esa hora, estaban desiertas) y apenas tuvo tiempo de observarlo, porque el desconocido se encaminó enseguida al quiosco y le hizo

una pregunta que, al pronto, le pareció natural, pero que con el tiempo le resultó cada vez más misteriosa, o por lo menos extraña. Hans le había preguntado dónde quedaba la Markgrafenstrasse y si sabía si el pastor Ippach vivía todavía en aquella calle.

El pastor Ippach era un pastor de la iglesia evangélica de B. que en los últimos años, al poco de acabar la guerra, había dado mucho que hablar. Casado con una rica americana, se había divorciado casi de repente, tras muchos años de un matrimonio que incluso a los mal pensados les parecía feliz. No se conocieron los motivos de aquel divorcio ni a nadie le interesó averiguarlos. Algún tiempo después se supo que el pastor había sido expulsado de la Iglesia evangélica, que se había casado de nuevo con una viuda rica, una alemana, que había ampliado su casa, donde vivía desde su primer matrimonio, que se había comprado un automóvil nuevo y que había fundado una iglesia personal (no me atrevo a decir una religión privada), cuyo templo era la pequeña Christus Kapelle que había construido en la Lichtenthaler Strasse, al lado mismo de la iglesia ortodoxa, y a la que los domingos por la mañana acudían unas decenas de fieles, casi todos modestos empleados, artesanos y algún obrero (y casi todos hombres), que escuchaban el sermón con una atención fría y se iban sin intercambiar una sola palabra ni dar muestras de que conocieran personalmente al pastor o se relacionaran con él.

A la pregunta del desconocido, el quiosquero había contestado indicándole cortésmente el camino que debía seguir para llegar a la Markgrafenstrasse. Y desde entonces no había vuelto a saber nada de él hasta el día en que vio su cara en los periódicos de B. e incluso en los de Francfort y Múnich. No podía haber nada raro en el hecho de que el desconocido conociera al pastor Ippach. Los fieles de su congregación, aunque residieran en B., eran en su mayoría forasteros, gente del norte y del oeste, que habían emigrado a B. durante la guerra o se habían afincado en la ciudad en los primeros tiempos de la ocupación francesa. El quiosquero recordaba incluso haberle indicado al desconocido el autobús que iba de la Leopold Platz a la Markgrafenstrasse, pero no podía decir si había subido al autobús en la parada que había frente a Correos (desde el quiosco no podía ver la entrada de la oficina postal, ante la cual estaba la parada de autobús) o si había ido a pie por la Sophien Strasse.

Según contaron luego algunos testigos, entre ellos un empleado alemán del colegio francés, parece ser que Hans se encontró con Inge cuando se dirigía a pie a la casa del pastor, aunque otros dicen que lo vieron salir del hogar del pastor en compañía de Inge. Lo que parece casi seguro es que conocía a Inge de mucho tiempo y que aquel día no se encontraron por casualidad sino porque habían quedado en aquel lugar a aquella hora. Todos los intentos de relacionar al pastor con el encuentro de Inge y Hans se han revelado inútiles y malintencionados. Pero la índole de la relación de Hans con el pastor, persona, pese a todas sus rarezas, bastante respetable, no se ha conocido hasta mucho tiempo después, cuando el destino de Hans e Inge ya estaba decidido. Dado que parece digna de crédito la afirmación del pastor de que Hans no estuvo en su casa aquel día, es de suponer que Hans no fue a la casa del pastor, bien porque Inge lo disuadió, bien porque cambió de idea, bien porque el llamar o no a la puerta del pastor dependía precisamente del encuentro con Inge. Muchas son las descripciones de la casa del pastor aparecidas en la prensa, pero la verdad es muy simple. La vivienda, situada a mitad de la Markgrafenstrasse, en un punto en que la calle se ensancha y forma como una plaza, bordeada de árboles de un verde claro, casi celeste, es una casa nueva, de estilo ecléctico, con una especie de pórtico de columnas toscas y tejado de tejas rojas; una casa sin carácter ni tradición, pero aun así construida (al parecer no la diseñó un arquitecto, sino el mismo pastor) con sumo cuidado, con un prurito de dignidad pequeñoburguesa que revela tanto la estrechez de mente del constructor y su sometimiento a la voluntad del propietario, como la presunción del que la concibió.

Nadie sabe dónde dormía ni se escondía Hans los primeros días que pasó en B. Cuando apareció por primera vez, un domingo por la mañana, en la pequeña iglesia del pastor Ippach, en medio de la reducida muchedumbre de fieles, parecía que ya llevara mucho tiempo en la ciudad. Era un joven alto…

II

Aquella mañana Hans conoció a Inge en la pequeña iglesia «privada» del pastor Ippach, en la Lichtenthaler Strasse, enfrente del templo ortodoxo. Cuando salieron de la iglesia con los demás, se dirigieron al Oos, atravesaron el puentecito de madera, tomaron el sendero que, entre el río y la Lichtenthaler Strasse, desciende hacia el teatro francés y se sentaron en la hierba al pie del inmenso *trauerbuche*, el plátano triste, a la sombra de sus mil ramas colgantes como ramas de sauce llorón, cuajadas de grandes hojas de un verde oscuro que hablaban al viento con sus mil voces susurrantes. Todo el bosque hablaba y Hans calló y escuchó. En aquel momento se preguntó Inge, por primera vez, si Hans no estaría escuchando alguna voz lejana, una voz que llevara mucho tiempo sin oír, una voz querida u odiada, una voz de la memoria, que él buscaba incansablemente, con deseo o miedo, en las mil voces humanas, y en las de los árboles, de la hierba, del agua, que sonaban alrededor, voces matutinas, voces meridianas, voces vespertinas. Hans calló y escuchó, e Inge tuvo por primera vez miedo de él. No sabía por qué, pero tuvo miedo de Hans. Había en torno a ellos innumerables hojas, y hierba, y el viento pasaba por entre los árboles y por los prados como una luz, las hojas de los árboles y la hierba se iluminaban de pronto y de pronto se ensombrecían, según el viento soplara en dirección al río o al monte, valle arriba o valle abajo, abriendo pasillos de luz y pasillos de sombra en las frondas y la hierba.

—¿De dónde eres? —le preguntó Inge.

Hans escuchaba en silencio. Luego dijo:

—No conocía este país. Me recuerda ciertos países en que estuve durante la guerra.

—Me gustaría saber de dónde eres —dijo Inge.

—No sabes ni cómo me llamo, ¿por qué no me preguntas mi nombre?

—No me interesa saber cómo te llamas —dijo Inge—, yo me llamo Inge, pero imagino que mi nombre no te dice nada. Lo que me interesa saber es de dónde eres. De qué país.

—Inge es un nombre como cualquier otro, también el mío es como cualquier otro. Me llamo Hans.

—Sí, también Hans es un nombre como cualquier otro —repuso ella—, pero si supiera de qué país eres, quizá hasta tu nombre me diría algo.

—¿Qué te diría? —preguntó Hans.

—No lo sé, algo —contestó Inge.

—Yo vi a un hombre muerto que se llamaba Hans, como yo. Tenía la boca llena de hierba. Había pasado la noche abandonado al pie de un árbol y comido hierba para aplacar la sed. Se llamaba Hans, como yo.

—¿Te dijo él que se llamaba Hans? —ironizó Inge.

—¿Tú tampoco crees que los muertos hablan? Los muertos tienen una voz extraña, hablan como las hojas.

—¿Sólo te dijo que se llamaba Hans? —preguntó ella de nuevo en tono irónico—. ¿Nada más?

—También me dijo que había muerto por mí y que a los tres días resucitaría, ascendería al cielo y se sentaría a la derecha de su padre.

—¿Te dijo cómo se llamaba su padre?

—No creo que resucitara a los tres días, pero estoy seguro de que murió por mí —dijo Hans.

—A los muertos siempre les gusta pensar que han muerto por los demás.

—Si un hombre no muere por los demás —dijo Hans—, no es más que carroña llena de gusanos. Un montoncito de carne podrida.

—Los que volvéis de la guerra no sabéis más que hablar de muertos. ¿No podéis hablar de otra cosa?

—¿No has oído lo que decía el pastor Ippach?

—Todos los domingos repite el mismo sermón —dijo Inge.

—¿Recuerdas de qué hablaba?

—De Cristo. De la deposición de la cruz.

—De Cristo muerto —dijo Hans.

—Sí, de la muerte de Cristo.

—No, no de la muerte de Cristo, sino de Cristo muerto.

—Sí, de Cristo muerto —dijo Inge.

—Si Cristo no hubiera muerto por nosotros, no me interesaría nada. Lo importante no es lo que dijo, ni que devolviera la vista a los ciegos, ni que curara a los paralíticos, ni siquiera que sufriera en la cruz, sino que muriera por nosotros. Todo está en eso: murió por nosotros.

—¿Conoces hace mucho al pastor Ippach? —quiso saber Inge.

—No lo había visto antes de esta mañana, y no me gusta lo que dice. Parece que no sabe lo que es un muerto, un hombre muerto. Que nunca haya visto a un muerto. Un Cristo muerto.

—Un hombre muerto no es un Cristo muerto.

—Un hombre que haya muerto por los demás, sí —repuso Hans —, un hombre que ha muerto por los demás es un Cristo muerto.

—El pastor Ippach no ha dicho eso.

—¿Qué sabe el pastor Ippach? ¿Qué le importa a él que un hombre muera o no por los demás? Lo que le importa es que Cristo haya muerto por los demás.

—¿Crees que eso le importa mucho? —preguntó Inge.

—Sí, creo que le importa mucho, incluso demasiado. Pero lo que quizá no sabe es que Cristo murió para enseñar a los hombres a morir por los demás. Para enseñarles a ser Cristos.

—Está prohibido ser Cristo. Ningún hombre puede ser Cristo. Puede morir por los demás, pero no ser Cristo.

—Basta con morir por los demás para serlo —dijo Hans.

—No, no basta. Si fuera como tú dices, el mundo estaría lleno de Cristos.

—El mundo está lleno de personas que han muerto por los demás —repuso Hans—. El mundo está lleno de Cristos.

—Tengo frío —dijo Inge, poniéndose en pie—. Vámonos.

Hans la siguió río adelante, hasta que ella se detuvo, lo miró temblando y repitió:

—Tengo frío.

Y echó a andar hacia el puentecito que cruzaba el río junto al hotel Brenners. Hans permaneció quieto mirándola, vio que se alejaba sin volverse, y cuando desapareció entre los árboles se sentó en la orilla, cerró los ojos y escuchó la voz del agua. Se llamaba

Hans, como él. Y quizá había muerto por él. Pero no había aceptado morir, no había aceptado la muerte como un don, como un privilegio, ninguno de aquellos hombres muertos había aceptado morir. Hans no recordaba haber conocido nunca a un hombre, a un joven como él, a un soldado, ni siquiera a un cabo, a un suboficial, a un oficial, que aceptase morir por los demás, sacrificarse por los otros, y no sólo por él, Hans, y por sus compañeros, sino por todos los hombres, por todo el género humano. A nadie que hubiera aceptado ser Cristo, morir por los demás, como Cristo. Y era eso lo que privaba a la guerra de cualquier valor moral, de cualquier fin aceptable. No podía ser que Cristo rechazase, negase la guerra. Cristo está sediento de muerte. Cristo no puede existir sin ésta. Sin hombres muertos. Sin animales, árboles, hombres muertos. En un mundo eternamente vivo, liberado de la muerte, Cristo no podría existir. En un mundo de hombres vivos, salvados de la muerte. La salvación del alma no tendría importancia alguna, si la muerte no existiera, la muerte del hombre, de los hombres. Un Cristo que exige amor, que niega el odio, no puede rechazar al mismo tiempo la muerte, la ocasión única que tiene el hombre de morir como Cristo, por los demás. No puede rechazar la enfermedad y toda forma de muerte. Un mundo dominado por Cristo, donde Cristo reine, no puede sino estar dominado por la muerte, porque Cristo es amor, sí, pero también sacrificio, también muerte. Es muerte.

—Buenos días —dijo Inge.

Hans abrió los ojos y vio a Inge. Sonreía, parecía contenta de haberlo encontrado. Hans se levantó, tomó a Inge del brazo y echaron a andar río adelante, hacia la Sophien Strasse. La calle estaba desierta, ya no quedaba nadie en las tiendas del paseo del Casino. La Leopold Platz también se veía desierta. Por la Lichtenthaler Strasse una muchacha caminaba lentamente hacia la Luisen Strasse, parándose ante los escaparates de las tiendas. Pasó por delante del cine, volvió atrás y leyó la cartelera.

—¿Adonde vamos? —preguntó Inge.

—Mi casa está cerca —dijo Hans.

—Creí que vivías en la Weststadt, no sé por qué —dijo Inge.

Subieron por la Sophien Strasse, torcieron al llegar arriba, continuaron subiendo hacia el Castillo. Inge caminaba con su paso leve, como si no respirase. Al llegar a la puerta, Hans vaciló un

instante, dijo:

—Entra.

Era una gran estancia oscura, de ventanas pequeñas. En el piso de madera…

III

Su error había sido ser fiel a una concepción de la guerra puramente retórica, vulgar, a una idea de lo justo y lo injusto, de la barbarie y la civilización. Así era para el pueblo. Pero Hans había ido más allá, que lo acusaran de bárbaro no le importaba. La indignación de sus compañeros, de la pequeña y la alta burguesía, de los funcionarios, los prófugos, los exoficiales, de todo el pueblo alemán (a excepción de unos pocos que callaban lo que pensaban, que no se atrevían a manifestar sus sentimientos), la indignación que a todos causaban las acusaciones de los demás países por las atrocidades cometidas por los alemanes en Rusia, Polonia, Francia, Italia, le hacía reír. ¿Qué importaba que aquellas atrocidades las hubieran cometido los alemanes y no los franceses, los ingleses o los americanos? Que hubieran sido los alemanes y no cualesquiera otros carecía de toda importancia. Lo importante, lo inadmisible, era que aquellas atrocidades las hubieran cometido seres humanos, no seres humanos bárbaros, semisalvajes, sino seres humanos civilizados, ciudadanos europeos. ¿Qué importaba que fueran alemanes, franceses o rusos? ¿Qué podía importar? El pueblo alemán tendría que haberse sentido ofendido no en su orgullo, en su amor propio nacional, sino en su sentimiento humano, en su orgullo de seres humanos, de hombres civilizados. A Hans aquellas acusaciones contra su pueblo, estuvieran o no fundadas, nada le importaban. Lo que le importaba era saber que podían hacerse a hombres civilizados. Hans no se sentía ofendido por las acusaciones como alemán, sino como ser humano. Sentirse ofendido como alemán le habría parecido renunciar por lo mismo a sentirse ser humano, hombre civilizado. O alemán u hombre civilizado. Ése era el dilema que él rechazaba de antemano. La guerra, la responsabilidad, le parecía común a todos los hombres, y

particularmente a ciertos hombres: que estos últimos fueran alemanes le importaba poco. Y lo indignaba el que los alemanes rechazaran las acusaciones de crueldad no como seres humanos, sino como alemanes. Como seres humanos no se sentían concernidos en absoluto; pero como alemanes, sí. Que se declararan inocentes, que negaran aquellas acusaciones, tachándolas de viles calumnias, que negaran haber cometido crueldades contra polacos, rusos, judíos, franceses, etcétera, le parecía a Hans natural. Es propio del hombre, de todos los hombres, incluidos los culpables, defenderse, tratar de impugnar las acusaciones, declararse inocentes. Pero lo que lo sublevaba era que los alemanes rechazaran aquellas acusaciones como alemanes, no como seres humanos. Y reía viendo a aquel pueblo, su pueblo, todo un pueblo protestar, inflamarse en indignación, por el fango arrojado contra el honor alemán sólo porque en Polonia, Rusia, Francia, Holanda, Noruega, Bélgica, Yugoslavia, Grecia y hasta en Italia se alzaban voces de condena y odio por las matanzas, fusilamientos masivos de rehenes, incendios, crueles represalias, que unos hombres, otros hombres, hombres civilizados, hombres de Europa, habían cometido durante la guerra. A Hans no le importaba nada que aquellos hombres vistieran uniforme alemán, no le habría importado nada que el uniforme hubiera sido inglés, francés, italiano: nada de nada. Lo que le importaba era que los hombres uniformados se sintieran seres humanos, no alemanes, ni ingleses, ni italianos, ni franceses, que enrojecieran de vergüenza como seres humanos, no como alemanes, americanos, ingleses o noruegos.

—Es una calumnia. Los soldados alemanes no cometieron ninguna crueldad en Rusia —dijo Friedrich.

—Tú defiendes el honor alemán, ¿verdad? —preguntó Hans.

—Sí, defiendo el honor alemán —contestó Friedrich.

—Haces muy bien en defenderlo —dijo Hans—, pero quisiera saber por qué. Esas acusaciones no se dirigen al honor alemán.

—Sí, se dirigen al honor alemán —repuso Helmut—. Tú también eres soldado, tendrías que indignarte por tales calumnias.

—A mí me importa un bledo el honor alemán —aseguró Hans—. Si algún día descubro que mi pueblo no está compuesto de seres humanos, de hombres civilizados, sino de alemanes, escupiré al suelo y me iré. Me iré a Chile, a Venezuela, al último rincón de

África, antes que quedarme a vivir en el país alemán, en el país del honor alemán.

—Los alemanes son hombres civilizados —dijo Gerth.

—Sí, claro, son hombres civilizados —dijo Hans—, pero ¿por qué prefieren sentirse alemanes antes que hombres civilizados? A mí me da igual ser alemán, lo que me importa es ser un hombre civilizado. No soportaría ser un alemán, incluso un héroe del pueblo alemán, sin ser un ser humano, un hombre civilizado.

—Eres un traidor —dijo Friedrich, levantándose.

Hans se echó a reír en silencio, mirando a Friedrich. Detrás de éste veía a Inge sentada en la sombra, junto a la ventana. Vio que se levantaba, se acercaba a la mesa, cogía la jarra de cerveza y lo miraba.

—¿Queréis un poco de cerveza? —dijo Inge—. Dadme dinero y voy a comprar.

—No tenemos ni un *pfenning* —dijo Hans levantándose—. Voy yo por cerveza.

Los «cristianos» se quedaron solos, en silencio. Inge se había acercado a Helmut y sentado en un pequeño taburete junto a la estufa. Nadie hablaba.

—La primera vez que me acosté con un francés —dijo de pronto Inge—, tu hermana me dijo que había faltado al honor alemán. Tiene gracia, ¿no?

—Sí, faltaste al honor alemán —replicó Helmut con energía.

—¿Y tú? ¿No te acostaste con mujeres rusas cuando estabas en el frente ruso?

—Éramos soldados, éramos los vencedores —dijo Helmut.

—También aquel soldado francés era un soldado —dijo Inge. Y mirando a Helmut a la cara, añadió—: ¿Por qué no dices que he faltado a mi honor de mujer? ¿Qué tiene que ver el honor alemán? Tiene que ver mi honor de mujer.

—Eres libre de administrar tu honor de mujer como quieras —dijo Friedrich—, pero no tu honor de mujer alemana.

—Puedo ser puta, ¿verdad? Pero no una puta alemana. ¿No es eso? —repuso Inge—. Tenía hambre y me prostituí. Como tantas otras. ¿Qué tiene que ver el honor alemán? —Se echó a reír, se levantó, se dirigió a la puerta al oír los pasos de Hans, y una vez en la puerta se volvió y dijo—: Cuando me acostaba con franceses no

recordaba siquiera que era alemana. ¿Contento?

Hans entró, dejó la jarra de cerveza en la mesa y volvió a sentarse con la espalda apoyada en la estufa. Helmut tomó la jarra de cerveza, se la llevó a los labios, dio unos tragos. Luego se la ofreció a Hans.

—Gracias, no tengo sed —dijo éste.

Helmut le pasó la jarra a Friedrich.

IV

—No, no tenías hambre —dijo Helmut.

—Tenía algo peor que hambre —dijo Inge—. El hambre no era nada comparado con lo que sufríamos. Aquellos días ocurrían cosas terribles, el pretexto más fácil era el hambre, pero la verdadera razón era otra, era mucho peor que el hambre.

—Entonces, ¿por qué dices que tenías hambre?

—Porque teníamos hambre, estábamos hambrientas, pero lo peor era el hambre de los niños. No teníamos nada que darles de comer. Deambulamos un mes por los bosques. Cerca de Hannover asaltamos un convoy de víveres americano, los soldados dispararon al aire. No temíamos nada. Entonces se presentó un oficial americano y gritó: «Primero los niños». ¿Por qué primero los niños? ¿Acaso nosotras teníamos menos hambre que ellos? Odié a los niños por primera vez en mi vida. No sabes el odio que sentimos por los niños, hambrientos como nosotras. Teníamos que darles de comer, quitarnos el pan de la boca para dárselo a ellos. No sabes lo que es pasar hambre y tener que alimentar a los niños.

V

Lo había matado y no le importaba. No porque fuese su deber como soldado, como soldado alemán, ni porque el hombre al que había matado fuese un soldado enemigo, un hombre vestido con otro uniforme, que hablaba otro idioma, sino porque él no tenía la culpa de haberse visto en el trance de matar a un hombre. Había hecho muchas cosas peores que matar a un hombre. Hay muchas cosas peores que matar a un hombre. Le había dicho: «Andando». El hombre había echado a andar por en medio de la calle, con las manos en la cabeza, seguido por él, que lo apuntaba con la metralleta. Así llegaron a la pequeña plaza del pueblo, donde había una tienda de Univermag. El soldado tropezó con algo blanco, que rodó por el suelo con un sonido casi metálico. Había más cosas blancas como aquélla esparcidas por el suelo y Hans levantó los pies para no tropezar con ellas, para no oír aquel sonido casi metálico. Eran los pedazos de la estatua de yeso de Stalin que la noche anterior él y sus compañeros se habían divertido en abatir a ráfagas de metralleta. Al llegar a la plaza, el hombre se detuvo y Hans dijo: «Andando». Pero el hombre no se movió. En el otro extremo de la plaza había un grupo de personas. Hans vio que eran mujeres y niños. Las mujeres llevaban un pañuelo de colores anudado a la barbilla, los niños iban descalzos, con el pelo revuelto, miraban al hombre con ojos desorbitados, en silencio, inmóviles.

VI

Desde la ventana vieron pasar al francés. Era un hombre de mediana estatura, delgado, de rostro alargado, nariz recta, frente despejada, pelo castaño con visos cobrizos, ojos azules. Caminaba mirando al frente, con los brazos colgando. Del bolsillo izquierdo de la chaqueta asomaba un libro *en brochure*, con la portada blanca, quizá de alguna colección de Gallimard. Por los cristales de la ventana, los «cristianos» lo observaban en silencio. Parecía algo ajeno al paisaje, pero no desentonaba con los inmensos árboles verdes, con las fachadas de las casas de estilo francés, con el color de la hierba, con la línea sinuosa de los montes en el horizonte, con lo suave, mórbido, femenino que hay en ese paisaje sereno, afectuoso, un poco triste. Era un francés del siglo XVIII, como todos los franceses. Racional, lacónico, lógico, cartesiano, un hijo de Descartes, formado por los maestros de la Ilustración. Se veía como la huella de la uña de Voltaire en la boca pequeña, de labios finos. Y tenía la misma frente que los amigos de Port-Royal. *Il y avait du Diderot, dans sa manière de marcher*. La manera de andar del Diderot que va a la Place Royale, en *El sobrino de Rameau*.

Era un hombre enjuto, sin linfa, sin sangre. La crisálida de una mariposa pintada por Watteau, por Boucher, de ese *papillon* azul y rosa que eran todos los franceses del siglo XVIII, la crisálida vítrea, hueca, transparente (una crisálida de nailon, de celofán), de uno de aquellos *papillons* azules y rosas que vuelan, mórbidos, leves, caprichosos, por el paisaje francés claro y preciso que es el paisaje de la Ilustración, antes de que la melancólica gracia del crepúsculo de las *Promenades rêveur*
d'un
apague el centelleo de las hojas, el temblor verde de la hierba, la

claridad plateada del cielo de la Isla de Francia (que aún no es el cielo de Neuchâtel, el cielo triste y amoroso de Rousseau). La crisálida de uno de esos *papillons* que nacen no en un pantano de aguas quietas y oleosas, sino en un terreno seco, árido, duro, polvoriento, inmóvil bajo el martillo suspendido de un sol gélido y cegador.

(No de un sol incandescente como el de los paisajes franceses a mediodía del Loira, o como el sol de Provenza, el girasol, la margarita, la amapola de Van Gogh, o la lámpara de cuarzo de Cézanne que lentamente se forma en las telas, los paisajes cubistas de Picasso, sino un sol cegador y gélido como el sol de la Isla de Francia en las horas más claras y quietas del día, en Armenonville, o en la plaza del castillo, en Versalles, o como el de las Ardenas, como el de la Champagne Pouilleuse, en Arcis-sur-Aube o Vitry-le-François).

Bajo el sol cegador y gélido que ilumina desde arriba, cayendo a pico desde un cenit invisible, puro, frío, como el cielo de Hammersfeld, los retratos de Felipe de Champagne; que hiela los azules, los escarlatas, los verdes, los grises, los blancos de las telas, la ropa, los encajes, y el centelleo mortecino de las espadas, los ojos y los cabellos, y quema, como dicen los campesinos y los leñadores que el frío quema, las *aquatintas* de Clouet, y el papel que se transparenta blanco y liso bajo el azul del cielo, y el verde de la hierba, y el rosa de las carnes, y lo seco, blanco, frágil, puro (como los minúsculos esqueletos de ciertos insectos que se ven en los terrones de creta blancos de Reims, en las orillas del Aisne, en el fuerte de la Pompelle, de ciervos volantes, langostas, escarabajos) que hay en la poesía de La Fontaine, de Racine, en la prosa de Montaigne, de Pascal. (Versos, periodos secos, blancos, áridos, desnudos y puros, como los esqueletos de ciertos insectos).

Parecía algo ajeno al paisaje, pero no desentonaba con las casas de la Lichtenthaler Strasse o de la Lange Strasse, de fachada francesa, ni con los árboles de los paseos del Oos, ni con el verde profundo y brillante de los prados, ni con la línea suave de los montes boscosos en el horizonte: no desentonaba, él, francés del siglo XVIII como todos los franceses, con aquel paisaje retocado, templado por el impresionismo, con aquellos tonos rosas de Manet añadidos con mano delicada a los tejados, aquí y allá, y a las nubes

que al atardecer aparecen sobre el Palatinado, al otro lado del Rin, y aquellos negros de Manet, aquellos negros españoles, aquellos brillantes negros goyescos, añadidos al marrón de los troncos de los árboles, al verde oscuro de las hojas de los *trauerbuche*, los grandes plátanos tristes, de ramas semejantes a las del sauce llorón, a las sombras color sepia de las casas en los prados y huertos, a los negros azulados del bosque en las laderas de los montes. Era, como todos los franceses de su clase, de su naturaleza, un francés pasado por la experiencia del impresionismo. (No solamente una experiencia intelectual, sino física, biológica también). El color de su cabello había cambiado, y su mirada, su voz, sus gestos y la luz de su frente, y hasta la sonrisa fría, irónica, desdeñosa, de sus labios finos, su sonrisa dura y cortante, se había vuelto más dulce, más cansada, más dubitativa, también él había sufrido la maravillosa metamorfosis que había transformado, gracias a Manet, a Courbet, a Monet, el paisaje francés, la luz del paisaje francés, la voz y la mirada y la sonrisa de las cosas, de las calles, de las orillas del Sena, del cielo de París. Y no solamente la metamorfosis impresionista, sino también la del simbolismo (paseaba por la Lichtenthaler Strasse con el mismo paso cansado y algo triste, con la misma mirada al frente, los brazos colgando a los lados, con un libro asomando del bolsillo izquierdo de la chaqueta, como el Laforgue de las *Moralités légendaires* y el Jules Laforgue lector de francés en el Castillo de la princesa, el Laforgue que yerra solo y triste por las alamedas del parque del castillo, anunciando ya el *Siegfried* de Giraudoux) y la de la École de París; la metamorfosis de la literatura y la pintura francesas; aquella transformación del francés del siglo XVIII en un ser delicado, sensible, nervioso, mórbido, sin asomos de sentimentalismo pero ya romántico, ya algo romántico, quizá sin saberlo.

Pertenecía a esa clase particular de franceses intelectuales (de Laforgue a Valéry, pasando por Giraudoux, Alain, Sartre, Paulhan, etcétera) que se parecen física y moralmente a los paisajes de la École de París, de Utrillo a Braque, pasando por Léger, Picasso, etcétera, y nada tienen en común con la clase enfática, blanda, inflada, femenina, de los Barrés, Péguy, Claudel, Maurras, de los franceses que confunden Francia con la Iglesia católica, con la Monarquía, con la Academia, con la Armée, con Jeanne

d'Arc,
ni con aquellos que confunden Francia con la *Révolution*, la República, la justicia, el derecho, la democracia, la libertad, la *civilisation*. Había rechazado cuanto en Francia era retórica, ese falso catolicismo de los reyes y de Action Française, ese dárselas constantemente de pueblo víctima y al mismo tiempo superior, de pueblo *éternellement envahi par les barbares*. Había sido *résistant* no porque creyera que vencer, invadir, someter a Francia fuese un crimen contra la humanidad, que tratar a Francia como a una nación vencida fuese un crimen contra *le droit des gens*, sino porque se negaba a someter su razón a lo irracional, a lo oscuro, de aquella enorme mujer peluda que era para él y para todos los franceses como él la Alemania de 1940. En su *résistance* no había nada de aquel patriotismo, de aquel nacionalismo que movía a muchos franceses a rebelarse contra el vencedor en nombre del derecho (¿de qué derecho?), la justicia, la libertad y la *civilisation française*, en nombre de la democracia y el derecho de los pueblos y de los *Alliés*. Su «resistencia», como la de casi todos los intelectuales franceses, consistía en la imposibilidad de aceptar la *vie animale* que representaba el pueblo alemán, en la necesidad de defender la pureza, la abstracción, la aridez, la transparencia de esa manera de ser francesa que es una manera de ser hombre, la única manera de ser hombre en un momento de desencadenamiento de las fuerzas oscuras de la naturaleza contra la razón. Él no había sido *résistant* por honor, palabra que le hacía sonreír con desprecio; el honor del uniforme, de la bandera, le importaba poco; lo que le importaba era la razón, su derecho a pensar fuera de retóricas y sentimientos, a no dejarse ablandar por el aliento cálido de la enorme bestia peluda que para él representaba todo cuanto en Europa era el desencadenarse de las fuerzas oscuras de la animalidad, del subconsciente, de lo irracional. Él se oponía a los alemanes como se habría opuesto a Victor Hugo, como se había opuesto a Barrés, a Péguy, a Claudel. Para él, la palabra *allemand* significaba en Europa lo que en Francia significaba el nombre de Barrès, de Péguy, de Claudel, incluso el nombre de De Gaulle. Para él, el nombre *allemand* no designaba a un hombre, a un ser humano (con todo lo que implica el ser humano, razón fría,

abstracta, conciencia objetiva), sino a un animal, a un mamífero de sangre caliente, a un animal guiado por el instinto y no por la razón, a un pueblo anárquico, sin disciplina, al contrario, incapaz de disciplina, de orden, opuesto a toda forma de sistema, dispuesto a desbandarse a la primera ocasión, a correr de aquí para allá, a refugiarse en su profunda, oscura, misteriosa, insondable animalidad. *Ein Volk ohne Rahme*. Un pueblo sin marco, sin límites, sin fronteras: no *ein Volk ohne Raum*. Su *résistance* era oponer la inteligencia ordenadora al mundo caótico de los alemanes, la inteligencia humana al mundo animal de los alemanes. Oponía Francia *aux Allemands*, la unidad del espíritu, la inteligencia y el orden a la pluralidad del mundo alemán. La unidad del mundo humano a la pluralidad del mundo animal. Y no había ninguna intención ofensiva en su opinión, en su oposición. Alemania era la «naturaleza» y él no condenaba la manera de obrar y de «pensar» de Alemania, que era la de la naturaleza. No condenaba su furia irracional, su violencia, su ferocidad y crueldad, que son propias de la naturaleza, sino el hecho de ser el mundo de la naturaleza, del instinto, no de la razón y de lo humano.

No era de esos franceses que no perdonan a los alemanes ser más fuertes, más feroces, más despiadados. Esta actitud se debía al miedo y él no temía a los alemanes, sino que sentía por ellos una profunda y sutil repugnancia, la misma que sentía por la naturaleza: por aquel mundo oscuro, regido por leyes misteriosas, poblado por infinitas especies de seres que ofrecían los infinitos aspectos de la fealdad y el horror, de ojos monstruosos. Todo lo alemán lo asombraba e inquietaba con el mismo asombro e inquietud que siente el entomólogo que estudia el mundo misterioso y horrendo de los insectos, o el que viaja por la selva ecuatorial, o el cazador que observa a la fiera aún viva, a la fiera que respira fuerte en medio de su sangre, con la tripa abierta, y lo mira fijamente con esa especie de curiosidad maravillada e interrogativa que tienen los animales ante la muerte y ante el hombre que les da muerte. Alemania era para él el mundo de la especie mamífera en todo el misterio de su sangre caliente, de su útero profundo, blando y húmedo, de sus mamas pletóricas de leche, del falo febril, turgente, palpitante, de la especie mamífera en toda su variedad, sin incluir al hombre. Era el mundo de la especie mamífera aún no bípeda, aún

no racional, dominada por el instinto, río subterráneo, río más rico y profundo y rápido que el Rin, que el Danubio, que el Elba, que el Weser, que el Meno, que el Oder, que el Neckar, que los ríos alemanes alimentados por los bosques alemanes, por el instinto y su violencia, y por el imperio ciego de su sangre caliente y de su furia obstinada, y de la fuerza que viene de vivir dentro de la naturaleza, fuera de la razón humana, hermanos de los árboles, las frondas, las hojas, las fuentes, la piedra, la lluvia, el viento y la serie innumerable de jóvenes mamíferos, de jóvenes machos.

Du kömmst, o Schlacht! schon wogen die Jünglinge, que Hölderlin veía bajar de las colinas como olas hacia el valle en que los esperan los matarifes. Los jóvenes mamíferos de Hölderlin, *denn die Gerechten schlagen, wie Zauberer*, que golpean como magos, los jóvenes de ojos azules, de cabello rubio, fieras sin pelo, sin garras, sin blancos colmillos, pero fieras, y todo el mundo salvaje del bosque, todo el mundo animal de la tierra alemana, que baja de las colinas hacia el valle, donde los esperan los guerreros preparados para degollarlos, los guerreros de ojos azules y cabello rubio, *du kömmst, o Schlacht!* Él tenía horror a la naturaleza, a esa maraña de venas e intestinos, a ese montón de carne sanguinolenta, a esos músculos, a esas mandíbulas poderosas, a esas cavidades profundas y húmedas y blandas en que la vida se forma en la oscuridad. *Du Dunkelheit, aus der ich stamme… Ich glaube an Nachte*. Tenía horror a la oscuridad de los orígenes y de la noche, que Rilke amaba, y a esos desiertos mudos y fríos que Nietzsche entreveía al otro lado de la puerta abierta del mundo, *die Welt: ein Tor zu tausend wüsten stumm und kalt*. No es que tuviera miedo de franquear aquella puerta. No era miedo, era como un sutil y secreto horror. A veces, la naturaleza, el mundo, el universo, se le aparecían como en la «oración de Wessobrunn», *das Wessobrunner gebet*, uno de los textos más antiguos de la poesía alemana: «ya no quedaba tierra, ni poderoso mar, ni cielo, ni árboles, ni montañas, el sol había dejado de lucir, la luna de brillar, pero aunque nada quedaba, ni aire, ni fronteras, Dios seguía allí, solo y omnipotente».

Lo observaban por la ventana, en silencio. No sabían nada de él, salvo que era un francés que no se parecía a los franceses que ocupaban B. y todo el territorio del Baden hasta el lago de

Constanza, hasta la frontera con Austria, soldados y empleados y mujeres de empleados, suboficiales y oficiales, y sus hijos y parientes; que no se parecía a ninguno de aquellos franceses de baja estatura, gordos, toscos, vulgares, o flacos, pálidos, pernicortos, que el general De Lattre de Tassigny se había traído consigo en 1945, al acabar la guerra. No sabían nada de él, ni siquiera que había estado unos años preso en un campo de concentración del Oder, en Prusia oriental. Lo observaban en silencio, no sólo deseando conocerlo, hablar con él, oírlo hablar, sino casi enamorados de él, de una persona tan distinta de ellos, un ser humano de otra especie, quizá de otro mundo, de una naturaleza distinta de la «naturaleza». Caminaba lentamente mirando al frente. Caminaba siguiendo un pensamiento.

VII

Al «Cristo» de Baden-Baden lo enterraron hacia las cinco de la tarde de un domingo de finales de verano. Las hojas de los tilos y de los *trauerbuche*, los plátanos tristes, de la Lichtenthaler Strasse tenían ese color suave y sereno, ese verde un tanto empañado (un verde francés, un verde Clouet, Manet) propio de las hojas de los árboles de Baden-Baden en las tardes de domingo de finales de verano. El cielo ya no era tan límpido como algunos días antes (durante la noche había llovido y la lluvia había lavado las fachadas claras de las casas de estilo francés de la Lange Strasse, de la Luisen Strasse, de la Augusta Platz, en las que el cielo se reflejaba con una luz ya declinante) en el valle de Rin, en la llanura entre Achern y Estrasburgo, y se veía ya estriado de infinidad de vetas azules, como una piel ajada, vieja, una piel levemente grasa. Y la corriente del Oos sonaba con voz más alta, como ocurre cuando el verano se duerme en el silencio de las primeras hojas muertas. En el cine Aurelia proyectaban *Mann nennt es Liebe*, y en el Metropole, *Von Liebe reden wir später*.

Una gran muchedumbre había acudido al entierro de Hans Richter, el «Cristo», no solamente de pueblos de la Margthal, de la Selva Negra, de las laderas del Fremersberg y del Iburg, en el valle del Rin, de Neuweier, sino de más lejos, de Rastatt, Freudenstadt, incluso de la meseta de Baar, de Donaueschingen, Achern, Bühl, Offenburg. Había muchos oficiales y soldados franceses y norteamericanos, periodistas de Karlsruhe, de Fráncfort, de Stuttgart, y muchos extranjeros, sobre todo ingleses, que habían aplazado su partida de Baden-Baden hasta pasada la temporada termal para asistir a aquel acontecimiento extraordinario.

Durante la ceremonia en la capilla del cementerio (bendijo al difunto el pastor Ippach, de la Christus Kapelle de la Handof

Strasse, junto a la iglesia ortodoxa), la muchedumbre estuvo seria y respetuosa. Sólo cuando Inge, la «Virgen», la «Inmaculada», la «Madre de Dios», prorrumpió en llanto, un sordo murmullo recorrió el gentío. El pastor Ippach alzó los ojos del Evangelio y miró hacia Inge (luego hubo quien dijo que la mirada del pastor se había posado un momento en una anciana que estaba inmóvil junto a la puerta de la capilla) y pronunció las últimas palabras de la bendición con voz levemente destemplada, como si aquel murmullo lo hubiera irritado.

Pero cuando la breve ceremonia de la inhumación concluyó y la muchedumbre salió del cementerio y tomó el paseo que baja a la ciudad, se oyeron risas, exclamaciones de sorpresa e indignación, comentarios irónicos y conmiserativos sobre el «Cristo» y las circunstancias de su muerte. Inge fue seguida un buen trecho por un grupo de jóvenes curiosos, algunos de ellos fotógrafos, hasta que la «Virgen», deseosa de escapar de ellos, subió, en la Lichtenthaler Strasse, a un trolebús que se dirigía a la Augusta Platz.

Lo que la gente de Baden-Baden no le perdonaba al «Cristo» era lo mismo que nunca se ha perdonado a Cristo: haber mostrado que la muerte de un hombre no sirve para nada y sólo la muerte de Cristo sirvió de algo. Que la muerte de un hombre es un hecho individual, absolutamente insignificante (incluso si se cree en el alma), como es la muerte de un gato o un perro, y que la muerte de Cristo tiene un valor universal y decisivo. Que un hombre muere por sí mismo y que Cristo murió por todos. Nadie creía, por supuesto, que Hans Richter fuera Cristo, y era fácil reírse de su pretensión de morir «como» Cristo. Pero lo que indignaba a la gente era la pretensión de Hans Richter de haber muerto por los demás, y que su muerte redimía la inutilidad de la muerte de todos los otros. La muerte de millones de alemanes en la guerra no había servido de nada: eso es lo que quería significar la muerte de Hans. ¿Podía aceptar la opinión pública que los millones de jóvenes alemanes caídos en Rusia, Polonia, África, Francia, Italia, Grecia, Noruega, no hubieran servido de nada? A los alemanes les gusta traducir los hechos morales en cifras: suponiendo que un hombre pese setenta kilos y que los alemanes muertos entre 1939 y 1945, contando militares y civiles, sean tres millones, se obtiene la respetable cifra de 210 000 000 de kilos de carne alemana tirada a la basura. ¿Podía

aceptar la opinión pública alemana (de la Alemania occidental, de la Alemania del Deutsche Bund de Bonn) que un hombre, un alemán cualquiera, un tal Hans Richter, afirmara que los tres millones de alemanes muertos en la guerra habían muerto en balde? ¿Que los 210 000 000 de kilos de sana carne alemana se hubieran tirado a la basura?

No se había visto semejante montón de carne en Europa ni aun en las guerras de Gustavo Adolfo. La gente, cuando empieza una guerra, no es consciente de que los muertos están hechos de carne, de carne viva, fresca, llena de sangre. Al principio, un hombre muerto no es para la gente más que un cadáver hecho de una materia vaga que no se piensa que es carne. Parece ropa rellena de algo que podría ser estopa, o serrín, o algodón hidrófilo, o miraguano, o lana de colchón, o algún material plástico similar a la goma. Solamente cuando la guerra se prolonga y los muertos empiezan a oler mal, se da cuenta la gente de que los muertos están hechos de carne, de que los cadáveres no son ropa rellena de estopa o lana, sino de carne, de carne humana. Y aunque horrorizada, no puede ni quiere aceptar la idea monstruosa de que todos esos muertos no han servido de nada, que toda esa montaña de carne ha acabado en la basura.

Cuando enterraron a Hans, la guerra había acabado hacía ocho años. Pero cuantos más años pasaban, más se negaba la gente a aceptar la idea de que todos aquellos muertos alemanes hubieran muerto en balde, fueran carne arrojada al basurero. Esta negativa la interpretaban los necios en términos políticos y la llamaban «resurgimiento del nazismo», del militarismo alemán. En realidad, aquella negativa no tenía ningún carácter político. Era simplemente la negativa de la opinión pública alemana a aceptar que los tres millones de alemanes muertos en la guerra no suponían, puestos en la balanza de la historia, más que 210 000 000 de kilos de carne alemana tirada a la basura.

Como es natural, a quienes más horrorizaba e indignaba esta idea era a los carniceros, los cuales, debido a su oficio, tienen la mentalidad idónea para darse cuenta de lo monstruoso y absurdo de semejante desperdicio cárnico. Se observará que también los generales alemanes, desde el mariscal Kesselring hasta el mariscal Manstein, protestaron con gran vehemencia contra la inaudita

afirmación de Hans Richter. Pero esto no significa que los generales tuvieran mentalidad de carniceros. Significa que los generales tienen una visión más amplia de esa inmensa carnicería que es un campo de batalla, y son, por consiguiente, los primeros que se niegan a admitir que la carne de tantos millones de soldados (esa carne hermosa, fresca, rosada, llena de sangre, descuartizada y sabiamente dispuesta sobre el inmenso mostrador de mármol que es un campo de batalla) acabara en la basura. Si es una gran suerte que los generales no tengan mentalidad de carniceros (pues, de tenerla, se comería carne humana en las guerras), más lo es que los carniceros no tengan mentalidad de generales, pues, si la tuvieran, se comería carne humana hasta en tiempos de paz.

Alberto y Clelia

Clelia tenía catorce años cuando se tumbó desnuda por primera vez en la cama con su hermano Alberto. Alberto estaba a punto de dormirse cuando vio que la puerta se abría lentamente. Era Clelia, iba casi desnuda. Hacía calor.

—¿Qué quieres? —le preguntó muy asustado.

Clelia se tumbó a su lado, lo miraba con sus dos ojos claros que parecían ciegos. Luego, recordando aquello, Alberto se repetía para sus adentros las palabras que Clelia no había pronunciado, pero que él esperaba de ella: «Sé que vas a morir». Se preguntaba si Clelia se las habría dicho de verdad para sí misma. Tenía los senos pequeños, duros, suaves, la boca un poco áspera. No le importaba que fuera su hermana. Era una mujer como cualquier otra. Si Clelia había hecho lo que había hecho, sus razones tendría. Todo el mundo tiene sus razones, en tiempos como los que corren. Todos vivimos en el vacío. Ya no queda nada a nuestro alrededor. Además, iba a morir. Clelia lo sabía. Y él también. Un poco de sangre en la boca, una cosa sin importancia, de lo que se muere. Clelia siempre había sido rara, ya de niña. Nunca lo había querido. Siempre lo había tratado como a un extraño, no como a un hermano. En casa, todo era para ella. Sus padres temían que fuese delicada de salud, que enfermara. Mal de pecho, una cosa sin importancia, de lo que se muere. Cuando el médico le dijo a su madre que Alberto estaba enfermo, gravemente enfermo, no quisieron creerlo. Al principio lo trataban como si le hubiera robado algo a Clelia, hubiese usurpado un derecho de ella. Lo miraban con desprecio, casi con odio. Luego, esos sentimientos dieron paso a una especie de gratitud afectuosa. Había cargado con el mal que amenazaba a Clelia, aquel ser tan delicado, tan grácil. La guerra había terminado, la carne de Clelia eclosionaba sin violencia, suave, perezosamente. Todos sus gestos eran indolentes. Su voz sonaba soñolienta. Se movía con una morosidad equívoca, hipócrita, tropical, como la de las mujeres de Gauguin, las flores de Gauguin, las frutas de Gauguin. Todo esto

pensaba Alberto, se repetía el nombre de Gauguin como una especie de justificación, de intento de excusar a su hermana. Alberto había pintado en la puerta de su habitación un paisaje isleño de los mares del Sur y pegado encima un recorte de un anuncio de una edición inglesa del *Literary Times* con el título de una novela de Stevenson: le gustaba aquella claridad animalesca de los caracteres góticos, la despreocupación infantil, femenina de las cursivas inglesas, de los trazos tenues, finísimos, como patas de araña, que adornaban el título de las novelas de Stevenson, en los frontispicios. Arriba, entre las ramas de una palmera de hojas anchas y dentadas como la falda de las Venus dominicales de los pintores de Haití, de alguna *Damine de Jeunesse* de Hector Hyppolite (Alberto había ido a visitar una exposición de pintores haitianos en una sala de Via Sistina, con Clelia, y se había quedado encantado con la escena macabra del *Funeral* de Sénèque Obin, a tal punto que cuando volvió a casa se puso a pintar en la puerta, arriba, entre unas ramas de palmera), había pintado un retrato de Gauguin que no era sólo un retrato de Gauguin, sino del hombre blanco, del hombre civilizado, comerciante, misionero, funcionario, gendarme, marinero, en el momento en que la sangre blanca empieza a descomponerse como la carne de una fruta muy madura, ya pasada, en el clima de los mares del Sur. La cabeza de Gauguin parecía posada en las ramas de la palmera igual que un ave gorda de plumas doradas, igual que uno de esos ángeles que William Blake dibujaba entre las ramas neblinosas de sus árboles de las afueras de Londres (al final de King Road, hacia Putney Bridge, en la orilla de Lambeth).

Clelia llamaba esa puerta la «mesa de Herodes», quizá porque le recordaba la mesa de Herodes ricamente servida, con manteles blancos de Flandes, con cubiertos de plata relucientes, con grandes bandejas llenas de fruta en sazón, de tonos amarillos, verdemar y púrpura, de alguna tela de pintor veneciano. Siempre que cerraba la puerta, se quedaba mirando un momento el paisaje pintado por Alberto y le decía:

—Falta Salomé. ¿Cuándo vas a pintarla?

Y pensaba sin duda en una Salomé desnuda delante de la mesa de Herodes como estaba ella en aquel momento delante de la puerta pintada.

Estaba a punto de dormirse cuando oyó que la puerta se abría despacio. Hacía calor. Al mirar a la puerta, y antes de ver a Clelia, sus ojos se habían detenido un instante en la cabeza de Gauguin posada en las ramas, como un exvoto, sobre el título de la novela de Stevenson, y en aquel momento había sentido el soplo caliente de la noche que entraba por la ventana como si viniera de un mar lejanísimo. Clelia se había tumbado en la cama a su lado, en silencio.

—¿Qué quieres? —le había preguntado él, asustado.

Nunca había habido una gran amistad entre su hermana y él. Sólo últimamente, desde que la carne de Clelia empezara a eclosionar como la de una fruta madura que revienta la corteza, sus relaciones se habían estrechado. Más que el afecto, más que la afinidad moral, lo que impulsaba a Clelia hacia Alberto era una atracción física, algo animal. Se había acercado no solamente a él, sino a sus dibujos, sus cuadros, sus discos, sus libros. Clelia palidecía cuando Alberto ponía el disco de la *Fugue on Bop Themes* de Stan Kenton, o los de *You Go to My Bed* y *All of You* de Milt Bags Jackson. Hacía calor, la luna dejaba en el aire un sabor dulce, el viento se pegaba a las hojas de los árboles, Clelia se tumbaba en la cama vestida con su bata de algodón transparente y se quejaba en voz baja, *comme une grenouille dans le bassin*. Del disco que susurraba en la oscuridad salían entonces las notas de *New What's* de Milt Jackson, con los tenues sones de John Lewis, las vibraciones de Kenny Clarke y la percusión sorda de Percy Heath. En el instante en que Bags intenta retomar el tema en los compases 26 y 27 (es un instante único, uno de esos raros instantes en que los valores del jazz se convierten en una cuestión de vida o muerte, como ciertos valores pictóricos de la pintura china), Clelia, con un esfuerzo ímprobo, se incorporaba apoyándose en los codos y miraba a Alberto fijamente con dos ojos que echaban chispas febriles.

Nunca le había preocupado mucho morir. La idea de tener que morir le parecía peregrina. Muchas veces, observando a sus amigos, se preguntaba si tenían miedo a morir. Ninguno tenía miedo a morir. Parecía imposible que la guerra, que habían vivido con absoluta indiferencia, hubiera hecho a los jóvenes tan indiferentes a la muerte. Y no sólo a la muerte, también al amor. Si juzgara a sus

amigos por lo que él mismo sentía, Alberto diría que ninguno de ellos tenía lo que antes se llamaba ambiciones. No aspiraban a nada. Ni al amor, ni a la riqueza: a nada. El dinero no tenía ya ningún valor para ellos. No es verdad, como escribían los malos novelistas, que el dinero ejerciera en ellos una fascinación dominante. Los jóvenes estaban llenos de sentimientos gratuitos. Vivían en una sociedad corrompida por el dinero con una inocencia que era la condena más severa de esa sociedad. Y puesto que eran indiferentes al dinero, pensaba Alberto, lo eran también al amor y la muerte. Su desprecio por la sociedad en que vivían, por las leyes, la autoridad, la religión, no era ningún compromiso, no era un desprecio sentido. También eran indiferentes a su desprecio. El jazz, el cinematógrafo absorbían toda su facultad de pensar el mundo como una obra de arte y las acciones de los hombres como elementos de una estética.

—¿Qué te ha dicho Giorgio esta tarde? —le preguntó Alberto a su hermana, cuando el brazo metálico del tocadiscos se levantó y se posó en la horquilla con un leve chasquido.

—Nada —contestó Clelia.

—¿Desde cuándo es tu amante? —preguntó Alberto.

Clelia se volvió un poco y lo miró.

—¿Mi amante? No me hagas reír.

—¿Te ha dicho que siente que yo…?

—¿Que tú…? —le preguntó Clelia.

—Que yo tenga que irme.

—¡Oh, a él no le importas nada!

—Mañana quiero comulgar —dijo Alberto.

Clelia se echó a reír.

—¡Qué ridículo! —exclamó—. ¿De qué tienes miedo? ¿De morir?

—No, no tengo miedo de esa estupidez —respondió Alberto—, pero quisiera tenerlo. Debe ser magnífico tener miedo a morir.

—¿Y qué pinta la comunión?

—Es un modo de darse cuenta de si se tiene miedo de algo —dijo Alberto.

—¿Y si descubrieras que tienes miedo?

—Sería maravilloso —afirmó Alberto.

Clelia se volvió bruscamente y lo besó en la sien. Lo abrazaba

con una fuerza que lo sorprendió.

—¿Tú no piensas nunca en el pecado? —le preguntó en voz baja.

—¿En qué pecado?

—En el pecado. Es el invento más tonto y más ridículo del mundo —dijo ella.

—El pecado existe.

—¿Y qué es?

—No lo que tú imaginas.

—Yo no imagino nada —dijo Clelia—. Creo que, hagamos lo que hagamos, no podemos pecar. No hay acciones buenas ni malas: actuamos y eso es todo. No podemos hacer el bien ni el mal.

—¿Nunca te has enamorado? —preguntó Alberto.

—¿De qué?

Esta respuesta de Clelia hizo reír a Alberto. «¿De qué?». No pensaba en un hombre, sino en una cosa. El hombre no era para ella objeto de amor, sino de otros sentimientos. Para Clelia el amor era un sentimiento dirigido a las cosas. Alberto reía quedamente.

—¿De qué te ríes? —preguntó Clelia.

—Me refería a si te has enamorado alguna vez de alguien, de un hombre, no de un objeto.

—¿De un objeto? —dijo Clelia. Y añadió—: Me he enamorado de Stan Kenton.

—¿De él?

—No, no exactamente de él. Sino de su *Lonely Woman*, de la batería de su *Fugue for Rhythm Section*. Me entran ganas de morderle, besarla, acariciarle los dedos.

—¿Y nada más?

—No. Me he acostado con Micky.

—¡Ah!

—Y con Giorgio.

—¿Y nada más? —preguntó Alberto.

—No, también con otros. No me acuerdo ya de quiénes… ¿A ti qué te importa?

—No me importa nada —dijo Alberto.

—Y si no te importa nada, ¿por qué…?

—No me importa nada… Quería saber cuándo fue la primera vez.

—Hace dos años.

—¿Dos años? —dijo Alberto.

—Lo recuerdo porque fue en un cine, ponían una película mala. Casi no había nadie en la sala, eran las siete, había uno sentado unas butacas más allá, se levantó, se me acercó, se arrodilló delante de mí.

—¿Y tú?

—Yo me abrí. Luego me preguntó cuántos años tenía. Cuando le dije que quince, se largó corriendo. Tenía miedo. No sé qué se creía que había hecho.

Clelia reía, tumbada de espaldas, con las piernas levemente abiertas.

—¿Era joven?

—No, era un viejo, de unos cincuenta años.

—¿Era guapo? —preguntó Alberto.

—No, feo. ¿Por qué tiemblas?

—No lo sé.

—Estuve mal tres días. ¿Te acuerdas? Fue cuando me daban náuseas y mamá llamó al médico.

—¿Qué le dijiste al médico?

—Se lo dije todo —dijo Clelia.

—¿Y él no le contó nada a mamá?

—No. Me citó en su casa una tarde.

—¿Él también?

—Sí —dijo Clelia.

—¿Te gustaba?

—¿Y por qué había de gustarme? Tenía que hacerlo para que no le dijera nada a mamá.

—Creí que era un caballero.

—¿Y por qué no había de serlo? Con quince años una mujer es una mujer.

¿Por qué había de tener miedo a morir? Un hombre tiene miedo a morir cuando posee una religión, una moral, una conciencia, cuando es un ciudadano, una célula social, no cuando simplemente es un ser vivo al margen de todo marco moral y social. Un hombre tiene miedo a morir cuando es un soldado, no cuando es un hombre libre en el bosque. Tiene miedo a morir Brahms, el Brahms del *Opus 90*, no el Stan Kenton de *Elegy for Alto*. ¿Qué puede importarle morir a un hombre que no reconoce ley alguna, ni la de

la familia, ni la de la sociedad, ni la de la patria? La palabra «patria» lo hacía reír más que la palabra «familia», que la palabra «sociedad», «humanidad», «Estado». *Club Kawama. The most exclusive club in Varadero Beach, Cuba*. A sólo cinco horas de avión de Nueva York. Aquella mañana había recibido una postal de Nantas que le enviaba desde Varadero Beach, Cuba. «He comprado un terreno, voy a construirme una casa en Varadero». Lo mismo podía Nantas construirse una casa en plena Quinta Avenida, ¿qué más daba? Nunca sería un ciudadano, un inquilino, una célula de la sociedad, si no tenía miedo a morir. Todo depende de eso, pensaba Alberto: de tener o no miedo a morir. A él no le importaba morir. Estaba enfermo, sabía que iba a morir. ¿Y qué?

—Si no tuvieras esto —dijo Alberto tocándole el sexo—, a lo mejor podría quererte.

—Eso no te impide quererme —dijo Clelia.

—Sí…, eres mi hermana.

—No digas tonterías. No dejo de ser una mujer, para todos, incluido tú. La verdad es que…

—No hay verdades en estas cosas —dijo Alberto.

—Sí, hay una. Que para querer a un hombre no se necesita eso.

—No creas que quiero ser tu amante —dijo Alberto—, soy tu hermano.

—¿Lo ves? No se necesita eso para querer. Tú me amas. Y no eres mi amante.

—Sí, te amo —dijo Alberto—, para mí no dejas de ser una mujer, aunque seas mi hermana. Pero eres mi hermana.

—Estás enfermo. Por eso.

—¿Y tú? ¿Querrías ser mi amante? —preguntó Alberto.

—No, quizá no.

—¿Por qué?

—No porque sea tu hermana. Sino porque no me gustaría.

—¿No te gustaría?

—No se me había ocurrido.

—No se te había ocurrido porque eres mi hermana.

—No —dijo Clelia—. Nunca pienso en esas cosas. No tienen importancia. No vale la pena pensar. No estamos hechos ni para gozar ni para reproducirnos. Estamos hechos para vivir, para sentir que vivimos.

Alberto se sintió feliz en aquel momento. Quería a Clelia, la quería como a una hermana, era su hermana. Y también Clelia lo quería, lo quería como a un hermano. Le había tocado el sexo y ella no había hecho ni caso. No le daba importancia a la cosa, a aquel gesto. Alberto se preguntaba para qué habían muerto tantos hombres en la guerra, si luego había una mujer de dieciséis, diecisiete años, que no daba importancia a nada. No solamente a aquello, a nada. La relación entre ellos, entre todos los que eran como ellos, jóvenes como ellos, y los hombres que habían dado su vida en la guerra, era una relación absurda, inmoral. Éstos tenían miedo a morir, ellos no. Cuando la trompeta de Louis Armstrong suena, tiene miedo a morir. Sabe que en cuanto deje de sonar, morirá. La trompeta de Armstrong es la trompeta del día del Juicio Final. Cuando deje de tocar, todos morirán. Mas, pese a ello, Alberto se sintió feliz en aquel momento. Nunca se había sentido tan puro, tan inocente. Pero lo que le hacía sentir una felicidad tan intensa que casi le dolía era saber que también Clelia era pura, inocente, que nunca había sido tan pura, tan inocente, como en aquel momento. La tenía abrazada, pero seguía siendo su hermana. Estaba tumbada desnuda a su lado precisamente porque era inocente, porque era pura. «Me abrí», había dicho Clelia. No «Me entregué a aquel hombre». Había dicho «Me abrí». Como las valvas de una ostra. Como las branquias de una langosta. Se la imaginaba abriéndose como las valvas de una concha, de un color rosa parecido al de la carne, pero esa imagen no lo turbaba. Era un acto inocente, un acto pueril, sin culpa. Como si hubiera abierto los ojos, la boca, la mano. Había un inmenso pudor en aquella aparente corrupción. Aunque no es el pudor lo que regula la vida de los hombres. Sino la ignorancia del pudor, la indiferencia al pudor: la certeza de que el mal, el pecado no existe. De que quien hace el mal no hace nada malo. De que ni siquiera el que hace el bien hace nada malo.

Estaba enfermo, sabía que iba a morir. Lamentaba tener que dejar para siempre un mundo tan simple, tan puro, tan inocente, un mundo tan libre. Un mundo perfecto. El ser humano nunca había sido tan libre, nunca había alcanzado un grado de civilización tan alto. Y esa inocencia, esa felicidad pura del mundo, la daba precisamente el inmenso esfuerzo que hacía la humanidad por dotar

de una ley a los hombres, por someterlos a un orden férreo, a una disciplina severa, inexorable. Clelia, una Eva feliz, inocente. La primera mujer en un mundo recién creado, recién nacido del caos. Él, que iba a abandonar aquel mundo para siempre, miraba atrás y podía verlo claramente en toda su pureza, su felicidad, su inocencia. Un mundo donde no existía el pecado. Un mundo aparte, sin restos de la civilización anterior, burguesa y capitalista, de aquella humanidad inmunda que tenía una literatura inmunda, una música inmunda, una pintura vulgar, una poesía sudorosa y grasienta. Nunca había habido tiempos más felices, más puros que aquéllos, en los que todo era puro, no sólo los sentimientos, sino también la literatura, la música, el arte. Mejor dicho, unos tiempos libres del arte, la literatura, la música. Ninguno de aquellos jóvenes se rebajaba a leer a autores inmundos como Dostoievski, Thomas Mann, Tolstói, Proust, Hemingway, Faulkner. Había pasado incluso la época en que los jóvenes leían a García Lorca, como protesta, como reacción, como afirmación. Ya no hacía falta la literatura. También América daba risa. Y la Rusia soviética. Y Francia, Inglaterra. Las Tías. Los Tíos. Los Abuelos. Las Abuelas. Todo un mundo corrupto, sucio, hipócrita, falso. Nunca más se sentaría en las calles a ver desfilar soldados que iban a combatir, a morir, a matar. No habría fuerza en el mundo capaz de convertirlos en soldados, en *des enfants de la patrie. «I forgot baseball, algebra, and high school romances»*, como decía Stan Kenton. Además, no «*music was everything*», sino «*everything was nothing*». Sobre ellos no podrían fundarse Estados, ejércitos, iglesias, sociedades: nada. Nada podía corromperlos. Ni siquiera Baudelaire, ni siquiera Rimbaud. Había una relación bastante estrecha entre las poesías de Baudelaire y los cuellos altos almidonados, los *plastron*, los *top hats* y las guerras de Napoleón III. Habían rechazado a García Lorca porque en la poesía de García Lorca había cafés madrileños, puros, burdeles, museos, corridas de toros, barricadas. ¿Qué les importaba a ellos Guadalajara, Stalingrado? ¿La guerra partisana? No habían visto a Hitler, ni a Mussolini, ni a Lenin, ni a Stalin, eran como los jóvenes del tiempo de Apuleyo, que no habían visto a Apolo, ni a Júpiter, ni a Marte, ni a Artemisa. No habían tenido ninguna «educación sentimental». No había en ellos ninguna clase de romanticismo. Ni siquiera el romanticismo de la escuela de jazz de

Nueva Orleans, de los estilistas de Dixieland, de Armstrong. En Europa, en el mundo, había una raza nueva para la que la historia de los últimos años no era la historia de las guerras, de los progresos sociales, de la política, sino la historia de la música de jazz, de Nueva Orleans a la Costa Oeste, de Luisiana a California, del *hot jazz* al *cool jazz*. Una raza de seres humanos a quienes nada importaba la historia de la política, los ejércitos, las naciones, las ideologías políticas, que se reían de todo eso. ¿Qué les importaba a los monjes del siglo IX la historia de las empresas de Carlomagno, de la Europa feudal, de las luchas entre príncipes y obispos? El mito de la libertad, las luchas por la libertad, no podían sino llevar al nacimiento de una raza de hombres libres, libres de verdad, indiferentes a todo, no sólo a la pequeña moral familiar, burguesa, de los «indiferentes» de Moravia. Los personajes de *Los indiferentes* de Moravia eran fascistas, Moravia mismo era inconscientemente un fascista, en su «indiferencia» por la moral familiar, burguesa, que se agotaba en sí misma, que se anulaba a sí misma, en una pequeña rebelión familiar, burguesa, contra la moral familiar, burguesa. Si los personajes de Moravia hubieran gritado de pronto: «¡Viva Mussolini!», nadie se habría extrañado. El mismo Moravia, al final de sus novelas, parecía siempre a punto de exclamar «¡Viva el fascismo!», como última y única protesta contra la moral familiar, burguesa.

Alberto había leído un día, en una revista literaria, una encuesta sobre la literatura contemporánea: qué obra narrativa europea era la más representativa de nuestro tiempo. Muchos habían contestado que la de Hemingway, otros que la de Thomas Mann, había incluso quien había respondido que la de Dreiser, la de Proust. Pero no, ninguna obra narrativa representaba el espíritu de la «libertad», del mundo libre e inocente que se había ido creando sobre las ruinas, sobre la confusión, sobre la abyección de las patrias, los ejércitos, los Estados, sobre la grotesca oposición entre capitalismo y comunismo.

Alberto miraba ahora a Clelia, que se paseaba desnuda por el cuarto con una indiferencia soberbia. Clelia se acercó al gramófono, metió una pila de discos en el tocadiscos y la voz de June Christy resonó en la estancia. «*This is my theme*», dijo June Christy con su voz grave, algo ronca, prudente. *Lonely Woman* iba vestida con

una falda de algodón color paja, una blusa también de algodón de un rojo vivo, rojo escarlata. Tenía el pelo bermejo, la tez blanca, llena de pecas doradas. «*This is my theme*», dijo Lonely Woman, y Clelia repitió en voz baja las palabras de Lonely Woman. «*This is my theme*», dijo Clelia. Alberto se sentó en la cama, se puso unos *shorts*, fue a la ventana, miró el jardín. Había árboles, rodales de hierba verde, de un verde denso, casi azul, había flores, rosales, y de pronto el jardín acababa bruscamente, en la calle. La luna dejaba en el aire un sabor dulce, un olor a almendras. «*This is my theme*», dijo Lonely Woman. Y Clelia repitió en voz baja las palabras de Lonely Woman: «*This is my theme*». No había habido nunca una clase de mujeres tan puras como Clelia, inocentes como ella. La civilización no había producido nunca ejemplares tan inocentes como las jóvenes que eran como Clelia, del tiempo de Clelia. La indiferencia de estas jóvenes al pudor, al pecado, a la moral heredada o innata era una indiferencia absoluta, una inocencia absoluta. Clelia podía prostituirse para ganarse la vida, o por aburrimiento, o por indiferencia, y nunca sería una mujer corrupta, una prostituta, seguiría siendo pura e inocente. Nadie podía hacer el mal en una sociedad que ignoraba el mal. Nadie podía pecar en un mundo en que el pecado era desconocido, la noción de pecado era desconocida. «*This is my theme*», dijo Clelia, repitiendo las palabras de Lonely Woman.

De pronto se acercó a Alberto, se abrazó a él y rompió a llorar en silencio. Alberto notó que las lágrimas de su hermana le humedecían el hombro.

—¿Qué te pasa? —le preguntó.

Clelia no contestó. Le acariciaba la nuca con una mano tibia, suave, mientras lloraba en silencio. Alberto notaba en el pecho los senos desnudos de la hermana, pequeños, duros, fríos. Y se alegraba de aquella inocente impudicia de Clelia, de aquella pureza gélida, serena, segura de Clelia.

Alberto había estado varios días diciendo que no, que no iría con sus amigos a ayudar a Rosy.

—No quieres venir porque estás podrido —le dijo Clelia mientras metía en su bolso unas prendas interiores, el tubo de dentífrico, el cepillo de dientes, la cuchilla para afeitarse las axilas, la botella de agua de colonia (a Clelia le encantaba un agua de

colonia de hombre, de Dunhill).

—Y porque soy un traidor —dijo Alberto.

—Casi —repuso Clelia sin mirarlo.

—Debería tener el valor de decírselo a sus padres. No pasa nada si se lo dice a sus padres.

—Lo peor sería que se lo dijera a sus padres. Estás podrido. Sigues estando medio aquí y medio allí. Nunca podrás separarte del todo.

—Rosy tiene catorce años —dijo Alberto.

—Tiene catorce años, ¿y qué? Lo que haga es cosa suya, no de sus padres. Papá y mamá. Eres ridículo.

Alberto siguió a Clelia en silencio, subió al coche, avanzaron por la calle llena de vehículos. No le gustaba ayudar a Rosy. No pasaba nada por que estuviera embarazada, pero hacía mal en no decírselo a sus padres. Si de verdad era libre, pura, como decía Clelia, debería tener valor y contárselo a sus padres. No le gustaba ayudar a Rosy. Tampoco le gustaba haberla ayudado a esconderse aquellos tres meses, a mentir a sus padres, a hacerles creer que estaba en Cortina. Rosy había estado en Cortina durante las Olimpíadas, pero luego había vuelto a Roma y llevaba un mes viviendo escondida en casa de una amiga suya norteamericana, Patricia, en Via Margutta. Patricia era una «indígena de California», como le gustaba llamarse. Era alta, delgada, de unos cuarenta años, y le gustaba también decir que era pintora. Alberto la había conocido en la exposición de Ben Shahn. Patricia estaba hablando con Ben Shahn cuando Alberto la abordó para preguntarle por Rosy. «Está bien», le contestó Patricia, «pero ¿a ti qué te importa?». Patricia tuteaba a todo el mundo. Era una mujer de la generación de entreguerras, pertenecía a la época del *Dixieland style*, había tenido veinte años entre 1930 y 1939, su rebelión contra el conformismo norteamericano seguía siendo en parte la de Greenwich Village, la de los «americanos de París», la de Gertrude Stein. Patricia había tenido veinte años cuando empezaba el estilo de Chicago y aparecían Duke Ellington y Benny Goodman, era el principio de la *swing era*, los nombres de Red Norvo y de Lionel Hampton comenzaban a resultar familiares a los jóvenes y el de Art Tatum sólo lo conocían aún unos cuantos iniciados. La rebelión contra el conformismo norteamericano era en Patricia, como en cuantos habían tenido veinte años en 1936, una postura

elegante, era parte de esa clase de rebeliones que forman el conformismo del anticonformismo. Muchas de las cosas con que Patricia se negaba a conformarse no tenían ninguna importancia para los jóvenes de la generación de Alberto, de Clelia, de Rosy. Era una postura anticuada, *démodée*. Y, por lo mismo, muchas de las cosas que para Patricia representaban la rebelión, la libertad, la independencia, carecían de sentido para Alberto y los jóvenes como él.

Luego se había quedado mirándolo y le había preguntado:

—¿Dónde está Clelia?

—Creía que estaba en tu casa.

—No, aún no —dijo Patricia—, hasta dentro de unos diez días, no. Pero a ti todo esto no te importa nada, ¿verdad?

Y se volvió hacia Ben Shahn y siguió hablando de arte en esa jerga de Gertrude Stein que tanto gustaba a Alice Toldas: «*A picture is a picture is a picture*…», con el mismo tono con que habría dicho: «*A rose is a rose is a rose is a rose*».

—*A picture is a rose* —había dicho Ben Shahn sonriendo, y Patricia se había ruborizado ligeramente.

Patricia los recibió en la puerta a su manera viril y se quedó mirando un momento a Alberto como si la sorprendiera verlo allí aquel día.

—¿Cómo estás, querida? —dijo abrazando a Clelia.

A Alberto no le gustaba que Patricia abrazara a Clelia: era una costumbre podrida, pensaba, aplicando a Patricia la palabra que los amigos de Clelia y Clelia misma le aplicaban a él. La casa de Patricia, como todos los estudios de Via Margutta, era un híbrido de sala de estar y estudio de pintor. Las paredes estaban cubiertas de «naturalezas muertas» que representaban mil especies y variedades de flores, al estilo de Salvador Dalí. Patricia tenía las manos grandes, hombrunas; feas, en una mujer. Y se desquitaba de sus manos pintando flores, aunque las pintaba con una falta de pudor que turbaba e irritaba a muchos amigos, entre ellos a Alberto. Eran flores que recordaban el sexo y todo lo relacionado con él. Representaban cópulas de flores, de insectos con flores, de jóvenes rubias con flores púrpuras o negras, de muchachitas poseídas por enormes pistilos rojos envueltos en pelambreras rizadas, negras, que recordaban el cabello de ciertos jóvenes sicilianos. Ésta orgía de

motivos sexuales desagradaba a los amigos y amigas de Clelia y Alberto, que eran tan indiferentes al sexo como al dinero, al alcohol, al lujo. Y Alberto, en particular, se sentía violento en el estudio de Patricia y vagamente irritado.

Rosy yacía en la cama de Patricia, en un cuarto al que se subía por una escalera de madera: era una especie de altillo con paredes de cortinas de *chinz* que, cuando se abrían, dejaban ver la cama como si fuera una especie de trono, desde el que Rosy podía observar lo que ocurría abajo.

Pálida, enflaquecida, con profundas ojeras, Rosy recibió a sus amigos con una sonrisa asustada, y cuando Clelia se acercó a la cama los ojos se le llenaron de lágrimas.

—No tengas miedo, Rosy —le dijo Clelia inclinándose y besándola en la mejilla.

Rosy le rodeó el cuello con los brazos y le susurró al oído:

—Quédate conmigo.

—¿De qué tienes miedo, tontita? —le dijo Clelia, sonriendo y acariciándole el pelo.

Pureza

Es una belleza pura y triste, de una serenidad fría y distante. Que no inspira pensamientos inquietos y ansiosos, sino una serena satisfacción, una especie de solitaria derrota de los sentidos. En esa inmensa y triste belleza, el espíritu se halla en un reposo que no es abandono, sino conciencia de sí. La alta pared de Matromania, el negro bosque, las peñas que caen a pico sobre el mar, las olas mansas, esa lejanía de orillas y aguas, el soplo leve del viento disponen el alma a una cruel introspección, a un examen frío y sereno. La voz del viento y el mar, el murmullo omnipresente de los arándanos y el blanquear de los asfódelos en la luz pura del día (una luz rarefacta, límpida y tenue, una luz pastel, casi velada por su mismo esplendor, en la que los colores se apagan, los perfiles de las cosas se desdibujan, y sólo queda el recuerdo del paisaje, el fantasma de las orillas y las aguas), lo alejan a uno de los sentidos, de las imágenes sensuales y corpóreas. Hasta el frenesí y la leve embriaguez que se adueñan de los visitantes durante toda su estancia en cualquier otra parte de la isla, aquí cesan, dando paso a una serenidad levemente triste, casi dolorosa, que es la conciencia de sí, que es como verse delante del fantasma de sí mismo. Ésa es la función de la belleza en la vida del hombre. Pero es una tristeza antigua, no la del norte, hecha de brumas y soledad, sino la tristeza solar de Grecia, los fantasmas de Grecia, ese cruel y dulcísimo equilibrio en que el alma se aquieta y adopta ante la naturaleza una actitud de humildad y ofrecimiento. No la naturaleza enemiga, sino la naturaleza que cura, que salva, que sana. ¡Qué triste y vano parece el mismo Cristo en este paisaje tan poco cristiano! El sacrificio por la salvación de los hombres, esa idea grave, fúnebre, ese afán de entrega, de sacrificio, de abnegación, por la salvación eterna de los hombres, ¡oh, aquí no, aquí no! Peligrosa belleza, paisaje de una pureza tan alta y abstracta, que cualquier sacrificio parece inútil, culpable. Stefano se entregaba a veces a los más peregrinos pensamientos, en las horas nocturnas que pasaba en el

inmenso patio interior del «castillo», sentado ante los cristales, frente a la pura e inmóvil fuga de las orillas y las aguas, a la luz fría de los astros que reverberaba en el mar.

Una de aquellas noches, estando allí sentado, pensó en una escena que le acudía muchas veces a la memoria, no sabía por qué: el arresto de un delincuente en Stresa, junto al lago. A la puerta de la casa, campesinos sentados, y una atmósfera benigna, y sombras que se movían morosamente entre los árboles de los márgenes del lago, y montes lejanos ya brumosos en el crepúsculo, y zonas oscuras, misteriosas, ominosas, en el agua de la orilla opuesta, al pie de Intra y Pallanza. En la carretera provincial, el timbre de las bicicletas de los obreros que volvían de las fábricas de Varese, avanzaban en grupos, conversando; el ruido de las ruedas en la gravilla roja, mojada por la humedad de la tarde, y de pronto, en aquella paz, en aquella espera (el hombre sentado con la espalda contra la pared, a la sombra, las manos cruzadas y colgando entre las piernas, la mirada torva, huidiza, tan pronto alzándose para mirar los montes, como doblando la cabeza para escrutar la calle), la aparición repentina de dos carabineros con el fusil en bandolera, y sus voces corteses, no muy altas. El hombre se había levantado y había dicho: «Aquí estoy, cogedme, aquí estoy, no me escapo», y el grito de las mujeres, un grito de espanto, de dolor, y la risa incierta, cruel, confusa, humillada del hombre, que ofrecía las muñecas para que lo esposaran, y ese adiós como cansado, distraído, ese «Hala, adiós», y el grito, el llanto que estallaba detrás del hombre que se iba, volviendo a ratos la cara ladeada.

Ahora veía la misma escena pero transfigurada (la otra era quizá un recuerdo de alguna película, de *Winterset* o de *El bosque petrificado*, o de algún libro, o de alguna vivencia o fantasía que tuvo de niño); era una escena de una pureza y serenidad extraordinarias; era el mismo hombre sentado de espaldas contra la pared ya en sombra, pero sólo estaba él, sentado contra la pared iluminada por esa luz que daba suavemente en el muro de Matromania, y las mujeres sentadas en primer plano, en el borde de la placa de cristal empañado que era el mar, y entre una y otra mujer, fragmentos de ese paisaje puro y noble y triste, y en lugar del timbre de las bicicletas, de las voces de los ciclistas y del rumor de las ruedas en la gravilla mojada, las voces de los pescadores y el

leve batir de los remos, y el murmullo de las olas, y de pronto el hombre ofrecía las muñecas a dos bultos borrosos, dos figuras imprecisas pero radiantes, y se iba entre esos dos bultos radiantes, volviendo a ratos la cara triste y serena, y en lugar del llanto y los gritos de las mujeres, en lugar de la voz de adiós, algo que decía: «Es justo, es necesario que se condene a muerte a un inocente, así debe ser, un inocente, dejad a los culpables, demasiado fácil es castigar a un culpable, es justo que sufra un inocente». Y, así, en aquel ambiente mágico, el sacrificio de aquel hombre, un sacrificio gratuito, sin objeto de salvar al prójimo, parecía una cosa preciosa, una especie de triunfo de la víctima, el adiós a una víctima absolutamente inútil. Aquel sacrificio era algo normal, aquel paisaje y, quién sabe, el hecho de rehacer a Cristo desde fuera, dar un Cristo a aquel paisaje, ofrecer una víctima inocente en aquel Gólgota marino, purísimo, casi un fusilamiento de Goya entre las columnas del Partenón. Se echaba a reír y miraba a un lado y a otro sintiendo aquella presencia extraña, presente y sensible.

Muchas veces se dormía delante del cristal y despertaba al amanecer, el ocaso de la luna. Entonces salía a la terraza del «castillo» y allí, ante aquella muerte dulcísima de la noche, ante aquel labio oriental que se teñía de rosa, ante aquella boca aún sumida en la oscuridad que poco a poco se encendía, se movía —las palabras se oían primero indistintas hasta que sonaba un grito, el primer grito rojo del día sobre el mar ceniciento—, se avergonzaba de sí mismo, se sentía solo y temblaba, un estremecimiento le sacudía todo el cuerpo, era como el sentido de su culpa, de su maldad, de su condición miserable, y Lavinia, el recuerdo de Lavinia, venía en su ayuda, no un recuerdo piadoso, sino cruel y malvado.

Una noche Giulia se presentó de repente en el «castillo». Stefano no la esperaba. Fue una sorpresa. Por un momento pensó que quizá se le ofrecía la ocasión de librarse de Lavinia a través de Giulia. Pero había algo impuro en el amor de Giulia. Era una mujer, el olor intenso de su melena, de sus labios, su mirada inquieta y brillante, lo distraían poco a poco de aquellos pensamientos. Giulia se sentó en el sofá del estudio. En la gran estufa tirolesa, en el gran *kachelofen* de cerámica verdemar, el fuego murmuraba grave y suavemente. Por los cristales de las ventanas levemente empañados

se divisaba el alto muro de piedra rosada de Matromania, que la luna doraba con una luz cálida color de miel. Se veían los valles y los barrancos como surcos azul oscuros.

Un racimo de estrellas lucía sobre el perfil del monte, en el cielo de cristal frío y terso. Giulia estaba cansada, un poco inquieta. Le dijo a Stefano que había decidido marcharse. Se volvía a Florencia. No aguantaba más.

—Sabía que te irías —dijo Stefano con una sonrisa irónica.

—¿Lo sabías? —repuso Giulia.

Se miraron un momento. Giulia sonreía, algo insegura.

—¿Sabes lo que pensaba la otra noche de ti? —dijo Stefano. Y contó que había pensado en ella mucho, toda la noche—. Hubo un momento en que pensé en matarte.

—No es la primera vez.

—No, no es la primera vez —contestó Stefano.

—¿Y por qué? —preguntó Giulia.

—No lo sé, quizá porque pensaba que estaría bien. No lo sé.

—Tú me odias —dijo Giulia.

—No, no te odio. Te he querido mucho. Aún te quiero. No podría hacerte daño. Sería estúpido.

—Tienes miedo de confesar que me odias —repitió Giulia.

—¿Por qué debería odiarte? Ahora eres como siempre he querido que fueras.

Giulia había ladeado la cabeza, se miraba las hermosas manos, que le temblaban un poco.

—No he dejado de desearte un solo día —dijo Stefano en voz baja. Tenía la voz ronca, velada.

—Entonces, ¿por qué me rechazabas y no querías verme?

—Te deseaba terriblemente.

—Me habrías matado si hubiera venido.

—No, te deseaba, no podría hacerte daño. No eres lo bastante pura para que yo…

—¿No soy lo bastante pura? —dijo Giulia con una risa extraña —. ¿Además quieres que sea pura? ¿Qué harías tú con una mujer pura? Tú necesitas una…

—Calla —la interrumpió Stefano con voz ronca.

Giulia lo miró con intensa curiosidad, sonriendo, sentada, casi recostada, con una pierna que sobresalía de la falda. Stefano veía su

rodilla, las venas delicadas de las piernas.

—Me das asco —dijo Giulia con un leve estremecimiento.

—Yo no necesito una mujer —dijo Stefano—. Lo sabes.

Giulia se levantó, se acercó a la ventana, empezó a caminar a lo largo de las estanterías pasando la mano por los libros como si fueran teclas de un instrumento.

—Yo sé lo que necesitas —dijo de pronto mirándolo con gran curiosidad.

—No lo sabes. No lo sabe nadie. No te des aires. No entiendes, no puedes entender. —Y añadió de pronto, con su voz ronca y baja —: ¿Te gustaría ser Cristo?

—¿Cristo? ¿Jesucristo? —preguntó ella, sorprendida.

—Sí, Cristo. Quiero decir, ¿te gustaría morir como Cristo, por los mismos motivos? ¿Ser Cristo?

Giulia se echó a reír un poco tontamente.

—No blasfemes, Stefano —dijo con calma, casi con tristeza, aunque sin reproche.

—No blasfemo.

—No te entiendo, Stefano —dijo Giulia con dulzura.

—Si te preguntara si quieres ser Napoleón, Mussolini o Hitler, no me entenderías, con razón. Pero si te pregunto si quieres ser Cristo tienes que entenderme. Tienes que entenderme.

—Sí, me gustaría ser Cristo —dijo ella con súbita determinación, firme, desganadamente.

Stefano se levantó presa de una visible agitación y empezó a pasearse a zancadas por el estudio, algo inclinado hacia delante, con las manos en los bolsillos. De pronto se detuvo, le preguntó sin mirarla:

—¿Dónde está tu marido? ¿En Florencia?

—Creo que sí —contestó Giulia. Y añadió—: ¿Por qué?

—No lo sé.

—Espera marcharse de un momento a otro.

—¿Marcharse adónde? —preguntó Stefano.

—A la guerra. Se ha reenganchado.

—Reengancharse está de moda —dijo Stefano.

—¿Qué quieres que hagan en mi casa? Se aburren.

—Aún se aburrirán más en la guerra.

Giulia lo miró en silencio y dijo:

—Vergüenza debería darte.

—¿Por qué?

—Por lo que dices. Lo ensucias todo.

—Sabes que no puedo ir a la guerra. Soy tísico.

—Razón de más para tener respeto.

—Que revienten todos —dijo Stefano.

—Eso, que revienten, los virtuosos, que revienten todos —dijo Giulia.

—La gente limpia, la gente pura, los buenos y puros patriotas, los héroes purísimos —dijo Stefano.

Giulia lo miraba en silencio, con expresión a la vez despreciativa y compasiva.

—¿Por qué eres así, Stefano?

Stefano se encogió de hombros y siguió yendo y viniendo por el estudio, inclinado hacia delante, con las manos en los bolsillos. De pronto tuvo un acceso de tos.

—Stefano —dijo Giulia.

—¿Qué quieres? —dijo Stefano, volviendo un poco la cara. La tenía pálida y cubierta de sudor—. ¿Qué quieres? —repitió con voz ronca.

—No seas así, te hace daño —dijo Giulia poniéndole la mano en el brazo.

Stefano se echó a reír y la miró. Callaron. Luego Stefano se sentó en el sofá, junto a ella, y le dijo:

—He leído que a César no le gustaban los animales. Lo he leído esta noche en Plutarco. Él también era un hombre limpio, un puro. Buena gente. Un buen Cristo también. A quién quiso engañar con su muerte, no se sabe. Con ese amor por el género humano.

—Ahora la tomas con Julio César —dijo Giulia riendo.

—Tú no entiendes —repuso Stefano en tono irritado—, yo no la tomo con nadie. La tomo conmigo. *Pas assez pur, pour être heureux, estimé du monde. ai assez*

J'en

. A veces, cuando pienso en cómo vivimos, me entran ganas de reír. ¡Cuánta porquería! Tendría que correr un poco de sangre. Pero que caiga sobre la cabeza de los demás. *être le Christ*

J'aimerais

—dijo en voz baja, con los ojos brillantes.

—Mejor será que descanses, que te cures. Tienes un poco de fiebre.

—No es fiebre. No es sólo fiebre. Es algo mejor. Quisiera… —Y susurrando al oído de Giulia, añadió—: ¿Tendrías valor para matarme si te lo pidiera? ¿Crees que Lavinia tendría valor para matarme?

Giulia lo miró espantada, hizo ademán de apartarse, pero él le apretó el brazo con más fuerza.

—Tienes un poco de fiebre —dijo—, debes curarte.

—¡No tengo fiebre! —exclamó Stefano—. Tú también crees que soy un enfermo. Pero ¿de qué me serviría ser sólo un enfermo? ¿Qué mal podría hacerte? ¿Crees que no te salvarías igual? Irías de todas formas al paraíso. Lo mereces. El paraíso está hecho para gente como tú.

Y rompió a toser quedamente. Por las mejillas le caían grandes lagrimones, como gotas de sudor.

—¿Por qué eres así? —dijo Giulia—. ¿Por qué te atormentas de ese modo? ¿No ves que es horrible, que sufres, que sufres sin necesidad? Sé que enseguida te arrepientes de lo que dices, pero ¿por qué lo haces?

—Soy un gusano, ni más ni menos que un gusano —dijo Stefano en voz baja.

Permanecieron así un buen rato, casi abrazados. Stefano había descansado la cabeza en el hombro de ella, había cerrado los ojos, la sien le palpitaba con fuerza, de vez en cuando tosía, oprimiendo la boca contra el hombro de Giulia. Se oía el mar romper blandamente contra los escollos, el agua, las olas sonaban dentro de la cueva con una música dulce y triste que parecía la voz de un animal. El mar mugía con suavidad al otro lado de la puerta, como una vaca. Los astros, en el cielo altísimo y puro, brillaban sin titilar, con una fijeza que daba misterio y mayor intensidad a su brillo. En la cima de los montes, más allá de Pesto, se veía un fuego encendido; era un fuego pálido, un astro que entremoría.

—Dentro de unos días vendrá Lavinia. No te veré más. No podré seguir viniendo por las noches —dijo Giulia.

—Viene mañana.

—Lavinia es buena —dijo Giulia.

Stefano se movió, emitió un débil gemido.

—Viene mañana —repitió.

—Me alegro de que venga —dijo Giulia—. Te cuidará, no puedes seguir así, con esta vida salvaje. Así no puedes continuar, Stefano.

—Sí, Lavinia es buena. Es un ángel, un corazón puro. No soy digno de ella, no soy más que un gusano. —Se echó a reír con la cara apoyada en el hombro de Giulia y a ratos tosía—. ¿Crees que Lavinia me ayudaría si de verdad la necesitara? —prosiguió en voz baja—. ¿Crees que aceptaría ensuciarse para ayudarme? Es un alma pura, no teme al mal, es incorruptible.

—No digas eso.

—Seguiría siendo pura aunque se hiciera prostituta —dijo Stefano.

—¿No te da vergüenza?

—Buena gente, todos limpios, todos puros. *These clean people. Too pure, to be honest* —dijo él riendo—. ¿Sabes lo que creo? Que sería capaz de las mejores acciones, de las acciones más nobles, con tal de no ensuciarse por ayudar a alguien. Es demasiado pura hasta para ser egoísta.

—Ahora tengo que irme —dijo Giulia—, es tarde.

—Quédate esta noche.

—No puedo, Stefano.

—Quédate. Puede que sea la última vez.

La muerte en Capri

I

Si hay un lugar en el mundo donde la muerte es una presencia sensible, inmanente, y el sentido de la muerte gravita sobre los seres vivos, ese lugar es Capri. Fúnebre isla, donde el sentido de la muerte va siempre, en todo momento, a todas horas, en todas las cosas, personas y hechos, unido al sentido de la vida, al sentido del placer, de la alegría, de la libertad. No hay libertad más grande que la libertad contaminada por la constante sospecha de la muerte. Y si los hechos narrados en este relato se le antojan al lector, no ya extraordinarios o imposibles, sino monstruosos, eso se debe a la conjunción del sentido de la muerte y el sentido del placer, entendidos en sentido moral. Este relato está poblado de monstruos, de criaturas que inspirarán alternativamente piedad y repugnancia; pero son criaturas humanas, no raras, de una humanidad que no se halla fuera de lo normal, sino que es espejo de todos nosotros, espejo desnudo y cruel de nosotros mismos. Que el lector no se deje engañar por los nombres, Fabrizio, Clelia, cuya evocación de Stendhal no tiene otro sentido que el del muro en el juego de la pelota, que sirve para que ésta rebote. Y que los monstruos tengan nombres humanos, el conde Breder, Carmelina, Ciccillo, Immacolatina, no se debe a otra cosa que a su condición humana y a su «angustia» cristiana, a los que la cabeza de buey, y la agonía, y la doble faz, semejante a la del dios Jano, y el hocico de can, añaden un sentido misterioso y desesperado, propio de los seres humanos elevados a la categoría de ídolos. La cabeza de buey de Carmelina, que los monstruos del Pallonetto, entre las ruinas de Nápoles, cercenan con hachas una noche de septiembre, no es una pintura de Goya, sino de alguno de esos ingenuos pintores toscanos contemporáneos de Bernardino de Siena. Y nada tiene de macabro la escena, ni recuerda salvo de manera accidental la labor triste y

cruel del carnicero, ni remite al noble trabajo de Teseo, que cortó la bovina testa del Minotauro. ¡A qué cosas lleva la mitología, en los países italianos, que siguen siendo antiguos y mágicos! Ninguna mitología hay en este relato: nunca quedará lo bastante avisado el lector de que los hechos narrados en este libro no poseen ningún significado secreto, sino sólo el sentido que se manifiesta en la vida cotidiana, en el dolor común. O tienen el sentido que suelen tener los hechos y las cosas en Italia, a saber, un sentido invisiblemente ligado al mundo plutónico en que se funda la cultura italiana. Y la esperanza que pueda verse o intuirse es esperanza cristiana, que en ningún sitio está tan viva como en Italia, y sobre todo en Nápoles, que es la ciudad sagrada de Italia, la patria de los monstruos, de los ídolos, el santuario de la religión mágica de nuestros antiguos.

II

Vivía no ha mucho en la espléndida y miserable ciudad de Nápoles un joven de ánimo noble y libre condición llamado Fabrizio, a quien el autor ha escogido como protagonista de esta novela por la simple razón de que le parece singularmente dotado de esas virtudes y esos vicios comunes a todos y por los que se reconoce a los hombres de nuestro tiempo, así como singularmente perseguido por las mismas desventuras. Que se llame Fabrizio y que la joven que tanta importancia tuvo en su vida se llame Clelia no debe hacer pensar en una coincidencia deliberada con el Fabrizio y la Clelia de *La cartuja de Parma*. No se busque en la semejanza de los nombres (porque, en esta novela, Fabrizio y Clelia suenan muy distintos de la Clelia y el Fabrizio de la de Stendhal) ningún significado stendhaliano. La Europa de Stendhal está muerta; ninguna relación hay entre estas generaciones y las generaciones de Fabrizio del Dongo y de Julien Sorel, y sería vano y absurdo querer explicar la «novela» de la Europa actual remitiéndonos a aquella Europa. Y, análogamente, no se busque ningún significado secreto en estos o aquellos hechos y personajes de la novela, porque son hechos y personajes clarísimos, propios del tiempo en que se ambienta el relato, que es el nuestro, y materia real, viva y verdadera, y no simbólica ni alegórica, pues nada está más lejos de la intención del autor al escribir y vivir este relato que darle un sentido alegórico. Tampoco se busque un sentido secreto a estos o aquellos hechos y personajes que a muchos podrán parecer monstruosos, repugnantes o dignos de piedad, como hechos y seres inhumanos. Y aunque el autor ha procurado disminuir en parte, con la sencillez del estilo, el horror de algunos hechos y la angustia de la que son presa muchos personajes de esta novela, el horror y la angustia, que todos sentimos en estos tiempos calamitosos, rezuman

en cada frase, cada palabra, a tal punto que parecen empapar la página. Los personajes de este relato son dignos de piedad y respeto, como todos nosotros: son personas verdaderas, sus historias son verdaderas, el mundo donde viven es el mundo de la realidad, no el de la fantasía, el sueño o la pesadilla. Son criaturas humanas, espejo de todos nosotros, espejo desnudo y cruel de nosotros mismos. También los monstruos que pueblan estas páginas. Y que los monstruos lleven nombres humanos, se llamen Carmelina, Immacolata, Ciccillo, Karl Breder y hasta Fabrizio y Clelia, no se debe sino a su condición humana, a su «angustia» cristiana: la cabeza de buey de Carmelina, la doble faz, semejante a la del dios Jano, de la niña del Pallonetto, los niños con cara de perro, están todos dentro de nosotros, como están dentro de las vísceras oscuras de Nápoles, en los antros ciegos de sus callejas y de las cavernas de tufo del Monte Echia. La cabeza de buey de Carmelina que los monstruos de Pallonetto, entre las ruinas de Nápoles, cercenan con el hacha una noche de tormenta, no es un objeto simbólico, no es un elemento mágico, podría tener el mismo valor que la cabeza de María Antonieta cayendo al cesto o, por citar un ejemplo más cercano a nosotros, más íntimamente ligado a nuestra historia personal y nacional europea, podría tener el mismo valor que el cuerpo de Hitler quemado en los sótanos de la Cancillería de Berlín. En realidad, sin embargo, tiene un valor distinto y más alto. Y esto me lleva, de manera natural y con calma, a tocar el tema de las críticas que sin duda harán a esta novela los defensores de un concepto particular del cristianismo, concepto que es el de los cristianos más autorizados. El autor de esta novela piensa que no es difícil ser Cristo. Que a ningún cristiano le es difícil ser Cristo, imitar a Cristo hasta en su último sacrificio, seguir hasta el final sus enseñanzas y ejemplo. Enseñanzas y ejemplo que están prohibidos al verdadero cristiano. Para éste, existe sin duda un «Cristo prohibido», es decir, una parte de sus enseñanzas y ejemplo que, salvo sacrilegio horrendo, no le está permitido seguir e imitar. Éste es el límite último del cristianismo como se enseña en las diversas confesiones cristianas, católica o protestante, el último horizonte del Evangelio.

Pero el autor no pretende ser un verdadero cristiano, ni aparentarlo. No por indisciplina, ni por rechazar el Evangelio que se

enseña, se impone o sugiere, ni por rechazar el conformismo cristiano. Es, sencillamente, que el autor es consciente, tiene la profunda y meditada convicción de que no es un verdadero cristiano en el sentido impuesto y aceptado. Y está asimismo convencido de que a todo cristiano, verdadero o no, le es posible y fácil ser Cristo, pasar la frontera entre el Cristo permitido y el prohibido, seguir hasta el final, por la salvación de todo el género humano, la enseñanza y el ejemplo de Cristo. Y cree también que la tragedia europea es la tragedia del cristianismo mismo, que sólo el sacrificio de un Cristo, de un Cristo cualquiera, de un inocente, podrá salvar Europa, librar al género humano de las miserias y los sufrimientos actuales.

No será inútil advertir, por otro lado, que, aunque en todo el relato late cierta ironía, no es intención del autor *ironiser* ni sobre el cristianismo, que él considera el máximo valor de nuestra civilización, ni sobre la persona de Cristo, en quien ve el más elevado valor humano y, por lo que toca a su figura divina, el primogénito de los muertos, como se lo llama en las Escrituras. El autor sabe, con sincero pesar, que las críticas a este relato serán muy fáciles. Y en su facilidad misma piensa que está su condena y su refutación. Y si no se digna refutarlas, no es por orgullo o desprecio, sino porque piensa que, en nuestro mundo moderno, hay cuestiones que deben ser planteadas, no impuestas ni defendidas, sino simplemente planteadas. Y que a esto se limita el deber del escritor. Deber que consiste, precisamente, en expresar lo que todos sienten, aunque sea de manera inconsciente, y no en defender este sentimiento inconsciente del mundo moderno de las críticas de aquellos que, aun sintiendo también estas cuestiones en el fondo de su conciencia, no se atreven, por temor o vergüenza, a confesarlo. Dicho esto, el autor pide perdón con humildad a todos aquellos lectores a quienes esta novela y las convicciones en ella expresadas parezcan inaceptables, y reciban esta nueva obra con estupor y dolor, como una ofensa a sus más íntimos y casi sagrados sentimientos. En esta Europa, sobre todo en esta Italia, hay cuestiones delicadísimas que resulta doloroso plantear, pero no ha sido intención del autor ofender el sentir de aquellos lectores que por ventura no aprueben sus puntos de vista y rechacen su particular modo de sentirse cristiano.

III

Aunque pobre, Fabrizio vivía feliz, pues nada deseaba que no le permitieran sus medios y su condición. Y a esta avaricia del destino debía precisamente el ser un hombre libre y feliz en una época servil y en una nación que había caído en la servidumbre por vanidad, cobardía y necesidad, como era la nación italiana. Fabrizio no pertenecía a ninguna de las grandes casas de la antigua aristocracia napolitana, pero llevaba un apellido rancio y respetado, y descendía de una familia que había proporcionado a los Borbones de Nápoles almirantes, generales, ministros, favoritos, y a la Iglesia dos cardenales, tres obispos y un santo menor, uno de esos santos de provincia que son demasiado modestos para obrar milagros que el pueblo recuerde. Los habitantes del barrio de Monte di Dio, donde vivía en un apartamento de la gran casona, su única fortuna, que su padre le había dejado al morir, lo querían y respetaban por su bondad y maneras corteses, más que por sus escasas limosnas: pero ésta es, como se sabe, la clase de ayuda que el pueblo de Nápoles, paupérrimo, aprecia más que ninguna.

Fabrizio vivía, pues, como un noble y como un pobre, en una soledad poblada por los fantasmas de sus largas y tristes meditaciones, y por los espectros que surgían ante sus ojos del fondo de su conciencia. Tenía pocos amigos, y esos pocos los descuidaba, no por soberbia ni descortesía, sino porque sabía por experiencia que una persona de su condición no podía contar con los amigos más que en los momentos de fortuna y prosperidad. Su natural probidad le hacía rehuir la amistad de aquellos que más iguales eran a él por su condición social.

Vivía solitaria y pobremente, pues casi estaba solo en el mundo. Y es que, aparte de unos parientes lejanos de su madre, una anciana tía que residía en Avelino y un tío monje que vivía en la abadía de

Montecassino, no tenía a nadie a quien recurrir. Pasaba gran parte del día en casa, entre sus libros, sus cuadros, sus muebles antiguos. No carecería de interés echar un vistazo a su biblioteca, riquísima y su única fortuna verdadera, junto con los cuadros de pintores modernos que se traía de París en sus frecuentes viajes a Francia: la mayoría de los libros eran antiguos, como los de casi todas las bibliotecas de la nobleza napolitana, sobre todo libros de los siglos XVII y XVIII, de temática variada, historia regional, teología, filosofía… Pero también había muchos libros modernos, sobre todo de literatura, italianos y extranjeros, que formaban, puede decirse, la colección de libros de literatura moderna más completa y rica de toda la ciudad. Y tampoco faltaban obras de filosofía, sobre todo de esa filosofía modernísima que va de los nietos de Hegel a los nietos de Kierkegaard, pasando por Jaspers y los filósofos de esa filosofía de la existencia que se llama existencialismo.

Pero, aparte de los libros, lo más importante en la vida de Fabrizio eran los cuadros, y había muchos colgados en las paredes de su apartamento, y de varios autores, sobre todo modernos. Cosa insólita en una casa noble napolitana, donde alternan obras de pintores menores del siglo XVIII con chafarrinones del siglo XIX, en una sucesión de negros chafarrinones con más valor tradicional y sentimental que artístico. Este amor por la pintura moderna era un rasgo del carácter de Fabrizio: le gustaba Picasso, de quien poseía un dibujo del estilo llamado arlequinesco, Dufy, Matisse, Braque, De Chirico, cuyas obras eran los únicos vestigios visibles de la época en que residía en París varios meses al año, y durante la cual hizo numerosas amistades, algunas de ellas preciosas, como las de Gertrude Stein, de Miss Barbers, de la joven norteamericana a la que Rémy de Gourmont había dedicado sus *Lettres à une amazone*, de Roger Cornaz, el traductor de Lawrence, de *El amante de Lady Chatterley*. Uno de los cuadros era de Marie Laurencin y le era muy querido, porque se trataba del retrato de su madre, un cuadro insólito dentro de la obra de Marie Laurencin, tanto por las dimensiones —era grande— como por el estilo, que recordaba el de Angelica Kauffmann. Marie Laurencin había pintado aquel cuadro en París, poco antes de la primera guerra mundial, más o menos por la misma época en que Apollinaire escribía para ella *La chanson du mal-aimé*

.

En el retrato, su madre aparecía de pie sobre un fondo de árboles azules en el jardín de la embajada de Italia, en la Rue de Varennes: alta, rubia, sonrosada, con la piel extrañamente lustrosa, como la de una estatuilla de porcelana, su madre, que entonces contaba poco más de treinta y cinco años y aún era joven, aún estaba tímidamente orgullosa de su gracia, de su belleza, miraba sonriendo al espectador, con la cabeza un poco ladeada, con una dulce sonrisa que parecía una mariposa transparente posada en sus labios rosados, color de coral pálido. Aquel retrato, por el que Fabrizio se sentía atraído con un sentimiento mágico mucho más que con amor, era un cuadro del todo singular en la obra de Marie Laurencin, que parecía nacida para pintar sólo telas pequeñas, amazonas a lomos de caballos al galope, rostros de mujeres, cantantes a la luz de las candilejas y flores empañadas envueltas en una claridad neblinosa.

La misma Gertrude Stein, que visitaba a menudo a Marie mientras trabajaba en el cuadro, se había quedado casi asustada por la inesperada habilidad de Marie, por su valor para abordar un lienzo tan grande, y movía la cabeza rapada como la de un cochero dubitativamente, como si la enroscara en el tornillo que parecía su cuello viril surcado de profundas arrugas. Pero cuando Marie se volvía a mirarla sonriendo, Gertrude Stein bajaba la cabeza en señal de aprobación, para no desanimar a la buena de Marie. Después del retrato de la madre de Fabrizio (cuyo nombre callamos por consideración a Fabrizio, pues es un nombre muy conocido en Francia e Inglaterra, donde su belleza «eduardiana» había sido tan elogiada que le había valido la enemistad de la vieja reina Victoria), Marie Laurencin no había vuelto a emprender obras de tanto empeño y había retomado sus guaches, sus *paysages parisiens* tan perfectamente inscritos en una estrofa de Apollinaire, un trazo de lápiz de Picasso. Aquel retrato de mujer, que Gertrude había bautizado con el nombre de *Portrait Reine inconnue d'une*, había quedado en la obra de Marie Laurencin como único testimonio de su encuentro con Gainsborough y Lawrence durante su «fuga» a Londres: un vivo recuerdo de aquella época amable, pronto olvidada, paisaje de los versos de *La chanson du*

mal-aimé
. Y para Fabrizio, aquel cuadro era el paisaje de su infancia, al que volvía a menudo en las largas y tristes horas de su vida pobre y triste.

No podía disociar aquel cuadro de un episodio singular de su infancia del que huía con una especie de religioso horror, pero al que volvía en determinados momentos en que la soledad le pesaba más y le encogía el corazón. Su madre había muerto hacia 1925, cuando él contaba apenas quince años, habiendo nacido en 1911, año de la gran exposición de Roma y de los primeros vuelos del francés Delagrange en Italia. Estos detalles no tienen importancia alguna, pero bien está recordarlos para situar a Fabrizio y los hechos de su vida en la historia, aunque sea la modesta historia provincial de la Italia de aquellos años. Aquí no viene al caso encarecer la importancia que su madre y la educación materna tuvieron en la formación del carácter de Fabrizio, pero sería un error no destacar el lado femenino de su carácter, que era herencia materna. Fabrizio hablaba pocas veces de su madre, y sólo lo hacía con alguna amiga que la había conocido en vida y por ceder a esa afición que tienen los napolitanos, sean de la clase que sean, a hablar de sus muertos, de sus seres queridos difuntos, en las ocasiones más mundanas. Pero de aquel episodio de su infancia, que siempre le acudía a la memoria cuando sus ojos se posaban en el cuadro de Marie Laurencin, nada había dicho a nadie, porque era su secreto, su secreto horrendo y doloroso.

Tendría unos doce años, era en verano, en Capri, en la villa que su madre había alquilado para los meses estivales, de primavera a otoño. La villa era una antigua casa de campo, situada en la Grande Marina, cerca del Fortino. El arquitecto que la reformó había respetado el antiguo emparrado, y bajo este emparrado, después de la siesta, pasaba su madre la tarde recibiendo a amigos y amigas. Era la temporada descrita en *South Wind* y en *Vestal Fire* de Compton Mackenzie. Desde su blanca San Michele, en lo alto de la peña de Anacapri que cae a pico sobre el mar, Axel Munthe divisaba la llegada de los visitantes habituales, de la marquesa Casati y de la reina de Suecia por la carretera de Anacapri, cual viejo halcón desde su nido, o cual Cíclope desde la boca de su caverna. Era la época de la triste celebridad de Capri, la estación de

sus amores confusos: el mar tenía, al ocaso, el color lila de las cabelleras de Safo; los pescadores de la Grande Marina caminaban con una flor en la mano, como las vírgenes de Rossetti; a las mesas de los cafés, en la plaza de Capri, se sentaban los rubios efebos con acento de Oscar Wilde. La madre de Fabrizio ya había dado señales de la enfermedad que habría de llevarla a la tumba. Estaba de un humor extraño y había momentos en que se revelaba en ella esa maldad innata que la educación, la vida mundana y el orgullo habían sofocado durante tantos años. Muchas veces desahogaba su mal humor en Fabrizio, que sufría en silencio. Pero el muchacho había ido concibiendo poco a poco un odio profundo, un sentimiento doloroso, mezcla de repulsión y amor celoso. No es que Fabrizio fuera un muchacho viciado, o desesperado, o amargado por ese tedio que acomete a muchos jóvenes que viven a la rosada sombra de unas madres muy jóvenes y bellas. Fabrizio era ya entonces un muchacho tranquilo, de carácter meditativo. Pero la presencia de su madre lo ponía nervioso; su voz, el frufrú de sus largos vestidos de seda, el tintineo de las tazas de porcelana que le llegaba desde la tenaza a la habitación, donde él leía o miraba el mar, lo cansaban, le daban escalofríos, lo sumían en un estado de postración tibio y neblinoso.

Un día que, a la hora de la siesta, su madre se había encerrado en su habitación, Fabrizio fue presa de una inquietud que él mismo no supo luego explicarse. Estaba sentado en su dormitorio, junto a la ventana, contemplando el mar azul surcado de corrientes claras, ríos de plata, y el Vesubio al fondo, envuelto en una calígine argentina. En la atmósfera pura y luminosa de aquella hora de quietud había algo triste y agorero, como un soplo de corrupción. Fabrizio, de pronto, se levantó, como movido por una fuerza íntima, y con manos temblorosas, vacilantes las piernas, salió de la habitación, fue a la cocina, donde a aquella hora no había nadie, cogió de una mesa un cuchillo de cocina, corto y ancho, muy afilado, y a pasitos, casi de puntillas, conteniendo la respiración, subió la escalera que conducía a la habitación materna. La casa se hallaba en silencio, sumida en el sopor profundo de las horas meridianas. Fabrizio abrió muy despacio la puerta del dormitorio, entró y, apretando con fuerza el cuchillo, se acercó a la cama, en la que su madre yacía, envuelta en una bata de seda blanca. Dormía

en una postura suelta, con los brazos extendidos, el bello rostro recostado delicadamente sobre el hombro, las piernas abiertas. En algún movimiento del sueño, la bata se le había subido hasta el vientre y dejaba al descubierto las piernas largas y finas, las rodillas pequeñas y redondeadas, el vientre blanco, la sombra secreta del pubis. La blancura resplandeciente de la bata de seda, lo sonrosado de las carnes, el brillo dorado del cabello, lo desenvuelto de la postura misma, con los brazos extendidos, la cara ladeada, las piernas abiertas, daban a la durmiente un aire leve, aéreo, volátil, como si estuviera alzando el vuelo y con el impulso se le deshiciera el orden púdico de la bata.

El muchacho se detuvo, conteniendo la respiración. El corazón, que hasta ese momento le palpitaba con fuerza, fue calmándose. Poco a poco sus ojos se acostumbraron a la penumbra verde y azul del cuarto y empezó a distinguir el rosado fulgor de las carnes maternas, la sombra secreta del pubis, el abierto misterio del sexo. Un sudor gélido le perló la piel, el cuchillo se le cayó. Dio un grito y huyó. El grito despertó a su madre, que gritó también, y como si aquella voz de espanto y horror la hubiera liberado de su peso terrenal y lanzado a volar, se levantó de la cama agitando los brazos y sacudiendo la cabeza de radiantes rizos dorados, y así la vio el muchacho desde el fondo de la escalera, donde se había detenido y se apoyaba en la balaustrada para no caer; así la vio bajar la escalera, cruzar la terraza y correr por el jardín como un ángel que echara a volar desde el borde del golfo azul.

Del misterio de aquel grito y de aquel cuchillo hallado al pie de la cama no quedó en su madre más que la convicción de que había tenido un sueño extraño y algún mal la perseguía. Desconfiada por naturaleza, ligera y caprichosa de carácter, acabó convenciéndose de que ella misma había protagonizado aquel sueño; de que ella misma, dormida, había dejado allí el cuchillo y escapado al jardín, donde al final despertó y se desplomó desvanecida. Pero del sutil horror que le quedó al muchacho quizá halle el lector acostumbrado a mirar en el fondo de las cosas algún rastro en las peripecias futuras de la vida de Fabrizio, sobre todo en el secreto horror a las cosas del sexo que restó en su ánimo.

Aparte del cuadro de Marie Laurencin, nada quedaba en la casa que le recordase a su madre, muerta en una clínica de Lausana

cuando él tenía apenas quince años. La muerte materna siempre había estado rodeada de cierto misterio, que él nunca quiso desvelar, por negarse a profanar un secreto que, aunque lo atormentaba, no le pertenecía, hasta el día en que lo descubrió por casualidad. De su padre sabía que había muerto en la guerra, de esa muerte fácil y banal de la que mueren los hombres en la guerra; desaparecido en combate, nunca se halló su cuerpo. Y cuando luego, gracias al testimonio de un oficial que había estado prisionero, se supo, y con todo lujo de detalles, cómo se había producido aquella muerte, Fabrizio, que entonces contaba quince años, se sintió extrañamente consolado, como liberado. A estos sentimientos se sumaron después otros, mucho más complejos.

Algunos años después, cuando fue dueño de su vida, se cuidó de alejar de sí cuanto pudiera recordarle a su padre y su madre: fotografías, cartas, documentos. Sólo conservó el cuadro de Marie Laurencin, sin saber por qué. Aquella figura de mujer sonrosada y dorada que sonreía sobre un fondo de árboles azules y bajo un cielo blanco abría remotos horizontes en su memoria. Por lo demás, el esconder todos los recuerdos de sus padres hacía más profunda y absoluta la soledad en que vivía. Le placía pensar que estaba solo, que no tenía ninguna tradición, ningún vínculo con la vida anterior de sus padres, de la que descendía. Para el hombre solitario, hay una extraña complacencia en la soledad.

Con todo, algo había quedado en la desierta casa donde vivía que le recordaba una época que le era extraña, una época que había sido de otros, había pertenecido a otros: la biblioteca y los muebles. Los libros de las estanterías de la antigua biblioteca familiar se cubrían de polvo. Fabrizio nunca había cogido ninguno de aquellos viejos volúmenes encuadernados en piel, con los títulos y el escudo de la familia grabados en el lomo con caracteres dorados. Los libros que leía eran mayoritariamente modernos, aparte de los de autores griegos y latinos, que eran sus favoritos, y con los que se había quemado las cejas de adolescente. Y también éstos eran en gran parte libros franceses, y los clásicos de la Universidad de Oxford, y los clásicos impresos en Alemania que fueron la gloria de la editorial Alberghetti de Prato, con sus caracteres aldinos. Esta repulsión por los viejos volúmenes podrá parecer extraña en un joven moderno, pero así son los jóvenes modernos: se fían más de

su tiempo que del antiguo. No es de extrañar, pues, que la formación intelectual de Fabrizio se fundara más en los moralistas franceses, los memorialistas ingleses, los filósofos alemanes y las obras de los escritores modernos, como Rousseau, Jacques Maritain, Dostoievski, Gide, que en los doctos, severos e ilegibles historiadores y filósofos del siglo XVII y del XVIII católico, siglo este último por el cual Fabrizio sentía una especie de repulsión física. ¿Cómo condenar esta actitud? Es la actitud de los jóvenes, y los viejos no tienen derecho a condenar lo que no comprenden, o cuyos frutos no podrán ver. Desde luego, es sumamente extraño el caso de una generación que proclama a André Gide «nuestro Goethe» y busca la solución de las cuestiones vitales al margen de la cultura. Ésta podría ser una «consideración intempestiva» si en el fondo de esta generación estuviera Schopenhauer. Pero la generación moderna no es filosófica. Y su religiosidad reviste caracteres tan insólitos que lo mejor, de momento, es no profundizar en el tema.

La educación de Fabrizio fue como la de cualquier joven de buena familia de su generación. Hasta que se emancipó de la tutela legal que protege a huérfanos y menores y fue dueño de su vida, no se acentuó el rasgo dominante de su carácter, que era una religiosidad extrañamente independiente del catolicismo, efecto de una reacción íntima cuyas causas no son fáciles de estudiar. La educación recibida de la madre no había sido lo que se dice una educación católica. Joven, bella, elegante, rica, la madre de Fabrizio tenía un concepto del catolicismo meramente formal, superficial. Y Fabrizio tampoco podía crecer y desarrollarse al margen de su generación, que nada tenía de católica, aparte de una vaga moral que era más que nada la moral burguesa. En Fabrizio se notaba de manera evidente la influencia que las generaciones ejercen sobre los individuos. Más que ser agnóstica, su generación era poco católica. Las condiciones de Italia y Europa, idénticas pese a la diversidad de regímenes políticos, no permitían que los jóvenes se desarrollaran dentro del catolicismo. Por mucho que quiera negarse, las jóvenes generaciones estaban fuera del catolicismo, si es que no eran directamente anticatólicas.

IV

La Nápoles que se divisa desde un balcón o una ventana, o desde lo alto de uno de sus áridos montes, humeantes de polvo y ceniza, el Monte Echia,
Sant'Elmo,
el Vomero, Posillipo, el Vesubio, es poca cosa; pobre y bellísima cosa. Es el caparazón de una inmensa tortuga marina. Un amontonamiento de terrazas se extiende descendiendo del monte y las colinas hacia el mar, blancas al sol, orladas de azul o de rosa, con alguna que otra mancha verde. No se ven sus edificios húmedos y fúnebres de toba verdusca y cubierta de moho, ni sus arquitecturas barrocas solemnes y agitadas, ni la pobreza fastuosa de sus palacios. Lo que una imagen física traduce groseramente es en el caso de Nápoles verdadero: que, por mucho que se mira, de Nápoles sólo se conocen las prendas ricas y ajironadas, las sedas, los brocados, los damascos con que lleva siglos vestida esta paupérrima y espléndida ciudad. Por eso son pocos quienes conocen, quienes saben lo que es, esta inmensa y turbia ciudad, esta París, esta Nueva York del antiguo oriente, esta ciudad superviviente del ocaso y el naufragio de las civilizaciones orientales. Un estercolero, un palacio abandonado, el templo de una religión muerta, un hospital, un prostíbulo, una prisión, un cementerio. Un campamento de nómadas que han echado raíces. Más que una ciudad, un pueblo, una muchedumbre; más que una nación, un conjunto de cien naciones. La ciudad más antigua del mundo, la única ciudad que sigue siendo antigua. Y la más amorosa, la más bondadosa, la más inocente. Un laberinto que conduce al paraíso y al infierno. La ciudad peor conocida del mundo, la más calumniada. La única ciudad que ha sobrevivido al gran naufragio de las ciudades antiguas, donde la inmundicia es sagrada, donde todos los males

tienen su dios, Venus, Marte, Júpiter, Deméter, Atenea, o sus deidades, un Mitra cruento, un Dionisos ebrio, un Jano bifronte. Después de la gran tragedia de la guerra, de la opresión alemana, de la invasión anglosajona, después de que millones de personas de todas las razas y naciones hayan podido ver la cara oculta de Nápoles bajo el velo rasgado de sus misterios, ya sin vergüenza, se puede hablar de Nápoles con la esperanza de ser comprendido. Este enorme gueto de la raza blanca. ¿Qué sería de Italia, de Europa, sin Nápoles? ¿Qué quedaría antiguo y mágico en Europa, si no existiera Nápoles?

Apoyado en el alféizar de la ventana, Fabrizio contemplaba Nápoles desde lo alto del Monte Echia y lo embargaba un sentimiento de amor doloroso. *Napule, Napule, Napule, Na'* / Sobre el fondo de aquella misteriosa ciudad, también la vida de Fabrizio parecía llena de sentido. En ninguna otra ciudad del mundo muestra la humanidad tan plenamente su poder de resistencia, su inmortalidad, la inmortalidad de la especie. Ríos de gente subían y bajaban por las calles del centro, por los laberintos de callejas, muchedumbres sombrías se agazapaban en cuevas cavadas en el subsuelo de los edificios, miles de ojos brillaban en el fondo de los bajos tenebrosos, y un vocerío de niños, un vocerío ronco de mujeres, un eterno salmodiar se elevaba de las cuevas.

V

Cuando se vio solo en el mundo y libre para disponer de la fortuna heredada, Fabrizio dio rienda suelta a su deseo de conocer mundo. Como el protagonista de *La educación sentimental* de Flaubert, *il voyagea*. En esas pocas líneas del capítulo de *La educación sentimental* están encerradas las peripecias de cinco o seis años de la vida de Fabrizio. Sólo que sus viajes, en lugar de llevarlo a conocer el ancho mundo, se limitaron a la Europa civilizada, a residir unos meses todos los años en París y Londres, a saciar esa sed de conocimiento que a un joven moderno no lo lleva a la jungla, a los desiertos, a los mares del Sur, ni a las tierras frías del norte, sino a la Rive Gauche, a los círculos literarios parisinos, a pasar algunas semanas en Oxford, a tumbarse en el césped de la isla Mesopotamia o a orillas del Cam, con los jóvenes *undergraduates* de Oxford y Cambridge, todo eso con la ayuda de algunos conocidos de su madre, que lo acogieron con toda la cordialidad que puede sentirse en París y Londres por el hijo de una amiga fallecida en la flor de la edad. De todos estos viajes volvía Fabrizio cada vez más desencantado y con más ganas de soledad. No era por esnobismo, ni por orgullo de joven moderno, mundano, intelectual, ni porque desdeñara la vida provinciana de aquella infelicísima Nápoles, cuyo antiguo esplendor cada día decaía más, no sólo por las viejas causas de su decadencia, sino por las nuevas causas, como eran la construcción de la línea directa Roma-Nápoles, que, acortando la distancia entre las dos ciudades, convertía Nápoles casi en un suburbio de Roma, donde la flor y nata de la sociedad napolitana se había ido ya a vivir, y la galopante decadencia económica de la antigua nobleza napolitana.

Un buen día, cuando tenía treinta años, Fabrizio se dio cuenta de que su fortuna se reducía a casi nada y ya no le permitía

emprender aquellos viajes a París y Londres que eran lo único que le hacía soportable el peso y el tedio de la vida en Italia. Aunque se había mantenido al margen de todos los movimientos políticos y sociales, que llevaban el sello de Mussolini (y no por desprecio a aquel hombre y a sus partidarios, sino por desprecio a toda la vida italiana), Fabrizio sentía tremendamente la carga de aquellos años, de aquellas mentalidades. Y, la verdad sea dicha, despreciaba toda forma de heroísmo, sobre todo ese heroísmo fácil por el que, a excepción de unos pocos, melancólicos y severos ejemplos, Italia entera deliraba. También es verdad que las condiciones morales e intelectuales de la Italia de aquellos años no son responsables de la mentalidad de Fabrizio. Por extraño que pueda parecer, ésta se desarrolló fuera del fascismo y puede decirse que no sufrió la atmósfera deprimente y envilecedora de la época. No es, pues, a causa del fascismo que Fabrizio viviera aburrido, triste y solo. Más que un indiferente, por usar la palabra que ha puesto de moda la afortunada novela de un joven escritor, que salió a la venta precisamente en aquella década de 1930, con clamores de aprobación y desaprobación, más que un indiferente, Fabrizio era un ausente. Lo que lo repugnaba no era sólo Mussolini, era Italia, toda Italia, aunque ni él mismo sabía a qué se debía dicha repulsión. ¿No es porque era, podemos preguntarnos, un europeo más que un italiano, o, si se quiere, un europeo más que un provinciano? Esta pregunta también deberíamos plantearla y resolverla, aunque ¿para qué? Bástenos saber que a Fabrizio le repugnaba la vida italiana y puede que no sólo la vida italiana, sino aquel momento particular de la vida europea del que la vida italiana era una expresión. Un italiano es muy poca cosa en este mundo y conviene aceptar esta conclusión, si conclusión es. Fabrizio era perezoso y un solitario. Pero en su forma de ser, en su moral profunda (pues era un joven moral), un marxista podría adivinar una razón de clase, una repugnancia clasista. En Italia, y por efecto de las teorías de Croce, a las que se ha dado demasiada importancia, siempre se ha tenido en poco la influencia de las circunstancias sociales en los asuntos individuales, en las llamadas «crisis de conciencia», en las que se ha preferido ver inquietudes y dudas de orden religioso, siguiendo el ejemplo de esa generación que llamaremos «fogazzariana», y que, a raíz de ese fenómeno de la

vida italiana que fue el modernismo, acabó conformándose con un catolicismo fácil y con una solución aún más fácil a las cuestiones que la vida moderna plantea al pensamiento y al sentimiento católico. Basta con leer la literatura católica al respecto y a los llamados neocatólicos para darse cuenta de esto.

No es que Fabrizio y los de su generación no tuvieran inquietudes y dudas religiosas; pero se las planteaban como cuestiones culturales, puramente intelectuales. Lo que de verdad separaba cada vez más a los jóvenes de la vida italiana, de las costumbres y el orden político de la Italia de aquellos años (y nos referimos a los jóvenes mejores, que eran pocos, porque los demás estaban entregados a la búsqueda de éxitos y satisfacciones fáciles, al ocio intelectual, a la autocomplacencia moral), era una repugnancia, una discrepancia de carácter social. Los jóvenes de la burguesía despreciaban el mundo burgués. Y la burguesía estaba tan ciega que en aquel distanciamiento progresivo veía una especie de cansancio, de decadencia, en lugar de repulsa de la cultura, la moral, el estilo de vida burgués. El distanciamiento de los jóvenes del fascismo era en realidad un distanciamiento de la burguesía, que era fascista. Fabrizio no se planteaba la cuestión de la burguesía en términos sociales, clasistas. Su distanciamiento del mundo burgués había empezado muy pronto, como una forma de reacción contra su madre y el mundo materno. La Nápoles de su infancia, aquella vida fastuosa y pobre, aquella retórica casi hecha costumbre, estilo de vida, aquel lujo formal y aquel íntimo desprecio de toda forma de cultura, en los que se resumía la vida italiana de entonces, sobre todo la vida napolitana o, para ser más exactos, la vida provinciana de toda Europa, le habían inspirado siempre repugnancia, sobre todo en sus primeros años. Y luego, cuando, en la literatura de la época, sobre todo francesa, encontró de nuevo el modelo de aquella vida napolitana a la que la venida a Nápoles de la duquesa de Aosta había dado un autoritario prestigio, su mente se planteó varias cuestiones que solucionó adoptando una actitud de resuelto desprecio por la literatura burguesa y de amor por los poetas y escritores que se habían rebelado contra el ideal burgués.

De aquella época data su *engouement* por Baudelaire, por Rimbaud, por el conde de Lautréamont. Había podido observar una

cosa: que la provincia hace realidad los ideales literarios de la burguesía, convierte en costumbre a los Bourget, a los Prévost y hasta los Ballets Rusos. La provincia pertenece siempre a Madame Bovary. Y el primer modelo de Emma Bovary que había conocido era su madre…

En Nápoles, el tejido social era más complejo y escapaba a las miradas del joven Fabrizio. Pero en Capri todo estaba más desnudo, expuesto, abierto. Los matices, que en Nápoles distinguen y separan los distintos estratos sociales, los distintos grupos familiares y hasta los distintos barrios, en Capri desaparecían, todo se ordenaba formando una única clase en que nadie tenía más importancia que nadie, y a la que la gente, el pueblo llano, no daba ninguna importancia, así se tratara de la marquesa Casati o de una mujer cualquiera, del conde Fersen o de un hombre cualquiera.

Era la época del esplendor decadente de Capri. La vida social de la isla dejaba ver su trama retórica, los ojos de los profanos empezaban a penetrar lo que unos años atrás, antes de la primera guerra mundial, se llamaban los «misterios» de Capri. Tras la diáspora de la guerra, los seres espléndidos y misteriosos que habían hecho su nido entre las rocas y pinos de Capri regresaban más cansados, más grises, más pobres de fantasía; y los nuevos, procedentes de todos los rincones de Europa, mostraban la vulgaridad que hay en todos los seres sedientos de placeres bajo la máscara de gestos y actitudes exóticos. Eran mujeres más bien entradas en años y hombres de caras rugosas bajo capas de cosméticos, que parecían sufrir la tiranía alocada y malvada de las bandas de jóvenes que dominaban la isla, aquella isla secreta que escapaba, que se hurtaba a la mirada de los profanos. El lamento nocturno de las mujeres y los hombres, sometidos a la perversa tiranía de los jóvenes efebos y de las jóvenes de mirar turbio y pérfido, resonaba en la noche luminosa, dominaba la isla, daba sentido siniestro a las estrellas, que en Capri son puras como en ninguna otra parte del mundo. Sin embargo, el día lo dedicaban a tomar el sol en las rocas de Piccola Marina y de los Farallones, a hacer y recibir visitas en las villas, a los consabidos episodios de la vida galante y social. Y era una vida social fondada en los chismes, y en un compromiso común sobre todo: en fingir que se ignoraba la vida sexual del prójimo, que todo el mundo conocía hasta en los

más mínimos detalles. La madre de Fabrizio interpretaba su papel en aquella sociedad, un papel poco habitual que el muchacho no acababa de entender y que la sociedad de Capri toleraba por el afecto que todos le tenían a aquella joven sonrosada, aquella *Reine inconnue*. Sólo muchos años después, rebuscando en un cajón olvidado, encontró Fabrizio un diario de su madre.

Un hijo sucio

Cuando la levantaron del suelo, un leve gemido salió de sus labios. La llevaron a la farmacia. Uno de los veraneantes, que era médico, se abrió paso entre la pequeña muchedumbre y se agachó para atender a la mujer. Paolo, que había ayudado a transportarla a la farmacia, se retiró por un pudor instintivo. El médico abrió la blusa de la mujer y le auscultó el pecho.

—No es nada —dijo levantándose—, un simple desmayo.

La gente salió de la farmacia y Paolo se halló en la plaza. Era casi mediodía. El sol daba de lleno en el adoquinado y Paolo buscó sus gafas de sol en el bolsillo. Volvió a la farmacia, miró al suelo y vio las gafas hechas añicos. La mujer seguía echada en la butaca, con los ojos cerrados. El médico estaba desabotonándole la blusa. Sus dedos rollizos rozaban los pechos pequeños, infantiles, de la mujer.

—Tiene pechos de niña —dijo el médico.

Paolo salió de nuevo a la plaza y fue a sentarse a una de las mesas del café Vuotto. La plaza iba llenándose de veraneantes. Era la hora del aperitivo y el cotilleo. El duque y la duquesa de Windsor bajaban la escalera de la iglesia camino del Quisisana. Paolo se levantó y fue a comprar el periódico, volvió a sentarse. La puerta de la farmacia quedaba dentro de la estrecha franja de sombra de la plaza y Paolo, alzando los ojos del periódico, veía brillar dentro del establecimiento las filas de botellas de los estantes, moverse la bata blanca del farmacéutico, centellear la balanza de latón automática. De pronto vio algo claro que se acercaba a la puerta, emergía de la penumbra de la farmacia, se detenía un momento en el umbral.

Paolo volvió la cara, se la tapó con el periódico para no verla.

—Un carpano —le pidió al chico del café, que se acercaba en aquel momento.

—Un carpano, señor, ahora mismo —dijo el camarero, pero se quedó quieto junto a la mesa, levemente vuelto hacia la puerta de la farmacia—. Se ha sentido mal —dijo. Y añadió, como hablando

solo—: ¡Dios, qué guapa!

Paolo notaba que el muchacho giraba lentamente sobre sí mismo para seguir con los ojos a la mujer.

—¿Quién es? —le preguntó, y en ese momento, por detrás del cuerpo del camarero que le tapaba la vista, vio a la mujer, que se paró al pie del campanario.

—Una extranjera —contestó el camarero.

—¿Norteamericana? —le preguntó Paolo.

—Sí, norteamericana. Ya lleva un mes en Capri. Ayer le dio una bofetada a un hombre aquí mismo.

La mujer había echado a andar, había atravesado la esquina de la plaza y se había sentado en los escalones de la iglesia.

—¿Por qué? —preguntó Paolo al camarero.

—Por un piropo. Un piropo grosero —contestó éste, antes de irse.

En aquel momento asomó una nube blanca por detrás de las cúpulas de la iglesia y se detuvo en el cielo azul turquesa, sobre la primera cúpula pintada con cal, que parecía también una nube, y el cielo empezó a cambiar de color. Era el viento de Isquia, el *foràneo*, que teñía el cielo de verde. Igual que un río que entra en el mar tiñe el agua salada de un tenue color de hierba y hojas, así el viento entraba en el cielo todos los días a aquella hora y lo teñía de ese verde antiguo que tienen las selvas marinas, de algas y corales profundos. También el color del aire de la plaza cambiaba lentamente y se volvía rosado como el coral. Todo un lado del campanario estaba en sombra y parecía cubierto de piedrecitas rosadas, como un cuerno de coral antiguo, oxidado por el tiempo. Volvió el camarero con el vaso de vermut y dijo, como si continuara la conversación:

—En estas fechas hay mucha gente grosera en Capri. —Miró a Paolo y, viendo que no lo escuchaba, repitió—: En estas fechas hay mucha gente grosera en Capri.

En aquel momento, un hombre, al que Paolo reconoció pese a que le daba la espalda, se acercó a la mujer y la saludó inclinándose y tendiéndole la mano. Era Raffaele Castello, el pintor que vivía en Sopramonte. Castello se sentó en los escalones de la iglesia junto a la mujer y miró al cielo. También ella alzó la vista para ver el río verde del viento entrar en el cielo.

—Se ha desmayado porque no come —dijo el mozo—. La policía la ha llamado porque abofeteó a ese caballero de Nápoles y la ha amenazado con expulsarla de Capri. Le dio una bofetada a un abogado de Nápoles, a una persona honrada. Bien harían en echar de Capri a esa miserable.

Paolo se levantó, pagó la consumición al camarero y se dirigió hacia la iglesia. Cuando estuvo a unos pasos de la mujer, se detuvo un instante, siguió caminando, pasó por debajo del arco y tomó la calle que baja al Quisisana. Pero al momento volvió atrás y fue a sentarse de nuevo a la mesa del café. El camarero seguía allí, contando el dinero. Miró a Paolo con curiosidad, limpió la mesa con una servilleta y entró en el local. La plaza había ido llenándose de gente, de esa gente a la que Axel Munthe llamaba con desprecio «la nobleza de Capri»: falsos pintores, invertidos, tenderas napolitanas, mujeres entre cuarenta y cincuenta años con la cara pintada y las maneras de las mujeres que habían sido bellas entre 1920 y 1930, golfos de Roma y Nápoles, *douairières* de cabello quemado por los tintes, cubiertas de joyas, vestidas de seda francesa de reflejos antiguos, falsos condes, falsos marqueses, gorrones y mantenidos…

A través de la niebla, se oía el zumbido tenue de las hélices, el rumor sordo de la lancha motora. Parecía que la lancha se alejaba hacia Punta della Campanella, luego volvía, después, de pronto, callaba. Volvía a oírse más lejos, a la derecha. En un momento en que la lancha se acercó, Paolo pensó: «Ahora se pondrá a gritar». Pero Elena no gritó. Se volvió un poco de lado, agarrándose al remo. «Ahora gritará, ahora gritará», pensaba Paolo.

—¿Tienes frío? —preguntó Elena.

—No —contestó Paolo brutalmente.

La voz dulce de Elena, aquellas palabras maternales, lo exasperaron. Estiró el brazo, pero no pudo agarrarse del vestido. Estaba aterido, casi no notaba las piernas y se sentía como paralizado. Esperó a que la lancha se alejara y dijo:

—Ayúdame, Elena. No puedo más. Ayúdame.

—¿Qué quieres que haga? —dijo Elena.

—Mátame —dijo Paolo—. Dame un empujón. Basta con que me golpees en las manos y me soltaré. Yo no tengo valor. Ayúdame, Elena.

—Calla —dijo Elena—. Si hablas malgastas las fuerzas.

—No puedo más —dijo Paolo.

Elena se retiró un poco deslizándose por la quilla, como si le tuviera miedo.

—Basta con que me des un empujón —repitió Paolo—, nadie se enterará.

—Calla, ya vienen, se acercan.

«Ahora se pondrá a gritan», pensó Paolo. Pero Elena no gritó.

—Me odias —dijo Paolo—, me odias desde hace mucho.

—No, nunca te he odiado.

—¿Ni siquiera cuando…?

—No, tampoco entonces. Siempre te he querido —dijo Elena.

—¿Seguirás queriéndome si te digo que siempre, desde el primer momento, he deseado que el niño muriese?

Elena no contestó enseguida. Cerró los ojos un instante y añadió en voz baja:

—Sí, te querré.

—Es un hijo sucio. Yo lo ensucié. Con mi pensamiento.

—Te quiero.

—Es un hijo sucio —repitió Paolo.

—Calla.

—Sucio, y tú lo sabes —dijo Paolo.

—Sé por qué lo dices —dijo Elena—. Porque quieres que me ensucie yo también. Quieres que te golpee las manos, que te empuje al fondo. Para que me ensucie para siempre. Pero no lo conseguirás. No quiero ensuciar mi alma. Quiero seguir estando limpia, yo y mi hijo. Y tú también.

—Yo sí. Tú no. Tú me odias. Estás deseando empujarme. Sé que estás pensándolo, sería fácil, un gesto sencillo, pero tienes miedo. Si tienes miedo de hacerlo, es como si ya lo hubieras hecho.

—No, no conseguirás que me ensucie.

—Mátame, Elena.

—¿Quieres que lo intentemos otra vez? Dame la mano, verás como esta vez consigues subir a la quilla.

—No puedo, tengo las piernas paralizadas por el frío. Bastaría con un empujón, Elena. No me hagas sufrir. ¿Por qué quieres hacerme sufrir? ¿Te gusta verme agonizar?

—Intenta darme la mano —dijo Elena.

—Di que te gusta verme agonizar. Verme sufrir. También a ti te

gusta verme sufrir.

—Calla.

—Mátame —dijo Paolo—, dame un empujón. Golpéame las manos. Sólo un empujón.

Elena lo miraba en silencio. Lo miraba fijamente con los ojos entornados. Con odio.

—Me miras con odio —dijo Paolo.

—Sí —dijo Elena en voz baja.

—Me odias y te gusta verme sufrir. Ahora sé por qué no quieres ayudarme a morir. Quieres que sufra, quieres verme sufrir.

El zumbido de la lancha motora se acercaba lentamente. Paolo se agarró a la quilla. «Ahora se pondrá a gritar», pensó. Pero Elena no gritó. Se limitó a volverse hacia donde se oían las hélices y a escuchar, pero no gritó. No pidió ayuda. Luego se volvió despacio hacia Paolo y sonrió. Ya no lo odiaba. Había sido sólo un momento. Había sido débil, se había dejado vencer por algo que quizá friera miedo, odio. «Dios mío», se dijo, «Dios mío, perdóname. Dame fuerzas. Yo sola no puedo. Tengo tantas razones para odiarlo… Dios mío, perdóname. Por un instante he sentido que es un ser repelente, un ser repugnante. Pero me equivocaba. No puedo odiarlo. No debo. Lo amé, aún lo amo, Dios mío. Se salvará, nos salvaremos. Vendrán a ayudarnos, nos salvarán en el último momento. Estaré con él. Siempre. No lo abandonaré. Verá al niño, será suyo también; mi hijo. Los tendré a los dos a mi lado. Quizá desespera de salvarse y por eso es malo. Ha perdido la esperanza en la vida. No cree que nos salvarán en el último momento».

Dios la llamó:

—Elena.

Elena se volvió, miró hacia arriba.

—Estoy contigo —dijo Dios—, no te abandonaré. Mátalo. Ayúdalo a morir.

Elena cenó los ojos y dijo:

—No puedo.

—Obedece —dijo Dios.

Elena abrió los ojos, miró al frente, vio a Paolo mirándola.

—Mátame —dijo Paolo—. Sólo un empujón. Es fácil.

—No. No puedo.

—Es fácil —dijo Dios.

De pronto Elena empezó a gritar.

—Es fácil —dijo Paolo.

Elena reconoció la voz. Era la voz que había oído hacía un momento, hablando con Dios. Elena empezó a gritar y agarró el remo con ambas manos. Estaba a horcajadas sobre la quilla, levemente inclinada hacia delante, apoyada sobre la barriga. Empuñaba el remo y lo levantó.

—Sí —dijo Paolo—, eso es. —Su rostro traslucía una maravillosa felicidad—. Es un hijo sucio. Yo lo he manchado. Con el pensamiento. Si lo haces por él, también tú lo mancharás. Te he perdonado para que también él se manchase.

Era el fin. No le quedaban fuerzas para resistir. Un poco más y se hundiría. Quería que muriera odiándolo. Que no se salvase. Que se condenara para siempre. Aquel rostro puro, aquellos ojos claros, sin mancha, límpidos, inocentes. Una mujer pura. Entre tantas mujeres sucias, perdidas, ella era pura. La idea le hizo gracia. Reía con odio. Quería que muriera odiándolo.

—¿Sabes una cosa? —dijo—. Lo del niño, fui yo…

—Mentira —dijo Elena.

—Sí, fui yo. Con el pañuelo. Se lo metí en la boca. Fui yo.

—Mentira.

—Lo odiaba. Era un hijo sucio. Volví adrede. Estaba durmiendo. Fue fácil. Le metí el pañuelo en la boca.

Elena levantó el remo, lo dejó caer con fuerza, con los ojos cerrados. Notó el impacto del remo contra algo blando. El zumbido de las hélices se acercaba, se oyó una voz, alguien que llamaba:

—¡Ohooo!

Vio la lancha aparecer entre la niebla, acercándose, a dos hombres que se levantaban y agitaban los brazos.

—Salvada —dijo Dios—. No importa. No has sido tú. Mentía, pero tú no lo sabías. No le has atinado. Estás salvada.

El sueño

Soñaba con una frecuencia curiosa que lo agotaba. No pasaba noche sin que soñara. Más que sueños, eran verdaderas representaciones de hechos y cosas de su vida, que empezaban en la infancia. Era una especie de historia onírica de su vida, en la que, casi sin darse cuenta, se complacía, y que le producía un goce profundo e intenso, casi enfermizo. En los sueños se manifestaba su deseo de pureza. En la mayoría representaba el papel de héroe, de un héroe bueno y puro, incontaminado. Una especie de Sigfrido, como decía la tía de Ontano, que seguía fiel al vocabulario wagneriano de cuarenta años atrás. Una especie de Parsifal, de «puro loco». En aquellos sueños siempre salvaba a alguien, unas veces de un incendio, otras de una tempestad o un ataque, y siempre con riesgo de su vida. No sabía qué significaba exactamente aquello, pues no se identificaba con ninguna forma de heroísmo. (A esto había llegado por aversión al llamado heroísmo burgués). No es que fuera miedoso, sino que le repugnaba la idea del gran gesto. Y aquella recurrencia de sueños heroicos lo sorprendía, a la vez que lo fastidiaba y disgustaba.

Los días previos a la propia Lavinia, pero en el papel de heroína, de salvadora. Aparecía pura, noble, abstracta, una imagen de una pureza y belleza exasperante. La misma víspera de su llegada volvió a tener el sueño del «caballo crucificado», del «Cristo-caballo», como él decía. Era un viejo sueño que se repetía desde la infancia, y que guardaba relación con uno de los recuerdos que más profundamente tenía grabados en la memoria desde niño. Recordaba vagamente la primera vez que tuvo aquel sueño, que era como un remoto mito infantil. No sabía su origen. Luego, hacia los doce o quince años, el sueño volvió, esta vez más preciso y definido, con un origen más claro y realista. Era el año del matrimonio de su hermana Antonietta con el conde Crescimbeni. En verano fueron a la villa del lago, que encontraron más tranquila y triste. La ausencia de Antonietta se notaba en todo, incluso en el transcurrir de las

horas, era como si al tiempo le faltara su punto de referencia, y el tiempo y la estación fueran cosas abstractas, sin medida ni realidad. La tía Ernesta se pasó la primera tarde, y muchas otras sucesivas, sentada al fondo del salón, en el rincón oscuro que formaban la chimenea y la ventana que daba al lago. Callaba, no se oía en la estancia más que el chisporroteo del fuego en la chimenea, el silbido del viento entre las ramas de los árboles y la respiración de la tía. Fuera, la noche era tersa y suave, una noche de piel blanca, de piel joven, los montes brillaban con una luz dura en el cielo sereno, el aire era frío, el lago de cristal reflejaba las orillas inmóviles en aquella gélida noche sin luna. Por el cielo, sin embargo, corría como un río una luz diáfana que iluminaba las orillas tranquilas, las aguas inmóviles, los árboles que se elevaban serenos. Cosimo se había acostado poco después de cenar, la escalera crujió un instante con el paso leve de Letizia, luego la casa echó a volar en la claridad nocturna, quedó suspendida en el lago del sueño. Y en aquel momento oyó relinchar al caballo. El muchacho estaba parado en la esquina de la plaza, ante él el lago aparecía y desaparecía entre dos casas altísimas, en medio de la plaza había una muchedumbre cada vez más numerosa mirando hacia arriba. El muchacho alzó también la vista y vio un monte altísimo que caía a pico sobre la plaza. Era el mismo paisaje de siempre, pero aquel monte altísimo parecía nuevo, era una aparición mágica, espectral, silenciosa. No se oía una sola voz. Y, de pronto, sobre el monte, apareció una cruz. Una gran cruz de madera roja. De los brazos de la cruz colgaba un hombre. La gente se hincó de rodillas, las mujeres rompieron a llorar, los hombres se golpeaban la cara contra el suelo. El hombre de la cruz miraba la plaza de abajo ya atestada de gente. Entonces se oyó un ruido de cascos, un piafar armonioso, y salió a la plaza un enorme caballo blanco, de larga crin colgante. Tenía los ojos grandes, rasgados, llenos de una luz suave y clara. Pero lo que más sorprendió al muchacho fue ver que en la grupa llevaba una cruz enorme, de madera roja. El largo pie de la cruz arrastraba por el suelo, y el animal caminaba con la cabeza gacha, debido al peso de la cruz. De vez en cuando se paraba, jadeando, y levantaba la testuz, emitía un relincho quedo y prolongado, mirando al monte donde el hombre crucificado esperaba en su divina agonía. Unos hombres seguían al

caballo, uno con un látigo, otro con un martillo, con un manojo de clavos largos, con una soga enrollada. De cuando en cuando el del látigo fustigaba el flanco del caballo, y en el manto blanco del noble animal aparecían manchas de sangre. Atravesada la plaza, el caballo emprendió la subida al monte. Cada cierto tiempo se detenía, caía de rodillas, intentaba levantarse. Atrajo la atención del muchacho una voz extraña que enseguida reconoció. Era la voz de Antonietta. Cogida del brazo de su marido, observaba la escena fijamente, sin dar muestras de horror ni espanto. Iba vestida de tul azul, con un gran sombrero de paja de ala flexible y amplísima, y una cinta de seda azul en torno a la copa. Otra cinta también azul le ceñía el talle y realzaba la esbeltez de las caderas estrechas y altas, la altura insólita de los senos pequeños y redondos, la anchura armoniosa de los hombros. Llevaba los brazos desnudos, que unos guantes de encaje cubrían hasta el codo. Estaba bella, bella y lánguida, cogida del brazo de su marido con ese abandono que ponía hasta en los actos más corrientes, como si estuviera siempre medio dormida. Tenía la cara, que la luz fría del cielo iluminaba, adelantada en dirección al caballo blanco. Se veía que se esforzaba por no gritar y de vez en cuando unas palabras salían de sus labios. Su voz, en aquel silencio absorto, sonaba extraña y remota. La gente se volvía hacia aquella voz y al ver a Antonietta palidecía con estupor, con un asombro triste y doloroso. El muchacho miraba fijamente a su hermana sintiendo que lo invadía la misma sensación que tanto tiempo lo había atormentado: la sensación de que la pureza de su hermana lo humillaba y sublevaba a la vez. Deseó que alguien cogiera a Antonietta de los brazos y la arrastrase por el suelo, le manchara el pelo y la ropa con el barro, el polvo y la orina de los animales. Mejor dicho, deseó que ella misma hiciera un gesto impuro, algo obsceno e impúdico, pero que lo hiciera ella, por propia voluntad, no como aquel día en que, durmiendo en la hierba a orillas del lago, con un vestido blanco ligero, medio desnuda, el viento, o un movimiento brusco del cuerpo, le levantó el vestido y dejó a la vista las ingles y el hueco del sexo. Éste se dibujaba nítida y claramente, como un ojo de pestañas negras y larguísimas, un ojo que lo miraba con mirada fija y penetrante. Ahora deseó que Antonietta repitiera aquel gesto, de manera voluntaria, que su mano izquierda, con la que se sujetaba la falda (la derecha la tenía

apoyada con languidez en el brazo de su marido), con un ademán perezoso pero digno, se levantara poco a poco el vestido y mostrara a la gente aquel ojo secreto de pestañas negras y largas. Deseó que Antonietta hiciera aquel gesto, u otro parecido, un gesto que la despojase de aquella armadura de pureza, que la humillase y rebajase. O al menos…

Miraba a su hermana sintiendo una rebelión sorda contra aquella pureza de mujer argéntea, contra aquella inocencia de mujer límpida. Un grito lo sacó de sus pensamientos. Era un grito de mujer y toda la gente miraba a lo alto, a la cima del monte, donde ya habían llegado el caballo y sus verdugos. Éstos habían colocado la cruz en el suelo y estaban clavando al caballo a ella: los martillazos con que hincaban los clavos en la carne de noble animal resonaban sombríamente en una atmósfera que de pronto se había vuelto densa y turbia. El monte era altísimo, pero la escena podía verse como si se hallara muy próxima. Pronto quedó la cruz plantada con firmeza en el suelo y recortándose con nitidez contra el cielo. El caballo crucificado colgaba de los brazos de la cruz y movía la cabeza a un lado y a otro, relinchando quedamente. La gente había enmudecido, presa del horror que la terrible escena infundía. La crucifixión de aquel Cristo animal, de aquel Cristo inocente, no serviría de nada, no salvaría ni redimiría a la humanidad. Era un sacrificio de todo punto inútil. Era la crucifixión de un bruto, la inmolación de un noble caballo. La muchedumbre comprendía la atroz, la inmensa inutilidad de aquel sacrificio del Gólgota, y aunque había enmudecido de horror, en las miradas podía leerse un pensamiento profundo, verse una luz potentísima, un pesar, un remordimiento, a la vez que un rencor cruel y triste. Era como si el sacrificio del caballo recordase al del Cristo verdadero, al Cristo humano, y evocara su presencia sensible en todos los actos de la vida, en todo momento y lugar. La crucifixión del caballo era como un insulto, como un reproche. Y los hombres, en su pureza, inocencia y bondad, lo sentían. De pronto el caballo crucificado, el Cristo caballo, empezó a reír, a reír a carcajadas, y aquella risa resonaba en la atmósfera densa y caía sobre la muchedumbre como una lluvia de fuego, caía sobre aquella ciudad pura, sobre aquel pueblo inocente, sobre tanta orgullosa pureza, ¡ja, ja, ja!, reía el caballo, olvidado de la cruz. Era una burla sangrienta,

terrible, y sólo entonces empezó la gente a entender el significado de aquel sacrificio inútil. De pronto la muchedumbre comenzó a dispersarse y el muchacho, siguiendo a distancia a Antonietta (la veía caminar con aire lánguido, del brazo de su marido, recogiéndose graciosamente la falda con la mano izquierda y ladeando un poco la cabeza), caminaba en silencio, presa de un sentimiento de pesar, de impaciencia, de algo cruel, dulce, piadoso. Y Antonietta se alejaba más y más, desaparecía en las tinieblas de la luna, la cual ya iluminaba tejados y huertos. Y seguía resonando en el monte aquel grito, aquel relincho, aquella risa. Un grito prolongado, un lamento que era un adiós solemne.

¿A qué se debía aquel sueño? ¿Por qué se le aparecía tantas veces el espectro del caballo blanco crucificado en aquel extraño Gólgota? Al principio, de niño, aquel sueño era más puro, estaba menos contaminado de elementos extraños, como la idea del sacrificio, del Gólgota, de la redención (que la muerte de un inocente pudiera salvar el mundo le parecía absurda). Era un sueño purísimo, un lenguaje de imágenes puras, sólo turbado por la presencia del ojo secreto de Antonietta, de aquella mirada fija. Y no asociaba con el sueño del caballo Cristo ningún detalle de su infancia, caballos fustigados, golpeados, ni la muerte del caballo que había presenciado en la carretera de Varese, cerca del lago, atropellado por un autobús: los pasajeros asomados, el conductor que increpa al carretero, los gemidos del animal tendido en un charco de sangre. No. No asociaba con el sueño ninguno de estos detalles. Lo que quizá sí asoció después fue el recuerdo de la noche en que vio a dos carabineros arrestar al criminal en la puerta de la casa de los campesinos. Aquél era su sueño más recurrente, o eran fragmentos de aquel mismo sueño, una plaza llena de gente arrodillada, una procesión de verdugos detrás del caballo cargado con una cruz, la imagen de Antonietta alejándose en medio de la tiniebla lunar, del brazo de su marido.

Tendido en el sofá, delante de la inmensa ventana, oía los pasos leves de Lavinia por los cuartos contiguos, la oía detenerse ante la chimenea, oía un tintineo de objetos de cristal, de botellas de plata. Y sentía un impulso profundo, una atracción poderosa, un deseo físico de estar a su lado, de aplacar aquel tormento constante dejándose contagiar por su límpida serenidad. Últimamente, la tos

lo atormentaba más de lo normal. Se moría de ansiedad, temía no poder realizar aquel plan oscuro que tenía en mente, aquella idea borrosa y obsesiva. A menudo se preguntaba si amaba a Lavinia. Pero desechaba el pensamiento con horror sordo, como si le repugnara acercarse a aquella pureza, a aquella inocencia de mujer. El espectáculo de la pureza e inocencia ajenas le dolía, lo martirizaba. Le parecía imposible la pureza, creía que no podía ser sino fingida, hipócrita. Una especie de farsa triste y feliz.

Una voz lejana

Mi madre había muerto hacía poco y yo, siguiendo sus deseos, había decidido no regresar a París. Me encerré en mi casa del Massullo, en Capri, y traté de escribir, de trabajar, de acabar el libro que había empezado en Jouy-en-Josas. Pero algo se había quebrado en mí, algo se había apagado en mi cabeza. No conseguía trabajar. Escribía y escribía de noche, hasta el alba. Me acostaba y, cuando despertaba, leía lo que había escrito por la noche. Lo leía con tristeza, con dolor. Rompía las páginas, lanzaba los pedazos por la ventana, los veía caer al mar como mariposas blancas. Pasé un invierno muy triste, muy nervioso, solo con mi perro. Fue un año triste, un invierno particularmente lluvioso. Había malas señales en el ambiente y los campesinos de Matromania estaban inquietos. La víspera de Navidad vino a casa Adolfo Amitrano, albañil, a «limpiar» las paredes, o sea, a quitar las piedras enfermas, como él decía. No sé si es verdad o superstición (creo que hay en Francia una escuela que afirma que el cáncer también afecta a las piedras), pero en el sur de Italia es creencia común que las piedras enferman de cáncer y hay que cambiarlas por piedras sanas para que no contagien a los que viven en la casa. Adolfo, con un sombrero negro, con semblante serio, con sus ojos negrísimos y atentos, examinaba las piedras una a una, las tocaba, las palpaba, las tentaba con un martillo, arrancaba las enfermas, colocaba otras sanas, las fijaba con yeso, echaba las enfermas a un cesto de mimbre. Las piedras enfermas eran de un tono rojizo, amarillento, color de caramelo, verde. Las verdes eran las más inquietantes. Parecían esponjas, cargadas de humores malignos y fétidos, de una humedad extraña. Daba la impresión de que sudaban. Adolfo las sacaba de la pared con un escoplo, las cogía con la mano envuelta en arpillera, con cuidado de no mancharse con aquel sudor amarillento, las olía y arrojaba al cesto casi con asco. Eran piedras canceradas. Cuando me «curó» la casa, recogió los bártulos, se despidió dándome la mano y echó a caminar sendero arriba, camino

del pueblo, seguido del peón, que llevaba el cesto de las piedras enfermas. Iban a tirarlas al mar, lejos de mi casa, en la otra punta de la isla.

Poco antes del día de Navidad me llegaron las galeradas de mi libro *La piel*. Me puse a corregirlas, lentamente. Después de la muerte de mi madre, aquel libro, que me había costado mucho sufrimiento, amor y lágrimas, me resultaba algo ajeno. El gran éxito que había tenido en París me parecía ahora, cuando iba a publicarse en Italia, una especie de fracaso, de derrota. Era un sentimiento extraño, a la vez de indiferencia y de odio. Me sentía traicionado. Entre aquel libro y mi persona mediaba ahora la muerte de mi madre, mediaba mi madre muerta. El recuerdo de los tres días y las tres noches que había pasado en la cabecera de su lecho, en su cuartito blanco, con las monjas de Bellosguardo, en su cuartito blanco dulcificado por el reflejo plateado y verde de los olivos de Bellosguardo, hacía que las páginas del libro me sonaran como un adiós. Era un libro muerto. Corregía las pruebas y pensaba en lo inútil que es escribir libros, en que no volvería a escribirlos, en que aquél sería el último. Me invadía una sutil repugnancia por el arte de escribir y por las personas que escriben, una especie de repugnancia amarga por la literatura y por los profesionales de la literatura. A mi madre no le gustaban mis libros, estaba orgullosa de mí, de su hijo, pero no le gustaba lo que escribía ni cómo escribía, y no leía mis libros. Los tenía en la mesa, pero ni siquiera los hojeaba.

En eso pensaba mientras corregía las pruebas de aquel último libro mío (llevo cinco años sin escribir una sola página de libro, éstas son las primeras que escribo en cinco años), y la misma noche que terminé de corregirlas ocurrió el hecho doloroso.

Era una noche oscura y, acabado el trabajo, abrí la ventana y me senté en el alféizar, con las piernas colgando por fuera. De pronto oí una voz que se quejaba. Era una voz lastimera, un quejido extraño, como un grito, como un llanto. Venía del mar. Soplaba el siroco y el cielo estaba cargado de nubes bajas y sucias, de nubes de humo espeso, tan bajas que tocaban la punta de los Farallones. El viento caliente aún soplaba alto y el mar parecía agazapado en la oscuridad, a la espera de que la lengua caliente del viento le lamiese el lomo. El siroco es un viento bestial, es como el aliento de

una bestia enferma. Las olas lamían la peña sobre la que está construida mi casa, eran olas pesadas, inertes. En aquel silencio estupefacto, la voz procedente del mar parecía un lamento de mujer, un grito, un llanto de mujer. Reconocía aquel lamento. Era la voz de un delfín.

En el atardecer del 8 de septiembre de 1943, voces lejanas, casi un grito, un llanto, resonaron en el mar. Venían de lejos, de mar adentro. Todo el mar lloraba. Era un atardecer cálido, de septiembre, quieto y sereno. En la mar flotaban los restos de ondas muertas, como hojas gigantescas, afiligranadas. Corrientes de agua clara surcaban la negra superficie marítima como marcas de buril sobre una placa de zinc. Dibujos blancos sobre la superficie negra que parecían figuras de Edward Munch o de Miró. Y una luna muerta, negra, ascendía de las profundidades del mar, porque, según dicen los pescadores de Lipari, en las noches sin luna, la luna muerta, la luna negra, asciende de las profundidades del mar, donde estaba sepultada. El agua era negra, con zonas de mayor negrura, con masas informes de un negro brillante, profundísimo, quizá bancos de algas o de coral.

En el atardecer sereno oí nuevamente aquel triste lamento, que había oído resonar en el mar todo el día. El sol acababa de ponerse y aún quedaba en el agua algo de su sangre, que poco a poco se volvía verde. La noche era verde y tenía un brillo de cerámica. Inflamadas con los últimos rayos del ocaso, las rocas de los Farallones y de Matromania, del Salto de Tiberio, y la costa de Amalfi, el llano del Sele, la orilla de Pesto, allá enfrente, tenían un color rojizo, que poco a poco cambiaba a un azul opaco. Es la hora que más me gusta, la hora del atardecer, en que el día muere. Es la hora verde, en que las formas se disuelven, se confunden, en que las distancias se anulan, las perspectivas entran unas dentro de otras, como segmentos de un telescopio, y nada está lejos ni cerca, y en ese informe mundo empieza el naufragio de la noche, la humillación del día. Llevaba un mes viviendo aislado de todos, ajeno a lo que ocurría alrededor, solo con mi oveja y mi perro de Lipari, un hermoso podenco blanco de ojos azules, el podenco siciliano cantado por Teócrito. Era una voz lejana, un lamento remoto. Venía de mar adentro, y poco a poco se acercaba en la hora verde, desde aquel mar verde.

Posfacio

La obra inédita de Curzio Malaparte es bastante abundante, y aunque su calidad tiene poco que envidiar a la de la obra publicada, sí es de lamentar que el autor no llevara a cabo una labor de revisión, que siempre era meticulosa, como demuestran las muchas versiones de textos que nos han llegado. El hecho de que las versiones definitivas apenas parezcan trabajadas se debe al empeño de Malaparte por alcanzar, gracias a la reescritura, una fluidez y tersura que resultaran casi improvisadas. Toscano como era, desconfiaba de esa facilidad que muchos admiran.

Pero aunque en las páginas inéditas reconozcamos el estilo inconfundible del autor, no dejan de ser páginas que él no sacó a la luz y, en consecuencia, deben leerse con cierta precaución. Seguro que muchas de ellas, precisamente por esa inmediatez y falta de reelaboración, tienen un atractivo especial: siempre siente uno curiosidad por penetrar en el despacho de un escritor que cuida de su estilo, aunque sepamos que lo esencial de la escritura literaria pertenece a la esfera misteriosa de la inspiración y nunca es accesible.

Son cosas sabidas, pero, en el caso de los inéditos malapartianos, conviene repetirlas a fin de ahorrarnos sentar cátedra en vano.

Ahora bien, tampoco hacemos estas advertencias para curarnos en salud y que parezca que nos justificamos por la posible falta de calidad de los presentes textos inéditos. De hecho, algunos de ellos están a la altura de los mejores del autor, por su ingenio, su estilo vivo, su juicio desdeñoso, sus descripciones coloridas, su rica imaginación y sus observaciones aceradas. Baste citar como ejemplo los siete capítulos de *Baile en el Kremlin*, que debía ser, según Malaparte, un retrato fiel, desinteresado y sin prejuicios morales «de la nobleza marxista de la Unión Soviética, de la *haute société*

comunista de Moscú», un retrato verdadero de lugares, hechos y personajes, abocados todos fatalmente a «un fin único, a un desenlace novelesco»: todos, desde Stalin y su corte, a la joven Marika. Una novela sin protagonista o, mejor dicho, según quería Malaparte, protagonizada por «aquella aristocracia comunista que sustituyó a la aristocracia rusa del Antiguo Régimen» y que para él ya estaba en decadencia, como lo estaba la sociedad en su conjunto.

De haberlo concluido, sin duda habría sido otro libro explosivo, como *Kaputt* o *La piel*. Poco cuesta imaginar el escándalo y la polémica que habría desencadenado, para regocijo de su autor, siempre dispuesto a presentar batalla. Leído hoy, sin embargo, lo que era testimonio, retrato, se convierte en una visión pintoresca y grotesca, en un espectáculo macabro interpretado por una compañía de muertos. Hoy, las correrías histórico-políticas de Malaparte serán leídas con más tolerancia, y él será, suponemos, admirado por la vívida humanidad de algunas escenas, de algunas figuras (el Príncipe Negro y Semiónova, el príncipe Lvov y Verónica) y de algunos episodios, como el del encuentro y el suicidio de Maiakovski.

¿Qué disuadió a Malaparte de proseguir y acabar el libro? No la prudencia. Otros trabajos. Otras luchas. Otras «fugas». Y otros tiempos.

Sentimos no disponer de datos que nos ayuden a fechar los textos inéditos con mayor certeza de la que permiten las alusiones y observaciones contenidas en ellos. Esos datos facilitarían su comprensión y su ordenación de acuerdo con el borrascoso desenvolvimiento de la vida del autor, así como su valoración con respecto a los escritos no póstumos.

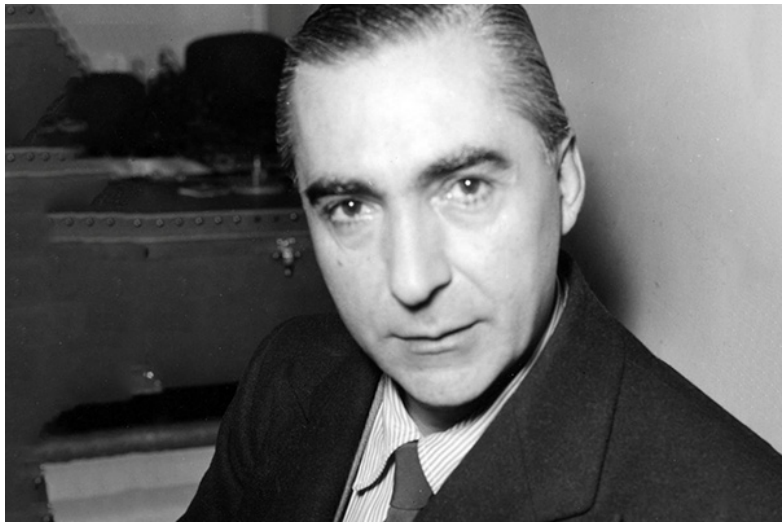
Sólo hay un texto, *Una tragedia italiana*, que podemos datar con exactitud, pues conocemos la fecha de la publicación por entregas, en las revistas *Circoli* (de junio a diciembre de 1939) y *Raccolta* (de enero a febrero de 1940), de los primeros capítulos, que se interrumpen en el octavo. También en este caso observará el lector lo inclinado que, por vocación y cálculo, se sentía Malaparte a extraer material «novelesco» casi únicamente del mundo que lo rodeaba y, por tanto, mejor conocía en sus tragedias y farsas. Comprobará que él denunciaba y atacaba. Las palabras no eran para él matorrales donde esconderse, sino desde los que asomarse y

lanzarse al asalto. Esto lo hacía de varias maneras, según la ocasión y la inspiración. En esta antología encontrará el lector muchas de esas maneras, desde la satírica y la romántica, hasta la picaresca y la realista. Y podrá disfrutar de ese tono a la vez gozoso y melancólico, provocador y seductor, indignado e implacable que, más allá de tecnicismos, y aunque pueda parecer artificial y ostentoso, es su tono natural y el que lo distingue.

Pero de lo abultado de esta colección (quince textos inéditos, con fragmentos de novela de ciento cincuenta páginas) se deduce otra cosa: la capacidad de trabajo del autor, quien, dependiendo como dependía de su pluma, no sólo dio muchos libros a la imprenta, sino que guardó y dejó inacabados otros tantos. Proyectos, esbozos, fragmentos, comienzos. Y de una calidad a menudo superior a la de los escritos acabados de muchos otros escritores.

Para un escritor que pasaba por ser una gran figura mundana, no está mal. Malaparte merece un reconocimiento crítico mucho mayor del que avaramente se le ha concedido hasta hoy. ¿Se lo granjeará *Baile en el Kremlin*?

Enrico Falqui



CURZIO MALAPARTE (Prato, 1898 - Roma, 1957), seudónimo de Kurt Erich Suckert, fue periodista, dramaturgo, escritor de relatos cortos, novelista, diplomático y uno de los arquitectos italianos más importantes del siglo XX. Combatió en la primera guerra mundial, y recibió varias condecoraciones al valor. En 1922 formó parte de la «Marcha sobre Roma» de Benito Mussolini.

Su notable conocimiento de Europa y sus líderes se basa en su experiencia como corresponsal y como parte del cuerpo diplomático italiano.

En 1941 fue enviado a cubrir la guerra en Rusia como corresponsal para el Corriere della Sera. Los artículos que envió desde el frente ucraniano fueron recopilados en 1943 y publicados bajo el título *El Volga nace en Europa*. Esta experiencia le proporcionó la base para sus dos libros más famosos, *Kaputt* (1944) y *La piel* (1949).

Después de la guerra, las tendencias políticas de Malaparte viraron a la izquierda, por lo que se convirtió en miembro del Partido Comunista Italiano.

En 1947 se estableció en París, donde se interesó por la versión maoísta del comunismo tras el establecimiento de la República Popular China en 1949.

Notas

[1] *Piatiletka*: plan quinquenal. (*N. del T.*) < <